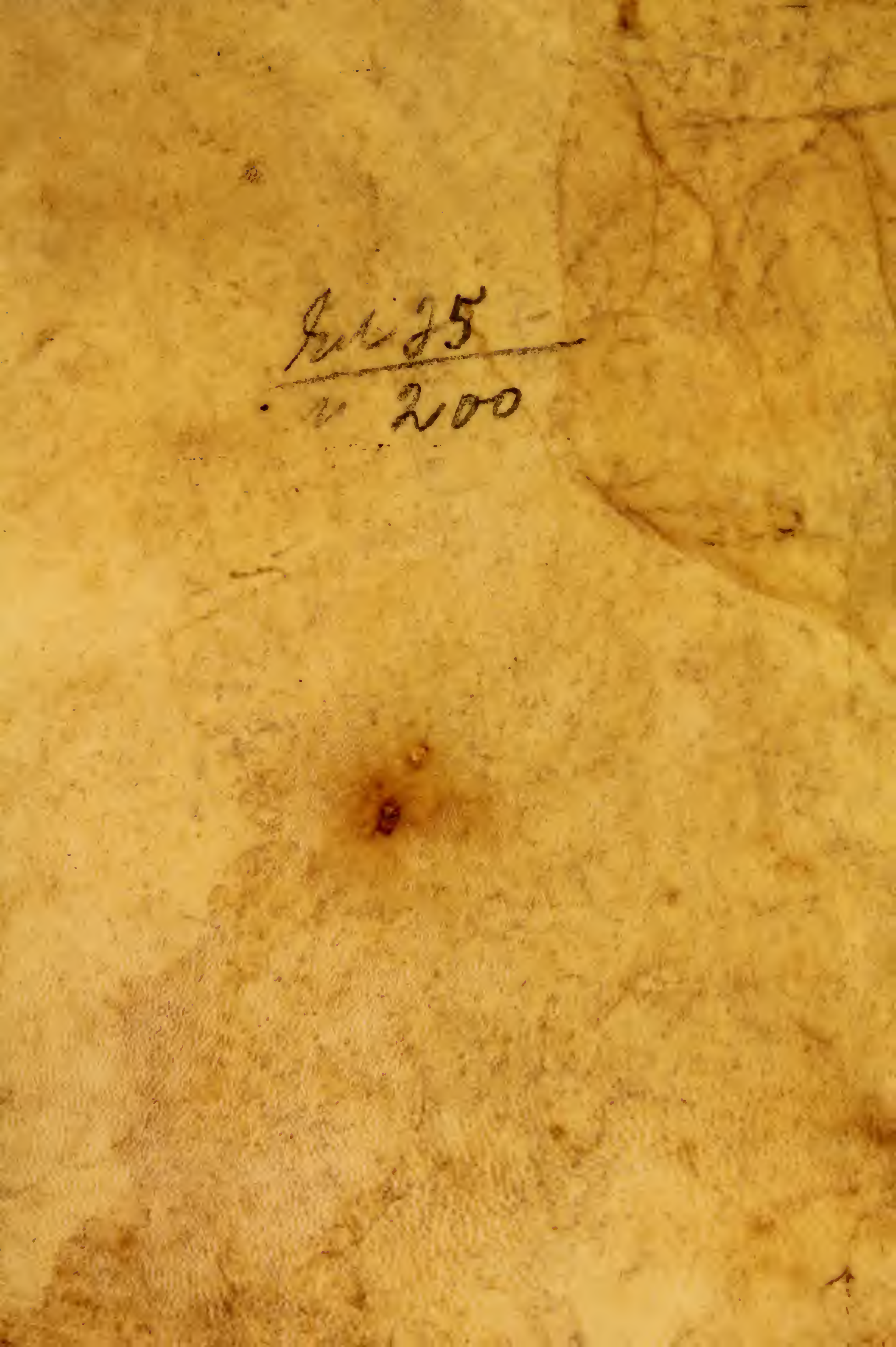
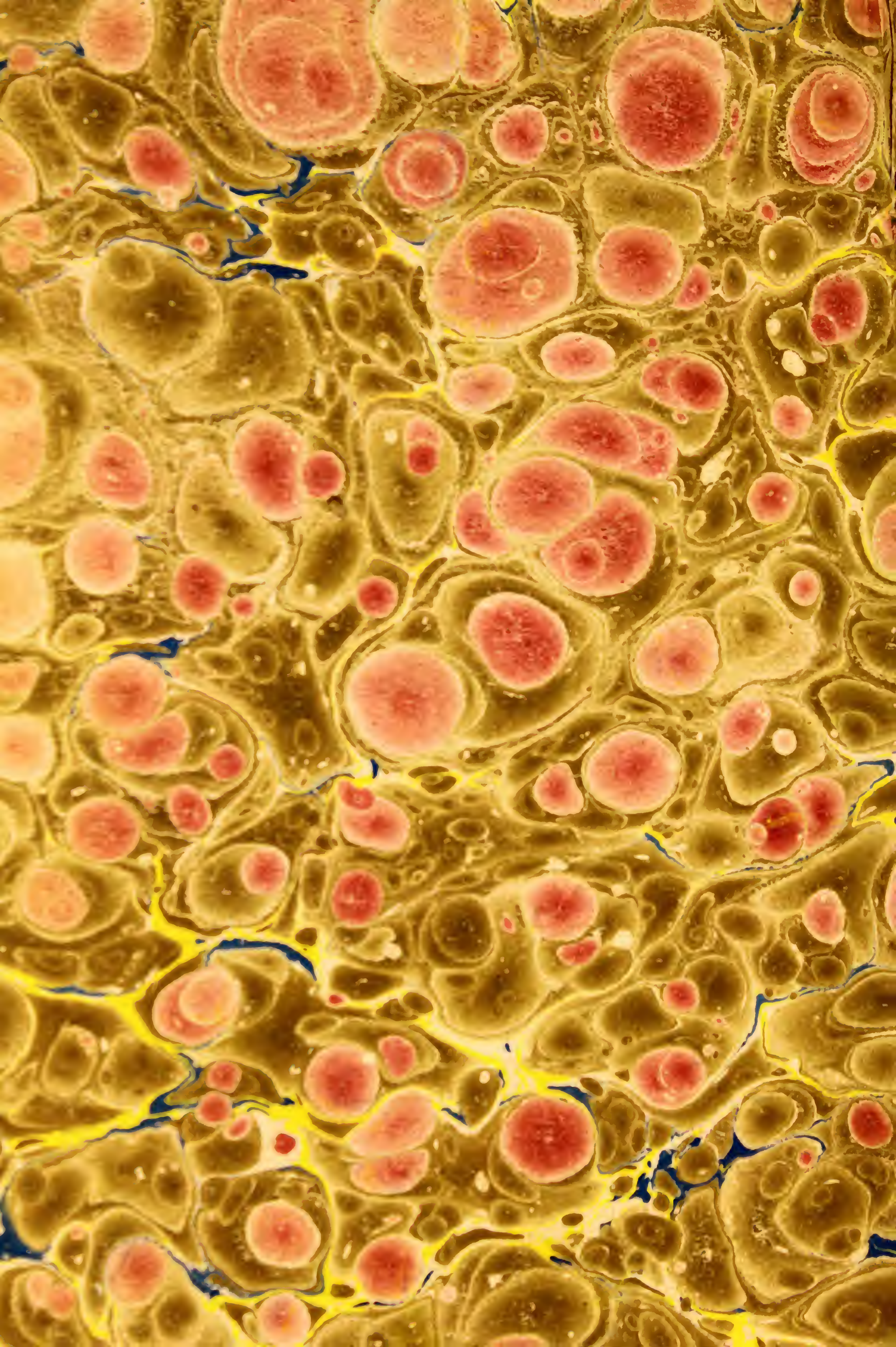
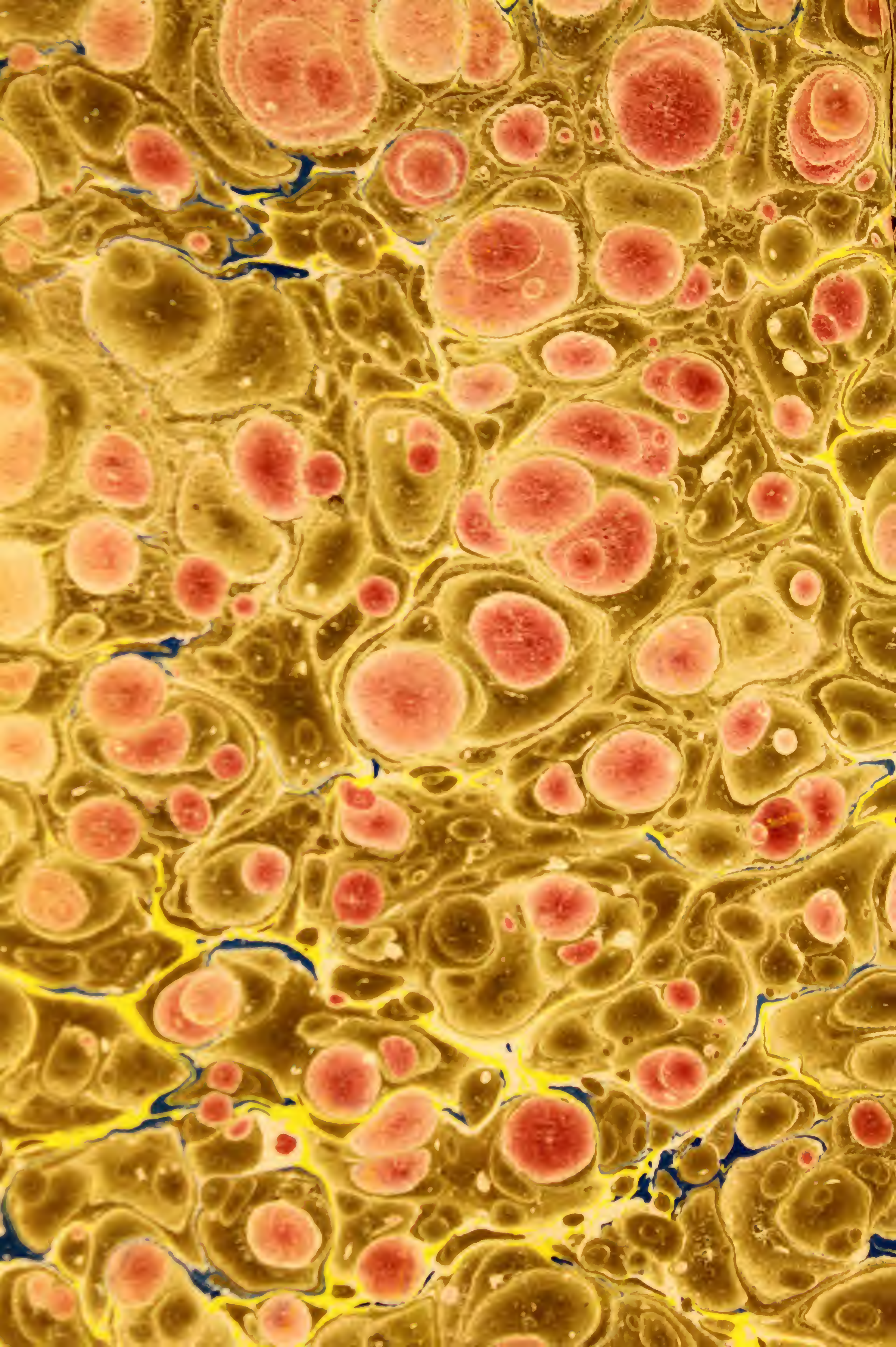

200





# HISTORIA
DE LA
# DECADENCIA Y RUINA
DEL
# IMPERIO ROMANO.

# HISTORIA

DE

# LA DECADENCIA Y RUINA

DEL

## IMPERIO ROMANO,

POR

## EDUARDO GIBBON;

TRADUCIDA DEL INGLÉS DE LA RECIENTE DE H. H. MILMAN, CON TODAS LAS NOTAS DEL AUTOR Y LAS DE AQUEL Y GUIZOT;

POR DON JOSÉ MOR DE FUENTES.




BARCELONA.
IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES Y COMPAÑIA.
1842.

# HISTORIA

DE LA

# DECADENCIA Y RUINA

DEL

# IMPERIO ROMANO.

## CAPITULO XXI.

*Persecucion de la herejía. — Cisma de los Donatistas. — Controversia arriana.—Desquiciamiento de la Iglesia y del Estado bajo Constantino y sus hijos. — Tolerancia del Paganismo.*

Consagró el clero agradecido, con sus aplausos, la memoria de un príncipe que halagó sus pasiones y engrandeció sus intereses. Franqueóle Constantino seguridad, riqueza, timbres y venganza; y conceptuóse el sostenimiento de la fe ortodoja como el deber mas sagrado y trascendental del majistrado civil. El edicto de Milan, la ejecutoria de la tolerancia, habia confirmado á todo individuo del mundo romano el arbitrio de escojer y profesar su propia relijion; mas quebrantóse luego aquel privilejio inestimable, pues al enterarse de la verdad, embebió tambien el emperador las máximas de la persecucion, y las sectas desavenidas con la Iglesia católica quedaron oprimidas y acosadas con el triunfo del Cristianismo. Constantino luego vino á creer que el hereje osadamente disputador contra *sus* opiniones, ú opuesto á *sus* mandatos, era reo de la pertinacia mas criminal y disparatada, y que acudiendo oportunamente con moderado rigor, se rescataria á los cuitados de la continjencia de su condenacion sempiterna. Procedióse sin demora á la esclusion de todo ministro y doctor de las congregaciones descarriadas de la menor participacion en los galardones é inmunidades que otorgaba tan colmadamente el emperador al clero lejítimo. Mas como los rehacios podian aun subsistir arrinconadamente huyendo del ceño imperial, acompañó á la conquista del Oriente un edicto anunciador de su esterminio (1). Tras un preámbulo acalorado y denigrativo, prohibe absolutamente Constantino las jun-

tas de los herejes, y confisca sus fincas para el uso de la renta ó de la iglesia católica. Parece que las sectas adonde se asestaban los rigores imperiales eran la de Paulo Samosata y sus allegados; la de los Montanistas de Frijia, que tenian en planta una serie de profecías entusiastas; los Novacianos, que desaforadamente desechaban la eficacia temporal del arrepentimiento; los Marcionitas y Valentinianos, bajo cuyas banderas predominantes se habian ido sucesivamente alistando los varios Gnósticos de Asia y de Ejipto; y quizás los Maniqueos, recienportadores de otra teolojía mas enmarañada de la Persia para entretejerla en la cristiana (2). Llevó adelante el intento con teson, y logró esterminar hasta el nombre, ó á lo menos atajar los progresos de aquellos odiosos herejes. Copiáronse algunas disposiciones penales de los edictos de Diocleciano, y este jénero de persuasiva merecia el aplauso de los mismos obispos que habian esperimentado las violencias de la opresion, clamando entónces por los derechos de la humanidad. Median sin embargo dos circunstancias, que, si bien materiales, están probando que el ánimo de Constantino aun no estaba absolutamente estragado con el ansia de la devocion. Antes de condenar á los Maniqueos y á sus sectas allegadas, acordó enterarse esmeradamente de la calidad de sus principios relijiosos. Desconfiando de la imparcialidad de sus consejeros eclesiásticos, dió este delicado encargo á un majistrado civil, cuya sabiduría y comedimiento le merecian justo aprecio, mas cuya venalidad probablemente ignoraba (3). Convencióse luego el emperador de que habia vedado atropelladamente la fe ortodoja y la moralidad ejemplar de los Novacianos, quienes discordaban con la Iglesia sobre ciertos puntos de disciplina que quizás no influian esencialmente para la salvacion. Eximiólos, por un edicto particular, de las penas jenerales de la ley (4), les permitió la construccion de una iglesia en Constantinopla, respetó los milagros de sus santos, convidó á su obispo Acesio al concilio de Nicea, y ridiculizó halagüeñamente su angustioso instituto con una chanzoneta, que, de boca de un soberano, debió recibirse con agasajo y agradecimiento (5).

Las quejas y reconvenciones mutuas que asaltaron el solio de Constantino al punto que con la muerte de Majencio avasalló el Africa mal podian edificar el ánimo de un recienconvertido (A. 312). Pasmóse al entender que las provincias de aquel dilatado pais, desde el confin de Cirene hasta las columnas de Hércules, ardian en discordias relijiosas (6). El móvil de la desavenencia estribaba en una eleccion doble de la iglesia de Cartago, la segunda en jerarquía y opulencia de los tronos eclesiásticos de Occidente. Eran Ceciliano y Mayorino los primados contrapuestos del Africa, y la muerte del segundo franqueó luego su lugar á Donato, quien, por su mayor capacidad y sus virtudes aparentes, era la columna de su partido. La ventaja que cabia á Ceciliano por la anterioridad de su con-

sagracion se anonadaba con el atropellamiento ilegal, ó á lo menos indecoroso, con que se verificó, sin esperar la llegada de los obispos de Numidia. La autoridad de aquellos obispos, que en número de setenta condenaron á Ceciliano y consagraron á Mayorino, mengua con el borron de muchos de sus individuos, tildados de amaños mujeriles y asonadas que se achacaban al concilio numídico (7). Los obispos encontrados afirmaban, con el mismo enardecimiento y tenacidad, que sus contrarios quedaron inhábiles, ó á lo menos tiznados con el horrendo delito de entregar la Sagrada Escritura á los satélites de Diocleciano. Infiérese fundadamente de sus mutuos cargos y de la historia de aquel embrollo tenebroso, que la última persecucion habia enconado el fervor, sin enmendar las costumbres de los Cristianos de Africa. No cabia imparcialidad en los juzgados de aquella iglesia desavenida, pues ventilóse la controversia ante cinco tribunales sucesivos, nombrados por el emperador, y toda la causa, desde la primera demanda hasta la sentencia final, duró mas de tres años. Hízose rigurosa averiguacion por el vicario pretoriano y el procónsul de Africa; la cual, así como el informe de dos visitadores episcopales enviados á Cartago, los decretos de los concilios de Roma y de Arles, y el juicio supremo del mismo Constantino en su consistorio sagrado, todo fué favorable á la parte de Ceciliano, quien quedó unánimemente reconocido por las autoridades civiles y eclesiásticas como el verdadero y lejítimo primado de Africa. Pusiéronse honores y haberes de la iglesia en manos de *sus* obispos sufragáneos, y fué violento á Constantino el contentarse por castigo con el destierro de los caudillos de la faccion Donatista. Examinóse su causa con esmero, y así pudo sentenciarse justificadamente; mas acaso no carecia de fundamento la queja de que el emperador adolecia de credulidad con las asechanzas de su íntimo Osio; y cabe que la alevosía y el cohecho acarreasen la condenacion del inocente, ó agravasen la pena del reo; mas aquel acto de sinrazon, si zanjó una contienda incómoda, podrá contarse entre los daños pasajeros de un réjimen despótico, que ni se esperimentan ni se recuerdan en la posteridad.

Mas este incidente, de tan poco bulto que apenas debiera tener cabida en la historia, abortó un cisma ruidoso (A. 315), que plagó por mas de tres siglos las provincias de Africa, y vino á fenecer tan solo con el propio Cristianismo. El zelo de libertad y fanatismo enardecia á los Donatistas para desentenderse de la obediencia á los usurpadores, contra cuya eleccion seguian batallando, y cuya potestad espiritual les negaban. Escluidos de toda comunion civil y relijiosa con el jénero humano, secuaz del bando impío de Ceciliano y de los traidores que lo consagraron, lo escomulgaban todo denodadamente. Afirmaban confiada y engreidamente que se habia interrumpido la sucesion apostólica; que todos los obispos de Europa y Asia adolecian del contajioso cisma, y que las prerogativas

de la Iglesia católica estaban vinculadas en la parte selecta de los creyentes africanos, que únicamente habian conservado la integridad de su fe y su disciplina. Corroboraban tan estremada teoría con la conducta mas desapiadada. En habiendo á las manos un convertido, aun de las provincias remotas del Oriente, repetian esmeradamente los sagrados ritos del bautismo (8) y demás órdenes, por cuanto hollaban la validez de las que habian recibido de mano de los herejes ó cismáticos. Obispos, vírjenes y hasta niños inocentes, tenian que allanarse á una penitencia pública, antes que se les admitiera á la comunion de los Donatistas. En posesionándose de una iglesia usada por sus contrarios católicos, allá purificaban el profanado edificio con el mismo ahinco que pudiera requerir un templo de ídolos. Lavaban el pavimento, raspaban las paredes, quemaban el altar que solia ser de madera, derretian las alhajas consagradas, daban la sacrosanta Eucaristía á los perros, con cuantas circunstancias de vilipendio pudieran enconar el rencor de las facciones relijiosas (9). En medio de aversion tan irreconciliable, entrambos partidos, ya revueltos, ya desviados en todas las ciudades de Africa, tenian el mismo idioma y costumbres, el mismo celo y enseñanza, la misma fe y el propio culto. Proscritos por las potestades civil y eclesiástica del imperio, conservábanse los Donatistas en varias provincias, en particular la Numidia, en número mas crecido; y hasta cuatrocientos obispos reconocian la jurisdiccion de su primado. Mas la recia condicion de la secta se cebaba en sus propias entrañas, y así el regazo de su iglesia cismática se desgarraba con desavenencias intestinas. La cuarta parte de los obispos Donatistas seguian las banderas independientes de los Maximianistas; y la senda angosta y solitaria que sus primeros caudillos habian ido abriendo seguia desviándose de la sociedad jeneral del mundo. Hasta la secta casi invisible de los Rogacianos afirmaba sin sonrojarse que cuando Cristo viniera á juzgar vivos y muertos, hallaria su verdadera relijion arrinconada en unas cuantas aldehuelas desconocidas de la Mauritania Cesarea (10).

Quedó el cisma de los Donatistas ceñido al Africa, pero el estrago mas crecido de la controversia trinitaria fué cundiendo por todos los ámbitos del mundo cristiano. La primera fué una contienda accidental, movida por abusos de independencia; la segunda era una lid recóndita y misteriosa, dimanada del abuso de la filosofía. Desde el tiempo de Constantino hasta el de Clodoveo y Teodorico, los intereses temporales de Romanos y de Bárbaros se barajaban en gran manera con las contiendas teolójicas del Arrianismo; bien podrá por tanto el historiador descorrer el velo del santuario decorosamente, y eslabonar los progresos del entendimiento y de la fe, del error y del alucinamiento, desde la escuela de Platon hasta la decadencia y ruina del imperio.

El númen de Platon, impuesto por sus propias meditaciones, ó por las

tradiciones de los sacerdotes de Ejipto (11), se aventuró á esplorar la naturaleza misteriosa de la Divinidad. Al encumbrar sus potencias á la contemplacion del primer existente de suyo, causa imprescindible del universo, el sabio Ateniense quedó imposibilitado de concebir *cómo* la sencilla unidad de su esencia podia abarcar la infinita variedad de ideas distintas y sucesivas que componen el modelo del mundo intelectual: *cómo* un Sér puramente incorpóreo pudiera ejecutar aquel modelo perfecto y amoldar con mano plástica el cáos áspero é independiente. Desesperanzado de desenmarañar tamaño piélago de escollos, que siempre ha de burlar los escasos alcances humanos, arrojóse Platon á conceptuar la naturaleza divina bajo tres modificaciones diversas; la causa primera, la razon ó el *Logos*, y el alma ó espíritu del universo. A veces su fantasía poética apersonaba y animaba aquellas abstracciones metafísicas: los tres principios *árquicos* ú orijinales se figuraban como tres dioses, en el sistema platónico, enlazados mutuamente por una jeneracion misteriosa é inefable; y conceptuábase particularmente el Logos bajo la índole mas avenible de Hijo del Padre Eterno, y Criador y Gobernador del mundo. Tales parece que venian á ser las doctrinas recónditas que muy reservadamente se estaban secreteando en los pensiles de la Academia, y que, segun los discípulos mas modernos de Platon (*a*), no se acababan de entender sino con un estudio muy asiduo de treinta años (12).

Fueron las armas de los Macedonios derramando por el Asia y el Ejipto el idioma y la literatura griega; y el sistema teolójico de Platon vino á enseñarse mas desembozadamente, y quizás con mejoras, en la decantada escuela de Alejandría (13). Brindaron los Tolomeos á los Judíos con el establecimiento de una colonia crecida en su nueva capital (14). Mientras la nacion en globo seguia practicando sus ceremonias legales, y dedicándose á su ganancioso comercio, algun Hebreo mas fino se engolfaba de por vida en contemplaciones relijiosas y filosóficas (15). Cultivaron y abrazaron los Judíos el sistema teolójico del sabio Ateniense; pero el engreimiento nacional se hubiera mortificado con la confesion llana de su primitiva pobreza, y allá contaban denodadamente, como herencia sagrada de sus antepasados, el oro y pedrerías de que últimamente habian defraudado á sus dueños ejipcios. Un siglo antes del nacimiento de Cristo, salió á luz un tratado filosófico que está á las claras manifestando el estilo y los conceptos de la escuela de Platon de los Judíos Alejandrinos, y se recibió unánimemente como reliquia preciada y jenuina de la sabiduría inspirada de Salomon (16). Hermandad semejante de la fe mosaica y la filosofía griega asoma en las obras de Filon, compuestas la mayor parte bajo el reinado de Augusto (17). Podia el alma toda material del universo (18) lastimar la relijiosidad de los Hebreos, pero aplicaban el concepto del LOGOS al Jehovah de Moisés y de los patriarcas, y el Hijo de Dios

habitó la tierra bajo apariencia visible, y aun humana, para desempeñar aquellas faenas tan familiares que parecen incompatibles con la naturaleza y los atributos de la Causa Universal (19).

La elocuencia de Platon, el nombre de Salomon, la autoridad de la escuela de Alejandría y el consentimiento de Judíos y Griegos, eran insuficientes para plantear una doctrina misteriosa y verdadera que pudiera agradar, mas no convencer á la racionalidad despejada (A. 97). Solo un profeta ó apóstol inspirado por la Divinidad alcanzará á dominar la fe del linaje humano; y la teolojía de Platon viniera á quedar para siempre confundida con las visiones filosóficas de la Academia, del Pórtico ú del Liceo, á no confirmarse el nombre y atributos del *Logos* con la pluma celestial del postrero y mas sublime Evanjelista (20). La Revelacion Cristiana, que llegó á consumarse bajo el reinado de Nerva, patentizó al mundo el asombroso arcano de que el LOGOS, que estaba desde el principio con Dios y era Dios, que lo hizo todo, y para quien todo fué hecho, se encarnó en la persona de Jesús de Nazaret, nació de una vírjen y padeció muerte en la cruz. Además del intento jeneral de fundar sobre perpetua basa los realces divinos de Jesucristo, los escritores eclesiásticos mas antiguos y respetables atribuyen al teólogo evanjélico el ánimo especial de confutar las dos herejías opuestas que trastornaron la paz de la iglesia primitiva (21). I. La fe de los Ebionitas (22), y quizá de los Nazarenos (23), era tosca é incompleta. Reverenciaban á Jesús como sumo profeta, dotado de virtud y poderío sobrenatural; aplicando á su persona y reino venidero todas las predicciones de los oráculos hebreos relativas al reino espiritual y sempiterno del prometido Mesías (24). Alguno venia á confesarle su nacimiento de una vírjen, pero todos obstinadamente rechazaban su existencia anterior y las perfecciones divinas del *Logos* ó Hijo de Dios, que tan terminantemente se definen en el Evanjelio de san Juan. Como medio siglo despues, los Ebionitas, cuyos errores menciona Justino Mártir con menos severidad de lo que al parecer merecen (25), componian una escasa porcion del gremio cristiano. II. Los Gnósticos, señalados con el sobrenombre de *Docetes*, pararon en el estremo opuesto, y al dar por sentada la naturaleza divina de Cristo, estaban manifestando su parte humana. Alumnos de la escuela de Platon, avezados al concepto sublime del *Logos*, conceptuaron desde luego que el brillantísimo *Eon*, ó *Emanacion* de la Divinidad podia revestirse de todo el esterior, de la apariencia visible de un mortal (26); mas se empeñaban vanamente en que las imperfecciones de la materia son incompatibles con la pureza de una sustancia celeste. Humeaba todavía la sangre de Cristo en el monte Calvario, cuando allá los Docetes soñaron una suposicion tan impía como disparatada de que, en vez de salir de las entrañas de una Vírjen (27), habíase apeado por las orillas del Jordan en forma ya per-

fectamente varonil; que habia embelesado los sentidos de sus enemigos y de sus discípulos, y que los ministros de Pilátos habian desfogado su saña desvalida sobre una estantigua aérea que espiró *al parecer* en la cruz, y resucitó á los tres dias de entre los muertos (28).

La sancion divina otorgada por el Apóstol al principio fundamental de la teolojía platónica estimuló á los convertidos eruditos del segundo y tercer siglo para celebrar y estudiar los escritos del sabio ateniense, que así habia portentosa y anticipadamente sacado á luz el sumo descubrimiento de la revelacion cristiana. Valíanse los católicos (29), y abusaban los herejes (30) del nombre de Platon en apoyo comun de la verdad y del error; acudióse á la autoridad de sus agudos comentadores y á la ciencia dialéctica para abonar las lejanas consecuencias de sus opiniones y suplir el silencio discreto de los escritores inspirados. Ventilábanse las idénticas cuestiones sobre la naturaleza, la jeneracion, el deslinde y la igualdad de las tres personas divinas de la misteriosa *Triada* ó Trinidad (31), en las escuelas filosóficas y en las cristianas de Alejandría. Un flujo desatinado de curiosidad los arrebataba á esplorar los arcanos del abismo, y el orgullo de catedráticos y de oyentes se daba por pagado con la ciencia de palabras. Pero el teólogo cristiano mas perspicaz, el mismo grande Atanasio, confiesa candorosamente (32) que, en esforzando su entendimiento para cavilar sobre la divinidad del *Logos*, todos sus violentos conatos se doblegaban sobre sí mismos; que cuanto mas recapacitaba, menos entendia, y cuanto mas escribia, menos acertaba á espresar sus conceptos. A cada paso de esta maleza, tenemos que palpar y reconocer la desproporcion inapeable de la grandeza del objeto y el alcance humano. Allá forcejeamos por ir desviando abstracciones de tiempo, espacio y materia que se entretejen en todas las percepciones de nuestro estudio esperimental; mas en engolfándonos á raciocinar sobre la sustancia infinita y la jeneracion espiritual, cuantas veces vamos eslabonando conclusiones positivas de un concepto negativo, nos sumimos en lobregueces, perplejidad y contradicciones inevitables. Como todas estas dificultades dimanan del asunto mismo, abruman con el idéntico é insuperable peso al disputador filósofo y al teólogo; mas debemos notar dos circunstancias esenciales y peculiares que separaban las doctrinas de la Iglesia católica de las opiniones de la escuela platónica.

I. Una sociedad selecta de filósofos, sujetos de educacion culta y de temple indagador, podia ponerse á recapacitar mudamente y á ventilar con sosiego, en los jardines de Aténas, ó en la librería Alejandrina, las cuestiones recónditas de la ciencia metafísica. Las altas especulaciones que ni convencian el entendimiento, ni ajitaban las pasiones de los mismos Platónicos, quedaban desatendidas por los ociosos, por los atareados, y aun por los estudiosos mismos (33); mas puesto ya en planta el *Logos*,

como el objeto sagrado de la fe, la esperanza y el culto relijioso de los Cristianos, fué abrazado el misterioso sistema por la muchedumbre en las provincias del orbe romano. Cuantos por su edad, sexo ú faenas eran mas inhábiles para enterarse, como menos prácticos en el ejercicio de los raciocinios abstractos, se afanaban por contemplar la economía de la Naturaleza Divina; y Tertuliano (54) blasona de que un menestral cristiano podia contestar al punto á cuestiones que atascaban á los sabios de la Grecia. En siendo el asunto tan remoto para nuestros alcances, se hace á la verdad de poca monta la diferencia entre el entendimiento sumo y el ínfimo, y los grados de flaqueza pueden quizás medirse por los de tenacidad y confianza dogmática. En vez de tratar semejantes cuestiones como entretenimientos de horas sobrantes, vinieron á ser negocios formales para la vida actual, y de suma trascendencia para la venidera. Una teolojía, que era urjentísimo creer, que era impío dudar, y que se hacia peligroso y muy aciago equivocar, paró en el tema diario de meditacion reservada y de conversacion popular. La fria indiferencia de la filosofía tenia que enardecerse con el fervor de la devocion, y hasta las metáforas del lenguaje corriente sujerian el engaño á los sentidos y á la esperiencia. Los Cristianos, que aborrecian la torpe y soez jeneracion de la mitolojía griega (55), se inclinaban á argüir por la analojía familiar de las relaciones paterna y filial. La calidad de *Hijo* parece que llevaba consigo una subordinacion perpetua al autor voluntario de su existencia (56); mas como el acto de la jeneracion, en el sentido mas remontado y espiritual-corresponde que traspase las propiedades de una idéntica naturaleza (57), no se atrevian á limitar la potestad y la duracion al Hijo de un Padre sempiterno y todopoderoso. Ochenta años despues de la muerte de Cristo, declararon los Cristianos de Bitinia ante el tribunal de Plinio que lo invocaban como un Dios: y en todos siglos y paises, se han perpetuado sus honores divinos entre las varias sectas que toman el nombre de sus discípulos (58). Su entrañable respeto á la memoria de Cristo, y el horror al culto profano de todo ente criado, los inclinara á plantear la divinidad igual y absoluta del *Logos*, si su ascenso veloz al solio celeste no se reprimiera con la zozobra de atropellar la unidad y supremacía propias del gran Padre de Cristo y del Universo. Aquella suspension que embargaba el ánimo de los Cristianos por ambos caminos opuestos se está viendo en los escritos de los teólogos que florecieron tras la edad apostólica, y antes del orijen de la controversia Arriana. Acuden con igual confianza á su voto católicos y herejes; y los críticos mas certeros confiesan francamente que si lograron la dicha de poseer la verdad católica, espresaron sus conceptos en términos jenerales, inexactos, y á veces contradictorios (59).

II. La primera particularidad que diferenciaba á los Cristianos de los

Platónicos era la devocion individual; y la segunda la autoridad de la iglesia. Esforzaban los alumnos de la filosofía los derechos de la libertad intelectual, y su respeto á los dictámenes del maestro era un tributo liberal y voluntario que ofrecian á la razon superior. Pero los Cristianos constituian una sociedad crecida y disciplinada, y leyes y majistrados ejercian estrecha jurisdiccion sobre los fieles. Actos de fe y confesiones enfrenaban los estravíos de la fantasía (40) ; la sabiduría pública de los sínodos avasallaba las opiniones privadas; la jerarquía eclesiástica guiaba la autoridad de un teólogo, y los sucesores episcopales de los apóstoles aplicaban las censuras de la iglesia á cuantos se desviaban de la creencia ortodoja. Pero en época de contiendas relijiosas, todo acto opresivo aumenta la fuerza elástica del entendimiento, y solian motivos reservados de ambicion ó de codicia enardecer el fervor y estimular la pertinacia de los rebeldes espirituales. Un argumento metafísico franqueaba campo para contiendas políticas; las sutilezas platónicas eran las armas de bandos populares, y la distancia que mediaba entre sus temas particulares se ensanchaba con la acrimonia de sus altercados. Mientras las oscuras herejías de Praxeas y de Sabelio se empeñaban en equivocar al *Padre* con el *Hijo* (41), cabia disculpa en el partido católico sobre adherirse con mayores veras en la *distincion* que en la *igualdad* de las personas divinas ; mas al amainar la fogosidad de la controversia, y contenidos los progresos de los Sabelianos, que horrorizaban á las iglesias de Roma, de Africa ó de Ejipto, empezó á tenderse apaciblemente la oleada de aquella opinion teolójica por el rumbo opuesto, y los doctores mas melindrosos ya no escrupulizaban en valerse de voces y definiciones que antes se habian sindicado en boca de los contrarios (42). Restablecida la paz y jeneralizado el desahogo á los Cristianos, revivió la contienda Trinitaria en el solar antiguo del Platonismo, en la sabia, opulenta y alborotadora ciudad de Alejandría, y la llamarada de la discordia relijiosa voló rápidamente de las escuelas al clero, al pueblo, á la provincia y al Oriente. Ventilóse en contiendas eclesiásticas la cuestion abstracta de la eternidad del *Logos*, trascendió á los sermones; y las opiniones heterodojas (43) de Ario salieron luego á luz por su propio zelo y el de sus contrarios. Sus enemigos mas implacables reconocieron la sabiduría y la vida irreprensible de aquel presbítero esclarecido, que en una eleccion anterior, habia manifestado, y tal vez luego orillado jenerosamente sus pretensiones á la silla episcopal (44). Apropióse el cargo de su juez su mismo competidor Alejandro; la causa reñida se informó ante su propio juzgado; si al parecer titubeó al principio, falló por fin su sentencia definitiva, como regla absoluta de fe (45); y el denodado presbítero, que arrostró y resistió á su airado obispo, quedó separado de la comunion de la iglesia. Pero un bando crecido vitoreó y sostuvo la osadía de Ario, contando entre sus secuaces inmediatos dos

obispos de Ejipto, siete presbíteros, doce diáconos y (lo que parece casi increible) setecientas vírjenes. La mayoría de los obispos de Asia se mostró parcial y favorecedora de su causa, acaudillando sus disposiciones Eusebio de Cesarea, el primer sabio de los prelados cristianos, y luego Eusebio de Nicomedia, que se habia granjeado la nombradía de estadista, sin desmerecer la de santo. Contrapusiéronse sínodos de Palestina y Bitinia á los de Ejipto, y esta disputa teolójica embargó la atencion del príncipe y del pueblo, y despues de seis años (46) (A. 318-325), se remitió la decision á la autoridad suprema del concilio jeneral de Niza.

Ventilados arriesgadamente los misterios de la fe cristiana en contienda pública, es de reparar que el entendimiento humano abarcaba tres diversos é imperfectos sistemas acerca de la Trinidad Divina, y se sentenció que ninguno de ellos, en sentido ortodojo y absoluto, quedaba exento de error y de herejía (47). I. Segun la primera suposicion, que era la de Ario y secuaces, reducíase el *Logos* á una produccion dependiente y voluntaria, compuesta de la nada por la voluntad del Padre. El Hijo, Hacedor de todo (48), fué enjendrado antes que todos los mundos, de modo que el período astronómico mas dilatado podia solo parangonarse á un instante volandero para lo estenso de su duracion; mas no era infinita esta duracion (49), y hubo un tiempo que precedió á la jeneracion inefable del *Logos*. Traspasó el Padre Todopoderoso su grandioso espíritu á este su único Hijo, estampándole el centelleo de su gloria. Imájen patente de aquella perfeccion invisible, vió, á una distancia inconmensurable bajo sus plantas, los tronos de arcánjeles mas esplendorosos; pero resplandeció tan solo con luz refleja; y, como los hijos de los emperadores romanos revestidos con los dictados de César y de Augusto (50), gobierna el universo con obediencia á la voluntad de su Padre y Monarca. II. Bajo el segundo concepto, poseia el *Logos* todas las perfecciones inherentes é incomunicables, que la relijion y la filosofía colocan en el Dios Supremo. Tres entendimientos ó sustancias diversas é infinitas, tres entidades iguales y coeternas, componian la Esencia Divina (51); y no podia menos de implicar contradiccion el que alguna de ellas no haya existido ó que cese en ningun tiempo de existir (52). Los patronos de un sistema, que planteaba al parecer tres Divinidades independientes, se empeñaban en conservar la unidad de la Causa Primera, descollante en el plan y en el órden del mundo, con la concordia incesante de su desempeño, y la armonía esencial de su voluntad. Cabe advertir cierta escasa semejanza de esta unidad de accion en las sociedades de hombres, y aun de irracionales; pues las causales de sus desavenencias se cifran en la imperfeccion y desigualdad de sus alcances; pero la omnipotencia, guiada por su infinita bondad y sabiduría, no puede menos de valerse de los idénticos medios para el logro de los mismos fines. III. Tres séres, que, por la necesidad

intrínseca de su existencia, están atesorando todos los atributos divinos en sumo grado, eternos en duracion, infinitos en espacio, íntimamente presentes entre sí y con todo el universo, se internan irresistiblemente en los ánimos atónitos como uno é idéntico Sér (53), que en la economía de la gracia, así como en la de la naturaleza, puede manifestarse bajo formas diferentes, y considerarse por diversos aspectos. En esta suposicion, una Trinidad efectiva y sustancial viene á reducirse á trinidad de nombres y á modificaciones abstractas que permanecen solamente en el entendimiento que la concibe. Ya no es el *Logos* persona alguna, sino mero atributo, y tan solo en sentido figurado cabe el aplicar el dictado de Hijo á la razon sempiterna que estaba con Dios, desde el principio, y por *la cual*, no por *quien*, fué todo hecho. Redúcese la encarnacion del *Logos* á una inspiracion sencilla de la Sabiduría Divina que henchia el alma y encaminaba los actos del hombre Jesús; y así tras haber jirado por el círculo teolójico, estrañamos ver que el Sabeliano acabe donde empezó el Ebionita, y que el arcano inesplicable y digno de nuestra adoracion burle nuestros conatos (54).

Si pudieran los obispos del concilio de Nicea (55) seguir á su salvo los dictámenes de su conciencia, mal podian Ario y sus allegados seguir esperanzados con la mayoría de votos á favor de una hipótesis tan opuesta á las dos opiniones mas validas del orbe católico. Hiciéronse luego cargo los Arrianos de su delicada situacion y se cubrieron cuerdamente con aquellas virtudes sencillas, que, en el enfurecimiento de las desavenencias civiles y relijiosas, por maravilla se practican ni aun se elojian sino por el partido endeble. Recomendaban el ejercicio de la moderacion y la caridad cristiana; esforzaban la naturaleza inesplicable de la controversia; se desentendian del uso de términos ó definiciones que no se hallaban en la Escritura, y se avenian con gallardas concesiones á contentar á sus contrarios sin desprenderse del conjunto de sus principios. El bando victorioso recibió todas sus propuestas con altanera desconfianza, y anduvo ansiosamente en pos de algun distintivo sobresaliente é inconciliable, cuya repulsa acarrease á los Arrianos el error y las consecuencias de la herejía. Leyóse públicamente y se rasgó con vilipendio una carta, en la que su padrino Eusebio de Nicomedia confesaba candorosamente que la admision del *Homoousion* ó Consustancial, voz corriente entre los Platónicos, era incompatible con los principios de su sistema teolójico. Abalanzáronse á la coyuntura favorable los obispos, que eran los prohombres del sínodo, y segun la espresion aguda de Ambrosio (56), se valian de la espada que la herejía misma habia desenvainado para degollar al monstruo aborrecido. Quedó decretada la consustancialidad del Padre con el Hijo en el concilio Niceno, y se admitió luego como artículo fundamental de la fe cristiana, por el consentimiento unánime de la iglesia griega, lati-

na, oriental y aun protestante. Mas si la misma voz no hubiese servido para tiznar á los herejes y para hermanar á los Católicos, no hubiera desempeñado el intento de la mayoría, por la cual se incluyó en el credo ortodojo. Dividíase esta mayoría en dos porciones que se distinguian por la propension opuesta á los dictámenes de los Triteistas y de los Sabelianos; mas como estremos tan encontrados volcaban al parecer los cimientos de la relijion natural ó de la revelada, se convinieron en despejar redondamente sus principios, y denegar las consecuencias cabales, pero peligrosas, con que pudieran reconvenirles sus antagonistas. El interés de la causa comun los inclinaba á juntarse y encubrir sus desavenencias; mitigóse algun tanto su animosidad con los dictámenes saludables de la tolerancia, y se embotaron las contiendas con el uso del misterioso *Homoousion*, que cada partido era árbitro de interpretar segun cuadrase mejor con sus pareceres particulares. El sentido sabeliano, que como medio siglo antes habia precisado al concilio de Antioquía (57) á vedar este decantado vocablo, lo recomendó á cuantos teólogos abrigaban cierto afecto parcial y reservado á la Trinidad nominal. Pero los santos predilectos del tiempo arriano, el denodado Atanasio, el sabio Gregorio Nacianzeno, y las demás columnas de la iglesia que sostenian con tino y éxito las doctrinas del concilio Niceno, conceptuaban al parecer la espresion de *sustancia* como equivalente de *naturaleza*, y se arriesgaban á ilustrar su significacion, afirmando que tres hombres, como que pertenecen á la misma especie jeneral, vienen á ser consustanciales ú homoousios entre sí (58). Esta igualdad pura y señalada se atempera por una parte con el enlace interno y la penetracion espiritual que aúna indisolublemente las personas divinas (59), y por la otra con la preeminencia del Padre, que se reconocia en cuanto era compatible con la independencia del Hijo (60). En el ámbito intermedio de estos límites la bola casi invisible y temblona de la ortodojia podia vibrar con toda confianza. Por ambos costados, fuera del solar sagrado, se emboscaban los herejes y los demonios siempre en acecho para saltear y destrozar al infeliz descarriado. Mas como el grado del encono teolójico se cifra en el temple de la guerra mas bien que en la trascendencia, á los herejes que degradaban los atributos del Hijo les cabia mayor escarmiento que á sus esterminadores. Atareóse de por vida Atanasio en contrarestar irreconciliablemente la *locura* impía de los Arrianos (61); pero estuvo defendiendo por mas de veinte años el sabelianismo de Marcelo de Ancira, y cuando por fin se vió precisado á desviarse de su comunion, siguió mencionando con ambigua sonrisa los leves errores de su respetable amigo (62).

La autoridad de un concilio jeneral, á la que los mismos Arrianos habian tenido que subordinarse, entretejió en las banderas del partido ortodojo los caractéres misteriosos de la palabra *Homoousion*; lo que con-

tribuyó esencialmente, á pesar de ciertas contiendas poco sonadas y de algunas peleas nocturnas, para conservar y perpetuar la uniformidad de la fe, ó á lo menos de lenguaje. Los consustancialistas, quienes por su triunfo merecieron y gozaron el dictado de Católicos, blasonaban de la sencillez y arraigo de su credo, escarneciendo las variaciones redobladas de sus contrarios, que carecian de norma para su fe. La sinceridad ó la artería de los caudillos arrianos, el temor de las leyes y del pueblo, su acatamiento á Cristo, su odio á Atanasio, cuantas causas humanas y divinas perturban los dictámenes de un bando teolójico, orijinaron entre los desavenidos insubsistencia y discordia; en términos que á los pocos años asomaron hasta diez y ocho dechados diversos de relijion (63), desagraviando así el señorío atropellado de la iglesia. El celoso Hilario (64), quien, por las penalidades personales de su situacion, propendia mas bien á disminuir que á abultar los descarríos del clero oriental, manifiesta que en el ámbito dilatado de las diez provincias de Asia, donde se hallaba desterrado, apenas asomaba un prelado que conservase el conocimiento del verdadero Dios (65). Las tropelías y los trastornos que habia presenciado y padecido aplacaron por algun tiempo los airados ímpetus de su ánimo; y en el paso siguiente, del cual voy á copiar algunos renglones, inadvertidamente se resbala el obispo de Poitiers hácia el estilo de un filósofo cristiano: « Es asunto, » dice Hilario, « deplorable y arriesgado el que haya tantos credos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, y tantos manantiales de blasfemia como errores entre nosotros; por cuanto fraguamos y esponemos arbitrariamente los credos. Queda el Homoousion desechado, recibido y desmenuzado por sínodos sucesivos. La semejanza parcial ó total del Padre con el Hijo es materia de contienda en estos tiempos malhadados. Cada año y cada luna andamos haciendo nuevos credos para describir misterios invisibles. Nos arrepentimos de lo hecho, defendemos á los arrepentidos, y luego condenamos á los que defendiamos. Hollamos, ya la doctrina de otros en nosotros mismos, ya la nuestra en la de otros, y destrozándonos mutuamente, nos hemos acarreado la ruina nuestra y la ajena (66). »

No es de esperar, ni de sufrir, que siga yo abultando esta digresion teolójica con el exámen circunstanciado de los diez y ocho credos, cuyos autores por lo mas se desentendian del nombre odioso de su allegado Ario. Entretiene sobremanera el ir delineando la forma y siguiendo los medros de una planta peregrina; mas el pormenor cansado de hojas sin flores y de ramas sin fruto postra luego el sufrimiento, y chasquea la curiosidad del atareado alumno. Convendrá con todo apuntar una cuestion que fué brotando de la controversia arriana, por cuanto vino á sacar á luz y distinguir las tres sectas que solo se hermanaban en su aver-

sion comun al Homoousion del sínodo Niceno. 1. Si se preguntaba por la *semejanza* del Hijo con el Padre, contestaban denodada y negativamente cuantos herejes se adherian á los principios de Ario, y en realidad á los de la filosofía, que al parecer separa inmensamente al Criador de sus criaturas mas aventajadas. Sostenia esta consecuencia tan obvia Ecio (67), á quien el enfado de sus contrarios apodaba de ateista. Su desasosiego y travesura le arrebató á casi todas las profesiones de la vida humana. Fué sucesivamente esclavo, ú á lo menos labrador, calderero viandante, platero, dómine, teólogo, y por fin apóstol de una nueva iglesia, propagada por la maestría de su alumno Eunomio (68). Pertrechado con textos de la Escritura, y con silojismos enmarañados de la lójica de Aristóteles, el sutilísimo Ecio se habia granjeado la nombradía de un disputador incontrastable, á quien era imposible acallar ó convencer. Tanta sobresalencia le acarreó la intimidad de los obispos arrianos, hasta que desengañados, desviaron y aun persiguieron á un camarada tan espuesto, cuyos raciocinios exactos habian dañado á su causa en el concepto popular, y lastimado la relijiosidad de sus secuaces mas rendidos. 2. La omnipotencia del Criador franqueaba una solucion vistosa y reverente de la *semejanza* del Padre y del Hijo; y bien podia rendidamente avenirse la fe con cuanto no rechazaba la razon, á saber, que el Dios Supremo era árbitro de trasponer sus perfecciones infinitas, y crear un ente parecido únicamente á sí mismo (69). El talento y la maestría de los caudillos engrandecian á estos Arrianos, pues sucedian á los Eusebianos, y estaban ocupando las sedes principales del Oriente. Andaban, quizás afectadamente, detestando la impiedad de Ecio; pretestaban estar creyendo, ya sin reserva, ya segun las Escrituras, que el Hijo se diferenciaba de todas las *demás* criaturas, y era tan solo semejante al Padre. Mas negaban que fuese de sustancia idéntica ni parecida, sincerando á veces denodadamente su desavenencia, y á veces objetando al uso de la voz sustancia, que al parecer lleva consigo un concepto propio, ú á lo menos patente, de la naturaleza de la Divinidad. 3.° La secta que insistia en la doctrina de la sustancia semejante era la mas crecida, á lo menos en las provincias de Asia: y al juntarse los prohombres de ambos partidos en el concilio de Seleucia (70), *su* opinion iba á prevalecer con una mayoría de ciento y cuarenta ó cincuenta obispos. La voz griega usada para espresar esta semejanza misteriosa se arrima tanto al símbolo ortodojo, que los profanos de todos tiempos se han mofado de la contienda reñidísima orijinada de la diferencia de un diptonguillo entre Homoousios y Homoiousios. Por cuanto suele suceder que los sonidos y los caractéres mas cercanos entre sí retratan especies opuestas, ridículo seria el reparo, si fuese dable deslindar perceptiblemente la doctrina de los Semi-arrianos, como impropiamente se les apellidaba, y la de los mis-

mos Católicos. El obispo de Poitiers, que en su destierro á Frijia se afanaba cuerdamente por hermanar los partidos, procura demostrar que con una interpretacion fiel y piadosa (71) cabe aplicar al *Homoiousion* un sentido consustancial. Confiesa no obstante que el vocablo es de aspecto oscuro y sospechoso, y como si la lobreguez conjeniase con las disputas teolójicas, los Semi-arrianos que se asomaron al umbral de la iglesia, la asaltaron con enfurecimiento.

Las provincias de Ejipto y Asia, afectas al idioma y costumbres griegas, se habian imbuido en el veneno de la controversia arriana. El estudio del sistema platónico, un temple engreido y disputador, y un idioma abundante y pastoso franqueaban al clero y pueblo de Oriente un raudal rebosante de voces y distinciones, y en el ímpetu de sus contiendas, olvidaban al punto que la filosofía está encargando la duda, y que la relijion impone rendimiento. Los Occidentales eran de suyo menos cavilosos; no se conmovian tanto por objetos invisibles; su entendimiento se ejercitaba menos en las disputas; y tal era la ignorancia venturosa de la iglesia galicana, que Hilario mismo, mas de treinta años despues del primer concilio jeneral, estaba todavía ajeno del símbolo Niceno (72). Habian los Latinos recibido las ráfagas del conocimiento divino por el espejo empañado y engañoso de una traduccion; la escasez y bronquedad de su idioma nativo no siempre alcanzaba á suministrar equivalentes para las voces griegas y para los vocablos facultativos de la filosofía platónica (73), consagrados ya por el Evanjelio ú por la iglesia para espresar los misterios de la fe cristiana; y una nulidad del idioma podia entrometer en la teolojía latina una serie dilatada de errores intrincados (74). Mas como las provincias occidentales lograron la dicha de derivar su relijion de un manantial ortodojo, conservaron con teson la doctrina que recibieron con docilidad; y al asomar la ponzoña arriana por sus confines, acudieron al preservativo oportuno del Homoousion, de la mano y esmero paternal del pontífice romano. Salieron á luz sus dictámenes y su índole en el sínodo memorable de Rímini, que sobrepujó en número al concilio de Nicea, puesto que se componia de mas de cuatrocientos obispos de Italia, de España, de Africa, Galia, Bretaña é Ilírico. Desde el principio se echó de ver que solos ochenta prelados adherian al partido de Ario, aparentando siempre condenar su memoria y nombre. Mas esta desventaja se compensaba con la superioridad de esperiencia, disciplina y maestría, acaudillando á la menoría Valente y Ursacio, dos obispos ilíricos, que habian empleado la vida en sus tramas palaciegas y eclesiásticas, y educádose bajo la bandera eusebiana en las guerras relijiosas del Oriente. Con sus argumentos y sus amaños, atajaron, confundieron y engañaron la honrada sencillez de los obispos latinos, que se dejaron arrebatar el paladio de la fe, mas bien con acechanzas y en-

carecimientos que á viva fuerza. No se concedió su separacion al concilio de Rímini hasta que todos sus miembros firmaron torpemente un credo engañoso, en el cual se incluyeron algunas espresiones en lugar del Homoousion, muy asomadas á un sentido herético; y entónces fué cuando, segun Jerónimo, se quedó atónito el mundo de verse arriano (75). Mas no bien los obispos de las provincias latinas hubieron regresado á sus respectivas sillas, cuando se hicieron cargo de su equivocacion y se arrepintieron de su flaqueza. Desechóse con menosprecio y abominacion la capitulacion afrentosa; y el estandarte homoousio, estremecido, pero no derribado, se tremoló mas y mas en todas las iglesias del Occidente (76).

Tal fué el nacimiento y progreso, y tales las revoluciones naturales de aquellas contiendas teolójicas que trastornaron el Cristianismo bajo los reinados de Constantino y de sus hijos. Mas como aquellos príncipes intentaban encaramar su despotismo sobre la fe, al par de las vidas y los haberes de los súbditos, el peso de su voto solia inclinar la balanza eclesiástica, y se planteaban, torcian ó alteraban las prerogativas del Rey del Empíreo en el gabinete de un monarca terrestre.

Las discordias malhadadas que fueron trascendiendo por las provincias del Oriente interrumpieron los triunfos de Constantino; pero él siguió por algun tiempo mirando con fria indiferencia el objeto de tanto altercado (A. 324). Ignorando lo arduo que era el aplacar contiendas teolójicas, espidió á los combatientes, Alejandro y Ario, una carta amonestadora (77), que debe achacarse con mas fundamento al arrojo de un soldado y un estadista que al dictámen de alguno de sus obispos consejeros. Cifra el oríjen de toda la controversia en una cuestion sutil sobre un punto incomprensible de la ley, preguntado neciamente por el obispo, y desatinadamente contestado por el presbítero. Laméntase de que el pueblo cristiano, con un mismo Dios, con la propia relijion y el idéntico culto, esté desavenido por tan mínimas distinciones, y recomienda formalmente al clero de Alejandría el ejemplo de los filósofos griegos, que esforzaban sus argumentos sin destemplanza, y usaban de su independencia sin menoscabo de la intimidad. Quizás el despego y menosprecio del soberano hubieran sido el arbitrio mas eficaz para acallar la contienda, si fuese el raudal popular menos recio y arrebatado, y si el mismo Constantino, en medio de la faccion y el fanatismo, conservara su ánimo sereno y despejado. Mas luego sus ministros eclesiásticos trataron de seducir la imparcialidad del majistrado y el acaloramiento del nuevo alumno. Provocóle el desacato cometido con sus estatuas (A. 325); sobresaltóse con el daño efectivo ú abultado que iba á mas por momentos; y la esperanza de paz y de tolerancia ya no tuvo cabida desde el punto en que juntó trescientos obispos en el recinto del mismo palacio. La presencia del monarca ajigantó la trascendencia de la contienda; y brotaron á mi-

les, con sus miradas, los argumentos, esponiendo con teson su persona que redoblaba los alientos de la pelea. En medio de tantísimo como se ha elojiado la elocuencia y perspicacia de Constantino (78), un jeneral, cuya relijion estaba muy en duda, y cuyo entendimiento carecia de sublimidad y de instruccion, mal podia enterarse y terciar en lengua griega sobre una cuestion metafísica y un artículo de fe. Mas la privanza de Osio, que parece presidió el concilio Niceno, pudo labrar el ánimo del emperador en ventaja del partido ortodojo, y alguna insinuacion oportuna acerca de que el mismo Eusebio de Nicomedia, favorecedor ahora de los herejes, habia anteriormente auxiliado al tirano (79), lo exasperaria contra sus contrarios. Ratificó en fin Constantino al Credo Niceno; y declarando con entereza que cuantos contraviniesen al juicio divino del sínodo tenian que disponerse para su inmediato destierro, tuvo que enmudecer la escasa oposicion, que vino á reducirse, de diez y siete á dos, que únicamente protestaron. Tributó Eusebio de Cesarea su anuencia repugnante y ambigua al Homoousion (80); y la conducta vacilante del Nicomediano Eusebio solo le sirvió para dilatar por unos tres meses su desgracia y su destierro (81). Confinóse al impío Ario á una de las provincias lejanas del Ilírico; tiznó la ley á su persona y discípulos con el odioso apodo de Porfirianos; condenáronse sus escritos al fuego, mandándolos entregar, sopena capital contra cuantos los encubriesen. Imbuido ya el emperador en el espíritu de la controversia, el estilo enojado y sarcástico de sus edictos se encaminaba á infundir en sus súbditos el odio que abrigaba contra los enemigos de Cristo (82).

Mas como si la conducta del emperador fuese toda de ímpetu y ajena de todo principio, á los tres años escasos del concilio de Nicea, rayaron en él síntomas de compasion y aun de blandura para con la secta proscrita, favorecida reservadamente por su querida hermana. Alzáronse los destierros; y Eusebio, que por puntos fué recobrando su influjo en el ánimo de Constantino, quedó repuesto en el solio episcopal, de donde lo habian afrentosamente degradado. Trataron tambien los palaciegos al mismo Ario con todo el respeto debido á un inocente atropellado. Aprobó el concilio de Jerusalen su fe, y el emperador se mostraba desalado por desagraviarle, mandando terminantemente que fuese admitido solemnemente á la comunion en la catedral de Constantinopla. Muere Ario en el mismo dia aplazado para su triunfo, y las circunstancias harto estrañas y horrorosas de su fallecimiento enjendran allá sospechas de que la escrupulosidad de los santos habia contribuido mas eficazmente que con plegarias á libertar la iglesia de su mas formidable enemigo (83). Los tres prohombres de los Católicos, Atanasio de Alejandría, Paulo de Constantinopla, y Eustacio de Antioquía, quedaron depuestos por varios cargos, por sentencia de crecidos concilios, y luego desterrados á provincias remo-

tas por el primer emperador cristiano, quien recibió, en el trance postrero de su vida, los ritos del bautismo de mano del obispo arriano de Nicomedia. No cabe justificar de liviandad y flaqueza el réjimen eclesiástico de Constantino; pero el monarca crédulo, y bisoño en los ardides de la guerra teolójica, pudo embelesarse con las protestas comedidas y decorosas de los herejes, cuyos dictámenes nunca acabó de penetrar; y al apadrinar á Ario y perseguir á Atanasio, siempre conceptuaba el concilio de Nicea como el antemural de la fe cristiana y el blason de su reinado (84).

Correspondia que los hijos de Constantino se catequizasen desde la niñez; mas dilataron, á imitacion del padre, su bautismo. Osaron, como él, sentenciar sobre misterios de que nunca se enteraron (85); y la suerte de la controversia Trinitaria estaba pendiente en gran manera del concepto de Constancio, que heredó las provincias de Oriente, y luego se posesionó de todo el imperio. El presbítero ú obispo arriano, que encubrió para sus fines el testamento del emperador difunto, utilizó la coyuntura venturosa que lo habia intimado con un príncipe, cuyos consejos públicos eran siempre hijos de sus validos domésticos. Eunucos y esclavos fueron derramando la ponzoña espiritual por el alcázar; y luego las palaciegas inficionaron la guardia, y la emperatriz al confiado esposo (86). La parcialidad que siempre manifestó Constancio á la faccion eusebiana se fué imperceptiblemente robusteciendo con los amaños intrincados de sus caudillos; y su victoria del jeneral Magnencio aumentó su inclinacion para emplear las armas del poder en defensa del Arrianismo. Al trabarse las huestes en las llanuras de Mursa, cuando el paradero de los competidores se cifraba en el trance de la refriega, el hijo de Constantino estuvo pasando aquel rato de agonía en una iglesia de los mártires bajo las murallas de la ciudad. Su animador espiritual Valente, obispo arriano de la diócesis, se valió de los arbitrios mas esquisitos para lograr el aviso mas dilijente, para afianzar su valimiento, ó bien su fuga. Un cordon encubierto de mensajeros le fué informando de las alternativas de la batalla; y mientras los cortesanos trémulos cercaban al despavorido monarca, le aseguró Valente que iban arrolladas las lejiones galicanas, insinuándole con serenidad que el grandioso acontecimiento le habia sido revelado por un ánjel. El emperador agradecido atribuyó su triunfo al mérito y mediacion del obispo de Mursa, cuya fe habia merecido la aprobacion pública y milagrosa del cielo (87). Los Arrianos, conceptuando por suya la victoria de Constancio, sobrepusieron su gloria á la de su padre (88). Cirilo, obispo de Jerusalen, prorumpió en la descripcion de una cruz celeste, realzada con un íris esplendoroso, que en la festividad de Pentecostes, como á la tercera hora del dia, se habia aparecido sobre el monte Olivete para la edificacion de los peregrinos devotos y del pueblo de la Ciudad Santa (89). Fué creciendo el tamaño del metéoro; y el historiador arriano

se arroja á sentar que estuvo patente á entrambos ejércitos en las llanuras de Panonia, y que el tirano, á quien se retrata de intento como un idólatra, huyó del signo propicio al Cristianismo (90).

El dictámen de un estranjero juicioso que estudió los progresos de la discordia civil ó eclesiástica es siempre acreedor á nuestro aprecio; y un paso breve de Amiano, que sirvió en los ejércitos y estudió la índole de Constancio, es quizás de mas entidad que largas pájinas de baldones teolójicos. « La relijion cristiana, dice el comedido historiador, que de suyo es sencilla y obvia, la equivocaba él con las cavilaciones de la superstición. En vez de hermanar los bandos con el peso de su autoridad, andaba halagando y promoviendo, con meras cuestiones de palabras, las desavenencias que su necia curiosidad habia suscitado. Cuajaban las carreteras cuadrillas de obispos al galope en demanda de sus juntas, que llamaban sínodos, y mientras se afanaban en aunar toda la secta en sus opiniones particulares, quedaba destruido el establecimiento público de las postas con sus viajes repetidos y atropellados por todas partes (91). » Nuestro conocimiento mas cabal de los actos eclesiásticos en el reinado de Constancio suministraria estenso comentario sobre aquel paso notable, el cual comprueba la zozobra de Atanasio de que la autoridad del clero, que vagaba por el imperio en busca de la verdadera fe, acarrearia el menosprecio y la risa del mundo incrédulo (92). Desasustado ya el emperador de las contingencias de la guerra civil, dedicó el ocio de sus cuarteles de invierno en Arles, Milan, Sirmio y Constantinopla, á los recreos ó afanes de la controversia. Desenvainado vino á quedar el acero del majistrado y aun del tirano para robustecer los raciocinios del teólogo; y oponiéndose á la fe ortodoja de Nicea, se deja inferir que su incapacidad é ignorancia corrian parejas con su presuncion (93).

Eunucos, mujeres y obispos, árbitros del escaso y vanidoso entendimiento del emperador, le fueron infundiendo mortal desagrado al Homoousion; mas su conciencia timorata se destempló con la impiedad de Ecio. Agravaban el delito de aquel ateista las sospechas de su privanza con el infeliz Galo, y hasta la muerte de los ministros imperiales asesinados en Antioquía se achacaba á sus sofísticas y azarosas sujestiones. El pecho de Constancio, al par indómito para la razon y la fe, se sumia en las lobregueces de aquel abismo, horrorizado siempre con los estremos opuestos; y así encareciendo y condenando alternativamente á la faccion arriana ó á la semi-arriana (94), ora condenaba, ora atraia á sus caudillos. En las temporadas de funciones ó de negocios públicos, se encerraba dias y noches enteras para ir entresacando las palabras y refundiendo las sílabas que se embebian en sus vacilantes credos. Cavilando tanto, acosábale todavía en sueños el asunto, y luego aquellas soñadas estravagancias se calificaban de visiones celestiales; y admitió gozoso el retumbante dictado de obispo de los obispos, de

mano de eclesiásticos que trascordaron el interés de su jerarquía por dar pábulo á sus afectos. El intento de uniformar los ánimos que le habia movido á juntar sínodos en Galia, Italia, Ilírico y Asia, solia quedar burlado por su propia liviandad, por las desavenencias de los Arrianos, y la oposicion de los Católicos; y acordó, por un impulso postrero y decisivo, dictar imperiosamente los decretos de un concilio jeneral. El terremoto que arruinó á Nicomedia, el apuro de hallar sitio adecuado, y quizás algun motivo recóndito de política, ocasionó alguna novedad en la convocatoria. Encargóse á los obispos de Oriente que acudiesen á Seleucia en Isauria, mientras los de Occidente celebraban sus deliberaciones en Rímini, en la costa del Adriático; y en vez de dos ó tres diputados por provincia, se dispuso la marcha de todo el cuerpo episcopal. El concilio oriental, tras haber consumido cuatro dias en inservibles debates, separóse sin conclusion definitiva; dilatóse por siete meses el de Occidente, y encargóse á Tauro, prefecto del pretorio, que no despidiese á los prelados hasta que se aunasen todos en su opinion, fortaleciendo sus conatos con la potestad de desterrar á quince de los mas desmandados, y la promesa del consulado, si salia airoso de tan arduo empeño. Sus ruegos y amenazas, la autoridad del soberano, las sofisterías de Valente y de Ursacio, el rigor del hambre y del frio, y el desconsuelo penoso de un destierro desahuciado, arrancaron por fin el consentimiento en estremo repugnante de los obispos de Rímini. Presentáronse los diputados de Occidente y Oriente en el palacio de Constantinopla, y el emperador tuvo la complacencia de imponer al mundo una profesion de fe que establecia la *semejanza,* sin espresar la *consustancialidad* del Hijo de Dios (95); mas habia precedido al triunfo del arrianismo la remocion del clero católico, al cual no era dable estremecer ni cohechar; y el reinado de Constancio quedó ajado con la persecucion injusta é infructuosa del grande Atanasio.

Por maravilla se nos proporciona la coyuntura de advertir en la vida afanada ó en la especulativa cuál es el resultado asequible, y cuál la fuerza vencedora de un solo injenio, cuando clava toda su atencion en un objeto determinado. Nunca se apartará el nombre del inmortal Atanasio (96) de la doctrina católica de la Trinidad, á cuya defensa aplicó todos los momentos y todos los alcances de su existencia. Educado en la misma familia de Alejandro, contrarestó esforzadamente los progresos tempranos del arrianismo, desempeñó con el anciano prelado las funciones trascendentales de secretario; y los padres del concilio Niceno estrañaron y respetaron las virtudes nacientes del jóven diácono. En mediando el peligro público, se suelen orillar las necias pretensiones de la edad y de la jerarquía, y á pocos meses de su regreso de Nicea, el diácono Atanasio se vió sentado en el solio arzobispal del Ejipto. Desempeñó aquel esclarecido cargo mas de cuarenta y seis años, empleados todos en lid incesante con-

tra el poderío del arrianismo. Hasta cinco veces arrojado de su solio, pasó veinte años como desterrado ú fujitivo ; y casi todas las provincias del imperio romano presenciaron su mérito y sus padecimientos por la causa del Homoousion, que conceptuó como la única fruicion y negocio, como la obligacion y el timbre de su vida. En medio de la tormenta de su persecucion, fué el arzobispo de Alejandría sufrido en sus afanes, ansioso de nombradía, y descuidado de su salvamento ; y aunque adolecia su pecho de fanatismo, sacó á luz suma entereza y maestría, que le habilitaban con muchas ventajas sobre los hijos dejenerados de Constantino para el gobierno de una grandiosa monarquía. No rayaba en erudicion tan alto como Eusebio de Cesarea, y su bronca elocuencia no admitia cotejo con la culta oratoria de Gregorio ú de Basilio; mas cuando el primado de Ejipto tenia que sincerar sus dictámenes ó su conducta, sus escritos repentinos eran, de palabra ú por escrito, despejados, briosos y persuasivos. Siempre fué reverenciado en la escuela católica, como uno de los maestros mas esmerados de la teolojía cristiana, y se le supone poseedor de ciencias profanas un tanto ajenas del carácter episcopal, á saber, la jurisprudencia (97) y la divinacion (98). Algunas conjeturas acertadas de sucesos venideros, que todo juez imparcial atribuiria á la esperiencia y al tino de Atanasio, se conceptuaban por los amigos inspiraciones celestes, y se achacaban por sus enemigos á majia infernal.

Mas como Atanasio vivió batallando sin cesar con las preocupaciones y conatos de toda clase de jentes, desde el fraile hasta el emperador, su ciencia primera y principal fué la del conocimiento de la naturaleza humana. Clavó de continuo su vista perspicaz en la perspectiva movible, para acechar los trances decisivos que allá vuelan cuando empiezan á divisarse por lo jeneral de los hombres. Deslindaba atinadamente el arzobispo de Alejandría la oportunidad del mando denodado y de la insinuacion mañosa, hasta qué punto podia contrarestar á la prepotencia, y cuándo tenia que evitar la persecucion ; y al fulminar los rayos de la iglesia contra la herejía y la rebelion, podia aparentar en el regazo de su propio bando el temple bondadoso y avenible de un caudillo cuerdo y mirado. Tachóse en gran manera la eleccion de Atanasio de irregular y atropellada (99) ; pero su conducta decorosa le acarreó el afecto del clero y del pueblo. Ansiaban los Alejandrinos armarse en defensa de su pastor elocuente y dadivoso; y siempre en sus conflictos halló resguardo, ú á lo menos consuelo en el cariño leal de su clero, y los cien obispos del Ejipto siguieron siempre la causa de Atanasio. En el porte sencillo que el orgullo y la maña podian aparentar, fué episcopalmente visitando sus provincias desde la embocadura del Nilo hasta el confin de Etiopia, conversando familiarmente con sus ínfimos feligreses, y saludando humildemente á los santos y ermitaños del desierto (100). Ni descolló tan solo en juntas ecle-

siásticas con sujetos de su educacion y sus costumbres, pues alternó con entereza desahogada y atenta en las cortes de varios príncipes; y en las muchas alternativas de su adversa ú próspera fortuna, nunca desmereció la confianza de sus amigos, ni aun el aprecio de sus enemigos.

Contrarestó el primado de Ejipto en su mocedad al gran Constantino, quien manifestó repetidas veces su voluntad de que Ario se reincorporase en la comunion católica (101). Respetaba el emperador, y aun perdonaba tanto denuedo; y el bando, que conceptuaba á Atanasio como su enemigo mas formidable (A. 330), tenia que encubrir su odio y enmudecer para ir disponiendo allá otro asalto remoto é indirecto. Fomentaban hablillas y sospechas, retrataban al arzobispo como un tirano altanero y opresor, y le tildaban arrojadamente de violador del tratado que se ratificó en el concilio Niceno con los cismáticos secuaces de Melecio. (102) Habia Atanasio desaprobado aquella paz afrentosa, y el emperador se iba inclinando á creer que habia abusado de su potestad eclesiástica y civil para perseguir á unos odiosos sectarios; que habia estrellado un cáliz en una de sus iglesias de Mareotis; que habia azotado ú encarcelado á seis de sus obispos; y que Arsenio, séptimo obispo, habia sido asesinado, ú á lo menos lisiado por la mano sangrienta del primado (103). Estos cargos, que ajaban su honor y su vida, se remitieron por Constantino á su hermano el censor Dalmacio, residente en Antioquía; juntáronse sucesivamente los sínodos de Cesarea y de Tiro, y encargóse á los obispos del Oriente que sentenciasen la causa de Atanasio, antes de proceder á consagrar la nueva iglesia de la Resurreccion en Jerusalen. En nada remorderia la conciencia al primado; mas tenia que hacerse cargo de que el mismo encono implacable que formalizó la acusacion encaminaria ahora los pasos y dictaria la sentencia. Recusó cuerdamente el tribunal de sus enemigos, menospreció el llamamiento del sínodo de Cesarea, y tras larga y mañosa demora, se sujetó al mandato terminante del emperador, quien le amenazó con castigo por su desobediencia criminal, si dejaba de comparecer ante el concilio de Tiro (104). Antes que Atanasio, acaudillando cincuenta prelados ejipcios, diese la vela de Alejandría, afianzó atinadamente la alianza de los Melecianos, y el mismo Arsenio (A. 335), su víctima supuesta, y su amigo encubierto, iba reservadamente oculto en su comitiva. Manejó Eusebio de Cesarea el sínodo de Tiro con mas ímpetu y menos tino del que prometian su saber y su esperiencia; su faccion crecida repitió los nombres de homicida y tirano; y alentaba sus clamores el sufrimiento aparente de Atanasio, que estaba esperando el punto decisivo para presentar á Arsenio vivo é ileso en medio de la concurrencia. El jénero de los demás cargos no admitia réplica tan satisfactoria y terminante; pero el arzobispo logró demostrar que en la aldea donde se le acusaba del destrozo del cáliz consagrado, no podia realmente

haber ni iglesia, ni altar, ni cáliz. Los Arrianos, que reservadamente habian ideado el delito y la condena de su enemigo, trataron sin embargo de disfrazar su sinrazon con las formalidades judiciales; nombró el sínodo una comision episcopal de seis diputados para cerciorarse de la verdad en el propio sitio; y esta disposicion, reciamente contrarestada por los obispos ejipcios, ocasionó nuevos escándalos de perjurios y tropelías (105). Vueltos los diputados de Alejandría, la mayoría del concilio sentenció á destierro y deposicion al primado de Ejipto. El decreto, estendido en términos violentísimos de malignidad y de venganza, se comunicó al emperador y á la iglesia católica, y luego los obispos se revistieron de aspecto apacible y devoto cual correspondia á su peregrinacion santa al sepulcro de Cristo (106).

Mas carecia la injusticia de aquellos jueces eclesiásticos de la sumision y aun de la presencia de Atanasio, quien acordó ensayar una tentativa arrojada para ver si era el solio accesible á la voz de la verdad; y antes que se pronunciase la sentencia final en Tiro, embarcóse denodadamente el primado en un bajel que iba á dar la vela para la ciudad imperial. Cabia que le negasen una audiencia formal; pero Atanasio oculta su llegada, acecha el punto de regresar Constantino de una quinta cercana, y se hace osadamente encontradizo con su enojado soberano, al pasar á caballo por una de las calles principales de Constantinopla. Atónito y airado con aparicion tan estraña, manda á su guardia que desvie al importuno demandante; mas amaina su encono con cierto respeto involuntario; y el denuedo y elocuencia de un obispo avasallan la altivez imperial (107). Escucha Constantino las quejas de Atanasio con atencion imparcial y aun graciable; intima á los vocales del sínodo que acudan á fundar sus procedimientos; y las arterías del bando Eusebiano iban á estrellarse, á no agravar los errores del primado con la suposicion malvada de una ofensa irremisible: tal era el intento criminal de detener el convoy de trigo de Alejandría, que era la abastecedora de la nueva capital (108). Convencióse el emperador de que la paz de Ejipto se cifraba en la ausencia de un caudillo popular; mas negóse á conferir su vacante; y la sentencia que tras larga incertidumbre vino á pronunciar, mas tenia visos de ostracismo enconoso que de infamante destierro. Pasó Atanasio hasta veinte y ocho meses en la lejana provincia de la Galia, pero en la agasajadora corte de Tréveris. Varió el aspecto de los negocios públicos á la muerte del emperador; y con la blandura propia de un reinante jóven, quedó repuesto el primado en su destino (A. 338) por un edicto que realzaba la inocencia y los merecimientos del venerable huésped (109).

Quedó Atanasio, con la muerte del mozo Constantino, espuesto á segunda persecucion (A. 341); y el apocado Constancio, soberano del Oriente, paró luego en cómplice de los Eusebianos. Juntáronse noventa

obispos de aquella secta en Antioquía, bajo el vistoso pretesto de la dedicacion de su catedral. Fraguaron un credo ambiguo, teñido con cierto baño escaso de semi-arrianismo, y con veinte cinco cánones, que son todavía la cartilla de los Griegos ortodojos (110). Decidióse con algun viso de equidad que un obispo depuesto por un sínodo no debia reasumir sus funciones episcopales hasta quedar absuelto por el fallo de otro sínodo igual; aplicóse al punto la ley al caso de Atanasio; el concilio de Antioquía decretó ú mas bien revalidó su deposicion; sentóse en su solio un forastero, llamado Gregorio; y Filagrio (111), prefecto de Ejipto, tuvo el encargo de sostener al nuevo primado con la potestad civil y militar de la provincia. Acosado Atanasio por los prelados asiáticos, pasó tres años (112) como desterrado y suplicante á los umbrales sagrados del Vaticano (113). Dedicóse con ahinco á la lengua latina, y se habilitó luego para negociar con el clero occidental; su decorosa lisonja fué avasallando y manejando al engreido Julio, pues le hizo cargo de lo mucho que interesaba á la silla apostólica su apelacion, y su inocencia quedó unánimemente declarada en un concilio de cincuenta obispos de Italia. A los tres años llamó al prelado á la corte de Milan el emperador Constante, que encenagado en torpes deleites, profesaba siempre sumo miramiento á la fe ortodoja. El oro fué promoviendo (114) la causa de la verdad y de la justicia, y aconsejaron á Constante sus ministros que dispusiera la convocacion de una reunion eclesiástica que procediese como representante del catolicismo (A. 346). Juntáronse noventa y cuatro obispos de Occidente y setenta y seis de Oriente en Sárdica, al confin de ambos imperios, pero en los dominios del protector de Atanasio. Desavenidos desde luego, vinieron á hostilizarse en sus deliberaciones; retiráronse los Asiáticos, á impulsos de sus zozobras personales, á Filipópolis en Tracia; y los sínodos competidores arrojaron mutuamente sus rayos espirituáles, calificándose piadosamente unos á otros de enemigos del verdadero Dios. Se publicaron y revalidaron los decretos en sus respectivas provincias; y Atanasio, reverenciado como santo en el Occidente, se veia aborrecido como criminal en Oriente (115). Asoman en el concilio de Sárdica los principios de la discordia y cisma entre las iglesias griega y latina, que vinieron á deslindarse por la diferencia accidental en la fe y la distincion permanente del idioma.

Durante su segundo destierro en Occidente, fué repetidas veces admitido Atanasio á la presencia imperial en Capua, Lodi, Milan, Verona, Padua, Aquileya y Tréveris. Solia tercia en estos avistamientos el obispo de la diócesis: hallábase el gran maestre de oficios ante el velo ú cortina del aposento sagrado; y la moderacion inalterable del primado se evidencia con el testimonio de aquellos testigos respetables, á cuya declaracion apela solemnemente (116). Discreto era indudablemente el temple

suave y decoroso cual correspondia á un súbdito y un obispo; y en sus conferencias familiares con el soberano de Occidente, lamentábase Atanasio de los descarríos de Constancio, pero zaheria valerosamente las maldades de sus eunucos y prelados arrianos; deploraba la angustia y peligro de la iglesia católica, y estimulaba á Constante para imitar á su padre en la carrera del fervor y de la gloria. Declaró el emperador la resolucion de emplear la tropa y tesoros de Europa en la causa católica; y notificó por un oficio lacónico y terminante á su hermano Constancio que, á no acceder al restablecimiento inmediato de Atanasio, iria en persona con escuadra y ejército á reponer al arzobispo en su solio de Alejandría (117). Pero esta guerra de relijion se evitó con la avenencia oportuna de Constancio; pues el emperador de Oriente se allanó á solicitar su reconciliacion con un súbdito agraviado. Esperó Atanasio con decoroso señorío hasta tres cartas consecutivas llenas de demostraciones de resguardo, aprecio y privanza con su soberano; quien le brindaba á reasumir su mitra, añadiendo la precaucion indecorosa de comprometer á sus ministros principales para atestiguar la sinceridad de su ánimo. Manifestólo en términos mas públicos con las órdenes ejecutivas enviadas á Ejipto para llamar á los allegados de Atanasio, restituirles sus prerogativas, pregonar su inocencia, y cancelar en los archivos los procedimientos ilegales, abortos de la faccion Eusebiana. Aprontadas cuantas satisfacciones y seguridades podian apetecerse en el órden de la justicia y de la delicadeza, encaminóse el primado pausadamente por las provincias de Tracia, Asia y Siria, y en todos sus pasos iba palpando el rendido acatamiento de los obispos orientales, que le movian á menosprecio sin embotar su perspicacia (118). Vió en Antioquía al emperador Constancio; sostuvo con decorosa entereza los abrazos y protestas de su dueño, y eludió la propuesta de otorgar una sola iglesia á los Arrianos en Alejandría, requiriendo igual concesion en las demás ciudades del imperio para su bando; réplica que pudiera parecer comedida y justa en boca de un príncipe independiente. Triunfal entrada fué la del arzobispo en su capital, pues la ausencia y la persecucion lo habian intimado en el ánimo de los Alejandrinos; robustecióse su autoridad ejercitada con severidad, y voló su nombradía desde Etiopia hasta la Bretaña, por todos los ámbitos del mundo cristiano (119).

Mas no cabe al súbdito que precisó á su príncipe al disimulo esperar indulto duradero; y la catástrofe de Constante (A. 351) defraudó luego á Atanasio de su desprendido y poderoso patrono. La guerra civil entre el asesino y el único hermano vivo de Constante, asolando al imperio por mas de tres años, afianzó un intermedio de sosiego á la iglesia católica; y ambos partidos opuestos ansiaban la intimidad de un obispo, que, con la trascendencia de su autoridad personal, podia determinar

favorablemente los ánimos de una provincia grandiosa. Dió audiencia á los embajadores del tirano, con quien se le acusó luego de estar en correspondencia reservada (120); y el emperador Constancio aseguró repetidamente á su queridísimo padre, el muy reverendo Atanasio, que, á pesar de las hablillas malvadas que fomentaban sus enemigos comunes, habia heredado el afecto con el trono de su difunto hermano (121). El agradecimiento y la humanidad debian disponer al primado de Ejipto á compadecer la temprana muerte de Constante, y á abominar el atentado de Magnencio; mas persuadido de que se cifraba únicamente su resguardo en las zozobras de Constancio, amainaria tal vez algun tanto el fervor de sus plegarias por el éxito de la justa causa. Ya no se labró la ruina de Atanasio por la maldad arrinconada de algunos obispos fanáticos ó enconados; pues el monarca mismo autorizó la disposicion que desde tanto tiempo habia estado enfrenando para su desagravio personal (122); y el primer invierno que pasó en Arles tras su victoria se empleó todo contra un enemigo, para él mas odioso que el vencido tirano de la Galia.

Si el emperador decretara caprichosamente la muerte del ciudadano mas virtuoso y esclarecido de la república, cumpliérase la órden violenta sin reparo por ministros atropelladores y propensos á la injusticia. La cautela, pausa y torpeza con que procedió para la condena y esterminio de un obispo tan popular pregonaron al mundo que las inmunidades eclesiásticas habian reenjendrado en los ánimos principios de coordinacion é independencia para el gobierno romano. La sentencia pronunciada en el sínodo de Tiro y firmada por una mayoría crecida de los obispos orientales jamás se habia revocado espresamente; y como Atanasio habia sido apeado de su dignidad episcopal por un juicio de sus hermanos, todo acto subsiguiente podia conceptuarse como irregular y aun criminal; mas la memoria del apoyo constante que el primado de Ejipto habia merecido al afecto de la iglesia occidental movió á Constancio á suspender la ejecucion de aquel fallo hasta recabar la cooperacion de los obispos latinos. Fueron consumiéndose hasta dos años en negociaciones eclesiásticas; y la causa grandiosa entre el emperador y un súbdito se ventiló primero en el sínodo de Arles, y despues en el gran concilio (A. 353-355) de Milan (123), compuesto de mas de trescientos obispos. Su entereza fué socavada gradualmente con los argumentos de los Arrianos, las mañas de los eunucos, y las instancias estrechas de un príncipe que saciaba su venganza á costa de su decoro, y ponia de manifiesto sus impulsos mientras acudia á los del clero. Echóse mano del cohecho, síntoma infalible de la libertad constitucional, pues se ofrecieron dádivas, honores é inmunidades, y todo se aceptó en pago del voto episcopal (124). La condenacion del primado alejandrino se cohonestaba como el único ar-

bitrio para restablecer la paz y la hermandad en la iglesia católica. No se retrajeron sin embargo los amigos de Atanasio ni de su adalid ni de su causa. Con el brio que el carácter sacerdotal hacia menos arriesgado, sostuvieron en lid pública y en conferencia privada con el emperador la obligacion de la relijion y la justicia. Declararon que ni anhelos de privanza, ni zozobras de su desagrado recabarian de sus ánimos el cooperar en la condena de un hermano ausente, justificado y respetable (125). Afirmaban con visos de razon que los decretos ilegales y anticuados del concilio de Tiro quedaban tácitamente anulados hacia tiempo con los edictos imperiales, con el restablecimiento honorífico del arzobispo de Alejandría, y con el silencio ú la retractacion de sus contrarios mas ardientes. Alegaban que los obispos unánimes de Ejipto estaban atestiguando su inocencia, reconocida tambien en los concilios de Roma y de Sárdica (126) por el juicio imparcial de la iglesia latina. Lamentábanse del estado lastimoso de Atanasio, quien, tras el goce por tantos años de su silla, su opinion y su aparente confianza con el soberano, se veia emplazado ahora de nuevo para responder á los cargos mas infundados y estravagantes. Era su lenguaje decoroso y honrada su conducta; mas en tan larga y reñida contienda que llamaba la atencion del imperio á un solo obispo, los bandos eclesiásticos estaban prontos á sacrificar la verdad y la justicia al objeto preponderante de sostener ó derribar al campeon valeroso de la fe nicena. Tuvieron todavía los Arrianos por acertado el encubrir bajo estilo dudoso sus dictámenes é intentos verdaderos; mas los obispos católicos, al abrigo del pueblo y de los decretos de un concilio jeneral, insistian á cada paso en que los contrarios, particularmente en Milan, se descargasen de toda tildadura de herejía, antes de arrojarse á afear la conducta del grande Atanasio (127).

Mas tuvo que enmudecer la razon (si estaba con efecto de parte de Atanasio) ante los clamores de una mayoría venal ó banderiza (A. 355); y los concilios de Arles y de Milan no llegaron á disolverse hasta que el arzobispo de Alejandría quedó solemnemente condenado y depuesto por el fallo de la Iglesia, tanto oriental como occidental. Se requirió á los obispos oponentes que firmasen la sentencia y se hermanasen en relijiosa comunion con los caudillos sospechosos del partido contrario. Se remitió un formulario de anuencia por los mensajeros del estado á los obispos ausentes; y cuantos rehusaron el avasallar su opinion particular á la pública é inspirada sabiduría de los concilios de Arles y de Milan quedaron inmediatamente desterrados por el emperador, que aparentaba ejecutar los decretos de la iglesia católica. Entre los prelados que encabezaban la honrosa comitiva de confesores y desterrados, descollaban Liberio de Roma, Osio de Córdoba, Paulino de Tréveris, Dionisio de Milan, Eusebio de Vercela, Lucífero de Caller, é Hilario de Poitiers. El encumbrado puesto

de Liberio, que estaba gobernando la capital del imperio; el mérito personal y la dilatada esperiencia de Osio, reverenciado como predilecto de Constantino el Grande, y padre de la fe nicena, ensalzaban estos prelados al frente de la Iglesia latina; y su ejemplo de rendimiento ú de resistencia serviria probablemente de norma á la caterva episcopal; mas los conatos redoblados del emperador para cohechar ó amedrentar á los obispos de Roma y de Córdoba fueron por algun tiempo infructuosos. Manifestóse el Español pronto á padecer con Constancio cuanto sesenta años antes habia padecido con su abuelo Maximiano. El Romano declaró en presencia de su soberano la inocencia de Atanasio, y su propia independencia. Al ir desterrado á Berta en la Tracia, devolvió una suma cuantiosa que se le ofreció para su comodidad en el viaje, insultando á la corte de Milan con el altanero recado de que el emperador y sus eunucos podrian necesitar aquella cantidad para costear á sus soldados y á sus obispos (128). Doblegóse por fin la entereza de Liberio y de Osio con las penalidades del destierro y del arresto; pues el pontífice romano compró su regreso con ciertas condescendencias criminales, y luego purgó su culpa con oportuno arrepentimiento. Persuasivas y tropelías recabaron por último la firma del obispo ya decrépito de Córdoba, quebrantado de fuerzas y menoscabado de potencias bajo la mole de sus cien años; y el triunfo insolente de los Arrianos provocó á varios católicos para zaherir con inhumanidad las prendas y la memoria de un desdichado anciano, acreedor al aprecio del Cristianismo todo por sus servicios anteriores (129).

El derribo de Liberio y de Osio redundó en mayor realce de la entereza de aquellos obispos que permanecian fieles á la causa de Atanasio y de la verdad relijiosa. La maldad traviesa de sus enemigos los defraudaba del consuelo y la ventaja de su mutua comunicacion, trasponiendo á tan esclarecidos desterrados á provincias desviadas, y entresacando esmeradamente los puntos mas inhabitables de tan dilatado imperio (130). Mas luego echaron de ver que los yermos de Libia y las malezas de Capadocia eran menos horrorosos que las ciudades crecidas donde un obispo arriano y desenfrenado podia saciar el estremado desafuero del encono teolójico (131). Cifrábase su consuelo en el concepto íntimo de su propia rectitud é independencia, en los agasajos, visitas, cartas y socorros cuantiosos de sus allegados (132), y en la satisfaccion que vinieron luego á disfrutar presenciando las desavenencias reinantes entre los enemigos de la fe nicena. Tal era el gusto melindroso y antojadizo del emperador Constancio, y tan asombradizo se mostraba con el mas leve desvío de su norma soñada de la verdad cristiana, que estaba acosando con igual saña á los defensores de la *consustancialidad* como á los afirmantes de *la semejanza en sustancia*, y á cuantos negaban aquella *semejanza* del Hijo de Dios. Hallábanse tal vez tres obispos depuestos y desterrados por estas opiniones

encontradas en un mismo paraje; y segun la diferencia de sus índoles, podian insultar ó compadecer la ceguedad de sus antagonistas, cuyos actuales padecimientos nunca habian de lograr compensacion en la bienaventuranza venidera.

Agolpábanse las tropelías y destierros sobre los obispos católicos de Occidente como pasos que habian de encaminar al esterminio del mismo Atanasio (133). Habian mediado veinte y seis meses, en cuyo espacio estuvo la corte imperial atareada con asechanzas encubiertas para desencajarlo de Alejandría, defraudándolo del situado que le proporcionaba su popular liberalidad. Mas cuando el primado de Ejipto, desamparado y proscrito por la Iglesia latina, quedó destituido de todo arrimo estraño, despachó Constancio á dos de sus secretarios con el encargo verbal de participarle y ejecutar la órden de su destierro. Como todo el partido reconocia públicamente la justicia de la causa, el único motivo que podia retraer á Constancio de entregar á sus comisionados la órden formalizada y por escrito debe achacarse á desconfianza del éxito, y á zozobra de esponer la segunda ciudad y la provincia mas fértil del imperio, si insistia el pueblo en defender á viva fuerza la inocencia de su padre espiritual. Proporcionó esta cautela estremada un pretesto airoso á Atanasio para dudar atentamente de una órden, que, en su concepto, era tan ajena de la equidad y de las demostraciones anteriores de su graciable dueño. Inhábiles se hallaban las potestades civiles de Ejipto para tomar á su cargo el persuadir ó precisar al primado á apearse de su solio episcopal, y tuvieron que formalizar un tratado con los caudillos populares de Alejandría, donde se pactó la suspension de todo procedimiento y hostilidad, hasta que constase mas innegablemente la voluntad del emperador. Quedaron con esta moderacion aparente engañados y adormecidos torpe y aciagamente los Católicos, mientras iban acudiendo las lejiones del Alto Ejipto y de la Libia, con órdenes reservadas y á marchas presurosas para sitiar, ó mas bien sorprender una ciudad fanática y alborotadora (134). La situacion de Alejandría entre el mar y el lago Mareotis facilitaba la aproximacion y el desembarco de la tropa, que se internó en la ciudad antes que supiese providenciar su contraresto, cerrando las puertas y ocupando los puntos principales para la defensa. A los veinte y tres dias de la firma del tratado, Siriano, duque de Ejipto, cercó á deshora, capitaneando cinco mil hombres aparejados para el asalto, la iglesia de Santo Teonas, donde el arzobispo, con parte de su clero y pueblo, estaban cumpliendo con sus devociones nocturnas. Volcaron allá impetuosamente las puertas del edificio sagrado, y se arrojaron al trastorno y la matanza; mas como los cadáveres y trozos de armas quedaron el dia siguiente en testimonio irrefragable de la posesion de los católicos, el intento de Siriano debia conceptuarse como un avance ventajoso mas bien que victoria absoluta. Profa-

náronse con igual desacato las demás iglesias, y por espacio de mas de cuatro meses estuvo Alejandría espuesta á las demasías de una tropa desenfrenada y enardecida por los eclesiásticos del bando enemigo. Fenecieron varios feligreses acreedores al dictado de mártires, puesto que sus muertes no fueron ni merecidas ni vengadas; obispos y presbíteros padecieron mil afrentas; desnudas y azotadas, y luego atropelladas las víjenes; saqueadas las casas de los ciudadanos opulentos, socolor de zelo relijioso, allá se desenfrenaron sin contraste la lujuria, la codicia y el encono particular con redoblados aplausos. Los paganos de Alejandría, que aun venian á componer un partido numeroso y descontento, se avinieron desde luego á desamparar á un obispo que les causaba temor y aprecio. La esperanza de algun logro y el temor de quedar arrollados en el escarmiento jeneral de la rebelion les movió á ofrecer su auxilio al señalado sucesor de Atanasio, el famoso Jorje de Capadocia. Este usurpador, recibida la consagracion por un sínodo arriano, fué colocado en el solio arzobispal por las armas de Sebastian, nombrado conde de Ejipto para la ejecucion de tan importante designio. Desentendióse Jorje de todo miramiento de relijion, justicia y humanidad, así en la consecucion como en el ejercicio de su potestad; y las mismas atrocidades cometidas en la capital se fueron repitiendo en mas de noventa ciudades episcopales del Ejipto. Alentado Constancio con el éxito, arrojóse á aprobar la conducta de sus ministros; pues su carta rebosa de albricias acaloradas por el rescate de Alejandría de manos de un tirano popular que embelesaba á sus ciegos prosélitos con la majia de su elocuencia; se esplaya en las prendas y en la relijiosidad del muy reverendo Jorje, arzobispo electo, y aspira, como amparador y bienhechor de la ciudad, á sobrepujar la nombradía del mismo Alejandro; pero declara solemnemente su ánimo inalterable de perseguir á fuego y sangre á los allegados sediciosos del malvado Atanasio, quien, huyendo de la justicia, está confesando su delito, y se salvó de la muerte afrentosa que tiene tan merecida (155).

Libertóse con efecto Atanasio de sumos peligros; y los trances de aquel hombre estraordinario merecen y embargan nuestra atencion. En la noche memorable del asalto á la iglesia de San Teonas por la tropa de Siriano, sentado el arzobispo en su solio, estuvo con sosegado teson y señorío esperando el avance mortal. Interrumpidas las devociones con voces sañudas y alaridos pavorosos, siguió alentando á la trémula congregacion para manifestar su confianza relijiosa, cantando uno de los salmos de David que encarece el triunfo del Dios de Israel sobre el tirano altanero é impío del Ejipto. Quebrántanse al fin las puertas, disparan una nube de saetas sobre el pueblo; arrójanse, esgrimiendo sus aceros, los soldados al interior del santuario, y reflejan las ráfagas de sus armaduras con las luminarias que en torno del altar estaban ardiendo (156). Rechazó Atanasio

las importunaciones de monjes y presbíteros arrimados á su persona, y se negó bizarramente á desamparar su sitio episcopal, hasta despues de haber puesto en salvo al postrer congregante. La lobreguez y el alboroto favorecian la retirada del arzobispo; y aunque anduvo allá en la oleada de una revuelta muchedumbre, aunque yació en el suelo inmoble y privado, recobró sin embargo su denuedo, y burló las pesquisas desaladas de la soldadesca, impuestos por los Arrianos, sus conductores, en que la cabeza de Atanasio seria el presente mas halagüeño para el emperador. Desde aquel trance desapareció el primado de Ejipto para la vista de sus enemigos, y permaneció mas de seis años encubierto en impenetrable ocultacion (137).

El poderío despótico de su implacable enemigo abarcaba todo el ámbito del mundo romano; y el monarca airado habia procurado, por medio de una carta muy urjente á los príncipes cristianos de Etiopia *(b)*, escluir á Atanasio aun de las rejiones mas remotas y arrinconadas de la tierra. Condes, prefectos, tribunos, huestes enteras se iban empleando en la persecucion de un obispo fujitivo; edictos imperiales aguijaban la vijilancia de las potestades civiles y militares; galardones cuantiosos se ofrecian á quien presentase á Atanasio vivo ó muerto, y se imponian penas severísimas á cuantos fuesen osados á amparar al enemigo público (138). Mas poblaban á la sazon el yermo de la Tebaida bravíos, pero subordinados fanáticos, que anteponian los mandatos de su abad á las leyes de su soberano. La caterva de alumnos de Antonio y de Pacomio acudió á recibir al fujitivo á fuer de padre; se pasmaban del sufrimiento y humildad con que se avenia á sus mas estrechos institutos, recojian cuantas palabras se desprendian de sus labios, como derramamientos de inspirada sabiduría; y conceptuaban que sus plegarias, ayunos y vijilias eran menos meritorias que su afan desalado y los peligros que arrostraba en defensa de la verdad y de la inocencia (139). Estaban los monasterios de Ejipto situados en parajes montaraces y solitarios, en las cumbres de las montañas ó en los islotes del Nilo, y el cuerno sagrado ú trompeta de Tabene era la señal muy sabida que juntaba miles de monjes forzudos y denodados, que por lo mas habian sido campesinos del pais inmediato. En allanando fuerza militar sus lóbregos albergues con irresistible poderío, tendian mudamente su cerviz al verdugo, y acreditaban la índole nacional, de que no alcanzaban tormentos á deséntrañar de un pecho ejipcio el secreto que una vez se aferraba en reservar (140). El arzobispo de Alejandría, por cuyo salvamento comprometieron desaladamente sus vidas, quedaba allá mezclado en medio de una muchedumbre toda uniforme y sumamente disciplinada; y en asomando el peligro, lo trasladaban oficiosamente al vuelo de breña en breña, hasta el confin del horroroso desierto que la aprension pavorosa y crédula de la superstícion habia poblado de fieros monstruos

y espíritus malignos. Empleaba Atanasio su retiro, que vino á finar con la vida de Constancio, por lo mas en la sociedad de los monjes, que le servian lealmente y á competencia de guardas, de secretarios y de mensajeros; pero la trascendencia de una comunicacion mas estrecha con el partido católico le movia, en amainando el conato de la persecucion, á desemboscarse, introducirse en Alejandría, y confiar su persona á la discrecion de amigos y allegados. Campo daba la variedad de sus lances para una novela en estremo entretenida. Empozóse una vez en una cisterna sin agua, y no bien la habia dejado, cuando le vendió la traicion de una esclava (141); mas ocultósé en otra ocasion allá en otro asilo mas estraño, cual fué la casa de una vírjen de veinte años, descollante por su peregrina hermosura. Muy á deshora, segun lo referia ella misma muchos años despues, se quedó atónita viendo asomar al arzobispo todo desceñido, quien adelantándose, le suplicó que le franquease el resguardo que una vision celeste le encargaba fuese á buscar bajo su redentora techumbre. Aceptó la niña piadosa, y preservó la sagrada prenda que se entregaba á su prudencia y á su magnanimidad. Sin comunicar con nadie el secreto, llevó al huésped á su mas recóndito aposento, y lo custodió con el cariño de un amigo y el esmero de un sirviente. Mientras duró el peligro, lo estuvo surtiendo de libros y de alimento, le lavaba los piés, manejaba su correspondencia, y encubrió, hasta del ojo mas suspicaz, aquel roce familiar y solitario entre un santo cuyo carácter requeria una castidad sin mancha, y una dama cuyo atractivo podia causar impulsos azarosos (142). Repitió sus visitas Atanasio, en los seis años de su persecucion y destierro, á su hermosa y leal compañera; y su declaracion formal de que *vió* los concilios de Rímini y Seleucia (143) nos precisa á creer que presenció encubiertamente el plazo y sitio de su convocacion. La ventaja de negociar personalmente con los amigos y de ir notando y utilizando las desavenencias de los contrarios pudiera abonar en un cuerdo estadista arrojo tan estremado y espuesto; y Alejandría, con el comercio y la navegacion, se hallaba enlazada con todos los puertos del Mediterráneo. Allá desde lo recóndito de su retiro el valeroso primado estaba haciendo una guerra incesante y ofensiva al protector de los Arrianos; y sus escritos oportunos, tan eficazmente repartidos, como estudiados con ahinco, contribuyeron á hermanar y robustecer el partido católico. En sus apolojías públicas, dedicadas al mismo emperador, elojiaba á veces afectadamente la moderacion, al paso que en escritos reservados y fogosos retrataba á Constancio como príncipe endeble y malvado, sayon de su familia, tirano de la república y antecristo de la iglesia. Allá en la cumbre de su prosperidad, aquel monarca victorioso, que castigó la temeridad de Galo, aplanó la rebelion de Silvano, desciñó la diadema de la sien de Veranio y arrolló en el campo las lejiones de Magnencio, vino á recibir de una diestra in-

visible una herida que no podia curar ni vengar, y fué el hijo de Constantino el primer príncipe cristiano que esperimentó la fuerza de aquellos principios que, en la causa de la relijion, alcanzaron á contrarestar el ímpetu mas desaforado de la potestad civil (144).

La persecucion de Atanasio y de tantos obispos respetables como estaban padeciendo por la verdad de sus opiniones, ó á lo menos por la escrupulosidad de su conciencia, era justo motivo de ira y descontento para todos los Cristianos, escepto los ciegamente imbuidos en el arrianismo. Echaba menos el pueblo á sus leales pastores, cuyo destierro solia traer consigo un intruso advenedizo (145) en la silla episcopal, y clamaba contra la violacion del derecho de nombramiento y contra la tropelía de imponerle un usurpador mercenario, desconocido personalmente y sospechoso por sus principios. Lograban los Católicos comprobar á la faz del orbe que no les alcanzaba el borron de herejía ó desliz de sus gobernantes eclesiásticos, pregonando su desvío, ú separándose totalmente de su comunion. Inventóse en Antioquía el primer arbitrio, practicándolo con tal éxito, que luego cundió por todo el Cristianismo. La doxolojía ó himno sagrado, que ensalza la *gloria* de la Trinidad, admite allá un sesgo muy delicado, pero trascendental, y cabe espresar la diferencia de un credo católico ú herético con una partícula sustancial disyuntiva ó copulativa. Introdujeron en los oficios solemnes Flaviano y Diodoro, dos seglares fervorosos, adictos á la fe nicena, la alternativa de las contestaciones (146) y un salmo mas entonado, y bajo su réjimen se apareció un enjambre de monjes del desierto inmediato; colocáronse cuadrillas de cantores en la catedral de Antioquía; resonó triunfalmente y en grandioso coro el Gloria al Padre, Gloria al Hijo y al Espíritu Santo (147), y los Católicos andaban insultando con su doctrina al prelado arriano, usurpador del solio del venerable Eustacio. El propio afan que prorumpia en aquellos cantares movió á los individuos mas escrupulosos del partido católico á disponer juntas separadas, al cargo de presbíteros, hasta que la muerte del obispo desterrado acarreó el nombramiento y la consagracion de un nuevo prelado (148). Las revoluciones de la corte acrecian el número de los aspirantes; y solian bajo el reinado de Constancio presentarse dos, tres, y aun cuatro obispos por una misma ciudad, para ejercer su jurisdiccion espiritual sobre sus respectivos secuaces, y andaban perdiendo ú recobrando alternativamente sus temporalidades. Acarrearon los desafueros del Cristianismo nuevos móviles de tiranía y alborotos en el gobierno romano; rompiéronse los vínculos sociales con el enfurecimiento de los bandos relijiosos; y el arrinconado ciudadano, que estaria tibiamente mirando el encumbramiento y el vuelco de emperadores sucesivos, conceptuaba y veia que su propia vida y fortuna estaban enlazada con los intereses de un eclesiástico popular. El ejemplo de entrambas capitales, Roma y Cons-

tantinopla, conducirá para retratar el estado del imperio y el temple de la jeneralidad bajo el reinado de los hijos de Constantino.

I. El pontífice romano, mientras conservó su encumbramiento y sus principios, vivió custodiado por el afecto de un pueblo grandioso, y podia desechar con menosprecio las plegarias, amagos y ofrendas de un príncipe hereje. Al acordar los eunucos reservadamente el destierro de Liberio, la zozobra fundada de un alboroto les precisó á valerse de suma cautela en la ejecucion de su intento. Cercóse en torno la capital, y mandóse al prefecto que se apoderase de la persona del obispo, ya por ardid, ó ya á viva fuerza. Cumplióse la órden, y con mil dificultades fué Liberio arrebatado atropelladamente y á deshora fuera del alcance del pueblo romano, antes que el pavor viniese á parar en desesperacion. Sabido su destierro á Tracia, celebróse junta jeneral, y el clero de Roma se juramentó solemnemente á nunca desamparar á su obispo, ni reconocer jamás a usurpador Felix, irregularmente escojido y consagrado por influjo de los eunucos en el recinto de un palacio profano. Manteníase cabal é irresistible su piadosa tenacidad despues de dos años; y al visitar Constancio á Roma, se vió asaltado por las importunaciones de un pueblo que estaba conservando, como la reliquia postrera de su independencia antigua, el derecho de tratar con descaro á su soberano. Las damas de muchos senadores y ciudadanos visibles, despues de estrechar á sus maridos para que intercediesen á favor de Liberio, acordaron intentar un empeño que en sus manos seria menos arriesgado y tal vez mas certero. Recibió el emperador finamente á las comisionadas, cuya riqueza y señorío estaban ostentando con sus galas y preseas: se agradó de su ánimo resuelto de ir siguiendo á su amado pastor por todos los ámbitos de la tierra, y se avino á que entrambos obispos, Liberio y Felix, manejasen pacíficamente sus congregaciones respectivas: mas todo asomo de tolerancia era tan ajeno de la práctica y de las aprensiones de aquel tiempo, que al leerse públicamente en el circo de Roma la contestacion de Constancio, se desechó un convenio tan racional con menosprecio y escarnio. El ahinco estremado con que el auditorio se mostraba colgado del trance de una carrera de caballos se desahogó á la sazon por diverso rumbo, y el Circo retumbó con la aclamacion de miles y miles que vocearon repetidamente: «¡Un Dios, un Cristo, y un obispo!» No se redujo á voces el acaloramiento del pueblo romano en la causa de Liberio; y su asonada sangrienta y arriesgada, despues de la partida de Constancio, le hizo disponer, tras el rendimiento del pontífice desterrado, que se le devolviese el señorío único de la capital. Tras cierta resistencia infructuosa, fué arrojado su competidor de la ciudad por el beneplácito del emperador y la prepotencia del bando opuesto; fueron inhumanamente asesinados por las calles los allegados de Felix, y aun en los parajes públicos, en los baños, y hasta en

las iglesias; y el aspecto de Roma, al regreso de un obispo cristiano, estaba retratando el cuadro horroroso de las matanzas de Mario y las proscripciones de Sila (149).

II. En medio del rápido incremento de los Cristianos en el reinado de la familia Flavia, Roma, Alejandría y las demás ciudades populosas del imperio tenian aun avecindado un bando grandioso de infieles, envidiosos de la prosperidad y escarnecedores, hasta en sus teatros, de las contiendas teolójicas de la iglesia. Tan solo Constantinopla lograba el timbre de su nacimiento y educacion en el regazo de la fe. Nunca el culto de los ídolos habia mancillado la capital del Oriente, y el vecindario en globo se habia imbuido en las opiniones, virtudes y afectos con que descollaron los Cristianos de aquella era sobre los demás hombres. Muerto Alejandro, estuvieron batallando por el solio episcopal Macedonio y Paulo. Ambos por su fervor y desempeño eran acreedores al encumbrado puesto que anhelaban, y si la moralidad de Macedonio era mas acendrada, le llevaba su opositor la ventaja de su eleccion anterior y su doctrina mas ortodoja. Su apego al credo niceno, que proporcionó á Paulo su colocacion en el calendario con los santos y los mártires, lo espuso al encono de los Arrianos. Derribáronle hasta cinco veces de su solio en el espacio de catorce años, y su repetido restablecimiento solia ser á impulsos del pueblo, mas bien que por el albedrío del soberano; y así la preeminencia de Macedonio tan solo se podia afianzar con la muerte de su competidor, y el desventurado Paulo se vió atropelladamente arrastrar aherrojado por los arenales de Mesopotamia á los riscos áridos del monte Tauro (150), empozado en una mazmorra lóbrega y estrecha, sin alimento, y al fin ahorcado de órden de Filipo, uno de los principales ministros del emperador Constancio (151). La primera sangre que manchó la nueva capital brotó de aquella contienda eclesiástica, y fenecieron muchos por ambas partes en los alborotos rabiosos y pertinaces del pueblo. Habíase encargado á Hermójenes, maestre jeneral de la caballería, la comision de activar la sentencia de destierro contra Paulo; mas aciaga fué para él mismo su ejecucion. Sublévanse los Católicos en defensa de su obispo; arde el palacio de Hermójenes, arrastran de los carcañales al primer oficial militar del imperio, y aun ya difunto, insultan bárbaramente su cadáver (152). El paradero de Hermójenes sirve de escarmiento á Filipo para proceder con mas cautela. Este prefecto del pretorio solicita en términos suaves y honoríficos que le acompañe Paulo á los baños de Zéuxipo, que se comunican escusadamente con el palacio y el mar. Un bajel aparejado al pié de la escalera del jardin da inmediatamente la vela; y mientras se halla el pueblo muy ajeno del sacrilejio ideado, va ya navegando el obispo para Tesalónica. Mira luego atónito y airado las puertas del palacio de par en par, y al usurpador Macedonio sentado junto al prefecto, allá en grandioso carruaje,

escoltado por guardias esgrimiendo sus aceros. Encamínase la procesion militar hácia la catedral; abalánzanse Arrianos y Católicos á tan ventajoso punto, y hasta tres mil ciento y cincuenta personas fenecen en el arremolinado alboroto. Sostenido Macedonio por la tropa arreglada, sale decisivamente vencedor; mas trastornan su reinado clamores y sedicion, y los móviles al parecer mas inconexos con el asunto de la contienda bastan para encender y atizar la llama de la discordia. Como la capilla donde el cuerpo del gran Constantino yacia depositado estaba ruinosa, trasladó el obispo aquellas reliquias venerables á la iglesia de San Acacio. Esta disposicion cuerda y aun devota se representó como una profanacion por todo el partido afecto á la doctrina Homoousiana; vuelan inmediatamente á las armas las facciones, el terreno consagrado es el campo de batalla, y observa un historiador eclesiástico, no como figura de retórica, sino como hecho efectivo, que rebosó con arroyos de sangre el pozo frontero á la iglesia, que corrieron por el pórtico y los patios contiguos. El escritor que achacase tales alborotos únicamente al móvil de la relijion manifestaria un conocimiento escaso de la naturaleza humana; confesemos sin embargo que los motivos trastornadores de la pureza del zelo, y el pretesto encubridor de tanto desenfreno, desarraigaba los remordimientos que en otra causa sobrevinieran al enfurecimiento de los Cristianos de Constantinopla (153).

La disposicion arbitraria é inhumana de Constancio, que no siempre se orijinaba de impulsos justicieros, se enconó fundadamente con las asonadas de su capital, y con la conducta criminal de un bando que contrarestaba la autoridad y la relijion de su soberano. Imponíanse con el ímpetu de la parcialidad los castigos corrientes de muerte, destierro y confiscacion; y los Griegos están todavía reverenciando la memoria de dos clérigos, lector el uno, y el otro subdiácono, acusados del asesinato de Hermójenes, y degollados á las puertas de Constantinopla. Por un edicto de Constancio contra los Católicos, que no ha merecido colocacion en el código Teodosiano, cuantos se negasen á la comunicacion con los obispos arrianos, y en particular con Macedonio, quedaban apeados de las inmunidades eclesiásticas y de los fueros de Cristianos; desposeyéndolos de sus iglesias y declarándolos estrechamente inhábiles para celebrar juntas en el recinto de la ciudad. Encargóse al zelo de Macedonio la ejecucion de esta ley injusta en las provincias de Tracia y Asia Menor; se avisó á las potestades civiles y militares que obedeciesen sus mandatos; y las crueldades cometidas por este tiranuelo semi-arriano en apoyo del H*omoiousion* sobrepujaron á los escesos, y mancillaron el reinado de Constancio. Embocábanse los sacramentos de la iglesia á las víctimas rehacias que negaban la lejitimidad y aborrecian los principios de Macedonio. Conferíanse los ritos del bautismo á mujeres y niños, desencajados al intento de los bra-

zos de amigos y deudos, boquiabrian á los comulgantes con una artimaña de madera, empujándoles el pan consagrado por el garguero abajo. Abrasaban con cáscaras de huevo caldeadas los pechos de vírjenes ternezuelas, ó se los prensaban con tablas agudas y pesadas (154). Los Novacianos de Constantinopla y cercanías, con su entrañable apego al estandarte homoousiano, merecian equivocarse con los católicos mismos. Sabe Macedonio que una porcion dilatada de Paflagonia estaba poblada (155) por aquellos parciales, y determina convertirlos ó esterminarlos. Desconfiando en aquel empeño de una comision eclesiástica, manda á un cuerpo de cuatro mil lejionarios que marchen á reducir á los rebeldes y el territorio de Mantinio á su dominio espiritual. Los campesinos Novacianos, á impulsos de su desesperacion y del enfurecimiento relijioso, se arrojan denodadamente á los allanadores de su pais, y aunque perecen muchos Paflagonios, quedan vencidas las lejiones romanas por una muchedumbre desconcertada, y armada solamente con guadañas y hachas, y fuera de un corto número que se salvó huyendo torpemente, cuatro mil soldados yacen sobre el campo de batalla. Espresó el sucesor de Constancio lacónica y agudamente algunas de las calamidades teolójicas que plagaron el imperio, con especialidad el Oriente, en el reinado de un príncipe esclavo de sus pasiones y de las de sus eunucos. «Muchos fueron los desterrados, perseguidos y encarcelados. Todo un jentío de los que llaman herejes fué asesinado, señaladamente en Cízico y en Samotracia. En Paflagonia, Bitinia, Galacia y otras varias provincias, pueblos y aldeas quedaron asolados y totalmente destruidos (156).»

Mientras el volcan del arrianismo estaba abrasando las entrañas del imperio, plagáronse las provincias africanas de sus enemigos peculiares, los fanáticos bravíos, que bajo el nombre de *Circumceliones* eran el alma y el escándalo del bando *donatista* (157). La ejecucion rigurosa de las leyes de Constantino habia redundado en desabrimiento é insubordinacion; el estremado ahinco de su hijo Constante, para restablecer la unidad de la iglesia, abortó de nuevo el mutuo encono que antes habia acarreado el desvío; y el rumbo de la violencia y el cohecho que siguieron los dos comisionados imperiales, Pablo y Macario, suministró á los cismáticos una contraposicion estremada entre las máximas de los apóstoles y la conducta de sus presupuestos sucesores (158). Los aldeanos de Numidia y Mauritania eran de ralea feroz, mal reducida á la autoridad de las leyes romanas y á medio convertir á la fe cristiana; pero que se acaloraron ciega y enfurecidamente por la causa de sus maestros donatistas. Aguantaron indignadamente el destierro de sus obispos, la demolicion de sus iglesias, y el entredicho de sus juntas reservadas. Solian contrarestar las tropelías de los empleados imperiales y su escolta con iguales violencias; y la sangre de algunos eclesiásticos populares, derramada en la contien-

da, enardeció á sus toscos secuaces con el anhelo desalado de vengar la muerte de aquellos santos mártires. Andaban los perseguidores acarreándose con sus crueldades temerarias la propia suerte, y la demasía de un alboroto casual arrojó á los criminales á la desesperacion y rebeldía. Los Donatistas campesinos se acuadrillaron en gran manera, arrojados de sus aldeas por la raya de los yermos de Jetulia, y trocaron gozosos su vida laboriosa por el ocio y la rapiña, socolor de relijion y mal enfrenados por los doctores de su secta. Tremolaron los caudillos de los Circumceliones el dictado de capitanes de los santos: escaseando de espadas y chuzos, su arma principal era una maza gruesa y pesada que llamaban un *Israelita*, y el sonido muy notorio de «Alabado sea Dios,» que solian usar como señal de guerra, iba aterrando las provincias indefensas del Africa. Cohonestaban al pronto sus salteamientos con capa de necesidad; mas luego se propasaron de los términos de su mera subsistencia, se desenfrenaron en su destemplanza y su codicia, incendiaban las aldeas ya saqueadas, y tiranizaban sin contraste el pais abierto. Cesaron labranza y administracion de justicia; y como los Circumceliones aparentaban restablecer la igualdad primitiva del jénero humano y reformar los abusos de la sociedad civil, franqueaban asilo á los esclavos y á los deudores, quienes acudian á rebaños al estandarte sagrado. No hallando resistencia, solian contentarse con el robo; pero la menor oposicion los precipitaba á la tropelía y la matanza, y hubo sacerdotes católicos que, por haberse indiscretamente señalado con su fervor, fueron atenaceados por los fanáticos, bárbara y antojadizamente. No se ceñian siempre á sus enemigos indefensos, pues derrotaron á veces las tropas de la provincia, y en la sangrienta refriega de Bagai, embistieron en campo raso, aunque con denuedo infructuoso, una guardia avanzada de la caballería imperial. Tratábase á los prisioneros donatistas, y tal vez merecidamente, como á fieras del desierto, y morian, sin un ay, con la espada, el hacha ó el fuego. Las represalias se iban propasando en términos de horrorizar mas y mas, y desahuciar de todo indulto recíproco. Este ejemplar de los Circumceliones se ha renovado á principios del siglo diez y ocho, en la persecucion, la osadía, los atentados y el enfurecimiento de los Camisardos; y si los fanáticos del Langüedoque sobrepujaron á los de Numidia en proezas militares, mantuvieron los Africanos su bravía independencia con mas teson y perseverancia (159).

Tales desafueros son efectos naturales de la tiranía relijiosa; pero la saña de los Donatistas se enardecia con un frenesí nunca visto, y si efectivamente reinó entre ellos en tanto grado, no le cabe parangon en ningun siglo ni pais. Horrorizábanse muchos de estos fanáticos de su propia vida; se desalaban tras el martirio, y prescindian de los medios ó las manos que se lo imponian, una vez que su conducta manifestaba el ánimo

de aspirar á la gloria de la verdadera fe y de la esperanza de salvacion eterna (160). Atropellaban á veces bárbaramente las funciones y profanaban los templos del paganismo con el intento de estimular á los idólatras mas acalorados para vengar á sus dioses de tan violento desacato. Asaltaban tambien los tribunales y precisaban á los asustados jueces á providenciar su inmediato esterminio. Solian igualmente atajar á los viandantes por las carreteras y obligarles á descargar el golpe del martirio, ofreciendo su pago, si les complacian; y amenazándoles de muerte ejecutiva, si intentaban desentenderse de favor tan estraño. En careciendo de todo arbitrio, pregonaban el dia en que en presencia de amigos y hermanos debian derrocarse por un encumbrado despeñadero, y se enseñaban muchos de ellos, afamados por el número de sus relijiosos suicidios. En actos tan desesperados, encarecidos por los de un bando como de mártires de Dios, y abominados por otros como víctimas de Satanás, el filósofo imparcia descubrirá el influjo y el abuso de aquel ímpetu irresistible, propio de la índole y principios de la nacion judía.

La narracion sencilla de las desavenencias interiores que alteraron la paz y mancillaron el triunfo de la iglesia corrobora la observacion de un historiador pagano, y comprueba las quejas de un obispo venerable. Esclamó Amiano, desengañado con la esperiencia, que la saña mutua de los Cristianos sobrepujaba á la rabia de las fieras contra el hombre (161); y Gregorio Nazianzeno se lamenta patéticamente de que el reino de los cielos estaba convertido por la discordia en viva imájen del cáos, de lóbrega tormenta, del infierno mismo (162). Los escritores arrebatados y parciales de aquella época, vinculando *toda* virtud en sí mismos, y achacando *todo* error á los contrarios, han retratado la batalla de los ánjeles con los diablos. Nuestro sosegado temple desechará tan monstruosos estremos de vicio y de santidad, sindicará por igual, ó á corta diferencia el mal, y ensalzará el bien de los opuestos bandos, apellidados mutuamente lejítimos ó heréticos. Educados en el regazo de la misma relijion y de la idéntica sociedad civil, equilibrábanse sus esperanzas y zozobras para la vida actual y la venidera. Cabia el que por ambas partes fuese el yerro candoroso, la fe entrañable, y la práctica meritoria ó estragada. Estimulábanles los propios objetos, y podian alternativamente ir abusando de la privanza de la corte ó del pueblo. Las opiniones metafísicas de los Atanasios ó Arrianos mal podian influir en su moralidad, y arrebatábalos la intolerancia que desencajaban de las máximas sencillas y puras del Evanjelio.

Un escritor que ufanamente encabezó su historia con los dictados honoríficos de política y filosófica (163) tilda la medrosa cautela de Montesquieu, que desatiende una de las causas de la decadencia del imperio; cual es la ley de Constantino vedando absolutamente el ejercicio del culto

pagano, y dejando á una gran porcion de súbditos sin sacerdotes, templos ni asomos de relijion pública. El conato del historiador filósofo por los fueros naturales del hombre le ha movido á seguir el testimonio ambiguo de aquellos eclesiásticos que con sobrada lijereza han realzado á su *héroe* predilecto con el *mérito* de una persecucion jeneral (164). En vez de alegar la ley tan imajinaria que deberia descollar al frente de los códigos imperiales, podemos acudir á la carta orijinal que Constantino encamina á los secuaces de la relijion antigua, y en ocasion en que ya no encubria su conversion ni temia competidores para el solio. Invita y exhorta en términos urjentes á los súbditos del imperio romano para que imiten el ejemplo de su dueño; pero declara que cuantos se niegan á abrir sus ojos á las ráfagas celestiales son árbitros de disfrutar libremente sus templos y sus soñados dioses. La hablilla de que se vedaban las ceremonias del paganismo queda formalmente contradicha por el mismo emperador, que cuerdamente señala, como principio de su moderacion, la fuerza invencible de la costumbre, de la vulgaridad y de la superstición (165). Sin quebrantar su sagrada promesa, sin acibarar las zozobras de los paganos, el artero monarca iba avanzando pausada y cautelosamente para socavar el inconexo y desmoronado edificio del politeismo. Sus disposiciones parciales y violentas, aunque sujeridas por su fervor cristiano, se cohonestan con pretestos vistosos de justicia y bien público; y al arruinar Constantino la relijion antigua, tan solo aparentaba reformar sus abusos. Vedó bajo penas severas, á ejemplo de sus mas sabios antecesores, el arte oculto é impío de la divinacion, que fomentaba esperanzas desatinadas, y á veces intentos criminales en los descontentos con su propia suerte. Enmudecieron afrentosamente los oráculos, convencidos públicamente de falsedad y engaño; aboliéronse los sacerdotes afeminados del Nilo, y desempeñó Constantino las obligaciones de un censor romano al disponer la demolicion de varios templos en Fenicia, dentro de los cuales se practicaba todo jénero de prostitucion en medio del dia, y en obsequio á Vénus (166). Fabricóse suntuosamente la ciudad imperial de Constantinopla, hasta cierto punto con los despojos de los templos opulentos de Asia y Grecia; confiscáronse sus propiedades sagradas; trasportáronse con irreverencia las estátuas de dioses y héroes á un pueblo donde se conceptuaban objetos de curiosidad, y no de adoracion; circularon el oro y la plata, y tanto majistrados como obispos y eunucos se aprovecharon de la preciosa coyuntura de satisfacer al propio tiempo su zelo, su codicia y su encono. Mas este saqueo se ciñó á una porcion escasa del mundo romano, y estaban ya las provincias muy acostumbradas á tales robos sacrílegos por la tiranía de príncipes y procónsules, en quienes no cabia por asomos el intento de derribar la relijion establecida (167).

Siguieron los hijos de Constantino las huellas del padre, pero con mas

ahinco y menos tino. Fueron creciendo los pretestos de saquéo y opresion (168); soltóse la rienda á todo procedimiento ilegal de los Cristianos; zanjábase toda duda en detrimento del paganismo, y se celebraba la demolicion de los templos como uno de los acontecimientos mas venturosos del reinado de Constante y Constancio (169). Encabeza el nombre de Constancio una ley lacónica, que pudiera dar por supuesta toda prohibicion venidera: « Es nuestra voluntad que por donde quiera se cierren inmediatamente los templos y se custodien con esmero para que nadie tenga en su mano el lastimarlos; y lo es igualmente que todos nuestros súbditos se abstengan de sacrificios. Quien incurra en semejante delito esperimente luego los filos vengadores de la justicia, y en muriendo, confísquense sus bienes en beneficio público. Imponemos iguales penas á todo gobernador de provincia que se desentienda del castigo de los reos (170).» Mas median razones poderosas para opinar que edicto tan formidable se estendió sin publicarse ó se publicó sin cumplirse. El testimonio de hechos y monumentos, que subsisten todavía de bronce y de mármol, está demostrando el ejercicio del culto pagano durante el reinado entero de los hijos de Constantino. En Oriente y Occidente, en ciudades y en campiñas, crecido número de templos quedaron intactos; y la muchedumbre devota siguió disfrutando el lujo de sacrificios, festividades y procesiones, con permiso ú tolerancia del gobierno civil. Cuatro años despues de la fecha supuesta de aquel edicto sangriento, visitó Constancio los templos de Roma; y un orador pagano elojia su manejo decoroso como ejemplo digno de la imitacion de los príncipes sucesivos. « Aquel emperador, » dice Símaco, « tuvo á bien dejar intactas las prerogativas de las vírjenes vestales, confirió las dignidades sacerdotales á nobles romanos, otorgó las dotaciones acostumbradas para costear los ritos y sacrificios públicos; y aunque abrazó relijion diferente, nunca intentó defraudar al imperio del culto sagrado de la antigüedad (171).» Seguia el senado solemnizando el decreto augusto de consagrar la memoria *divina* de sus soberanos; y el mismo Constancio quedó, al morir, hermanado con aquellos dioses que habia insultado en el discurso de su vida. Dictado, insignias, prerogativas de Sumo Pontífice, cuanto instituyó Numa y se apropió Augusto, quedó aceptado sin reparo por siete emperadores cristianos, revestidos todos de autoridad mas absoluta sobre la relijion dejada que sobre la misma que estaban profesando (172).

Las desavenencias del Cristianismo fueron dilatando la ruina de la relijion pagana (173); y la guerra sagrada contra los infieles amainó algun tanto en manos de príncipes y obispos, embargados y despavoridos con los peligros de la rebeldía doméstica. Podia el esterminio de la *idolatría* (174) abonarse con los principios sentados de la intolerancia; mas las sectas opuestas que andaban alternando en la corte imperial abrigaban

mutuamente la zozobra de malquistarse, ó tal vez estrellarse con una faccion decaida, pero todavía poderosa. Motivos de autoridad y de moda, de interés y de raciocinio estaban ya militando por el Cristianismo; mas mediaron dos ó tres jeneraciones antes que su influjo victorioso cundiese universalmente. La relijion, que ya de muy atrás, y aun posteriormente, se habia ido estableciendo en el imperio romano, merecia aun el acatamiento de crecida parte del pueblo, menos afecto á la verdad á opiniones especulativas que á la antigua costumbre. Repartíanse los ascensos en la milicia y el estado entre todos los súbditos de Constantino y de Constancio, y porcion crecida de luces, riquezas y valentía quedaba aun empleada en servicio del politeismo. Dimanaba de muy diversas causas la supersticion del senador y del filósofo, del poeta y del campesino, pero se enfervorizaban igualmente en los templos de sus dioses. Enardecíase mas y mas su zelo con el triunfo insultante de una secta proscrita, y revivia su esperanza con el fundado convencimiento de que el heredero presuntivo del imperio, héroe lozano y valeroso, que habia rescatado la Galia de las armas de los bárbaros, habia abrazado reservadamente la relijion de sus antepasados.

---

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimoprimo.

(1) Eusebius in Vit. Constantin., l. III, c. 63, 64, 65, 66.

(2) Examinadas las diferentes opiniones de Tillemont, Beausobre, Lardner, etc., estoy convencido de que la secta de Manes no cundió, ni aun en Persia, antes del año 270. Estraño seria que una herejía filosófica y estranjera hubiese penetrado tan rápidamente en las provincias del Africa; sin embargo no puedo refutar fácilmente el edicto de Diocleciano contra los Maniqueos, que se halla en Baronio (Anal. Eccl. A. D. 187).

(3) Constantinus enim, cum limatius superstitionum quæreret sectas, Manichæorum et similium, etc. Ammian., XV, 15. Estratejio, que por su comision mereció el renombre de *Musonianus*, era Cristiano de la secta arriana. Fué uno de los condes que asistieron al concilio de Sárdica. Libanio encomia su dulzura y prudencia. Vales. ad locum Ammian.

(4) Cod. Theod., l. XVI, tit. V, leg. 2. Como la ley jeneral no está

comprendida en el Código Teodosiano, es probable que ya estuvieran estinguidas en el año 438 las sectas que habia condenado.

(5) Sozomen, l. I, c. 22. Sócrates, l. I, c. 10. Se ha sospechado, pero, á mi entender, sin motivo, á estos historiadores de ser adictos á la doctrina novaciana. El emperador le dijo al obispo: «Acesio, toma una escalera, y súbete por ti mismo al cielo.» La mayor parte de las sectas cristianas se han valido á su vez de la escalera de Acesio.

(6) En la edicion de Optato Milevitano, que publicó M. Dupin (Paris, 1700), enriqueciéndola con notas críticas, discusiones jeográficas, documentos orijinales y un resúmen exacto de toda la controversia, se hallarán los mejores datos para esta parte de la historia eclesiástica. M. de Tillemont ha dedicado á los Donatistas la mayor parte de un tomo (t. VI, part. I): y le debo una rica coleccion de todos los pasajes de su autor favorito, San Agustin, que tienen relacion con estos herejes.

(7) Schisma igitur illo tempore confusæ mulieris iracundia peperit; ambitus nutrivit; avaritia roboravit. Optatus, l. I, c. 19. El lenguaje de Purpurio es el de un loco rematado. Dicitur te necasse filios sororis tuæ duos. Purpurius respondit: Putas me terreri à te... occidi; et occido eos qui contra me faciunt. Acta Concil. Cirtensis, ad calc. Optat., p. 274. Cuando Ceciliano fué invitado á una junta de obispos, Purpurio dijo á sus hermanos, ó mejor, á sus cómplices: «Dejadle que venga aquí para que le impongamos las manos; y le romperémos la cabeza por via de penitencia.» Optat., l. I, c. 19.

(8) Los concilios de Arles, Nicea y Trento confirmaron la práctica sabia y moderada de la iglesia de Roma. Sin embargo, los Donatistas tuvieron la ventaja de sostener el dictámen de Cipriano y de una gran mayoría de la iglesia primitiva. Vincentius Lirinensis (p. 332, ap. Tillemont, Mem. Ecles., tom. VI, p. 138) ha esplicado porqué los Donatistas están ardiendo eternamente en los infiernos, mientras que San Cipriano reina en los cielos con Jesucristo.

(9) Véase el libro sexto de Optato Milevitano, p. 91-100.

(10) Tillemont, Mem. Ecles., tom. VI, part. I, p. 253. Se burla de su credulidad parcial. Respetaba á Agustin, gran doctor del sistema de la predestinacion.

(11) Plato Ægyptum peragravit ut à sacerdotibus Barbaris numeros et *cœlestia* acciperet. Cicero de Finibus, v. 25. Los Ejipcios podian aun conservar la creencia tradicional de los Patriarcas. Josefo ha persuadido á muchos padres cristianos que Platon tomó parte de su saber de los Judíos; pero esta vana opinion no puede conciliarse con el estado oscuro y las costumbres insociables del pueblo judío, cuyas escrituras no fueron familiares á la curiosidad griega sino mas de cien años despues de la muerte

de Platon. Véase Marsham, Canon. Chron., p. 144. Le Clerc, Epistol. Critic., VII, p. 177-194.

(a) Esta esposicion de la doctrina de Platon me parece opuesta al verdadero sentido de los escritos de aquel filósofo. La brillante imajinacion que ostentó en sus investigaciones metafísicas, su estilo lleno de alegorías y figuras, han engañado á aquellos intérpretes que no buscaron el sistema de este filósofo en todo el contenido de sus obras y penetrando mas allá de las imájenes que emplea el escritor. A mi entender, no hay Trinidad en Platon: no estableció jeneracion misteriosa entre los supuestos principios que se cree distinguió. Finalmente, concibió, solo como *atributos* de la Divinidad ó de la materia, aquellas ideas de las que se supone que hizo *sustancias*, séres positivos.

Segun Platon, Dios y la materia existieron de todo eternidad. Antes de la creacion del mundo, la materia tenia en sí un principio de movimiento, pero sin objeto ni leyes: este principio es el que Platon llama el alma irracional del mundo (ἄλογος ψυχή); porque, segun su doctrina, todo principio de movimiento espontáneo y orijinal se llama alma. Dios quiso dar *forma* á la materia, esto es, 1. vaciar la materia y trasformarla en un cuerpo; 2. arreglar su movimiento y sujetarlo á algun fin, á ciertas leyes. En esta operacion, la Divinidad no podia obrar sino en conformidad con las ideas existentes en sn intelijencia; el conjunto de ellas llenó esta y formó el tipo ideal del mundo. Este mundo ideal, esta intelijencia divina, existente con Dios de toda eternidad es lo que Platon llama νοῦς ó λόγος, y que se supone haber personificado y sustancializado: mientras que basta un atento exámen para convencernos de que nunca le dió una existencia fuera de la Divinidad, y que consideró el λόγος como el conjunto de las ideas de Dios, la intelijencia divina en su relacion con el mundo. La opinion contraria es irreconciliable con toda su filosofía: así dice (Timeo, p. 348, edic. Bip.) que á la idea de la Divinidad está esencialmente unida la de una intelijencia, de un *logos*. Así hubiera admitido un doble *logos*; uno inherente en la Divinidad como atributo, otro existiendo independientemente, como sustancia. Asegura (Timeo, 316, 337, 348, Sofista, v. II, p. 265, 266) que la intelijencia, el principio del órden νοῦς ó λόγος, no puede existir sino como un atributo de una alma (ψυχή), el principio del movimiento y de vida, cuya naturaleza nos es desconocida. ¿Cómo pues podia considerar, segun esto, al *logos* como una sustancia dotada de una existencia independiente? En otros lugares lo esplica con estas dos palabras, ἐπιστήμη (saber, ciencia) y διάνοια (intelijencia), que significan los atributos de la Divinidad (Sofist., v. II, p. 199). Finalmente, se desprende de varios pasajes, entre otros, del Fileb., v. IV, p. 247, 248, que Platon nunca dió á las palabras νοῦς y

λόγος, sino una de estas dos significaciones;—1. *El resultado de la accion de la Divinidad*, esto es, órden, las leyes colectivas que gobiernan el mundo: y 2. el alma nacional del mundo (λογιστικὴ ψυχή), á la causa de de este resultado, esto es, la intelijencia divina. Cuando separa á Dios, el arquetipo ideal del mundo, y la materia, es para esplicar cómo, segun su sistema, Dios ha procedido en la creacion á juntar el principio de órden que tenia en sí su propia intelijencia, el λόγος, el principio del movimiento, el alma irracional, el ἄλογος ψυχή, que estaba en materia. Cuando habla del lugar que ocupa el mundo ideal (τόπος νοητός), es para indicar la intelijencia divina, que es su causa. Finalmente, en ninguna parte de sus escritos hallamos una verdadera personificacion de los supuestos séres con que se dice que formó una trinidad: y si esta personificacion existiera, se aplicaria igualmente á otras muchas nociones, con las que pudieran formarse muchas trinidades diferentes.

Natural era este error, en que han caido muchos intérpretes de Platon, antiguos y modernos. Además de los lazos que estaban encubiertos en su estilo figurado, y de la necesidad de comprender como un todo el sistema de sus ideas, y no esplicar pasajes aislados, la naturaleza misma de su doctrina induciria á este error. Cuando apareció Platon, eran conocidas la incertidumbre del saber humano y las ilusiones continuas de los sentidos, que habian orijinado un escepticismo jeneral. Sócrates habia tratado de elevar la moralidad fuera del influjo de este escepticismo. Platon procuró salvar la metafísica, buscando en el entendimiento humano una fuente de certidumbre que no podian proporcionar los sentidos. Inventó el sistema de las ideas innatas, cuyo conjunto formaba, segun él, el mundo ideal, y aseguró que estas ideas eran verdaderos atributos, no solo unidos á nuestras concepciones de los objetos, sino á la naturaleza de ellos, que podíamos llegar á conocer por ellos mismos. Luego dió á estas ideas una existencia positiva como atributos: sus comentadores podian fácilmente darles una existencia real como sustancias, especialmente cuando los términos de que se valió para disignarlas, αὐτὸ τὸ καλόν, αὐτὸ τὸ ἀγαθόν, belleza esencial, bondad esencial, se presentaban á esta sustancialización (hipóstasis).—G.

Hemos conservado este resúmen de la filosofía orijinal de Platon, en la cual hay probablemente mucha verdad. El númen de Platon era mas bien metafísico que impersonativo: su poesía estaba en su lenguaje mas bien que en sus conceptos, como la de los Orientales.—M.

(12) Los guias modernos que me han dirijido en el conocimiento del sistema platónico son Cudworth (Sistem. Intelectual, p. 568-620), Basnage (Hist. de los Judíos, l. IV, c. 4, p. 53-86), Le Clerc (Epist. Crit., VII, p. 194-209), y Brucker (Hist. Filos., tom. I, p. 675-706).

Como la erudicion de estos escritores era igual y sus intenciones diferentes, un observador prolijo puede aprovecharse de sus disputas, y estar seguro de los hechos cuando convienen entre sí.

(13) Brucker, Hist. Filos., tom. I, p. 1349-1357. Estrabon (l. XVII), y Amiano (XXI, 6) hacen elojios de la escuela de Alejandría (*).



(*) La filosofía de Platon no era la única fuente de que se derivaba la que profesaba la escuela de Alejandría. Esta ciudad, en la que se hallaban reunidos literatos griegos, judíos y ejipcios, era teatro de una estraña fusion del sistema de estos tres pueblos. Los Griegos trajeron un platonismo, ya muy variado; los Judíos, que habian adquirido en Babilonia muchas nociones orientales, y cuyas opiniones teolójicas habian sufrido un gran cambio con sus comunicaciones, trataron de conciliar el platonismo con su nueva doctrina, y lo desfiguraron enteramente; y por fin los Ejipcios, que no querian abandonar unas nociones que los Griegos respetaban, procuraban conciliar por su parte las suyas con las de sus vecinos. En el Eclesiastes y en la Sabiduría de Salomon hallamos estampado el influjo de la filosofía oriental mas que el del platonismo. En estos libros y en los de los últimos profetas, como en Ezequiel, hallamos nociones que los Judíos no tenian antes de su cautiverio en Babilonia, de las cuales no vemos jérmen alguno en Platon, y que, segun toda evidencia, son derivadas de los Orientales. Dios representado bajo la imájen de la luz, y el principio del mal bajo la de las tinieblas, la historia de los ánjeles buenos y de los malos; el paraiso y el infierno, etc. son doctrinas cuyo oríjen, ó á lo menos cuya determinacion positiva, solo puede tener referencia con la filosofía oriental. Platon suponia que la materia era eterna; los Orientales y Judíos la consideraban como una creacion de Dios, el único eterno. Imposible es esplicar la filosofía de la escuela de Alejandría, mezclando solamente la teolojía judaica con la filosofía griega. La filosofía oriental, aunque muy poco conocida, se distingue á cada paso. Así, segun el Zend Avesta, con la palabra (honover) mas antigua que el mundo, creó Ormuzd el universo. Esta palabra es el *logos* de Filo; por consiguiente muy distinto del de Platon. Ya manifesté que este nunca personificó el logos como el arquetipo ideal del mundo. Filo arriesgó esta personificacion. Segun él, la Deidad tiene un doble logos; el primero (λόγος ἐνδιάθετος) es el arquetipo ideal del mundo, el mundo ideal, el *primojénito* de la Deidad; el segundo (λόγος προφόριχος) es la palabra misma de Dios, personificada bajo la imájen de un sér obrando para crear el mundo sensible y hacerlo semejante al mundo ideal: es el segundo hijo de Dios. Dejándose arrastrar de su imajinacion, Filo llegó al estremo de personificar otra vez el mundo ideal bajo la imájen de un hombre celeste, (οὐράνιος ἄνθρωπος) tipo primitivo del hombre, y el mundo sensible bajo la imájen de otro hombre menos perfecto que el hombre celeste. Ciertas nociones de la filosofía oriental pueden haber dado márjen á este estraño abuso de alegoría, que basta referir para mostrar qué variaciones habia sufrido ya el platonismo y cuál fué el oríjen de ellas. Por lo demás, Filo es, de todos los Judíos de Alejandría, aquel cuyo platonismo es mas puro (Véase Buhle, Introd. á la Hist. de la Filosofía moderna. Michaelis Introd. al Nuevo Test. en aleman,

(14) Joseph. Antiquitat., l. XII, c. 1, 3. Basnage, Hist. de los Judíos, l. VII, c. 7.

(15) Acerca del oríjen de la filosofía judaica, véase á Eusebio, Præparat. Evangel. VIII, 9, 10. Segun Filo, los Terapeutas estudiaban la filosofía; y Brucker ha probado (Hist. Filos., tom. II, p. 787) que preferian la de Platon.

(16) Véase á Calmet, Disertaciones sobre la Biblia, tom. II, p. 277. Muchos de los padres recibieron el libro de la Sabiduría de Salomon como obra de este monarca; y aunque los Protestantes la recusan por falta del orijinal hebreo, ha merecido, como el resto de la Vulgata, la sancion del concilio de Trento.

(17) Le Clerc prueba hasta la evidencia el platonismo de Filo, que llegó á ser proverbial (Epist. Crit., VIII, p. 211-228). Basnage (Hist. de los Judíos, l. IV, c. 5) ha manifestado claramente que Filo compuso sus obras teolójicas antes de la muerte, y muy probablemente antes del nacimiento de Cristo. Mas sorprendente es el saber de Filo que sus errores en aquella época de tinieblas. Bull, Defens., Fid. Nicem., s. I, c. I, p. 12.

(18) Mens agitat molem, et magno se corpora *miscet*. Además de esta alma material, Cudworth ha descubierto (p. 562), en Amelio, Porfirio, Plotino, y segun él cree, en Platon mismo, una alma del universo, superior, espiritual hipercosmiana. Pero esta doble alma está desechada por Brucker, Basnage y Le Clerc, como un capricho de los últimos Platonistas.

(19) Petav. Dogmata Theologica, tom. II, l. VII, c. 2, p. 791. Bull, Defens. Fid. Nicem., s. I, c. I, p. 8, 13. Esta nocion estuvo libremente adoptada en la teolojía cristiana, hasta que abusaron de ella los Arrianos. Tertuliano (adv. Praxeam, c. 16) tiene un pasaje digno de reparo y peligroso. Despues de hacer contrastar, con indiscreto talento, la naturaleza de Dios con las acciones de Jehová, concluye: Scilicet ut hæc de filio Dei non credenda fuisse, si non scripta essent; fortasse non credenda de Patre licet scripta (*).

(20) Los Platonistas admiraban el principio del Evanjelio de San Juan, porque contenia un exacto traslado de sus propios principios. Agustin, de Civitat. Dei, X, 29. Amelius apud Cyril. advers. Julian., l. VIII, p. 283. Pero en el tercero y cuarto siglo, los Platonistas de Alejandría

part. II, p. 973). De esta miscelanea de orientalismo, platonismo y judaismo, tuvo oríjen el gnosticismo, que ocasionó tantas estravagancias teolójicas y filosóficas, y en el cual descuellan evidentemente las nociones orientales.—G.

(*) Tertuliano arguye en este caso contra los Patripasianos, que sostenian que el Padre habia nacido de la Vírjen, habia muerto y sido sepultado.—M.

podian haber mejorado su Trinidad con el estudio secreto de la teolojía cristiana (*).

(21) Véase á Beausobre, Hist. crítica del Maniqueismo, tom. I, p. 377. Se cree que el Evanjelio segun San Juan fué publicado unos setenta años despues de la muerte de Cristo.

(22) Mosheim (p. 331) y Le Clerc (Hist. Ecles., p. 535) han manifestado con claridad los sentimientos de los Ebionitas. A uno de estos sectarios atribuyen los críticos las Clementinas publicadas entre los Padres apostólicos.

(*) Una breve discusion acerca del sentido en que ha usado San Juan la palabra logos, probará que no la tomó de la filosofía de Platon. El evanjelista adopta esta palabra sin previa esplicacion, como un término con el cual sus contemporáneos estaban ya familiarizados y que podian comprender de golpe. Para saber el sentido que le daba, hemos de inquirir cuál era el que jeneralmente tenia en su tiempo. Hallamos que tenia dos; uno dado por los Judíos de Palestina, otro por la escuela de Alejandría, particularmente por Filo. Los Judíos habian temido siempre pronunciar el nombre de Jehová; se habian acostumbrado á indicar á Dios con uno de su atributos; llamábanle unas veces Sabiduría, y otras Palabra, *Por la Palabra del Señor se afirmaron los cielos.* (Salmo XXXIII, 6). Acostumbrados á alegorías, muchas veces se dirijian á este atributo de la Divinidad como á un sér real. Salomon hace decir á la Sabiduría: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad fué ordenada y desde antiguo antes que la tierra fuese hecha.» (Prov. VIII, 22, 23). La residencia en Persia acrecentó esta inclinacion á las alegorías. En el Eclesiastes del Hijo de Sirac y el libro de la Sabiduría, hallamos descripciones alegóricas de esta tales, como las siguientes: «Salí de la boca del Todo Poderoso: cubrí la tierra como una nube..... Yo sola llené el ámbito del cielo y penetré en el fondo del abismo..... El Criador me crió desde el principio, antes del mundo, y nunca faltaré.» (Ecles., XXIV. 35—39). Véase tambien la Sabiduría de Salomon, c, VII, v. 9. (Este último libro es evidentemente alejandrino.—M.) Segun esto, vemos que los Judíos entendian por las palabras hebreas y caldeas que significan Sabiduría, la Palabra, y que se tradujeron al griego σοφία, λόγος, un sencillo atributo de la Divinidad, alegóricamente personificado, pero del que no formaban un sér efectivo particular, separado de la Divinidad.

Al contrario, la escuela de Alejandría, y Filo entre sus secuaces, mezclando nociones griegas con las judaicas y orientales y dejándose arrastrar de su inclinacion al misticismo, personificaron el *logos* y lo representaron como un sér distinto, creado por Dios, é intermedio entre Dios y el hombre. Este es el segundo *logos* de Filo (λόγος προφόριxος), el que obra desde el principio del mundo, único en su especie, (μονογένης), creador del mundo sensible (κόσμος αἰσθητός) formado por Dios conforme al mundo idea (κόσμος) que tenia en sí mismo, y que era el primer logos (νοητος, ὁ ἀνωτάτω) el primojénito (ὁ πρεσβύτερος ὑιός) de la Divinidad. Luego el *logos*, tomado en este sentido,

(23) Staunch en sus polémicas, y tambien Bull (Judicium Eccles. Cathol., c. 2) insisten en la ortodojia de los Nazarenos; que le parece á Mosheim (p. 330) menos pura y positiva.

(24) La humilde vida y sufrimientos de Jesús fueron siempre un tropiezo para los Judíos. «Deus... contrariis coloribus Messiam depinxerat; futurus erat Rex, Judex, Pastor, etc.» Véase Limborch et Orobio, Ami-

era un ser creado, pero anterior á la creacion del mundo, inmediato á Dios, y encargado de sus relaciones con el jénero humano.

¿Cuál de estos dos sentidos quiso dar san Juan á la palabra logos en el capítulo primero de su Evanjelio y en todos sus escritos?

San Juan era Judío, nacido y educado en Palestina, no conocia sino escasamente la filosofía de los Griegos y la de los Judíos que poseian el griego; por consiguiente le daria á la palabra *logos* el sentido que le atribuian los Judíos de Palestina. Verdaderamente, si comparamos los atributos que atribuye al *logos* con los que se le señalan en los Proverbios, la Sabiduría de Salomon, y el Eclesiastes, verémos que son unos mismos. El Verbo estaba en el mundo y el mundo por él fué hecho: en él habia vida, y la vida era la luz de los hombres (c. I, v. 10, 14). Imposible es no descubrir en este capítulo las ideas que los Judíos se habian formado del logos alegórico. Luego el evanjelista personifica lo que sus antecesores solo habian personificado poéticamente; porque dice *que el Verbo fué hecho carne* (v. 14). Si escribió, fué para probar esto. Las ideas que da del *logos*, examinadas con detencion, no pueden convenir con las de Filo y de la escuela de Alejandría; al contrario, concuerdan con las de los Judíos de Palestina. Quizá San Juan, al servirse de un término muy conocido para esplicar una doctrina aun desconocida, ha variado algo el sentido, nos parece hallar esta variacion al comparar diferentes pasajes de sus escritos.

Merece observarse y que los Judíos de Palestina, que no advertian esta variacion, nada de estraordinario podian hallar en lo que San Juan dice del logos; á lo menos lo comprendieron sin trabajo, al paso que los Griegos y Judíos, que poseian el griego, le hacian aplicaciones fácilmente conciliables con las del evanjelista, quien no las contradijo espresamente. Esta circunstancia debe haber favorecido mucho la propagacion del Cristianismo. Así los padres de la iglesia, formados casi todos en la escuela de Alejandría, durante los dos primeros siglos y posteriormente, le daban al logos de San Juan un sentido casi semejante al que le aplicaba Filo. Su doctrina se aproximaba mucho á la que condenó el concilio de Nicea en el siglo cuarto en la persona de Ario.—G.

M. Guizot se ha olvidado de la larga residencia que San Juan hizo en Efeso, centro de las opiniones varias del Oriente y Occidente, que fueron dejenerando en gnosticismo (Véase Matter, Historia del Gnosticismo, t. I, p. 154). El sentido que San Juan le da al logos parece desviarse tanto de la sencilla alegoría atribuida á los Judíos de Palestina cuanto de la personificacion de la escuela alejandrina. Lo cierto será que San Juan tomó el término familiar, y como quiera que sea, le dió el sentido particular y cristiano que está empleado en sus escritos.—M.

ca Collat., p. 8, 19, 53-76, 192-234. Pero esta objecion ha obligado á los cristianos creyentes á alzar los ojos á un reino espiritual y eterno.

(25) Justin Martyr, Dialog. cum Tryphonte, p. 143, 144. Véase Le Clerc, Hist. Eccles., p. 615. Bull y su editor Grabe (Judicium Eccles. Cathol., c. 7 y apéndice), trataron de dar una mala interpretacion á las opiniones á palabras de Justino; pero los editores benedictinos desechan su violenta correccion del texto.

(26) Los Arrianos echaban en cara al partido ortodojo el tomar su Trinidad de los Valentinianos y Marcionitas. Véase á Beausobre, Hist. del Maniqueismo, l. III, c. 5, 7.

(27) Non dignum est ex utero credere Deum, et Deum Christum..... non dignum est ut tanta majestas per sordes et squalores mulieris transire credatur. Los Gnósticos sostenian la impureza de la materia y del matrimonio; y se escandalizaban de las torpes interpretaciones de los padres, y aun de Agustin mismo. Véase Beausobre, tom. II, p. 523 (*).

(28) Apostolis adhuc in sæculo superstitibus apud Judæam Christi sanguine recente, et *phantasma* corpus Domini asserebatur. Cotelerio cree (Patres Apostol., tom. II, p. 24) que los que no quieren conceder que los *Docetas* existian en tiempo de los Apóstoles pueden tambien negar que el sol brilla á mediodía. Estos Docetas, que formaban una gran

(*) La mayor parte de los Docetas desechaban la verdadera divinidad de Jesucristo, y tambien su naturaleza humana. Pertenecian á la secta de los Gnósticos, cuyas opiniones, segun algunos filósofos y el mismo Gibbon, se derivaban de las de Platon. No consideraban estos filósofos que el Platonismo habia sufrido continuas variaciones y que aquellas que le daban cierta analojía con las nociones de los Gnósticos eran de un oríjen posterior á la mayor parte de las sectas comprehendidas bajo este nombre. Mosheim ha probado (en su Instit. Histor. Ecles. Major., s.I., p. 136, 339) que la filosofía oriental, combinada con la filosofía cabalística de los Judíos, ha dado oríjen al Gnosticismo. Las relaciones que existen entre esta doctrina y los documentos que nos quedan de la de los Orientales, Caldeos y Persas, han orijinado los errores de los Cristianos gnósticos, quienes deseaban conciliar sus antiguas nociones con su nueva creencia. Por esto, al negar la naturaleza humana de Cristo, tambien negaban su íntima union con Dios, y le tomaban por una de las sustancias (æon) creadas por Dios. Como creian en la eternidad de la materia, y la consideraban como principio del Mal, en oposicion á la Divinidad, primera causa y principio del Bien, no querian admitir que una de las sustancias puras, uno de los æon que provenian de Dios, al participar de la naturaleza material, se habia unido al principio del mal, y este era el motivo porque desechaban la verdadera humanidad de Jesucristo. Véase C. G. F. Walch, Hist. de las herejías en Alem., t. I, p. 217. Brucker, Hist. Crit. Fil., II, p. 639.—G.

mayoría entre los Gnósticos, eran así llamados, porque solo concedian á Cristo un cuerpo *aparente* (*).

(29) En De la Mothe le Vayer, tom. V, p. 135, etc., edic. 1757; y en Basnage, Hist. de los Judíos, tom. IV, p. 29, 79, etc., pueden hallarse algunas pruebas del respeto que los Cristianos profesaban á la persona y dectrina de Platon.

(30) Doleo bona fide, Platonem omnium hæreticorum condimentarium factum. Tertul. de Anima, c. 23. Petavio (Dogm. Theolog., tom. III, proleg. 2) manifiesta que esta era una queja jeneral. Beausobre (tom. I, l. III, c. 9, 10) ha deducido los errores gnósticos de los principios platónicos; y como en la escuela de Alejandría, estos principios estaban mezclados con la filosofía oriental (Brucker, tom. I, p. 1356), el dictámen de Beausobre puede conciliarse con la opinion de Mosheim (Historia jeneral de la Iglesia, vol. I, p. 37).

(31) Si Teófilo, obispo de Antioquía (véase á Dupin, Biblioteca Eclesiástica, tom. I, p. 66), fué el primero que se sirvió de la palabra *Triada* ó *Trinidad*, este término abstracto, que ya era familiar en las escuelas de filosofía, debe haber sido admitido en la teolojía de los Cristianos á fines del siglo segundo.

(32) Atanasio, tom. I, p. 808. Sus espresiones tienen una enerjía no comun; y como escribia para frailes, no habia motivo para que hiciera estudio de un lenguaje racional.

(33) Debiéramos descubrir la Trinidad teolójica de Platon en un tratado dedicado á esplicar las opiniones de los filósofos antiguos tocante á

(*) No se les dió el nombre de Docetas á estos sectarios hasta el siglo segundo: este nombre no indicaba propiamente una secta asi llamada: se aplicaba á todas las que enseñaban la no-realidad del cuerpo material de Cristo: en este número se comprendian los Valentinianos, Basilidianos, Ofitas, Marcionitas, (contra los cuales Tertuliano escribió su libro De Carne Christi) y otros Gnósticos. Verdad es que Clemente de Alejandría (l. III, Strom., c. 13, p. 552) hace mencion espresa de una secta de Docetas, y aun cita á un tal Casiano como uno de sus jefes; pero todo nos induce á creer que no era una secta distinta. Filastrio (de Hæres., c. 31) echa en cara á Saturnino el ser Doceta. Igual reconvencion le hace Ireneo á Basilides (adv. Hær., c. 23). Epifanio y Filastrio, que trataron circunstanciadamente de cada herejía particular, no hacen mencion especial de la de los Docetas. Serapion, obispo de Antioquía (Euseb. Hist. Eccl., l. VI, c. 12), y Clemente de Alejandría (l. VII, Strom., p. 900), parecen haber sido los primeros que emplearon el nombre jenérico. No se halla en ningun escrito anterior, aunque el error que indica existia aun en tiempo de los Apóstoles. Véase á C. G. F. Walch, Hist. de Hær., v. I, p. 283. Tillemont, Mem. para servir á la Hist. Ecles., II, p. 50. Buddæus, de Eccles. Apost. c. 5, §. 7.--G.

la naturaleza de los dioses. Pero Ciceron confiesa honradamente que sin embargo de haber traducido el Timeo, nunca pudo entender aquel misterioso diálogo. Véase Hieronym., præf. ad l. XII, in Isaiam, tom. V, p. 154.

(34) Tertuliano in Apolog., c. 46. Véase Bayle, Diccionario, en la palabra *Simonides*. Sus observaciones acerca de la presuncion de Tertuliano son profundas é interesantes.

(35) Lactancio, IV, 8. Sin embargo la *Probole*, ó *Prolatio*, que los mas ortodojos teólogos tomaron sin escrúpulo de los Valentinianos é ilustraron con las comparaciones de una fuente y un arroyo, el sol y sus rayos, etc., ó nada significaba, ó favorecia una idea material de la jeneracion divina. Véase á Beausobre, tom. I, l. III, c. 7, p. 548.

(36) Muchos de los escritores primitivos han confesado francamente que el Hijo debia su ser á la *voluntad* del Padre. Véase á Clarke, de la Trinidad de la Escritura, p. 280-287. Por otra parte, Atanasio y sus secuaces, parece que no quieren conceder lo que temen negar. Los escolásticos salen de este apuro distinguiendo una voluntad *precedente* y otra *posterior*. Petav. Dogm. Theolog., tom. II, l. VI, c. 8, p. 587-603.

(37) Véase Petav. Dogm. Theolog., tom. II, l. II, c. 10, p. 159.

(38) Carmenque Christo quasi Deo dicere secum invicen. Plin. Epist., X, 97. El sentido de *Deus*, Θεός, Elohim, en las lenguas antiguas, está críticamente examinado por Le Clerc (Ars critica, p. 150-156), y la propiedad de adorar á una criatura muy escelente está hábilmente defendida por el Socinio Emlyn (Tratados, p. 29-36, 51-145).

(39) Véase á Daillé, de Usu Patrum, y á Le Clerc, Biblioteca universal, tom. X, p. 409. El objeto ó á lo menos el efecto de la obra estupenda de Petavio sobre la Trinidad (Dogm. Theolog., tom. II) fué juzgar la fe de los padres anti-nicenses; y la erudita defensa del obispo Bull no ha borrado la profunda impresion que causó (*).

(40) Las creencias mas antiguas tenian toda la latitud posible. Véase á Bull (Judicium Eccles. Cathol.), quien procura impedir que Episcopio saque ventaja alguna de esta observacion.

(41) Las herejías de Praxeas, Sabelio, etc., están minuciosamente esplicadas por Mosheim (p. 425, 680-714). Praxeas, que vino á Roma á fines del siglo segundo, engañó por algun tiempo la sencillez del obispo, y fué refutado por la pluma del colérico Tertuliano.

(42) Sócrates reconoce que la herejía de Ario provino de un vehemente deseo de abrazar una opinion diametralmente opuesta á la de Sebelio.

(*) Los que deseen tener claras nociones sobre este asunto deben consultar la obra del doctor Burlin sobre la doctrina de los padres anti-nicenses.—M.

(43) Epifanio pinta con vivísimos colores (tom. I, Heres. LXIX, 3, p. 729) la figura y costumbres de Ario, el carácter y número de sus primeros prosélitos; y no podemos menos de sentir que tan pronto se olvidase del papel de historiador para encargarse del de controversista.

(44) Véase á Filostorjio (l. I, c. 3) y el estenso comentario de Gofredo. Sin embargo, á los ojos del ortodojo, el Arrianismo de Filostorjio disminuye su verosimilitud, y á los de los críticos razonables la minoran su pasion, preocupacion é ignorancia.

(45) Sozomen (l. I, c. 15) representa á Alejandro como indiferente, y aun ignorante, al principio de la controversia; mientras que Sócrates (l. I, c. 5) atribuye el oríjen de la disputa á la vana curiosidad de sus especulaciones teolójicas. El doctor Jortin (Observaciones sobre la historia eclesiástica, vol. II, p. 178) ha censurado, con su acostumbrada franqueza, la conducta de Alejandro; πρὸς ὀργὴν ἐξάπτεται.....ὁμοίως φρόνειν ἐκέλευσε.

(46) Las llamas del Arrianismo podian haber ardido por algun tiempo en secreto; pero no hay motivo para creer que estallaron con violencia el año 319. Tillemont, Mem Eccles., tom. VI, hasta p. 774-780.

(47) Quid credidit? Certe, *aut* tria nomina audiens tres Deos esse credidit, et idolatra effectus est; *aut* in tribus vocabulis trinominem credens Deum, in Sabellii hæresim incurrit; *aut* edoctus ab Arianis unum esse verum Deum Patrem, filium et espiritum sanctum credidit creaturas. Aut extra hæc quid credere potuerit nescio. Hieronym. adv. Luciferianos. Jerónimo reserva para lo último el sistema ortodojo, que es mas complicado y difícil.

(48) Al paso que fué introduciéndose entre los Cristianos la doctrina de la creacion absoluta de la nada (Beausobre, tom. II, p. 165-215), naturalmente se engrandeció la dignidad del *operario* con la de la *obra*.

(49) La metafísica del docto Clarke (Trinidad de la Escritura, p. 276-280) podia admitir una jeneracion eterna derivada de una causa infinita.

(50) Muchos de los padres primitivos, particularmente Atenágoras, en su Apolojía al emperador Marco y á su hijo, han empleado esta comparacion profana y absurda; y Bull mismo la alega sin censura. Véase Defens. Fid. Nicen., sect. III, c. 5, nº. 4.

(51) Véase el Sistema intelectual de Cudworth, p. 559, 579. Esta peligrosa hipótesis fué apoyada por los dos Gregorios de Nisa y Nazianzeno, por Cirilo de Alejandría, Juan de Damasco, etc. Véase Cudworth, p. 603. Le Clerc, Biblioteca universal, tom. XVIII, p. 95-105.

(52) Agustin parece envidiar la libertad de los filósofos. Liberis verbis

loquuntur philosophi... Nos autem non dicimus duo vel tria principia, duos vel tres Deos. De Civitat. Dei, X, 23.

(53) Boecio, que estaba profundamente versado en la filosofía de Platon y Aristóteles, esplica la unidad de la Trinidad por la *indiferencia* de las tres personas. Véanse las sensatas observaciones de Le Clerc, Biblioteca Selecta, tom. XVI, p. 225, etc.

(54) Si los Sabelianos se estremecieron de esta conclusion, cayeron en otro principio, confesando que el Padre habia nacido de una vírjen, y sufrido en la cruz; y así merecieron el odioso epiteto de *Patripasianos*, con el cual fueron señalados por sus adversarios. Véanse las invectivas de Tertuliano contra Praxeas, y las reflexiones moderadas de Mosheim (p. 423, 681); y á Beausobre, tom. I, l. III, c. 6, p. 533.

(55) Las transacciones del concilio de Nicea están referidas por los antiguos, no solo de un modo parcial, sino muy imperfecto. No podemos ya recobrar el cuadro que Fra-Paolo dibujaria; pero en cuanto á los rudos bosquejos que delineó el pincel de la hipocresía y el de la razon, véanse Tillemont (Mem. Ecles., tom. V, p. 669-759) y Le Clerc (Biblioteca universal, tom. X, p. 435-454).

(56) Debemos á Ambrosio (de Fide, l. III, cap. últ.) el conocimiento de esta curiosa anécdota. Hoc verbum posuerunt Patres, quod viderunt adversariis esse formidini; ut tamquam evaginato ab ipsis gladio, ipsum nefanda caput hæreseos amputarent.

(57) Véase Bull, Defens. Fid. Nicen., sect. II, c. I, p. 25-36. Cree que es de su deber reconciliar dos sínodos ortodojos.

(58) Segun Aristóteles, las estrellas eran homoousianas una de otra. «Petavio, Curceleo, Cudworth, Le Clerc, etc. han manifestado que Homoousios significa una sustancia en *especie*; y probarlo fuera *actum agere*. Esta es la juiciosa observacion del Dr. Jortin (vol. II, p. 212), que examina la controversia arriana con erudicion, candor é injenuidad.

(59) Véase Petavio (Dogm. Theolog., tom. II, l. IV, c. 16, p 453, etc.), Cudworth (p. 559), Bull (sect. IV, p. 285-290, edic. Grab.). La περιχώρησις, *circumincessio*, es quizá la mas honda y oscura revuelta de todo el abismo teolójico.

(60) La tercera seccion de la Defensa de la Fe Nicense de Bull, que algunos antagonistas suyos han llamado disparate, y otros herejía, está consagrada á la supremacia del Padre.

(61) El epiteto comun con que Atanasio y sus secuaces acostumbraban honrar á los Arrianos era el de *Ariomanitas*.

62) Epifanio, tom. I, Hæres., LXXII, 4, p. 837. Véanse las aventuras de Marcelo, en Tillemont (Mem. Ecles., tom. VII, p. 880-899). Su obra, en *un* libro, acerca de la unidad de Dios, fué respondida en los

*tres* libros, que aun existen, de Eusebio. Al cabo de un prolijo exámen, Petavio (tom. II, l. I, c. 14, p. 78) ha pronunciado á pesar suyo la condenacion de Marcelo.

(63) Atanasio, en su epístola relativa á los sínodos de Seleucia y Rímini (tom. I, p. 886-905), ha dado una estensa lista de las creencias arrianas, que aumentó y corrijió el infatigable Tillemont (Mem. Ecles., tom. VI, p. 477).

(64) Erasmo ha bosquejado con admirable cordura y libertad el verdadero carácter de Hilario. Revisar su texto, componer los anales de su vida y justificar sus sentimientos y conducta, toca á los editores benedictinos.

(65) Absque episcopo Eleusio et paucis cum eo, ex majore parte Asianæ decem provinciæ, inter quas consisto, vere Deum nesciunt. Atque utinam penitus nescirent! cum procliviore enim venia ignorarent quam obtrectarent. Hilar. de Synodis sive de Fide Orientalium, c. 63, p. 1186, edic. Benedict. En el célebre paralelo entre el ateismo y la superstición, se hubiera sorprendido al obispo de Poitiers en la sociedad filosófica de Bayle y Plutarco.

(66) Hilarius y Constantium, l. I, c. 4, 5, p. 1227, 1228. Este pasaje digno de reparo mereció la atencion de Mr. Locke, quien lo ha trasladado (vol. III, p. 470) en el modelo de su nuevo libro de lugares comunes.

(67) En Filostorjio (l. III, c. 15), el carácter y aventuras de Ecio parecen bastante estrañas, aunque están cuidadosamente enmendadas por mano de un amigo. El editor Gofredo (p. 153), que era mas adicto á sus principios que á su autor, ha recopilado las repugnantes circunstancias que conservaron ó inventaron sus diferentes adversarios.

(68) Segun el juicio de un hombre que respetaba á estos dos sectarios, Ecio estaba dotado de mayor capacidad, y Eunomio tenia mas arte y saber. (Filostorjio, l. VIII, c. 18). La confesion y apolojía de Eunomio (Fabricio, Bibliot. Grieg., tom. VIII, p. 258-305) es uno de los pocos documentos heréticos que se han salvado.

(69) Sin embargo, segun el parecer de Escio y Bull (p. 297), hay un poder, esto es, el de la creacion, que Dios no *puede* comunicar á una criatura. Escio, que tan prolijamente espuso los límites de la Omnipotencia, era holandés de nacimiento y teólogo escolástico por profesion. Dupin, Bibliot. Ecles., tom. XVII, p. 45.

(70) Sabino (ap. Socrat., l. II, c. 39) habia copiado las actas; Atanasio é Hilario han esplicado las divisiones de este sínodo arriano; las demás circunstancias que tienen relacion con él se hallan celosamente recopiladas por Baronio y Tillemont.

(71) Fideli et pia intelligentia..... De Synod., c. 77, p. 1193. En sus breves notas apolojéticas (publicadas por los Benedictinos segun un manuscrito de Chartres) observa que empleaba esta prudente espresion, qui intelligerem et impiam, p. 1206. Véase p. 1146. Filostorjio, que veia estos objetos por diferente conducto, se inclina á olvidar la diferencia del importante diptongo. Véase sobre todo, VIII, 17, y Gofredo, p. 352.

(72) Testor Deum cœli atque terræ me cum neutrum audissem, semper tamen utrumque sensisse...... Regeneratus pridem et in episcopatu aliquantisper manens fidem Nicenam nunquam nisi exsulaturus audivi. Hilar. de Synodis, c. XCI, p. 1205. Los Benedictinos están persuadidos de que gobernó la diócesis de Poitiers muchos años antes de su destierro.

(73) Séneca (Epist. LVIII) se queja que ni aun el τὸ ὄν de los Platonistas (el *ens* de los escolásticos mas atrevidos) no podia espresarse con un nombre latino.

(74) A la preferencia que el cuarto concilio de Letran dió finalmente á una unidad *numérica* sobre una *jenérica* (Véase Petav., tom. II, l. IV, c. 13, p. 424) contribuyó la lengua latina; τρίας parece escitar la idea de sustancia, *trinitas* la de cualidades.

(75) Ingemuit totus orbis, et Arianum se esse miratus est. Hieronym. adv. Lucifer, tom. I, p. 145.

(76) La historia del concilio de Rímini está muy elegantemente referida por Sulpicio Severo (Hist. Sacra, l. II, p. 419-430, edic. Lugd. Bat. 1647), y Jerónimo, en su diálogo contra los Luciferianos. El objeto del segundo es hacer la apolojía de la conducta de los obispos latinos, que fueron engañados y se arrepintieron.

(77) Eusebio, Vid. Const., l. II, c. 64-72. Los principios de tolerancia é indiferencia relijiosa, contenidos en esta epístola, han ofendido mucho á Baronio, Tillemont, etc., quienes suponen que el emperador tenia á su lado algun mal consejero, Satanás ó Eusebio. Véanse las Observaciones de Jortin, tom. II, p. 183, (*).

(78) Eusebius in Vit Constantin., l. III, c. 13.

(79) Teodoreto ha conservado (l. I, c. 20) una epístola de Constantino al pueblo de Nicomedia, en la cual el monarca se declara el acusador público de uno de sus súbditos; nombra á Eusebio ὁ τῆς τυραννικῆς ὠμότητος

(*) Heinichen (Excursus XI), cita con aprobacion el término «palabras de oro,» que Tiegler aplica á esta moderada y tolerante carta de Constantino. ¿Cómo un clérigo inglés se atreve á manifestar su sentimiento de que «tan pronto se oscureciera el buen oro» en la iglesia cristiana?—M.

συμμύστης; y se queja de su conducta hostil durante la guerra civil.

(80) Véase en Sócrates (l. I, c. 8), ó mas bien en Teodoreto (l. I, c. 12), una carta orijinal de Eusebio de Cesarea, en la cual trata de justificarse adhiriéndose al Homoousion. El carácter de Eusebio fué siempre un problema ; pero los que han leido la segunda epístola crítica de Le Clerc (Ars Critica, tom. III, p. 30-69) deben tener un concepto muy poco favorable de la ortodoxia y sinceridad del obispo de Cesarea.

(81) Atanasio , tom. I, p. 727. Filostorjio , l. I, c. 10, y el Comentario de Gofredo, p. 41.

(82) Sócrates, l. I, c. 9. En sus circulares dirijidas á diferentes ciudades, Constantino empleaba contra los herejes las armas de la mofa y de una crítica mordaz.

(83) Sacamos la historia orijinal de Atanasio (tom. I, p. 670) , quien manifiesta alguna repugnancia en denigrar la memoria de los muertos. Podia exajerar, pero hubiera sido espuesto inventar, habiendo relaciones continuas entre Alejandría y Constantinopla. Los que admiten la narracion literal de la muerte de Ario (al que se le rompieron súbitamente los intestinos en una secreta ) deben optar entre el *veneno* y un *milagro*.

(84) El cambio en los sentimientos, ó á lo menos en la conducta de Constantino, puede hallarse en Eusebio (in Vit. Constant. , l. III , c. 23, l. IV, c. 41), Sócrates (l. I. c. 23-39), Sozomen (l. II, c. 16-34), Teodoreto (l. I, c. 14-34) , y Filostorjio (l. II, c. 1-17). Pero el primero de estos escritores estaba demasiado inmediato al teatro de accion, y los otros demasiado distantes de él. Bastante estraño es que la importante tarea de continuar la historia de la iglesia quedase al cargo de dos legos y un hereje.

(85) Quia etiam tum catechumenus sacramentum fidei merito videretur potuisse nescire. Sulp., Sever. Hist. Sacra, l. II, p. 410.

(86) Sócrates, l. II, c. 2. Sozomen, l. III, c. 18. Athanas., tom. I, p. 813, 834. Observa que los eunucos eran los enemigos naturales del *Hijo*. Compárense las observaciones sobre la Historia eclesiástica del Dr. Jortin , vol. IV, p. 3, con cierta jenealojía en *Cándido* (c. IV), que termina con uno de los primeros compañeros de Cristóval Colon.

(87) Sulpicius Severus en Hist. Sacra, l. II, p. 405, 406.

(88) Cirilo (apud Baron., A. D. 353, núm. 26) observa espresamente que, en el reinado de Constantino, se halló la cruz en las entrañas de la tierra ; pero que en el reinado de Constancio, habia aparecido en medio de los cielos. Esta oposicion prueba de un modo evidente que Cirilo ignoraba el estupendo milagro á que se atribuye la conversion de Constantino; y esta ignorancia es tanto mas sorprendente , en cuanto doce años

despues de su muerte, Cirilo fué consagrado obispo de Jerusalen por el inmediato sucesor de Eusebio de Cesarea. Véase á Tillemont, Mem. Ecles., tom. VIII, p. 715.

(89) No es fácil determinar hasta qué punto la injenuidad de Cirilo pudiera ayudarse con algunas apariencias naturales de un halo solar.

(90) Filostorjio, l. III, c. 26. Síguenle el autor de la Crónica alejandrina, Cedreno y Nicéforo (véase Gothofred. Dissert., p. 188). No pudieron recusar un milagro, ni aun de la mano de un enemigo.

(91) Este curioso pasaje merece trascribirse. Christianam religionem absolutam et simplicem, anili superstitione confundens; in qua scrutanda perplexius, quam componenda gravius excitaret discidia plurima; quæ progressa fusius aluit concertatione verborum, ut catervis antistitum jumentis publicis ultro citroque discurrentibus, per synodos (quas appellant) dum ritum omnem ad suum trahere conantur (Valesio lo lee *conatur*) rei vehiculariæ concideret nervos. Amiano, XXI, 16.

(92) Athanas., tom. I, p. 870.

(93) Sócrates, l. II, c. 35-47. Sozomen, l. IV, c. 12-30. Teodoreto, l. II, c. 18-32. Filostorj., l. IV, c. 4-12, l. V, c. 1-4, l. VI, c. 1-5.

(94) Sozomen, l. IV, c. 23. Atanas., tom. I, p. 831. Tillemont. (Mem. Ecles., tom. VII, p. 947) ha recopilado varios ejemplos del altivo fanatismo de Constancio de los tratados sueltos de Lucifer de Caller. Hasta los títulos de estos tratados inspiran celo y terror; «Moriendum pro Dei filio.» «De Regibus Apostaticis.» «De non conveniendo cum Hæretico.» «De non parcendo in Deum delinquentibus.»

(95) Sulp. Sever., Hist. Sacra, l. II, p. 418-430. Los historiadores griegos estaban muy poco enterados de los asuntos del Occidente.

(96) Podemos sentir que Gregorio Nazianzeno haya compuesto un panejírico en lugar de una vida de Atanasio, pero debiéramos alegrarnos y aprovechar la ocasion de sacar nuestros datos mas auténticos del rico fondo de sus propias epístolas y apolojías (tom. I, p. 670-951. No imitaré á Sócrates (l. II, c. 1), quien publicó la primera edicion de su historia, sin tomarse la molestia de consultar los escritos de Atanasio. Sin embargo, el mismo Sócrates, el curiosísimo Sozomen y el erudito Teodoreto enlazan la vida de Atanasio con las series de la historia eclesiástica. La actividad de Tillemont (tom. VIII) y de los editores Benedictinos ha recopilado todos los hechos y examinado todas las dificultades.

(97) Sulpicio Severo (Hist. Sacra, l, II, p. 396) le llama lejista y jurisconsulto. Este carácter no puede descubrirse en la vida ni en los escritos de Atanasio.

(98) Dicebatur enim fatidicarum sortium fidem, quæve augurales portenderent alites scientissime callens aliquoties prædixisse futura. Amia-

no, XV, 7. Sozomen cuenta (l. IV, c. 10), una profecía ó un chiste, que prueba evidentemente (si los cuervos hablan latin) que Anastasio entendia la lengua de los cuervos.

(99) La ordenacion irregular de Anastasio fué mentada muy por encima en los concilios celebrados contra él. Véase á Filostorjio, l. II, c. 11, y Gofredo, p. 71; pero apenas puede suponerse que la reunion de los obispos de Ejipto atestiguase solemnemente una falsedad *pública*. Atanas., tom. I, p. 726.

(100) Véase la historia de los Padres del desierto, publicada por Rosweide; y Tillemont, Mem. Eccles., tom. VII, en las vidas de Antonio, Pacomio, etc. El mismo Atanasio, que no tuvo á menos escribir la vida de su amigo Antonio, ha observado cuidadosamente cuantas veces el santo monje se lamentó y profetizó los males de la herejía arriana. Atanas., tom. II, p. 492, 498, etc.

(101) Al principio Constantino amenazó de *palabra*, pero pidió por *escrito*, καὶ ἀγράφως μέν ἠπεῖλει, γράφων δὲ, ἠξίου. Sus cartas fueron tomando por grados un tono amenazador; y mientras exijia que estuvieran abiertas para *todos* las puertas de la iglesia, evitaba el nombre odioso de Ario. Atanasio, como diestro político, ha hecho minuciosamente estas distinciones (tom. I. p. 788), que le daban cierto motivo para escusarse y diferir.

(102) Los Melecianos en Ejipto, como los Donatistas en Africa, deben su oríjen á una disputa episcopal provenida de la persecucion. No tengo tiempo para seguir la oscura controversia, que parece haber sido representada de un modo equivocado por la parcialidad de Atanasio y la ignorancia de Epifanio. Véase la Historia jeneral de la iglesia, por Mosheim, vol. I, p. 201.

(103) Sozomen especifica cómo fueron tratados los seis obispos (l. II, c. 25); pero el mismo Atanasio, tan verboso por lo que toca á Arsenio y el cáliz, deja esta grave acusacion sin respuesta (*).

(104) Atanas., tom. I, p. 788, Sócrates, l. I, c. 28. Sozomen, l. II, c. 25. El emperador, en su epístola de convocacion (Euseb. in Vit. Const., l. IV, c. 42), parece haber juzgado con anticipacion á algunos miembros del clero, y es mas que probable que el sínodo dirijia estas reconvenciones á Atanasio.

(*) Esta grave acusacion, si se hizo, (lo cual estriba enteramente en la autoridad de Sozomen) parece haber sido abandonada por las partes mismas, pues no se hace alusion á ella en las investigaciones posteriores. Tampoco aparece de Sozomen mismo, quien da el informe contrario de la comision de exámen enviada á Ejipto relativamente á la copa, que hiciesen caso de esta acusacion de violencia personal.—M.

(105) Véase particularmente la segunda apolojía de Atanasio (tom. I, p. 763-808), y sus Epístolas á los Monjes (p. 808-866). Están justificadas con documentos orijinales y auténticos ; pero inspirarian mas confianza, si apareciera menos inocente, y sus enemigos menos absurdos.

(106) Eusebius in Vit. Constantin., l. IV, c. 41-47.

(107) Atanas., tom. I, p. 804. En una iglesia dedicada á San Atanasio, esta situacion proporcionaria mejor asunto para un cuadro que la mayor parte de los cuentos de milagros y martirios.

(108) Atanas., tom. I, p. 729. Eunapio ha referido (in Vit. Sophist., p. 36, 37, edic. Commelin) un estraño caso de la barbarie y credulidad de Constantino en una ocasion semejante. El elocuente Sopater, filósofo sirio, gozaba de su amistad, y provocó el resentimiento de Ablavio, su prefecto pretoriano. Casualmente estuvo detenida por falta de vientos sures la escuadra portadora de granos ; manifestóse el descontento entre el pueblo de Constantinopla ; y Sopater fué decapitado, so pretexto de que habia *encadenado* los vientos por el poder de la majia. Suidas añade que Constantino deseaba probar, con esta ejecucion, que habia renunciado completamente á la supersticion de los Jentiles.

(109) A su vuelta vió dos veces á Constancio, en Viminiaco y en Cesarea de Capadocia ( Atanas., tom. I, p. 676 ). Tillemont supone que Constantino le presentó en la reunion de los tres hermanos celebrada en Panonia (Mem. Eccles., tom. VIII, p. 69).

(110) Véanse las Pandect. de Beveridge, tom. I, p. 429-452, y el tom. II. Anotac., p. 182. Tillemont, Mem. Eccles., tom. VI, p. 310—324. San Hilario de Poitiers ha hecho mencion de este sínodo de Antioquía con demasiado favor y respeto. Cuenta noventa y siete obispos.

(111) Gregorio Nazianzeno alaba á este majistrado tan odioso á Atanasio, tom. I. Orac. XXI, p. 390, 391.

Sæpe premente Deo fert Deus alter opem.

En abono de la naturaleza humana, siempre me complazco en descubrir algunas buenas prendas en esos hombres á quienes el espíritu de partido ha representado como tiranos y monstruos.

(112) Las dificultades cronolójicas que hacen confusa la residencia de Atanasio en Roma están discutidas con valentía por Valesio (Observat. ad Calcem, tom. II. Hist Ecles., l. I, c. 1-5) y Tillemont (Mem. Ecles., tom. VIII, p. 674, etc.). He seguido la sencilla hipótesis de Valesio, quien concede solamente un viaje, despues de la intrusion de Gregorio.

(113) No puedo menos de trascribir una juiciosa observacion de Wetstein (Prolegomen. N. T., p. 19). Si tamen Historiam Ecclesiasticam ve-

limus consulere, patebit jam inde à seculo quarto cum, ortis controversiis, ecclesiæ Græciæ doctores in duas partes scinderentur, ingenio, eloquentia, numero, tantum non æquales, eam partem quæ vincere cupiebat Romam confugisse, majestatemque pontificis comiter coluisse, eoque pacto oppressis per pontificem et episcopos Latinos adversariis prævaluisse atque ortodoxiam in conciliis estabilivisse. Eam ob causam Athanasius, non sine comitatu, Romam petiit, pluresque annos ibi hæsit.

(114) Filostorjio, l. III, c. 12. Si se echó mano de la corrupcion para promover el interés de la relijion, un abogado de Atanasio podria justificar ó escusar esta conducta dudosa, con el ejemplo de Caton y Sidney: de los cuales el primero *se dice* que dió y el segundo que recibió oro, en la causa de la libertad.

(115) La decision que permite apelar á los pontífices romanos ha elevado el concilio de Sárdica á la dignidad de un concilio jeneral; y sus actas han sido confundidas por ignorancia ó de intento con las del concilio de Nicea. Véase Tillemont, tom. VIII, p. 689, y los Tratados de Geddes, vol. II, p. 419-460.

(116) Como Atanasio se desahogaba en invectivas secretas contra Constancio (véase la Epístola á los Monjes, y al mismo tiempo le aseguraba de su profundo respeto, pudiéramos desconfiar de las manifestaciones del arzobispo. Tom. I, p. 677.

(117) A pesar del discreto silencio de Atanasio y de la manifiesta falsificacion de una carta que cita Sócrates, estas amenazas están probadas por la indisputable evidencia de Lucifer de Caller, y aun de Constantino mismo. Véase á Tillemont, tom. VIII, p. 693.

(118) Siempre tuve algunas dudas acerca de la retractacion de Ursacio y Valente (Atanas., tom. I, p. 776). Sus epístolas á Julio, obispo de Roma y al mismo Atanasio, son tan diferentes una de otra, que no pueden ser ambas jenuinas. En una, habla el lenguaje de un delincuente que confiesa su delito é infamia; en otra, de enemigos que solicitan bajo iguales condiciones una honrosa reconciliacion (*).

(119) Las circunstancias de su segunda vuelta se hallarán en el mismo

(*) No puedo llegar á comprender en que se fundan las dudas de Gibbon. Atanasio asegura claramente el hecho de su retractacion. (Atanas. Op. I, p. 124, edic. Benedict.). Las epístolas son traducciones del latin, y verdaderamente no mas que la sustancia de las epístolas. La que está escrita á Atanasio es breve y casi bronca. Tambien se hace mencion de su retractacion en la carta que dirijieron á Constancio los obispos ortodojos de Rímini. Athan. de Synodis. Op. tom, I, p. 723.—M.

Atanasio, tom. I, p. 769 y 822, 843. Sócrates, l. II, c. 18. Sozomen, l. III, c. 19. Teodoreto, l. II, c. 11, 12. Filostorjio, l. III, c. 12.

(120) Atanasio (tom. I, p. 677, 678) defiende su inocencia con patéticas quejas, asertos solemnes y argumentos especiosos. Admite que se falsificaron cartas en nombre suyo, y pide que sean examinados sus secretarios y los del tirano para que se sepa si aquellos las escribieron y estos las recibieron.

(121) Atanas., tom. I, p. 825-844.

(122) Atanas., tom. I, p. 861. Teodoreto, l. II, c. 16. El emperador declaró que tenia mas empeño en someter á Atanasio del que habia tenido en vencer á Magnencio ó á Silvano.

(123) Los escritores griegos refieren de un modo tan erróneo los asuntos del concilio de Milan, que debemos alegrarnos de poseer algunas cartas de Eusebio, que Baronio sacó de los archivos de la iglesia de Verella y de una vida de Dionisio de Milan publicada por Bolando. Véase Baronio, A. D. 355, y Tillemont, tom. VII, p. 1415.

(124) Los honores, regalos y banquetes, que sedujeron á tantos obispos, están mentados con indignacion por los que eran demasiado puros ó altivos para aceptarlos. Peleamos (dice Hilario de Poitiers) contra Constancio, el antecristo, que hiere el vientre en lugar de azotar la espalda; «qui non dorsa cædit; sed ventrem palpat.» Hilario contra Constanc., c. 5, p. 1240.

(125) Algo de esta oposicion menta Amiano (XV, 7), quien tenia un conocimiento muy superficial de la historia eclesiástica. Liberius... perseveranter renitebatur, nec visum hominem, nec auditum damnare, nefas utimum sæpe exclamans; aperte scilicet recalcitrans Imperatoris arbitrio. Id enim ille Athanasio semper infestus, etc.

(126) Mas propiamente por la parte ortodoja del concilio de Sárdica. Si los obispos de ambas partes hubieran votado como debian, la division hubiera sido 94 á 76. M. de Tillemont (véase tom. VIII, p. 1147-1158) se sorprende y con razon de que tan corta mayoría procediera tan enérjicamente contra sus adversarios, deponiendo inmediatamente á los principales de ellos.

(127) Sulp. Severius in Hist. Sacra, l. II, p. 412.

(128) El destierro de Liberio se halla mentado en Amiano, XV, 7. Véase á Teodoreto, l. II, c. 16. Atanas., tom. I, p. 834-837. Hilar. Fragment. I.

(129) La vida de Osio ha sido recopilada por Tillemont (tom. VII, p. 524-561), quien admira primero en los términos mas estravagantes, y luego reprueba, al obispo de Córdoba. En medio de sus lamentaciones sobre su caida, distínguese la prudencia de Atanasio del ciego y desenfrenado celo de Hilario.

(130) Los confesores del Occidente fueron desterrados sucesivamente á los desiertos de Arabia ó Tebaida, á los solitarios riscos del monte Tauro, y á los lugares mas agrestes de Frijia, que estaban en poder de los impíos Montanistas, etc. Cuando el hereje Ecio estuvo sobrado bien tratado en Mopsuestia en Cilicia, el lugar de su destierro se conmutó, por consejo de Acacio á Amblada, distrito habitado por salvajes é infestado con la guerra y la peste. Filostorjio, l. V, c. 2.

(131) Véase el trato cruel y la estraña obstinacion de Eusebio, en sus mismas cartas, publicadas por Baronio, A. D. 356, nº. 92-102.

(132) Cæterum exules satis constat, totius orbis studiis celebratos, pecuniasque eis en sumptum affatim congestas, legationibus quoque eos plebis Catholicæ ex omnibus fere provinciis frequentatos. Sulp. Sever., Hist. Sacra, p. 414. Atanas., tom. I, p. 836-840.

(133) En sus mismas obras pueden hallarse abundantes datos acerca de la historia de esta tercera persecucion de Atanasio. Véanse particularmente su muy hábil Apolojía á Constancio (tom. I, p. 673), su primera Apolojía de su fuga (p. 701), su prolija epístola á los Solitarios (p. 808), y la protesta orijinal del pueblo de Alejandría contra las violencias cometidas por Siriano (p. 866). Sozomen (l. IV, c. 9) ha sembrado en la narracion dos ó tres circunstancias luminosas é importantes.

(134) Poco antes Atanasio habia enviado á buscar á Antonio y algunos de sus mas distinguidos monjes. Bajaron de su monte, anunciaron á los Alejandrinos la santidad de Atanasio y fueron honoríficamente acompañados por el arzobispo hasta las puertas de la ciudad. Atanas., tom. II, p. 491, 492. Véase tambien á Rufino, III, 164, in Vit. Patr., p. 524.

(135) Atanas., tom. I, p. 694. El emperador ó sus secretarios arrianos, al paso que espresan su resentimiento, descubren sus temores y el aprecio que tienen á Atanasio.

(136) Estas minuciosas circunstancias son curiosas, porque están literalmente trascritas de la protesta que presentaron públicamente tres dias despues los Católicos de Alejandría. Véase Atanas., tom. I, p. 867.

(137) Los Jansenistas han comparado á menudo á Atanasio con Arnauld, y se han estendido gustosos sobre la fe y celo, el mérito y destierro de estos célebres doctores. Este paralelo encubierto está diestramente trazado por el abate de la Bleterie, Vida de Joviano, tom. I, p. 130.

*(b)* Estos príncipes se llamaban Aeizanas y Saiazanas. Atanasio los llama reyes de Axan (οἱ ἐν Αὐξούμει Τύραννοι). En el sobrescrito de su carta, Constancio no les da ningun título, Νικήτης Κονστάντιος, μέγιστος, σέβαστος, Αἰζανᾷ καὶ Σαζανᾷ. M. Salt, en su primer viaje á Etiopia (en 1806), descubrió, en las ruinas de Axum, una larga é interesantísima inscripcion re-

lativa á estos príncipes. Fué levantada en conmemoracion de la victoria que Aeizanas alcanzó sobre los Bugaitas (Saint Martin los cree los Blemmyas, cuyo verdadero nombre es Bedjá ó Bodjá). Aeizanas se titula rey de los Axumitas, Homeritas, de Raeidan, de los Etíopes y Sabaritas, de Silea y Tiamo, de los Bugaitas y del Kaei. Al parecer, en aquel tiempo el rey de los Etíopes dominaba sobre los Homeritas, habitantes del Yemen. Aun no era cristiano, pues se llama hijo del invencible Marte, υἱὸς θεοῦ ἀνικήτου Ἄρεως. Además de Saiazanas, se hace mencion de otro hermano llamado Adefas, aunque parece que Aeizanas fué el único rey. Véase á Saint Martin, nota sobre Le Beau, II, 151. Viajes de Salt. Silv. de Sacy, nota en los Anales de los viajes, XII, p. 53.—M.

(138) Hinc jam toto orbe profugus Atanasius, nec ullus ei tutus ad latendum super erat locus. Tribuni, Prefecti, Comites, exercitus quoque, ad pervestigandum eum moventur edictis Imperialibus; præmia delatoribus proponuntur, si quis eum vivum, si id minus, caput certe Athanasii detulisset. Rufin., l. I, c. 16.

139) Gregor. Nazianzen., tom. I, Orat. XXI, p. 384, 385. Véase Tillemont, Mem. Ecles., tom. VII, p. 176-410, 820-880.

(140) Et nulla tormentorum vis invenire adhuc potuit; quæ obdurato illius tractus latroni invito elicere potuit; ut nomem propium dicat. Ammian. XXII, 16, y Valesius ad locum.

(141) Rufin., l. I, c. 18. Sozomen, l. IV, c. 10. Esta anécdota y la siguiente parecerán imposibles, suponiendo que Atanasio habitó siempre en el asilo que casualmente habia ocupado.

(142) Palladio (Hist. Lausiac., c. 136, in Vit. Patrum, p. 776), autor orijinal de esta anécdota, habia conversado con la jóven, quien en su vejez aun se acordaba con placer de tan piadosa y honrosa relacion. No puedo admitir la delicadeza de Baronio, Valesio, Tillemont, etc., quienes casi desechan un cuento, tan indigno, en su concepto, de la gravedad de la historia eclesiástica.

(143) Atanas., tom. I, p. 869. Convengo con Tillemont (tom. VIII, p. 1197), en que sus espresiones indican una visita personal, aunque acaso secreta, á los sínodos.

(144) La Epístola de Atanasio á los Monjes está llena de reconvenciones, que el público debe creer ciertas (vol. I, p. 834, 856); y en atencion á sus lectores, ha introducido en ella las comparaciones de Faraon, Ahab, Belshazar, etc. Menos peligro corrió Hilario por su osadía, si publicó su invectiva en la Galia despues del alzamiento de Juliano; pero Lucifer envió sus libelos á Constancio y casi pretendió la palma del martirio. Véase á Tillemont, tom. VII, p. 905.

(145) Atanasio (tom. I, p. 811) se queja jeneralmente de este uso, que

despues comprueba (p. 861), poniendo por ejemplo la supuesta eleccion de Felix. Tres eunucos representaron al pueblo romano, y tres prelados, que siguieron la corte, reasumieron las funciones de los obispos de las provincias Suburbicarianas.

(146) Tomassin (Disciplina de la Iglesia, tom. I, l. II, c. 72, 73, p. 966-984) ha recopilado muchos hechos curiosos relativamente al oríjen y progreso del canto llano, así en el Oriente como en el Occidente (*).

(147) Filostorjio, l. III, c. 13. Gofredo ha examinado este asunto con singular penetracion (p. 147, etc.). Habia tres fórmulas heterodojas: «Al padre *por* el hijo, *y* en el Espíritu Santo,» «Al Padre *y* al Hijo *en* el Espíritu Santo,» y «Al Padre *en* el Hijo *y* el Espíritu Santo.»

(148) Despues del destierro de Eustaquio, en el reinado de Constantino, el partido ríjido de los ortodojos formó una separacion que posteriormente dejeneró en un cisma, y duró unos ochenta años. Véase á Tillemont, Mem. Eccles., tom. VII, p. 35-54, 1137-1158, tom. VIII, p. 537-632, 1314-1332. En muchas iglesias, los Arrianos y Homoousianos, que habian renunciado á la *comunion* unos de otros, continuaron por algun tiempo rezando juntos. Filostorjio, l. III, c. 14.

(149) Acerca de esta revolucion eclesiástica de Roma, véase á Amiano, XV, 7. Atanas., tom. I, p. 834, 861. Sozomen, l. IV, c. 15. Teodoreto, l. II, c. 17. Sulp. Sever., Hist. Sacra, l. II, p. 413. Hieronym. Chron. Marcellin. et Faustin. Libell., p. 3, 4. Tillemont, Mem. Ecles., tom. VI, p. 336.

(150) Cucuso fué el último teatro de su vida y sufrimientos. La situacion de esta ciudad aislada en los confines de Capadocia, Cilicia y Armenia Menor, ha ocasionado algunas dudas jeográficas; pero nos lleva al verdadero sitio el camino romano de Cesarea á Anazarbo. Véase Cellario, Geograf., tom. II, p. 213. Wesseling ad Itinerar., p. 179, 703.

(151) Atanasio (tom. I, p. 703, 813, 814) asegura en los términos mas positivos que Pablo fué asesinado; y apela, no solo á la voz pública, sino tambien al testimonio no sospechoso de Filagrio, uno de los perseguidores arrianos. Sin embargo, reconoce que los herejes atribuyeron á una enfermedad la muerte del obispo de Constantinopla. Sócrates (l. II,

(*) Al parecer, Ario fué el primero que se valió de este medio de imprimir sus doctrinas en el oido del pueblo: compuso canciones para marineros, molineros y viajantes, y las arregló á tonatas conocidas; familiarizando así á los ignorantes con sus doctrinas impías por medio de la dulzura de su música. Filostorjio, II, 2. Los cantores arrianos acostumbraban rondar de noche por las calles de Constantinopla, hasta que Crisóstomo arregló contra ellos una banda de coros ortodojos. Sozomen, VIII, 8.—M.

c. 26) copia servilmente á Atanasio; pero Sozomen, que manifiesta un carácter mas independiente, trata de insinuar una prudente duda (l. IV, c. 2).

(152) Amiano (XIV, 10) se refiere á su propia relacion de este trájico suceso. Pero ya no poseemos aquella parte de su historia (*).

(153) Véase á Sócrates, l. II, c. 6, 7, 12, 13, 15, 16, 26, 27, 38; y á Sozomen, l. III, 3, 4, 7, 9, l. IV, c. II, 21. Las actas de San Paulo de Constantinopla, de las que Focio hizo un estracto (Foc. Bibliot., p. 1419-1430), son una muy mediana copia de estos historiadores; pero alguna recomendacion merece un griego moderno que escribia la vida de un santo sin añadir fábulas ni milagros.

(154) Sócrates, l. II, c. 27, 38. Sozomen, l. IV, c. 21. Los principales auxiliares de Macedonio, en la obra de la persecucion, fueron los dos obispos de Nicomedia y Cízico, muy estimados por sus virtudes, y particularmente por su caridad. No puedo menos de recordar al lector que es casi invisible á la vista mas penetrante del teólogo la diferencia entre el *Homoousion* y *Homoiousion*.

(155) Ignoramos la exacta situacion de Mantinia. Al hablar de estas *cuatro* cuadrillas de lejionarios, Sócrates, Sozomen, y el autor de las Actas de San Pablo emplean los términos indefinidos de ἀρίθμοι, φάλαγγες, τάλματα, que Nicéforo traduce muy acertadamente por *miles*. Vales. ad Socrat., l. II, c. 38.

(156) Julian., Epistol., l. II, p. 436, edic. Spanheim.

(157) Véase á Optato Milevitano (particularmente III, 4), con la historia donatista, por M. Dupin, y los documentos orijinales al fin de su edicion. Las numerosas circunstancias que Agustin ha mentado del furor de los Circumceliones contra otros y contra sí mismos han sido laboriosamente recopiladas por Tillemont, Mem. Ecles., tom. VI, p. 147-165; y ha espuesto á menudo, aunque sin objeto, las injurias que habian provocado á aquellos fanáticos.

(158) Gracioso es observar el lenguaje de partidos opuestos, cuando hablan de los mismos hombres y cosas. Grato, obispo de Cartago, empieza las aclamaciones de un sínodo ortodojo: «Gratias Deo omnipotenti et Christo Jesu... qui imperavit religiosissimo Constanti Imperatori, ut votum gereret unitatis, et mitteret ministros sancti operis *famulos Dei* Paulum et Macarium.» Monument. Vet. ad Calcem Optati, p. 313. «Ecce subito,» (dice el autor Donatista de la Pasion de Márculo) «de Constantis regis tyrannica domo... pollutum Macarianæ persecutionis murmur

(*) El asesinato de Hermójenes sucedió en la primera espulsion de Paulo de la sede de Constantinopla.—M.

increpuit, et *duabus bestiis* ad Africam missis, eodem scilicet Macario et Paulo, execrandam prorsus acdirum ecclesiæ certamen indictum est; ut populus Christianus ad unionem cum traditoribus faciendam, nudatis militum gladiis et draconum præsentibus signis et tubarum vocibus cogeretur.» Monument., p. 304.

(159) La Historia de los Camisardos, en 3 vol. 12.°, Villafranca, 1760, puede recomendarse como exacta é imparcial. Mucho se ha de fijar la atencion para descubrir la relijion del autor.

(160) Los suicidas donatistas alegaban para justificarse el ejemplo de Razias, que está referido en el capítulo 14 del libro segundo de los Macabeos.

(161) Nullus infestas hominibus bestias, ut sunt sibi ferales plerique Christianorum, expertus. Ammian. XXII, 5.

(162) Gregor. Nazienzen., Orat. I, p. 33. Véase Tillemont, tom. VI p. 501, edic. en 4.°

(163) Historia Política y Filosófica de los establecimientos de los Europeos en ambas Indias, tom. I, p. 9.

(164) Segun Eusebio (in Vit. Constantin., l. II, c. 45), el emperador prohibió en las ciudades y en el campo, τὰ μυσαρὰ..... τῆς Εἰδωλολατρείας, los actos ó papeles detestables de la idolatría. Sócrates (l. I, c. 17) y Sozomen (l. II, c. 4, 5) han representado la conducta de Constantino con el debido miramiento á la verdad y á la historia; lo cual no hicieron Teodoreto (l. V, c. 21), ni Orosio (VII, 28). Tum deinde (dice el segundo) primus Constantinus *justo* ordine et *pio* vicem vertit edicto; siquidem statuit citra ullam hominum cædem, paganorum templa claudi.

(165) Véase á Euseb. in Vit. Constantin., l. II, c. 56, 60. En el sermon á la reunion de los santos, que pronunció el emperador cuando era maduro en años y piedad, declara á los idólatras (c. XII) que se les permite ofrecer sacrificios y ejercer su culto relijioso en todas sus partes.

(166) Véase á Eusebio, in Vit. Constantin., l. III, c. 54-58, y l. IV, c. 23, 25. Estos actos de autoridad pueden compararse con la supresion de las Bacanales y la demolicion del templo de Isis por los majistrados de Roma pagana.

(167) Eusebio (in Vit. Const., l. III, c. 54), y Libanio (Orat. pro Templis, p. 9, 10, edic. Gothofred.) hacen mencion del piadoso sacrilejio de Constantino, que consideraban bajo diferentes puntos de vista. El segundo declara espresamente que «hizo uso del dinero sagrado, pero que no alteró el culto legal; verdad es que los templos se empobrecieron, aunque continuaron celebrándose en ellos los ritos sagrados.» Testimonios judaicos y paganos de Lardner, tom. IV, p. 140.

(168) Amiano habla de algunos eunucos de la corte que eran spoliis

templorum pasti. Dice Libanio (Orat. pro Templ., p. 23) que el emperador cedió muchas veces un templo, como si fuera un perro, un caballo, un esclavo ó una copa de oro; pero el devoto filósofo cuidadosamente observa que estos favoritos sacrílegos rara vez prosperaron.

(169) Véase á Gofredo, Cod. Theodos., tom. VI, p. 262. Liban. Orat. Parental., c. X, in Fabric. Bibl. Græc., tom. VII, p. 235.

(170) Placuit omnibus locis atque urbibus universis claudi protinus templa, et accessu vetitis omnibus licentiam delinquendi perditis abnegari. Volumus etiam cunctos á sacrificiis abstinere. Quod siquis aliquid forte hujusmodi perpetravit, gladio, sternatur: facultates etiam perempti fisco decernimus vindicari: et similiter adfligi rectores provinciarum si facinora vindicare neglexerint. Cod. Theodos., l. XVI, tit. X, leg. 4. La cronolojía ha descubierto alguna contradiccion en la fecha de esta ley estravagante, quizá la única, por la cual se castiga con muerte ó confiscacion el descuido de los majistrados. M. de la Bastie (Mem. de la Acad., tom. XV, p. 98) es de parecer, con algun fundamento, que esta no era mas que la minuta de una ley, el encabezamiento de un proyecto, que se halló en Scriniis Memoriæ, entre los papeles de Constancio, y se insertó despues como un buen modelo en el Código Teodosiano.

(171) Symmach. Epistol., X, 54.

(172) La cuarta disertacion de M. de la Bastie sobre el Pontificado soberano de los emperadores romanos (en las Mem. de la Acad., tom XV, p. 75-144) es una obra erudita y sensata, que esplica el estado y prueba la tolerancia del Paganismo, desde Constantino hasta Graciano. Está confirmado fuera de duda el aserto de Zósimo, de que Graciano fué el primero que rehusó la túnica pontifical, y casi están acalladas las quejas de los hipócritas sobre este punto.

(173) Como anticipé libremente el uso de los términos *paganos* y paganismo, ahora indicaré las estrañas revoluciones de estas célebres palabras. 1. Πάγη, en el dialecto dórico, tan familiar á los Italianos, significa una fuente; y los campestres moradores que acudian á ella, recibieron la apelacion comun de *pagus* y *pagans* (Festus sub voce, y Servius ad Virgil. Georgic., II, 382). 2. Por una fácil estension de la palabra, *pagano* y rural llegaron á ser casi sinónimos (Plin. Hist. Natur., XXVIII, 5); y los campesinos adquirieron este nombre, que se ha corrompido en las lenguas modernas de Europa en el de *paisanos*. 3. El sorprendente aumento de la clase militar introdujo la necesidad de un término correlativo (Ensayos de Hume, vol. I, p. 555); y todos los que no estaban alistados al servicio del príncipe recibieron el despreciable epiteto de paganos (Tacit. Hist., III, 24, 43, 77. Juvenal, Satir., 16. Tertuliano, de Pallio, c. 4) 4. Los Cristianos eran los soldados de Cristo, sus adversa-

rios que rehusaban su *sacramento*, ó el juramento militar del bautismo, podian merecer el nombre metafórico de paganos; y esta tacha popular fué introducida en las leyes imperiales (Cod. Theodos., l. XVI, tit. II, leg. 18) en el reinado de Valentiniano (A. D. 365) y en los escritos teolójicos. 5. El Cristianismo ocupó las ciudades del imperio: la relijion antigua, en tiempo de Prudencio (advers. Symmachum, l. I, ad fin.) y Orosio (in Præfat. Hist.), se retiró y fué decayendo en oscuras aldeas; y la palabra *pagans*, con su nueva significacion, volvió á su oríjen primitivo. 6. Desde que espiró el culto de Júpiter y de su familia, el título sin aplicacion de paganos ha sido dado á todos los idólatras y politeistas del antiguo y del nuevo mundo. 7. Los Cristianos latinos la aplicaban, sin escrúpulo, á sus mortales enemigos los Mahometanos; y los mas puros *Unitarios* fueron mancillados con la injusta tacha de idolatría y paganismo. Véase á Jerardo Vessio, Etimologicon Linguæ Latinæ, en sus obras tom. I, p. 420. Comentario de Gofredo sobre el Código Teodosiano, tom. VI, p. 250, y Ducange, mediæ et infimæ Latinitat. Glossar.

(174) En el lenguaje puro de Jonia y Aténas, Εἴδωλον y Λατρεία eran palabras antiguas y familiares. La primera espresaba una semejanza, una aparicion (Homer. Ulis., XI, 601), una representacion, *una imájen*, creada por la imajinacion ó el arte. La segunda denotaba cualquiera especie de *servicio* ó esclavitud. Los Judíos de Ejipto que tradujeron las Escrituras hebraicas limitaron el uso de estas palabras (Exod. XX, 4, 5) al culto relijioso de una imájen. El idioma peculiar de los Helenistas ó Judíos griegos ha sido adoptado por los escritores sagrados y eclesiásticos, y la tacha de *idolatría* (Εἰδωλολατρεία), ha señalado el modo visible y abyecto de supersticion que algunas sectas del Cristianismo no debieran imputar precipitadamente á los politeistas de Grecia y Roma.

---

# CAPITULO XXII.

*Declaran las lejiones de la Galia emperador á Juliano.—Su marcha y éxito.—Muerte de Constancio.—Administracion civil de Juliano.*

Desfallecian los Romanos bajo la tiranía afrentosa de obispos y eunucos, mientras las alabanzas de Juliano iban resonando por todos los ámbitos del imperio con embeleso, escepto en el alcázar de Constancio. Habian los bárbaros de Jermania esperimentado y estaban todavía temiendo las armas del jóven César; vitoreábanle sus compañeros; y el paisanaje

enloquecia con las dichas de su reinado; mas los privados enemigos de su ensalzamiento, malheridos con sus altas prendas, fundadamente conceptuaban al amigo del pueblo como enemigo de la corte. Mientras anduvo dudosa la nombradía de Juliano, los juglares palaciegos, con su maestría en el lenguaje satírico, acudieron á sus arterías, sumamente certeras en otras ocasiones. Echaron de ver que su sencillez adolecia de afectacion, y así, para ridiculizar su traje y su persona de guerrero afilosofado, le apodaron de montaraz melenudo y de mono revestido con la púrpura; y tildaban la sencillez de sus oficios como ficciones muy estudiadas de un Griego locuaz y de un soldado teórico que se habia dedicado al arte de la guerra en las alamedas de la Acádemia (1). Acallaron los sonoros vítores los despropósitos de la locura maliciosa; no cabia el retratar como objeto de menosprecio al vencedor de los Francos y Alemanes, y hasta el monarca mismo venia á codiciar torpemente los timbres debidos á los afanes de su lugarteniente. En las cartas ceñidas de laurel que, segun costumbre antigua, se enviaban á las provincias, omitióse el nombre de Juliano. «Habia Constancio tomado personalmente sus disposiciones, y habia sobresalido en valor por las primeras filas; *su* desempeño militar habia afianzado la victoria, y en el mismo campo de batalla *le* habian presentado al rey cautivo de los bárbaros, » del cual se hallaba á la sazon á mas de cuarenta jornadas de distancia (2). Patraña tan descabellada no alcanzó sin embargo á engañar la credulidad pública, ni á satisfacer la vanagloria del mismo emperador. Sabedor en secreto de que el aplauso y la privanza de los Romanos se encaminaban enteramente á Juliano, daba oido á la ponzoña de los artificiosos sicofantes que cohonestaban sus malvados intentos con vistosas apariencias de verdad y candor (3). En vez de disminuir el mérito de Juliano, reconocian y aun abultaban su nombradía popular, su desempeño sobresaliente, y sus servicios importantes; mas iban insinuando enmarañadamente que tan esclarecidas escelencias pudieran luego parar en aciagas demasías, si la muchedumbre veleidosa antepusiese su propia inclinacion á sus obligaciones; ó si, como jeneral de una hueste triunfadora, contase con su rendimiento para orillar todo vasallaje. Las zozobras personales de Constancio eran interpretadas por sus palaciegos como afan laudable por el bien público; al paso que reservadamente, y quizás dentro de su pecho, disfrazaba con el dictado menos odioso de miedo la envidia y encono que profesaba secretamente á las prendas inmutables de Juliano.

El sosiego aparente de la Galia y el peligro inminente de las provincias orientales ofrecian un pretesto muy espacioso para el intento mañosamente ideado por los ministros imperiales. Acordaron desarmar al César; arrebatarle aquella tropa leal que custodiaba su persona, y valerse, para la guerra lejana contra el monarca persa, de aquellos veteranos

encallecidos, y vencedores, en las orillas del Rin, de las naciones mas bravías de Jermania (A. 360, abril). Mientras Juliano se estaba afanando en el invernadero de Paris por el desempeño de su mando, que en sus manos venia á ser el ejercicio de la virtud, quedó atónito con la llegada de un tribuno y un notario, portadores, de parte del emperador, de órdenes positivas, que *tenian* encargo de ejecutar, y las que se le mandaba cumplir. Espresaba Constancio su voluntad de que cuatro lejiones enteras de Celtas, Petulantes, Hérulos y Bátavos se desviasen del estandarte de Juliano, á cuyas órdenes se habian granjeado su nombradía y disciplina, que se entresacasen de cada uno de los demás cuerpos trescientos mozos sobresalientes, y que esta crecida division, el nervio del ejército galo, emprendiese sobre la marcha el viaje, echando el resto de su dilijencia para llegar antes de abrirse la campaña á la raya de Persia (4). Previó el César y lloró las resultas de la infausta órden, pues los mas de los auxiliares, siendo voluntarios, habian pactado que nunca se les precisase á tramontar los Alpes; y la fé pública de Roma, como tambien el pundonor de Juliano, estaban comprometidos en el cumplimiento de esta condicion. Semejante bastardía, como alevosa y violenta, daba al través con toda la confianza, y acarreaba el encono de los guerreros independientes de Jermania, que conceptuaban la verdad como su virtud suma, y la libertad como el mas apreciable de todos sus bienes. Alistábanse los lejionarios con el goce del título y privilejios de Romanos para la defensa jeneral del imperio; mas aquella tropa mercenaria oia con despego los nombres ya anticuados de república y de Roma. Afectos por nacimiento y costumbre dilatada al clima y hábitos de la Galia, estaban prendados de Juliano; menospreciaban, si no aborrecian, al emperador, y temian la marcha trabajosa, las saetas persas, y los abrasados desiertos del Asia. Demandaban como suyo el pais que habian rescatado, y disculpaban su menguado denuedo, alegando su obligacion fundamental y sagrada de amparar á sus familias y amigos. Dimanaba la zozobra de los Galos del conocimiento de un riesgo inminente é inevitable; pues en careciendo las provincias de su resguardo militar, los Jermanos iban á quebrantar el tratado que les impuso el miedo; y á pesar del valor y desempeño de Juliano, el caudillo de un ejército en el nombre, á quien se achacarian las calamidades públicas, quedaria, tras una resistencia infructuosa, ó prisionero en el campamento bárbaro, ú bien reo en el alcázar de Constancio. Obedeciendo Juliano la órden recibida, firmaba su propio esterminio y el de un pueblo que merecia su aprecio; pero una negativa terminante era desde luego una rebeldía y una declaracion de guerra. Los zelos indómitos del emperador, y el destemple de sus mandatos ejecutivos y tal vez alevosos, no dejaban cabida á descargos decorosos é interpretaciones injenuas; y la clase subalterna del Cé-

sar apenas le permitia tregua ni deliberacion. Caviloso y aislado, pues carecia de los consejos sinceros de Salustio, removido de su cargo por la maldad perspicaz de los eunucos, ni podia corroborar sus representaciones con el arrimo de los ministros que deberian estremecerse y avergonzarse de aprobar la ruina de la Galia. Escojióse el punto en que Lupicino (5), jeneral de la caballería, habia pasado á Bretaña para rechazar las correrías de Escotos y Pictos, y Florencio se hallaba en Viena para el arreglo del tributo. Este último, astuto y estragado estadista, desentendiéndose de todo compromiso en aquel lance, desoyó las instancias de Juliano, quien le manifestaba que, en todo negocio de entidad, era indispensable la presencia del prefecto en el consejo del príncipe. Acosaban entretanto al César las importunaciones solícitas y violentas de los mensajeros imperiales, quienes se propasaron á apuntarle que si estaba esperando el regreso de sus ministros, recaeria sobre su persona todo el cargo de la demora, vinculándose en ellos el mérito de la ejecucion. Sin medios para resistir, y sin voluntad para condescender, manifestó Juliano formalmente su anhelo, y aun su ánimo de desprenderse de la púrpura que ya no podia conservar con honor, ni mucho menos renunciar á su salvo.

Tras mil amargas vacilaciones, tuvo Juliano que reconocer cuán virtuosa era la obediencia en el súbdito mas encumbrado, y que solo al soberano le cabia juzgar acerca del bienestar jeneral. Espide órdenes para la ejecucion del mandato de Constancio; fué ya marchando parte de la tropa hácia los Alpes, y los destacamentos de diferentes guarniciones se movieron para los puntos respectivos de su reunion. Trabajoso era su tránsito, rompiendo el tropel de todo el despavorido paisanaje, que imploraba su compasion, ya con muda desesperacion, ya con lamentables gritos, cuando las mujeres de los soldados, con sus niños en brazos, acusaron la desercion de sus maridos con esclamaciones de quebranto, de ternura y de ira. El desconsuelo jeneral lastimó la humanidad del César; concedió un número suficiente de carruajes de posta para el trasporte de las mujeres y niños de los soldados (6), procuró aliviar los quebrantos que le precisaban á causar, y fomentó con arbitrios decorosos su popularidad, y el descontento de la tropa desterrada. El pesar de toda muchedumbre armada suele tener por paradero el enfurecimiento; su murmullo desmandado, que se iba comunicando por puntos de tienda en tienda con mas denuedo y mayores demostraciones, iba disponiendo los ánimos para la sedicion mas declarada; y con tolerancia de los tribunos, se fué repartiendo secreta y oportunamente un libelo en el que se retrataban al vivo el desaire del César, la opresion del ejército galo y los vicios afeminados del tirano de Asia. Sumo fué el susto de los sirvientes de Constancio al presenciar aquel desbocado torrente; y estrechando al César para

atropellar la marcha, desecharon neciamente la advertencia decorosa y cuerda de Juliano para que no pasasen por Paris, manifestándoles la peligrosa tentacion de aquella postrera despedida.

Al asomar la tropa, sale el César á su encuentro, sube al tablado, puesto en un llano junto á las puertas de la ciudad, y despues de señalar á los oficiales y soldados que por su graduacion y méritos eran acreedores á su atencion especial, encárase Juliano en términos estudiados con la muchedumbre arremolinada. Celebra sus hazañas con sinceras demostraciones; les estimula para aceptar el honor de servir á la vista de un monarca tan liberal como poderoso, y les hace cargo de que el mandato de Augusto requeria obediencia gozosa y pronta. Temerosa la tropa de agraviar á su jeneral con indecorosa gritería, ó de desmentir aclamaciones aparentes y venales, enmudece, y tras un breve rato se retira á sus cuarteles. Convida el César á los jefes, protestándoles acalorada y amistosamente lo imposibilitado, aunque deseoso que se halla de premiar segun sus méritos á los valerosos compañeros de sus victorias. Retíranse del convite en medio del quebranto y la incertidumbre, y lamentándose con amargura de la infausta suerte que los arranca á su amado jeneral y á su dulce patria. Se ventila y se aprueba osadamente el único arbitrio para zanjar aquel trance; el despecho popular se enfrena, labra y dispone al par una conspiracion combinada; acalora el ímpetu las fundadas razones de su queja, y foguea el vino sus impulsos, pues en vísperas de la partida se franqueaba aquel festivo ensanche á la tropa. La arrebatada muchedumbre se arroja á deshora con espadas, jarros y antorchas en la mano por los arrabales; cerca el palacio (7), y hollando todo riesgo venidero, pronuncia las palabras terminantes é irrevocables de *Juliano Augusto*. El príncipe, cuya ansiosa angustia interrumpen los descompasados gritos, afianza las puertas contra su asalto, y en cuanto está en su mano, desvía su persona y su decoro de los lances de un alboroto nocturno. Al amanecer, airada la soldadesca con aquella oposicion, se interna á viva fuerza en el palacio, afianza con reverente violencia el objeto de su eleccion, va guardando á Juliano con las espadas desenvainadas por las calles de Paris, lo coloca sobre un tablado, y con redoblados clamores le saluda como á su emperador. La cordura y la lealtad le ponian por delante el decoro de oponerse á sus intentos indebidos; y de preparar á su virtud oprimida la disculpa de aquella tropelía. Encarándose alternativamente con la muchedumbre y los individuos, ya imploraba su compasion, ya prorumpia en raptos de cólera, amonestándoles para que no mancillasen la nombradía de sus victorias inmortales: y aun se arrojó á prometer que si volviesen inmediatamente en sí tratando de subordinarse, tomaba á su cargo el alcanzar del emperador un indulto graciable y absoluto, si no la revocacion de aquellas

órdenes causadoras del trastorno y del encono. Mas la soldadesca, muy enterada de la trascendencia de su demasía, se acojió á la gratitud de Juliano mas bien que á la clemencia del emperador. Su afan vino á parar en impaciencia y luego en enfurecimiento. Contrastó inflexiblemente el César hasta las nueve del dia sus instancias, sus reconvenciones y sus amenazas, y no se doblegó hasta quedar repetidamente desengañado de que no le quedaba arbitrio ya entre el cetro ú la muerte. Exaltáronlo, á presencia de la tropa que lo estuvo vitoreando en coro, sobre un escudo, haciendo veces de diadema (8) un collar riquísimo de la milicia, que se proporcionó casualmente. Terminóse la ceremonia con la oferta de un donativo moderado (9); y el nuevo emperador, traspasado de quebranto efectivo ú supuesto, se arrinconó en el aposento mas retirado de su morada (10).

Cabe que la pesadumbre de Juliano estribase en su inocencia; mas esta resultará en estremo dudosa (11) para cuantos están enterados de los motivos y protestas sospechosas de los príncipes. Batallaban en su ánimo esperanzas y zozobras, impulsos de agradecimiento y de venganza, de obediencia y de ambicion, de afan de nombradía y de temor de vituperio. Mas no cabe ahora el computar la porcion respectiva y el empuje de cada uno de estos motivos, ni despejar las causas mal separadas, mientras guiaban ó mas bien arrebataban al paciente. Procedia el descontento de la tropa de la maldad de sus enemigos; su sedicion era efecto natural de su interés y de su enojo; y si Juliano encubria su intento á la sombra del acaso, tenia que valerse de arterías sin precision y quizás sin fruto. Declara solemnemente á la faz de Júpiter, del Sol, de Marte, de Minerva, y de todas las demás divinidades que, hasta despues de anochecido el dia anterior á su ensalzamiento, ignoraba absolutamente los intentos de la tropa (12); y parece indecoroso el desconfiar del pundonor de un héroe y de la veracidad de un filósofo. Pero la confianza supersticiosa de ser Constancio enemigo de los dioses, y él su privado, podia estimularle á apetecer, solicitar y aun anticipar su reinado, predispuesto para restablecer la relijion antigua del orbe. Noticioso Juliano de la conspiracion, se embelesó con un breve sueño, y refirió luego á los amigos que habia visto al Númen del imperio clavado con impaciencia á su puerta, clamando por entrar, y afeándole su apocamiento y abandono (13). Atónino é indeciso, se puso á orar al gran Júpiter, quien le notificó en seguida, con despejado y patente agüero, que debia allanarse al albedrío del cielo y del ejército. Toda conducta sesga y ajena de la corriente nos mueve á sospecha y burla nuestra pesquisa. En aposentándose el fanatismo, de suyo crédulo y taimado en estremo, en un pecho hidalgo, va imperceptiblemente desmoronando el edificio del honor y de la veracidad.

Contener el ímpetu del partido, resguardar las personas de sus enemigos (14), desbaratar y menospreciar las asechanzas contra su vida y decoro, fueron los desvelos que embargaron los primeros dias del reinado del nuevo emperador. Aunque resuelto á mantenerse en su encumbramiento, ansiaba siempre el libertar el pais de los estragos de la guerra civil, evitar toda contienda con las fuerzas superiores de Constancio, y conservar su pundonor intacto de todo asomo de ingratitud y de alevosía. Realzado con las insignias del boato militar é imperial, mostróse Juliano en el campo de Marte á los soldados, que centelleaban de entusiasmo por la causa de su alumno, su caudillo y su amigo. Les fué compendiando sus victorias, se lamentó de sus padecimientos, aclamó su disposicion, alentó sus esperanzas y enfrenó sus acaloramientos; ni quiso despedir la reunion hasta que la tropa le prometió solemnemente que si el emperador del Oriente se avenia á firmar un tratado equitativo, se desentenderian todos de miras de conquistas, dándose por satisfechos con la posesion pacífica de las provincias galas. Bajo este concepto, compuso, en su propio nombre y en el de la tropa, una carta muy comedida y espresiva (15), que se encargó á Pentadio, su maestre de oficios, y á su camarero Euterio, que fueron de embajadores para oir la contestacion y observar el ánimo de Constancio. Firma modestamente la carta con el dictado de César; mas requiere con espresiones atentas, pero terminantes, la confirmacion de su título de Augusto. Reconoce lo irregular de su propia eleccion, al paso que va sincerando hasta cierto punto el despique y tropelía de la tropa que le precisó á la anuencia, para él tan repugnante. Espresa la supremacia de su hermano Constancio, y se compromete á enviarle anualmente un regalo de caballos españoles, reclutar su ejército con mozos selectos de los Bárbaros, y aceptar de sus manos un prefecto pretoriano conocidamente cuerdo y leal. Mas se reserva el nombramiento de los demás empleados civiles y militares, con la tropa, los productos y la soberanía de las provincias allende los Alpes. Amonesta al emperador para que sea justiciero, que recele de las arterías de aduladores venales que viven únicamente con las desavenencias de los príncipes, y que se avenga á la oferta de un tratado decoroso y honorífico, igualmente ventajoso para la república y para la casa de Constancio. Reducíase Juliano en esta negociacion á pretender lo mismo que estaba ya poseyendo; pues la autoridad subalterna que anteriormente habia ejercido sobre las provincias de Galia, España y Bretaña, se continuaba ilesa bajo nombre mas augusto é independiente. Gozábanse, así los soldados como el pueblo, con una revolucion sin sangre ni aun de los culpados. Florencio estaba huido, y Lupicino preso; y los desafectos al nuevo gobierno quedaron desarmados y á buen recaudo, distribuyéndose las vacantes segun los realces del mérito, por un príncipe que menospreciaba los amaños palaciegos y la vocinglería de la tropa (16).

Acompañaron la negociacion (A. 360—361) preparativos eficaces de guerra. Reclutóse con aumentos el ejército de Juliano por los trastornos de la época; pues la persecucion de la faccion de Magnencio habia plagado la Galia de gavillas crecidas de salteadores y forajidos, quienes aceptaron gozosos la oferta de indulto jeneral de manos de un príncipe en quien podian confiar, y se avinieron á la estrechez de la disciplina militar, abrigando odio implacable á la persona y al gobierno de Constancio(17).

Apenas abonanzó la estacion, capitaneó Juliano sus lejiones; echó un puente sobre el Rin á las cercanías de Cléveris, tratando de castigar la alevosia de los Atuarios, tribu de Francos, que se pusieron engreidamente á talar á su salvo los confines de un imperio desavenido. Estribaba el acierto de la empresa en una marcha laboriosísima, y venció Juliano apenas pudo internarse por un pais que otros caudillos habian conceptuado inaccesible. Pacificados los bárbaros, fué visitando esmeradamente las fortificaciones por el Rin desde Cléveris hasta Basilea, rejistró el territorio que habia recobrado de manos de los Alemanes, pasó por Besanzon, malparada todavía por su desenfreno (18), y sentó el real en Viena para el inmediato invernadero. Se mejoró y robusteció con nuevas fortificaciones la valla de la Galia, y esperanzó Juliano que los Jermanos tantas veces arrollados se enfrenarian en su ausencia con el terror de su nombre. Vadomir (19) era el príncipe único de los Alemanes que conceptuaba temible; y mientras el taimado bárbaro aparentaba observancia suma del tenor de los tratados, los progresos de sus armas amagaban al estado con guerra intempestiva y peligrosa. Avínose la política de Juliano á desbancar al príncipe de los Alemanes con sus propios ardides; y Vadomir, que á título de amigo habia aceptado un convite de parte de los gobernadores romanos, quedó afianzado en medio del banquete para enviarlo luego preso al interior de España. Antes que los bárbaros volvieran en sí de su asombro, asomó el emperador por las orillas del Rin, y volviendo á atravesar el rio, les infundió mas pavor y miramiento del que les habia ya causado en las espediciones anteriores (20).

Habia encargado Juliano á sus embajadores la dilijencia en el desempeño de tan importante negocio; mas en su tránsito por Italia é Ilírico fueron detenidos (A. 361) con interminables y estudiadas demoras de los gobernadores provinciales, y conducidos con pausadas marchas de Constantinopla á Cesarea en Capadocia, donde por fin se les admitió á la presencia de Constancio. Halláronle muy preocupado, por los informes de sus dependientes contra la conducta de Juliano y del ejército de la Galia. Oyéronse las cartas con desagrado; despidióse con ira y menosprecio á los trémulos embajadores; y semblante, ademanes y palabras del monarca, todo estaba espresando el trastorno de su ánimo. El vínculo íntimo que pudiera hermanar á los cuñados, cifrado todo en Helena, quedaba ya roto

con su muerte, pues sus varios embarazos habian sido siempre infructuosos, y el último fué decisivamente funesto (21). Habia la emperatriz Eusebia conservado hasta el postrer momento de su vida el afecto entrañable y aun zeloso que profesó á Juliano, y su influjo bonancible pudiera haber amansado las iras de un príncipe que desde aquel fallecimiento quedó esclavo de sus pasiones y de las tramas de sus eunucos. Mas tuvo Constancio que suspender el castigo de un enemigo doméstico con el terror de una invasion estranjera; y así continuó su marcha hácia la raya de Persia, y juzgó suficiente el manifestar las condiciones que pudieran hacer á Juliano y á sus secuaces criminales acreedores á la clemencia de su agraviado soberano. Exijió que el engreido César orillase terminantemente el dictado y jerarquía de Augusto, que habia aceptado de unos rebeldes; que se apease á su primitivo de ministro muy ceñido y dependiente; que debia confiar toda potestad del estado y ejército en manos de los sujetos señalados por la corte imperial, y que debia cifrar su salvamento en las seguridades que para su indulto le daria Epicteto, obispo de la Galia, y uno de los Arrianos predilectos de Constancio. Mediaron largos meses para un tratado que se estaba negociando á mil leguas de distancia entre Paris y Antioquía; y persuadido Juliano de que sus miramientos tan comedidos y aun reverentes venian á enconar mas y mas la soberbia de un contrario implacable, se arrojó denodadamente á comprometer su fortuna y existencia en el trance de una guerra civil. Dió una audiencia pública y militar al cuestor Leonas: leyóse la altanera carta de Constancio á la atenta muchedumbre, y protestó Juliano con lisonjero acatamiento que estaba pronto á orillar su dictado de Augusto, si merecia el beneplácito de cuantos reconocia por sus ensalzadores. Tuvo que enmudecer tras la endeble propuesta, y la aclamacion impetuosa de «Juliano Augusto, seguid reinando por la autoridad del ejército, del pueblo y de la república que habeis rescatado,» retumbó en coro por todo el campamento y aterró al pálido embajador de Constancio. Leyóse despues un trozo de la carta en que el emperador zaheria la ingratitud de Juliano á quien habia realzado con la púrpura; á quien con tan esmerada ternura habia educado; á quien habia custodiado en el desamparo y horfandad de su niñez. «¡Horfandad!» esclama Juliano, sincerándose y dando vado á sus ímpetus »¿Con que el matador de mi familia me está vituperando la horfandad? ¡Me anda atropellando para que acuda al desagravio que yo he procurado escusar!» Quedó despedido el concurso; y Leonas, á quien á duras penas se pudo escudar contra el enfurecimiento jeneral, regresó á su dueño con una carta en que espresaba Juliano, en raptos de vehemente elocuencia, los impulsos de encono, menosprecio y horror que habia estado enfrenando y acibarando con el disimulo por espacio de veinte años. Tras este mensaje, que venia á ser una señal de guerra irreconci-

liable, Juliano, que pocas semanas antes habia celebrado la festividad cristiana de la Epifanía (22), manifestó públicamente que «entregaba su resguardo al cargo de los Dioses inmortales;» y así vino á renegar públicamente de la relijion y de la amistad de Constancio (23).

Requeria la situacion de Juliano una resolucion denodada y ejecutiva. Constábale por correspondencias interceptadas que su contrario, posponiendo el interés del estado al personal, habia escitado de nuevo á los bárbaros para que invadiesen las provincias de Occidente. La colocacion de dos almacenes, el uno á las orillas del lago de Constancia, el otro á las faldas de los Alpes Cotianos, estaba al parecer señalando la marcha de dos ejércitos, y el acopio de entrambos almacenes, el uno de los cuales ascendia á seiscientos mil costales de centeno, ú mas bien de trigo (24), estaba á las claras indicando una crecidísima fuerza enemiga. Pero las lejiones imperiales se hallaban aun en sus lejanos cuarteles del Asia; estaba el Danubio flojamente custodiado, y si fuera dable á Juliano el arrojarse con un avance repentino á las provincias importantes del Ilírico, podia esperar que un pueblo todo guerrero acudiese á sus banderas, y que sus ricas minas de oro y plata contribuyesen á costearle la guerra civil. Propuso el osado intento á la tropa reunida; infundióles una confianza fundada en su jeneral y en ellos mismos, exhortándolos á mostrarse formidables al enemigo, comedidos para los conciudadanos, y obedientes á la oficialidad. Mereció su brioso razonamiento aclamaciones descompasadas; y los mismos soldados que acudieron á las armas cuando les intimó que dejasen la Galia declararon denodadamente que estaban prontos para seguir á Juliano hasta los últimos estremos de Europa y Asia. Juramentada la tropa, repicando sobre los escudos y apuntando las puntas de sus espadas á la garganta, se comprometieron con horrorosas imprecaciones al servicio de un caudillo que ensalzaban como libertador de la Galia y vencedor de los Jermanos (25). Este solemne compromiso, hijo al parecer del afecto mas bien que de la obligacion, no encontró mas oposicion que la de Nebridio, recien entrado en el cargo de prefecto pretoriano. Aquel ministro leal, solo y sin arrimo, se declaró por los derechos de Constancio, en medio de una muchedumbre armada y sañuda, á cuyo enfurecimiento estuvo á punto de perecer en holocausto honroso, aunque inservible. Manco ya de una cuchillada, abrazó las rodillas del príncipe á quien habia agraviado; y Juliano lo cubrió con su manto, y resguardándolo del ímpetu de sus secuaces, lo envió á su casa con menos agasajo del que quizás correspondia á la virtud de un enemigo (26). Concedió el alto cargo de Nebridio á Salustio; y las provincias de la Galia, descargadas ya del peso insufrible de los impuestos, disfrutaron el réjimen suave y equitativo del amigo de Juliano, el cual pudo así dar vado á las prendas que habia comunicado al pecho de su alumno (27).

Estribaban las esperanzas de Juliano mucho meños en el número de su tropa que en la velocidad de sus movimientos. Al poner en planta empresa tan arrojada, se cauteló sobremanera y hasta el punto que puede alcanzar la cordura; mas en no teniendo ya cabida la prudencia, allá se entregó al denuedo y á la suerte. Juntó en las cercanías de Basilea su ejército, desviándolo luego por divisiones (28). Un cuerpo de diez mil hombres, al mando del jeneral de caballería Nevita, tuvo el encargo de internarse por la Recia y la Nórica. Otra porcion igual, á las órdenes de Jovio y Jovino, tuvo que avanzar por el rumbo sesgo de las carreteras, por los Alpes y el confin septentrional de Italia. Estaban espresadas las instrucciones para los caudillos con despejo y brio: avivar la marcha en columnas estrechamente cerradas, que, segun lo permitiese el terreno, formasen ejecutivamente la batalla; resguardarse en los campamentos contra toda sorpresa con guardias avanzadas y vijilantes en puntos fortificados; imposibilitar toda resistencia con asaltos repentinos; como tambien los reconocimientos con marchas inesperadas; abultar sus propias fuerzas y aterrar al enemigo con solo el nombre, é incorporarse con el soberano bajo los muros de Sirmio. Se habia reservado Juliano lo mas arduo é impensado. Entresacó hasta tres mil voluntarios dilijentes y valerosos, resueltos, al par del caudillo, á dejar á la espalda toda esperanza de retirada: capitaneando aquel tercio leal, se emboscó por lo mas recóndito de la selva Negra ó Marcia, que encubre los manantiales del Danubio (29), y por algunos dias ignoró el orbe la suerte de Juliano. Su encubrimiento, su dilijencia y su denuedo arrollaron todos los tropiezos; abrióse paso por sierras y pantanos, atravesó rios por puentes ó á nado, se encaminó en derechura, prescindiendo de territorios (30) bárbaros ó romanos, y por fin salió á luz entre Ratisbona y Viena, en el sitio donde intentaba embarcar su tropa sobre el Danubio. Con un ardid certero se apoderó de una escuadrilla de bergantines (31) anclados; afianzó un acopio de toscos abastos para saciar el apetito voraz de un ejército galo, y allá se entregó á la corriente del Danúbio. El ahinco de sus marineros, que estuvieron incesantemente bogando, y la constancia de un viento favorable, trasladaron su escuadra á mas de doscientas y cuarenta leguas en once dias (32); y tenia ya desembarcada su tropa en Bononia *(a)*, á unas seis leguas solamente de Sirmio, antes que tuviesen los enemigos aviso positivo de que hubiese dejado las orillas del Rin. Clavado estuvo el ánimo de Juliano en el objeto de su empresa durante su estensa y rapidísima navegacion, y aunque iba aceptando los diputados de varios pueblos, que se atropellaban por merecer las albricias de su pronto rendimiento, pasó de largo los apostaderos enemigos, colocados á lo largo del rio, sin caer en la tentacion de sobresalir con una valentía infructuosa é intempestiva. Acudian á catervas los espectadores por ambas orillas del Danubio, colgados del

aparato militar y penetrados de la trascendencia de aquel suceso, y cundió por las cercanías la voz, que se iba adelantando con sobrehumana velocidad, de que iba acaudillando las fuerzas innumerables del Occidente. Luciliano, que, en clase de jeneral de la caballería, se hallaba de comandante militar del Ilírico, se desvivia atónito é indeciso con las encontradas noticias que no acertaba á creer ni á desechar. Diera ya alguna disposicion, pero con pausada incertidumbre, para reunir su tropa, cuando quedó sobrecojido por Dagalaifo, oficial despejado que Juliano, al desembarcar en Bononia,destacó de avanzada con algunas tropas lijeras. El jeneral prisionero, desconfiando de su vida, tuvo que montar á caballo, y fué conducido atropelladamente á presencia de Juliano, quien amistosamente lo alzó del suelo y lo serenó y rehizo de su terror y trastorno. Mas vuelto en sí Luciliano, se acreditó de indiscreto, propasándose á tachar de temerario á su vencedor, por esponerse en medio de sus enemigos con tan diminutas fuerzas. «Reservad para vuestro amo Constancio esas advertencias medrosas,» le replica Juliano con una sonrisa de menosprecio, «pues al daros á besar mi púrpura, no os admití por consejero, sino como suplicante.» Hecho cargo de que solo el éxito dejaria airoso su arrojo, y que en este mismo denuedo se cifraba su victoria, adelantóse ejecutivamente con tres mil hombres para asaltar la ciudad mas fuerte y populosa de todo el Ilírico. Al asomar por los arrabales de Sirmio, le vitorearon ejército y pueblo, coronados de guirnaldas y tremolando antorchas, conduciendo á su ya reconocido soberano á su alcázar imperial. Dedicáronse dos dias á su festejo, celebrado con los juegos del Circo; pero en la madrugada tercera, marchó Juliano á aposentarse en el desfiladero de Succi, del monte Hemo, que casi á media distancia entre Sirmio y Constantinopla separa las provincias de Tracia y Dacia, por un despeñadero hácia la primera, y un declive suave hácia la segunda (33). Confió el resguardo de aquel apostadero importante al valeroso Nevita, quien, al par de los jenerales de la division italiana, logró ejecutar cumplidamente el plan de marcha é incorporacion que tan acertadamente habia ideado su dueño (34).

El rendimiento que obtuvo Juliano, sea por inclinacion ó por zozobra del pueblo, cundió á larga lejanía de sus armas (35). Desempeñaban las prefecturas de Italia é Ilírico, Tauro y Florencio, que juntaban á su cargo los honores insustanciales del consulado; y como entrambos huyeron á la corte de Asia, Juliano, que no siempre acertaba á reportarse por su liviandad nativa, en todas las actas de aquel año apodó de *fujitivos* á los cónsules. Desamparadas las provincias por sus primeros majistrados, iban reconociendo la autoridad de un emperador que, hermanando las prendas de soldado y de filósofo, enamoraba al par los campamentos del Danubio y las ciudades de la Grecia. Desde el palacio, ú mas bien desde

sus reales de Sirmio y de Naiso, fué repartiendo por los pueblos principales del imperio una apolojía muy esmerada de su conducta; publicó la correspondencia reservada de Constancio, y apelaba al fallo del orbe entero entre dos competidores, arrojador el uno, y convidador el otro de los bárbaros (36). Juliano, entrañablemente lastimado con la tacha de ingrato, aspiraba á sobreponer su causa con argumentos no menos que con armas, y á sobresalir, no solo en el manejo de la guerra, sino tambien en el de la pluma. Parto es de un entusiasmo fino aquella carta al senado y pueblo de Aténas (37), haciéndoles acatamiento, aunque dejenerados en aquel tiempo, con tal estremo de sumision, como si estuviese alegando en la época de Arístides, ante el tribunal del Areópago. El acudir al senado de Roma, que aun corria con el despacho de los dictados imperiales, se conformaba con el formulario de la república moribunda. Convocóse junta por Tértulo, prefecto de la ciudad; leyóse el oficio de Juliano, y como se estaba ya mostrando dueño de Italia, se aprobó unánimemente la solicitud. Sus indirectas acedas contra las invasiones de Constantino, y su arrebatada descarga contra los vicios de Constancio, merecieron menos agrado; y todo el senado acorde, cual si lo presenciase Juliano, esclamó: « Respetad, así os lo suplicamos, á los autores de vuestro ensalzamiento (38). » Espresion muy artificiosa, que, segun el sesgo de la guerra, pudiera glosarse diversamente; como reconvencion amarga contra el usurpador, ó un reconocimiento lisonjero de que un solo acto tan beneficioso para el estado era descargo suficiente para todos los errores de Constancio.

Llegó velozmente el aviso de la marcha y progresos de Juliano á su contrario; quien, con la retirada de Sapor, lograba alguna tregua en la guerra de Persia. Encubriendo la congoja de su pecho con visos de menosprecio, manifestaba Constancio su ánimo de volver á Europa á dar caza á Juliano; pues nunca habló de aquella espedicion militar sino bajo el concepto de una cacería (39). Comunicó en sus reales de Siria este intento al ejército; mencionó levemente la temeridad del César, y se adelantó á asegurarles que si los amotinados de la Galia osaban contrarestarles en campo raso, ni aun podrian contrastar los flechazos de sus ojos ni menos el empuje irresistible de su algazara en la refriega. Acompañó á la arenga del emperador aclamacion militar; y Teodoto, presidente del concejo en Hierópolis, llegó á pedir con lágrimas aduladoras que la cabeza del vencido rebelde viniese á servir de realce á su ciudad (40). Destacóse arrebatadamente en carruajes de posta un cuerpo selecto para apoderarse, si fuese aun asequible, del paso de Succi. Reclutas, caballos, armas y almacenes, cuanto se preparaba para la guerra de Sapor, se apropió ahora á la civil, y las victorias domésticas de Constancio infundian á sus parciales suma confianza en el éxito. Se habia el notario Gaudencio posesio-

nado en su nombre de las provincias de Africa ; quedó atajada la subsistencia de Roma, y agravó los apuros de Juliano un acaecimiento inesperado que pudiera acarrear infaustas consecuencias. Habia Juliano aceptado el juramento de dos lejiones y de una cohorte de ballesteros colocadas en Sirmio , pero desconfió fundadamente de la lealtad de aquella tropa que habia merecido distinciones al emperador, y se tuvo por conveniente, bajo el pretesto de la situacion crítica de la raya en la Galia, el desviarlas del trance de la contienda. Fueron marchando con repugnancia hasta el confin de Italía ; pero mal halladas con aquella lejanía y temerosas de la fiereza bravía de los Jermanos , á impulsos de un tribuno , acordaron hacer alto en Aquileya y tremolar el pendon de Constancio sobre los muros de aquella ciudad inespugnable. El sumo desvelo de Juliano desde luego se hizo cargo de aquel azaroso quebranto y de la precision de acudir al vuelo á su remedio. Mandó á Jovino retroceder con parte del ejército á Italia, y se emprendió esforzadamente el sitio de Aquileya. Pero aquellos lejionarios, al parecer desmandados, se manejaron en la defensa con tino y perseverancia; convidaban á los demás Italianos para seguir el ejemplo de su teson y lealtad, y aun estaban amenazando á Juliano en su retirada, si tuviese que cejar ante la superioridad de las fuerzas de Oriente (41).

Mas quedó la humanidad de Juliano exenta de la cruda alternativa, de que entrañablemente se lamenta, de asolar, ó venir á ser él mismo esterminado ; y el fallecimiento oportuno de Constancio libertó al imperio romano de las desdichas de una guerra civil (A. 361 , noviembre 3). Ni los asomos del invierno alcanzaron á detenerle en Antioquía, ni osaron sus validos contrarestar su ansioso afan de venganza. Una calentura, orijinada tal vez de la ajitacion de su ánimo, recreció con el cansancio del viaje, y tuvo que hacer alto en el pueblecillo de Mopsucrene, á cuatro leguas mas allá de Tarso, donde espiró tras una breve dolencia, á los cuarenta y cinco años de su edad y veinte y cuatro de su reinado (42). El retrato de su interior, todo compuesto de orgullo y de flaqueza , queda ya colmadamente delineado en la relacion antecedente de los acontecimientos civiles y eclesiásticos. Su dilatado abuso del poderío lo abultó para el concepto de sus contemporáneos; mas como tan solo el mérito personal es acreedor al recuerdo de la posteridad, puede quedar despedido del mundo el hijo postrero de Constantino con la nota de haber heredado los defectos sin las prendas del padre. Dícese que Constancio, al espirar, nombró por sucesor suyo á Juliano ; ni es inverosímil que su interés por la esposa jóven y apreciable que dejaba embarazada preponderase sobre sus pasiones violentas en aquel trance. Eusebio y sus criminales asociados entablaron apocadamente el intento de dilatar el reinado de los eunucos con la eleccion de otro emperador; pero su maquinacion se estrelló

con el ejército que aborrecia sobremanera todo pensamiento de discordia civil; y dos oficiales de graduacion fueron despachados á Juliano para asegurarle que todas las espadas del imperio se esgrimirian á su albedrío: acontecimiento venturoso que escusó los proyectos militares que ideaba de tres avances sobre la Tracia. Se libertó de las vicisitudes de una lid tan dudosa y logró las ventajas de una victoria completa sin derramar la sangre de sus conciudadanos. Ansioso de ver su patria y la nueva capital del imperio, se adelantó desde Naiso por las montañas del Hemo y las ciudades de Tracia. Llegado á Heraclea, distante veinte leguas, la gran riada del vecindario entero de Constantinopla le salió al encuentro, é hizo su entrada triunfal al eco de miles y miles de vítores entrañables del pueblo, de la tropa y del senado. Agolpábasele con desalado respeto una muchedumbre innumerable (11 de diciembre), tal vez algun tanto chasqueada con la menguada estatura y el traje sencillo de un héroe, cuya bisoña mocedad habia vencido á los bárbaros de Jermania, y acababa de atravesar en carrera triunfadora todo el continente de Europa desde las costas del Atlántico hasta las del Bósforo (43). Pocos dias despues, desembarcados ya en la bahía los restos del difunto emperador, aplaudieron los súbditos de Juliano la humanidad efectiva ó aparente de su soberano. A pié, sin diadema y vestido de luto, fué acompañando el funeral hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se depositó el cadáver; y si tales demostraciones de acatamiento pueden interpretarse como tributo hecho al nacimiento y jerarquía del deudo imperial, las lágrimas de Juliano estaban diciendo al mundo que olvidando agravios, tan solo recordaba las finezas recibidas de Constancio (44). Cercioradas las lejiones de Aquileya de la muerte del emperador, abrieron las puertas de la ciudad, y con el sacrificio de los principales reos, quedaron indultados por la cordura y mansedumbre de Juliano, quien, á la edad de treinta y dos años, se posesionó indisputablemente del imperio romano (45).

Habia impuesto la filosofía á Juliano en la comparacion del retiro con los afanes, mas no le cupo eleccion, así por su ensalzamiento como por las vicisitudes de su vida. Quizás de suyo antepusiera las alamedas de la Academia y el trato de Aténas; mas primero por la voluntad, despues por la sinrazon de Constancio, tuvo que esponer su persona y concepto á las contingencias del encumbramiento imperial, y constituirse responsable al orbe y á la posteridad del bien ó mal estar de largos millones (46). Recapacitó Juliano despavorido el reparo de su maestro Platon (47), de que el cuidado de nuestra ganadería corre siempre á cargo de entes de casta superior; y que el gobierno de las naciones requiere y merece la potestad sobrehumana de los númenes ó dioses. Bajo este concepto opinaba fundadamente que quien se aventure á reinar no puede menos de aspirar á la perfeccion divina; que debe purificar su espíritu de toda hez mortal y

terrestre; que ha de hollar sus apetitos, ilustrar su entendimiento, enfrenar sus pasiones, y avasallar la fiera que, segun la espresion ó metáfora de Aristóteles (48), suele entronizarse con todo déspota. El solio de Juliano, establecido ya sin vaiven con la muerte de Constancio, vino á ser el asiento de la racionalidad, de la virtud, y quizás de la vanagloria. Menospreciaba honores, orillaba deleites, desempeñaba con incesante afan las incumbencias de su encumbrada jerarquía; y pocos habria entre sus mismos súbditos que se aviniesen á descargarle del peso de la diadema, teniendo que subordinar el tiempo y los pasos al réjimen tirante que el afilosofado emperador se impuso á sí mismo. Advierte uno de sus mas íntimos amigos (49), que solia participar de la sencillez frugal de su mesa, que su trato lijero y económico ( por lo mas de vejetales ) le dejaba á toda hora cuerpo y alma espeditos para tantos afanes importantes de un escritor, un pontífice, un majistrado, un jeneral, y un príncipe. En un mismo dia solia dar audiencia á varios embajadores y escribir ó dictar un sinnúmero de cartas á sus jenerales, á sus majistrados civiles, á sus amigos particulares y á las diversas ciudades de sus dominios. Se enteraba de cuantos memoriales recibia, rumiaba el contenido y espresaba su dictámen con mas velocidad que podian apuntarlo en abreviatura sus secretarios mas espeditos. Poseia tanto predominio en sus conceptos y tanto esmero en su atencion, que acertaba á tener empleada la mano en escribir, el oido en escuchar, y la voz en dictar; y asi tenia que ir llevando el pensamiento por sus rumbos diversos sin titubear y sin descarriarse. Mientras estaban los ministros descansando, volaba el príncipe ájilmente de tarea en tarea, y tras la presurosa comida, se retiraba á su librería, hasta que los negocios señalados para la tarde le precisaban á interrumpir el recreo de sus estudios. Su cena se reducia á una mera refaccion: nunca adolecia de indijestiones que le nublasen el sueño, y escepto en el breve plazo de un desposorio, efecto mas bien de la política que del cariño, jamás el casto Juliano franqueó su lecho á compañera alguna (50). Despertábale muy por la madrugada la tanda de secretarios que habia dormido la víspera, y los sirvientes tenian que alternar en sus cargos, mientras el amo infatigable tomaba, por via de descanso, la alternativa de sus quehaceres. Los antecesores de Juliano, su tio, su hermano y su primo, se deleitaban puerilmente en los juegos del circo, bajo el pretesto vistoso de condescender con las inclinaciones del pueblo; y solian permanecer lo mas del dia como espectadores ociosos y como parte del grandioso espectáculo hasta redondear y completar cumplidamente el total de las veinte y cuatro carreras (51). Aveníase Juliano, que miraba con desabrimiento los frívolos recreos del circo, á asomar en ellos por las festividades mas solemnes, y despues de tender distraidamente la vista por cinco ú seis carreras, se retiraba atropelladamente con el enfado de un filósofo que

daba por malogrado todo el rato que no redundaba en ventaja pública, ó en aprovechamiento de sí mismo (52). Avariento siempre del tiempo, iba al parecer ensanchando el breve plazo de su reinado ; y á no constarnos tan positivamente las fechas, no acabaríamos de creer que solo mediaron diez y seis meses entre la muerte de Constancio y la partida del sucesor para la guerra de Persia (diciembre A. 361 , marzo A. 363 ). No cabe historiar sino con sumo esmero las acciones de Juliano , y la porcion de sus escritos voluminosos , que todavía nos quedan , son otros tantos monumentos de la aplicacion y del injenio del emperador. El Misopogon, los Césares, varias de sus arengas , y su esmerada obra contra la relijion cristiana , se trabajaron en las noches largas de dos inviernos, el primero en Constantinopla , y el segundo en Antioquía.

La reforma de la corte imperial fué una de las disposiciones primeras y mas precisas del gobierno de Juliano (53). Recienllegado al palacio de Constantinopla, necesitó un barbero; presentósele un sirviente lujosísimo. « Un barbero , » esclamó el príncipe con asombro aparente , « es el que se requiere, y no todo un tesorero jeneral (54);» le fué preguntando acerca del sueldo y adehalas del empleo , y le enteró de que, además de uno y otro , disfrutaba un diario para el mantenimiento de veinte criados y otros tantos caballos. En los varios ramos de lujo se contaban hasta mil barberos, mil escanciadores y otros tantos cocineros , y el número solo podia compararse con el de los insectos de un dia de verano (55). El monarca que abandonaba á sus súbditos la superioridad en mérito y virtudes sobresalia con la suntuosidad abrumadora de sus trajes , su mesa, sus viviendas y sus trenes. Los alcázares grandiosos , alzados por Constantino y sus hijos , sobresalian con mármoles jaspeados y realces de oro macizo. Buscábanse los manjares esquisitos para adular mas bien su orgullo que su paladar , como aves de los mas remotos climas, peces de los mares mas recónditos, frutos ajenos de la estacion , rosas en invierno y hielos en verano (56). La caterva casera de los palaciegos sobrepujaba en costo á las lejiones, y aun la porcion menor de tan cara muchedumbre era la que se empleaba en el uso ú en el esplendor del solio. Ofuscado quedaba el monarca y desangrado el pueblo por la creacion y venta de una infinidad de empleos arrinconados y aun titulares , y la hez mas cenagosa acudia á componer la regalía de mantenerse , sin asomo de afan , con las rentas públicas. El consumo de la enorme guardaropa, el recargo de adehalas y obvenciones, que luego se demandaban como deuda lejítima, y los regalos que exijian á cuantos temian su ojeriza ó solicitaban su favor, enriquecian de improviso á estos altaneros dependientes. Abusaban de sus haberes, desentendiéndose de sus circunstancias anteriores y venideras, y sus rapiñas y su venalidad solo admitian cotejo con el devaneo de sus dispendios. Recamaban de oro sus ropajes de seda ; servíanse sus mesas con

primor y profusion; las casas que construian para sus propios usos cubririan la cortijada solariega de un cónsul antiguo, y los ciudadanos mas honrados tenian que apearse de sus caballos y saludar rendidamente á un eunuco al encontrarle en una carretera pública. El boato palaciego movió á ira y menosprecio á Juliano, quien solia dormir en el suelo, y cedia con repugnancia á las demandas indispensables de la naturaleza, cifrando su gala, no en remedar, sino en hollar la pompa rejia.

Con la estirpacion de una monstruosidad abultada algun tanto mas de la realidad, se desalaba por aliviar la desdicha y acallar las hablillas del pueblo, que sobrelleva con menos desazon el peso de los impuestos, en constándole que el fruto de su industria va á parar al servicio del estado; tildan sin embargo á Juliano de arrebatado y atropellador en la ejecucion de tan saludable empresa. Publica un edicto, y trasforma el palacio de Constantinopla en un anchísimo desierto, arrojando afrentosamente toda la caterva de esclavos y palaciegos (57), sin mediar escepciones debidas y benévolas por edad, servicios y escaseces de sirvientes fieles á la familia imperial; tal era la índole de Juliano, que por lo mas no recapacitaba la máxima fundamental de Aristóteles, quien coloca siempre la virtud entre dos estremos viciosos. Las galas esplendorosas y afeminadas de los Asiáticos, rizos, arreboles, collares y brazaletes, que fueron una ridiculez en la persona de Constantino, quedaron atinadamente abandonados por su afilosofado sucesor; pero Juliano se estremaba en menospreciar el aseo decoroso al par de los afeites, y blasonaba de su desaliño. En una composicion satírica que debia publicarse, se esplaya el emperador complacida y aun orgullosamente sobre sus largas uñas, sobre la negrura azabachada de sus manos; confiesa que si bien es jeneralmente velludo, los filos de la navaja tan solo alcanzan á su cabeza, y encarece con patente fruicion la maleza *populosa* de su barba (58), que le merecia entrañable cariño, al remedo de los filósofos griegos. Con el dictámen de la mera racionalidad pudiera Juliano hacerse cargo de que el primer majistrado de los Romanos debia menospreciar la afectacion de un Diójenes al par de la de un Darío.

Incompleta venia á quedar la obra de la reforma pública, atajando solamente los abusos, sin castigar los delitos del reinado anterior. «Estamos redimidos,» dice Juliano en carta familiar á un amigo íntimo, «estamos asombrosamente redimidos de las quijadas voraces de la Hidra (59). No es mi ánimo llamar así á mi hermano Constancio. Falleció; ¡así la tierra sea liviana sobre su cabeza! pero sus taimados é inhumanos validos se afanaban por engañar y encrudecer á un príncipe, cuya mansedumbre nativa me cabe alabar sin ninguna adulacion. No es sin embargo mi ánimo que se atropelle, ni aun á tales individuos: se les acusa, y lograrán que les procese decorosa é imparcialmente.» Nombró Juliano

para esta pesquisa seis jueces de la primera jerarquía del ejército y del estado; y ansioso de precaver la tacha de condenar á sus enemigos personales, planteó este tribunal en Calcedonia, á la parte asiática del Bósforo, y revistió á los comisionados de potestad absoluta para pronunciar y ejecutar su sentencia definitiva y sin apelacion. Presidia esta junta el venerable prefecto del Oriente, un segundo Salustio (60), cuyas virtudes tenian prendados á los sofistas griegos y á los obispos cristianos. Acompañábale el elocuente Mamertino (61), uno de los cónsules electos, cuyo mérito se encarece ruidosamente con el testimonio dudoso de su propio aplauso. Mas quedaba desequilibrada la cordura civil de los dos majistrados con el ímpetu feroz de los cuatro jenerales, Nevita, Ajilon, Jovino y Arbecio. Este Arbecio, á quien el público hubiera estrañado menos verle abogar en la barandilla que fallar, estaba conceptuado de portador del secreto de la comision; los caudillos armados y sañudos de los partidos Joviano y Herculeo cercaban el tablado, y los jueces alternativamente se atenian á las leyes de la justicia y á los clamores de la faccion (62).

El camarero Eusebio, que abusó tanto de su privanza con el emperador Constancio, pagó con afrentosa muerte la desvergüenza, el cohecho y la crueldad de un reinado servil. Las ejecuciones de Paulo y de Apodemio (quemado vivo el primero) se recibieron como descargo para las viudas y huérfanos de tantos centenares de Romanos como aquellos tiranuelos curiales habian vendido y asesinado; pero la justicia misma, segun la espresion vehemente de Amiano (63), estuvo llorando por la suerte de Ursulo, tesorero del imperio; y clamó su sangre contra la ingratitud de Juliano, cuyos apuros habia aliviado con largueza aquel empleado pundonoroso. El enfurecimiento de la soldadesca, indirectamente provocada, fué el móvil y la disculpa de su muerte; y el emperador, remordido entrañablemente por sus propias reconvenciones y las del público, tuvo que acudir en parte al consuelo de su familia, devolviéndole los bienes confiscados. Antes de finar el año en que ostentaron las insignias de la prefectura y el consulado (64), fuéles forzoso á Tauro y á Florencio implorar la clemencia del tribunal inexorable de Calcedonia. Salió el primero desterrado á Vercelas en Italia, y el segundo sentenciado á muerte. Debia un príncipe atinado premiar el delito de Tauro; pues el ministro leal, imposibilitado de contener los progresos de un rebelde, se habia refujiado en la corte de su bienhechor y lejítimo soberano. Pero la culpa de Florencio abonaba la severidad de los jueces; y su fuga sirvió de realce á la magnanimidad de Juliano, quien pundonorosamente reprimió la oficiosidad interesada de un delator, desentendiéndose de saber el sitio donde se encubria un desventurado fujitivo temeroso de su justo castigo (65). Algunos meses despues de disuelto el

tribunal de Calcedonia, fueron ajusticiados en Antioquía el lugarteniente pretoriano de Africa, el notario Gaudencio, y Artemio (66), duque de Ejipto. Habia Artemio reinado á lo tirano cruel y estragado sobre una gran provincia; Gaudencio habia estado practicando á su espacio las arterías de la calumnia contra el inocente y el virtuoso, y aun contra la persona del mismo Juliano. Mas se les procesó tan torpemente, que estos malvados lograron para el concepto público el timbre de padecer por su lealtad en sostener la causa de Constancio. Resguardó á sus demás sirvientes la amnistía, y siguieron disfrutando á su salvo los cohechos recibidos, ya para abogar por los atropellados, ya para oprimir á los desvalidos. Esta disposicion, muy conforme con los principios de acertada política, vino á ejecutarse en términos que al parecer ajaron la majestad del trono. Acosado Juliano con las importunaciones de un sinnúmero, especialmente de Ejipcios que reclamaban dádivas que indiscreta ó ilegalmente habian hecho, se hizo cargo del seguimiento interminable de pleitos gravosos; y se comprometió en una oferta, que á todo trance debia ser sagrada, que si quisiesen acudir á Calcedonia, pasaria personalmente á oirlos y zanjar sus quejas; mas no bien desembarcaron, cuando espidió una órden terminante vedando á todo barquero el trasportar Ejipcio alguno á Constantinopla, y así aprisionó á sus chasqueados clientes en la costa asiática, hasta que apurado el caudal y el sufrimiento, tuvieron que regresar murmurando desesperadamente á sus respectivos paises (67).

Aquella hueste de espías, ajentes y delatores, alistada por Constancio para afianzar el sosiego de un individuo y alterar el de millones, quedó inmediatamente despedida por su jeneroso sucesor. Era Juliano tardío en sus recelos y suave en sus castigos, y estribaba su menosprecio de traiciones en su tino, vanagloria y valentía. Engreido con su mérito personal, vivia en el concepto de que poquísimos serian los súbditos que osasen arrostrarle en el campo, armarle asechanzas, y aun sentarse en su solio vacante. Podia el filósofo disculpar los arrebatos del descontento; así como el héroe menospreciar todo intento ambicioso que sobrepujase á la fortuna ó al desempeño de temerarios conspiradores. Ajencióse un ciudadano de Ancira un vestido de púrpura para su propio uso; y esta indiscrecion, que en el reinado de Constancio se conceptuara de culpa capital (68), llegó á oidos de Juliano por la oficiosa dilijencia de un enemigo particular. El monarca, enterado de la jerarquía é índole de su competidor, despidió al denunciado con un par de chinelas de púrpura para completar la magnificencia de su ropaje imperial. Diez de su guardia palaciega fraguaron otra conspiracion mas peligrosa; pues acordaron asesinar á Juliano en el mismo campo de ejercicio junto á Antioquía. La beodez sacó á luz su maldad; y trayéndolos aherrojados

á presencia del soberano agraviado, despues de hacerles vehemente cargo de la maldad y desvarío de su intento, cuando estaban ya temiendo el tormento y la muerte, sentenció únicamente á destierro á los dos principales. El ejemplar solo en que al parecer Juliano se desvió de su clemencia acostumbrada fué la ejecucion de un mozo temerario, cuya endeble diestra intentaba empuñar las riendas del imperio. Pero aquel jóven era hijo de Marcelo, el jeneral de la caballería que, en la primera campaña de la guerra gálica, habia desertado de las banderas del César y de la república. Podia Juliano, sin muestras de cebarse en su encono personal, confundir fácilmente la culpa del hijo con la del padre; mas se condolió del quebranto de Marcelo, y las larguezas del emperador embalsamaron un tanto las llagas que causó la entereza de la justicia (69).

No se le ocultaban á Juliano las ventajas (70) de la libertad. Penetrado con su estudio del temple de los sabios y los héroes, estuvieron además colgadas su vida y fortuna del antojo de un tirano, y al subir al solio, ajaba tal vez su orgullo el reflexionar que los esclavos medrosos para tildar sus desaciertos no eran dignos de elojiar sus prendas (71). Aborrecia de corazon el sistema de oriental despotismo que Diocleciano, Constantino y el hábito sufrido de ochenta años habian planteado en el imperio. La superstición fué el móvil que le hizo abandonar el intento que repetidamente abrigó Juliano de desceñir de sus sienes la pesada y costosa diadema (72); pero rehusó absolutamente el dictado de *Señor* (73), voz ya tan familiar á los oidos de los Romanos, que habian trascordado su orijen servil y deshonroso. El cargo, ú mas bien el nombre de cónsul, prendaba á un príncipe que se paraba á contemplar con respeto los escombros de la república; y aquella conducta misma que observó Augusto por cálculo, fué la pauta de Juliano por afecto y eleccion. Acudieron de madrugada, en las calendas de enero (A. 363, 1.º de enero), los nuevos cónsules á palacio para saludar al emperador. Sabedor de su llegada, se arroja del solio y se adelanta á su encuentro, precisando á los majistrados todos sonrojados á recibir las demostraciones de su humildad aparente. Encamínanse del palacio al senado; marcha el emperador á pié delante de sus literas, y la muchedumbre enmudece atónita mirando el remedo de los tiempos antiguos, ó tal vez vituperando un paso que en su concepto desairaba la majestad de la púrpura (74). Constante Juliano en sus procederes, en los juegos del circo habia equivocada ó espresamente verificado la manumision de un esclavo en presencia del cónsul, y apenas recapacitó que habia atropellado la jurisdiccion *ajena*, se condenó á sí mismo á la multa de diez libras de oro, y aprovechó esta coyuntura para pregonar al mundo que vivia sujeto, al par de todos sus conciudadanos, á las leyes (75), y aun á las formalidades de la república. El sis-

tema de su réjimen y el cariño de su patria movieron á Juliano para agraciar al senado de Constantinopla con los mismos honores, autoridad y regalías que estaba todavía disfrutando el senado de la antigua Roma (76). Planteóse una ficcion legal, que luego se fué arraigando, á saber, que la mitad del consejo nacional se habia trasladado al Oriente; y los sucesores despóticos de Juliano, al aceptar el dictado de senadores, se reconocian miembros de aquel cuerpo respetable, á quien le concedia el representar la majestad del nombre romano. Abarcó el desvelo del monarca desde Constantinopla todos los senados municipales de las provincias. Insistió en abolir con edictos repetidos las exenciones injustas y perniciosas que defraudaban á la patria del servicio de un sinnúmero de haraganes, y repartiendo por igual las cargas públicas, restableció la fuerza, el esplendor, y, segun la espresion enérjica de Libanio (77), el alma á las ciudades moribundas de su imperio. La antigüedad venerable de la Grecia movia entrañablemente la compasion de Juliano, quien se arrebataba con embeleso tras los dioses, tras los héroes y los prohombres superiores á los mismos héroes y dioses, que habian mandado á la posteridad los monumentos de su númen y el ejemplo de sus virtudes. Socorrió el desamparo y restableció la hermosura de las ciudades del Epiro y del Peloponeso (78). Reconociólo por su bienhechor Aténas, y Argos por su libertador. El engreimiento de Corinto, descollando de nuevo sobre sus escombros con los timbres de colonia romana, exijia un tributo á las repúblicas contiguas, á fin de costear los juegos ístmicos que se celebraban en el anfiteatro con la caza de osos y panteras. Demandaban justa exencion de aquel tributo las ciudades de Elis, Delfos y Argos, herederas desde sus remotos antepasados del cargo sagrado de perpetuar los juegos Olímpicos, Píticos y Nemeos. Respetaban los Corintios la inmunidad de Elis y Delfos; mas el desvalimiento de Argos incitaba la insolencia de los opresores, y acallaba las desmayadas quejas de sus diputados el decreto de un majistrado provincial, que al parecer se iba tras los intereses de la capital donde residia. A los siete años de esta sentencia, dispuso Juliano (79) que se reviese la causa en un tribunal superior, mediando su elocuencia, probablemente con éxito, en defensa de una ciudad que habia sido la residencia real de Agamenon (80) y habia suministrado á los Macedonios una alcurnia de reyes y de conquistadores (81).

El afan de negocios civiles y militares, que iban recreciendo con los ensanches del imperio, ejercitaba el desempeño de Juliano; pero solia encargarse del papel de orador (82) y aun de juez (83), casi desconocidos para los soberanos modernos de Europa. El arte de la persuasiva, tan esmeradamente cultivado por los primeros Césares, quedó orillado por la ignorancia militar y el orgullo asiático de los sucesores, y aunque se allanasen á perorar á los soldados que temian, trataban esquivamente á los

senadores que menospreciaban. Las juntas del senado, que siempre evitó Constancio, eran apetecidas por Juliano, como paraje adecuado para campear con sus máximas republicanas y su habilidad retórica. Solia practicar alternativamente, como en las escuelas de declamacion, los varios jéneros de alabanza, vituperio ú exhorto; y advierte su íntimo Libanio que el estudio de Homero le habilitó para imitar el estilo sencillo y lacónico de Menelao, la sobreabundancia de Nestor, cuyas palabras iban cayendo como los vellones de una copiosa nevada, ó bien la elocuencia afectuosa y arrolladora de Ulises. Desempeñaba Juliano las funciones de juez, á veces incompatibles con las de príncipe, no solo como una incumbencia, sino por via de recreo, y por mas que pudiera confiar en la integridad y el tino de sus prefectos pretorianos, solia ladearse con ellos en el escaño. Su agudo despejo se empleaba complacidamente en penetrar y aventar las tranquillas de los letrados, que se empeñaban en disfrazar la verdad de los hechos y desquiciar el sentido de las leyes. Solia olvidar su encumbramiento, hacia preguntas desacertadas é intempestivas, y estaba atronando con sus gritos y estremeciendo su cuerpo, manteniendo con vehemencia su opinion contra jueces, abogados y clientes. Pero hecho cargo de su propio destemple, estimulaba y aun requeria las reconvenciones de sus amigos y de los ministros, quienes contrarestaban á veces sus arrebatos indómitos, y entónces los circunstantes estaban viendo el rubor y el agradecimiento de su monarca. La base de los decretos de Juliano era siempre la justicia, y le acompañaba el teson de contrastar las dos tentaciones mas espuestas que asaltan al tribunal bajo la estampa vistosa de la compasion y la equidad. Fallaba por el mérito de la causa, prescindiendo de la calidad de las partes; y el menesteroso á quien anhelaba socorrer quedaba sentenciado á satisfacer las demandas de un contrario acaudalado. Esmerábase en distinguir al juez del lejislador (84); y aunque estaba ideando una reforma indispensable de la jurisprudencia romana, se atenia en sus dictámenes al sentido obvio y literal de las leyes vijentes, que los majistrados tenian que seguir y los súbditos que obedecer.

Los príncipes por lo jeneral, si, en vez de vestir la púrpura, asomasen desnudos por el mundo, se hundirian en lo mas ínfimo de la sociedad, sin esperanza de desarrinconarse; mas el mérito personal de Juliano era, hasta cierto punto, ajeno de su jerarquía. Cualquiera que fuese su carrera, á impulsos de su denuedo, de su agudeza y de su ahinco en cuanto intentaba, no podia menos de alcanzar, ó sea de merecer los sumos honores de su profesion; y pudiera Juliano encumbrarse á ministro ú jeneral en el estado en que le cupiera haber nacido mero ciudadano. Si zelos antojadizos de poder hubiesen frustrado sus anhelos; si cuerdamente se hubiese desviado del sendero de las grandezas, el ejer-

cicio de sus potencias en soledad estudiosa encumbrara fuera del alcance de los reyes su felicidad presente y su inmortal nombradía. Al estudiar con atencion detenida, y quizás maliciosa, el conjunto de Juliano, echamos menos algun requisito, algun realce para la cabal perfeccion de su estampa. Era su númen menos poderoso y esclarecido que el de César; ni poseia tampoco la trascendencia consumada de Augusto. Aparecen las prendas de Trajano mas sólidas y naturales, y la filosofía de Marco mas sencilla y mas consiguiente; arrostró sin embargo Juliano la adversidad con entereza, y usó comedidamente de la prosperidad. Tras el plazo de ciento y veinte años de la muerte de Alejandro Severo, estuvieron los Romanos viendo un emperador que tomaba á recreo el desempeño de su cargo, y se afanaba por aliviar quebrantos y reanimar los pechos desalentados, esmerándose á toda hora en hermanar la autoridad con el mérito, y la dicha con la virtud. Hasta las facciones relijiosas tenian que reconocer la sobresalencia de su entendimiento, así para la paz como para la guerra; y venian á confesar suspirando que el apóstata Juliano era amante de su patria y merecia el imperio del orbe (85).

---

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimo segundo.

(1) Omnes qui plus poterant in palatio, adulandi professores jam docti, recte consulta, prospereque completa vertebant in deridiculum : talia sine modo strepentes insulse ; in odium venit cum victoriis suis; capella, non homo ; ut hirsutum Julianum carpentes, appellantesque loquacem talpam, et purpuratam simiam, et litterionem Græcum : et his congruentia plurima atque vernacula principi resonantes, audire hæc taliaque gestienti, virtutes ejus obruere verbis impudentibus conabantur, et segnem incessentes et timidum et umbratilem, gestaque secus verbis comptioribus exornantem. Amiano, XVII, 11. (*).

(*) Los filósofos se desquitaron de los cortesanos. Mario (dice Eunapio en un fragmento recientemente descubierto) acostumbraba llamar á su antagonista Sila, animal semi leon y semi zorra. Constancio nada tenia de leon, pero estaba rodeado de una bandada de zorras. Mai, Script. Byz. Nov. Col., II, 238. Niebuhr. Byzant. Hist. 66. M.

(2) Amiano, XVI, 12. El orador Temiscio (IV, p. 56, 57) creia todo cuanto contenian las cartas imperiales, dirijidas al senado de Constantinopla. Aurelio Victor, que publicó su Compendio en el último año de Constancio, atribuye las victorias en la Jermania á la *sabiduría* del emperador, y á la *fortuna* del César. Sin embargo, el historiador mereció poco despues, del favor ó aprecio de Juliano, que le erijiera una estatua de bronce, le cometiera el importante cargo consular de la segunda Panonia, y le nombrara prefecto de la ciudad. Ammian., XXI, 10.

(3) Callido nocendi artificio, accusatoriam diritatem laudum titulis peragebant..... Hæ voces fuerunt ad inflammanda odia probris omnibus potentiores. Véase á Mamertin, in Actione Gratiarum in Vet. Panegyr., XI, 5, 6.

(4) El cortísimo intervalo que puede mediar entre el *hyeme adulta* y el *primo vere* de Ammiano (XX, l. 4) en vez de dejar, suficiente espacio para una marcha de tres mil millas, haria las órdenes de Constancio tan estravagantes como eran injustas. Las tropas de la Galia no podian haber llegado á Siria hasta el fin del otoño. La memoria de Ammiano le hizo incurrir en una inexactitud, y su lenguaje es incorrecto. (*)

(5) Ammiano, XX, 1. El valor de Lupicino y sus conocimientos militares son confesados por el historiador; quien, en su lenguaje afectado, acusa al jeneral de encumbrarse sobre los cuernos de su orgullo, mujiendo con tono trájico, y escitando duda de si fué mas cruel ó avariento. De tanta importancia fué el peligro y tanto se temió de los Escoceses y Pictas, que Juliano tuvo intencion de pasar él mismo á la isla.

(6) Les otorgó el permiso del *cursus clavularis* ó *clabularis*. Estos carros de posta son muchas veces citados en el Código, y se supone que llevaban mil y quinientas libras de carga. Véase á Vales. ad Ammiano, XX, 4

(7) Probablemente el palacio de los baños *(Thermarum)*, del cual todavía existe un arco sólido y elevado en la calle de la Harpe. El edificio cubria gran parte del barrio moderno de la Universidad; y los jardines, en tiempo de los reyes Merovinjios, comunicaban con la abadía de

(*) El último editor de Amiano trata de vindicar á su autor del cargo de inexacto. «Evidente es, segun se desprende de la narracion, que Constancio tuvo la idea de pedirle sus tropas á Juliano, inmediatamente despues de la toma de Amida, en el otoño del año anterior, y trasmitió sus órdenes á la Galia, antes que se supiera que Lupicino habia pasado á la Bretaña con los Herulianos y Bátavos.» Wagner, nota á Amian., XX, 4. Pero tambien es cierto que las tropas se hallaban en sus cuarteles de invierno (hiemabant) cuando llegaron las órdenes. No puede escusársele á Amiano de inexactitud, á lo menos en su lenguaje.—M.

San Jerman de los Prados. Por las injurias del tiempo y los Normandos, este antiguo palacio quedó reducido en el siglo duodécimo á un monton de ruinas : cuyas oscuras revueltas eran el teatro de amores licenciosos.

Explicat aula sinus montemque amplectitur alis ;
Multiplici latebra scelerum tersura ruborem.
. . . . . . . pereuntis sæpe pudoris
Celatura nefas, Venerisque accommoda *furtis.*

(Estos versos son citados del Arquitrenio , l. IV , c. 8 , obra poética de Juan de Hauteville ó Hanville, relijioso de San Alban , en el año 1190. Véase la Historia de la Poesía inglesa por Warton , vol. I , disert. II). Sin embargo tales *robos* pudieran haber sido menos perniciosos para el jénero humano que las disputas teolójicas de la Sorbona , que desde entónces ocurrieron en el mismo local. Bonamy , Mem. de la Acad. , tom. XV, p. 678-682.

(8) Aun en este momento de tumulto , Julian paró la atencion en las fórmulas de una ceremonia supersticiosa, y rehusó obstinadamente el uso de mal agüero de un collar de mujer ó de caballo, que los soldados impacientes hubieran querido emplear en lugar de diadema.

(9) Una proporcion igual de oro y plata, cinco monedas del primero y una libra de la segunda, ascendiendo todo á unos quinientos reales.

(10) Por lo que toca á la narracion de esta revuelta, podemos apelar á los datos auténticos y orijinales : al mismo Juliano (ad S. P. Q. Atheniensem, p. 282, 283, 284) , Libanio (Orat. Parental., c. 44-48, en Fabricio Bibliot. Græc., tom. VII, p. 269-273) , Amiano ( XX, 4 ) , y Zósimo (l. III, p. 151, 152, 153), quien parece haber seguido en el reinado de Juliano, la autoridad mas respetable de Eunapio. Con tales guias *pudiéramos* no hacer caso de los compendiadores é historiadores eclesiásticos.

(11) Eutropio, testigo de crédito, emplea una espresion dudosa, «consensu militum» (X, 15). Gregorio Nazianzeno, cuya ignorancia pudiera escusar su fanatismo , acusa directamente al apóstata de presuncion , locura é impía rebelion, αὐθάδεια, ἀπόνοια, ἀσέβεια, Orat. , III , p. 67.

(12) Juliano, ad S. P. Q. Athen., p. 284. El devoto abate de la Bleterie ( Vida de Juliano, p. 159 ) está casi dispuesto á respetar las devotas protestas de un Pagano.

(13) Ammian., XX, 5, con la nota de Lindenbrojio sobre el Jenio del imperio. Juliano mismo, en una carta confidencial á su amigo y médico, Oribasio (Epist. XVII, p. 384) , habla de otro sueño , al cual daba crédito, antes del suceso, de un árbol majestuoso derribado al suelo , y de una pequeña planta, que echaba profundas raices en la tierra. Aun en

sueños, el ánimo del César debe haber estado ajitado con las esperanzas y temores de su fortuna. Zósimo (l. III, p. 155) refiere un sueño subsecuente.

(14) Tácito describe con maestría la difícil situacion del príncipe de un ejército rebelde (Hist. I, 80-85). Pero Oton era mucho mas delincuente y no tenia los conocimientos de Juliano.

(15) A esta epístola ostensible dice Amiano que añadió cartas particulares, objurgatorias et mordaces, que el historiador no habia visto y no hubiera publicado. Quizá nunca existieron.

(16) Véanse las primeras transacciones de su reinado, en Juliano ad S. P. Q. Athen., p. 285, 286. Ammiano, XX, 5, 8. Liban, Orat. Parent., c. 49, 50, p. 273-275.

(17) Liban., Orat. Parent., c. 50, p. 275, 276. Estraño desórden, pues que duró unos siete años. En las facciones de las repúblicas griegas, ascendieron los destierros á 20,000 personas; é Isócrates asegura á Filipo que fuera mas fácil levantar un ejército de los vagabundos que de las ciudades. Véanse los Ensayos de Hume, tom. I, p. 426, 427.

(18) Juliano (Epist. XXXVIII, p. 414) hace una breve descripcion de Vesoncio ó Besançon, una península peñascosa casi rodeada por el rio Doubs; antiguamente una magnífica ciudad, llena de templos, etc., ahora reducida á una pequeña villa, que se va levantando de sus ruinas.

(19) Vadomair entró al servicio de Roma, y fué elevado al grado militar de duque de Fenicia. Conservó aun el mismo carácter artificioso (Ammian., XXI, 4); pero en el reinado de Valente, se señaló por su vaor en la guerra armenia (XXIX, 1).

(20) Ammian, XX, 10, XXI, 3, 4. Zósimo, l. III, p. 155.

(21) Sus restos fueron enviados á Roma y sepultados junto á los de su hermana Constantina, en el arrabal de la *Via Nomentana*. Ammian., XXI, 1. Libanio ha compuesto una muy débil apolojía para justificar á su héroe de la muy absurda acusacion de haber envenenado á su mujer y recompensado á su médico con las joyas de su madre (Véase la séptima de las diez y siete nuevas oraciones, publicadas en Venecia, 1754, de un manuscrito de la biblioteca de San Marcos, p. 117-127). Elpidio, prefecto pretoriano del Oriente, á cuyo testimonio apela el acusador de Juliano, está culpado por Libanio de *afeminado* é ingrato: sin embargo, Jerónimo encomia la relijion de Elpidio (tom. I, p. 243), y Amiano su humanidad (XXI, 6).

(22) Feriarum die quem celebrantes mense Januario, Christiani *Epiphania* dictitant, progressus in eorum ecclesiam, solemniter numine orato discessit. Ammian., XXI, 2. Observa Zonaras que era dia de la Natividad de Cristo, y su aserto no es incompatible; porque las iglesias

en Ejipto, Asia y acaso Galia, celebraban el mismo dia (el 6 de enero) el nacimiento y bautismo de su Salvador. Los Romanos, tan ignorantes como sus hermanos de la verdadera fecha de su nacimiento, fijaron la festividad á 25 de diciembre, el *Brumalia* ó solsticio de invierno, cuando los Paganos celebraban anualmente el nacimiento del sol. Véanse las Antigüedades de la iglesia cristiana por Bingham, l. XX, c. 4; y Beausobre, Hist. crítica del Maniq., tom. II, p. 690-700.

(23) Las negociaciones públicas y secretas entre Constancio y Juliano han de estractarse con precaucion de Juliano mismo (Orat, ad S. P. Q. Athen., p. 286), Libanio (Orat. Parent., c. 51 p. 276), Amiano (XX, 9), Zósimo (l. III, p. 154), y aun Zonaras (tom. II, l. XIII, p. 20, 21, 22), quien, en esta ocasion, parece haber tenido y hecho uso de algunos buenos datos.

(24) Trescientas miriadas ó tres millones de *medimni*, medida para granos, familiar á los Atenienses y que contenia seis *modii* romanos. Juliano esplica, como soldado y estadista, el peligro de su situacion, y la necesidad y ventajas de una guerra ofensiva (ad S. P. Q. Athen., p. 286 287).

(25) Véase su oracion y la conducta de las tropas, en Ammian., XXI, 5.

(26) Rehusó con tono severo su mano al prefecto suplicante, á quien envió á Toscana (Amian., XXI, 5). Libanio insulta con frenético furor á Nebridio, aplaude á los soldados y casi censura la humanidad de Juliano (Orat. Parent., c. 53, p. 278).

(27) Amian., XXI, 8. Juliano obedeció en esta promocion la ley que públicamente se habia impuesto. Neque civilis quisquam judex nec militaris rector, alio quodam præter merita suffragante, ad potiorem veniat gradum (Amian., XX, 5). La ausencia no entibió su cariño á Salustio, con cuyo nombre honró el consulado (A. 363).

(28) Amiano (XXI, 8) atribuye el mismo manejo y motivo á Alejandro el Grande y á otros hábiles jenerales.

(29) Este bosque era parte de la gran selva Hercinia, que en tiempo de César se estendia desde el pais de los Rauracios (Basil) hasta las rejiones sin límites del Norte. Véase á Cluver., Jermania Antigua, l. III, c. 47.

(30) Compárese á Libanio, Orat. Parent., c. 53, p. 278, 279, con Gregorio Nazianzeno, Orat. III, p. 68. Aun el santo se admira de la rapidez y reserva de su marcha. Un teólogo moderno pudiera aplicar á los adelantos de Juliano los versos que fueron orijinalmente escritos para otro apóstata.

So eagerly the fiend,
O'er bog, or steep, through strait, rough, dense, or rare,
With head, hands, wings, or feet, pursues his way,
And swims, or sinks, or wades, or creeps, or flies.

(31) En este intervalo la *Notitia* coloca dos ó tres escuadras, la Lauriacense (en Lauriaco ó Lorch), la Arlapense, la Majinense; y habla de cinco lejiones ó cohortes de Liburnarios, que debian ser una especie de marinos. Sect. LVIII, edit. Labb.

(32) Zósimo solo (l. III, p. 156) ha especificado esta circunstancia interesante. Mamertino (in Panegyr. Vet., XI, 6, 7, 8), que acompañó á Juliano, con el título de conde de las liberalidades sagradas, describe este viaje de un modo florido y pintoresco, desafía á Triptolemo y los Argonautas de la Grecia, etc.

*(a) Banostar. Mannert.*—M.

(33) La descripcion de Amiano, que pudiera sostenerse con testimonios colaterales, indica la situacion precisa de los *Angustiæ Succorum* ó desfiladeros de Succi. M. d'Anville los ha colocado entre Sárdica y Naiso, por una pequeña semejanza de nombres. He tenido que mentar para mi justificacion el único error que he descubierto en los mapas ó escritos de aquel admirable jeógrafo.

(34) Cualesquiera que sean las circunstancias que en otras partes podemos tomar, Amiano (XXI, 8, 9, 10) aun nos proporciona los datos de la narracion.

(35) Amian., XXI, 9, 10. Libanio, Orat. Parent., c. 54, p. 279, 280. Zósimo, l. III, p. 156, 157.

(36) Juliano (ad S. P. Q. Athen., p. 286) asegura positivamente que interceptó las cartas de Constancio á los Bárbaros; y Libanio tambien afirma que se las leyó á las tropas y poblaciones de su tránsito. Sin embargo, Amiano (XXI, 4) se espresa con una fria y cándida incertidumbre, si *famæ* solius admittenda est fides. Con todo habla de una carta de Vadomair á Constancio, que se interceptó, la cual hace suponer una íntima correspondencia entre ellos: «Cæsar tuus disciplinam non habet.»

(37) Zósimo hace mencion de sus epístolas á los Atenienses, Corintios, y Lacedemonios. Probablemente la sustancia era la misma, aunque el encabezamiento estaba convenientemente variado. Aun existe la epístola á los Atenienses (p. 268-287), y de ella se han sacado datos muy importantes. El abate de la Bleterie hace gran elojio de ella (Pref. á la Hist. de Joviano, p. 24, 25), y en efecto es uno de los mejores manifiestos que se han escrito.

(38) *Auctori tuo reverentium rogamus*. Amian., XXI, 10. Bastante

divertido es observar los conflictos secretos del senado entre la adulacion y el temor. Véase á Tácit., Hist., I, 85.

(39) Tanquam venaticiam prædam caperet: hoc enim ad leniendum suorum metum subinde prædicabat. Amian., XXI, 7.

(40) Véanse el discurso y preparativos en Amiano, XXI, 13. El vil Teodoto imploró despues y alcanzó su perdon del clemente emperador, quien manifestó su deseo de disminuir el número de sus enemigos y aumentar el de sus amigos (XXII, 14).

(41) Amian., XXI, 7, 11, 12. Parece describir con superfluo trabajo las operaciones del sitio de Aquileya, que sostuvo en esta ocasion su nombradía de inexpugnable. Gregorio Nazianzeno (Orat. III, p.68) atribuye esta revuelta accidental á la sabiduría de Constancio, cuya victoria segura anuncia con algunos visos de verdad. Constantio quem credebat procul dubio fore victorem: nemo enim omnium tunc ab hac Constanti sententia discrepabat. Amian., XXI, 7.

(42) Amiano bosqueja con exactitud su muerte y carácter (XXI, 14, 15, 16); y estamos autorizados para despreciar y odiar la necia calumnia de Gregorio (Orat. III, p.68), quien acusa á Juliano de procurar la muerte de su bienhechor. El arrepentimiento privado del emperador, por haber perdonado y promovido á Juliano (p. 69, y Orat. XXI, p. 389), no es en sí improbable, ni incompatible con el testamento público verbal, que consideraciones prudentes pudieran haber dictadc en los postreros momentos de su vida (*).

(43) Al describir el triunfo de Juliano, Amiano (XXII, 1, 2) se remonta al tono elevado de un orador ó poeta; mientras qne Libanio (Orat. Parent., c. 56, p. 281) desciende á la grave sencillez del historiador.

(44) Los funerales de Constancio están descritos por Amiano (XXI, 16), Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 119), Mamertino (in Panegyr. Vet,, XI, 27), Libanio (Orat. Parent., c. LVI, p. 283), y Filostorjio (l. VI, c. 6, con las Disertaciones de Gofredo, p. 265). Estos escritores y sus secuaces, paganos, católicos, arrianos, contemplaron de muy distinto modo al emperador muerto y al vivo.

(45) No se sabe de fijo el dia y año del nacimiento de Juliano. El dia es probablemente el 6 de noviembre, y el año debe ser el de 331 ó 332. Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 693. Ducange, Fam. Byzantin., p. 50. He preferido la primera fecha.

(46) Juliano mismo (p. 253-267) ha espresado estas ideas filosóficas con

(*) Wagner cree que este súbito cambio de sentimientos es enteramente una ficcion de los cortesanos agregados y jefes del ejército, que hasta entónces habian estado hostiles á Juliano. Nota in loco. Amiano.—M.

mucha elocuencia y alguna afectacion en una epístola muy estudiada á Temiscio. El abate de la Bleterie (tom. II, p. 146-193), que la tradujo elegantemente, está dispuesto á creer que era el célebre Temiscio, cuyas oraciones se conservan aun.

(47) Julian. ad Themist., p. 258. Petavio (not., p. 95) observa que este pasaje está tomado del libro cuarto De Legibus; pero ó Juliano citaba de memoria ó sus manuscritos eran diferentes de los nuestros. Con igual reflexion empieza Jenofonte la Ciropedia.

(48) Ὁ δὲ ἄνθρωπον κελεύων ἄρχειν, προστίθησι καὶ θήριον, Arist. ap. Julian., p. 261. El manuscrito de Vosio, no satisfecho con una sola fiera, proporciona la mas fuerte lectura de θήρια, que puede afianzar la esperiencia del despotismo.

(49) Libanio (Orat. Parentalis, c. LXXXIV, LXXXV, p. 310, 311, 312) ha dado este interesante pormenor de la vida privada de Juliano. El mismo (en Misopogon., p. 350) hace mencion de su dieta vejetal y critica el grosero y sensual apetito del pueblo de Antioquía.

(50) Lectulus...... Vestalium toris purior, es el elojio que Mamertino (Panegyr. Vet., XI, 13) dirije á Juliano mismo. Libanio asegura en lenguaje compendioso que Juliano no tuvo trato con ninguna mujer antes de su matrimonio ó despues de la muerte de su esposa (Orat. Parent., c. LXXXVIII, p. 313). Confirman la castidad de Juliano el testimonio imparcial de Amiano (XXV, 4) y el silencio parcial de los Cristianos. Sin embargo Juliano recalca con ironía en el dicho del pueblo de Antioquía, de que *casi siempre* (ὡς ἔπιπαν, en Misopogon, p. 345) se acostaba solo. El abate de la Bleterie (Hist. de Joviano, tom. II, p. 103-109) esplica esta espresion sospechosa con candor é injenuidad.

(51) Véase Salmasius ad Sueton. in Claud., c. XXI. Una vijésima quinta corrida, ó *missus*, se añadió para completar el número de cien carros, cuatro de los cuales, cada uno de un color, partian cada vez.

Centum quadrijugos agitabo ad flumina currus.

Al parecer, daban cinco ó siete vueltas al rededor de la *Meta* (Sueton. in Domitian., c. 4); y, segun la medida del Circo Máximo en Roma, el Hipodromo en Constantinopla, etc. podia tener unas cuatro millas de circuito.

(52) Julian. en Misopogon., p. 340. Julio César habia ofendido al pueblo romano leyendo sus despachos durante la corrida actual. Augusto, para prestarse á la aficion de sus súbditos, ó quizá cediendo á la suya, ponia la mayor atencion en los importantes negocios del Circo, á los que le arrastraba su carácter. Sueton. in August., c. XIV.

(53) Describen la reforma del palacio Amiano (XXII, 4), Libanio, (Orat. Parent., c. LXII, p. 288, etc.), Mamertino (in Panegyr. Vet., XI, 11), Sócrates (l. III, c. 1), y Zonaras (tom. II, l. XIII, p. 24).

(54) Ego non *rationalem* jussi sed tonsorem acciri. Zonaras emplea la imájen menos natural de un *senador*. Sin embargo un empleado de hacienda que estaba satisfecho con sus riquezas podia desear y obtener los honores del senado.

(55) Μαγείρους μὲν χιλίους, κουρέας δέ οὐκ ἐλάττους, οἰνοχόους δὲ πλείους, σμήνη τραπεζοποιῶν, εὐνούχους ὑπερτὰς μυίας παρὰ τοῖς ποιμέσιν ἐν ἦρι, son las palabras orijinales de Libanio, que he citado fielmente para que no se sospechara que habia exajerado los abusos de la casa real.

(56) Las espresiones de Mamertino son vivas y fuertes. Quin etiam prandiorum et cænarum laboratas magnitudines Romanus populus sensit; cum quæsitissimæ dapes non gustu sed difficultatibus estimarentur; miracula avium, longinqui maris pisces, alieni temporis poma, estivæ nives, hybernæ rosæ.

(57) Sin embargo Juliano fué acusado de regalar ciudades enteras á los eunucos (Orat. VII contra Polyclet., p. 117-127). Libanio se contenta con negar el hecho de un modo frio, pero positivo, que parece corresponder mas á Constancio. Con todo, esta acusacion puede aludir á alguna circunstancia desconocida.

(58) En el Misopogon (p. 338, 339) hace un retrato muy estraño de sí mismo, y estas palabras son características; αὐτὸς προσέθεικα τὸν βαθὺν τουτονὶ πώγωνα... ταῦτά τοι διαθεόντων ἀνέχομαι τῶν φθειρῶν ὥςπερ ἐν λόχμῃ τῶν θηρίων. Los amigos del abate de la Bleterie le suplicaron, en nombre de la nacion francesa, que no tradujera este pasaje, tan ofensivo para su delicadeza (Hist. de Joviano, tom. II, p. 94). Como él, me he contentado con una alusion transitoria; pero el animalito que *nombra* Juliano, es una fiera familiar al hombre, y significa amor.

(59) Juliano, epist. XXIII, p. 389. Emplea las palabras πολυκέφαλα ὕδραν, al escribir á su amigo Hermójenes, quien estaba familiarizado como él con los poetas griegos.

(60) Debe distinguirse cuidadosamente á los dos Salustios, el prefecto de la Galia, y el del Oriente (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 696). He empleado el sobrenombre de *Secundus*, como un epiteto conveniente. El segundo Salustio mereció el aprecio de los Cristianos mismos; y Gregorio Nazianzeno, que vituperaba su relijion, ha celebrado sus virtudes (Orat. III, p. 90). Véase una nota curiosa del abate de la Bleterie, Vida de Juliano, p. 363 (*).

(*) Gibbonus secundum habet pro numero, quod tamen est viri agnomen.

(61) Mamertino elojia al emperador (XI, 1) porque confiere los cargos de Tesorero y Prefecto á un hombre de saber, firmeza, integridad, etc. como él. Sin embargo Amiano lo pone en la clase de los ministros de Juliano (XXI, 1), quorum merita norat et fidem.

(62) Amiano refiere los procedimientos de este tribunal de justicia (XXII, 3), y Libanio lo encomia (Orat. Parent., c. 74, p. 299, 300).

(63) Ursuli vero necem ipsa mihi videtur flesse justitia. Libanio, que imputa su muerte á los soldados, trata de acriminar al conde de las liberalidades.

(64) Tal era el respeto que aun se profesaba á los nombres venerables de la república, que el público quedó sorprendido y escandalizado de oir á Tauro citado como un delincuente bajo el consulado de Tauro. La citacion de su colega Florencio fué probablemente diferida hasta el principio del año siguiente.

(65) Amian., XX, 7.

(66) En cuanto al crímen y castigo de Artemio, véase á Juliano (Epist. X, p. 379), y Amiano (XXII, 6, y Vales ad loc.). El mérito de Artemio, que derribó templos y fué condenado á muerte por un apóstata, ha inducido á que las iglesias griegas y latinas le honraran como á mártir. Pero como la historia eclesiástica asegura que fué, no solo un tirano, sino un Arriano, no es del todo fácil justificar esta indiscreta promocion. Tillemont, Mem. Ecles., tom. VII, p. 1319.

(67) Véase á Amian., XXII, 6, y Vales. ad locum; y el Código Teodos., l. II, tit. XXXIX, l. I; y el Comentario de Gofredo, tom. I, p. 218, ad locum.

(68) El presidente Montesquieu (Consideraciones sobre la grandeza, etc. de los Romanos, c. XIV; en sus obras, tom. III, p. 448, 449), disculpa esta minuciosa y absurda tiranía, suponiendo que las acciones mas indiferentes á nuestros ojos pudieran escitar en un ánimo romano la idea del crímen y del peligro. Sostiene esta estraña apolojía con una rara interpretacion de las leyes inglesas, «en una nacion..... en que está prohibido brindar á la salud de cierta persona.»

(69) La clemencia de Juliano y la conspiracion tramada contra su vida en Antioquía se hallan descritas por Amiano, (XXII, 9, 10, y Vales. ad loc.) y Libanio (Orat. Parent., c. 99, p. 323).

(70) Segun algunos, dice Aristóteles (como le cita Juliano ad Themist., p. 261), la forma del gobierno absoluto, el παμβασίλεια, es contrario á la naturaleza. Sin embargo, así el príncipe como el filósofo procuraron en-

Wagner. Nota in loc. Amm. No es una equivocacion; mas bien es un error de gusto. Wagner se inclina á hacer recaer el crímen principal sobre Arbecio—.M.

volver esta verdad eterna en una mañosa y estudiada oscuridad.

(71) Este sentimiento está casi espresado con las palabras mismas de Juliano. Amian., XXII, 10.

(72) Libanio (Orat. Parent., c. 95, p. 320), que indica el deseo y proyecto de Juliano, insinúa con lenguaje misterioso (θεῶν οὕτω γνόντων... ἀλλ ἦν ἀμείνων ὁ κωλύων), que el emperador se contuvo á consecuencia de alguna revelacion particular.

(73) Juliano in Misopogon, p. 343. Como nunca anuló por una ley pública los altivos epitetos de *Déspota* ó *Dominus*, todavía existen en sus medallas (Ducange, Fam. Byzantin., p. 38, 39); y el descontento que hacia estudio en espresar particularmente solo dió un tono diferente á la bajeza de la corte. El abate de la Bleterie (Hist. de Joviano, tom. II, p. 99-102) ha seguido curiosamente el oríjen y progreso de la palabra *Dominus* bajo el gobierno imperial.

(74) Amiano, XXII, 7. El cónsul Mamertino (in Panegyr. Vet., XI, 28, 29, 30) celebra el dia venturoso, como un elocuente esclavo, sorprendido y embriagado con la condescendencia de su señor.

(75) Las leyes de las doce tablas condenaban la sátira personal:

> Si male condiderit in quem quis carmina, jus est,
> Judiciumque —
>
> Horat., Sat. II, l. 82.

Juliano (in Misopogon, p. 337) se reconoce sujeto á la ley; y el abate de la Bleterie (Hist. de Joviano, tom. II, p. 92) ha acojido con afan una declaracion tan grata á su sistema y á la verdadera mente de la constitucion imperial.

(76) Zósimo, l. III, p. 158.

(77) Ἡ τῆς βουλῆς ἴσχυς, ψυχὴ πόλεως ἐστιν. Véase á Libanio (Orat. Parent., c. 71, p. 296), Amiano (XXII, 9), y el Código Teodosiano (l. XII, tit. I, leg. 50-55), con los Comentarios de Gofredo (tom. IV, p. 390-402). Sin embargo, todo el asunto de la *Curia*, á pesar de muy estensos datos, permanece aun el mas oscuro en la historia legal del imperio.

(78) Quæ paulo ante arida et siti anhelantia visebantur, ea nunc perlui, mundari, madere; Fora, Deambulacra, Gymnasia, lætis et gaudentibus populis frequentari; dies festos, et celebrari veteres, et novos in honorem principis consecrari (Mamertin., XI, 9). Restauró particularmente la ciudad de Nicópolis y los juegos actiacos, que habian sido instituidos por Augusto.

(79) Julian, Epist. XXXV, p. 407-411. El abate de la Bleterie omite esta epístola, que ilustra el siglo decadente de la Grecia; y el traductor latino la ha desfigurado de un modo estraño, pues interpretando ἀτέλεια, por *tributum*, y ἰδίωται por *populus*, espresa contradictoriamente el sentido del orijinal.

(80) Reinó en Micenas, á distancia de cincuenta estadios ó seis millas de Argos; pero los poetas griegos confunden estas ciudades, que florecieron á su vez. Estrabon, l. VIII, p. 579, edic. Amstel, 1707.

(81) Marsham, Canon. Chron., p. 421. Esta jenealojía de Temeno y Hércules puede ser sospechosa; sin embargo fué otorgada por los jueces de los juegos olímpicos despues de un severo exámen (Herodoto, l. V, c. 22) en una época en que los reyes de Macedonia eran oscuros y no tenian popularidad en la Grecia. Cuando la coligacion aquea se declaró contra Filipo, se creyó decoroso que los diputados de Argos se retiraran (T. Liv. XXXII, 22).

(82) Libanio, que enumera los oradores de Homero, celebra su elocuencia (Orat. Parent., c. 75, 76, p. 300, 301). Sócrates (l. III, c. 1) ha asegurado inconsideradamente que Juliano fué el único príncipe, desde Julio César, que arengó al senado. Todos los predecesores de Neron (Tacit. Annal. XIII, 3), y muchos sucesores suyos, poseyeron la facultad de hablar en público, y pudiera probarse con varios ejemplos que la ejercieron frecuentemente en el senado.

(83) Amiano (XXI, 10) ha especificado imparcialmente los méritos y defectos de sus procedimientos judiciales. Libanio (Orat. Parent., c. 90, 91, p. 315, etc.) ha visto solo las cosas bajo su mejor aspecto, y su cuadro, si adula la persona, espresa á lo menos los deberes del juez. Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 120), que calla las virtudes y exajera aun las faltas veniales del Apóstata, pregunta con tono de triunfo: ¿Si semejante juez podia sentarse en los Campos Eliseos entre Minos y Radamanto?

(84) Cincuenta y cuatro de las leyes que espidió Juliano durante un reinado de diez y seis meses se hallan comprendidas en los códigos de Teodosio y Justiniano (Gofredo Chron. Legum, p. 64-67). El abate de la Bleterie (tom. II, p. 329-337) ha escojido una de estas leyes para dar una idea del estilo latino de Juliano, que es forzado y estudiado, pero menos puro que su griego.

(85)
. . . . . . . Ductor fortissimus armis;
Conditor et legum celeberrimus; ore manuque
Consultor patriæ; sed non consultor habendæ
Religionis; amans tercentum millia Divum.
Perfidus ille Deo, sed non et perfidus orbi.

Prudent. Apot. 450.

Parece como si la conciencia de un sentimiento jeneroso hubiera elevado al poeta cristiano sobre su medianía acostumbrada.

# CAPITULO XXIII.

*Relijion de Juliano.—Tolerancia universal.—Entabla el restablecimiento y la reforma del culto pagano.—Reedificacion del templo de Jerusalen.—Su persecucion artificiosa de los Cristianos.—Acaloramiento é injusticia mutua.*

Lastimado vino á quedar el concepto de Juliano con la mengua de apóstata, y el entusiasmo que nublaba sus prendas abultó la trascendencia efectiva ó aparente de sus errores. Nuestra ignorancia parcial puede retratarlo como un monarca afilosofado, que se esmeraba en resguardar con igual ahinco los bandos relijiosos del imperio, y amansar el fervor calenturiento que inflamaba los ánimos desde los edictos de Diocleciano hasta el destierro de Atanasio. Internándonos mas en la índole y conducta de Juliano, vendrémos á desprendernos de esta aprension favorable por un príncipe que adoleció del contajio de su tiempo. Nos cabe la preciosa ventaja de comparar las pinceladas opuestas de sus enamorados celebradores con las de sus enemigos implacables. Un historiador ajuiciado y candoroso, contemplador imparcial de su vida y muerte, va refiriendo fielmente el pormenor de sus acciones, y el testimonio unánime de sus contemporáneos se corrobora con las declaraciones públicas y privadas del mismo emperador; y luego sus diferentes escritos espresan el rumbo invariable de sus impulsos relijiosos, que la política debia inclinarle á encubrir mas bien que á aparentar. El apego sincero y fervoroso á los dioses de Aténas y de Roma era la pasion dominante de Juliano (1); los alcances de un entendimiento despejado venian á imposibilitarse con el influjo de sus preocupaciones supersticiosas; y los vestiglos que tan solo existian en la idea del emperador surtian efecto real y pernicioso para el réjimen del imperio. El zelo vehemente de los Cristianos, que menospreciaban el culto y derribaban las aras de aquellas deidades soñadas, comprometian á su idólatra emperador en su hostilidad irreconciliable, con una porcion muy crecida de súbditos, y aun á veces se mostraba en ademan, con el anhelo de la victoria y el sonrojo de un desaire, de atropellar las leyes de la cordura y de la misma justicia. El triunfo del partido que abandonó y contrarestó ha estampado un borron sobre el nombre de Juliano; y el malhadado apóstata queda postrado por el raudal de baldones y denuestos devotos cuyo pregonero mayor fué, con su clarin retumbante (2), Gregorio Nazianzeno (3). El jaez de los acontecimientos interesantes que se agol-

paron en el corto reinado de este emperador activo merece relacion estensa y circunstanciada ; y así sus móviles , sus conceptos y sus acciones, en cuanto se enlazan con la historia de la relijion , serán la materia del capítulo presente.

La causa de su estraña é infausta apostasía asoma ya desde su primera mocedad, huérfano todavía en manos de los matadores de su familia. Asociáronse en su fantasía juvenil las especies y nombres de Cristo y de Constancio, y de esclavitud y relijion, impresionándole sobremanera. Eusebio , obispo de Nicomedia (4), fué su ayo , como emparentado con él por parte de su madre , y hasta la edad de veinte años , la educacion de Juliano , al cargo de un prelado , no fué de un héroe , sino de un santo. El emperador , menos afanado por coronas celestiales que por la terrestre , se contentó con la escasa enseñanza de catecúmeno , concediendo la gracia del bautismo (5) á los sobrinos de Constantino (6). Admitióseles en los cargos ínfimos del órden eclesiástico ; y Juliano estuvo leyendo la sagrada Escritura en la iglesia de Nicomedia. Dedicábanse esmeradamente al estudio de la relijion, que al parecer iba produciendo lindos frutos de fe y de santidad (7). Oraban , ayunaban, repartian limosnas á los menesterosos , dádivas al clero y ofrendas en los túmulos de los mártires ; y el monumento esplendoroso á San Mamés en Cesarea fué levantado , ú por lo menos emprendido á impulsos de Galo y de Juliano juntos (8). Conversaban acatadamente con los obispos eminentes en relijiosidad , y andaban en pos de bendiciones de monjes y ermitaños que habian planteado en Capadocia las penalidades voluntarias de la vida mística (9). Al entrar ambos príncipes en la mocedad provecta, fueron manifestando en sus afanes relijiosos la diferencia de sus ánimos. El sandio y empedernido Galo se empapó todo en las doctrinas del Cristianismo , sin que influyesen jamás en su conducta , ni enfrenasen sus pasiones. La índole apacible del hermano menor era mas avenible con los preceptos del Evanjelio, y su curiosidad sedienta pudiera complacerse con un sistema teolójico que esplica la esencia misteriosa de la Divinidad, y desarrolla la interminable perspectiva de mundos invisibles y venideros. Mas el ánimo independiente de Juliano se desmandaba con los requisitos de la relijion impuestos altaneramente por sus ministros. Daban á sus opiniones especulativas fuerza de leyes , resguardadas con el terror de castigos sempiternos ; mas al formalizar la pauta estrecha á los pensamientos , palabras y obras del príncipe mancebo ; al acallar sus reparos y atajar el raudal de sus preguntas con enfado , estaban en su interior estimulando su independencia jenial para desentenderse de sus ayos eclesiásticos. Educóse en el Asia Menor entre los escándalos de la contienda arriana (10) y las reyertas desaforadas de los obispos orientales. Las alteraciones incesantes de sus credos y los motivos profanos que disponian de su conducta fueron por puntos fomentan-

do la preocupacion de Juliano sobre que ninguno de ellos entendia ni creia la relijion por la que estaban batallando. En vez de dar oidos á las pruebas del Cristianismo con aquella atencion favorable que corrobora el testimonio mas terminante, recibia con desconfianza y altercaba con empeño y travesura acerca de doctrinas que le merecian una aversion insuperable. En atareando á los príncipes mozos con alguna composicion sobre las controversias dominantes, abogaba siempre Juliano por el paganismo, pretestando airosamente que defendiendo la causa desvalida, daba campo mas grandioso á su injenio y literatura.

Revestido ya Galo con la púrpura, pudo Juliano respirar otro ambiente mas desahogado y esplayarse por su instruccion y por su paganismo (11). La caterva de sofistas que iba acudiendo á la propension y liberalidad del alumno rejio hermanaba estrechamente la literatura con la relijion de la Grecia; y los poemas de Homero, en vez de aclamarse como partos del injenio humano, se ensalzaban formalmente como inspiraciones celestiales de Apolo y las Musas. Estámpanse con efecto en el ánimo las Deidades del Olimpo, retratadas al vivo por el poeta inmortal que arrolla la incredulidad. Nuestro conocimiento familiar de sus nombres, índoles, estampa y atributos apersonan al *parecer* aquellas entidades aereas con existencia efectiva y corporal; y el embeleso halagüeño va labrando una avenencia confusa y momentánea con aquellas fábulas tan ajenas de la racionalidad y de la esperiencia. Todo contribuia, en tiempo de Juliano, para ilusar la fantasía: los templos aparatosos de Grecia y Asia; las obras de aquellos artífices que en pintura y escultura habian patentizado los conceptos sobrehumanos del poeta; el boato de las festividades y sacrificios; el arte feliz de la adivinacion; las tradiciones populares de oráculos y portentos, y la práctica inveterada de dos mil años. Quedaba hasta cierto punto disculpada la flaqueza del politeismo con la moderacion de sus demandas, y la devocion de los paganos se hacia muy compatible con el escepticismo mas licencioso (12). En vez del sistema ajustado y cabal que abarca toda la estension del ánimo creyente, constaba la mitolojía griega de porciones desatadas y flexibles; de modo que un idólatra era árbitro en deslindar y tasar los grados de su creencia. Inmenso era el credo que se labró Juliano á su antojo; y con una contradiccion estraña, desechaba el yugo benéfico del Evanjelio, y rendia en holocausto voluntario su entendimiento ante las aras de Júpiter y de Apolo. Consagra Juliano una de sus oraciones al obsequio de Cibéles, madre de los dioses, que requeria de sus afeminados sacerdotes el sacrificio sangriento tan temerariamente ejecutado por el desvarío del mancebo frijio. Allánase el crédulo emperador á referir, sin sonrojo y sin sonrisa, el viaje de la diosa desde las costas de Pérgamo á la embocadura del Tiber, y el milagro que probó al senado y pueblo romano que el terron ó amasijo de barro que sus em-

bajadores les habian traido surcando los mares estaba dotado de vida, sensacion y potestad sobrehumana (13). En comprobacion del portento, acude á los monumentos públicos de la ciudad, y zahiere con alguna mordacidad el gusto estragado de cuantos andaban neciamente escarneciendo las tradiciones sagradas de sus antepasados (14).

Mas el devoto filósofo, que se encariñó y se acaloró con la supersticion del pueblo, se reservaba para sí mismo el privilejio de una interpretacion anchurosa, y se internó calladamente desde el pié de las aras hasta el santuario del templo. La estravagancia de la mitolojía griega pregonaba que el místico escudriñador, en vez de escandalizarse ó satisfacerse con el sentido literal, debia eficazmente buscar la sabiduría encubierta y disfrazada por la cuerda antigüedad bajo los visos de la fábula y la locura (15). Los filósofos de la escuela platónica (16), Plotino, Porfirio, y el divino Iámblico, se decantaban como sumos maestros en la ciencia alegórica, que se afanaba en suavizar y entonar las facciones desencajadas del paganismo. El mismo Juliano, amaestrado en la pesquisa misteriosa por Edesio, sucesor venerable de Iámblico, aspiraba á poseer una preciosidad que conceptuaba, segun sus protestas solemnes, muy sobrepujante al imperio del orbe (17). Era por cierto una preciosidad cuyo valor estaba todo cifrado en la opinion; y todo artífice engreido de haber purificado el esquisito mineral de sus escorias alegaba igual derecho para imponerle el nombre y la estampa que mas le cuadrase. Quedaba ya esplicada la fábula de Atis y Cibéles por Porfirio; mas sus tareas solo sirvieron para estimular el relijioso ahinco de Juliano, que inventó y publicó su propia alegoría de aquella mística y antigua conseja. Este ensanche de interpretacion, que halagaba el engreimiento de los platónicos, patentizaba la vanidad de su arte. No puede un moderno enterarse, sin un menudo pormenor, de las inconexas alusiones, las etimolojías violentas, fruslerías ostentosas y lobreguez inesplicable de aquellos sabios, que se empeñaban en revelar el sistema del universo. Por cuanto las tradiciones de la teolojía pagana se andaban refiriendo con variedad, los intérpretes sagrados tenian en su mano el entresacar las circunstancias que les acomodaban; y como tenian que descifrar un texto arbitrario, podian estractar de *cualquiera* fábula *cualquier* sentido mas conforme á su sistema predilecto de relijion ó de filosofía. La vista, de suyo lasciva, de una Vénus desnuda venia á desencajarse con el apunte de algun pretesto moral, ó de alguna verdad física, y la castracion de Atis esplicaba la revolucion del sol entre los trópicos, ó el desvio del alma racional de todo vicio y error (18).

Parece que el sistema teolójico de Juliano contenia los principios sublimes y trascendentales de la relijion natural; mas como la fe que carece de revelacion anda desde luego incierta, el alumno de Platon vino torpemente á tropezar en la supersticion vulgar; y el concepto popular y

filosófico de la divinidad se equivocó en la práctica, en los escritos, y aun en la idea de Juliano (19). Reconocia y adoraba el devoto emperador la causa sempiterna del universo, suponiéndole todas las perfecciones de su naturaleza infinita, invisible á los ojos é inaccesible al entendimiento de los endebles mortales. Habia el Dios supremo creado, ú mas bien, segun el lenguaje de Platon, enjendrado la gradería de espíritus subordinados, dioses, demonios, héroes y hombres; y cuantos séres eslabonaban inmediatamente su existencia con la causa primera lograban el don inherente de la inmortalidad. Para que nunca desmereciese preciosidad tan esclarecida, confió el Criador á los alcances y potestad de los dioses inferiores el cargo de labrar el cuerpo humano, y de entonar la armonía primorosa de los reinos animal, vejetal y mineral. Entregó el desempeño de este ínfimo mundo á aquellos subdelegados ó ministros divinos; mas no es tan cabal su réjimen que carezca de discordias y desaciertos. Están la tierra y sus moradores repartidos entre ellos; y la índole de Marte ó Minerva, Mercurio ó Vénus, se rastrea y deslinda desde luego en las leyes y costumbres de sus devotos particulares. Mientras nuestras almas inmortales están acá encerradas en una cárcel mortal, es interés nuestro y aun obligacion el galantear las finezas y amansar las iras de las potestades celestes, cuyo orgullo se regala con la devocion de las jentes, y cuya porcion mas material parece que se alimenta un tanto con la humareda de los sacrificios (20). Allánanse á veces los dioses inferiores á animar las estatuas y á morar en los templos dedicados á su obsequio. Tal vez andaban visitando la tierra; mas eran los cielos el solio adecuado y el símbolo de su gloria. El jiro invariable del sol, de la luna y de las estrellas era para Juliano una prueba de su duracion *eterna*; y su eternidad era un testimonio patente de que eran artefactos, no de una deidad inferior, sino del Soberano todopoderoso. En concepto de los platónicos, el mundo visible era el prototipo del invisible, y los cuerpos celestiales, como empapados en el espíritu divino, pudieran considerarse los objetos mas dignos del culto relijioso. El sol, cuyo vital influjo penetra y mantiene el universo, era muy acreedor á la adoracion del jénero humano, como representante esclarecido del Logos, traslado vivo, intelijente y benéfico del Padre sapientísimo (21).

En todos tiempos, en careciendo de inspiracion jenuina, se acude á las ilusiones vehementes del entusiasmo y á las artes mímicas de la impostura; y si en la época de Juliano se practicaban tales arterías en apoyo de su causa moribunda, cabe guardar algun comedimiento con el interés y la costumbre de la índole sacerdotal. Mas no deja de pasmar y escandalizar el que los mismos filósofos hayan venido á contribuir para embelesar la supersticiosa credulidad de las jentes, y que los platónicos modernos (22) hayan acudido á la majia y teurjía para sostener

los misterios griegos. Empeñábase su arrogancia en contrarestar el órden de la naturaleza, en escudriñar los secretos del porvenir, en avasallar y emplear á los demonios inferiores, en lograr la vista y la conversacion de los dioses superiores, y desenlazando el alma de sus vínculos corporales, embeber aquella partícula inmortal con el espíritu infinito y divino.

La curiosidad devota y valiente de Juliano esperanzó á los filósofos con una conquista llana, y que el encumbramiento del jóven novicio pudiera acarrearles consecuencias muy importantes (23). Imbuyóse Juliano en la cartilla de la doctrina platónica por boca de Edesio, que habia establecido en Pérgamo su escuela perseguida y errante; pero como las fuerzas quebrantadas de aquel sabio venerable desdecian del enardecimiento, el ahinco y la prontitud comprehensiva de su alumno, dos de sus discípulos mas sobresalientes, Crisantes y Eusebio, suplieron á su instancia á su anciano maestro. Parece que estos filósofos promediaron su enseñanza por sus respectivos ramos, é idearon estudiadamente, con especies sueltas y contiendas aparejadas, ir fogueando mas y mas las esperanzas inquietas del *aspirante*, hasta ponerlo en manos de su socio Máximo, el denodado y sumo maestro de la ciencia mística. Quedó por sus manos reservadamente iniciado Juliano en Efeso, á la edad de veinte años, y con su residencia en Aténas, fué mas eficazmente estrechando aquella hermandad tan monstruosa de la filosofía con la supersticion. Logró la regalía de una iniciacion solemne en los misterios de Eleusis, que, en medio de la decadencia jeneral del culto griego, conservaban todavía ciertos rastros de su santidad primitiva; y tal era el fervor de Juliano, que convidó despues al pontífice eleusino á la corte de la Galia, con el único objeto de consumar con ritos y sacrificios místicos la suma empresa de su santificacion. Por cuanto se verificaban aquellas ceremonias en lo mas recóndito de las cuevas y en el silencio de la noche, y como la reserva de los iniciados conservaba inviolablemente el sijilo de los misterios, no me adelantaré á describir los estruendos horrorosos y apariciones de fuego que se ofrecian á los sentidos ó á la imajinacion del crédulo aspirante (24), hasta que las visiones consoladoras é instructivas acudian centelleando con ráfagas celestiales (25). El ánimo de Juliano se embriagó en las cuevas de Efeso y de Eleusis con sincero, grandioso y perpetuo entusiasmo; aunque solia tambien asomar con alternativas de hipocresía y engaño piadoso, que puede advertirse ó sospecharse á lo menos en los estremos del fanático mas concienzudo. Desde el punto en que consagró su vida al servicio de los dioses, y mientras los afanes de guerra, gobierno y estudio parecia que le estaban embargando toda su existencia y todos sus instantes, le quedaban reservadas invariablemente horas enteras de la noche para el ejercicio de sus devocio-

nes particulares. Sobre la templanza, que realzaba las costumbres austeras del soldado y el filósofo, observaba ciertas reglas estrechas y frívolas de abstinencia relijiosa, y solia Juliano, en dias determinados, privarse de cierto alimento, en obsequio de Mercurio, Hecate ó Isis, que como deidades tutelares pudieran ofenderse de su uso. Con estos ayunos voluntarios estaba labrando su ánimo y sus potencias para las visitas repetidas y familiares con que le favorecian las potestades celestes. En medio del silencio modesto del mismo Juliano, sabemos por su fiel amigo, el orador Libanio, que vivia en trato incesante con dioses y diosas; que se apeaban en la tierra para disfrutar la conversacion de su héroe predilecto; que le interrumpian el sueño palpándole suavemente la mano ú el cabello; que le avisaban los peligros que le amenazaban, y le encaminaban con su infalible sabiduría en todos los pasos de su vida, y que habia llegado á adquirir un conocimiento tan íntimo de sus huéspedes celestiales, que distinguia inmediatamente la voz de Júpiter ó de Minerva, y la estampa de Apolo de la figura de Hércules (26). Estas visiones, ya en sueños, ya en vela, efecto natural de la abstinencia y el fanatismo, venian á desdorar al emperador hasta la ridiculez de un monje ejipcio. Pero las vidas inservibles de Antonio y de Pacomio se consumian en estas futiles tareas; al paso que Juliano podia ahuyentar el sueño supersticioso y armarse para la batalla, y arrollados campalmente los enemigos de Roma, retirábase sosegadamente á su tienda, para dictar leyes cuerdas y saludables para todo un imperio, ó cebar su injenio en el ejercicio culto de la literatura ó de la filosofía.

Aquel secreto tan trascendental de la apostasia de Juliano se confió á la lealtad de los *iniciados*, con quienes se hallaba unido en vínculos de amistad y de relijion (27). Corrió la voz halagüeña entre los allegados al culto antiguo: y su engrandecimiento venidero fué luego el objeto de las esperanzas, plegarias y predicciones de los paganos, por todas las provincias del imperio. Estaban esperando ansiosamente el remedio de todos sus quebrantos y el restablecimiento de todas las dichas del fervor y de las virtudes del rejio alumno; y en vez de vituperar el ardor de tan piadosos anhelos, confesaba injenuamente Juliano que se desvivia por llegar á un estado en que pudiera ser provechoso á su patria y á su relijion. Mas miraba hostilmente el sucesor de Constantino aquella relijion de Constancio, que salvó alternativamente y amenazó la vida de Juliano. Vedáronse rigurosísimamente las artes májicas por un gobierno despótico que se avenia á temerlas; y si se toleraba con repugnancia á los paganos el ejercicio de su antigua supersticion, la jerarquía de Juliano lo esceptuaba de la tolerancia jeneral. Luego el apóstata vino á ser el heredero presuntivo de la monarquía, y tan solo su muerte podia aquietar los recelos fundados de los Cristianos (28). Mas el prín-

cipe mozo, que aspiraba á la gloria de héroe mas bien que á la de már-tir, atendia á su seguridad y encubria su relijion; y la índole anchurosa del politeismo le permitia alternar en el culto público con una secta que interiormente menospreciaba. Conceptúa Libanio la hipocresía de su amigo como campo, no de vituperio, sino de alabanza. «Como las estatuas de los dioses que estuvieron salpicadas de cieno se colocan de nuevo en un templo suntuoso,» dice el orador, «así estaba la hermosura de la verdad entronizada en la mente de Juliano, purificada ya de los errores y locuras de su educacion. Diversos eran ya sus dictámenes; mas como era espuesto el manifestarlos, siguió invariable su conducta. Muy diferente del jumento en Esopo, que se disfrazó con la piel del leon, este leon tuvo que ocultarse bajo la piel del asno, mientras estaba atenido á las reglas de la razon por obedecer á las leyes de la cordura y de la necesidad (29).» Duró unos diez años el disimulo de Juliano, desde su iniciacion reservada en Efeso hasta el principio de la guerra civil, cuando vino á declararse enemigo implacable de Cristo y de Constancio. Aquel estado tan violento pudo contribuir para el fomento de su devocion; y en cumpliendo con la obligacion de asistir en las festividades solemnes á las reuniones de los Cristianos, volvia Juliano, con el azoramiento de un enamorado, á quemar su incienso libre y voluntario en su oratorio doméstico de Júpiter y Mercurio. Mas como todo pecho hidalgo pena con el ejercicio del disimulo, la profesion del Cristianismo estremaba la antipatía de Juliano á una relijion que aprisionaba su entendimiento, precisándole á observar una conducta repugnante á los atributos mas esclarecidos de la naturaleza humana, la sinceridad y el denuedo.

Anteponia jenialmente Juliano los dioses de Homero y de los Escipiones á la nueva fe recienplanteada por su tio en el imperio romano, y en la cual estaba él mismo santificado con el sacramento del bautismo. Mas cabíale, como filósofo, el justificar su desvío del Cristianismo, sostenido ya por el número de sus convertidos, el eslabonamiento de las profecías, el esplendor de los milagros y el peso de la evidencia. La obra que tan esmeradamente compuso (30), en medio de sus preparativos para la guerra de Persia, abarcaba sustancialmente los argumentos que desde largo tiempo habia estado revolviendo en su entendimiento. Hállanse algunos fragmentos copiados y estendidos por su contrario, el vehemente Cirilo de Alejandría (31); y ofrecen una mezcla muy estraña de agudeza, de instruccion, sofistería y fanatismo. La elegancia del estilo y la jerarquía del autor encomendaban sus escritos á la atencion pública (32); y en la lista impía de los enemigos del cristianismo, quedó arrinconado el nombre célebre de Porfirio por el mérito superior y la nombradía de Juliano. Seducidos, escandalizados, y aun despavoridos quedaron los fieles; y los

paganos, que á veces se arrojaban á la lid tan desigual, vieron en la obra popular del misionero imperial un tesoro inexhausto de objeciones falaces. Pero el emperador de los Romanos, en aquella carrera perpetua de estudios teolójicos, se preocupó con los ímpetus y las preocupaciones vulgares de un teólogo disputador. Se comprometió irrevocablemente á sostener y propagar sus opiniones relijiosas; y al engreirse interiormente con la maña y fuerza de su esgrima en las armas de la controversia, venia á maliciar la doblez y á menospreciar el entendimiento de sus antagonistas que intentaban contrarestar pertinazmente sus raciocinios y su elocuencia.

Los Cristianos, horrorizados y furiosos con la apostasía de Juliano, miraban con mas zozobra su poderío que sus argumentos; y los paganos, presenciando su afan fervoroso, estaban quizás esperanzados de que con la llamarada de la persecucion que amagaba ya á los enemigos de sus dioses, la malicia traviesa de Juliano iba á idear nuevos inventos de muertes crueles y tormentos atroces, desconocidos por el enfurecimiento cerril y saña inesperta de sus antecesores. Mas quedarian desde luego frustradas las esperanzas y zozobras de las facciones relijiosas con la comedida humanidad de un príncipe (53), desvelado por su propia nombradía, por la paz jeneral, y los derechos del linaje humano. Enterado por la historia y por sus reflexiones, se persuadió Juliano de que si á veces las dolencias corporales se curan con violencias saludables, ni el acero ni el fuego alcanzan á desarraigar la zizaña del entendimiento. Cabe arrastrar á la víctima reacia hasta el pié del ara; mas queda el corazon horrorizado y sañudo con la sacrílega tropelía de las manos. La pertinacia relijiosa se encallece y se destempla con la tiranía; y en amainando la persecucion, se rehacen los sumisos como penitentes, y se adoran los indómitos como santos y mártires. Adoptando la crueldad inservible de Diocleciano y sus compañeros, Juliano se hizo cargo de que iba á mancillar su memoria con el dictado de tirano, y á realzar los timbres de la iglesia católica que descolló con nuevo ensanche y poderío con las tropelías de los majistrados paganos. Por estos motivos, y receloso de alterar el sosiego de un reinado zozobroso, asombró Juliano al orbe con un edicto propio á todas luces de un estadista filósofo, pues abarcaba á todo el mundo romano con el beneficio de una tolerancia igual y absoluta para todos, sin mas penalidad para los Cristianos que la de vedarles el desenfreno de andar atormentando á sus conciudadanos con los apodos odiosos de idólatras y herejes. Agració á los paganos con el permiso, ú mas bien órden espresa, de abrir *todos* sus templos (54); y de un golpe vinieron á quedar descargados de las leyes opresivas y de las vejaciones arbitrarias que habian estado padeciendo en los reinados de Constantino y de sus hijos. Quedaron al mismo tiempo rescatados

de su destierro los obispos y el clero perseguidos por el monarca arriano, reponiéndolos en sus respectivos templos, ya Donatistas, Novacianos, Macedonianos, y Eunomianos, ya cuantos en tiempos mas prósperos se adherian á las doctrinas del concilio Niceno. Juliano, intelijente y escarnecedor de sus contiendas teolójicas, convidó á su palacio á los caudillos de las sectas opuestas, y presenció complacidamente sus encarnizadas lides. A veces el alboroto de sus contiendas incitaba al emperador á prorumpir en «¡Silencio! Los Francos y los Alemanes me han oido;» mas luego echó de ver que las habia con enemigos mas tenaces é implacables; y por mas que echó el resto de su persuasiva para reducirlos á la concordia, ó por lo menos á la paz, aun antes de despedirlos, quedó muy enterado de que nada tenia que temer de la hermandad de los Cristianos. Achaca el imparcial Amiano esta clemencia aparente al anhelo de fomentar desavenencias intestinas en la iglesia, y á la asechanza estudiada de ir socavando los cimientos del Cristianismo; llevado siempre Juliano del mismo afan de establecer la relijion antigua del imperio (35).

Una vez entronizado, se revistió, al par de sus antecesores, con el carácter de Sumo Pontífice; no solo como el dictado mas honorífico de la grandeza imperial, sino como cargo importante y sagrado, cuyas incumbencias iba á desempeñar con relijioso esmero. Por cuanto los afanes del estado imposibilitaban al emperador el acudir diariamente á las devociones públicas de los súbditos, dedicó un oratorio doméstico á su deidad tutelar, el sol. Poblados estaban sus jardines de estatuas y aras de los dioses, y todas las viviendas de palacio ostentaban el aspecto de templos suntuosos. Saludaba siempre al padre de la luz por la madrugada de un sacrificio; y al trasponer el sol el horizonte, se derramaba la sangre de otra víctima; luego luna, estrellas y númenes nocturnos se regalaban respectiva y oportunamente con la devocion obsequiosa é infatigable de Juliano. En las festividades solemnes solia visitar el templo del dios ó de la diosa á quien estaba consagrado el dia, y se esmeraba en estimular la relijiosidad de los majistrados y del pueblo con el ejemplo con su propio fervor. En vez de ostentar el boato encumbrado de un monarca, sobresaliendo con los visos esplendorosos de la púrpura y en medio de los escudos dorados de sus guardias, andaba Juliano solícito tras los ínfimos cargos que contribuian con su ansioso acatamiento al culto de los dioses. En medio de la caterva sagrada, aunque desenvuelta, de sacerdotes, de empleados inferiores y de bailarinas dedicadas al servicio del templo, era la faena del emperador el traer leña, soplar el fuego, empuñar la cuchilla, matar la víctima, y metiendo sus manos ensangrentadas en la res moribunda, desencajarle el corazon ó el hígado, é ir leyendo con la maestría consumada de un agorero las señales imajinarias de los acontecimientos venideros. El mas sabio de los paganos censuró

tan disparatada supersticion, que se propasaba á menospreciar todo miramiento cuerdo y decoroso. Bajo el reinado de un príncipe que blasonaba de profesar las reglas de la mas rigurosa economía, importaba muchísimo el desembolso del erario para el culto relijioso: hacíanse incesantes remesas de aves raras y hermosísimas, traidas de climas remotos, para desangrarlas ante las aras de los dioses; solia sacrificar Juliano en un solo dia hasta un centenar de bueyes, y corria por chiste que si volvia victorioso de la guerra de Persia, iba á descastar el ganado de asta. Mas abultaba poco este costo en cotejo de las ofrendas esplendorosas que se tributaban, ya por mano, ya de órden del emperador, en todos los puntos decantados por milagrosos en el orbe romano, y de las altas sumas otorgadas para el reparo de los templos desmoronados por las injurias del tiempo, ú por los asaltos de la rapiña cristiana. A impulsos del ejemplo, exhortos y larguezas del soberano relijioso, ciudades y familias renovaron la práctica de sus trascordadas ceremonias. «Todas las partes del mundo,» esclama Libanio con entrañable arrebato, «ostentan mas y mas el triunfo de la relijion, en la perspectiva de aras centellantes, de víctimas ensangrentadas, humaredas de incienso y una caterva de sacerdotes sin peligro ni zozobra.» Sonaban plegarias y músicas por los picachos de las montañas mas encumbradas; y el mismo toro suministraba sacrificio á los dioses y banquete á sus placenteros devotos (36).

Mas ni el injenio ni el poderío de Juliano alcanzaron á restablecer una relijion que carecia del arrimo de principios teolójicos, preceptos morales y disciplina eclesiástica; y que decaida ya, corria á despeñarse, sin que le cupiese asomo de reforma que viniese á consolidarla. La jurisdiccion del sumo pontífice, con especialidad despues de incorporado aquel cargo con la dignidad imperial, abarcaba los ámbitos del mundo romano. Nombró Juliano por vicarios suyos, en las diversas provincias, los sacerdotes y filósofos que conceptuó mas abonados para auxiliarle en el desempeño de su grandioso intento; y sus cartas pastorales (37) (si cabe usar este nombre) ofrecen todavía un bosquejo de sus planes y sus deseos. Dispone que en todos los pueblos el órden sacerdotal se componga, sin distincion de nacimiento ni fortuna, de los sujetos mas sobresalientes en afecto á los dioses y á los hombres. «Si incurriesen,» continúa, «en algun delito escandaloso, serán reprendidos ó apeados por el sumo pontífice; pero mientras conserven su jerarquía, serán acreedores al respeto de los majistrados y del pueblo. Podrán manifestar su comedimiento en la llaneza del traje casero, y su dignidad en la gala de sus vestiduras sagradas. En citándolos alternativamente para oficiar en las aras, no deben, mientras les quepa el turno, desviarse del recinto del templo, y ni un solo dia dejarán de orar y sacrificar, cual es su

obligacion, por la prosperidad del estado y de los individuos. Requiere el desempeño de sus funciones sagradas pureza intacta de cuerpo y alma, y aun cuando salgan de ellas para acudir á sus quehaceres en la vida social, les corresponde sobresalir entre sus conciudadanos por el decoro y la virtud. Jamás un sacerdote de los dioses debe asomar por teatros ni hosterías. Será su conversacion recatada, parco su alimento, y pundonorosas sus amistades, y si visitaren el foro ú el palacio, ha de ser en clase de abogado de cuantos desvalidos carecen del arrimo de la justicia ó de la compasion. Serán sus estudios conformes á la santidad de su profesion. Cuentos deshonestos, comedias ni sátiras no tendrán jamás cabida en su librería, que debe únicamente surtirse de escritos históricos y filosóficos; de historia, por cuanto estriba en la verdad y de filosofía; por su enlace con la relijion. Hollarán con odio y menosprecio las opiniones impías de Epicureos y Escépticos (38); pero estudiarán con ahinco los sistemas de Pitágoras, de Platon y de los estoicos, quienes sostenian al par que *hay* dioses, cuya providencia está gobernando el mundo, que su bondad es el manantial de toda dicha temporal, y que tienen dispuesto para las almas humanas un estado venidero de premios y castigos.» El pontífice imperial recalca en lenguaje entrañable las prendas de la benevolencia y de la hospitalidad, exhorta al clero inferior para que recomiende la práctica universal de aquellas virtudes; le promete socorrer sus escaseces del tesoro público, y manifiesta su ánimo de establecer hospitales en todos los pueblos para albergar á todos los menesterosos sin distinciones odiosas de pais ó de relijion. Estaba mirando Juliano con envidia el arreglo cuerdo y humano de la iglesia, y confiesa sin reboso su intento de defraudar á los Cristianos de la aceptacion y las ventajas que se han granjeado con su práctica esclusiva de la caridad y la beneficencia (39). Aquel mismo sistema imitativo movia al emperador á adoptar varias instituciones esclesiásticas, cuyo uso y trascendencia se evidenciaban por el acierto de sus enemigos. Mas si se realizaran aquellos planes soñados de reforma, la imitacion violenta y escasa hubiera sido menos beneficiosa para el paganismo que honorífica para la cristiandad (40); pues el jentilismo que iba sencillamente siguiendo las costumbres de sus antepasados quedara mas bien sobrecojido que halagado con la introduccion de tales novedades; y aun en el corto plazo de su reinado, tuvo Juliano repetidos motivos para lamentarse de la tibieza de su propio partido (41).

Juliano con su acaloramiento se estrechó con los amigos de Júpiter como amigos y hermanos propios; y aunque desatendia como parcial el mérito del teson cristiano, celebraba y premiaba la gallarda perseverancia de aquellos jentiles que habian antepuesto la privanza de los dioses á la del emperador (42); y si cultivaban la literatura al par de la relijion

de los Griegos, se granjeaban nuevos derechos á la intimidad de Juliano, que colocaba á las Musas en la jerarquía de sus deidades tutelares. En su nueva relijion, la piedad y la instruccion venian á ser sinónimas (43); y allá se agolparon á catervas poetas, retóricos y filósofos en la corte imperial para aposentarse en las vacantes de los obispos, que habian seducido la credulidad de Constancio. Conceptuaba el sucesor los vínculos de la iniciacion infinitamente mas sagrados que los del parentesco; eran sus privados íntimos los sabios impuestos en la ciencia recóndita de la majia y de la adivinacion, y cuantos impostores se esmeraban en escudriñar los secretos del porvenir podian contar con agasajos y larguezas (44). Máximo era el predilecto de los filósofos en jerarquía é intimidad con su alumno real, quien le comunicaba con franqueza sus acciones, sus pensamientos y sus miras relijiosas, aun en las vicisitudes de la guerra civil (45). Posesionado Juliano del alcázar de Constantinopla, despachó inmediatamente una invitacion encarecida y honorífica á Máximo, que á la sazon residia en Sardes, ciudad de Lidia, con Crisanto, su asociado en artes y estudios. El cuerdo y supersticioso Crisanto se desentendió de un viaje que, por las reglas de la adivinacion, se mostraba de aspecto maligno y amenazador; mas su compañero, cuyo fanatismo era mas denodado, insistió en sus preguntas, hasta que arrancó á los dioses la anuencia aparente á sus propios anhelos y á los del emperador. Ostentó triunfalmente su filosófica vanagloria Máximo al atravesar en su viaje las ciudades del Asia, y los majistrados se esmeraron á competencia en agasajar al amigo de su soberano. Hallábase Juliano pronunciando una arenga en el senado, cuando le participaron la llegada de Máximo. Interrumpe desde luego el emperador su discurso, le sale al encuentro, lo abraza estrechamente, lo lleva de la mano al consistorio, reconoce allí públicamente los beneficios que le cupieron con la enseñanza del filósofo. Máximo, quien luego se granjeó la confianza (46) y dispuso de los consejos de Juliano, se fué imperceptiblemente estragando con el ambiente de la corte. Fué ya su traje mas lujoso, mas altanero su trato, y quedó así espuesto, en el reinado siguiente, á una pesquisa afrentosa sobre los medios con que el discípulo de Platon habia atesorado, en su breve privanza, una riqueza escandalosa; y pocos de los filósofos acompañantes de Máximo en la residencia imperial lograron conservar su inocencia y su concepto (47). No alcanzaban á saciar su codicia las dádivas redobladas de dinero, haciendas y casas: el recuerdo de su inmunda pobreza y protestas desinteresadas fomentaba fundadamente la ira del pueblo; y aunque no siempre alucinaban la perspicacia de Juliano, no se avenia este á menospreciar la índole de cuantos le merecian estimacion por sus luces. Ansiaba escudarse contra el cargo de indiscrecion y de insubsistencia, y le enfrenaba la zozobra de venir á

desdorar para el concepto de los profanos el honor de las letras y de la relijion (48).

Promediaba Juliano sus agasajos entre los paganos que conservaban con teson el culto de sus antepasados, y los Cristianos que cuerdamente abrazaban la relijion de su soberano. El reclutamiento de novicios (49) halagaba las dos pasiones dominantes de su espíritu, la supersticion y la vanagloria, y se le oia prorumpir con el arrebato de un misionero que aun cuando estuviese en su mano el hacer á cada individuo mas rico que Midas, y á cada pueblo mayor que Babilonia, no blasonaria de bienhechor de la humanidad, á menos que pudiese desengañar á los súbditos rebelados contra los dioses inmortales (50). Un príncipe que habia estudiado la naturaleza humana, y estaba en posesion de los tesoros del imperio romano, podia ir ajustando sus argumentos, sus promesas y sus premios á toda clase de Cristianos (51); y el merecimiento de una conversion oportuna se conceptuaba acreedor á suplir nulidades, y aun á purgar el delito de un reo. Como la maquinaria mas ejecutiva de la potestad absoluta es el ejército, dedicóse esmeradamente Juliano á socavar la relijion en su tropa, sin cuyo arrimo toda disposicion podia peligrar y estrellarse, y el temple natural de la soldadesca facilitaba su importante conquista. Se avasallaron las lejiones de la Galia á la fe como á la suerte del caudillo victorioso; y aun antes del fallecimiento de Constancio, logró la satisfaccion de participar á sus amigos que todas acudian con devocion fervorosa y apetito á los sacrificios que continuamente se ofrecian en sus reales de hecatumbas enteras de lozanos bueyes (52). Los ejércitos de Oriente, educados bajo el estandarte de la cruz y de Constancio, requerian otro jénero de persuasiva mas estudiado y costoso. En las festividades públicas y solemnes, recibia el emperador el acatamiento y premiaba los méritos de la tropa. Cercaban su solio de aparato las insignias militares de Roma y de la república; raspóse del Lábaro el sagrado nombre de Cristo, y se entretejieron tan primorosamente los símbolos de la guerra, de la majestad y de supersticion pagana, que el súbdito fiel venia á hacerse reo de idolatría al saludar obsequiosamente la persona ó la efijie de su soberano. Los soldados iban pasando en reseña, y antes de recibir de mano de Juliano mismo un donativo cuantioso, proporcionado á su clase y sus servicios, tenia cada uno que echar unos granillos de incienso en la llama que estaba ardiendo sobre el ara. Tal cual confesor cristiano podia desentenderse y algun otro arrepentirse; pero el número mucho mas crecido, con el cebo del oro, y con la presencia arrolladora del emperador, contraia aquel empeño pecaminoso; y luego su perseverancia en el culto de los dioses se iba robusteciendo por consideraciones de obligacion y de interés. Con la repeticion frecuente de estas mañas, y espendiendo sumas que pudieran costear el servicio de la mitad de las

naciones de Escitia, fué Juliano granjeándose progresivamente para sus tropas el soñado amparo de los dioses, y para sí el apoyo positivo de las lejiones romanas (53). Es á la verdad mas que probable que la reposicion y fomento del paganismo puso de manifiesto un sinnúmero de Cristianos fementidos, que por motivos temporales y ventajosos se habian avenido á la relijion del reinado anterior, y que luego, doblegando igualmente su flexible conciencia, regresaron de nuevo á la fe profesada por los sucesores de Juliano.

Mientras el devoto monarca se afanaba tanto por restablecer y propagar la relijion de sus antepasados, ideó el estraño intento de reedificar el templo de Jerusalen. En una carta pública (54) á la nacion ó comunidad de los Judíos dispersos por las provincias, se conduele de sus quebrantos, condena á sus opresores, alaba su teson, se les manifiesta protector graciable, y los esperanza piadosamente de que á su regreso de la guerra de Persia, tributará sus votos al Todopoderoso en la ciudad santa de Jerusalen. La supersticion ciega y rastrera esclavitud de aquellos infelices desterrados merecerian tal vez el menosprecio de un emperador filósofo; mas lograron la intimidad de Juliano por su encono implacable contra el cristianismo. La estéril sinagoga aborrecia y envidiaba la fecundidad de la iglesia rebelde; no igualaba el poder de los Judíos á su malignidad, pero los rabinos mas graves celebraban el asesinato de un apóstata (55), y sus clamores sediciosos solian desadormecer á los majistrados paganos. Bajo el reinado de Constantino, los Judíos vinieron á parar en súbditos de sus hijos rebelados, y no tardaron en esperimentar la crudeza de la tiranía doméstica. Los príncipes cristianos fueron sucesivamente revocando las inmunidades civiles que les habia concedido ú confirmado Severo; y una sedicion temeraria, movida por los Judíos de Palestina (56), abonaba al parecer la opresion lucrosa que entablaron los obispos y eunucos de la corte de Constancio. El patriarca judío, á quien aun se consentia ejercer una jurisdiccion precaria, residia en Tiberiada (57); y por las ciudades cercanas de Palestina vivia el resto de un pueblo afecto á su tierra de promision; mas revalidóse con mayor ahinco el edicto de Adriano, y los Judíos tenian que mirar de lejos los muros de la ciudad santa, y presenciar su profanacion con el triunfo de la cruz y la devocion de los Cristianos (58).

En medio de un territorio árido y peñascoso, abarcaban las murallas de Jerusalen (59) los dos cerros de Sion y de Acra, en forma ovalada, como de una legua de estension (60). Descollaban al mediodía, por la empinada falda del monte Sion, la ciudad alta y la fortaleza de David; y por el norte, los edificios de la ciudad baja cubrian la cumbre anchurosa del monte Acra, al paso que parte del cerrillo apellidado Moriah, y aplanado á fuerza de brazos, ostentaba el grandiosísimo templo de la nacion

judía. Arrasado por las armas de Tito y de Adriano, surcó la reja el solar consagrado en señal de esterminio perpetuo. Quedó desierto Sion, y los edificios públicos y privados de la colonia Elia cubrian el espacio vacante de la ciudad inferior, estendiéndose á la loma inmediata del Calvario. Mancillaban monumentos de idolatría los lugares sacrosantos, y hasta de intento ú por acaso se dedicó á Vénus una capilla en el propio solar santificado con la muerte y resurreccion de Cristo (61). A los tres siglos de tan asombrosos acontecimientos, quedó demolida por decreto de Constantino aquella mansion profana, y el despejo del sitio manifestó al orbe el divino sepulcro. Aquel primer emperador cristiano encumbró sobre el solar misterioso una iglesia suntuosísima, y fué derramando su munificencia por cuantos parajes habian consagrado las huellas de los patriarcas, de los profetas y del Hijo de Dios (62).

El ansia de ir á contemplar los monumentos fundamentales de su redencion fué acarreando á catervas los peregrinos desde las playas del Océano Atlántico y los paises mas remotos del Oriente (63), enardeciendo aquellos impulsos de relijiosidad el ejemplo de la emperatriz Helena, quien al parecer habia hermanado la credulidad de anciana con la pasion vehemente de una recien convertida. Sabios y héroes que han ido visitando aquel teatro memorable de la gloria y sabiduría antigua confesaron al par la inspiracion sobrehumana de aquel sitio (64); y el Cristiano que se arrodilló una vez ante el sagrado sepulcro atribuia su fe entrañable y su devocion fervorosa al influjo mas inmediato del espíritu divino. El zelo, y tal vez la codicia del clero de Jerusalen, promovia y multiplicaba tan productivas visitas, puntualizando por tradicion indisputable el paraje de cada acontecimiento memorable. Sacaron á luz los instrumentos empleados en la pasion de Cristo; los clavos y la lanza que habian traspasado sus manos, sus piés y sus entrañas; la corona de espinas encasquetada en sus sienes; la columna donde lo azotaron, y ante todo estaban mostrando la cruz donde padeció, desenterrada en los reinados de aquellos príncipes que entretejieron el símbolo del cristianismo en los estandartes de las lejiones romanas (65). Cuantos milagros parecieron precisos para su conservacion inaudita y su oportuno descubrimiento fueron cundiendo sin contraresto. Fué el obispo de Jerusalen el encargado de custodiar la *verdadera cruz*, que se esponia solemnemente al pueblo por la Pascua; é incumbia únicamente al mismo el halagar la devocion de los peregrinos con astillitas que engarzaban en oro y pedrería, llevándolas en triunfo á sus respectivos paises. Mas como ramo tan ganancioso de comercio debia pronto apurarse, se tuvo por acertado suponer que la portentosa madera poseia fuerza recóndita de vejetacion, y que su material, aunque incesantemente cercenado, permanecia siempre intacto y cabal (66). Era quizás de esperar que el influjo benéfico del sitio fuese produciendo algun

influjo favorable y poderoso en la mejora de la moralidad y de la fe de los moradores; mas los escritores eclesiásticos mas respetables han tenido que confesar, no tan solo que las calles de Jerusalen rebosaban de jentío bullicioso en pos de sus quehaceres y sus recreos (67), sino que todo jénero de vicios, adulterios, robos, idolatría, envenenamiento y asesinato estaban emponzoñando el recinto de la ciudad santa (68). La riqueza y preeminencia de la iglesia de Jerusalen estimulaban la ambicion de candidatos católicos y arrianos; y las virtudes de Cirilo, que á su muerte fué condecorado con el dictado de santo, sobresalieron mas en el ejercicio que en la adquisicion de su dignidad episcopal (69).

Jenial era para el presumido y ambicioso Juliano el aspirar al restablecimiento del antiguo y esclarecido templo de Jerusalen (70). Por cuanto vivian los Cristianos en la firme persuasion de que yacia bajo sentencia de perpetuo esterminio la fábrica toda de la ley Mosaica, el sofista imperial estaba ya en su ánimo convirtiendo el éxito de su empresa en argumento terminante contra la fe de las profecías y la verdad de la revelacion (71). Disonábale el culto espiritual de la sinagoga, mas le cuadraban las instituciones de Moisés, que se habia conformado con muchos de los ritos y ceremonias del Ejipto (72). Adoraba la deidad nacional y local de los Judíos un politeista que anhelaba multiplicar la caterva de los dioses (73); y era tal el afan de Juliano por los sacrificios sangrientos, que pudo su relijiosidad estimularse con la competencia de Salomon, que ofreció, para la festividad de la dedicacion, veinte y dos mil bueyes y ciento y veinte mil ovejas (74). Podian estas consideraciones fomentar su intento; mas el prospecto de una ventaja pronta y grandiosa no consintió al ansioso monarca el aguardar al éxito lejano y continjente de la guerra de Persia. Acordó encumbrar sin demora sobre la eminencia dominante de Moriah un templo esclarecido que nublase el esplendor de la iglesia de la Resurreccion en el seno antiguo del Calvario; plantear un colejio de sacerdotes, cuyo zelo interesado desenmarañase los ardides y contrastase la ambicion de los Cristianos, sus competidores, é invitar á una crecida colonia de Judíos, cuyo adusto fanatismo estuviese siempre en ademan de esforzar y aun preceder las disposiciones del gobierno pagano. Entre los íntimos del emperador (si es que cabe amistad en el solio), merecia al mismo Juliano el primer lugar el sabio y virtuoso Alipio (75). Templaban la humanidad de Alipio su equidad y su entereza, y al acreditar su desempeño en el réjimen civil de la Bretaña, imitó en sus composiciones poéticas la blandura y la armonía de las odas de Safo. Aquel ministro, con quien Juliano se franqueaba hasta el estremo de comunicarle sus pasajeras liviandades y sus consejos mas formales, tuvo el encargo estraordinario de restablecer en su brillantez primitiva el templo de Jerusalen; y la actividad de Alipio pidió y obtuvo el apoyo eficaz del gobernador de Palestina. Acudieron

atropelladamente á la llamada del sumo libertador los Judíos de todas las provincias del imperio á la montaña sagrada de sus padres; y el descaro de su triunfo sobresaltó y alborotó á los Cristianos vecinos de Jerusalen. El anhelo de reedificar el templo ha sido en todos tiempos la pasion dominante de los hijos de Israel; y en aquel trance tan favorable, trascordaron los hombres su codicia y las mujeres sus melindres; la vanagloria de los ricos aprontaba palas y azadas de plata, y se trasladaban los escombros en mantos de seda y púrpura. Abiertos se mostraban todos los bolsillos, desaladas todas las manos para el afan sacrosanto, y el entusiasmo de un pueblo entero estaba á porfía cumpliendo con los mandatos de un gran monarca (76).

Pero en este caso, el ahinco hermanado del acaloramiento y el poderío vino á frustrarse, y el solar del templo judío, cubierto ahora por una mezquita mahometana (77), siguió manifestando la vista lastimera del esterminio y del escombro. Quizás con la ausencia y el fallecimiento del emperador queda esplicado el malogro de empresa tan grandiosa, que no se entabló hasta los seis meses postreros de la vida de Juliano (78). Mas abrigaron siempre los Cristianos la piadosa confianza de que en la memorable contienda, quedaria desagraviado el honor de la relijion por medio de algun milagro patente. Testimonios contemporáneos y respetables atestiguan, aunque con alguna variacion, el terremoto, el torbellino y el raudal de fuego que desencajaron los nuevos cimientos del templo (79); acontecimiento descrito por Ambrosio (80), obispo de Milan, en una carta al emperador Teodosio para hacerle descargar sus iras sobre los Judíos; por el elocuente Crisóstomo (81), que podia apelar á la parte anciana de su congregacion en Antioquía, y por Gregorio Nazianzeno (82), quien publicó su relacion del milagro en el discurso del mismo año. Este último escritor repite osadamente que los infieles no contrarestaban aquel acaecimiento sobrenatural, y el testimonio indisputable de Amiano Marcelino acude á corroborar el aserto, por mas estraño que parezca (83). Aquel soldado filósofo, amante de las prendas y ajeno de las preocupaciones de su dueño, va recordando en la historia ajuiciada y candorosa de su propio tiempo los tropiezos nunca vistos que atajaron el restablecimiento del templo de Jerusalen. «Mientras Alipio,» dice, «auxiliado por el gobernador de la provincia, estaba activando con ahinco la ejecucion de la empresa, globos horrendos de fuego, disparándose de la inmediacion al cimiento con redoblados raudales, solian hacer el sitio de cuando en cuando inaccesible á los atónitos y abrasados operarios; y continuando el elemento victorioso, recia y porfiadamente empeñado en alejarlos, hubo que abandonar la obra *(a)*.» Tamaña autoridad no puede menos de satisfacer al creyente y asombrar al incrédulo; mas un filósofo acudirá siempre al testimonio orijinal de circunstantes despejados é imparciales. En tan gran-

dioso trance, toda novedad natural puede tomar los visos y surtir el efecto de un portento verdadero. Las mañas piadosas del clero de Jerusalen pudieron engrandecer y engalanar el glorioso rescate, y la creencia solícita del mundo cristiano pudo tambien hacer que, despues de veinte años, un historiador romano y ajeno de contiendas teolójicas realzase su obra con los matices de un milagro vistoso (84).

Hermanábanse reservadamente el restablecimiento del templo judío y el derribo de la iglesia cristiana. Seguia Juliano manteniendo la libertad en el culto, sin deslindar si su tolerancia dimanaba de su justicia ó clemencia. Aparentaba condolerse de los cuitados Cristianos, que así se equivocaban en el punto mas importante de su vida; pero encono y menosprecio acibaraban y deslucian su compasion, y espresaba Juliano aquellos impulsos con cierta agudeza satírica, que clava honda y mortalmente cuando procede de un soberano. Hecho cargo de que los Cristianos blasonaban del nombre de su redentor, autorizaba y quizás encargaba el uso del apellido menos honorífico de *Galileos* (85). Manifestaba que por el devaneo de los mismos, á quienes pinta con visos de fanáticos, despreciables para los hombres y odiosos ante los dioses, se hallaba el imperio á la orilla de un precipicio, y aun insinuó en un edicto público que á veces un doliente frenético podia curarse con violencia saludable (86). Admitió el pecho de Juliano la necedad de que, segun la diferencia de dictámenes relijiosos, parte de los súbditos era acreedora á su privanza é intimidad, y que á la otra tan solo correspondia el beneficio jeneral de la justicia, de que no le cabia desentenderse con un pueblo obediente (87). Segun su principio, tan dañino como opresor, trasfirió á los pontífices de su propia relijion el manejo del caudal asignado sobre las rentas públicas, y concedido á la iglesia por la relijiosidad de Constantino y de sus hijos. Derribó todo el sistema altanero de timbres é inmunidades, alzado con tanta maña y afan; conteníanse las donaciones testamentarias con la entereza de las leyes, y los sacerdotes de la secta cristiana se hallaban arrinconados con el ínfimo pueblo. La sabiduría de un príncipe católico vino despues á imitar el arreglo que conceptuó necesario para contrarestar la ambicion y la codicia de los eclesiásticos. El distintivo especial que otorgó la política y estremó la supersticion para el órden sacerdotal *debe* concretarse á los clérigos que están profesando la relijion del estado; pero el albedrío del lejislador adolecia de preocupacion y de parcialidad; y Juliano, con estudiada asechanza, se encaminaba á defraudar á los Cristianos de todos los honores temporales y de cuantas ventajas los engrandecian para el concepto de las jentes (88).

Con razon se ha reprobado la ley prohibitiva de enseñanza de gramática y retórica para los Cristianos (89). Las causales alegadas por Juliano para sincerar disposicion tan parcial y opresiva podian merecer, durante

su vida, el silencio de los esclavos y los aplausos de los aduladores; pero se reduce el contexto al sentido ambiguo de una voz que pudiera indistintamente aplicarse al idioma y á la relijion de los Griegos, advirtiendo desdeñosamente que cuantos encarecen el mérito de la fe rendida son inhábiles para aspirar al precioso logro de la ciencia, y se empeña en que negándose á adorar á los dioses de Homero y Demóstenes, debian contentarse con la esposicion de Lúcas y Mateo en las iglesias de los Galileos (90). Confiábase la educacion de la juventud, en todo el orbe romano, á los maestros de gramática y retórica, elejidos por los majistrados, costeados por el público, y favorecidos con varias prerogativas honoríficas y lucrosas. Parece que el edicto de Juliano comprendia á los médicos y á todos los profesores de las artes liberales; y reservándose el emperador para sí mismo la aprobacion de los candidatos, quedaba autorizado por las leyes para cohechar ó castigar el teson de los Cristianos mas eruditos (91). Luego que el despido de los mas tenaces en su enseñanza (92) dejó planteado el dominio indisputable de los sofistas paganos, ofreció Juliano á la nueva jeneracion la entrada espedita en las escuelas públicas, fundadamente confiado de que sus ánimos tiernos se imbuirian desde luego en los elementos de la literatura y de la idolatría. Si escrupulizasen los mas de los Cristianos ó sus padres en acudir á jénero tan peligroso de instruccion, tenian por consiguiente que carecer de educacion culta; y así cabíale á Juliano racionalmente el esperar que en breves años se hundirian los Cristianos en su idiotez primitiva, y que los teólogos, poseedores á la sazon de su porcion competente de la sabiduría y elocuencia del siglo, tendrian por sucesora una jeneracion de fanáticos ignorantes y viejos, incapaces de escudar sus propios principios y de tildar los muchos devaneos del politeismo (93).

El anhelo tenaz de Juliano se cifraba indudablemente en defraudar á los Cristianos de las ventajas de la fortuna, de la instruccion y del poderío; mas esta sinrazon venia á ser hija de su política jeneral, privándolos de todo cargo importante y provechoso, sin mediar el contexto de ley alguna positiva (94). El mérito sobresaliente pudo lograr tal cual escepcion estraordinaria; pero los mas de los empleados cristianos fueron sucesivamente removidos de sus destinos en el estado, en el ejército y en las provincias. Defraudóse de toda esperanza á los candidatos venideros con el desengaño patente de la parcialidad de un príncipe que les andaba recordando satíricamente cuan ilícito era á todo Cristiano el empuñar la espada, ya fuese de la justicia ó de la guerra, y que ceñia sus reales y sus escaños con las insignias de la idolatría. La potestad del gobierno se confiaba á los paganos que se enfervorizaban por la relijion de sus antepasados; y como la eleccion del emperador solia encaminarse por las reglas de la adivinacion, los predilectos que anteponia como los allegados á los

dioses no siempre merecian la aprobacion de las jentes (95). Mucho les cabia padecer, y todavía mas estar temiendo á los Cristianos bajo el réjimen de sus enemigos. Opuesta era á la crueldad la índole de Juliano; y el afan de su nombradía, que estaba de manifiesto al universo, retraia al monarca afilosofodo de atropellar las leyes de la justicia y de la tolerancia, recien planteadas por él mismo; mas no mediaba la misma razon en sus ministros por las provincias; los cuales en el desempeño de su potestad arbitraria, se atenian mas bien á los anhelos que á los mandatos de su soberano, y se propasaban á ejercer una tiranía encubierta, pero violenta, contra los sectarios á quienes no les era lícito conferir los blasones del martirio. El emperador, que disimuló cuanto le fué dable el estar enterado de las tropelías cometidas en su nombre, manifestaba su concepto positivo de la conducta de sus empleados con reconvenciones suaves y premios efectivos (96).

El instrumento mas trascendental de opresion con que estaban pertrechados era la ley que precisaba á los Cristianos á reponer los templos que habian demolido en el reinado anterior. No siempre el afan de la iglesia triunfadora habia esperado la autorizacion pública; y los obispos, al resguardo de su inmunidad, solian acaudillar sus congregaciones y embestir y echar por tierra las fortalezas del príncipe de las tinieblas. Las tierras consagradas, que habian acrecido el patrimonio del soberano ú del clero, quedaban luego deslindadas y restituidas; pero los Cristianos habian levantado á menudo sus edificios relijiosos sobre las mismas haciendas, y como se hacia forzoso despejar el terreno antes de reedificar el templo, mientras un partido encumbraba la justicia y la relijiosidad del emperador, se estaba el otro lamentando y abominando de su violencia sacrílega (97). Demolida la iglesia, el restablecimiento de grandiosas moles venidas al suelo, y los adornos preciosos, convertidos ya en usos cristianos, venian á abultar la suma de los daños y perjuicios. Los agraviadores ni tenian acierto ni ánimo de aliviar el cargo; y la sabiduría imparcial de un lejislador hubiera podido zanjar prudencialmente las demandas y quejas opuestas, constituyéndose árbitro equitativo y desapasionado; pero todo el imperio, y con especialidad el Oriente, quedó trastornado con los edictos temerarios de Juliano; y los majistrados paganos, ardiendo en fervor y venganza, se propasaban en la aplicacion de la ley romana, que sustituye, á falta de haberes competentes, la persona misma del deudor insolvente. En el reinado anterior, Marco, obispo de Aretusa (98), se habia afanado en la conversion de su pueblo con armas mucho mas eficaces que la mera persuasiva (99). Requerian los majistrados todo el importe cabal de un templo destruido por su ahinco; mas como estaban enterados de su pobreza, le exijian tan solo que se aviniese á la promesa de una compensacion escasa. Prendieron al anciano prelado, lo azotaron inhu-

manamente, le arrancaron la barba, lo colgaron desnudo en una red, bañado de miel y espuesto á los aguijonazos de los insectos y á los rayos del sol de Siria (100): pero Marco siguió desde su encumbrado sitio blasonando de su hecho, é insultando la saña desvalida de sus perseguidores, hasta que por fin lo soltaron y logró disfrutar el timbre de su triunfo. Encarecieron los Arrianos la virtud de su santo confesor, y los católicos ansiaron su hermandad (101), al paso que cuantos paganos tenian asomos de vergüenza y remordimiento quedaron retraidos de repetir tan inservible crueldad (102). Conservóle la vida Juliano; pero si el obispo de Aretusa habia salvado á Juliano en su niñez (103), la posteridad reprobará la ingratitud, en vez de elojiar la clemencia del emperador.

Habian los reyes macedonios de Siria consagrado á Apolo, á dos leguas de Antioquía, uno de los establecimientos de devocion mas primorosos del mundo pagano (104). Abrióse un templo grandioso en honor del dios de la luz, y su figura colosal (105) llenaba casi el anchuroso santuario, centellante todo de oro y pedrería, y realzado con las sublimidades de los artistas griegos. Representábase la divinidad en ademan inclinado, con una copa en la mano, vertiendo su libacion á la tierra, cual si estuviese rogando á su adorada madre le pusiera en los brazos á su tibia y hermosa Dafne; pues la ficcion condecoró el sitio, y la fantasía de los poetas siríacos habia trasladado el cuento amoroso de las márjenes del Peneo á las del Orontes. Remedó la colonia real de Antioquía los ritos antiguos de la Grecia. Un arroyo profético, y competidor en veracidad y nombradía con el oráculo de Delfos, manaba en la fuente *Castália* de Dafne (106). Edificóse en la campiña inmediata un estudio con privilejio especial (107), comprado en Elis; costeaba la ciudad los juegos Olímpicos, aplicóse una renta anual de ciento y cincuenta mil duros á los recreos públicos (108). La concurrencia perpetua de peregrinos y paseantes vino á formar, en las inmediaciones del templo, la aldea magnífica y populosa de Dafne, que ostentaba el esplendor sin adquirir el dictado de una ciudad de provincia. Templo y aldea se encubrian emboscados entre enramadas de laureles y cipreses, hasta la estension de tres leguas, y tendian un toldo sombrío y fresco en los dias mas abrasadores del estío. Los arroyos de agua cristalina, brotando á millares por todos los oteros, conservaban el verdor del cesped y el temple grato del ambiente; ecos armoniosos y olores aromáticos halagaban los sentidos, y el soto pacífico estaba consagrado al placer y al amor, á la sanidad y al regocijo. La mocedad lozana iba, no menos que Apolo, tras el objeto de sus anhelos; y las niñas sonrojadas escarmentaban con la suerte de Dafne de atenerse á su esquivez intempestiva. Cuerdamente evitaban el guerrero y el filósofo los halagos de aquel paraiso sensual (109), donde el deleite, engreido con visos de relijioso, iba por puntos quebrantando la entereza de la virtud mas varonil. Pero los

sotos de Dafne siguieron por largos siglos mereciendo la veneracion de naturales y estraños: ampliáronse las prerogativas del recinto sagrado con la munificencia de los emperadores sucesivos, y todas las jeneraciones fueron añadiendo realces al esplendor del templo (110).

Cuando Juliano, en el dia de la festividad anual, se desalaba por adorar el Apolo de Dafne, estremábase su devocion hasta lo sumo. Anticipábase con su fogosa impaciencia á la pompa vistosa de víctimas, á las libaciones é inciensos, á la procesion dilatada de mancebos y doncellas vestidos todos de blanco, símbolo de su inocencia, y al concurso arremolinado de un pueblo innumerable. Pero varió su rumbo, desde el reinado del Cristianismo, la devocion antioquena. En vez de hecatumbas de lucios toros, sacrificados por las tribus de una ciudad opulenta á su deidad tutelar, laméntase el emperador de que halló tan solo un ganso, costeado por un sacerdote, morador solitario y macilento de aquel ruinoso templo (111), desierta el ara, mudo el oráculo, y el solar santo profanado con la introduccion de ritos cristianos y funerales. Despues que Bábilas (112) (obispo de Antioquía y muerto en la cárcel en la persecucion de Décio), habia estado descansando cerca de un siglo en su sepulcro, trasladóse de órden del César Galo al interior del bosque de Dafne su cadáver, sobre el cual se levantó una iglesia suntuosa; usurpóse una porcion del terreno sagrado para el mantenimiento del clero y el entierro de los Cristianos de Antioquía, ansiosos de yacer á las plantas de su obispo; y tuvieron que retirarse los sacerdotes de Apolo con sus devotos asustados. Apenas asomó la nueva revolucion restableciendo el dominio del paganismo, demolióse la iglesia de San Bábilas, y se añadieron nuevas obras al edificio desmoronado y erijido por los reyes siríacos. Pero el afan primero y mas eficaz de Juliano fué el libertar su deidad oprimida de la presencia odiosa de los Cristianos vivos y difuntos, quienes tan ejecutivamente habian desterrado el entusiasmo y el engaño (113). Purificóse el sitio inficionado segun las formalidades de los rituales antiguos; estrajéronse decorosamente los cadáveres, y se permitió á los ministros de la iglesia el trasladar los restos de San Bábilas á su primera morada en el recinto de Antioquía. Los Cristianos enfervorizados prescindieron del recato decoroso que pudiera amansar las iras de un gobierno enemigo, y la carreta grandiosa, trasportadora de las reliquias de Bábilas, iba acompañada y fué recibida por una muchedumbre innumerable que atronaba con la canturia y las aclamaciones de los Salmos de David mas encaminados al menosprecio de los ídolos y de los idólatras. Un triunfo era el regreso del santo; pero un triunfo insultante para la relijion del emperador, quien hizo un empeño orgulloso de disimular su encono. En la noche postrera de aquella procesion imprudente, ardió el templo de Dafne, quedó consumida la estatua de Apolo, y las paredes aisladas y tiznadas ofrecian solo un

monumento de augustos escombros. Afirmaban los Cristianos antioquenos con suma y relijiosa confianza que la intercesion poderosa de San Bábilas habia asestado los rayos celestes contra la techumbre profana; mas reducido Juliano á la alternativa de creer en un delito ó un milagro, se atuvo sin titubear y sin testimonio, pero con algun viso de probabilidad, á que el fuego de Dafne era una venganza de los Galileos (114). Comprobada la demasía, quedaba abonada la represalia, que se verificó inmediatamente por disposicion de Juliano, de cerrar las puertas y confiscar las riquezas de la catedral de Antioquía. Para descubrir los reos del alboroto, del fuego y de encubrir las riquezas de la iglesia, se dió tormento á varios eclesiásticos (115); y un presbítero llamado Teodoreto fué degollado por sentencia del Conde del Oriente. Vituperó el emperador este acto, condoliéndose real ó afectadamente, y lamentándose de que el afan indiscreto de sus ministros mancillaria su reinado con el desdoro de la persecucion (116).

El ceño de Juliano contuvo pronto el zelo de sus ministros; mas en acaudillando el padre de un pais una faccion, no cabe contrastar el desenfreno popular, ni acertadamente castigarlo. Juliano celebra en una composicion pública la devocion y lealtad de las ciudades santas de Siria, cuyos piadosos habitantes habian destruido, á la primera señal, los sepulcros de los Galileos, y se lamenta tibiamente de que habian desagraviado á los dioses con menos comedimiento del que correspondia (117). Esta confesion escasa y violenta corrobora al parecer las relaciones eclesiásticas de que en las ciudades de Gaza, Ascalon, Cesarea, Heliópolis, etc. los paganos se propasaron sin cordura ni remordimiento en la temporada de su prosperidad; que solo la muerte rescataba del tormento á los desventurados objetos de su crueldad, que al arrastrar sus cadáveres descuartizados por las calles, los iban traspasando (tal era el enfurecimiento universal) con asadores y aun con las ruecas de mujeres, rabiosas; que las entrañas de sacerdotes y vírjenes cristianas, despues de masticadas por aquellos fanáticos sangrientos, las mezclaban con avena y las arrojaban á los animales inmundos de la ciudad por via de menosprecio (118). Tales estremos de frenesí relijioso retratan, ú mas bien tiznan al vivo la naturaleza humana; pero embargan mas la atencion las matanzas de Alejandría, por la certeza del hecho, la jerarquía de las víctimas y la sobresalencia de la capital de Ejipto.

Jorje (119), llamado por sus padres ó por su educacion el Capadocio, nació en Epifania de Cilicia en la tienda de un batanero, de cuyo servil y arrinconado oríjen se fue encumbrando por su maestría en la adulacion; y sus favorecedores le proporcionaron la comision ó contrata lucrativa de abastecedor de tocino para el ejército en pago de sus lisonjas. Humilde cual era su empleo, vino á hacerlo afrentoso. Fué atesorando mas y mas

riquezas con sus mañas rastreras de falsía y engaño, y siendo ya notorias, tuvo que huir para libertarse de la justicia. Tras esta desgracia, en que parece puso en salvo los haberes á costa de su honra, se enfervorizó entrañable ó afectadamente por el arrianismo. Apasionado, ó á lo menos ostentador de literatura, acopió una librería preciosa de historia, retórica, filosofía y teolojía (120); y su arrimo al bando mayor encumbró á Jorje de Capadocia al solio de Atanasio. Entrada de un conquistador bárbaro fué la del nuevo arzobispo, pues la crueldad y la codicia emponzoñaron de estremo á estremo su reinado. Allá quedaron los católicos de Alejandría y de Ejipto en las garras de un tirano, perseguidor y sayon por naturaleza y por crianza, pero acosó al par á los diversos habitantes de su dilatada diócesis. Ostentó el primado de Ejipto el boato y la insolencia de su encumbramiento; pero siempre descubria el cieno de sus ruines y viciosos principios. Empobreció á los tratantes de Alejandría estancando universalmente el nitro, la sal, pimienta, funerales, etc.; y el padre espiritual de una ciudad populosa se envileció con la bastardía de ejercitar el empleo villano de delator. Nunca los Alejandrinos pudieron olvidar ni perdonar el impuesto que ideó sobre el caserío, bajo un título anticuado de que el real fundador habia traspasado á sus sucesores los Tolomeos y los Césares la propiedad vinculada del solar. Los paganos, esperanzados con la libertad y la tolerancia, estimularon su devota codicia, y fueron los riquísimos templos de Alejandría saqueados ó insultados por el prelado altanero, que esclamaba en voz tremenda y atronadora: «¿ Hasta cuándo han de permanecer en pié estos sepulcros ? » Arrojado en tiempo de Constancio por el enfurecimiento del pueblo justiciero, las potestades civil y militar á duras penas recabaron el restablecimiento de su autoridad vengativa. El mensajero portador á Alejandría del ascenso de Juliano participó tambien el derribo del arzobispo (A 361, nov. 30). Jorje, con dos de sus paniaguados, el conde Diodoro y Draconio, director de la moneda, fueron aherrojados y encarcelados afrentosamente. A los veinte y cuatro dias, la muchedumbre, enfurecida y malhallada con las dilaciones forenses, allanó la cárcel (dic. 24). Espiraron con tropelía y baldon los enemigos de los dioses y de los hombres; pasearon los cadáveres del arzobispo y sus asociados por las calles sobre un camello *(b)*, y la flojedad del partido de Atanasio (121) se conceptuó como ejemplo de sufrimiento evanjélico. Arrojáronse al mar los restos de aquellos malvados, y los amotinadores vocearon que iban á frustrar la devocion de los Cristianos, é imposibilitar el timbre venidero de aquellos *mártires*, castigados, como sus antecesores, por los enemigos de su relijion (122). Fundadas eran las zozobras de los paganos, y sus precauciones inservibles, pues la muerte meritoria del obispo borró la memoria de su vida. El competidor de Atanasio era amado y aun sacrosanto para los Arrianos, y la conversion apa-

rente de aquellos sectarios internó su culto en el regazo de la iglesia católica (123). El odioso estranjero, encubriendo las circunstancias de tiempo y lugar, ostentó el disfraz de mártir, de santo y de héroe cristiano (124); y el infame Jorje de Capadocia ha venido á trasformarse en el ínclito San Jorje de Inglaterra (125), el patron de sus armas, de la caballería y de la jarretera (126).

Por el mismo tiempo en que Juliano fué sabedor del alboroto de Alejandría, le participaron de Edesa que el bando acaudalado y engreido de los Arrianos habia atropellado á los Valentinianos desvalidos, cometiendo desórdenes ajenos de todo gobierno arreglado. Prescindiendo el airado príncipe de las pausadas formalidades de la justicia, despachó á los majistrados de Edesa (127) un decreto confiscando todos los haberes de la iglesia; repartióse el dinero entre la soldadesca, é incorporáronse las haciendas en el dominio imperial, agravando la tropelía con escarnio chocarrero. «Me acredito,» dice Juliano, «de amigo sincero de los Galileos. Promete su ley *admirable* el reino de los cielos á los menesterosos, y allá caminarán mas presurosos (puesto que acudo á descargarlos del gravámen de sus haberes temporales) por el sendero de la virtud y de la salvacion. Cuidado,» continúa formalizándose el monarca, «cuidado con apurar mi sufrimiento y mi humanidad. Si ese desenfreno sigue, pagarán los majistrados los errores de su pueblo, y no contentándome con la confiscacion y el destierro, se echará mano del fuego y del acero.» Eran por cierto las sublevaciones de Alejandría mas sangrientas y trascendentales; mas habia fenecido al rigor de los paganos un obispo cristiano, y el contenido de la carta del emperador está palpablemente manifestando la parcialidad estremada de su gobierno. Sus reconvenciones al vecindario de Alejandría van salpicadas de espresiones afectuosas de aprecio, y se lamenta de que desdijesen con aquel acto de las costumbres finas y jenerosas que solian acreditar su alcurnia griega. Les reprueba el desafuero que han cometido contra la justicia y la humanidad; pero va luego recorriendo con palpable satisfaccion los agravios insufribles que han estado padeciendo por la tiranía feroz de Jorje de Capadocia. Se hace cargo Juliano de que un gobierno cuerdo y brioso debe castigar á todo pueblo desmandado; pero en obsequio á su fundador Alejandro y á Serapis, su deidad tutelar, indulta plenamente á la ciudad criminal, tratándola siempre con afecto de hermano (128).

Aplacado el alboroto de Alejandría, sentóse Atanasio, al eco de mil aclamaciones, en el solio de donde acababan de despeñar á su indigno competidor (A. 362, febrero 21), y como el fervor del arzobispo daba cabida á la templanza, su desempeño se encaminó, no á enardecer, sino á hermanar los ánimos de sus feligreses. No se ceñia su afan paternal á la estrechez del Ejipto, pues su entendimiento desvelado y grandioso abar-

caba los ámbitos del mundo cristiano, y con su edad, sus merecimientos y su nombradía, le cupo á Atanasio, en un tránsito crítico, ejercer el cargo de dictador eclesiástico (129). Aun no mediaban tres años desde que la mayoría de los obispos de Occidente, por ignorancia ó por violencia, habian firmado la confesion de Rimini. Arrepentidos y leales, estaban temerosos del rigor intempestivo de sus hermanos; y si su orgullo prevalecia sobre su fe, tal vez se pondrian á discrecion de los Arrianos para libertarse del bochorno de una penitencia pública, que debia humillarlos hasta la esfera de unos legos arrinconados. Al mismo tiempo las desavenencias interiores sobre la union y distincion de las personas divinas seguian ventilándose acaloradamente entre los doctores católicos, y los progresos de aquella contienda metafísica amenazaban al parecer con una separacion pública y duradera entre las iglesias griega y latina. Con la sabiduría de un sínodo selecto, al cual el nombre y la presencia de Atanasio dió la autoridad de un concilio jeneral, los obispos que incautamente se habian descarriado quedaron admitidos en la comunion de la iglesia, mediante la condicion obvia de firmar el credo niceno, sin reconocimiento formal de su yerro anterior, ni la menor definicion de sus opiniones escolásticas. Ya el dictado del primado de Ejipto tenia dispuesto el clero de la Galia y la España, de Italia y Grecia para el logro de esta medida saludable, y á pesar de la oposicion de algunos ánimos acalorados (130), la zozobra por el enemigo comun facilitó la paz y la armonía de los Cristianos (131).

Aprovechó el primado de Ejipto con su dilijente habilidad la coyuntura de aquel sosiego, antes que lo alterasen hostilmente los edictos del emperador (132). Juliano, despreciador de los Cristianos, honraba á Atanasio, odiándolo entrañablemente; y por su causa entabló una distincion arbitraria, ó á lo menos opuesta á la mente de sus declaraciones anteriores. Sostuvo que los Galileos alzados de su destierro no eran, por el hecho del indulto, acreedores al reintegro de sus respectivas iglesias; y manifestó su asombro de que un reo (362, oct. 25), repetidamente condenado por sentencia de los emperadores, osase ahora hollar la majestad de las leyes y usurpar desvergonzadamente el trono arzobispal de Alejandría, sin esperar órdenes de su soberano. En castigo de esta demasía imajinaria, volvió á desterrar á Atanasio de la ciudad, muy satisfecho de que esta providencia justiciera seria muy del agrado de sus amantes súbditos. Sin embargo las instancias encarecidas del pueblo le convencieron pronto de que la mayoría de los Alejandrinos era cristiana, y que los mas de los Cristianos estaban adictos á la causa del congojoso prelado; mas enterado de estos dictámenes, en vez de inclinarse á revocar su decreto, se arrebató hasta el punto de comprender todo el Ejipto en los términos de aquel destierro. El empeño de la muchedumbre

encrudeció á Juliano; sobresaltábale la zozobra de que un jefe osado y popular acaudillase á una ciudad desmandada; y el lenguaje de su encono descubre el concepto que le merecian el denuedo y el desempeño de Atanasio. Fuése dilatando la ejecucion de la sentencia por la cautela ó la flojedad de Ecdicio, prefecto del Ejipto, á quien desaletargó por fin una reconvencion adusta. «Si bien dejais de escribirme sobre otros asuntos,» dice Juliano, «es á lo menos muy de vuestra obligacion el enterarme de vuestra conducta con Atanasio, el enemigo de los dioses. Larga es la fecha de haberos yo enterado de mi ánimo. Juro por el gran Serápis que, á menos de hallarse fuera de Alejandría y aun de Ejipto Atanasio el 1.° de diciembre, me pagarán los empleados en sus gobiernos la multa de cien libras de oro. Ya sabeis mi índole, tarda de suyo en condenar; pero mucho mas en conceder indultos.» Corroboraba este contenido la posdata escrita de propio puño por el emperador. «El menosprecio con que trata á todos los dioses me apesadumbra y me ensoberbece. Nada podré ver, nada he de oir con mas deleite que la espulsion de Atanasio de todo el Ejipto. ¡Qué malvado tan abominable! en este mi reinado, el bautismo de varias damas griegas de alta jerarquía ha venido á ser el resultado de sus persecuciones (153).» No se disponia *espresamente* la muerte de Atanasio; mas el prefecto de Ejipto se hizo cargo de que era mas acertado para sus intereses el propasarse que el desatender las órdenes de un dueño airado. Retiróse advertidamente el arzobispo á los monasterios del desierto; evitó con su acostumbrada maestría los lazos del enemigo, y vivió para triunfar sobre las cenizas de un príncipe que con palabras de formidable trascendencia tenia manifestado su anhelo de que toda la ponzoña de la escuela galilea se concentrase únicamente en la persona de Atanasio (154).

He procurado presentar fielmente el artificioso sistema con el cual ideaba Juliano lograr los efectos, sin afearse con el delito ú la reconvencion de perseguidor. Pero si el espíritu mortífero del fanatismo estragó el pecho y el entendimiento de un príncipe virtuoso, hay que confesar tambien que las pasiones humanas y el acaloramiento relijioso enconaban y engrandecian los padecimientos *efectivos* de los Cristianos. La mansedumbre y resignacion que sobresalian en los discípulos primitivos del Evanjelio sonaban en los labios, mas no aparecian en las operaciones de sus sucesores. Arbitros los Cristianos por espacio de mas de cuarenta años del gobierno civil y eclesiástico del imperio, se habian estragado en la prosperidad (155), insolentándose hasta el punto de dar por sentado que únicamente los santos eran acreedores á reinar sobre la tierra. Defraudado el clero de cuantas prerogativas le habia franqueado su privanza con el emperador Constantino, prorumpió en quejas de opresion cruel; y la tolerancia absoluta de idólatras y herejes apesadumbraba y

escandalizaba al partido católico (136). Las tropelías que no abrigaban ya los majistrados solian aun cometerse por el pueblo; que derribó en Pesino el ara de Cibeles, casi á presencia del emperador: y en la ciudad de Cesarea en Capadocia, el templo de la Fortuna, el único paraje donde se habia dejado su culto á los paganos, quedó arrasado por el enfurecimiento de una asonada. En tales lances, un príncipe amantísimo del honor de sus dioses no propendia á desviar el rumbo de la justicia, y se desazonó mucho mas cuando supo que los fanáticos acreedores al castigo inmediato de los incendiarios quedaban; tras su ejecucion, realzados con el blason del martirio (137). Constábanles á los súbditos cristianos los intentos hostiles de su soberano; y en medio de sus zozobras, el menor paso del gobierno franqueaba campo á su sospecha y desabrimiento. Solian los Cristianos salir mal librados en la aplicacion de las leyes; pero siendo porcion tan crecida del pueblo, sus hermanos los suponian inocentes, justificaban sus demandas, y achacaban el rigor de la justicia á la parcialidad maligna de una persecucion relijiosa (138). Estas angustias se conceptuaban como precursoras de quebrantos mas estremados. Miraban los Cristianos á Juliano como á un déspota violento y aleve que tenia suspensa la cuchilla de su venganza hasta que volviese victorioso de la guerra de Persia. Contaban con que, en triunfando de los enemigos esternos de Roma, arrojaria el disfraz congojoso del disimulo; que la sangre de los ermitaños y obispos bañaria los anfiteatros, y que los Cristianos perseverantes en la profesion de su fe vendrian á quedar defraudados de los beneficios jenerales de la naturaleza y de la sociedad (139). Cuantas calumnias (140) podian tiznar al apóstata cundian crédulamente á impulsos de la zozobra y el aborrecimiento de sus contrarios; sus clamores indiscretos destemplaban á un soberano á quien debian respetar por obligacion y lisonjear por interés. Andaban sin cesar protestando que sus armas se reducian á súplicas y lágrimas contra un tirano desapiadado, cuya cabeza dedicaban á la justicia del cielo agraviado; pero insinuaban con adusto denuedo que su rendimiento ya no procedia de flaqueza, y que, segun la imperfeccion de las virtudes humanas, cuando el sufrimiento estriba sobre principios, llega por fin á apurarse con la persecucion. No cabe determinar hasta qué punto el ahinco de Juliano se hubiera sobrepuesto á su sensatez y humanidad; mas si nos hacemos cargo de la fuerza y teson de la iglesia, nos convencerémos de que antes de conseguir el emperador el esterminio de la relijion de Cristo, hubiera tenido que desangrar á su patria con los horrores de una guerra civil (141).

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimo tercio.

(1) Trascribiré algunas de sus espresiones de un breve discurso relijioso que el pontífice imperial compuso para censurar la atrevida impiedad de un cínico. Αλλ'ὅμως οὕτω δή τι τοὺς θεοὺς πέφρικα, καὶ φιλῶ, κας σέβω, καὶ ἅζομαι, καὶ πανθ'ἁπλῶς τὰ τοιαῦτα πρὸς αὐτοὺς πάσχω, ὅσαπερ ἂν τις καὶ οἷα πρὸς ἀγαθοὺς δεσπότας, πρὸς διδασκάλους, πρὸς πατέρας, πρὸς κηδεμόνας. Orat. VIII, p. 212. La variedad y abundancia de la lengua griega no bastan al parecer al fervor de su devocion.

(2) El orador, con alguna elocuencia, mucho entusiasmo y mas vanidad, dirije su discurso al cielo y á la tierra, á los hombres y á los ánjeles, á los vivos y á los muertos, y sobre todo al gran Constancio (εἴτις αἴσθησις, estraña espresion pagana). Concluye con una atrevida firmeza que ha levantado un monumento no menos duradero y mucho mas portátil que las columnas de Hércules. Véase á Gregorio Nazianzeno, Orat. III, p. 50, IV, p. 134.

(3) Véase esta larga invectiva que ha sido desacertadamente dividida en dos oraciones en las obras de Gregorio, tom. I, p. 49-134. Paris 1630. Fué publicada por Gregorio y su amigo Basilio (IV, p. 133) seis meses despues de la muerte de Juliano, cuando sus restos habian sido llevados á Tarso (IV, p. 120); pero mientras que Joviano estaba aun en el trono (III, p. 54, IV, p. 117). He sacado mucho partido de una traduccion francesa con observaciones, impresa en Leon, 1735.

(4) Nicomediæ ab Eusebio educatus Episcopo, quem genere longius contingebat (Ammian. XXII, 9). Juliano nunca espresa agradecimiento alguno por este prelado arriano; pero celebra á su preceptor, el eunuco Mardonio, y describe su método de educacion, que inspiraba á su discípulo una admiracion apasionada por el númen, y quizá la relijion, de Homero. Misopogon, p. 351, 352.

(5) Greg. Naz., III, p. 70. Procuró efectuar esta santa señal en la sangre, quizá de un Taurobolio. Baron., Annal., Ecles., A. D. 361. Nº. 3, 4.

(6) Juliano mismo (Epíst. LI, 454) asegura á los Alejandrinos que habia sido cristiano (querrá decir Cristiano sincero) hasta los veinte años.

(7) Véase su educacion cristiana y aun eclesiástica, en Gregorio (III, p. 58), Sócrates (l. III, c. 1), y Sozomen (l. V, c. 2). Poco faltó para que fuera obispo y quizá un santo.

(8) La parte de la obra adjudicada á Galo se llevó á cabo con enerjía y buen éxito; pero la tierra rechazó y derribó las construcciones levantadas por la mano sacrílega de Juliano. Greg. III, p. 59, 60, 61. Semejante terremoto, parcial atestiguado por tantos testigos, formaria uno de los mas patentes milagros de la historia eclesiástica.

(9) El *filósofo* (Fragmento, p. 288) ridiculiza las cadenas de hierro, etc., de estos fanáticos solitarios (Véase Tillemont, Memor. Ecles., tom. IX, p. 661, 662), quienes habian olvidado que el hombre es por naturaleza un animal suave y social, ἀνθρώπου φύσει πολιτικοῦ ζώου καὶ ἡμέρου. El *Pagano* supone que estaban poseidos y atormentados de los demonios, porque habian renunciado á los dioses.

(10) Véase á Juliano apud Cyril, l. VI, p. 206, l. VIII, p. 253, 262. «Perseguis,» dice, «á aquellos herejes que no lloran á un muerto, precisamente del modo que vosotros lo aprobais.» Se manifiesta teólogo tolerante, pero sostiene que la Trinidad cristiana no se deriva de la doctrina de Pablo, Jesús ni Moisés.

(11) Libanio, Orat. Parentalis, c. 9, 10, p. 232, etc. Greg. Nazianzeno, Orat. III, p. 61. Eunap. Vit. Sophist. in Maximo, p. 68, 69, 70. Edic. Commelin.

(12) Un filósofo moderno ha comparado injeniosamente la operacion diferente del teismo y politeismo, con respecto á la duda ó convencimiento que producen en el espíritu humano. Véanse los Ensayos de Hume, vol. II, p. 444-457, en 8°., edic. 1777.

(13) La madre Ideana desembarcó en Italia á fines de la segunda guerra púnica. Un sinnúmero de testigos corroboran el milagro de Claudia, ora vírjen ó matrona, que dejó bien puesta su fama, perjudicando á la modestia mas grave de las damas romanas. Su testimonio está recopilado por Drakenborch (ad Silium Italicum, XVII, 33); pero podemos observar que Livio (XXIX, 14) pasa en silencio este suceso con discreta ambigüedad.

(14) No puedo menos de trascribir las palabras enfáticas de Juliano: ἐμοὶ δὲ δοκεῖ ταῖς πόλεσι πιστεύειν μᾶλλον τὰ τοιαῦτα, ἢ τούτοισι τοῖς κομψοῖς, ὧν τὸ ψυχάριον δριμὺ μὲν, ὑγιὲς δὲ οὐδὲ ἓν βλέπει. Orat. V, p. 161. Juliano declara tambien su firme creencia en los *ancilia*, los santos escudos, que cayeron del cielo sobre el monte Quirinal; y compadece la estraña ceguedad de los Cristianos, que preferian la *cruz* á estos trofeos celestes. Apud. Cyril, l. VI, p. 194.

(15) Véanse los principios de la alegoría, en Juliano (Orat. VII, páj.

216, 222). Sus razones son menos absurdas que las de algunos teólogos modernos, que sostienen que una doctrina estravagante ó contradictoria *debe ser* divina, porque ningun hombre en vida hubiera pensado en inventarla.

(16) Eunapio escribió una historia parcial y fanática de estos sofistas; y el erudito Brucker (Hist. Filos., tom. II, p. 217-303) se ha afanado en ilustrar sus vidas oscuras y sus doctrinas incomprensibles.

(17) Juliano, Orat. VII, p. 222. Jura con la mas ardiente y entusiasta devocion, y tiembla por miedo de descubrir demasiado estos santos misterios, de los que se mofan los profanos con risa impía y sardónica.

(18) Véase la oracion quinta de Juliano. Pero todas las alegorías salidas de la escuela platónica no valen el poemita de Catulo sobre este estraño asunto. La transicion de Atis del mas singular entusiasmo á una patética queja, por su pérdida irremediable, debe inspirar compasion á un hombre, y á un eunuco desesperacion.

(19) Puede deducirse la verdadera relijion de Juliano de los Césares, p. 308, con notas é ilustraciones de Spanheim, de los fragmentos en Cirilo, l. II, p. 57, 58, y particularmente de la oracion teolójica in Solem Regem, p. 130-158, dirijida con la confianza de la amistad al prefecto Salustio.

20) Juliano adopta este grosero concepto, atribuyéndolo á su favorito Marco Antonino (Cæsares, p. 333). Los estoicos y platónicos titubeaban entre la analojía de los cuerpos y la pureza de los espíritus; y sin embargo, los mas graves filósofos se inclinaban á la caprichosa idea de Aristófanes y Luciano, de que los dioses inmortales se moririan de hambre en un siglo no creyente. Véanse Observaciones de Spanheim, p. 284, 444, etc.

(21) Ἥλιον λέγω, τὸ ζῶν ἄγαλμα καὶ ἔμψυχον, καὶ ἔννουν καὶ ἀγαθοεργὸν τοῦ νοητοῦ πατρός. Juliano, Epíst. II. En otro sitio (apud Cyril, l. II, p. 69) llama al sol, á Dios y el trono de Dios. Juliano creia en la Trinidad platónica; y solo critica á los Cristianos de preferir un mortal á un inmortal, *Logos*.

(22) Los sofistas de Eunapio ejecutan tantos milagros como los santos del desierto; y la sola circunstancia á favor suyo es que son de un carácter menos sombrío. En lugar de diablos con astas y colas, Iámblico evocaba los jenios del amor, Eros y Anteros, de dos fuentes adyacentes. Dos hermosos muchachos salian de las aguas, le abrazaban tiernamente como á padre suyo, y se retiraban á su mandato, p. 26, 27.

(23) Eunapio refiere con sencillez no sospechosa (p. 69-79) el diestro manejo de estos sofistas, que jugaban de uno en otro con su crédulo discípulo. El abate de la Bleterie comprende y claramente describe toda la farsa (Vida de Juliano), p. 61-67).

(24) Cuando Juliano, en un momento de terror pánico, hizo la señal de la cruz, los demonios desaparecieron inmediatamente. Greg. Naz., (Orat. III, p. 71). Gregorio supone que se atemorizaron, pero los sacerdotes declararon que se habian llenado de indignacion. Profunda cuestion es esta que decidirá el lector, á medida de su fé.

(25) Dion Crisóstomo, Temistio, Proclo y Estobeo manifiestan una oscura y lejana vista de los terrores y alegrías de la iniciacion. El erudito autor de la Legacion divina ha copiado sus palabras (vol. I, p. 239, 247, 248, 280, edic. 1765), que aplica á su hipótesis con destreza ó violencia.

(26) La modestia de Juliano le redujo á ideas oscuras y casuales: pero Libanio se estiende gustoso sobre los ayunos y visiones del héroe relijioso (Legat. ad Julian, p. 157, y Orat. Parental., c. LXXXIII, p. 309, 310).

(27) Libanio, Orat. Parent., c. X, p. 233, 234. Galo tenia motivo para sospechar la secreta apostasía de su hermano; y en una carta, que puede considerarse como jenuina, exhorta á Juliano á seguir la relijion de sus *antepasados*; argumento, que al parecer, no habia llegado aun á una completa madurez. Véase á Julian. Op., p. 454, e Hist. de Joviano, tom. II, p. 141.

(28) Gregorio censura á Constancio con celo inhumano (III, p 50) por haber perdonado al apóstata cuando niño (κακῶς σωθέντα). Su traductor francés (p. 265) observa mañosamente que semejantes espresiones no deben tomarse literalmente.

(29) Libanio, Orat. Parental., c. IX, p. 233.

(30) Fabricio (Biblioth. Græc., l. V, c. VIII, p. 88-90) y Lardner, (Testimonios Paganos, vol. IV, p. 44-47) han compilado exactamente todo cuanto puede ahora descubrirse de la obra de Juliano contra los Cristianos.

(31) Unos setenta años despues de la muerte de Juliano, ejecutó una tarea, que débilmente habia intentado Felipe de Side, prolijo y despreciable escritor. Aun la obra de Cirilo no ha satisfecho á los jueces mas parciales; y el abate de la Bleterie (Prefacio á la Hist. de Joviano, p. 30, 32) desea que algun *filósofo teólogo* (singular centauro) emprenda la refutacion de Juliano.

(32) Libanio (Orat. Parental., c. LXXXVII, p. 313), á quien se ha sospechado de ayudar á su amigo, prefiere esta vindicacion (Orat. IX, in necem Julian., p. 255, edic. Morel) á los escritos de Porfirio. Puede citarse su juicio (Sócrates, l. III, c. 23); pero no puede acusársele á Libanio de adulacion á un príncipe difunto.

(33) Libanio (Orat. Parental., c. LVIII, p. 283, 284) ha esplicado

elocuentemente los principios tolerantes y la conducta de su amigo. En una epístola digna de nota, dirijida al pueblo de Bostra, Juliano mismo (epist. LII) manifiesta su moderacion y descubre su celo, que reconoce Amiano y espone Gregorio (Orat. III, p. 72).

(34) En Grecia se abrieron los templos de Minerva por sus espresas órdenes, antes de la muerte de Constancio (Liban., Orat. Parent., c. 55, p. 280); y el mismo Juliano se declara pagano en su manifiesto á los Atenienses. Este testimonio indisputable puede enmendar el aserto precipitado de Amiano, quien parece suponer que Constantinopla fué el lugar en que descubrió su adhesion á los dioses.

(35) Amiano, XXII, 5. Sozomen, l. V, c. 5. Bestia moritur, tranquillitas redit... omnes episcopi qui de propriis sedibus fuerant exterminati per indulgentiam novi principis ad ecclesias redeunt. Ieron. adversus Luciferianos, tom. II, p. 143. Optato acusa á los Donatistas de que deben su seguridad á un apóstata (l. II, c. 16, p. 36, 37, edic. Dupin).

(36) La restauracion del culto pagano se halla descrita por Juliano (Misopogon, p. 346), Libanio (Orat. Parent., c. 60, p. 286, 287, y Orat. Consular. ad Julian, p. 245, 246, edic. Morel.) Amiano, (XXII, 12) y Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 121). Estos escritores convienen en los hechos esenciales, y aun en minuciosidades; pero los diferentes puntos de vista bajo que miran la gran devocion de Juliano son la espresion de aplausos á sí propio, admiracion apasionada, suaves reconvenciones, invectivas parciales.

(37) Véase á Julian., Epistol. XLIX, LXII, LXIII, y un largo y curioso fragmento, sin principio ni fin (p. 288-305). El supremo pontífice se mofa de la historia de Moisés y de la disciplina cristiana, prefiere los poetas griegos á los profetas hebreos, y *disfraza*, con la maña de un Jesuita, el culto *relativo* de las imájenes.

(38) Puede ser consistente con el carácter sacerdotal la alegría de Juliano, por que se hayan estinguido estas impías sectas y sus escritos; pero es indigno de un filósofo desear que estén ocultos al conocimiento del jénero humano cualesquiera opiniones y argumentos en contradiccion con los suyos.

(39) Sin embargo, da á entender que los Cristianos, bajo pretesto de caridad, engañaban á los niños, robándolos á sus padres y á su relijion, los llevaban ábordo de los buques y sacrificaban estas víctimas á una vida de probeza ó servidumbre en un pais lejano (p. 305). Probado el hecho, era deber suyo castigar, y no quejarse.

(40) Gregorio Nazianzeno es burlon, injenioso y argumentador (Orat. III, p. 101, 102, etc.). Ridiculiza la locura de esta vana imitacion; y se entretiene en preguntar, qué lecciones morales ó teolójicas podian sacarse de las fábulas griegas.

(41) Acusa á uno de sus pontífices de una confederacion secreta con los obispos y presbíteros cristianos (Epist. LXII). Ὁρῶν οὖν πολλὴν μὲν ὀλιγωρίαν οὖσαν ἡμῖν πρὸς τοὺς θεούς; y otra vez, ἡμᾶς δὲ οὕτω ῥαθύμως, etc., Epist. LXIII.

(42) Elojia la fidelidad de Calixenes, sacerdotisa de Céres, que habia sido dos veces tan constante como Penélope, y la recompensa con el sacerdocio de la diosa frijia en Pesino (Juliano, Epist. XXI). Aplaude la firmeza de Sopater de Hierápolis, que habia sido instado por Constancio y Galo á *apostatar* (Epist. XXVII, p. 401).

(43) Ὁ δὲ νομίζων ἄδελφα λόγους τε θεῶν ἱερα. Orat. Parent., c. 77, p. 302. Con frecuencia inculcan el mismo parecer Juliano, Libanio, y los demás de su partido.

(44) Amiano espone claramente (XXII, 12) la curiosidad y credulidad del emperador, que probaba todos los medios de la adivinacion.

(45) Juliano, Epist. XXXVIII. Otras tres epístolas (XV, XVI, XXXIX), escritas en el mismo estilo de amistad y confianza, están dirijidas al filósofo Máximo.

(46) Eunapio (*) (in Maximo. p. 77, 78, 79, é in Chrysanthio, páj. 147, 148) ha referido minuciosamente estas anécdoctas, que son á su entender los sucesos mas importantes del siglo. Sin embargo, confiesa claramente la frajilidad de Máximo. Libanio (Orat. Parent., c. 86, páj. 301), y Amiano (XXII, 7) describen su recibimiento en Constantinopla.

(47) Crisantio, que habia rehusado salir de Lidia, fué nombrado gran sacerdote de la provincia. El uso cauto y moderado que hizo del poder le aseguró en su cargo despues de la revolucion, y vivió en paz; mientras que Máximo, Prisco, etc., fueron perseguidos por los ministros cristianos. Véanse las aventuras de estos sofistas fanáticos, recopiladas por Brucker, tom. II, p. 281-293.

(48) Véase á Libanio (Orat. Parent., c. 101, 102, p. 324, 325, 326) y Eunapio (Vit. Sophist. in Proæresio, p. 126). Algunos estudiantes, cuyas esperanzas eran quizás sin fundamento ó estravagantes, se retiraron disgustados (Greg. Nazianz., Orat. IV, p. 120). Estraño es que no podamos contradecir el título de uno de los capítulos de Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 960). «La corte de Juliano está llena de filósofos y de jente perdida.»

(49) Bajo el reinado de Luis XIV, sus súbditos de todas clases aspiraban al glorioso título de *Convertidor*, que era la espresion de su celo y

(*) Eunapio escribió una continuacion de la historia de Dexipo. Algunos fragmentos preciosos de esta obra han sido recobrados por M. Mayo, y reimpresos en la edicion Niebuhr de los Historiadores bizantinos.—M.

éxito en hacer prosélitos. La palabra y la idea se van perdiendo en Francia; ojalá que nunca se introduzcan en Inglaterra.

(50) Véanse las fuertes espresiones de Libanio, que probablemente serian las mismas de Juliano (Orat. Parent., c. 59, p. 285).

(51) Cuando Gregorio Nazianzeno (Orat. X, p. 167) desea encarecer la firmeza cristiana de su hermano Cesario, médico de la corte imperial, confiesa que Cesario disputaba con un temible adversario πολὺν ἐν ὅπλοῖς, καὶ μέγαν ἐν λόγων δεινότητι. En sus invectivas apenas le concede al apóstata injenio ó valor.

(52) Juliano, Epist. XXXVIII. Amiano, XXII, 12. Adeo ut in dies pæne singulos milites carnis distentiore sagina victitantes incultius, potusque aviditate correpti, humeris impositi transeuntium per plateas ex publicis ædibus... ad sua diversoria portarentur. El príncipe devoto y el historiador indignado describen la misma escena; y en Ilírico ó Antioquía iguales causas deben haber producido iguales efectos.

(53) Gregorio (Orat. III, p. 74, 75, 83-86) y Libanio (Orat. Parent. c. LXXXI, LXXXII, p. 307, 308); περὶ ταύτην τὴν σπουδὴν, οὐκ ἀρνοῦμαι πλοῦτον ἀνηλῶσθαι μέγαν. El sofista confiesa y justifica el gasto de estas conversiones militares.

(54) La epístola de Juliano (XXV) está dirijida é la comunidad de los Judíos. Aldo (Venet. 1499) lo ha anatematizado con un εἰ γνήσιος; pero los editores posteriores Petavio y Spanheim han hecho desaparecer esta mancha difamante. Sozomen hace mencion de la epístola (l. V, c. 22), y su significado se halla confirmado por Gregorio (Orat. IV, p. 111), y el mismo Juliano, Fragmento, p. 295.

(55) El Misnah condenaba á muerte á los que abandonaban la obra. El juicio de celo está esplicado por Marsham (Canon. Chron., p. 161, 162, edic. fol. Lóndres, 1672) y Basnage (Hist. de los Judíos, tom. VIII, p. 120). Constantino dió una ley para protejer á los convertidos cristianos del Judaismo. Cod. Theod., l. XVI, tit. VIII, leg. 1. Gofredo, tom. VI, p. 215.

(56) Et interea (durante la guerra civil de Magnencio) Judæorum seditio, qui Patricium nefarie in regni speciem sustulerunt, oppressa. Aurelio Victor, in Constantio, c. XLII. Véase á Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. IV, p, 379, en 4°.

(57) Reland (Pal estin.,) describe curiosamente la ciudad y sinagoga de Tiberiada (tom. II, p. 1036-1042).

(58) Basnage ha ilustrado plenamente el estado de los Judíos bajo Constantino y sus sucesores (tom. VIII, c. IV, p. 111-153).

(59) Reland (Palestin., l. I, p. 309, 390, l. III, p. 838) describe con erudicion y perspicacia á Jerusalen y el aspecto del pais adyacente.

(60) He consultado un tratado raro y curioso de M. d'Anville (sobre la Antigua Jerusalen, Paris, 1747, p. 75). La circunferencia de la ciudad antigua (Euseb. Preparat. Evangel., l. IX. c. 36) era de veinte y siete estadios, á 2550 *toesas*. Un plan, sacado en el lugar mismo, no dá mas de 1980 á la poblacion moderna. El circuito está señalado con mojones, acerca de los cuales no cabe equivocacion y que no es fácil variar.

(61) Véanse dos curiosos pasajes en Jerónimo (tom. I, p. 102, t. VI, p. 315), y los estensos pormenores de Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. I, p. 169, t. II, p. 289, 294, 4ª. edic).

(62) Eusebio in Vit. Constantin., l. III, c. 25-47, 51-53. Tambien levantó iglesias el emperador en Belen, el Monte de los Olivos, y la encina de Mambre. Describen el santo sepulcro Sandys (Viajes, p. 125-133), y Le Bruyn (Viaje al Levante, p. 288-296).

(63) El Itinerario de Burdeos á Jerusalen fué compuesto en el año 333 para uso de los peregrinos; entre cuyo número cuenta Jerónimo á los Bretones é Indios. Las causas de esta supersticiosa costumbre se hallan discutidas en el erudito y juicioso prefacio de Wesseling (Itinerar., p. 537-545) (*).

(64) Ciceron (de Finibus, v. 1) ha espresado hermosamente el sentido comun del jénero humano.

(65) Baronio (Annal. Eccles., A. D. 326. Nº. 42-50) y Tillemont (Mem. Ecles., tom. 7 y 8-16) son los historiadores y campeones de la *invencion* milagrosa de la cruz, bajo el reinado de Constantino. Los testigos mas antiguos son Paulino, Sulpicio Severo, Rufino, Ambrosio, y acaso Cirilo de Jerusalen. El silencio de Eusebio y del peregrino de Burdeos, que satisface á los que piensan, deja perplejos á los que creen. Véanse las observaciones exactas de Jortin, vol. II, p. 238-248.

(66) Paulino asevera esta multiplicacion, (Epist. XXXVI. Véase á Dupin, Bibliot. Ecles., tom. III, p. 149) y parece haber presentado como un hecho verdadero una flor de retórica de Cirilo. El mismo privilejio sobrenatural debe haber sido comunicado á la leche de la Vírjen (Erasmi Opera, tom. I, p. 778. Lugd. Batav., 1703, in Colloq. de Peregrinat. Religionis ergo), los cabezas de los santos, y demás reliquias, que están repetidas en tantas iglesias diferentes (**).

(*) Muchos datos curiosos sobre este asunto se hallan recopilados en el capítulo primero de Wilken, Geschichte der Kreuzzuge.—M.

(**) Lord Mahon, en una memoria leida en la Sociedad de Anticuarios (Feb 1831), ha bosquejado de un modo compendioso, pero interesante, las singulares aventuras de la verdadera cruz. Curioso es inquirir, que autoridad tene-

(67) Jerónimo (tom. I, p. 103), que residia en la aldea inmediata de Belen, describe los vicios de Jerusalen por esperiencia propia.

(68) Gregor. Nyssen. apud Wesseling, p. 539. Toda la epístola, que critica el uso y el abuso de las peregrinaciones relijiosas, es desagradable á los teólogos católicos, al paso que es grata y familiar á nuestros argumentistas protestantes.

(69) Renunció á su ordenacion ortodoja, ofició como diácono, y fué ordenado otra vez por mano de los Arrianos. Pero Cirilo mudó despues con los tiempos, y se conformó prudentemente con la fe nicena. Tillemont (Mem. Ecles., tom. VIII), que le recuerda con cariño y respeto, ha tratado de sus virtudes en el texto, y de sus faltas en las notas, colocándolas con cierta oscuridad al fin del tomo.

(70) Imperii sui memoriam magnitudine operum gestiens propagare. Amian, XXIII, 1. El templo de Jerusalen habia sido famoso, aun entre los Jentiles. *Estos* tenian muchos templos en cada ciudad (cinco en Siquen, ocho en Gaza, y cuatrocientos veinte y cuatro en Roma): pero la opulencia y relijion de la nacion judía estaba reconcentrada en un punto.

(71) Las intenciones secretas de Juliano están descubiertas por el erudito y dogmático Warburton, último obispo de Gloucester, quien prescribe con la autoridad de un teólogo los motivos y conducta del Sér Supremo. En el discurso titulado *Juliano* (2ª. edicion, Lóndres, 1751), están fuertemente estampadas todas las circunstancias que se echan en cara á la escuela warburtoniana.

(72) Me escudo con Maimonides, Marsham, Spencer, Le Clerc, Warburton, etc., que se han burlado de los temores, locura y falsedad de algunos teólogos supersticiosos. Véase la Legacion divina, volúm. IV, p. 25, etc.

(73) Juliano (Fragmento, p. 295) le llama respetuosamente μέγας θέος, y en otra ocasion (Epíst. LXIII) le apellida con mayor acatamiento. Vitupera doblemente á los Cristianos, por creer y renunciar la relijion de los Judíos. Su deidad era un Dios *verdadero*, pero no el *único*. Apud Cyril, l. IX, p. 305, 306.

(74) 1 Reyes, VIII. 63. 2 Crónicas, VII, 5. Joseph. Antiquitat. Judaic., l. VIII. c. 4, p. 431, edic. Havercamp. Como pudieran ser perjudiciales la sangre y el humo de tantas hecatumbas, el rabí cristiano, Lightfoot, los hace desaparecer con un milagro. Le Clerc (ad loca) tiene

mos, escepto una tradicion *reciente* acerca del Monte Calvario. No hay ninguna en los escritos sagrados; el uso uniforme de la palabra comun τόπος, en lugar de cualquiera palabra que espresa subida á elevacion, es contraria á la nocion.—M.

el atrevimiento de sospechar de la exactitud de los números (*).

(75) Juliano, epíst. XXIX, XXX. La Bleterie ha dejado sin traducir la segunda de estas epístolas.

(76) Véanse en Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 111) y Teodoreto (l. III, c. 20) el celo é impaciencia de los Judíos.

(77) Edificada por Omar, califa segundo, que murió A. D. 644. Esta gran mezquita cubre todo el terreno consagrado del templo judío, y constituye casi un cuadrado de 760 *toesas* ó una milla romana de circunferencia. Véase Jerusalen por d'Anville, p. 45.

(78) Amiano recuerda los cónsules del año 363, antes de hacer mencion de los *pensamientos* de Juliano. Templum... instaurare sumptibus *cogitabat* immodicis. Warburton tiene un deseo secreto de anticipar el proyecto; pero sin duda comprendió, por ejemplos anteriores, que la ejecucion de semejante obra hubiera requerido muchos años.

(79) Los testigos posteriores, Sócrates, Sozomen, Teodoreto, Filostorjio, etc., añaden contradicciones mas bien que autoridad. Compárense las objeciones de Basnage (Hist. de los Judíos, tom. VIII, p. 157-168) con las respuestas de Warburton (Juliano, p. 174-258). El obispo ha esplicado injeniosamente las cruces milagrosas que aparecieron en los vestidos de los circunstantes con un ejemplo parecido y los efectos naturales del relámpago.

(80) Ambros., tom. II, epist. XL, p. 946, edic. Benedictin. Compuso esta fanática epístola (A. D. 388) para justificar á un obispo sentenciado por los majistrados civiles por haber incendiado una sinagoga.

(81) Crisóstomo, tom. I, p. 580, advers. Judæos et Gentes, tom. II, p. 574, de Sto. Babyla, edic. Montfaucon. He seguido la suposicion comun y natural; pero el erudito Benedictino, que supone que estos sermones fueron compuestos en el año 383, confia que nunca fueron pronunciados desde el púlpito.

(82) Greg. Nazianzeno, Orat. IV, p. 110-113. Τὸ δὲ οὖν περιβόητον πᾶσι θαῦμα, καὶ οὐδὲ τοῖς ἀθέοις αὔτοις ἀπιστούμενον, λέξων ἔρχομαι.

(83) Amiano, XXIII, 1. Cum itaque rei fortiter instaret Alypius, juvaretque provinciæ rector, metuendi globi flammarum prope fundamenta crebris assultibus erumpentes fecere locum exustis aliquoties operantibus inacessum; hocque modo elemento destinatius repellente, ces-

(*) Segun el historiador Kotobeddym, citado por Burckhardt (Viajes en Arabia, p. 276), el califa Mokteder sacrificó durante su peregrinacion á la Meca, en el año de la héjira 350, cuarenta mil camellos y vacas y cincuenta mil carneros. Bartema habla de treinta mil bueyes muertos, que se dieron á los pobres. Revista del Trimestre, XIII, p. 39.—M.

savit inceptum. Warburton procura (p. 60-90) sacar una confesion del milagro de las bocas de Juliano y Libanio y emplear el testimonio de un rabí que vivió en el siglo décimo quinto. Semejantes testigos solo pueden hallar acojida en un juez parcial.

(*a*) Michaelis ha dado una esplicacion injeniosa y bastante probable de este notable incidente, que no nos permite poner en duda el testimonio positivo de Amiano, contemporáneo y pagano. Sujiriósela un pasaje de Tácito. Este historiador, hablando de Jerusalen, dice (Omito la primera parte de la cita á que alude M. Guizot, la cual solo podia aplicarse á la cuestion traduciendo equivocadamente las palabras muri introrsus insinuati por « *hondonadas.*»—M.): « El templo era de suyo una especie de ciudadela, que tenia sus murallas, superiores, en trabajo y construccion, á las de la ciudad. Los pórticos mismos, que rodeaban el templo eran una escelente fortificacion. Habia una fuente de la que manaba un chorro continuo; *escavaciones subterráneas debajo del monte; depósitos y cisternas para recojer el agua llovediza.*» Tác. Hist., V, II. 12. Estas escavaciones y depósitos debian ser de mucha estension. Los segundos proporcionaron agua, durante todo el sitio de Jerusalen, á 1,100.000 habitantes, para los cuales no hubiera bastado la fuente de Silos, y que no tenian agua llovediza fresca, habiendo ocurrido el sitio desde el mes de abril al de agosto, época del año durante la cual rara vez llueve en Jerusalen. En cuanto á las escavaciones, sirvieron, despues y aun antes de la vuelta de los Judíos de Babilonia, no solo de almacenes para aceite, vino y trigo, sino tambien para poner en ellas los tesoros amontonados en el Templo. Josefo ha referido varios incidentes que manifiestan su estension. Cuando Jerusalen estuvo á punto de ser tomada por Tito, los jefes rebeldes, poniendo su última esperanza en estos espaciosos subterráneos (ὑπονόμους, ὑπόγαια, διώρυχας), formaron el proyecto de ocultarse en ellos y permanecer allí durante el conflicto de la ciudad, y hasta que los Romanos se hubiesen retirado á alguna distancia. Los mas no tuvieron tiempo para ejecutar su proyecto; pero uno de ellos, Simon, hijo de Jioras, habiéndose proporcionado víveres é instrumentos para cavar la tierra, bajó á aquel retiro con algunos compañeros, donde permaneció hasta que Tito se marchó para Roma; hostigado por el hambre, salió de repente por donde se levantaba antes el Templo, y se halló en medio de una guardia romana. Apoderóse ésta de él y fué enviado á Roma para concurrir en el triunfo. Su aparicion dió á sospechar que otros Judíos podian haber elejido el mismo asilo, y hecha la pesquisa, se hallaron muchos. Josefo, De Bell. Jud., l. VII, c. 2. Es probable que la mayor parte de estas escavaciones fueran los restos del tiempo de Salomon, cuando se solia ir á trabajar á una grande estension debajo de tierra; no se les puede atri-

buir otra época. Los Judíos estaban muy pobres á su vuelta del cautiverio para emprender tales obras; y aunque Heródes hizo algunas escavaciones al reedificar el Templo (Josefo, Ant. Jud., XV, 11, VII), la precipitacion con que se concluyó no nos permite suponer que perteneciesen á aquel período. Algunas sirvieron de cloacas y sangrías; y otras para ocultar los inmensos tesoros que Craso habia robado á los Judíos ciento y veinte años atrás, y que sin duda habian sido reemplazados desde entónces. El Templo fué destruido A. C. 70; la tentativa de Juliano para reedificarlo y el hecho que refiere Amiano coinciden con el año 363. Entre estas dos épocas habia trascurrido entónces un intervalo de unos 300 años, durante el cual las escavaciones, obstruidas con ruinas, debieron llenarse de aire inflamable. Los trabajadores que Juliano empleaba llegarian cavando á las escavaciones del Templo; tomarian hachas para recorrerlas; los que se acercaron fueron rechazados por súbitas llamas, oyéronse esplosiones, y estos fenómenos se repitieron cada vez que penetraron en nuevos pasajes subterráneos (*). Josefo confirma esta esplicacion con el relato de un suceso casi igual. Sabiendo el rey Heródes que se habian ocultado inmensos tesoros en el sepulcro de David, bajó á él con algunas personas de su confianza; no halló en el primer aposento subterráneo mas que joyas y telas preciosas; pero habiendo querido penetrar en otro aposento, que habia estado por mucho tiempo cerrado, fué rechazado, al abrirlo, por llamas que mataron á los que le acompañaban (Ant. Jud., XVI y I). Como no cabe en esto milagro, puede considerarse el hecho como una nueva prueba de la verdad de lo que refieren Amiano y los escritores contemporáneos.—G.

A las aclaraciones relativas á la estension de los aposentos subterráneos que da Michaelis, puede añadirse que sorprendido el templo por Juan de Jischala, durante el sitio, el partido de Eleazar se refujió dentro de ellos. Bell. Jud., VI, 3, I. El súbito hundimiento del Monte Sion, cuando Barchocab ocupó á Jerusalen, puede haber tenido relacion con tales escavaciones. Hist. de los Judíos, vol. III, 122 y 186.—M.

(84) El doctor Lardner es quizá el único de los críticos cristianos que pretende dudar de la verdad de este famoso milagro (Testimonios judai-

(*) Sabido es de todos que, al abrirse las minas que han estado mucho tiempo cerradas, sucede una de dos; ó que se apagan las hachas y caen desmayados al pronto los hombres y luego mueren, ó que si el aire es inflamable, se ve revolotear una pequeña llama al rededor de la lámpara, que se va estendiendo y multiplicando, hasta que el incendio llega á ser jeneral, y se sigue una esplosion, que mata á cuantos encuentra al paso.—G.

cos y paganos, vol. IV, p. 47-71) (*). El silencio de Jerónimo da lugar á sospechar que no se hacia caso en el lugar mismo de un cuento que á lo lejos se celebraba.

(85) Greg. Naz., Orat. III, p. 81. Y esta ley fué confirmada por la práctica invariable del mismo Juliano. Warburton ha observado con fundamento (p. 35), que los Platonistas creian en la virtud misteriosa de las palabras; y la aversion de Juliano al nombre de Cristo podia provenir de superstición y tambien de desprecio.

(86) Fragment. Juliano, p. 288. Se mofa de la μωρία Γαλιλαίων (Epíst. VII), y de tal modo pierde de vista los principios de la tolerancia, que desea (Epíst. XLII) ἄκοντας ἰᾶσθαι.

(87) Οὐ γάρ μοι θέμις ἐστὶ κομιζέμεν ἢ ἐλεαίρειν
Ἀνέρας, οἵ κε θεοῖσιν ἀπέχθωντ' ἀθανάτοισιν.

Estos dos versos, que Juliano ha trastornado conforme á la verdadera mente de un hipócrita (Epíst. XLIX), están tomados del discurso de Eolo, cuando rehusa conceder á Ulíses una nueva provision de vientos (Odisea, X, 73). Libanio (Orat. Parent., c. LIX, p. 286) trata de justificar esta conducta parcial con una apolojía, en la que se trasluce la persecucion bajo la máscara del candor.

(88) Estas leyes que atacaron al clero pueden hallarse en las insinuaciones del mismo Juliano (Epist. LII), en las vagas declamaciones de Gregorio (Orat. III, p. 86, 87), y en los asertos positivos de Sozomen (l. V, c. 5).

(89) Inclemens..... perenni obruendum silentio. Amian, XXII, 10, XXV, 5.

(90) El edicto mismo, que aun existe entre las epístolas de Juliano (XLII), puede compararse con las invectivas sueltas de Gregorio (Orat. III, p. 96). Tillemont (Mem. Ecles., t. VII, p. 1291-1294) ha recopilado las diferencias aparentes entre antiguos y modernos. Pueden conciliarse fácilmente. Se les prohibió *directamente* á los Cristianos que enseñaran, é *indirectamente* que aprendieran; porque no querian concurrir á las escuelas de los paganos.

(91) Codex Theodos., l. XIII, tit. III, de medicis et professoribus, leg. 5 (publicada el 17 de junio, recibida en Espoleto en Italia), el 29 de julio (A. D. 373) con las Ilustraciones de Godofredo, tom. V, p. 31.

(92) Orosio celebra su determinacion desinteresada: Sicut a majoribus nostris compertum habemus, omnes ubique propemodum..... officium quam fidem deserere maluerunt, VII, 30. Proeresio, sofista cristiano,

(*) Gibbon se ha olvidado de Basnage, á quien replicó Warburton.—M.

rehusó aceptar la proteccion parcial del emperador. Hieronym. in Chron., p. 185. Edicion Escalíjero, Eunapius in Proæresio, p. 126.

(93) Recurrieron al espediente de componer libros para sus propias escuelas. Al cabo de algunos meses, Apolinario dió á luz sus imitaciones cristianas de Homero (historia sagrada en XXIV libros), Píndaro, Eurípides y Menandro; y Sozomen se manifiesta satisfecho de que igualaron ó aventajaron á los orijinales (*).

(94) Era la instruccion de Juliano á sus majistrados (Epíst. VII) προτιμᾶσθαι μέντοι τοὺς θεοσεβεῖς καὶ πάνυ φημὶ δεῖν. Sozomen (l. V, c. 18), y Sócrates (l. III, c. 13). Deben ser rebajados al par de Gregorio (Orat. III, p. 95), no menos exajerado que ellos, aunque mas contenido por el conocimiento actual de sus lectores contemporáneos.

(95) Ψήφῳ θεῶν καὶ διδοὺς καὶ μὴ διδούς. Libanio, Orat. Par., c. 88, p. 314.

(96) Greg. Naz., Orat. III, p. 74, 91, 92. Sócrates, l. III, c. 14. Teodoreto, l. III, c. 6. Empero alguna rebaja puede hacerse por la violencia de *su* celo, no menos parcial que el de Juliano.

(97) Si comparamos el suave lenguaje de Libanio (Orat. Parent., c. 60, p. 286) con las esclamaciones apasionadas de Gregorio (Orat. III, p. 86, 87), nos será difícil persuadirnos que ambos oradores esten realmente describiendo los mismos acontecimientos.

(98) Restan ó Aretusa, á una distancia igual de diez y seis millas entre Emesa (*Hems*) y Epifania (*Hamalth*), fué fundada, ó á lo menos así llamada, por Seleuco Nicator. Segun las medallas de la ciudad, remonta su oríjen al año 685 de Roma. En la decadencia de los Seléucides, Emesa y Aretusa fueron usurpadas por el Arabe Sampsiceramo, cuya posteridad, vasalla de Roma, no estaba estinguida en el reinado de Vespasiano. Véanse los Mapas y la Jeografía antigua de D'Anville, tom. II, p. 134. Wesseling, Itinerarios, p. 188, y Noris. Epoch. Syro-Macedon., p. 80, 481, 482.

(99) Sozomen, l. V, c. 10. Estraño es que Gregorio y Teodoreto suprimieran una circunstancia que debia realzar á sus ojos el mérito relijioso del confesor.

(100) Los sufrimientos y constancia de Márcos, que Gregorio ha pintado tan trájicamente (Orat. III, p. 88-91), se hallan confirmados por el testimonio irrecusable de Libanio. Μάρκος ἐκεῖνος κρεμάμενος, καὶ μαστιγούμενος, καὶ τοῦ πώγωνος αὐτῷ τιλλομένου, πάντα ἐνεγκὼν ἀνδρείως νῦν ἰσόθεός ἐστι, ταῖς τιμαῖς, κἂν φανῇ που, περιμάχητος εὐθύς. Epíst. 730, p. 350, 351. Edic. Wolf. Amstel. 1738.

(*) Sin embargo, Sócrates indica, que muerto Juliano, fueron desechados con desprecio por los Cristianos, τῶν δὲ οἱ πόνοι, ἐν τῷ ἴσου μὴ γραφῆναι, λογίζονται. Sócr., Hist., III, 16.

(101) Περιμάχητος, certatim eum sibi (Christiani) vindicant. Así han esplicado La Croze y Wolfio (ad loc.) una palabra griega cuyo verdadero significado habian equivocado los traductores anteriores y aun Le Clerc (Biblioteca antigua y moderna, tom. III, p. 371). Sin embargo Tillemont se ve muy apurado para comprender (Mem. Ecles., tom. VII, p. 1309) *cómo* Gregorio y Teodoreto podian tomar por santo á un obispo semi-arriano.

(102) Véase el consejo probable de Salustio (Greg. Nazianzeno, Orat. III, p. 90, 91). Libanio intercede por un ofensor semejante, por miedo de que se hallen muchos Márcos; sin embargo concede que si Orion habia ocultado las riquezas consagradas, merecia el castigo de Marsias, esto es, ser desollado vivo (Epíst. 730, p. 349-351).

(103) Gregorio (Orat. III, p. 90) está satisfecho de que, salvando al apóstata, Márcos habia merecido aun mas de lo que padeciera.

(104) La gruta y el templo de Dafne se hallan descritos por Estrabon (l. XVI, p. 1089, 1090, edic. Amstel. 1707); Libanio, (Nænia, p. 185-188. Antiochic. Orat. XI, p. 380, 381), y Sozomen (l. V, c. 19). Wesseling (Itinerar., p. 581), y Casaubon (ad Hist. August., p. 64) ilustran este curioso asunto.

(105) Simulacrum in eo Olympiaci Jovis imitamenti æquiparans magnitudinem. Amian., XXII, 13. El Júpiter olímpico tenia sesenta piés de alto, y su volúmen era por consiguiente igual al de mil hombres. Véase una curiosa *Memoria* del Abate Gedoyn (Academia de las Inscripciones, tom. IX, p. 198).

(106) Adriano leyó la historia de su suerte futura en una hoja mojada en la fuente Castalia; lo cual, segun el médico Vandale (de Oraculis, p. 281, 282), podia fácilmente ejecutarse por medio de procederes químicos. El emperador atajó la corriente de tan peligroso saber, que otra vez franqueó la devota curiosidad de Juliano.

(107) Fué comprado A. D. 44, en el año 92 de la era de Antioquía (Noris. Epoch. Syro-Maced., p. 139-174), por el término de noventa Olimpíadas. Pero los juegos olímpicos de Antioquía no se celebraron con regularidad hasta el reinado de Cómodo. Véanse los curiosos pormenores en la Crónica de Juan Malala (tom. I, p. 290, 320, 372, 381), escritor cuyo mérito y autoridad están reducidos á los límites de su patria.

(108) Quince talentos de oro, adjudicados por Sosibio, que murió en el reinado de Augusto. Los méritos teatrales de las ciudades sirias, en el siglo de Constantino, están comparados en el Expositio totius Mundi, p. 6 (Hudson, Geograph. Miner., tom. III).

(109) Avidio Cassio Syriacas legiones dedi luxuria diffluentes et *Daphnicis* moribus. Estas son las palabras del emperador Marco Antonino,

en una carta orijinal, conservada por su biógrafo en Hist. August, p. 41. Casio despidió ó castigó á todo soldado que hubiese concurrido en Dafne.

(110) Aliquantum agrorum Daphnensibus dedit *(Pompeyo)* quo lucus ibi spatiosior fieret; delectatus amænitate loci et aquarum abundantia. Eutropio, VI, 14. Sexto Rufo, de Provinciis, c. 16.

(111) Julian (Misopogón, p. 361, 362) descubre su carácter con aquella naturalidad, aquella inocente sencillez, que constituyen siempre un talento verdadero.

(112) Eusebio cita á Babilas en la série de los obispos de Antioquía (Hist. Ecles., l. VI, c. 29, 39). Su triunfo sobre dos emperadores (el primero fabuloso, el segundo histórico) está difusamente celebrado por Crisóstomo (tom. II, p. 536-579, edic. Montfaucon). Tillemont (Mem. Ecles., tom. III, part. II, p. 287-382, 459-465) raya casi en escéptico.

(113) Los críticos eclesiásticos, particularmente los que son aficionados á reliquias, celebran la confesion de Juliano (Misopogon, p. 361), y Libanio se alegra de que turbase á Apolo la inmediacion de un muerto. Sin embargo, Amiano (XXII, 12) limpia y purifica todo el terreno, segun los ritos que practicaban anteriormente los Atenienses en la isla de Delos.

(114) Juliano (Misopogon, p. 361) insinua mas bien que afirma su crímen. Amiano (XXII, 13) trata la inculpacion de *levissimus rumor*, y refiere el lance con estraordinario candor.

(115) Quo tam atroci casu repente comsumpto, ad id usque imperatoris ira provexit, ut quæstiones agitare juberet solito acriores (sin embargo Juliano critica la lenidad de los majistrados de Antioquía), et majorem ecclesiam Antiochiæ claudi. Esta interdiccion se ejecutó con algunas circunstancias de afrenta y profanacion; y la muerte oportuna del actor principal, tio de Juliano, se halla referida con supersticiosa satisfaccion por el abate de la Bleterie. Vida de Juliano, p. 362-369.

(116) Además de los historiadores eclesiásticos, que son mas ó menos sospechosos, podemos alegar la pasion de San Teodoro, en las Actas sínceras de Ruinart, p. 591. La queja de Juliano le da un tono orijinal y auténtico.

(117) Juliano Misopogon, p. 361.

(118) Véase á Gregorio Nazianzeno (Orat. III, p. 87). A Sozomen (l. V, c. 9) se le puede considerar como un testigo orijinal, aunque no imparcial. Era oriundo de Gaza, y habia conversado con el confesor Zenon, quien habia llegado á la edad de cien años, en su obispado de Maiuma (l. VII, c. 28). Filostorjio (l. VII, c. 4. con las Disertaciones de Gofredo, p. 284) añade algunas circunstancias trájicas de Cristianos que fueron materialmente sacrificados en los altares de los dioses, etc.

(119) Amiano (XXII, 11). Gregorio Nazianzeno (Orat. XXI, p. 382,

385, 389, 390), y Epifanio (Hæres, LXXVI), describen la vida y muerte de Jorje de Capadocia. Las invectivas de los dos santos no merecerian mucho crédito, si no las confirmara el testimonio del frio é imparcial incrédulo.

(120) Despues del asesinato de Jorje, el emperador Juliano envió repetidas órdenes para que se conservase la biblioteca para su uso particular, y se diese tormento á los esclavos sospechados de ocultar algunos libros. Encomia la coleccion, de la cual habia tomado y trascrito muchos manuscritos cuando seguia sus estudios en Capadocia. A la verdad hubiera deseado que perecieran las obras de los Galileos; pero exije una cuenta exacta, aun de estas obras teolójicas, por miedo de que se confundieran en su pérdida otros tratados de mayor valor.

(b) Juliano mismo dice que le despedazaron como perros, τολμᾷ δῆμος, ὥσπερ οἱ κύνες σπαράττειν. Epíst. X-M.

(121) Filostorjio, con cauta malicia, indica su crímen, καὶ τὴν Ἀθανασίου γνώμην στρατηγῆσαι τῆς πράξεως, l. VII, c. 2. Godofredo, p. 267.

(122) Cineres projecit in mare, id metuens, ut clamabat, ne, collectis supremis, ædes illis exstruerentur ut reliquis, qui deviare a religione compulsi, pertulere cruciabiles pœnas, adusque gloriosam mortem intemerata fide progressi, et nunc Martyres appellantur. Amian., XXII, 11. Epifanio demuestra á los Arrianos que Jorje no fué un mártir.

(123) Algunos Donatistas (Optato Milev., p. 60, 303, edic. Dupin; y Tillemont, Mem. Ecles., tom. VI, p. 713, en 4º.) y Priscilianistas Tillemont., Mem. Ecles., tom. VIII, p. 517 en 4º.) han usurpado del mismo modo los honores de los santos y mártires católicos.

(124) Los santos de Capadocia, Basilio y los Gregorios, ignoraban la suerte de su santo compañero. El papa Jelasio (A. D. 494), el primer católico que reconoce á San Jorje, le coloca entre los mártires, «qui Deo magis quam hominibus noti sunt.» Desecha sus Actas como una composicion supuesta de los herejes. Aun existen algunas espureas, aunque no las mas antiguas; y á través la ficcion, podemos distinguir el combate que San Jorje de Capadocia sostuvo en presencia de la reina *Alejandría* contra e l*mago Atanasio*.

(125) No se da esta trasformacion como absolutamente cierta, pero como *sumamente* probable. Véase el Longueruana, tom. I, p. 194 (*).

(126) Una historia curiosa del culto de San Jorje, desde el siglo sexto (cuando ya estaba reverenciado en Palestina, Armenia, Roma, y Tréveris

(*) El difunto doctor Milner (obispo católico romano) escribió un tratado para vindicar la existencia y ortodoxia del santo tutelar de Inglaterra. A mi entender, consigue hallar el culto de San Jorje hasta un período, lo cual hace

en la Galia), pudiera estractarse del Dr. Heylin (Historia de San Jorje, 2ª. edicion, Lóndres, 1633, en 4º., p. 429), y los Bolandistas (Act. SS. Mens. April., tom. III, p. 100-163). Su nombradía y popularidad en Europa, y particularmente en Inglaterra, provino de las Cruzadas.

(127) Juliano, Epíst. XLIII.

(128) Juliano, Epíst. X. Permitia á sus amigos que aplacasen su enojo. Amian. XXII, 11.

(129) Véase Athanas. ad Rufin, tom. II, p. 40, 41; y Gregorio Nazianzeno, Orat. III, p. 395, 396, que asegura que el celo moderado del privado era mucho mas meritorio que sus oraciones, ayunos, persecuciones, etc.

(130) No tengo tiempo para seguir la ciega obstinacion de Lucifer de Caller. Véanse sus aventuras en Tillemont (Mem. Ecles., tom. VII, p. 900-926); y obsérvese como cambia insensiblemente el color de la narracion, y el confesor se vuelve cismático.

(131) Assensus est huic sententiæ Occidens, et, per tam necessarium concilium, Satanæ faucibus mundus ereptus. El vivo y diestro Diálogo de Jerónimo contra los Luciferianos (tom. II, p. 135-155) presenta un cuadro orijinal de la política eclesiástica de la época.

(132) Tillemont, que supone que Jorje fué asesinado en agosto, amontona en un corto espacio las acciones de Atanasio (Mem. Ecles., tom. VIII, p. 360). Un fragmento orijinal, publicado por el marqués Maffei, de la biblioteca del antiguo capítulo de Verona (Observaciones literarias, tom. III, p. 60-92), proporciona muchas fechas importantes, que se hallan autentizadas por el cómputo de meses ejipcios.

(133) Τὸν μιαρὸν, ὅς ἐτόλμησεν Ἑλληνίδας, ἐπ'ἐμοῦ, γυναῖκας τῶν ἐπισήμων βαπτίσαι, διώκεσθαι. He conservado el sentido ambiguo de la última palabra, la ambigüedad de un tirano que deseaba hallar ó crear un crímen.

(134) Las tres Epístolas de Juliano, que esplican sus intenciones y conducta respecto á Atanasio, debieran estar dispuestas por el órden cronolójico siguiente, XXVI, X, VI (*). Véase igualmente á Gregor. Nazianzeno, XXI, p. 393. Sozomen, l. V, c. 15. Sócrates, l. III, c. 14.

improbable que un Arriano tan conocido recibiese en la iglesia católica la palma del martirio. Las actas que desecha Jelasio pueden haber sido de oríjen arriano, y destinadas á enjertar la historia de su héroe en las oscuras aventuras de algun santo mas remoto. Véase un Exámen histórico y crítico de la existencia y carácter de San Jorje, en una carta al conde de Leicester, por el Rev. J. Milner, Lóndres, 1792.—M.

(*) La sentencia en el texto es de la Epíst. LI, dirijida al pueblo de Alejandría.—M.

Teodoreto, l. III, c. 9, y Tillemont, Mem. Ecles., tom. VIII, p. 361-368, que ha empleado algunos datos recojidos por los Bolandistas.

(135) Véase la hermosa confesion de Gregorio (Orat. III, p. 61, 62).

(136) Escuchad la furibunda y absurda queja de Optato (de Schismat. Donatist., l. II, c. 16, 17).

(137) Greg. Nazianzeno, Orat. III, p. 91, IV, p. 133. Elojia á los alborotadores de Cesarea, τούτων δὲ τῶν μεγαλοφυῶν καὶ θερμῶν εἰς εὐσέβειαν· Véase Sozomen, l. V, 4, 11. Tillemont (Mem. Ecles., tom. VII, p. 649, 650) confiesa que su conducta no estaba en el órden, pero está perfectamente satisfecho, porque el gran San Basilio siempre celebraba la fiesta de estos benditos mártires.

(138) Juliano decidió un pleito contra la nueva ciudad cristiana en Maiuma, el puerto de Gaza, y su sentencia, aunque pudiera imputarse á hipocresía, nunca fué revocada por sus sucesores. Sozomen., l. V, c. 3. Reland., Palestin., tom. II, p. 791.

(139) Gregorio (Orat. III, p. 93, 94, 95. Orat. IV, p. 114) pretende hablar por informe de los confidentes de Juliano, á los que Orosio (VII, 30) no podia haber visto.

(140) Gregorio (Orat. III, p. 91) acusa al Apóstata de sacrificios secretos de muchachos y muchachas; y afirma positivamente que los cadáveres fueron arrojados al Orontes. Véase á Teodoreto, l. III, c. 26, 27; y el equívoco candor del abate de la Bleterie, Vida de Juliano, p. 351, 352. Sin embargo, la malicia *contemporánea* no podia imputar á Juliano tantos mártires con mas especialidad en el Occidente, lo cual Baronio cree á pié-juntillas, y Tillemont desecha tan débilmente (Mem. Ecles., tom. VII, p. 1295-1315).

(141) La resignacion de Gregorio es verdaderamente edificante (Orat. IV, p. 123, 124). Sin embargo, cuando un oficial de Juliano trató de apoderarse de la iglesia de Nazianzeno, hubiera perdido la vida, si no hubiese cedido al celo del obispo y del pueblo (Orat. XIX, p. 308). Véanse las reflexiones de Crisóstomo, segun las alega Tillemont (Mem. Ecles., tom. VII, p. 575).

# CAPITULO XXIV.

*Residencia de Juliano en Antioquía.—Su espedicion venturosa contra los Persas.—Tránsito del Tigris.—Retirada y muerte de Juliano.—Eleccion de Joviano.—Salva el ejército romano con un tratado indecoroso.*

La fábula filosófica que compuso Juliano bajo el título de los CESARES (1) es una de las obras mas halagüeñas é instructivas del injenio antiguo (2). Con la igualdad y ensanche de las funciones Saturnales, dispuso Rómulo un festejo para las divinidades del Olimpo que lo prohijaron como suyo, y para los príncipes romanos que habian reinado sobre el pueblo guerrero, y vencido á las naciones de la tierra. Estaban los inmortales entronizados por su órden ostentosamente, y la mesa de los Césares se cubrió debajo de la luna en la rejion suprema del aire. Los tiranos que hubieran desdorado la concurrencia fueron arrojados por la inexorable Némesis á las mazmorras tartáreas; los demás Césares se iban adelantando hácia sus asientos, y el viejo Sileno los estaba tachando malignamente en su tránsito, tildando sus lunares, sus vicios y sus nulidades; disfrazando el jocoso motejador la sabiduría de un filósofo bajo la máscara de un Bacanal (3). Terminado el banquete, pregona Mercurio la voluntad de Júpiter de que una corona celeste galardone el mérito mas esclarecido. Entresacan á Julio César, Augusto, Trajano y Marco Antonino por candidatos sobresalientes; no escluyen al afeminado Constantino (4) de tan honorífica competencia, y brindan á Alejandro el Grande para que alterne con los héroes romanos en el blason de la gloria. Va cada cual circunstanciando los realces de sus respectivas hazañas; mas á juicio de los dioses el recato silencioso de Marco aboga mas eficazmente que los razonamientos esmerados de sus altaneros competidores. Cuando los jueces de tan augusta contienda pasan á examinar los pechos y á escudriñar los móviles de sus actos, descuella mas y mas la sobresalencia del Estoico Imperial (5). Alejandro y César, Augusto, Trajano y Constantino reconocen sonrojados que nombradía, poderío ú deleite han sido los objetos grandiosos de *sus* afanes; pero que los mismos dioses miraban con cariño y acatamiento al mortal virtuoso que, desde el sólio habia estado practicando las lecciones de la filosofía, y que en medio de las imperfecciones humanas habia, aspirado á imitar los escelsos atributos de la Divinidad. Realza los quilates de esta composicion

halagüeña la jerarquía del autor, pues un príncipe que va con desahogo delineando los errores y aciertos de sus antecesores está firmando á cada renglon las tachas ó la aprobacion de su propia conducta.

Allá en sus ratos de reflexion, anteponia Juliano las virtudes benévolas y provechosas de Antonino; pero la gloria de Alejandro abrasaba su ánimo ambicioso, y ansiaba con igual afan el aprecio de los cuerdos y los aplausos de la muchedumbre. En la lozanía de los años, cuando potencias y miembros están en su fuerza, instruido ya con la esperiencia y alentado con el éxito de la guerra de Jermania, determinó señalar su reinado con otra empresa mas bizarra y memorable (A. 362). Embajadores del Oriente, desde el continente de la India hasta la isla de Ceilan (6), habian acudido á rendir acatamiento á la púrpura romana (7). Apreciaban y temian las naciones de Occidente las prendas de Juliano en paz y en guerra. Menospreciaba los trofeos de una victoria gótica (8), y contaba con que los apresadores bárbaros de Jermania se retraerian de toda violacion de la fe de los tratados con el terror de su nombre y el aumento de fortificaciones con que habia robustecido las fronteras del Ilírico y de Tracia. El sucesor de Ciro y de Artajerjes era el único que conceptuaba digno de sus armas, y determinó castigar con la conquista total de la Persia la nacion altanera que por tanto tiempo habia resistido é insultado á la majestad de Roma (9). Noticioso el monarca persa del ascenso al solio de Constancio de un príncipe muy diverso, se avino á entablar artificiosa, ó tal vez sinceramente negociaciones de paz. Asombróse el orgullo de Sapor con la entereza de Juliano, quien manifestó ásperamente que estaba muy ajeno de allanarse á una conferencia pacífica entre las llamas y escombros de las ciudades de Mesopotamia, y añadió, con una sonrisa de menosprecio, que era ocioso el comunicarse por embajadores, puesto que estaba en ánimo de pasar personal y ejecutivamente á la corte de Persia. Afanado el emperador, atropellaba los preparativos militares. Nombráronse los jenerales, destinóse un ejército formidable para tamaña empresa, y marchando Juliano desde Constantinopla por las provincias del Asia Menor, llegó á Antioquía á los ocho meses del fallecimiento de su antecesor. Amainó un tanto el ansioso anhelo de marchar al interior de la Persia con la precision de entonar el gobierno del imperio, con su zelo por la renovacion del culto pagano, y con las advertencias de sus amigos mas atinados, quienes le hacian cargo de la necesidad de un invernadero para restablecer el quebranto de las lejiones de la Galia, y la disciplina y fomento de las tropas orientales. Recabóse de Juliano que se aposentase hasta la primavera siguiente en Antioquia, cuyo vecindario se hallaba malvadamente inclinado á censurar el atropellamiento y escarnecer las demoras de su soberano (10).

Si Juliano llegó á lisonjearse de que su presencia por la capital del

Oriente redundaria en mútua complacencia del príncipe y del vecindario, conceptuó muy equivocadamente su propia índole y las costumbres de Antioquía (11). El clima cálido disponia á los naturales al goce estremado del sosiego y de la opulencia, y hermanaban la travesura desenfrenada de los Griegos con la molicie hereditaria de los Siríacos. Sin mas ley que la moda, ni mas afan que el deleite, la sobresalencia de trajes y de alhajas era el único distintivo de los ciudadanos de Antioquía. Cifraban todo su blason en el lujo, la virtud varonil era una ridiculez, y el menosprecio del recato en las mujeres y el escarnío de la ancianidad estaban pregonando el desenfreno de la capital del Oriente. La pasion por los espectáculos era la aficion, ó mas bien el desvarío de los Siríacos. Acudian artistas primorosos de las ciudades cercanas (12), aplicábase grandísima parte de las rentas á los recreos públicos, y conceptuábase el boato en los juegos del teatro y del circo como la gloria y la bienaventuranza de Antioquía. Los rústicos modales de un príncipe, despreciador de tal gloria y mofador de semejante dicha, desagradó desde luego á sus melindrosos súbditos, y los afeminados Orientales eran incapaces de imitar ni apreciar la severa sencillez que solia guardar, y á veces aparentar Juliano. En las festividades consagradas por antigua usanza al obsequio de los dioses, era únicamente cuando Juliano amainaba de su entereza filosófica, y aquellos dias eran los únicos en que los Antioquenos prescindian de sus recreos. Conservaba la mayoría del vecindario la gloria del nombre cristiano, inventado orijinalmente por sus antepasados (13), y al paso que desobedecian los preceptos morales, escrupulizaban en estremo sobre las doctrinas especulativas de su relijion. Andaba la iglesia de Antioquía desgarrada en bandos de herejes y cismáticos, pero Arrianos y Atanasistas, los secuaces de Melecio y los de Paulino (14), ardian al par en odio contra su enemigo comun.

Estaban preocupados hasta lo sumo contra la índole de un apóstata, contrario y sucesor de un príncipe que tenia prendada una secta crecida, y la remocion de San Bábilas acarreó una oposicion implacable á la persona de Juliano. Quejábanse los súbditos con ira supersticiosa de que el hambre habia ido siguiendo los pasos del emperador desde Constantinopla hasta Antioquía; y el descontento de un pueblo desabastecido se enconaba con los medios imprudentes para remediar su conflicto. Habia la intemperie malparado la sementera en Siria, y el precio del pan (15) fué subiendo á proporcion de la escasez del trigo. Mas el estancamiento de los insaciables logreros sobrepujó y desproporcionó en gran manera la carestía. En la competencia desigual, en la que la produccion de la tierra es tenida por unos como propiedad suya esclusiva, es usada por otros como objeto lucrativo de comercio, y pedida por otros para el diario sosen de la vida, todas las ganancias de los ajentes intermedios vienen á

recaer sobre los desvalidos consumidores. La misma zozobra y desasosiego abultaban la angustia y el apuro, y el recelo del quebranto produjo luego los efectos del hambre. Al quejarse los ciudadanos acaudalados de Antioquía del encarecimiento de las aves y del pescado, esclamó Juliano sin rebozo que una ciudad frugal debia darse por satisfecha con el abasto suficiente de pan, vino y aceite; pero reconoció luego que competia al soberano el providenciar para la subsistencia de su pueblo. Con esta mira benéfica se decidió el emperador á dar un paso espuesto y continjente, que fué el de la tasa legal del trigo Dispuso, en aquella temporada de escasez, que se vendiese al precio ínfimo en que por maravilla se habia conocido ni en los años mas colmados; y para corroborar la ley con su ejemplo, mandó traer al mercado cuatrocientos veinte y dos mil cuarterones ó medidas, que por su órden se sacaron de los pósitos de Hierápolis, de Calcis, y aun del Ejipto. Patentes eran las resultas que luego se palparon, pues los tratantes acaudalados compraron el grano imperial, los hacendados y poseedores del trigo defraudaron á la ciudad del abasto corriente, y las escasas cantidades que asomaron por el mercado se vendieron reservadamente á un precio subido é ilegal. Seguia Juliano muy engreido con su política, tratando las quejas del pueblo de hablillas necias é ingratas, y demostró al vecindario que habia heredado la terquedad, aunque no la crueldad de su hermano Galo (16). Las representaciones del cuerpo municipal tan solo conducian para enconar su ánimo; pues vivia persuadido, quizá con fundamento, de que los concejales de Antioquía, hacendados ó interesados en aquel comercio, habian contribuido por su parte al quebranto público; y achacaba la avilantez desatenta con que se propasaban, no al impulso de su debido desempeño, sino á su interés personal. Encarceló á todo el cuerpo, compuesto de los ciudadanos mas principales y pudientes, en número de doscientos, y aunque volvieron en el mismo dia á sus casas (17), no pudo alcanzar el emperador el indulto que habia concedido á los demás. Renovaron los mismos quebrantos las idénticas quejas, que fomentaba la travesura y liviandad de los Griegos de Siria. Durante el desenfreno de las Saturnales retumbaron las calles con cantares desvergonzados, escarneciendo leyes, relijion, conducta, y aun la *barba* del emperador; y la opinion de Antioquía se patentizaba con la tolerancia de los majistrados y los vivas de la muchedumbre (18). Afectaban tales desacatos al discípulo de Sócrates; pero el monarca, aunque muy sentido y árbitro de su inmenso poderío, enfrenó sus ímpetus vengativos. Un tirano atropellara indistintamente vidas y haberes del vecindario antioqueno, y los desaguerridos Sirios tuvieran que aguantar el desenfreno lascivo, robador y sangriento de las lejiones leales de la Galia. Sentencia mas suave hubiera podido privar á la capital del Oriente de sus timbres y prerogativas; y los palaciegos, y tal vez los súbditos de

Juliano, encarecieran la disposicion justiciera que desagraviaba el decoro del majistrado supremo de la república (19). Pero en vez de acudir á la autoridad del estado en venganza de personalidades, contentóse Juliano con un jénero inocente de represalia, que pocos príncipes fueran capaces de emplear. Insultáronle con sátiras y baldones; y en pago compuso, bajo el título de *El enemigo de la barba*, una confesion irónica de sus propias culpas, y una sátira tremenda contra las costumbres afeminadas y disolutas de Antioquía. Encartelóse la réplica imperial á las puertas del alcázar; y nos queda todavía el *Misopogon* (20) por monumento singular del encono, la agudeza, la humanidad y la indiscrecion de Juliano. Aunque aparenta risa, no está en su mano el perdonar; pues patentiza su menosprecio (21) con el nombramiento de un gobernador adecuado (22) para tales súbditos; y el emperador despidiéndose para siempre de la ciudad desagradecida, publicó su ánimo de pasar el invierno inmediato en Tarso de Cilicia (23).

Poseia sin embargo Antioquía un ciudadano cuyo injenio y virtudes podian, en concepto de Juliano, contrapesar los errores y devaneos de su patria. Era el sofista Libanio natural de la capital del Oriente; y profesó públicamente la retórica y la declamacion en Nicea, Nicomedia, Constantinopla, Aténas, y en lo restante de su vida en Antioquía. Frecuentaba la juventud griega esmeradamente su escuela; sus discípulos, que solian pasar de ochenta, encumbraban á su catedrático incomparable; y los zelos de sus competidores, que lo andaban persiguiendo de pueblo en pueblo, corroboraban el concepto que ostentaba enarbolar Libanio de su mérito sobresaliente. Habian arrancado á Juliano sus ayos la palabra temeraria, pero solemne, de no asistir jamás á las lecciones de su contrario: inflamóse mas y mas la curiosidad enfrenada del jóven réjio, y ajenciando reservadamente los escritos de tan arriesgado sofista, sobrepujó luego, en la cabal imitacion de su estilo, á los mas afanados alumnos (24). Al subir Juliano al trono, manifestó su anhelo de abrazar y premiar al sofista siríaco, que en siglo tan estragado estaba todavía conservando la pureza griega, en gusto, modales y relijion. Se acrecentó y justificó la preocupacion del emperador con el fino engreimiento de su predilecto; pues en vez de forcejear entre los mas ansiosos de la caterva por internarse en el palacio de Constantinopla, estuvo Libanio sosegadamente esperando su llegada á Antioquía, se desvió de la corte al primer asomo de tibieza ó desvío; necesitó convite formal para cada visita, y dió á su soberano la leccion fundamental de que podia imponer obediencia á un súbdito, pero que debia hacerse acreedor al afecto de un amigo. En todos tiempos los sofistas, menospreciando, ú aparentándolo por lo menos, las distinciones accidentales de nacimiento y fortuna (25), vinculan su aprecio en las prendas del ánimo con que se hallan colmadamente

dotados. Desestimaba Juliano aclamaciones palaciegas tributadas de continuo á la púrpura imperial, mas lisonjeábanle alabanzas, advertencias, llanezas y emulaciones de un filósofo independiente, que se desentendia de sus finezas, amaba su persona, encareció su nombradía y resguardó su memoria. Nos quedan todavía las obras abultadas de Libanio, y son por lo mas composiciones huecas é insustanciales de un orador que se dedicó á la ciencia de voces, producciones de estudiante recluso, cuya mente, desentendiéndose de sus contemporáneos, estaba vinculada en la guerra troyana y en la república ateniense. Apeábase sin embargo á veces el sofista antioqueno de aquel encumbramiento ideal; siguió una correspondencia tan varia como esmerada (26), elojió las virtudes contemporáneas; tildó valerosamente los errores de la vida pública y privada, y abogó con elocuencia por Antioquía contra el fundado enojo de Juliano y de Teodosio. Suele caber á la ancianidad el quebranto (27) de malograr cuanto pudiera hacerla apetecible, mas padeció Libanio la suma desdicha de sobrevivir á la relijion y á la sabiduría á que habia dedicado su númen. Presenció desesperadamente el amigo de Juliano el triunfo del Cristianismo; y su misticismo, que le enlutó la perspectiva del mundo visible, no inspiró á Libanio gloria ni bienaventuranza celeste (28).

Juliano, á impulsos de su impaciencia guerrera, salió á los asomos de la primavera á campaña (A. 363, marzo 5), y despidió con menosprecio y vituperio al senado de Antioquía, que lo acompañó hasta fuera de aquel territorio que estaba en ánimo de no ver mas. Tras una marcha trabajosa de dos jornadas (29), se detuvo á la tercera en Berea ó Alepo, donde tuvo el disgusto de hallar un senado ú ayuntamiento casi todo cristiano, que oyó con tibio respeto la plática elocuente del apóstol del paganismo. Uno de los mas principales ciudadanos de Berea habia desheredado indignadamente á su hijo, quien; por interés ó en conciencia, habia abrazado la relijion del emperador. Convida Juliano á entrambos á su mesa imperial, colócase en medio y se empeña infructuosamente en esforzar su persuasiva y alegar su ejemplo; aguanta con aparente sosiego el fervor del encanecido Cristiano, que iba trascordando los impulsos de la naturaleza y las obligaciones de un súbdito, y vuelto por fin hácia el desconsolado mancebo. «Ya que perdiste un padre,» le dice, «por causa mia, me compete el hacer sus veces (30).» Fué recibido el emperador en términos mucho mas gratos á su deseo en Batna *(a)*, pueblecillo situado amenamente en un soto de cipreses, á siete leguas de la ciudad de Hierápolis. Dispuso decorosamente el vecindario los ritos solemnes del sacrificio, dedicado al culto de sus deidades tutelares Apolo y Júpiter; pero la relijiosidad formal de Juliano se incomodó con el alboroto de sus aplausos, y se hizo luego cargo de que la humareda de las aras era mas bien incienso de lisonja sin devocion. Yacia en escombros el antiguo y gran-

dioso templo que santificó por tantos años la ciudad de Hierápolis (31), y quizá su riqueza consagrada, que suministraba desahogado mantenimiento á mas de trescientos sacerdotes, anticipó su ruina. Mas logró Juliano la satisfaccion de abrazar á un filósofo y á un amigo, cuyo teson relijioso contrarestó las encarecidas y redobladas instancias de Constancio y de Galo, cuantas veces hospedó á entrambos en su tránsito por Hierápolis. En el afan de sus preparativos militares y en la confianza íntima y desahogada de sus correspondencias, el fervor de Juliano aparece igualmente acalorado é invariable. Emprendia una guerra ardua y trabajosa, y la zozobra del paradero que lo desvelaba le hacia andar observando y anotando los presajios mas futiles, de los cuales, segun las reglas de la adivinacion, se podia sacar algun conocimiento de lo venidero (32). Participó á Libanio su marcha hasta Hierápolis en una carta elegante (33) que demuestra la maestría de su injenio y su sincera intimidad con el sofista de Antioquía.

Situada Hierápolis *(b)* casi á la orilla del Eufrates (34), debia contener los reales del ejército romano, el cual atravesó luego el rio caudaloso por un puente de barcas, construido de antemano (35). Si Juliano conjeniara con su antecesor, pudiera desperdiciar la estacion oportuna y laboriosa en el circo de Samosata ó en las iglesias de Edesa; mas Alejandro, y no Constancio, era el dechado del emperador belicoso; y así se adelantó inmediatamente hasta Carra (36), antiquísima ciudad de Mesopotamia, á mas de veinte y cinco leguas de Hierápolis. Halagó el templo de la Luna la devocion de Juliano; pero un alto de pocos dias se dedicó principalmente á completar los preparativos para la guerra de Persia. Habia hasta allí reservado el secreto de la espedicion; mas como está en Carra la encrucijada de las dos grandes carreteras, ya no cabia encubrir si su intento era invadir los dominios de Sapor por la parte del Tígris, ó por la del Eufrates. Destacó el emperador un cuerpo de treinta mil hombres, al mando de su pariente Procopio y de Sebastian, que habia sido duque de Ejipto. Tenian órden de encaminarse á Nisibis, y afianzar la raya contra las correrías ó algaradas del enemigo, antes de atravesar el Tígris. Eran árbitros los jenerales de disponer las operaciones consecutivas; mas esperaba Juliano que tras la tala á hierro y fuego de las provincias feraces de Media y Adiabene, podian desembocar sobre las murallas de Ctesifonte, al mismo tiempo que internándose tambien él por iguales pasos por las orillas del Eufrates, fuese á sitiar la capital de la monarquía persa. Pendia el éxito de este atinado plan en gran parte de la cooperacion poderosa y pronta del rey de Armenia, que, sin desabrigar sus propios dominios, podia acudir con cuatro mil caballos y veinte mil infantes en auxilio de los Romanos (37); pero el menguado Arsaces (38), rey de Armenia, bastardeaba aun mas vergonzosamente que su padre Cosroes del brio varonil del grande Tirídates; y como el monarca apocado era opues-

to á toda empresa de peligro y de gloria, pudo disfrazar su flojedad medrosa con el pretesto mas decoroso de la relijion y el agradecimiento. Demostraba sincero afecto á la memoria de Constancio, de cuya mano habia recibido á su esposa Olimpia, hija del prefecto Ablavio; y el enlace de una dama educada para consorte del emperador Constante realzaba los blasones de un rey bárbaro (39). Profesaba Arsaces la relijion cristiana; reinaba en una nacion de Cristianos, y se veia retraido absolutamente, por conciencia y por interés, de cooperar para una victoria que vendria á consumar la ruina de la iglesia. Estremóse el desvío de Arsaces con la indiscrecion de Juliano, que trató al rey de Armenia de esclavo *suyo* y de enemigo de los dioses; y así su lenguaje altanero y amenazador acabó de encolerizar (40) interiormente á un príncipe, que, en medio de aquella subordinacion, se engreia de su alcurnia de los Arsácides, señores del Oriente y émulos del poderío romano *(c)*.

Acertó Juliano con sus discretas disposiciones á desatentar los espias y descarriar la atencion de Sapor, pues aparentando encaminarse á Nisibis y el Tígris, revolvió repentinamente sobre su derecha, atravesó la llanura rasa de Carra, y al tercer dia, llegó á la orilla del Eufrates, donde los reyes macedonios habian fundado el pueblo fuertísimo de Niceforio ú Calínico. Continuó desde allí su marcha por mas de treinta leguas sobre el sesgo cauce del rio, hasta que al mes de su salida de Antioquía, descubrió las torres de Circesio *(d)*, lindero por aquella parte del dominio romano. Constaba la hueste de Juliano, la mas crecida de cuantas capitanearon los Césares contra la Persia, de sesenta y cinco mil combatientes veteranos, entresacados, tanto de infantería como de caballería, de Romanos y Bárbaros de las diversas provincias; pero descollaban en lealtad y denuedo los Galos, que custodiaban el solio y la persona de su príncipe idolatrado. Habíase trasladado de remoto clima, y casi de otro mundo, un cuerpo formidable de Escitas auxiliares para invadir un pais lejano, cuyo nombre y situacion ignoraban. El afan por la guerra y el robo atrajo á los estandartes imperiales varias tribus de Sarracenos, ó Arabes vagarosos, cuyo servicio les impuso Juliano, denegándoles al mismo tiempo con ceño el pago de la pension acostumbrada. Agolpábanse sobre la anchurosa corriente del Eufrates mil y cien bajeles (41) para seguir los movimientos y acudir á las urjencias del ejército. La fuerza naval se componia de cincuenta galeras armadas, con igual número de barcos chatos para servir, segun las ocurrencias, de puentes provisionales. Las demás embarcaciones, en parte de madera, y en parte cubiertas de cueros, iban cargadas de un surtido indecible de máquinas, pertrechos y abastos. La humanidad solícita de Juliano habia embarcado grandiosos acopios de vinagre y galleta para la tropa; pero vedó el uso del vino, despidió absolutamente recuas enteras y superfluas de camellos que trataban de se

guir su retaguardia. Desagua junto á Circesio (42) el rio Caboras en el Eufrates; y al sonar el clarin el eco de marcha, atraviesan los Romanos el riachuelo que separaba dos imperios poderosos y enemigos (abril 7). Requisito es de la antigua disciplina el razonamiento militar, y no malogra Juliano la coyuntura de ostentar su elocuencia. Acalora á las lejiones denodadas y atentas con el ejemplo del teson y los triunfos gloriosos de sus antepasados. Enardece su encono retratándoles al vivo la insolencia de los Persas, y les amonesta á que imiten su propósito irrevocable de esterminar aquella nacion alevosa, ó sacrificar su vida por la causa de la república. Corrobora Juliano su persuasiva con el reparto de ciento y treinta monedas de plata para cada soldado, y córtase en seguida el puente sobre el Caboras para demostrar á la tropa que todas sus esperanzas de salvamento se cifran en el éxito de sus armas. Tiene sin embargo el emperador la cordura de afianzar una frontera lejana y espuesta de continuo á las correrías de los Arabes indómitos, y deja cuatro mil hombres para completar hasta el número de diez mil la guarnicion competente de la fortaleza importante de Circesio (43).

Al entrar los Romanos en el pais estraño, patria de un enemigo activo y ardidoso (44), se escuadronó la marcha en tres columnas (45). La infantería mas esforzada, y por consiguiente la pujanza del ejército, se colocó en el centro, bajo el mando especial de su maestre jeneral Victor. Acaudillaba por la derecha el valeroso Nevita una columna de varias lejiones por la orilla del Eufrates, y casi siempre á la vista de la escuadra. Resguardaba la columna de caballería el costado izquierdo de la hueste; eran los jenerales de la caballería Hormisdas y Arinteo; y las aventuras singulares del primero (46) se hacen acreedoras á nuestra atencion. Era príncipe de Persia, y de la alcurnia real de los Sasanidas, y en las turbulencias de la menoría de Sapor, habia logrado huir de la cárcel á la corte obsequiosa del gran Constantino. Movió al pronto la compasion, y luego se granjeó el aprecio de sus nuevos señores, ascendiéndolo por su valentía y lealtad á los sumos honores de la milicia romana, y aunque cristiano, logró la satisfaccion de probar á su patria desagradecida que un súbdito atropellado puede parar en enemigo temible. Tal era el arreglo de las tres columnas principales. Cubria Luciliano frente y costados del ejército con un destacamento volante de mil y quinientos guerrilleros, y su desvelo solícito iba observando las novedades mas lejanas y participándolas ejecutivamente, si traian asomos de hostilidad. Cerraban la retaguardia Dagalaifo y Secundino, duque de Osroene; marchaba encajonado el bagaje entre las columnas, que, por motivos de táctica ó de ostentacion, iban escuadronadas tan abiertamente que la línea de su rumbo abarcaba mas de tres leguas. Encabezaba por lo mas Juliano la columna del centro; pero anteponiendo el desempeño de jeneral á todo el boato de

un monarca, andaba velozmente, con una escolta lijera de caballería, por frente, costados y retaguardia, y por donde quiera que su presencia conducia, para alentar y resguardar la marcha de la hueste romana. El pais que iban atravesando, desde el Caboras hasta el terreno cultivado de Asiria, puede conceptuarse como parte del desierto de la Arabia, un yermo árido y estéril que imposibilita toda mejora, aun con la industria humana mas poderosa. Marchaba Juliano por los idénticos parajes que siete siglos antes habia hollado el jóven Ciro, descritos por uno de sus compañeros en la espedicion, el sabio y heroico Jenofonte (47). «Era el terreno llanísimo, raso como el mar, y cuajado todo de ajenjos; y si asomaba alguna otra planta, era toda aromática, pero sin un árbol. Abutardas, antílopes, avestruces y asnos silvestres (48) eran al parecer los únicos habitantes de aquel desierto, y se aliviaba el cansancio de la marcha con el recreo de la caza.» El viento llenaba el ambiente de polvareda nublosa, con la arenilla suelta del suelo, y el ímpetu de un huracan repentino solia derribar á muchos soldados de Juliano con sus tiendas.

Abandonados estaban á las antílopes y asnos silvestres los arenales de Mesopotamia; pero asomaban por las orillas del Eufrates ciudades y aldeas populosas variada y placenteramente situadas, como tambien por las islas formadas en el mismo cauce. La ciudad de Anah ó Anatho (49), residencia actual de un emir árabe, se reduce á dos calles larguísimas, que abarcan, con fortificacion natural, una islilla en medio, y dos vegas por ambas orillas del Eufrates. Sus esforzados moradores se mostraban propensos á contrarestar al emperador; mas disuadiéronlos de tan aciago engreimiento las amonestaciones suaves de Hormisdas y el asomo pavoroso del ejército y la armada. Imploraron y obtuvieron la clemencia de Juliano, quien los trasladó á paraje aventajado junto á Calcis en Siria, y agregó al gobernador Puseo á la competente jerarquía en la milicia y en su amistad. Mas la fortaleza inespugnable de Tiluta podia menospreciar todo amago de sitio, y tuvo el emperador que contentarse con la promesa insultante de que, sojuzgadas las provincias interiores de la Persia, ya no se desentenderia Tiluta de realzar el triunfo del vencedor. Los vecindarios de los pueblos abiertos, incapaces de resistencia y ajenos de rendimiento, huian precipitadamente; y sus casas alhajadas y abastecidas se iban ocupando por los soldados de Juliano, quienes asesinaron sin remordimiento y sin castigo á algunas mujeres desvalidas. Durante la marcha, el Surenas *(e)* ó jeneral Persa, y Malec Rodosaces, el emir afamado de la tribu de Gasan (50), iban hostigando sin cesar por sus contornos al ejército, apresando á los rezagados y acosando á los destacamentos; y el valeroso Hormisdas se salvó á duras penas de sus manos. Pero rechazados los bárbaros, el pais se hacia por puntos mas trabajoso para la caballería, y al llegar los Romanos á Macepracta, vieron los escombros de un murallon

construido por los antiguos reyes de Asiria para resguardar sus dominios de las correrías de los Medos. Parece que se emplearon quince dias en estos preliminares de la espedicion de Juliano, y podemos regular unas cien leguas desde la fortaleza de Circesio hasta los muros de Macepracta (51) *(f)*.

La provincia feraz de Asiria (52), que se tendia por mas allá del Tígris hasta las serranías de la Media (53), tenia unas ciento veinte y cinco leguas desde el pié de Macepracta hasta el territorio de Basra, donde unidos el Tígris y el Eufrates, desaguan en el golfo Pérsico (54); y todo el pais era acreedor al nombre peculiar de Mesopotamia, puesto que no desviándose ambos rios sino á diez y seis leguas, se reduce á ocho su distancia entre Bagdad y Babilonia. Enlazábanlos un sinnúmero de acequias, escavadas facilísimamente en un terreno suave y deleznable, y que sajaban así las llanuras de la Asiria. Servíanles en estremo aquellas zanjas, ya para descargar las aguas sobrantes de un rio en el otro, en las temporadas de sus respectivos crecimientos; ya para que divididas en menores ramales, fueran refrescando la tierra y supliendo la escasez de lluvias, y ya para facilitar el tráfago pacífico del comercio; y como se quebrantaban prontamente las presas, podian los Asirios desesperados anegar el pais y atajar los pasos á la hueste invasora. Habia naturaleza defraudado el suelo y el clima de Asiria de varios de sus dones mas esquisitos, como la vid, el olivo y la higuera *(g)*; pero el sustento fundamental del hombre, y particularmente trigo y cebada, crecian con abundancia colmada; y el labrador esmerado en su sementera solia cosechar hasta doscientos y aun trescientos por uno. Descollaban de trecho en trecho innumerables palmeras (55); y los naturales vividores encarecian en verso y en prosa los trescientos y sesenta destinos que primorosamente sabian dar á tronco, ramas, hojas, zumo y racimos de su fruto. La industria de su poblacion crecida labraba el cuero y el lienzo, y suministraba apreciables remesas al comercio jeneral, que parece paraba en manos de los estranjeros. Habíase convertido Babilonia en un sitio real; mas junto á sus escombros habian ido sucesivamente asomando nuevas ciudades, y rebosaba el vecindario con infinitos pueblos y aldeas construidas con adobes perfectamente embetunados con aquella produccion peculiar del suelo. Mientras reinaron en el Asia los sucesores de Ciro, la provincia sola de Asiria mantenia por un tercio del año la lujosa abundancia de la mesa y utensilios del Gran Rey. Los perros indios tenian por asignacion el producto de cuatro aldeas considerables; manteníanse para las caballerizas reales ochocientos padres y mil y seiscientas yeguas á costa del pais, y por cuanto el tributo que diariamente se pagaba al sátrapa ó virey ascendia á media fanega de plata, podemos regular la renta anual de Asiria en diez millones de duros (56).

Allá lanzó Juliano (A. 363, mayo) sobre las campiñas de la Asiria las plagas de la guerra; y el filósofo se desquitó con un pueblo inculpable de los saqueos y atrocidades cometidas por su dueño en las provincias romanas. Trémulos acudieron los Asirios á la asistencia de sus rios, y remataron con sus propias manos el esterminio del pais; quedaron los caminos intransitables, anegado el campamento, y por algunos dias la tropa de Juliano tuvo que batallar con estremadas penalidades. Contrastó tantísimos quebrantos la perseverancia de los lejionarios encallecidos en el trabajo y el peligro y alentados con el esfuerzo de su caudillo. Se fué reparando el daño; acanaláronse de nuevo las aguas; bosques enteros de palmeras vinieron abajo y arquearon las cortaduras de la carretera, y transitó el ejército los cauces mas hondos y anchurosos por puentes fabricados de planchas ó almadías y sostenidos con vejigas y cueros. Intentaron dos ciudades de Asiria contrastar al emperador, y pagaron entrambas á subido precio su temeridad. Como á doce leguas de la residencia real de Ctesifonte, merecia el segundo lugar en la provincia Perisabor *(h)*, ó Ambar, ciudad crecida, populosa y bien fortificada, con muralla doble, casi ceñida por un brazo del Eufrates y defendida por el brio de su guarnicion competente. Además de rechazar con menosprecio las amonestaciones de Hormisdas, lastimaron los oidos del príncipe con el cargo fundado de que trascordando su cuna rejia, venia conduciendo una hueste estranjera contra su rey y su patria. Acreditaron su lealtad los Asirios con tenaz y atinada defensa, hasta que, tras un golpe acertado del ariete, que abrió anchurosa brecha por un ángulo desmoronado del muro, se retiraron á su fortaleza interior. Abalanzóse á porfia la soldadesca de Juliano al pueblo, y saciando militarmente sus apetitos, quedó Perisabor reducida á cenizas, sobre las cuales se colocaron las máquinas contra la ciudadela. Aferrada era la contienda con la descarga mutua é incesante de las arrojadizas; y cuantas ventajas podian lograr los Romanos con la superioridad de su maquinaria quedaban contrapuestas por la sobresalencia del terreno por parte de los sitiados; mas construida una *Helépolis*, que emparejaba el piso con el muro mas encumbrado, el aspecto pavoroso de un torreon movible que burlaba toda resistencia y teson aterró y avasalló á los defensores, pues se rindió la plaza á los dos dias de la llegada de Juliano á sus muros. Lograron retirarse dos mil y quinientos individuos de ambos sexos, escasos restos de un pueblo floreciente; los acopios de trigo, armas, pertrechos y alhajas se repartieron por la tropa ó se reservaron para el servicio público; se quemó ú se arrojó al Eufrates todo lo inservible, y la suerte de Amida quedó vengada con el total esterminio de Perisabor.

La ciudad, ó mas bien fortaleza de Maogamalca, defendida por diez y seis torreones grandiosos, su hondo foso, y dos muros macizos y sólidos

de ladrillo embetunado, se construyó al parecer á unas cuatro leguas, como antemural de la capital de Persia. Temeroso el emperador de dejar fortaleza de tal entidad á la espalda, la sitió inmediatamente, repartiendo el ejército para el intento en tres divisiones. Encargóse á Victor despejar el terreno hasta el Tígris y los arrabales de Ctesifonte con la infantería recia y la caballería. Formalizó los avances el mismo Juliano, que cifraba al parecer todo el éxito en las máquinas militares que levantó contra los muros, mientras estaba reservadamente ideando otro arbitrio mas eficaz para internar sus tropas en el corazon de la plaza. La trinchera, al cargo de Dagalaifo y Nevita, se abrió á distancia competente, y luego se fué por sus pasos estendiendo hasta la orilla del foso. Terraplenado este prontamente con el afan incesante de la tropa, se fué escavando una mina hasta por debajo de los cimientos del muro, los cuales, apuntalados de trecho en trecho, se sostenian provisionalmente. Tres cohortes selectas, á uno de frente, se adelantaron á esplorar el tránsito lóbrego y espuesto hasta que el denodado caudillo hizo correr la voz de que ya estaba dispuesto para desembocar desde su mazmorra en las calles interiores de la ciudad. Enfrenó Juliano el ímpetu de la tropa, y afianzó así el éxito, embargando luego todo el empeño de la guarnicion por medio de un asalto jeneral. Los Persas, mirando con menosprecio desde las almenas los pasos del avance, entonaban cantares triunfales á la gloria de Sapor, y gritaron confiadamente al emperador que podria ascender á la mansion estrellada de Ormuzd, antes que pudiese esperanzar la toma de la fortaleza inespugnable de Maogamalca. Ya estaba ocupada la ciudad; y aun recuerda la historia el nombre de un soldado raso que trepó el primero de la mina á un torreon solitario. Ensancharon los compañeros el tránsito y se agolparon al avance con desalado arrojo, asomando mil y quinientos enemigos en el centro de la poblacion. Atónita y asustada la guarnicion, desampara los muros; quebrántanse las puertas, y sacia la soldadesca romana su venganza, su lujuria y su codicia, matando indistintamente luego á todo el vecindario. El gobernador, despues de rendido bajo la promesa de indulto, fenece vivo en las llamas, á pretesto de haber prorumpido en desacatos contra el príncipe Hormisdas *(i)*; quedan arrasadas las fortificaciones, y no asoma rastro de existencia de la ciudad de Maogamalca. Realzaban las cercanías de la capital de Persia grandiosos palacios, enriquecidos esmeradamente con cuanto pudiera halagar el lujo y el orgullo de un monarca oriental. Se engalanó la situacion placentera de los verjeles por las márjenes del Tígris, bajo el concepto del gusto persa, con ramilletes, surtidores y paseos sombríos; habia cotos anchurosos para el mantenimiento de osos, leones y jabalíes, que á costosísimo empeño servian para el recreo de la caza real. Arrasáronse las cercas, se franquearon las fieras á la cacería de la soldadesca, y por disposicion del emperador

romano, quedaron los palacios de Sapor reducidos á cenizas. Mostróse Juliano en esta ocasion ajeno de las reglas de civilidad que los miramientos y la cortesanía de los siglos cultos ha establecido entre los príncipes enemigos. Pero estos estragos no deben á la verdad impresionar en gran manera nuestros pechos, ni para compadecerlos ni para odiarlos, pues una estatua acabada por la mano de un artista griego encierra mas verdadero valor que todos aquellos monumentos costosos y toscos del afan de los bárbaros; y si nos impresionamos mas con la ruina de un alcázar que por la quema de una choza, nuestra hnmanidad habrá muy equivocadamente graduado las desdichas del hombre (57).

Objeto de terror y de odio era Juliano para los Persas, cuyos pintores retrataban al talador de su patria bajo el emblema de un leon enfurecido que estaba vomitando de sus quijadas un fuego esterminador (58). Mas halagüeño se mostraba el héroe afilosofado á sus amigos y á sus soldados, y jamás sobresalieron tanto sus prendas como en la temporada postrera y activa de su vida. Le era llana la práctica de su templanza y sobriedad habitual. Atenido á los dictámenes de aquella sabiduría estudiada que domina arbitrariamente cuerpo y alma, se desentendia del goce de los apetitos mas naturales (59). En el clima cálido de Asiria, que estaba sin cesar estimulando á un pueblo afeminado para entregarse á la sensualidad (60), un conquistador mozo conservaba inviolablemente pura y cabal su castidad; y ni aun por impulsos de curiosidad incurrió nunca en la tentacion de visitar las beldades cautivas (61), quienes, en vez de contrarestar su poderío, á competencia se abalanzaran á merecer sus agasajos. Su entereza desdeñosa para el atractivo amoroso campeaba igualmente en los afanes de la guerra. Al marchar los Romanos por terrenos llanos y pantanosos, el soberano, á pié y encabezando las lejiones, alternaba en sus trabajos y avivaba su dilijencia. En toda faena importante, acudia la mano pujante y ejecutiva, y la púrpura imperial se mojaba y enlodaba al par del tosco vestido del ínfimo soldado. Cúpole coyuntura en ambos sitios para sacar á luz su valor personal, que en el estado sumo del arte militar por maravilla tiene que manifestar un caudillo. Prescindió el emperador, delante de la ciudadela, de Perisabor de su estremado peligro, y alentaba á su tropa á fin de que forzase las puertas de hierro, y abrumábale una nube de arrojadizas y de piedras enormes, asestadas á su persona patente. Al reconocer la fortificacion esterior de Maogamalca, dos Persas, arrojándose en holocausto por su patria, se le abalanzaron de improviso con sus cimitarras enarboladas; recibe el emperador maestramente el golpe sobre el escudo levantado, y de empuje recio y atinado vuelca á uno de ellos exánime á sus plantas. El aprecio de un príncipe que atesora las prendas que ensalza es el galardon mas esclarecido de un súbdito benemérito; y la autoridad que Juliano realzaba con su mérito personal le fa-

cultaba el restablecer y corroborar la severidad de la disciplina antigua. Castigó de muerte ó con afrenta la culpa de tres escuadrones de caballería que, en una escaramuza con el Surenas, se habian deshonrado perdiendo sus estandartes; y distinguió con la corona de *sitio* el denuedo (62) de los primeros soldados que treparon á la ciudad de Maogamalca. Tomada Perisabor, tuvo el emperador que echar el resto de su entereza contra la avaricia insolente de su ejército, que estaba clamando contra la cortedad del escaso donativo de cien monedas de plata en pago de sus servicios. Prorumpió su justa ira en el lenguaje adusto y varonil de un Romano: « ¿Con qué en las riquezas está clavado vuestro anhelo? rebosan pues en las manos de los Persas, y los despojos de este pais fértil han de ser el galardon de vuestro valor y disciplina. Creed, » añadió Juliano, « que la república romana, poseedora allá de tan inmensos tesoros, yace ahora reducida á la escasez y á la miseria; desde que nuestros príncipes; á impulsos de ministros endebles é interesados, compraron con oro el sosiego de los bárbaros, el erario está exhausto, arruinadas las ciudades y despobladas las provincias. En cuanto á mi, la única herencia que me cupo de mis rejios antepasados viene á ser una alma exenta de toda zozobra; y mientras yo conceptúe que toda sobresalencia se cifra en el ánimo, no me sonrojaré de confesar una pobreza honrada que en los dias de la virtud antigua se miró como el sumo blason de Fabricio. Vuestra será tambien aquella gloria honrosa, si escuchais la voz del cielo y de vuestro caudillo. Pero si os empeñais temerariamente, si estáis resueltos á renovar el ejemplo aciago y vergonzoso de las pasadas sediciones, seguid.—Corresponde á un emperador que ha desempeñado entre los hombres la primera jerarquía, y estoy por tanto dispuesto á morir en pié, menospreciando una vida frájil, pendiente á toda hora de una calentura imprevista. Si no soy digno de seguir con el mando, ahí teneis en medio de vosotros mismos (complacido y orgulloso lo digo) varios capitanes de cabal desempeño para la guerra mas ardua. Tal ha sido el temple de mi reinado, y puedo arrinconarme sin quebranto y sin zozobra en la estrechez de la vida privada (63).» Contestaron á tan comedida resolucion con aplauso unánime y rendimiento placentero, encareciendo su confianza en la victoria, mientras peleasen bajo las banderas de su príncipe heroico. Enardecíase su denuedo con sus llanas y frecuentes esclamaciones (pues tales anhelos eran los juramentos de Juliano): « ¡Así logre avasallar á los Persas! ¡Así alcance á restablecer el esplendor y el poderío de la república! » El afan por la nombradía era la pasion dominante de su pecho; pero al hollar los escombros de Maogamalca, fué cuando esclamó: « Por fin ya vamos suministrando materiales al sofista de Antioquía (64)».

El feliz denuedo de Juliano habia ido arrollando cuantos tropiezos atajaban su rumbo hasta las puertas de Ctesifonte; pero lejana se mostraba

la toma, y no muy obvio todavía el cerco de la capital de Persia; y para hacerse cargo de las disposiciones militares del emperador, hay que enterarse de las particularidades del pais donde ejercitó su denodada maestría (65). A siete leguas al mediodía de Bagdad, y á la orilla oriental del Tígris, los viajeros han observado algunos escombros de los palacios de Ctesifonte, que en tiempo de Juliano era ciudad crecida y populosa. Estaba para siempre borrada la nombradía y aun la denominacion de Seleucia, y el único barrio restante de aquella colonia griega habia recobrado, con el idioma y las costumbres asirias, el nombre primitivo de Cocha. Estaba Cocha situada á la márjen occidental del Tígris; mas se conceptuaba como un arrabal de Ctesifonte, con la cual debemos naturalmente suponer que se enlazaba por medio de un puente perpetuo de barcas; y así entrambas partes vinieron á apellidarse juntamente Al Modain, ó Las Ciudades, nombre que dieron los Orientales á la residencia de invierno de los Sasanidas; y todo el recinto de la capital persa quedaba poderosamente fortificada con el cauce del rio, con muros elevados y pantanos intransitables. Sentó Juliano sus reales junto á las ruinas de Seleucia, afianzándolos con foso y parapeto contra las salidas de la guarnicion crecida y animosa de Cocha. En paraje tan abundante y placentero, gozaban los Romanos de sobras abasto de aguas y de forrajes; y algunas fortalezas que pudieran entorpecer los movimientos del ejército quedaron sojuzgadas á viva fuerza. Transitó la escuadra desde el Eufrates por un brazo artificial que va á comunicarse navegablemente con el Tígris, á corta distancia por *debajo* de la gran ciudad. Siguiendo la azequia real llamada Nahar-Malcha (66), la situacion intermedia de Cocha venia á desviar la armada del ejército, y el intento temerario de contrarestar la corriente del Tígris y atravesar á viva fuerza una capital enemiga no podia menos de dar al través con la fuerza naval de los Romanos. Hízose cargo el emperador del peligro y acudió á su remedio. Estudiando con ahinco los pasos de Trajano en el mismo pais, recapacitó luego que su belicoso antecesor habia escavado un nuevo canal navegable, que dejando Cocha á la derecha, vertia las aguas del Nahar-Malcha en el Tígris á cierta distancia sobre entrambas ciudades. Con los informes de los naturales fue Juliano rastreando el cauce antiguo, terraplenado de intento ó naturalmente. Echó el resto la tropa, y su afan habilitó en breve el desagüe ó comunicacion competente del Eufrates, atajando el Nahar-Malcha. Arrojóse el raudal por su nueva madre, y la escuadra romana, surcando en carrera triunfal por el Tígris, burló cuantos estorbos inservibles habian ideado los Persas de Ctesifonte para imposibilitar aquel tránsito.

Como se hacia forzoso el trasportar el ejército romano por el Tígris, se atravesaba otro empeño, menos trabajoso, pero mas espuesto que el de la espedicion anterior, pues era la corriente caudalosa y rápida, y la subi-

da ardua y escabrosa para el desembarco, con trincheras en la márjen opuesta sobre el mismo linde, guarnecido además con una hueste crecida de coraceros muy pertrechados, de diestros flecheros, y de elefantes tan ajigantados que, segun el encarecimiento estravagante de Libanio, así hollarian á una lejion romana como la mies de una campiña rasa (67). No cabia construir un puente en presencia de un enemigo tan formidable; y el denodado príncipe, que de improviso atinaba con el único arbitrio asequible, encubrió su intento hasta el trance de la ejecucion, teniendo tan conocido el interior de los bárbaros de su propia tropa, y aun de los mismos jenerales. Con el pretesto muy obvio de enterarse del estado de los abastos, dispuso que se fueran descargando hasta ochenta bajeles *(j)*, y mandó luego á un destacamento selecto, aparentando una espedicion reservada, estar sobre las armas para la primera señal. Disfrazaba Juliano sus ansiosos latidos con risueño y confiado semblante, y embelesó á las naciones enemigas con el insultante espectáculo de juegos militares junto á los muros de Cocha. Todo fué recreo durante el dia; pero acabada la cena, convoca el emperador á los jenerales á su tienda, y les participa que tiene aplazado el tránsito del Tígris para aquella noche. Enmudecen asombrados; pero al tomar la palabra el respetable Salustio, engreido con su edad y esperiencia, todos los demás se muestran comedidos ante la vehemencia de sus atinados cargos (68). Conténtase Juliano con apuntar que el vencimiento y la salvacion se cifran en el arrojo; que el número de los enemigos, en vez de ir á menos, tendria por instantes poderosos aumentos, y que la demora ni estrecharia el cauce ni allanaria la ribera. Se da y se obedece la señal; las lejiones mas denodadas saltan en cinco bajeles que se hallan á la misma orilla, y remando con porfía, quedan á poco rato allá perdidos en la lobreguez de la noche. Resplandece una llamarada por la márjen opuesta; y Juliano, quien desde luego se hace cargo de que los bajeles de vanguardia han sido incendiados en el acto del desembarco por el enemigo, trueca diestramente el trance arriesgado en presajio de la victoria. «Los compañeros,» esclama, «son ya dueños de la orilla; mirad,—ya están haciendo la señal convenida; vamos allá á competir con ellos y estimular su denuedo.» El movimiento reunido y veloz de la armada quebranta la corriente, y llegan á la ribera oriental á tiempo para apagar las llamas y rescatar á sus comprometidos compañeros. Estreman el apuro de la subida alta y empinada el peso de las armas y la lobreguez de la noche; diluvian piedras, flechas y tizones sobre la cabeza de los asaltadores, quienes echan el resto, trepan á lo alto, y cabalgan victoriosos la trinchera. Dueños de mejor terreno, y dirijidos por Juliano al frente de la caballería lijera (69), clava este la vista despejada y esperta por toda la línea, coloca, segun el encargo de Homero (70), los mas sobresalientes á vanguardia y retaguardia, y todos los

clarines de la hueste imperial suenan el avance. Lanzan los Romanos el grito militar, marchan veloces al compás animador de la música marcial; desembrazan sus formidables chuzos, y se abalanzan blandiendo las espadas para estrechar la refriega y defraudar á los bárbaros de la ventaja de sus arrojadizas. Duró mas de doce horas la pelea, hasta que el retroceso pausado de los Persas paró en huida deshecha, dando los caudillos principales, y aun el mismo Surenas, tan indecoroso ejemplo. Siguióse el alcance hasta las mismas puertas de Ctesifonte, y pudieran los vencedores entrar en la ciudad despavorida (71), si su jeneral Victor, herido gravemente de un flechazo, no los amonestase á desistir del temerario intento, que redundara en su esterminio, si se frustrase. Los Romanos, por su parte, reconocieron únicamente la pérdida de setenta y cinco hombres, afirmando que los bárbaros habian dejado en la demanda dos mil y quinientos, y aun hasta seis mil de sus mejores soldados. El despojo fué cual se deja discurrir de las riquezas y el lujo de un campamento oriental, como porcion de plata y oro, armas y gualdrapas esplendorosas, y camas y mesas de plata maciza *(l)*. Fué luego el emperador victorioso repartiendo, en galardon de la valentía, varios dones honoríficos, cuales eran coronas cívicas, murales y navales, que conceptuaba, quizás él solo, mas preciosas que las riquezas del Asia. Tributóse un sacrificio solemne al dios de la guerra, pero las apariencias de las víctimas amagaron con acaecimientos sobremanera adversos; y luego Juliano echó de ver, por señales menos dudosas, que habia llegado ya á la cumbre de su prosperidad (72).

A los dos dias de la batalla, la guardia del palacio, los Jovianos y Herculios, y la tropa restante, que componian como los dos tercios del ejército, acabaron de atravesar (363, junio) el Tígris á su salvo (73). Mientras los Persas estaban mirando desde las almenas de Ctesifonte la asolacion de la comarca, volvia Juliano su ansiosa vista hácia el norte, muy esperanzado de que así como él se habia internado victoriosamente hasta la capital de Sapor, la marcha é incorporacion de Sebastian y Procopio se verificarian con el mismo denuedo y prontitud. Pero malogró sus anhelos la traicion del rey armenio, que consintió y probablemente dispuso la desercion de sus tropas auxiliares del campamento romano (74), omo igualmente sobrevino la desavenencia de los dos caudillos, inhábiles para idear ó desempeñar algun plan acertado. Desesperanzado ya de aquel refuerzo poderoso, juntó consejo de guerra, y tras cabal discusion, se atuvo al dictámen de los jenerales, que disuadian el cerco de Ctesifonte como empresa inasequible y perniciosa. No cabe el alcanzar ahora por qué maestría de fortificacion pudo una ciudad, sitiada ya y rendida tres veces por los antecesores de Juliano, hacerse inespugnable para un ejército de sesenta mil Romanos, capitaneados con tan suma pericia y valen-

tía, y surtidos colmadamente de bajeles, abastos, maquinaria y pertrechos; mas debemos desengañarnos, en vista del afan de nombradía y menosprecio de todo peligro que caracterizaban á Juliano, de que no le desalentaron estorbos soñados ó triviales (75). Al paso que abandonaba sus intentos sobre Ctesifonte, desechaba con pertinacia y con ceño las ofertas mas lisonjeras para entablar negociaciones de paz. Acostumbrado Saá presenciar el boato pausado de Constancio, se mostró atónito con el denuedo ejecutivo del sucesor. Ordenó hasta allá por el confin de la India y de la Escitia á todos los sátrapas de sus remotas provincias que juntasen tropas y acudiesen al auxilio del monarca sin demora. Pero sus preparativos eran dilatados, y torpes sus movimientos; y Sapor, antes de poner sus huestes en campaña, vió desconsoladamente talada la Asiria, esterminadas sus tropas selectas al tránsito del Tígris, y asolados sus mismos palacios. Yacia en el polvo todo el orgullo rejio; comia tendido por por el suelo, y su desgreñada cabellera pregonaba la angustia y postracion de su ánimo. Comprara tal vez gustoso con la mitad de su reino la porcion restante, allanándose rendidamente á firmarse, en un tratado de paz, aliado fiel y dependiente del vencedor romano. Un privado de alta jerarquía, pretestando quehaceres personales, se llegó reservadamente á abrazar las rodillas de Hormisdas, y suplicarle abatidamente que le proporcionase el avistarse con el emperador. El príncipe Sasanida, á impulsos de su orgullo ó de su humanidad, ó bien de suyo noble y pundonoroso, propendia tambien á acordar un convenio ventajoso, así para remediar los quebrantos de la Persia, como para afianzar el triunfo de los Romanos. Asombróle la entereza de un héroe que, por desgracia para sí mismo y para su patria, recapacitaba que Alejandro habia desechado invariablemente las proposiciones de Darío; y hecho cargo Juliano de que la esperanza de una paz segura y honorífica habia de entibiar el ardimiento de la tropa, encargó con muchas veras á Hormisdas que despidiese encubiertamente al enviado de Sapor, antes que cundiese por los reales tentacion tan arriesgada (76).

El honor y el interés precisaron á Juliano á no desperdiciar el tiempo ante las murallas de Ctesifonte, y cuantas veces retaba á los bárbaros retraidos á la ciudad para que saliesen á batallar en campo raso, siempre le contestaron cuerdamente que si tanto ansiaba ostentar su denuedo, se marchase en busca de la hueste del Gran Rey. Sintió el desacato y admitió el consejo. En vez de irse ladeando servilmente con el Tígris y el Eufrates, quiso competir con el arrojado temple de Alejandro, é internarse por las provincias hasta precisar á su contrario á pelear con él, quizás en las llanuras de Arbela, por el imperio del Asia. La magnanimidad de Juliano fué aplaudida y traicionada por las asechanzas de un Persa noble, que por el bien de su patria se allanó jenerosamente á desempeñar

un intento, arriesgado, fementido y vergonzoso (77). Desierta con una comitiva de secuaces leales al campamento imperial ; forma un cuadro vistoso de mortales agravios ; abulta la crueldad de Sapor, el descontento nacional y la endeblez de la monarquía, y se ofrece amistosamente como rehen y guia del ejército romano. Esmeróse, como cuerdo y práctico Hormisdas, en desengañar, aunque infructuosamente, al crédulo Juliano, quien se estrechó con el traidor, y dió á su impulso atropelladamente una órden, en concepto de todos, muy ajena de su cordura y de su seguridad. Anonadó en una hora aquella escuadra traida de doscientas leguas á costa de tanto afan, de tesoros y de sangre. Reserváronse de doce á veinte navichuelos para acompañar sobre carros la marcha del ejército y servir de puentes en caso necesario. Reservóse un repuesto de abastos para el uso de la tropa por veinte dias. Los demás acopios, con una armada de mil y cien bajeles, se dieron á las llamas por la disposicion absoluta del emperador, en el mismo cauce del Tígris. Espláyanse los obispos cristianos Gregorio y Agustin en escarnecer el desvarío del apóstata, quien ejecutó con sus propias manos la sentencia de la justicia divina; pero confirma su autoridad, endeble en puntos militares, el dictámen sereno de un soldado esperto, que estuvo presenciando la inmensa llamarada y no pudo menos de aprobar el murmullo de la tropa incomodada (78). Median sin embargo razones plausibles, y tal vez fundamentales, para abonar la disposicion de Juliano. Nunca la navegacion del Eufrates se remontó hasta mas arriba de Babilonia, ni la del Tígris por encima de Opis (79). No distaba esta última ciudad considerablemente de los reales romanos, y luego tuviera Juliano que abandonar el necio é inasequible empeño de contrarestar con su poderosa armada el raudal de un rio rapidísimo (80), atajado natural ó artificialmente en diversos puntos (81). No bastaba el empuje de remo y vela, pues habia que ir remolcando los barcos rio arriba ; y esta faena larga y angustiosa apuraba las fuerzas de veinte mil soldados, y luego si los Romanos seguian siempre arrimados al Tígris, tenian que volverse sin entablar una empresa digna del númen y de las prosperidades de su caudillo. Si por el contrario era acertado el internarse por el pais, la destruccion de armada y acopios era el único arbitrio para defraudar al enemigo de aquella preciosidad, pues saldrian á millaradas de Ctesifonte para afianzarlas. Si por dicha prevaleciera Juliano en la demanda, estaríamos ahora celebrando el arrojo y la heroicidad de un campeon que, privando á su tropa de toda esperanza de retirada, la comprometia en la alternativa de vencer ó morir (82).

El engorroso aparato de artillería y bagajes, que entorpece los movimientos de todo ejército moderno, era en gran parte desconocido de los Romanos (83). Pero el mantenimiento de sesenta mil hombres no puede

menos en todos tiempos de embargar en gran manera los desvelos de un caudillo atinado; y esta subsistencia se ha de proporcionar en el pais enemigo ú en el propio. Aún cuando estuviese en manos del emperador el sostener un puente de comunicacion sobre el Tígris y conservar los pueblos sojuzgados en Asiria, una provincia talada mal podia suministrar abastos en estacion que tenia anegadas las campiñas con la inundacion del Eufrates (84), y cuando el ambiente pestífero se nublaba con innumerables insectos (85). Mas halagüeño aparecia el pais enemigo, pues la rejion dilatada que hay entre el Tígris y las serranías de la Media rebosaba de aldeas y pueblos, y el terreno feraz se hallaba en un estado floreciente de cultivo. Podia conceptuar Juliano que un caudillo, dueño de los dos medios mas ejecutivos del poderío, el acero y el oro, se ajenciaria abastos de sobra con el temor y la codicia de los naturales; mas al asomo de los Romanos, quedó la perspectiva de improviso agostada. Huian por donde quiera los aldeanos y se refujiaban en las fortalezas; llevábanse los rebaños; incendiaban mieses y praderas, y al amainar las llamaradas que detenian la marcha de Juliano, se quedaba este presenciando el triste aspecto de un desierto raso y humoso. Tan desesperado, pero terminante jénero de defensa, solo cabe en el entusiasmo de un pueblo que antepone su independencia á sus riquezas, ó en la violencia de un gobierno absoluto, que acude al salvamento público, desentendiéndose de las inclinaciones de los interesados. En este trance, el afan y el rendimiento de los Persas cooperaba con los mandatos de Sapor, y quedaba el emperador reducido á los escasos abastos, que por momentos se iban apurando en sus manos. Antes que llegase el caso de su total consumo, podia aun alcanzar hasta las ciudades afeminadas y opulentas de Ecbátana y Susa, con una marcha directa y ejecutiva (86); pero defraudábanle de este postrer recurso su ignorancia de los caminos y la doblez de sus guias. Fueron vagando los Romanos algunos dias hácia el oriente de Bagdad; el desertor persa, que tan mañosamente los habia atraido á su lazo, se salvó de sus iras; y sus secuaces, puestos en tormento, confiaron el arcano de su conspiracion. La Hircania y la India, cuyas soñadas conquistas habian embelesado tanto la fantasía de Juliano, eran ahora su mayor tormento. Hecho cargo de que su propia ceguedad era la causa del conflicto público, estaba ansiosamente recapacitando sobre sus esperanzas de salvamento, sin lograr consuelo de parte de los dioses ni de los hombres. Por fin, como la única disposicion asequible, acordó encaminar sus pasos á las márjenes del Tígris, con el intento de salvar su ejército por medio de una marcha ejecutiva hácia el confin de Corduene, provincia fértil y amiga que reconocia la soberanía de Roma. Obedeció la desmayada tropa la señal de retirada, á los setenta dias no mas de su tránsito del Caboras, con la espectativa de derribar el solio de Persia (87) (junio 16).

Mientras los Romanos siguieron internándose por el pais, varios cuerpos de caballería persa los iban acechando y provocando á larga distancia, y mostrándose ya escuadronados, ya en guerrillas, apenas escaramuzaban con las avanzadas. Sostenian sin embargo á estos destacamentos fuerzas mas crecidas, y no bien se encabezaron las columnas en demanda del Tígris, cuando una polvareda inmensa nubló la campiña. Los Romanos, que tan solo aspiraban al logro de una retirada veloz y segura, se empeñaron en conceptuar que todo aquel amago formidable era un tropel de asnos silvestres, ó quizás la llegada de un cuerpo de Arabes amigos. Hacen alto, plantan sus tiendas, fortifican sus reales y trasnochan en incesante sobresalto; amanece, y descubren que se hallan cercados por un ejército de Persas; este viene á ser la vanguardia de la hueste bárbara, pues la sigue el cuerpo principal de coraceros, flecheros y elefantes, mandados por Meranes, jeneral de graduacion y de concepto. Acompáñanle dos hijos del rey, con varios de los sátrapas mayores; y la nombradía y la espectacion abultan el poderío de las fuerzas restantes, que iban pausadamente avanzando, capitaneadas por el mismo Sapor. Marchan los Romanos en formacion larguísima, sesga ó dividida segun las irregularidades del terreno; y así están de continuo ofreciendo á los enemigos coyuntura para asaltarlos. Cargan y recargan los Persas con ímpetu; recházaseles siempre con teson; y la refriega de Maronga, que viene á merecer el nombre de batalla, sobresalió por la pérdida considerable de sátrapas y de elefantes, acreedores quizás á igual aprecio para el monarca. No se alcanzaban estas ventajas sin quebranto proporcionado por parte de los Romanos, pues fenecieron ó salieron heridos varios oficiales de concepto, y el mismo emperador, que en todos los trances encaminaba y enardecia el denuedo de la tropa, tenia que esponer su persona y acreditar su desempeño. Imposibilitaba el alcance el peso de las mismas armas que constituian la fuerza y el resguardo de los Romanos; y como los jinetes del Oriente se hallaban amaestrados en desembrazar el chuzo y disparar la flecha al galope y por todas direcciones (88), nunca la caballería persa era mas formidable que en el trance de su fuga veloz y desconcertada; pero el malogro mas positivo é irreparable de los Romanos era el del tiempo, pues los veteranos, habituados al clima frio de la Galia y la Jermania, desfallecian caldeados por el estío de Asiria; postrábanse sus fuerzas con el redoble incesante de marchas y refriegas, y suspendíase la retirada con las cautelas forzosas para afianzar pausadamente sus pasos, presenciados todos por un enemigo dilijente. Al menguar por puntos el abasto, iban encareciéndose en el campamento (89); y Juliano, que se contentaba con la racion que despreciara un soldado hambriento, andaba repartiendo el repuesto de la provision imperial por las tropas, como tambien cuanto se ahorraba de la dotacion para los caballos de los

jenerales y tribunos ; mas estos socorros tan escasos agravaban mas el quebranto y postracion de los ánimos ; y embargaba ya á los soldados la zozobra horrorosa de ir á fenecer por hambre ó á los filos de la espada enemiga, antes de llegar á la raya del imperio (90).

Batallando con tan insuperables contratiempos, aun se dedicaba Juliano, en el silencio de la noche, al estudio y la contemplacion; pero al cerrar postradamente los ojos en breve y sobresaltado sueño, latíale ansiosamente el pecho traspasado de amargura ; ni era de estrañar que se le apareciese de nuevo el númen del imperio, enlutando su cabeza y el asta de la abundancia, y retirándose á pausas de la tienda imperial. Arrójase el monarca de su lecho, sale al campo para empapar su espíritu ajitado en el ambiente fresco de la media noche, y mira un metéoro inflamado que atraviesa la esfera y se apaga de improviso. Figúrase Juliano que ha visto el ademan amenazador del dios de la guerra (91); junta el consejo de los agoreros toscanos (92), quienes unánimes le intiman que evite toda refriega ; pero la razon y la necesidad huellan la supersticion en aquel trance, y suena el clarin al amanecer. Iba el ejército marchando por una serranía, en cuyas cumbres estaban ya sijilosamente aposentados los Persas: acaudilla Juliano la vanguardia con el esmero y la intelijencia de un jeneral consumado ; sobresáltale el aviso de que se halla repentinamente asaltada la retaguardia; incítale el calor á dejar la coraza, pero arrebata el broquel de uno de sus acompañantes, y corre con un refuerzo competente al socorro de la retaguardia. Llámale igual peligro á resguardar el frente, y al galopar por medio de las columnas, le atacan casi irresistiblemente la izquierda del centro con una embestida vigorosa de elefantes y caballería. Queda aquella mole contrarestada con una evolucion atinada de infantería lijera que asesta certeramente sus flechazos á la espalda de los jinetes y á las piernas de los elefantes. Huyen los bárbaros, y Juliano, siempre el mas espuesto, alienta el alcance con su voz y sus ademanes. Trémula su guardia, desencajada y oprimida por la caterva revuelta de amigos y enemigos, avisa á su soberano desapercibido que va indefenso, suplicándole que mire el desastre inevitable. Aun están clamando á porfia (93), cuando los escuadrones fujitivos disparan una nube de flechas y dardos, y un chuzo, tras haberle arañado la piel de un brazo, le traspasa las costillas y se le clava en la parte inferior del hígado. Intenta Juliano desprender el acero mortal de su costado, mas los agudos filos le cortan los dedos y cae exánime del caballo. Vuela allá la guardia y levanta cuidadosamente del suelo á su emperador mal herido, llevándolo luego á una tienda cercana. Corre la desastrada nueva de fila en fila; pero el mismo quebranto infunde á los Romanos denuedo incontrastable y anhelo de venganza ; y se mantiene por ambas partes, hasta que anochece, la sangrienta y reñida contienda. Lograron los Persas alguna

ventaja contra el ala izquierda, donde murió Anatolio, maestre de los oficios, y se salvó á duras penas el prefecto Salustio; pero el conjunto del éxito fué contrario á los bárbaros, pues desampararon el campo con sus dos jenerales Meranes y Nohordates (94), cincuenta nobles ó sátrapas, y una porcion grandísima de sus mejores soldados: y la prevalencia de los Romanos, sobreviviendo Juliano, hubiera podido realzarse á victoria decisiva y provechosa.

Acreditaron la bizarría de Juliano las primeras palabras que articuló al volver del parasismo que le causó el flujo de sangre. Preguntó por su caballo y sus armas, deseoso de volver á la batalla. Postráronsele las fuerzas con aquel conato, y los facultativos, al examinar la herida, la conceptuaron desde luego de muerte. Manifestó en el crítico trance la entereza de un héroe y un sabio; compararon los filósofos que le acompañaron en la infausta espedicion la tienda de Juliano á la cárcel de Sócrates, y los circunstantes, á quienes su instituto, afecto ú curiosidad habian reunido al rededor de su lecho, escucharon con reverente pesadumbre la oracion fúnebre de un emperador moribundo (95). « Amigos y compañeros de armas, llegó el plazo oportuno de mi partida, y desempeño con el gozo de un deudor prevenido la demanda de la naturaleza. Enterado estoy por la filosofía de lo mucho que el alma se aventaja al cuerpo, y que la separacion de aquella sustancia preferente es motivo de regocijo, y no de amargo desconsuelo. La relijion me ha enseñado que una temprana muerte suele ser galardon de relijiosidad (96), y admito como fineza de los dioses el golpe mortal que me resguarda contra el peligro de tiznar un carácter que fué siempre hijo de la virtud y de la fortaleza. Muero sin remordimiento como he vivido sin culpa, y me complazco en volverme á mirar la inocencia de mi vida privada, y afirmo confiadamente que la autoridad suprema, participacion de la Potestad Divina, se ha conservado en mis manos pura é intacta. Abominando de las máximas estragadas y arruinadoras del despotismo, conceptué siempre por blanco del gobierno la dicha del pueblo. Avasallando mis acciones á los dictámenes de la templanza, de la prudencia y de la justicia, abandoné el resultado á las disposiciones de la Providencia. Paz era el blanco de mis deseos, pero paz compatible con el bien público; y así que la voz de mi patria me llamó á las armas, acudí, espuse mi persona, con la plena prevision (granjeada con mi ciencia de la adivinacion) de que iba á fenecer en la demanda. Tributo pues mi ofrenda de agradecimiento al Sér Sempiterno, que no consintió viniese yo á perecer por la crueldad de un tirano, ni por el puñal encubierto de una conspiracion, ó por los tormentos dilatados de una dolencia consumidora. Me ha franqueado, en medio de una carrera lustrosa, una despedida honorífica de este mundo, y tengo por tan desatinado como rastrero el intento de evi-

tar la cuchilla del destino.—Hasta aquí he tenido aliento para hablar, pero desfallecen ya mis fuerzas y estoy viendo alzada sobre mi cerviz la guadaña de la muerte.—No me propasaré con la menor palabra que propenda á inclinar vuestros votos sobre la eleccion de un emperador. Pudiera ser mi nombramiento indiscreto y desacertado; y si no lo revalidase el consentimiento del ejército, pudiera redundar en daño del recomendado mio; me ceñiré, como buen ciudadano, á manifestar mi esperanza de que los Romanos han de lograr la dicha de tener un soberano virtuoso.» Tras este discurso, que pronunció Juliano en voz suave, pero entonada, fué repartiendo en su testamento militar (97) las reliquias de su fortuna privada, y echando menos á Anatolio, y entendiendo por la contestacion de Salustio que habia fenecido, lloró con amable inconsecuencia el malogro de un amigo. Vituperó al mismo tiempo el dolor estremado de los circunstantes, y les amonestó que no mancillasen con lágrimas mujeriles la suerte de un príncipe que se remontaba ya al cielo para emparentar con los astros (98). Enmudecieron todos hasta que se engolfó Juliano en argumentos metafísicos con los filósofos Prisco y Máximo sobre la naturaleza del alma; y aquel ahinco del ánimo y del cuerpo le anticipó probablemente la muerte. Desángrase por la herida con nuevo ímpetu: hínchansele las venas, y se le entorpece la respiracion: pide un sorbo de agua fresca, la bebe y espira sosegadamente como á media noche. Este fué el fin de aquel hombre estraordinario, á los treinta y dos años de edad, tras un reinado de unos veinte meses, desde la muerte de Constancio. En el postrer trance ostentó, quizás con algun aparato, el afan por la virtud y la nombradía, que habia sido la pasion dominante de toda su vida (99).

El triunfo del Cristianismo y las calamidades del imperio deben hasta cierto punto achacarse á Juliano, que desatendió la ejecucion venidera de sus intentos, no asociándose oportuna y atinadamente un sucesor. Pero la alcurnia real de Constancio Cloro quedaba reducida á su persona, y si abrigaba formalmente el pensamiento de entronizar al Romano mas acreedor de todo el imperio, fué dilatando su propósito con las dificultades de la eleccion, los zelos del poderío, la zozobra de alguna ingratitud, y el engreimiento natural de la mocedad, la robustez y la prosperidad. Dejó su inesperada muerte el imperio sin dueño y sin heredero, en un estado de incertidumbre y de peligro cual nunca habia padecido desde la eleccion de Diocleciano. Nada abultaba la primacia en la cuna para un gobierno donde estaba casi olvidada la pura nobleza; las pretensiones de jerarquía militar eran accidentales é insubsistentes; y los candidatos que pudieran aspirar á encumbrarse al solio podian solo apoyarse en el concepto de su propio desempeño, y en la aceptacion popular. Mas la situacion de un ejército hambriento y cercado por una

hueste bárbara no dejaba cabida ni á pesares ni á deliberaciones. En aquel trance de terror y desamparo, el cadáver del príncipe difunto, segun su encargo, fué decorosamente embalsamado, y al amanecer formaron los jenerales un senado militar, al cual fueron convidados los comandantes de las lejiones y los oficiales mayores de infantería y caballería. Empleáronse tres ó cuatro horas de la noche en manejos sijilosos, y al proponerse la eleccion de emperador, asomó el acaloramiento de las facciones. Disponian Victor y Arinteo de los restos de la faccion de Constancio; los amigos de Juliano eran afectos á los caudillos galos Dagalaifo y Nevita, y debian temerse infaustas resultas de la discordia entre dos partidos, tan encontrados en temple é intereses como en máximas políticas, y quizás en principios relijiosos. Tan solo las prendas sobresalientes de Salustio podian hermanar las desavenencias y reunir los votos, y ya iba á declararse sucesor de Juliano, cuando él mismo con entereza y modestia alegó su edad y sus achaques, que le imposibilitaban cargar con el peso de la diadema. Atónitos é indecisos los jenerales con aquel desengaño, propendian al dictámen saludable de un oficial inferior (100) de que obrasen como en ausencia del emperador, echando el resto por libertar el ejército de su actual conflicto, y si lograsen la dicha de asomar al confin de Mesopotamia, pasar en armonía y con detencion al nombramiento de un soberano lejítimo. Altercando estaban todavía cuando algunas voces saludaron á Joviano, que solo era el *primero* de los domésticos (101), con los dictados de Emperador y Augusto. Repite la guardia que cercaba la tienda la aclamacion alborotada (*m*), y en pocos minutos corre el eco de estremo á estremo de la línea. Atónito el nuevo príncipe con su encumbramiento, queda atropelladamente revestido con las galas imperiales, y recibe el juramento de fidelidad de los mismos caudillos cuyo favor solia implorar poco antes. La recomendacion mas trascendental de Joviano era el mérito de su padre, el conde Varroniano, que disfrutaba un retiro honorífico, galardon de sus dilatados servicios. Con el ensanche de su vida oscura saciaba el hijo su aficion al vino y á la mancebía, mas lograba algun concepto como Cristiano (102) y como soldado. Sin sobresalir con prenda alguna de las que pasman y causan envidia, la estampa agraciada de Joviano, su índole placentera y su agudeza amistosa, le granjearon el afecto de sus compañeros; y los caudillos de ambos partidos se avinieron á la eleccion popular, que no era parto estudiado de sus enemigos. Amainaban el engreimiento de aquella exaltacion las zozobras de que en el propio dia fenecciesen vida y reinado del nuevo emperador. Arrolló los ánimos la urjencia, y las primeras órdenes espedidas por Joviano, á pocas horas del fallecimiento de su antecesor, fueron relativas á la continuacion de la marcha, que únicamente podia rescatar á los Romanos de tan apurado trance (103).

Gradúase el aprecio que se merece á un enemigo por la demostracion de sus temores, y estos se justiprecian por el júbilo que causa su desaparicion. La noticia halagüeña de la muerte de Juliano, llevada por un desertor á los reales de Sapor, infundió repentinamente al déspota suma confianza en la victoria. Destacó inmediatamente la caballería real, quizás los diez mil *Inmortales* (104), para auxiliar y seguir el alcance; se descolgó con toda su mole sobre la retaguardia de los Romanos, y la desbarató completamente: volcaron y hollaron los elefantes á las lejiones afamadas, que traian sus dictados desde Diocleciano y su belicoso compañero, y perdieron la vida tres tribunos al querer contener á la soldadesca fujitiva. Rehízose al fin la refriega con el teson esforzado de los Romanos; quedaron rechazados los Persas con gran matanza de hombres y elefantes; y el ejército, marchando y peleando por todo un larguísimo dia de estío, llegó hácia la noche á Samara, en las orillas del Tígris, á mas de treinta leguas sobre Ctesifonte (105). El dia siguiente, los bárbaros, en vez de hostigar la marcha, embistieron el campamento de Joviano, situado en una hondonada. Los flecheros persas estaban desde las cumbres insultando y malhiriendo á los quebrantados lejionarios; y un cuerpo de caballería que tuvo el arrojo desesperado de internarse por la puerta pretoriana quedó, tras reñidísima contienda, destrozado junto á la tienda imperial. Anocheció, y el campamento en Carche estuvo res. guardado con los grandiosos pretiles del rio; y por fin el ejército romano, siempre acosado por los embates de los Sarracenos, sentó su real junto á la ciudad de Dura (106), á los cuatro dias del fallecimiento de Juliano. Corria el Tígris á su izquierda, y la soldadesca impaciente, exhausta y mal sufrida, con la creencia de que al asomo inmediato hallária la raya del imperio, instó al nuevo soberano para que le permitiese aventurarse al tránsito del rio. Procuró Joviano, con asistencia de sus oficiales mas atinados, retraerla de aquella temeridad, manifestándole que aun cuando tuviesen destreza y pujanza para contrarestar el raudal hondo y rapidísimo, tendrian todos que entregarse desnudos é indefensos á los bárbaros que estaban ya aposentados en la orilla opuesta. Cediendo por fin á sus alborotadas importunaciones, consintió á su pesar que quinientos Galos y Jermanos, avezados desde su niñez á las aguas del Rin y del Danubio, se arrojasen á la ardua empresa, cuyo éxito serviria de estímulo ú de escarmiento para todo el ejército. Atravesaron el Tígris calladamente á deshora, sorprendieron un puesto mal guardado de los enemigos, y tremolaron al amanecer la señal de su denuedo y felicidad. El acierto de esta tentativa inclinó al emperador á conformarse con el dictámen de los arquitectos, que propusieron la fabricacion de un puente con las pieles hinchadas de ganado mayor y menor, cubiertas con una capa de fajinas y tierra (107). Consumiéronse dos dias críticos

en el afan infructuoso; y los Romanos, acosados ya de la plaga del hambre, estaban mirando desesperadamente ya al Tígris, ya á los bárbaros, cuyo número y pertinacia crecian con el conflicto del ejército imperial (108).

En situacion tan desesperada, halagó los ánimos el eco de la paz, pues habia amainado el engreimiento de Sapor, recapacitando el malogro de sus nobles mas fieles y denodados, de sus tropas mas valientes, y de la mayor parte de su manada de elefantes, en tan repetidas é indecisas refriegas; y el monarca, ya esperimentado, temia que se estremase desesperadamente la resistencia, y tras las vicisitudes de la suerte, le amenazaba el poderío inexhausto del imperio romano, que se le agolparia para rescatar ó vengar al sucesor de Juliano. Apareciose el mismo Surena, acompañado de otro sátrapa (*n*), en los reales de Joviano (109), y manifestó que la clemencia de su soberano se avenia á espresar las condiciones bajo las cuales accederia á conservar y despedir al César con las reliquias de su ejército prisionero (*o*). Esperanzados los Romanos de salvacion, decayeron de su entereza y precisaron al emperador, con el dictámen de su consejo y los gritos de la soldadesca, á conformarse con la oferta de paz (*p*), enviando inmediatamente al prefecto Salustio con el jeneral Arinteo para escuchar el albedrío del Gran Rey. Fué el fementido Persa dilatando con varios pretestos la conclusion del convenio; ideaba dificultades, pedia esplicaciones, apuntaba arbitrios, cejaba de sus otorgamientos, abultaba sus exijencias, y estuvo asi consumiendo cuatro dias en los amaños de la negociacion, hasta apurar los abastos que habian quedado en el campamento romano. Si cupiera en Joviano el ímpetu de una disposicion cuerda y denodada, continuara su marcha con ejecutiva dilijencia; el seguimiento del tratado enfrenaba los asaltos de los bárbaros; y antes del plazo del cuarto dia, se hallaba en salvo dentro de la fértil provincia de Carduene, distante solo treinta y cuatro leguas (110). El indeciso emperador, en vez de arrollar las acechanzas enemigas, permaneció en espectativa de su suerte con resignacion innoble, y aceptó las condiciones indecorosas de paz que no estaba ya en su mano desechar. Devolvíanse á la monarquía persa las cinco provincias allende el Tígris, cedidas por el abuelo de Sapor. Adquiria con un solo artículo la ciudad inespugnable de Nisibis, que habia contrastado sus embates en tres sitios sucesivos. Desmembrábanse tambien del imperio Singara con el castillo de los Moros, una de las mejores plazas de Mesopotamia; y se conceptuó como fineza que se franquease retirada con todos sus haberes á los vecinos de estas fortalezas, insistiendo el vencedor en que los Romanos abandonasen para siempre al rey y reino de Armenia (*q*). Pactóse paz ó mas bien una tregua dilatada de treinta años entre las naciones enemigas, ratificando la fe del tratado con juramentos

solemnes y ceremonias relijiosas ; y para afianzar el cumplimiento de todas sus partes, mediaron mutuamente rehenes de esclarecida jerarquía (111).

El sofista de Antioquía, que estaba mirando con indignacion el cetro de su héroe en la torpe diestra de un sucesor cristiano, prorumpe en raptos de asombro con la moderacion de Sapor, que vino á contentarse con tan escasa porcion del imperio romano. Si su ambicion se esplayara hasta el Eufrates, no le cupiera el menor desaire, dice Libanio ; y si escojiera por lindero de la Persia el Orontes, el Cidno, el Sangario, y aun el Bósforo de Tracia, rebosara la corte de Joviano con aduladores para patentizar al trémulo monarca que las provincias restantes eran sobradas para satisfacer el lujo y el poderío (112). Sin adoptar tan satírica insinuacion, nos hacemos cargo de que la ambicion personal de Joviano allanó la conclusion de tan afrentoso tratado. El doméstico arrinconado, subido ahora al solio por la suerte, y no por el mérito, ansiaba libertarse de manos de los Persas, para precaver los intentos de Procopio, que mandaba el ejército de Mesopotamia, y plantear su reinado vacilante sobre las lejiones y provincias que ignoraban todavía el atropellado nombramiento de los reales allende el Tígris (113). En las cercanías del mismo rio y á corta distancia de la infausta mansion de Dura (114), los diez mil Griegos, sin jenerales, sin guias y sin abastos, á mas de trescientas leguas de su patria, quedaron á merced de un monarca airado y victorioso. En vez de allanarse á las deliberaciones reservadas y á las miras personales de un individuo, el dictámen de los Griegos reunidos fué parto del grandioso entusiasmo de una junta popular, donde los pechos ciudadanos rebosan de afan de nombradía, de engreimiento de su independencia, y menosprecio de la muerte. Engreidos de su superioridad sobre los bárbaros en armas y en disciplina, se negaron al rendimiento y rechazaron la capitulacion ; su teson, su denuedo y su pericia militar arrollaron todos los tropiezos, y la memorable retirada de los diez mil patentizó y holló la endeblez de la monarquía persa (115).

A costa de tanto desdoro, quizás el emperador pudiera pactar el abastecimiento copioso del campamento romano (116), y que se le franquease el tránsito del Tígris por el puente recien-construido por los Persas ; mas si Joviano se adelantó á entablar esta demanda tan equitativa, rechazóla ceñudamente el tirano del Oriente, cuya clemencia indultaba á los asaltadores de su patria. Andaban los Sarracenos apresando á los descarriados en la marcha, pero los jenerales y tropas de Sapor respetaron la tregua, y se consintió á Joviano buscar el paraje mas adecuado para el tránsito del rio. Los barquichuelos salvados del incendio de la armada fueron de muchísimo provecho; pasó en la primera tanda el emperador con sus allegados, y fueron las demás trasportando gran parte del ejército ; mas

cada cual acudia á su salvacion ; los soldados, con la zozobra de quedarse en la orilla enemiga, sin esperar las pausadas idas y vueltas de la escuadrilla, se aventuraban en boyas ú odres hinchados, y conduciendo sus caballos, forcejeaban con mas ó menos éxito por atravesar el rio. Ahogáronse muchos de estos arrojados nadadores; y otros, arrebatados por el raudal, vinieron á ser víctimas de la codicia y la crueldad de los Arabes bravíos, y la pérdida del ejército en el tránsito del Tígris equivalió á la de una gran batalla. Desembarcados en la márjen occidental, los Romanos, aunque desahogados del alcance de los bárbaros, en una marcha trabajosísima de setenta leguas por las llanuras de la Mesopotamia, vinieron á padecer los estremos mas intolerables de sed y de hambre, teniendo que atravesar por espacio de veinte y cinco leguas un arenal desierto, sin manantial, sin yerba y sin huella humana, ni amiga ni enemiga. Si asomaba por el campamento un saquillo de harina como de veinte libras, se daban por él ansiosamente hasta dos piezas de oro (117): se mataron y devoraron las acémilas, y quedó el desierto salpicado con las armas y arreos de soldados romanos, cuyas ropas andrajosas y descarnados rostros estaban demostrando sus padecimientos anteriores y su actual desamparo. Adelantóse un corto convoy de abastos al encuentro del ejército hasta el castillo de Ur, y fué el socorro tanto mas halagüeño cuanto acreditaba la lealtad de Sebastian y de Procopio, á quienes recibió cariñosamente el emperador en Filsafata (118); y los restos de la hueste, antes tan florida, descansaron por fin bajo los muros de Nisibis. Los mensajeros de Joviano habian ido ya proclamando aduladoramente su eleccion, su tratado y su regreso; y el nuevo príncipe habia tomado sus disposiciones para afianzar el acatamiento de los ejércitos y provincias de Europa, poniendo los mandos militares en manos de oficiales que por interés ó por inclinacion habian de sostener eficazmente la causa de su bienhechor (119).

Aclamaron los amigos de Juliano confiadamente su espedicion, abrigando la creencia de que los templos de los dioses vendrian á engalanarse con las preseas del Oriente, que la Persia se postraria cual provincia tributaria, gobernándose con las leyes y los majistrados de Roma, que los bárbaros se hermanarian en traje, costumbres é idioma con sus vencedores, y que la juventud de Susa y Ecbátana estudiaria esmeradamente la retórica con maestros griegos (120). Internado allá Juliano, quedó sin comunicacion con el imperio, y desde su tránsito del Tígris ignoraron sus apasionados sus vicisitudes y su paradero. Desapareció el embeleso de sus soñados triunfos con el rumor infausto de su muerte, y persistieron en dudar hasta que no cupo ya negar la evidencia del aciago acontecimiento (121). Fueron los mensajeros de Joviano divulgando la fábula de una paz cuerda y precisa; pero mas altisonante y mas injenua la voz de la fa-

ma, pregonó el borron del emperador con las condiciones del afrentoso tratado. Batallaron jeneralmente los ánimos con el asombro y la pesadumbre, la ira y el terror, al enterarse de que el sucesor indigno de Juliano abandonaba las cinco provincias granjeadas con las victorias de Galerio, y que entregaba vergonzosamente á los bárbaros la ciudad importante de Nisibis, el antemural poderoso de las provincias de Oriente (122). Discutióse libremente en las conversaciones populares hasta qué punto debian observarse los tratados cuando son incompatibles con la salvacion pública, y aun se esperanzó que Joviano rescatase su pusilánime conducta con un acto esplendoroso de alevosía patriótica. Siempre la entereza indómita del senado romano se desentendió de las condiciones desventajosas que habia acarreado algun conflicto á sus ejércitos prisioneros; y si fuese requisito el entregar al jeneral culpado á manos de los bárbaros para sincerar el honor nacional, la mayoría de los súbditos de Joviano se aviniera gustosa con los antecedentes de tiempos antiguos (123).

Mas el emperador, cualesquiera que fuesen constitucionalmente los límites de su autoridad, era dueño absoluto de leyes y armas en el estado, y los mismos motivos que le precisaron á firmar el tratado de paz le estrechaban ahora á cumplirlo. Ansiaba afianzar el imperio á costa de algunas provincias; y los nombres decorosos de relijion y pundonor cohonestaban las zozóbras y la ambicion de Joviano. Contrastando las encarecidas instancias de los moradores, no cabia en la regularidad ni en la cordura que se hospedase el emperador en su alcázar de Nisibis, pues á la madrugada siguiente á su llegada, Bineses, embajador de Persia, entró en la plaza, enarboló en la ciudadela el estandarte del Gran Rey, y pregonó en su nombre la alternativa mortal de servidumbre ó destierro. Los ciudadanos principales, que para aquel trance confiaban en el amparo de su soberano, se postran á sus plantas, le ruegan, le estrechan para que los resguarde, ó á lo menos que no entregue colonia tan leal á la saña de un tirano bárbaro y airado con tres derrotas consecutivas que habia padecido bajo las murallas de Nisibis. Aun les quedan armas, aun les sobra aliento para rechazar á los salteadores de su patria, y solo le imploran su permiso para emplear uno y otro en su propia defensa, y que afianzada una vez su independencia, le suplicarian rendidamente que los admitiese de nuevo en su clase de súbditos. Argumentos, elocuencia, lágrimas, todo es infructuoso. Alega Joviano con algun rubor sus sacrosantos juramentos; y como la repugnancia con que admitió la corona de oro regalada por los ciudadanos les patentizó su desesperada situacion, se propasó el abogado Silvano á esclamar: «¡ Así seais igualmente coronado, ó emperador, por todas las ciudades de vuestros dominios!» Joviano, que en pocas semanas se habia connaturalizado con el orgullo de príncipe (124), se destemplaba con la llaneza y se ofendia con la verdad,

y como suponia fundadamente que el descontento del pueblo pudiera inclinarlo á sujetarse al gobierno persa, publicó un edicto, mandando, bajo pena de muerte, que en el término de tres dias quedase evacuada la ciudad. Presenció al parecer Amiano compasivamente el trance, retratando al vivo la desesperacion universal (125). Desamparó la juventud belicosa con airado dolor las murallas que tan gloriosamente habia defendido: el vecino inconsolable regó con sus lágrimas ya postreras el túmulo de un hijo ú de una esposa que iba luego á ser hollado por la planta inhumana de un dueño bárbaro, y el ciudadano adulto estuvo besando los umbrales y abrazando las puertas de aquella casa donde tantas veces habia gozado las horas placenteras y descuidadas de su niñez. Agolpóse trémulo el jentío por las carreteras: desaparecieron distintivos de jerarquía, sexo y edad, y cada cual se esmeraba en cargar con alguna astilla de su naufrajio; y como carecian de suficientes acémilas, tuvieron que abandonar los mas sus alhajas. Parece que la irracionalidad empedernida de Joviano agravó el quebranto de los infelices fujitivos; se les avecindó sin embargo en un barrio recien-construido de Amida, y aquella ciudad asomante, con el refuerzo de colonia tan grandiosa (agosto), descolló luego con sumo esplendor, y vino á ser la capital de la Mesopotamia (126). Despachó el emperador iguales órdenes para la evacuacion de Singara y el castillo de los Moros, y para la restitucion de las cinco provincias allende el Tígris. Estuvo Sapor disfrutando el timbre de su victoria; y aquella paz afrentosa se conceptúa fundadamente como época memorable en la decadencia y ruina del imperio romano. Desapropiáronse á veces los antecesores de Joviano de provincias desviadas é inservibles; mas desde la fundacion de la ciudad, el númen de Roma, el dios Término, que custodiaba los linderos de la república, jamás habia cejado ante la espada de un enemigo victorioso (127).

Descargado Joviano de los compromisos que la voz de su pueblo pudiera inclinarle á quebrantar, vino huyendo atropelladamente del sitio de su deshonra, y se encaminó con toda su corte á disfrutar los regalos de Antioquía (128). Prescindiendo de impulsos relijiosos, la humanidad y el agradecimiento le movieron á tributar los postreros honores á los restos de su soberano difunto (129); y Procopio, que estaba llorando el malogro de su deudo, quedó apeado del mando del ejército, bajo el pretesto decoroso de acaudillar las exequias. Trasladóse el cadáver de Juliano de Nisibis á Tarso, en una marcha pausada de quince dias, y al ir transitando por los pueblos de Oriente, le recibian los bandos opuestos, ya con lamentos llorosos, ya con insultos alborotados. Endiosaron los paganos á su héroe, colocándolo al par de los númenes cuyo culto habia restablecido; al paso que los Cristianos persiguieron su alma hasta los infiernos y el cuerpo hasta el sepulcro (130). Plañian los unos el derribo inmi-

nente de sus aras, y decantaban los otros el portentoso rescate de la iglesia. Vitoreaban los Cristianos en aplausos descompasados y mal encubiertos el centellazo de la justicia divina, colgado por tanto tiempo sobre la cerviz criminal de Juliano. Manifestaban que la muerte del tirano, en el punto de espirar allende el Tígris, habia sido *revelada* á los santos de Ejipto, Siria y Capadocia (151); y en vez de hacerlo fenecer por los flechazos persas, achacaban la heroicidad á la diestra desconocida de algun mortal ó inmortal campeon de la fe (152). La malicia ó la credulidad de sus contrarios se atenian á tan indiscretas manifestaciones (153), é insinuaban encubiertamente, ó afirmaban con reserva, que los caudillos de la iglesia habian fogueado y dirijido el fanatismo de algun asesino doméstico (154). A los diez y seis años de la muerte de Juliano, produjo con solemne vehemencia el orador Libanio este cargo en oracion pública dedicada al emperador Teodosio. Carecen de hechos y de argumentos sus sospechas, y solo nos cabe apreciar el afan amistoso del sofista de Antioquía por las cenizas yertas y desairadas de su amigo (155).

Fué costumbre antigua, al par en los funerales y en los triunfos de Roma, que los ecos de la alabanza llevasen el contrapeso de la sátira, y que en medio del esplendoroso boato que ensalzaba los timbres del vivo ú del difunto, no se encubriesen sus lunares á la vista del mundo (156). Siguióse la práctica en las exequias de Juliano; pues los comediantes, enconados con su menosprecio y aversion al teatro, representaron con aplauso del auditorio cristiano una farsa traviesa y recargada de las faltas y devaneos del emperador difunto. Ancho campo franqueaban á la mofa y á la chocarrería su varia índole y sus estrañas costumbres (157), pues solia desdorar la majestad de su jerarquía en el ejercicio de sus diversas habilidades. Trasformábase un Alejandro en Diójenes, y se trasfiguraba el filósofo en sacerdote. Mancillaba su descompasada vanagloria su virtuosa pureza; alteró con supersticiones la paz, amagó la salvacion de un imperio poderoso, y eran sus arrebatos desconcertados tanto menos acreedores á disculpa, cuanto venian á ser parto del artificio y aun de la afectacion. Enterróse á Juliano en Tarso de Cilicia; pero su grandioso túmulo, encumbrado en la ciudad y á la orilla del fresco y cristalino Cidno (158), desagradaba á sus fieles amigos, que idolatraban la memoria de aquel varon estraordinario. Manifestó el filósofo su anhelo, muy racional, de que el discípulo de Platon descansase en las alamedas de la Academia (159), al paso que los soldados clamaban denodadamente porque las cenizas de Juliano se mezclasen con las del César en el Campo de Marte y entre los monumentos antiguos de la virtud romana (140). No suele renovar la historia de los príncipes el ejemplar de tamaña competencia.

# NOTAS

## correspondientes capítulo vijésimo cuarto.

(1) Véase esta fábula ó sátira, p. 306-336, en las obras de Juliano, edicion de Leipsic. La version francesa del erudito Ezequiel Spanheim (Paris, 1683) es tosca y lánguida, aunque exacta, y sus notas, pruebas, ilustraciones, etc. están amontonadas una sobre otra, de modo que forman 557 pájinas en cuarto de compacta impresion. El abate de la Bleterie (Vida de Joviano, tom. I, p. 341-493) ha espresado mejor la mente y el sentido del orijinal, que ilustra con algunas notas concisas y curiosas.

(2) Spanheim (en su prefacio) ha discutido con mucha erudicion la etimolojía, oríjen, semejanza é inconveniente de la *sátira* griega, pieza dramática, que se representaba despues de la trajedia; y la sátira latina (de *Satura*), composicion *miscelanea*, en prosa ó verso. Pero los Césares de Juliano son de una especie tan orijinal, que los críticos titubean á qué clase han de aplicarlos (*).

(3) Este carácter mixto de Sileno está hermosamente pintado en la égloga sexta de Virjilio.

(4) Cualquiera lector imparcial debe conocer y desaprobar la parcialidad de Juliano contra su tio Constantino y la relijion cristiana. En esta ocasion, los intérpretes se ven obligados, por el mas sagrado interés, á faltar á la obediencia y abandonar la causa de su autor.

(5) Juliano preferia secretamente un Griego á un Romano. Pero cuando comparaba detenidamente un héroe con un filósofo, se penetraba de que el jénero humano debia mas obligaciones á Sócrates que á Alejandro (Orat. ad Themistium, p. 264).

(6) Inde nationibus Indicis certatim cum donis optimates mittentibus... ad usque Divis et *Serendivis*. Amian. XX, 7. Esta isla, á la que sucesivamente se han dado los nombres de Taprobana, Serendib y Ceilan, manifiesta cuan poco conocian los Romanos los mares y tierras al oriente

(*) Véase tambien Casaubon, de Sátira, con las observaciones de Ramback. —M.

del Cabo Comorin. 1. Bajo el reinado de Claudio, un liberto que tenia arrendada la aduana del Mar Rojo fué casualmente arrojado por los vientos á aquella costa estraña y desconocida: estuvo seis meses en relaciones con los naturales; y el rey de Ceilan, sabedor, por la primera vez, del poderío y justicia de Roma, envió una embajada al emperador (Plin. Hist. Nat., VI, 24). 2. Los jeógrafos (y aun Tolomeo) han dado á este nuevo mundo un tamaño quince veces mayor que el verdadero, suponiendo que se estendia hasta el ecuador y las inmediaciones de la China (*).

(7) Estas embajadas habian sido enviadas á Constancio. Amiano, que dejenera imprudentemente en una tosca adulacion, debe haber olvidado lo largo del camino, y la corta duracion del reinado de Juliano.

(8) Gothos sæpe fallaces et perfidos; hostes quærere se meliores aiebat: illis enim sufficere mercatores Galatas per quos ubique sine conditionis discrimine venumdantur (Amian. XXII, 7). Quince años despues, estos esclavos godos amenazaban y sometian á sus señores.

(9) Alejandro recuerda á César, su rival, que rebajaba el mérito y la nombradía de una victoria asiática, que Craso y Antonio habian sentido las flechas persas; y que los Romanos, durante una guerra de trescientos años, no habian sometido todavía la sola provincia de Mesopotamia ó Asiria (Cæsares, p. 324).

(10) El objeto de la guerra persa se halla declarado por Amiano (XXII, 7, 12), Libanio (Orat. Parent., c. 79, 80, p. 305, 306), Zósimo (l. III, p. 158), y Sócrates (l. III, c. 19).

(11) La Sátira de Juliano y las Homilías de San Crisóstomo hacen la misma pintura de Antioquía. La miniatura que de ellas ha copiado el abate de la Bleterie (Vida de Juliano, p. 332) es elegante y correcta.

(12) Laodicea proporcionaba cocheros; Tiro y Berito, cómicos; Cesarea, pantomimos; Heliópolis, cantores; Gaza, gladiadores; Ascalon, lidiadores; y Castabala, bailarines de cuerda. Véase la Expositio totius Mundi, p, 6, en el tercer tomo de los Jóvenes Jeógrafos de Hudson.

(13) Χριστὸν δὲ ἀγαπῶντες, ἔχετε πολιοῦχον ἀντὶ τοῦ Διός. El pueblo de Antioquía profesaba adhesion al *Chi* (Cristo, y al *kappa* (Constancio). Juliano en Misopogon, p. 357.

(14) El cisma de Antioquía, que duró ochenta y cinco años (A. D.

(*) El nombre de Diva gens ó Divorum regio, segun la conjetura probable de Mr. Letronne (Trois. Mem. Acad., p. 127), fué dado por los antiguos á toda la costa oriental de la Península Indic, desde Ceilan hasta el Ganjes. Puede hallarse el nombre en Devipatnam, Devidan, Devicotta, Divinelly, la punta de Divy.

Mr. Letronne, p. 121 considera como un impostor al liberto con su embajada de Ceilan.—M.

330-415), fué encendido mientras que Juliano residia en aquella ciudad, por la indiscreta ordenacion de Paulino. Véase á Tillemont, Mem. Ecles., tom. VII, p. 803 de la edicion en 4.° (Paris, 1701, etc.), de la cual tomaré mis citas en adelante.

(15) Juliano establece tres diferentes proporciones, de cinco, diez ó quince *modios* de trigo, por una moneda de oro, conforme á los grados de abundancia y escasez (in Misopogon, p. 369). De este hecho y algunos ejemplos colaterales, saco en conclusion que bajo los sucesores de Constantino, el precio equitativo del trigo fué de unos treinta y dos chelines la cuartera inglesa, lo cual es igual al precio medio de los sesenta y cuatro primeros años del siglo actual. Véanse las Tablas de Monedas, pesos y medidas por Arbuthnot, p. 88, 89. Plin., Hist. Natur., XVIII, 12. Memoria de la Academia de las Inscripciones, tom. XXVIII, p. 718-721. Exámen de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones por Smith, vol. I, p. 246. Me envanezco de citar este último escrito, como obra de un sabio y un amigo.

(16) Nunquam á proposito declinabat, Galli similis fratris, licet incruentus. Amian. XXII, 14. Alguna disculpa puede reclamar la ignorancia de los príncipes mas ilustrados; pero no nos satisface la defensa propia de Juliano (in Misopogon, p. 368, 369), ó la estudiada apolojía de Libanio (Orat. Parental, c. XCVII, p. 321).

(17) Su breve y suave detencion está tratada delicadamente por Libanio (Orat. Parental., c. XCVIII, p. 322, 323).

(18) Libanio (ad Antiochenos de Imperatoris ira, c. 17, 18, 19, en Fabricio, Bibliot. Græc., tom. VII, p. 221-223), como diestro abogado, censura severamente la locura del pueblo, que padecia por el crímen de algunos miserables desconocidos y beodos.

(19) Libanio (ad Antiochen., c. VII, p. 213) recuerda á Antioquía el castigo reciente de Cesarea; y aun Juliano (in Misopogon, p. 355) da á entender cuan severamente Tarento habia espiado el insulto hecho á los embajadores romanos.

(20) Relativamente al Misopogon, véase á Amiano (XXII, 14), Libanio (Orat. Parentalis, c. XCIX, p. 323), Gregorio Nazianzeno, (Orat. IV, p. 133), y la Crónica de Antioquía, por Juan Malala (tom. II, p. 15, 16). Debo obligaciones esenciales á la traduccion y notas del abate de la Bleterie (Vida de Joviano, tom. II, p. 1-138).

(21) Muy acertadamente observa Amiano, Coactus dissimulare pro tempore ira sufflabatur interna. La ironia comprimida de Juliano al fin prorumpe en invectivas graves y directas.

(22) Ipse autem Antiochiam egressurus, Heliopoliten quendam Alexandrum Syriacæ jurisdictioni præfecit, turbulentum et sævum; dice-

batque non illum meruisse, sed Antiochensibus avaris et contumeliosis hujusmodi judicem convenire. Amiano., XXIII, 2. Libanio (Epíst. 722, p. 346, 347), que confiesa al mismo Juliano que habia participado del descontento jeneral, pretende que Alejandro fué un reformador útil, aunque severo, de las costumbres y relijion de Antioquía.

(23) Juliano, in Misopogon, p. 364. Amian. XXIII, 2, y Valesio ad loc. Libanio, en una oracion pública, le invita á que vuelva á su leal y penitente ciudad de Antioquía.

(24) Libanio, Orat. Parent., c. VII, p. 230, 231.

(25) Eunapio refiere que Libanio rehusó el honroso empleo de prefecto pretoriano, por menos ilustre que el título de sofista (in Vit., p. 135). Los críticos han observado un sentimiento parecido en una de las epístolas (XVIII, edic. Wolf.) del mismo Libanio.

(26) Todavía existen y ya se han publicado cerca de dos mil cartas suyas, especie de composicion en la que se creia á Libanio sobresaliente. Los críticos pueden elojiar su elegante y sutíl brevedad; empero el Dr. Bentley (Disertacion sobre Falaris, p. 487) observa con acierto, aunque políticamente que «al sentir su vaciedad y pesadez, le parece á uno que está conversando con algun pedante soñoliento, apoyado el codo en su bufete.»

(27) Atribúyese su nacimiento por el año 314. Habla de sus setenta y seis años (A. D. 390), y parece hacer alusion á algunos sucesos de una fecha aun posterior.

(28) Libanio ha compuesto la vana, prolija, pero curiosa narracion de su vida, tom. II, p. 1-84, edic. Morell), de la cual Eunapio (p. 130-135) ha dejado una relacion concisa y poco favorable. Entre los modernos, Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 571-576), Fabricio (Bibliot. Græc., tom. VII, p. 376-414), y Lardner (Testimonios paganos, tom. IV, p. 127-163) han ilustrado el carácter y escritos de este célebre sofista.

(29) Desde Antioquía á Litarbe, por el territorio de Calcis, el camino pasaba sobre alturas y al través de pantanos y era malísimo; y las piedras solo estaban unidas con arena (Juliano, epíst. XXVII). Bastante estraño es que los Romanos hubiesen descuidado la gran comunicacion entre Antioquía y el Eufrates. Véase á Wesseling, Itinerar., p. 190. Bergier, Hist. de los caminos reales, tom. II, p. 100.

(30) Alude Juliano á este incidente (epíst. XXVII), que refiere mas claramente Teodoreto (l. III, c. 22). El espíritu intolerante del padre merece los elojios de Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 534), y aun de La Bleterie (Vida de Juliano, p. 413).

(*a*) Este nombre, de oríjen siríaco, se halla en el árabe, y significa un

lugar en un valle donde se encuentran las aguas. Dice Juliano que el nombre de la ciudad es bárbaro y su situacion griega. Βαρβαρικὸν ὄνομα τοῦτο, χωρίον ἐστὶν Ἑλληνικόν. El jeógrafo Abulfeda (Tab. Siriac., p. 129, edic. Koehler) habla de ella en términos que justifican los elojios de Juliano.—San Martin, Notas á Le Beau, III, 56-M.

(31) Véase el curioso tratado de Dea Syria, comprendido en las obras de Luciano (tom. III, p. 451-490, edic. Reitz). El estraño apelativo de *Ninus vetus* (Amian., XIV, 8) pudiera inducir en una sospecha de que Hierápolis habia sido la residencia rejia de los Asirios.

(32) Juliano (epíst. XXVIII) llevaba una cuenta formal de todos los presajios afortunados; pero suprime los signos de mal agüero, que Amiano (XXIII, 2) ha recordado cuidadosamente.

(33) Juliano, epíst. XXVII, p. 399-402.

(*b*) O Bambica, ahora Bambuch; Manbedj, árabe, ó Mabug, sir. Se hallaba á veinte y cuatro millas romanas del Eufrates.-M.

(34) Aprovecho la primera ocasion de reconocer las obligaciones que debo á Mr. d'Anville por su jeografía moderna del Eufrates y Tígris (Paris, 1780, en 4.º) que ilustra particularmente la espedicion de Juliano.

(35) Hay tres pasos á pocas millas uno de otro; 1. Zeugma, celebrado por los antiguos; 2. Bir, concurrido de los modernos; y 3. El puente de Menbigz ó Hierápolis, á distancia de cuatro parasanjes de la ciudad (*).

(36) Haran ó Canhæ era la antigua residencia de los Sabeos y de Abrahan. Véase el Indice jeográfico de Schultens (ad calcem Vit. Saladin.), obra por la que he adquirido muchos conocimientos orientales, relativamente á la jeografía antigua y moderna de Siria y comarcas adyacentes (**).

(37) Véase á Jenofonte, Cyropæd., l. III, p. 189, edic. Hutchinson. Artavasdes hubiera podido proporcionar á Marco Antonio 16000 jinetes armados y disciplinados á estilo parto (Plutarco, en Marco Antonio, tom. V, p. 117).

(38) Moisés de Chorene (Hist. Armen., l. III, c. 11, p. 242) fija su advenimiento (A. D. 354), al año 17 de Constancio (***).

(*) Djisr Manbedj es el mismo que el Zeugma antiguo. San Martin, III, 58.—M.

(**) En una medalla inédita de la coleccion del difunto Mr. Tochon de la Academia de Inscripciones, se lee Χαρραν. San Martin, III, 60.--M.

(***) Arsaces Tirano ó Diran habia cesado de reinar veinte y cinco años antes, en 337. Los cambios intermedios en Armenia y el carácter de este Arsaces hijo de Diran, están referidos por M. San Martin con bastante estension en el suplemento á Le Bean, II, p. 208—242. Mientras la reina griega Olimpia

(39) Amian., XX, 11. Atanasio (tom. I, p. 856) dice en términos jenerales que Constancio dió á la viuda de su hermano τοῖς βαρβάροις, espresion mas adecuada á un Romano que á un Cristiano.

(40) Amiano (XXIII, 2) emplea una palabra sobrado suave para el caso, *monuerat*. Muratori (Fabricio, Biblioth. Græc., tom. VII, p. 86) ha publicado una epístola de Juliano al sátrapa Arsaces, altiva, vulgar y por mucho que engañara á Sozomen, l. VI, c. 5, probablemente espurea. La Bleterie (Hist. de Joviano, tom. II, p. 339) la traduce y la desecha (*).

(41) Latissimum flumen Euphraten artabat. Amian., XXIII, 3. Algo mas arriba, en los vados de Thapsaco, el rio tiene de ancho cuatro estadios ó 800 varas, casi media milla inglesa (Jenofonte, Anabasis, l. I, p. 41, edic. Hutchinson, con las Observaciones de Foster, p. 29, etc. en el 2.° volúmen de la traduccion de Spelman). Si el ancho del Eufrates en Bir y Zeugma no es mas que de 130 varas (Viajes de Niebuhr, tom. II, p. 335), la enorme diferencia debe provenir principalmente de la profundidad del cauce.

(*c*) Arsaces no abandonó la alianza romana, sino que le prestó un débil apoyo. San Martin, III, 41.-M.

(*d*) Kirkesia, el Carchemish de las Escrituras.—M.

(42) Munumentum tutissimum et fabre politum, cujus mænia Abora los Orientales aspiran Chaboras ó Chabur) et Euphrates ambiunt flumina, velut spatium insulare fingentes. Amian., XXIII, 5.

(43) La espedicion y armamento de Juliano se hallan descritos por él

conservó su influjo, Arsaces fué fiel á la alianza romana y cristiana. Al advenimiento de Juliano, el mismo influjo hizo vacilar su fidelidad; pero envenenada Olimpia con el pan del sacramento por manejos de Farandsem, primera mujer de Arsaces, ocurrió otro cambio en la política armenia, contrario á los intereses cristianos. El patriarca Narses se retiró de la corte impía á un retiro seguro. Sin embargo Farandsem fué igualmente hostil al influjo persa, y Arsaces empezó á sostener con vigor la causa de Juliano. Hizo una incursion en los dominios persa con un cuerpo de Hunos y Alanos como auxiliares, arrasó á Aderbidjan; y Sapor, que habia sido derrotado cerca de Tauriz, se hallaba ocupado en oponerse á sus tropas en Persarmenia, cuando sucedió la muerte de Juliano. Así lo presenta M. San Martin (III, 276 y siguientes), apoyándose en los historiadores armenios Fausto de Bizancio y Mesrob, el biógrafo del patriarca Narses. En la historia de Armenia por el padre Chamitch, y traducida por Avdall Tirano aparece todavía como rey de Armenia en tiempo de la muerte de Juliano. F. Chamitch sigue á Moisés de Chorene, autoridad de Gibbon.—M.

(*) San Martin la considera como jenuina: los escritores armenios hacen mencion de semejante carta, III, 37.—M.

mismo (Epíst. XXVII), Amiano Marcelino (XXIII, 3, 4, 5). Libanio (Orat. Parent., c. 108, 109, p. 332, 333), Zósimo (l. III, p. 160, 161, 162), Sozomen (l. VI, c. 1), y Juan Malala (tom. II, p. 17).

(44) Antes de entrar en Persia, Amiano describe prolijamente (XXIII, 6, p. 396-419, edic. Gronov. en 4.º) las diez y ocho grandes satrapías ó provincias (hasta el Seric ó las fronteras chinas), que estaban sometidas á los Sasanidas.

(45) Amiano (XXIV, 1) y Zósimo (l. III, p. 162, 163) han espresado exactamente el órden de la marcha.

(46) Las aventuras de Hormisdas se hallan referidas mezcladas, con algunas fábulas (Zósimo, l. II, p. 100-102; Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 198). Es casi imposible que fuese hermano (frater germanus) de un hijo *primojénito* y *póstumo*; ni me acuerdo que Amiano le dé nunca este título (*).

(47) Véase el libro primero del Anabasis, p. 45, 46. Esta obra agradable es orijinal y auténtica. Sin embargo le fué infiel en algunos casos la memoria á Jenofonte, quizá por que habian trascurrido muchos años desde la espedicion; y las distancias que apunta son á veces mucho mayores de lo que admitirá un militar ó un jeógrafo.

(48) Mr. Spelman, traductor inglés del Anabasis (vol. I, p. 51), confunde la gacela con el corzo y el asno salvaje con la zebra.

(49) Véanse los Viajes de Tavernier, p. 1, l. III, p. 316, y mas especialmente los de Pedro della Valle, tom. I, cart. XVII, p. 671, etc. Ignoraba el nombre antiguo y circunstancias de Annah. Nuestros ciegos viajeros *rara vez* poseen conocimiento alguno previo de los paises que visitan. Shaw y Tournefort merecen ser honrosamente esceptuados.

(e) Este no es un título, sino el nombre de una gran familia persa. San Martin, III, 79.—M.

(50) Famosi nominis latro, dice Amiano; gran elojio para un Arabe. La tribu de Gasan se habia fijado en la frontera de Siria y reinado por algun tiempo en Damasco, bajo una dinastía de treinta y un reyes ó emires, desde el tiempo de Pompeyo hasta el del califa Omar. D'Herbelot, Biblioteca Oriental, p. 360. Pococke, Specimen Hist. Arabicæ, p. 75, 78. No aparece en la lista el nombre de Rodosaces (**).

(*) San Martin comprende que era hermano primojénito por otra madre que tuvo muchos hijos, II, 24.—M.

(**) Rodosaces Malek es rey. San Martin conceptúa que Gibbon cometió un error trayendo la tribu de Gasan al Eufrates. En Amiano es Asan. M. San Martin leeria Massanitarum, y otro tanto sucederia con los Mauzanitas de Malala.—M.

(51) Véase á Amiano (XXIV, 1, 2), Libanio (Orat. Parental., c. 110, 111, p. 334), Zósimo (l. III, p. 164-168).

(*f*) Esta palabra siríaca ó caldea tiene relacion con su situacion, fácilmente significado pues division de las aguas. Mr. San Martin lo cree el Masiceo de Plinio, v. 26; San Martin, III, 83.—M.

(52) La descripcion de Asiria está tomada de Herodoto (l. I, c. 192, etc.), quien escribe unas veces para niños y otras para filósofos. Estrabon (l. XVI, p. 1070-1072), y Amiano (l. XXIII, c. 6). Los viajeros modernos mas útiles son Tavernier (part. I, l. II, p. 226-258); Otter (tom. II, p. 35-69 y 189-224), y Niebuhr (tom. II, p. 172-288). Sin embargo siento mucho que no esté traducido el *Irak Arabi* de Abulfeda.

(53) Observa Amiano que la Asiria primitiva, que comprendia Nino Niniva) y Arbela, ha tomado el apelativo mas reciente y peculiar de Adiabene; y parece fijar á Teredon, Volojesia y Apolonia, como ciudades fronterizas de la provincia actual de Asiria.

(54) Los dos rios se reunen en Apamea ó Corna (á cien millas del Golfo Pérsico) en la ancha corriente del Pasitigris á Shat-ul-Arab. El Eufrates llegaba antes al mar por un cauce separado que obstruyeron, y cuya corriente dirijieron los habitantes de Orchoe á unas veinte millas al sudeste de la Basra moderna (D'Anville, en las Memorias de la Academ. de las Inscripciones, tom. XXX, p. 170-191).

(*g*) Mr. Gibbon nos informa que la naturaleza há rehusado al suelo y clima de Asiria algunos de sus mas ricos dones, la viña, el olivo y la higuera. Esto podia ser en tiempo de Amiano Marcelino, pero no sucede así actualmente; y es curioso que las frutas que mas abundan en la provincia son la uva, la aceituna y el higo, que se hallan en cada huerto. Macdonald Kinneir, Jeog. Mem. sobre Persia, p. 239.—M.

(55) El erudito Kæmpfer, como botánico, anticuario y viajero, ha agotado (Amænitat. Exoticæ, Fascicul. IV, p. 660-764) todo el asunto de las palmeras.

(56) Asiria pagaba diariamente al sátrapa persa un *Artaba* de plata. La proporcion bien conocida de pesos y medidas (véase el laborioso exámen del obispo Hooper), la gravedad específica del agua y de la plata, y el valor de este metal, proporcionarán, despues de un breve proceder, la renta anual que he anotado. Sin embargo el Gran Rey no recibia de Asiria sino 1000 talentos euboicos ó tirios (250.500.000 rs.). La comparacion de dos pasajes de Herodoto (l. I, c. 192, l. III, c. 89-96) manifiesta una diferencia importante entre las rentas *brutas* y *netas* de Persia; las cantidades pagadas por la provincia y el oro y plata depositada en el real tesoro. El monarca podia ahorrar anualmente trescientos millones de reales de los mil y setecientos ó mil y ochocientos exijidos al pueblo.

(*h*) Libanio dice que era una gran ciudad de Asiria, llamada segun el nombre del monarca reinante :ἦν πόλις Ἀσσυρίων μεγάλη τοῦ τότε βασιλεύοντος ἐπώνυμος. El orador de Antioquía no se equivoca.- Los Persas y Sirios la llamaban Fyruz Schapur ó Fyruz Schuhbur, en persa, la victoria de Schahpur. Debia este nombre á Sapor primero. Antes se llamaba Anbar. San Martin, III, 85—M.

(*i*) Y como reo de una doble traicion, habiéndose empeñado primero en rendir la ciudad y en defenderla despues valientemente. Gibbon debe haber notado esta acusacion, aunque acaso la desechó como improbable. Cómparese áZósimo, III, 23.—M.

(57) Las operaciones de la guerra asiria se hallan referidas circunstanciadamente en Amiano (XXIV, 2, 3, 4, 5), Libanio (Orat. Parent., c. 112-123, p. 335-347), Zósimo (l. III, p. 168-180), y Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 113, 144). Tillemont, fiel esclavo del santo, copia devotamente sus críticas *militares*.

(58) Libanio de ulciscenda Juliani nece, c. 13, p. 162.

(59) Los célebres ejemplos de Ciro, Alejandro y Escipion, fueron actos de justicia. La castidad de Juliano fué voluntaria, y en su opinion, meritoria.

(60) Salustio (ap. Vet. Scholiast. Juvenal. Satir. I, 104) observa que nihil corruptius moribus. Las matronas y vírjenes de Babilonia se mezclaban libremente con los hombres en banquetes licenciosos; y al paso que iban sintiendo la embriaguez del vino y del amor, se despojaban por grados y casi completamente de sus vestidos; ad ultimum ima corporum velamenta projiciunt. Q. Curtius, v. I.

(61) Ex virginibus autem, quæ speciosæ sunt captæ, et in Perside, ubi fæminarum pulchritudo excellit, nec contrectare aliquam voluit nec videre. Amiano, XXIV, 4. La casta de los Persas es pequeña y fea, pero se ha mejorado con la mezcla perpetua de sangre circasiana (Herodoto, l. III, c. 97. Buffon, Hist. Natural, tom. III, p. 420).

(62) Obsidionalibus coronis donati. Amiano, XXIV, 4. Juliano ó su historiador eran poco diestros anticuarios. Hubiera debido dar coronas *murales*. Las *obsidionales* eran la recompensa de un jeneral que habia librado una ciudad sitiada (Aulo Jel., Noct. Attic., v. 6).

(63) Doy este discurso por orijinal y jenuino. Amiano podia oirlo y trascribirlo, y era incapaz de inventarlo. Me he tomado algunas pequeñas libertades y termino con la sentencia mas enérjica.

(64) Amiano, XXIV, 3 Libanio, Orat. Parent., c. 122, p. 346.

(65) Mr. d'Anville (Mem. de la Academia de las Inscripciones, tom. XXVIII, p. 246-259) ha averiguado la verdadera situacion y distancia de Babilonia, Seleucia, Ctesifonte, Bagdad, etc. El viajero romano,

Pedro della Valle (tom. I, cart. XVII, p. 650-780) parece ser el mas intelijente examinador de aquella célebre provincia. Es caballero y erudito, pero vano y prolijo en demasía.

(66) El canal real *(Nahar-Malcha)* seria sucesivamente restaurado, variado, dividido, etc. (Celariò, Jeografía antigua, tom. II, p. 453); y estos cambios pueden servir para esplicar las aparentes contradicciones de la antigüedad. En tiempo de Juliano, debe haber desaguado en el Eufrates mas abajo de Ctesifonte.

(67) Καὶ μεγέθεσιν ἐλεφάντων, οἷς ἴσον ἔργον διὰ σταχύων ἐλθεῖν, καὶ φάλαγγος. Nada hay hermoso sino lo verdadero, máxima que debiera inscribirse en el retrete de cada rétórico.

(*j*) Esta es una equivocacion: cada bajel (segun Zósimo dos, segun Amiano cinco) tenia ochenta hombres. Amian. XXIV, 6, con las notas de Wagner. Sin duda Gibbon leyó octogenas por octogenis. Los cinco bajeles elejidos para este servicio eran muy grandes y fuertes. La fuerza de la escuadra se quedó con Juliano para trasportar el ejército.—M.

(68) Libanio alude al mas poderoso de los jenerales. Me he aventurado á nombrar á Salustio. Amiano dice, de todos los caudillos, quod acri metu territi duces concordi precatu fieri prohibere tentarent (*).

(69) Hinc Imperator...... (dice Amiano) ipse cum levis armaturæ auxiliis per prima postremaque discurrens, etc. Sin embargo, su amigo Zósimo no le deja pasar el rio sino dos dias despues de la batalla.

(70) Secundum Homericam dispositionem. Igual disposicion se le atribuye al sabio Nestor en el libro cuarto de la Ilíada; y Homero nunca estuvo olvidado por Juliano.

(71) Persas terrore subito miscuerunt, versisque agminibus totius gentis, apertas Ctesiphontis portas victor miles intrasset, ni major prodarum occasio fuisset, quam cura victoriæ (Sexto Rufo, de Provinciis, c. 28). Su avaricia pudiera inclinarlos á escuchar el consejo de Victor.

(*l*) Los arrabales de Ctesifonte, segun un nuevo fragmento de Eunapio, estaban tan llenos de provisiones, que los soldados corrieron riesgo de padecer de saciedad. Mayo, p. 260. Eunapio en Niebuhr. Nov. Byz. Coll. 68. Juliano dispuso bailes y juegos guerreros en su campamento para divertir á los soldados. Id.—M.

(72) El trabajo del canal, el paso del Tígris y la victoria están descritos por Amiano (XXIV, 5, 6); Libanio (Orat. Parent., c. 124-128; p. 347-353); Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 115); Zósimo (l. III, p. 181-183), y Sexto Rufo (de Provinciis, c. 28).

(*) Es evidente que Gibbon ha equivocado el sentido de Libanio; sus palabras solo pueden aplicarse á un comandante de un destacamento, sujeto no tan eminente como el prefecto del Oriente. San Martin, III, 113.—M.

(73) La escuadra y el ejército estaban formados en tres divisiones, de las cuales solo la primera habia pasado durante la noche (Amiano, XXIV, 6). La πάση δορυφορία, que Zósimo trasporta el tercer dia (l. III, p. 183), podia consistir en los protectores, entre los cuales servian á la sazon el historiador Amiano y el futuro emperador Joviano; algunas escuelas de los domésticos, y quizá los Jovianos y Herculianos, que servian muchas veces de guardias.

(74) Moisés de Chorene (Hist. Armen., l. III, c. 15, p. 246) nos proporciona una tradicion nacional y una carta espurea. He tomado solamente la circunstancia principal, que concuerda con la verdad, probabilidad y Libanio (Orat. Parent., c. 131, p. 355).

(75) Civitas inexpugnabilis, facinus audax et importunum. Amiano, XXIV, 7. Su compañero Eutropio se desvia de la dificultad. Assyriamque populatus, castra apud Ctesiphontem stativa aliquandiu habuit; remeansque victor, etc. X, 16. Zósimo es artificioso é ignorante. y Sócrates poco exacto.

(76) Libanio, Orat. Parent., c. 130, p. 354, c. 139, p. 361. Sócrates, l. III, c. 21. El historiador eclesiástico imputa al consejo de Máximo elque se desechase la paz. Semejante consejo era indigno de un filósofo; pero el filósofo era tambien un mago que adulaba las esperanzas y pasiones de su señor.

(77) Los manejos de este nuevo Zopiro (Gregorio Nazianzeno, Orat. IV, p. 115, 116) pueden derivar algun crédito del testimonio de dos compendiadores (Sexto Rufo y Victor), y de las insinuaciones casuales de Libanio (Orat. Parent., c. 134, p. 357), y Amiano (XXIV, 7). El curso de la historia jenuina se halla interrumpido en el texto de Amiano por un vacio intempestivo.

(78) Véase á Amiano (XXIV, 7), Libanio (Orat. Parentalis, c. 132, 133, p. 356, 357), Zósimo (l. III, p. 183), Zonaras (tom. II, l. XIII, p. 26), Gregorio (Orat. IV, p. 116), y Agustin (de Civitate Dei, l. IV, c. 29, l. V, c. 21). De estos, solo Libanio intenta una débil apolojía de su héroe; quien, segun Amiano, pronunció su propia condenacion con una tardía é ineficaz tentativa para apagar las llamas.

(79) Consúltese á Herodoto (l. I, c. 194), Estrabon (l. XVI, p. 1074), y Tavernier (part. I, l. II, p. 152).

(80) A celeritate Tigris incipit vocari, ita appellant Medi sagittam. Plin. Hist. Natur., VI, 31.

(81) Uno de estos diques, que produce una cascada artificial ó catarata, se halla descrito por Tavernier (part. I, l. II, p. 226) y Thevenot. (part. II, l. I, p. 193). Los Persas ó Asirios trabajaron para interrumpir la navegacion del rio (Estrabon, l. XV, p. 1075. D'Anville, el Eufrates y el Tígris, p. 98, 99).

(82) Recuérdese la temeridad feliz y aplaudida de Agatocles y Cortés, quienes quemaron sus buques en la costa de Africa y Méjico.

(83) Véanse las acertadas reflexiones del autor del Ensayo sobre la Táctica, tom. II, p. 287-353, y las eruditas observaciones de Mr. Guichardt, Nuevas Memorias Militares, tom. I, p. 351-382, sobre los bagajes y subsistencia de los ejércitos romanos.

(84) El Tígris nace al sur, y el Eufrates al norte de los montes de Armenia. El primero sale de madre en marzo, y el segundo enjulio. Estas circunstancias se hallan bien esplicadas en la Disertacion jeográfica de Foster, inserta en la Espedicion de Ciro por Spelman, vol. II, p. 26.

(85) Amiano (XXIV, 8) describe, como lo sintió, los inconvenientes de la corriente, el calor y los insectos. Las tierras de Asiria, oprimidas por los Turcos, y asoladas por los Curdos ó Arabes, rinden un aumento de diez, quince y veinte veces la semilla que arrojan en la tierra los desgraciados y poco diestros labradores. Viaje de Niebuhr, tom. II, p. 279, 285.

(86) Isidoro de Charax (Mansion. Parthic., p. 5, 6, en Hudson, Geograph. Minor., tom. II) reconoce 129 schæni desde Seleucia, y Thevenot (part. I, l. I, II, p. 209-245) 128 horas de marcha desde Bagdad á Ecbatana ó Hamadan. Estas medidas no pueden pasar de una parasanja á tres millas romanas.

(87) La marcha de Juliano desde Ctesifonte está descrita circunstanciadamente, pero no con claridad por Amiano (XXIV, 7, 8), Libanio (Orat. Parent., c. 134, p. 357), y Zósimo (l. III, p. 183). Los dos últimos parecen ignorar que su conquistador se iba retirando; y Libanio absurdamente le detiene en las márjenes del Tígris.

(88) Chardino, el mas sensato de los viajeros modernos, describe (tom. III, p. 57, 58, etc., edic. en 4.º) la educacion y destreza de los jinetes persas. Brisonio (de Regno Persico, p. 650, 661, etc.) ha recopilado los testimonios de la antigüedad.

(89) En la retirada de Marco Antonio, un chænix ático se vendió cincuenta dracmas, ó en otros términos, una libra de harina por sesenta ó setenta reales; el pan de cebada se vendió por su peso en plata. Imposible es examinar la interesante narracion de Plutarco (tom. V, p. 102-116), sin conocer que Marco Antonio y Juliano fueron perseguidos por los mismos enemigos, y envueltos en los mismos apuros.

(90) Amiano, XXIV, 8, XXV, 1. Zósimo, l. III, p. 184, 185, 186. Libanio, Orat. Parent., c. 134, 135, p. 357, 358, 359. El sofista de Antioquía parece ignorar que las tropas estaban padeciendo hambre.

(91) Amiano, XXV, 2. Juliano habia jurado en un momento de enojo, nunquam se Marti sacra facturum (XXIV, 6). Estas caprichosas dis-

putas eran bastante comunes entre los dioses y sus insolentes votarios; y aun el prudente Augusto, despues que su escuadra habia naufragado dos veces, escluyó á Neptuno del honor de las procesiones públicas. Véanse las Reflexiones Filosóficas de Hume. Ensayos, vol. II, p. 418.

(92) Aun conservaban el monopolio de la ciencia vana, pero lucrativa, inventada en Etruria; y hacian profesion de tomar su saber de signos y presajios de los libros antiguos de Tarquicio, sabio toscano.

(93) Clamabant hinc inde *candidati* (véase la nota de Valesio) quos disjecerat terror, ut fugientium molem tanquam ruinam male compositi culminis declinaret. Amian., XXV, 3.

(94) El mismo Sapor declaró á los Romanos que acostumbraba consolar á las familias de sus difuntos sátrapas, enviándoles en presente las cabezas de los guardias y oficiales que no habian sucumbido al lado de su señor. Libanio, de nece Julian. ulcis., c. XIII, p. 163.

(95) El carácter y situacion de Juliano pudieran dar consistencia á la sospecha de que habia compuesto el estudiado discurso que Amiano oyó y ha trasmitido. La traduccion del abate de la Bleterie es exacta y elegante. Le he seguido, espresando la idea platónica de las emanaciones, que está algo oscura en el orijinal.

(96) Herodoto (l. I, c. 31) ha desenvuelto esta doctrina en un cuento agradable. Sin embargo el Júpiter (en el libro 16 de la Ilíada), que se lamenta con lágrimas de sangre de la muerte de su hijo Sarpedon, tenia una nocion muy imperfecta de la felicidad ó gloria mas allá del sepulcro.

(97) Los soldados que hacian sus testamentos verbales ó nuncupativos hallándose en servicio (in procinctu) estaban exentos de las formalidades de la ley romana. Véase á Heinecio (Antiquit. Jur. Roman., tom. I, p. 504), y Montesquieu (Espíritu de las leyes, l. XXVII).

(98) Esta reunion del alma humana con la divina sustancia eterea del universo es la doctrina antigua de Pitágoras y Platon; pero parece escluir toda inmortalidad personal. Véanse las observaciones eruditas y razonadas de Warburton. Legacion divina, vol. II, p. 199-216.

(99) Toda la relacion de la muerte de Juliano está sacada de Amiano (XXV, 3), intelijente testigo. Libanio, que vuelve los ojos con horror de aquel cuadro, ha proporcionado algunas circunstancias (Orat. Parental., c. 136-140, p. 359-362). Las calumnias de Gregorio y las leyendas de santos mas recientes pueden ahora despreciarse *silenciosamente* (*).

(*) Un fragmento muy notable de Eunapio describe con bastante aliento la pugna entre el terror del ejército con motivo de su peligrosa situacion y su pesar por la muerte de Juliano.—Aun el vulgo sentia que pronto nombrarian un

(100) Honoratior aliquis miles ; quizá el mismo Amiano. El modesto y sensato historiador describe la escena de la eleccion, que sin duda presenció (XXV, 5).

(101) El *primus* ó *primicerius* tenia la dignidad de senador ; y aunque solo era un tribuno, ocupaba el mismo puesto que los duques militares. Cod. Teodosiano, l. VI, tit. XXIV. Estos privilejios son quizá mas recientes que el tiempo de Joviano.

(*m*) Los soldados suponian que las aclamaciones eran dadas á Juliano, creyéndole restablecido, y no á Joviano. Amian. in loc.—M.

(102) Los historiadores eclesiásticos, Sócrates (l. III. c. 22), Sozomen (l. VI, c. 3) y Teodoreto (l. IV, c. 1) , atribuyen á Joviano el mérito de un confesor bajo el reinado precedente ; y piadosamente suponen que rehusó la púrpura, hasta que todo el ejército gritó unánimemente que era cristiano. Amiano , prosiguiendo tranquilamente su narracion , destruye la leyenda con una sola sentencia. Hostiis pro Joviano extisque inspectis, pronuntiatum est, etc. XXV, 6.

(103) Amiano (XXV, 10) ha dibujado del natural un retrato imparcial de Joviano , al cual Victor el Jóven ha añadido algunas pinceladas dignas de nota. El abate de la Bleterie (Historia de Joviano, tom. I, p. 1-238) ha compuesto una laboriosa historia de su breve reinado ; obra que se distingue estraordinariamente por la elegancia del estilo, las discusiones críticas y las preocupaciones relijiosas.

(104) Regius equitatus. Aparece por Procopio que los Inmortales, tan célebres en tiempo de Ciro y de sus sucesores , fueron resucitados ( si podemos valernos de esta palabra impropia) por los Sasanidas. Brisson, de Regno Persico , p. 268, etc.

(105) Se han perdido irremediablemente las oscuras aldeas del interior ; y no podemos citar el campo de batalla en que sucumbió Juliano: pero D'Anville ha demostrado la situacion exacta de Sumera , Cacha y Dura , en las márjenes del Tígris (Jeografia antigua, tom. II, p. 248; el Eufrates y el Tígris, p. 95, 97). En el siglo nono , Sumera ó Samara

jeneral, pero que nunca se hallaria otro como Juliano, aun cuando fuera un dios en figura de hombre πλαστὸς θεός. Juliano, que con un espíritu igual á la divinidad, triunfó de las malas inclinaciones de la naturaleza humana ,—que tuvo relaciones con séres no materiales, hallándose aun en el cuerpo material,—que condescendió en gobernar porque era necesario un gobernante para el bienestar del jénero humano. » Mayo , Nov. Coll., II, 261. Eunapio en Niebuhr, 69.—El πλασθὸς θεός, al cual Juliano es ventajosamente comparado, es, segun toda evidencia, como lo observa Mr. Mayo, una mofa amarga de la Divinidad encarnada de los Cristianos. Al fragmento le acompaña un comentario lleno de indignacion escrito por algun Cristiano. Idem.—M.

llegó á ser, con una leve variacion de nombre, la residencia rejia de los califas de la casa de Abas (*).

(106) Dura era una plaza fortificada en las guerras de Antíoco contra los rebeldes de Media y Persia (Polibio, l. V, c. 48, 52, p. 548, 552, edic. Casaubon, en 8.º).

(107) Igual medida se propuso á los caudillos de los diez mil, y fué sabiamente desechada. Jenofonte, Anabasis, l. III, p. 255, 256, 257. segun nuestros viajeros modernos, parece que se verifica el comercio y la navegacion del Tígris en balsas colocadas sobre pellejos llenos de viento.

(108) Los primeros hechos militares del reinado de Joviano se hallan referidos por Amiano (XXV, 6), Libanio (Orat. Parent., c. 146, páj. 364) y Zósimo (l. III, p. 189, 190, 191). Aunque podemos desconfiar de las hermosas espresiones de Libanio, el testigo ocular de Eutropio (uno a Persis atque altero prælio victus, X, 17) debe inclinarnos á sospechar que Amiano ha sido sobrado celoso del honor de las armas romanas.

(*n*) Juan Malala le llama Junio; M. S^n. Martin supone que no es otro sino un sátrapa de Gordiene, llamado Joviano ó Joviniano, del que hace mencion Amiano Marcelino, XVIII, 6.—M.

(109) Sexto Rufo (de Provinciis, c. 29) se vale de un pobre subterfujio de vanidad nacional. Tanta reverentia nominis Romani fuit, ut a Persis *primus* de pace sermo haberetur.

(*o*) Los historiadores persas espresan en estos términos orientales el mensaje del Shah-pur. «He reunido otra vez mi numeroso ejército. Estoy decidido á vengar á mis súbditos, que han sido robados, hechos cautivos y muertos. Para esto he desnudado mi brazo y ceñido mis riñones. Si consentis en pagar el precio de la sangre derramada, en restituir el botin hecho, y la ciudad de Nisibis, que está en Irak y pertenece á nuestro imperio, aunque se halla ahora en poder vuestro, envainaré la espada de la guerra; pero si rehusaseis estas condiciones, las herraduras de mi caballo, que son tan duras como el acero, borrarán de la tierra el nombre de los Romanos; y mi glorioso alfanje, que destruye como el fuego, esterminará al pueblo de vuestro imperio.» Estas autoridades nada dicen de la muerte de Juliano. Persia por Malcolm, I, 87.—M.

(*p*) La crónica pascual, separándose de lo que dice M. S^n. Martin apoyándose en Juan Malala, trata de la mision de este embajador antes de la

(*) Sermanray, llamada por los Arabes Samira, en donde D'Anville colocó á Samara, se halla demasiado al sur, y es una ciudad moderna edificada por el califa Motasem Serra.

muerte de Juliano. El rey de Persia se hallaba á la sazon en Persarmenia, ignorante de la muerte de Juliano; solo llegó al ejército posteriormente á este suceso. M. Sn. Martin adopta esta mira, y halla ó saca apoyo para ella en Libanio y Amiano, III, 158.—M.

(110) Presuntuoso es controvertir la opinion de Amiano, soldado y testigo. Con todo difícil es entender como los montes de Corduene podian estenderse en la llanura de Asiria hasta la confluencia del Tígris y el gran Zab; ó como un ejército de sesenta mil hombres podia andar cien millas en cuatro dias (*).

(q) Sapor se aprovechó, algunos años despues, de este rompimiento de la alianza entre los Romanos y los Armenios. Véase á Sn. Martin, III, 163.--M.

(111) Con pesar ó indignacion recuerdan el tratado de Dura Amiano (XXV, y), Libanio (Orat. Parent., c. 142, p. 364), Zósimo (l. III, p. 191, 193), Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 117, 118, quien culpa del aprieto á Juliano, y atribuye la salvacion á Joviano), y Eutropio (X. 17). Este último escritor, que se hallaba presente en el ejército, llama esta paz necessariam quidem sed ignobilem.

(112) Libanio, Orat. Parent., c. 143, p. 364, 365.

(113) Conditionibus.... dispendiosis Romanæ reipublicæ impositis.... quibus cupidior regni quam gloriæ Jovianus, imperio rudis, adquievit. Sexto Rufo, de Provinciis, c. 29. La Bleterie ha espresado, en un largo discurso, estas consideraciones especiosas de interés público y privado. (Hist. de Joviano, tom. I, p. 39, etc.)

(114) Los jenerales fueron asesinados en las márjenes del Zabato (Anabasis, l. II, p. 156, l. III, p. 226) ó gran Zab, rio de Asiria, de 400 piés de ancho, que desagua en el Tígris catorce horas mas abajo de Mosul. El error de los Griegos dió al Zab mayor y menor los nombres de *Lobo* (Lycus), y de *Cabra* (Capros). Crearon estos animales para acompañar al *Tigris* al Oriente.

(115) La *Cyropædia* es vaga y desmayada; el *Anabasis* es circunstancial y animado. Tal es la diferencia eterna entre la ficcion y la verdad.

(116) Segun Rufino, se estipuló por tratado un pronto envio de víveres; y Teodoreto asegura que los Persas cumplieron puntualmente su compromiso. Semejante hecho es probable, pero sin duda es falso. Véase á Tillemont, Historia de los Emperadores, tom. IV, p. 702.

(117) Recordamos algunos versos de Lucano (Pharsal., IV, 95), quien describe igual apuro del ejército de César en España:

(*) Sin embargo así aparece en los mapas modernos; la dificultad está en la marcha.—M.

Sæva fames aderat
Miles eget: toto censu non prodigus emit
Exiguam Cererem. Proh lucri pallida tabes!
Non deest prolato jejunus venditor auro.

Vease á Guichardt (Nuevas Memorias militares, tom. I, p. 379-382). Su análisis de las dos Campañas en España y Africa es el mas noble monumento levantado á la fama de César.

(118) M. D'Anville (véanse sus Mapas y el Eufrates y el Tígris, p. 92 93) indica su marcha, y la verdadera situacion de Hatra, Ur, y Tilsafata, que menta Amiano (*). No se queja del Samiel, viento abrasador y mortífero, que Thevenot (Viajes, part. II, l. I, p. 192) temia tanto.

(119) Describen la retirada de Joviano Amiano (XXV, 9), Libanio (Orat. Parent., c. 143, p. 365), y Zósimo (l. III, p. 194).

(120) Libanio (Orat. Parent., c. 145, p. 366). Tales eran las esperanzas naturales y los deseos de un retórico.

(121) El pueblo de Carra, ciudad adicta al paganismo, sepultó al malhadado mensajero bajo un monton de piedras (Zósimo, l. III, p. 196). Cuando Libanio recibió la fatal noticia, echó una mirada á su espada; pero se acordó que Platon habia desaprobado el suicidio, y que debia vivir para componer el Panejírico de Juliano (Libanio, de Vita sua, tom. II, p. 45, 46).

(122) Amiano y Eutropio pueden admitirse como testigos dignos de crédito acerca del lenguaje y parecer público. El pueblo de Antioquía se desahogó en injurias contra una paz ignominiosa que lo dejaba espuesto á los Persas, en una frontera desnuda é indefensa (Excerpt. Valesiana, p. 845, ex Johanne Antiocheno).

(123) El abate de la Bleterie (Hist. de Joviano, p. 212-227), aunque severo casuista, ha fallado que Joviano no estaba obligado á ejecutar su promesa; pues no *podia* desmembrar el imperio, ni enajenar la obediencia de su pueblo sin su consentimiento. Nunca he hallado gran deleite ó instruccion en tales cuestiones abstractas de política.

(124) En Nisibis ejecutó un acto *rejio*. Un valiente oficial, tocayo suyo, á quien se habia juzgado digno de la púrpura, fué arrancado cuando estaba cenando, arrojado á un pozo, y apedreado hasta qne quedó muerto, sin que se le formase causa ó fuera evidente su crímen. Amiano, XXV, 8.

(125) Véase XXV, 9, y Zósimo, l. III, p. 194, 195.

(126) Chron. Paschal., p. 300. Pueden consultarse las Noticias eclesiásticas.

(*) Hatra, ahora Kadhr.—Ur, Kasr ó Skervidji.—Tilsafata es desconocida.—M.

(127) Zósimo, l. III, p. 192, 193. Sexto Rufo, de Provinciis, c. 29. Agustin de Civitat. Dei, l. IV, c. 29. Esta situacion jeneral debe ser aplicada é interpretada con alguna precaucion.

(128) Amiano, XXV, 9. Zósimo, l. III, p. 196. Podia ser edax, et vino Venerique indulgens. Pero convengo con La Bleterie (tom. I, p. 148-154) en desechar la necia relacion de una bacanal (ap. Suidam), celebrada en Antioquía por el emperador, su *esposa* y una cuadrilla de concubinas.

(129) El abate de la Bleterie (tom. I, p. 156-209) espone con maestría el fanatismo brutal de Baronio, quien hubiera arrojado á Juliano á los perros, ne cespititia quidem sepultura dignus.

(130) Compárese al sofista y al santo (Libanio, Monod., tom. II, p. 251, y Orat. Parent., c. 145, p. 367, c. 156) p. 377, con Gregorio Nazianzeno, Orat. IV, p. 125-132). El orador cristiano murmura confusamente algunas exhortaciones á la modestia y el perdon; pero queda satisfecho con que los verdaderos sufrimientos de Juliano escederán á los tormentos fabulosos de Ixion ó Tántalo.

(131) Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. IV, p. 549) ha recopilado estas visiones. Se observó que algun santo ú ánjel estaba ausente por de noche en alguna espedicion secreta, etc.

(132) Sozomen, (l. VI, 2) aplaude la doctrina griega del *tiranicidio*; pero todo el pasaje, que un jesuita hubiera traducido, se halla prudentemente suprimido por el presidente Cousin.

(133) Inmediatamente despues de la muerte de Juliano, circuló un rumor incierto, telo cecidisse Romano. Lleváronlo algunos desertores al campamento persa, y Sapor y sus súbditos reconvinieron á los Romanos de ser los asesinos del emperador (Amiano, XXV, 6. Libanio de ulciscenda Juliani nece, c. XIII, p. 162, 163). Se alegó como prueba decisiva que no se habia presentado ningun Persa á reclamar la recompensa prometida (Libanio, Orat. Parent., c. 141, p. 363). Pero acaso el jinete que arrojó el dardo fatal no llegó á saber sus efectos, ó sucumbió en la misma accion. Amiano no manifiesta ni inspira sospecha.

(134) Ὅστις ἐντόλην πληρῶν τῷ σφῶν αὐτῶν ἄρχοντι. Esta espresion oscura y ambigua puede aludir á Atanasio, el primero, sin rival, del clero cristiano (Libanio de ulcis. Jul. nece, c. 5, p. 149. La Bleterie, Hist. de Joviano, tom. I, p. 179).

(135) El orador (Fabricio. Bibliot. Græc., tom. VII, p. 145-179) sujiere sospechas, pide un exámen é indica que aun pudieran tenerse pruebas. Atribuye el triunfo de los Hunos al descuido criminal de vengar la muerte de Juliano.

(136) En los funerales de Vespasiano, el actor que personificaba á este

frugal emperador preguntó con ansia; ¿cuánto costaban? — Ochenta mil libras (centies). — Dadme la décima parte de esa suma y arrojad mi cuerpo en el Tiber. Sueton. en Vespasiano, c. 19, con las notas de Casaubon y Gronovio.

(137) Gregorio (Orat. IV, p. 119, 120) compara esta supuesta ignominia y farsa con los honores funerales de Constancio, cuyo cuerpo fué llevado por un coro de ánjeles por encima del monte Tauro.

(138) Quinto Curcio, l. III, c. 4. Muchas veces se ha criticado la pomposidad de sus descripciones. Sin embargo, casi era deber del historiador describir el rio cuyas aguas habian estado á punto de ser fatales á Alejandro.

(139) Libanio, Orat. Parent., c. 156, p. 377. Empero reconoce con agradecimiento la liberalidad de los dos rejios hermanos en adornar el sepulcro de Juliano (de ulcis. Jul. nece, c. 7, p. 152).

(140) Cujus suprema et cineres, si qui tunc juste consuleret, non Cydnus videre deberet, quamvis gratissimus amnis et liquidus: sed ad perpetuandam gloriam recte factorum præterlambere Tiberis, intersecans urbem æternam, divorumque veterum monumenta præstringens. Amiano, XXV, 10.

---

# CAPITULO XXV.

*Gobierno y muerte de Joviano. — Nombramiento de Valentiniano, quien se asocia á su hermano Valente, y divide terminantemente los imperios de Oriente y Occidente. — Rebelion de Procopio. — Réjimen civil y eclesiástico. — Jermania. — Bretaña. — Africa. — El Oriente, El Danubio. — Muerte de Valentiniano. — Sus dos hijos, Graciano y Valentiniano II, le suceden en el imperio occidental.*

El fallecimiento de Juliano dejó los negocios públicos en situacion vacilante y arriesgada. Salvóse el ejército romano con un tratado indecoroso, pero quizás indispensable (1), y el devoto Joviano dedicó los primeros momentos de paz á restablecer el sosiego interior de la iglesia y del estado (A. 363). El desacierto de su antecesor, en vez de enfrenar la guerra relijiosa, la habia fomentado, y el equilibrio que aparentaba conservar entre los bandos encontrados condujo tan solo para arraigar la contienda con las vicisitudes de esperanza y de zozobra, por las demandas opuestas de la posesion anterior y de la privanza actual. Habian los Cristianos trascordado el espíritu del Evanjelio, y se habian los paganos contajiado

con el destemple de la iglesia. Aun en el interior de las familias fenecieron los impulsos naturales bajo la ceguedad sañuda del fervor y de la venganza: se desentendian ó abusaban de la majestad de las leyes; salpicábanse de sangre las ciudades del Oriente, y los enemigos mas implacables de los Romanos se abrigaban en el regazo de su misma patria. Habíase educado Joviano en la creencia del Cristianismo; y al marchar desde Nisibis á Antioquía, la bandera de la cruz, el Lábaro de Constantino, enarbolado al frente de las lejiones, iba pregonando á los pueblos la fe del nuevo emperador. Subido al trono, espidió una circular á todos los gobernadores de las provincias, confesando la divina verdad y afianzando el establecimiento legal de la relijion cristiana. Quedaron abolidos los edictos insidiosos de Juliano, y restablecidas y ampliadas las inmunidades eclesiásticas, y se allanaba Joviano á lamentarse de que los apuros le precisasen á disminuir los repartos caritativos (2). Unánime, estruendoso y sincero fué el aplauso de los Cristianos al sucesor piadoso de Juliano; mas ignoraban todavía cuál habia de ser el credo, y cuál el sínodo que escojiera para norma del catolicismo; y la paz de la iglesia resucitó inmediatamente aquellas contiendas acaloradas que se habian suspendido en la temporada de la persecucion. Los caudillos episcopales de las sectas batalladoras, hechos cargo por su esperiencia de lo mucho que estribaba su destino en las primeras impresiones que pudieran estampar en el ánimo de un soldado voluntarioso, se agolparon á competencia en la corte de Edesa ó de Antioquía. Atropellábanse por las carreteras del Oriente obispos homoousianos, arrianos, semi-arrianos y eunomianos, que forcejeaban por dejarse mútuamente á la zaga; retumbaban las estancias del palacio con sus alboroto, atronando y estremeciendo los oidos del príncipe con aquel raudal revuelto de argumentos metafísicos y de baldones (3). El comedimiento de Joviano, que les encargaba la concordia y el cariño y remitia los disputadores á la sentencia de un concilio venidero, adoleció para ellos de achaque de tibieza; mas luego se puso de manifiesto su apego al credo Niceno por el acatamiento que mostró á las virtudes *celestiales* (4) del grande Atanasio. El denodado veterano de la fe, ya á la edad de los setenta, al primer aviso de la muerte del tirano, habia salido de nuevo á campaña. Reentronizáronle las aclamaciones del pueblo en su solio episcopal, y aceptó cuerdamente ó se anticipó á la instancia de Joviano. La estampa venerable de Atanasio, su teson reposado y elocuencia halagüeña, habian ido sosteniendo su concepto, granjeado en las cortes de cuatro príncipes consecutivos (5). Apenas hubo afianzado su privanza y la fe del emperador, regresó triunfalmente á su diócesis, y siguió por espacio de diez años disponiendo con acertados consejos y con igual vigor los negocios eclesiásticos (6) de Alejandría, del Ejipto y de la iglesia católica; y antes de salir de Antioquía, aseguró á Joviano que su devocion

ortodoja tendria por galardon un reinado largo y pacífico. Esperanzaba con razon Atanasio que siempre le cabria el mérito de una prediccion atinada, ó la disculpa de una plegaria agradecida, aunque infructuosa (7).

El mas leve empuje que guia y acompaña un cuerpo en su descenso natural obra con ímpetu irresistible; y tuvo Joviano la dicha de abrazar las opiniones relijiosas que sostenia el espíritu de la época con el fervor y el jentío de la secta mas poderosa (8). Logró el Cristianismo bajo su reinado una victoria llana y duradera; y al trocarse en ceño la sonrisa halagüeña de la privanza, el númen del paganismo, levantado por las arterías de Juliano, se hundió irremisiblemente en el polvo. En muchas ciudades quedaron los templos cerrados ó desiertos; los filósofos que se habian propasado en su privanza pasajera tuvieron á cordura quitarse las barbas y encubrir su profesion; y se alegraron en gran manera los Cristianos de verse en situacion de perdonar ó vengar cuantos agravios habian padecido en el reinado anterior (9). Rehiciéronse de su terror los paganos con un edicto cuerdo y graciable de tolerancia, en el cual manifestaba Joviano terminantemente que si bien debiera castigar ejemplarmente los ritos sacrílegos de majia, podian los súbditos ejercer á su albedrío y sin zozobra las ceremonias del culto antiguo. Conservó la memoria de esta ley el orador Temistio, á quien envió el senado de Constantinopla para manifestar su lealtad al nuevo emperador. Espláyase Temistio en la clemencia de la Naturaleza divina, la resbaladiza humanidad, los fueros de la conciencia y la independencia del ánimo; é inculca con rasgos elocuentes los principios de la tolerancia filosófica, cuyo auxilio se aviene á implorar la supersticion misma en sus tribulaciones. Advierte atinadamente que, en las vicisitudes pasadas, ambas relijiones se habian reducido con la adquisicion aparente de prosélitos indignos, de aquellos apasionados á la púrpura reinante, que pasaban y repasaban, sin motivo y sin sonrojo, de la iglesia al templo, y de las aras de Júpiter á la sacrosanta mesa de los Cristianos (10).

Habia la tropa romana, ya de regreso en Antioquía, andado en siete meses quinientas leguas, padeciendo los quebrantos de la guerra, del hambre y del clima (A. 363, octubre). A pesar de sus servicios, sus afanes y el asomo del invierno, el aprensivo y ansioso Joviano le franqueó tan solas seis semanas para rehacerse, así á los soldados como á los caballos; pues al emperador se le hacian intolerables las chocarrerías satíricas de los Antioquenos (11). Se desvivia por aposentarse en el palacio de Constantinopla y precaver el intento de algun ambicioso que pudiera antecojerle los homenajes todavía vacantes de Europa. Mas recibió luego el halagüeño aviso de quedar ya reconocida su autoridad desde el Bósforo Tracio hasta el Océano Atlántico. Con las primeras cartas que espidió desde el real de Mesopotamia, habia encargado el mando militar de la Galia y

del Ilírico á Malarico, oficial valeroso y leal de la nacion de los Francos, y á su suegro, el conde Luciliano, que antes habia sobresalido con su teson y su desempeño en la defensa de Nisibis. Malarico se habia desentendido de un cargo para el cual no se conceptuaba adecuado, y Luciliano murió accidentalmente en Reims á manos de las cohortes bátavas alborotadas (12); pero la moderacion de Jovino, maestre jeneral de la caballería, que se desentendió de aquel desaire, aplacó luego el tumulto y enfrenó los ánimos. Juramentáronse con aclamaciones leales, y los diputados de los ejércitos occidentales (13) saludaron al nuevo soberano al bajar del Monte Tauro á la ciudad de Tiana en Capadocia; de donde continuó su marcha presurosa hasta Ancira, y allí tomó con su niño, aun tierno, las insignias del consulado (14) (A. 364, enero 1°.). Fué Dadastana (15), pueblecillo arrinconado, casi á igual distancia entre Ancira y Nicea, el punto señalado para el plazo aciago de su viaje y de su vida. Tras su cena opípara y tal vez descompasada, se acostó, y á la madrugada amaneció el emperador Joviano difunto en su lecho (febrero, 17). Cundieron voces acerca de aquella muerte repentina, achacándola ya á indijestion, ya á beodez, ya á la calidad de las setas con que se atestó la víspera. Segun otros, se atufó durmiendo en una estancia recien revocada (16); pero la falta de esmerada pesquisa acerca de la muerte de un príncipe, cuyo reinado y persona quedaron luego en olvido, parece que fué la circunstancia única que motivó el susurro malicioso de envenenamiento y atentado doméstico (17). Enviose el cadáver á Constantinopla, para enterrarlo con sus antecesores, y la enlutada comitiva se encontró en el camino con su viuda Carita, hija del conde Luciliano, que estaba aun llorando á su recien difunto padre, y se atropellaba por enjugar sus lágrimas en brazos de su consorte imperial. Acibaró su malogro y quebranto la congoja del cariño materno, pues seis semanas antes de la muerte de Joviano, habian colocado á su hijo ternezuelo en la silla curul, con el realce del dictado de *Nobilísimo* y las insignias fútiles del consulado. Ajeno de su encumbramiento, el mancebillo rejio, apellidado Varroniano por su abuelo, tan solo por los zelos del gobierno pudo recordar ser hijo de un emperador. Vivia aun diez y seis años despues, pero ya privado de un ojo; y su desconsolada madre estaba á toda hora temblando con la zozobra de que iban á desenlazar la víctima inocente de sus brazos, para aplacar con su sangre los recelos del príncipe reinante (18).

Muerto Joviano, permaneció diez dias (19) (febrero, 17—26) sin dueño el orbe romano. Seguian ministros y jenerales juntándose en consejo, desempeñando sus respectivos cargos, zelando el órden público y conduciendo sosegadamente el ejército á la ciudad de Nicea en Bitinia, que habia de ser el sitio de la eleccion (20). En la junta solemne de las potestades civiles y militares del imperio, se ofreció de nuevo la diadema y uná-

nímemente al prefecto Salustio. Cúpole la gloria de segunda negativa; y al querer alegar las prendas del padre á favor del hijo, el prefecto, con la entereza de un patricio desinteresado, manifestó que la edad quebrantada del uno y la inesperiencia del otro eran igualmente inhábiles para el afanoso desempeño del gobierno. Propusiéronse varios candidatos; pero despues de ir apreciando sus índoles y situaciones, vinieron todos á quedar sucesivamente desechados; mas no bien se pronunció el nombre de Valentiniano, cuando su mérito reunió los votos de todo el concurso, y mereció la aprobacion sincera del mismo Salustio. Era Valentiniano (21) hijo del conde Graciano, natural de Cíbalis en Panonia, quien se habia encumbrado desde su humilde esfera, por su fuerza y destreza sin par, al mando militar de Africa y luego de Bretaña, de donde se retiró con grandiosa fortuna é integridad sospechosa. Sin embargo la jerarquía y los servicios de Graciano contribuyeron para allanar los primeros pasos para el ascenso del hijo, y le franquearon tempranamente coyuntura para sobresalir con aquellas prendas sólidas y provechosas que dejaban muy en zaga á la jeneralidad de sus compañeros. Era Valentiniano gallardo, agraciado y majestuoso. Su ademan varonil, rebosando de brio y despejo, enjendraba miramiento en sus amigos y temor en sus contrarios; para dar mas alas á su denuedo, el hijo de Graciano habia heredado una robustez aventajada; y en fin, con la templanza y la continencia, que enfrenan los apetitos y realzan las potencias del hombre, siguió Valentiniano mereciendo el aprecio propio y el ajeno. Embargada su mocedad en la milicia, desatendió los primores literarios (*a*), pues ni entendia la lengua griega, ni alcanzaba las galas de la retórica; mas como el ánimo del orador jamás adolecia de zozobras ni de indecisiones, espresaba con brio sus conceptos, siempre denodados é irresistibles. Sin estudio de mas leyes que las de la disciplina militar, sobresalió luego con la dilijencia eficaz y la severidad estremada de su desempeño en las ocurrencias de un campamento. Espúsose en tiempo de Juliano á desaires de entidad, por el desprecio que manifestó á la relijion reinante (22), y parece por su conducta posterior que las indiscreciones intempestivas de Valentiniano eran hijas mas bien de su espíritu militar que del fervor por la causa del Cristianismo. Perdonóle sin embargo, y empleóle un príncipe apreciador de su mérito (23); y en los varios acontecimientos de la guerra persa, realzó siempre la nombradía que se habia granjeado ya por las márjenes del Rin. La prontitud y acierto con que desempeñó un encargo importante le mereció la privanza de Joviano y el mando muy honorífico de la segunda *escuela* ó compañía de broqueleros de la guardia íntima. Salido de Antioquía, se hallaba recien-acuartelado en Ancira, cuando le intimaron, sin culpa ni amaño suyo, inesperadamente, y á los cuarenta y tres años de edad, que se encargase del gobierno absoluto del imperio romano.

El ofrecimiento de los ministros y jenerales en Nicea era de poca monta, no revalidándose con el voto del ejército. El anciano Salustio, que habia observado las fluctuaciones de las juntas populares, propuso que, bajo pena de muerte, ningun sujeto cuya jerarquía y servicios pudieran ocasionar algun partido á su favor asomase en público el dia de la inauguracion; mas tal era el predominio de la supersticion antigua, que se añadió un dia entero al arriesgado intervalo, por haber sobrevenido la intercalacion de un bisiesto (24). Por fin, cuando se supuso que era propicia la hora, apareció Valentiniano en un tablado alto; vitoreóse el atinado nombramiento, y quedó solemnemente revestido el nuevo príncipe con la diadema y la púrpura, entre las aclamaciones de la tropa colocada en órden marcial, en derredor del solio. Mas al tender el brazo en ademan de perorar á la muchedumbre armada, se alzó un susurro inesperado en las filas, y fuése redoblando y creciendo hasta un clamoreo recio é impetuoso, para que se nombrase un compañero en el imperio. El sosegado teson de Valentiniano impuso silencio y respeto, y habló al concurso en estos términos: «Pocos minutos antes, en vuestra mano estaba, compañeros, el dejarme arrinconado en mi esfera. Juzgando por el testimonio de mi vida anterior que merecia reinar, me habeis encumbrado al solio; ya es ahora instituto *mio* el procurar la salvacion y los intereses de la república, y aunque á la verdad es el peso del universo demasiado grave para las manos de un mortal endeble, y estoy persuadido de mi corto desempeño y de la incertidumbre de mi vida, y anhelo la asistencia de un digno compañero en vez de rehusarla, puede sin embargo ser muy aciaga la desavenencia; y así la eleccion de un amigo leal requiere suma detencion y madurez para deliberarla. Tamaña eleccion está á *mi* cargo. Sea *vuestra* conducta muy mirada é invariable. Retiraos á vuestros cuarteles, recread el cuerpo y el ánimo, y contad con el donativo acostumbrado al ascenso de un emperador nuevo (25)». Atónita la tropa entre impulsos de orgullo, de complacencia y de temor, reconoció la vóz de su dueño. Abonanzó el alboroto con mudo respeto; y Valentiniano, cercado de las águilas de las lejiones y de los varios estandartes, así de caballería como de infantería, se encaminó con boato guerrero al palacio de Nicea (A. 364, feb. 26). Hecho cargo no obstante de la importancia de precaver algun ímpetu temerario de la soldadesca, consultó con una junta de jefes, y el desahogo jeneroso de Dagalaifo espresó lacónicamente el dictámen de todos: «Gran príncipe,» dijo, «si atendeis tan solo á vuestra familia, teneis un hermano; pero si os afanais por la república, tended la vista en pos del mas acreedor de los Romanos (26).» El emperador, encubriendo su desagrado, insistió en su intento, y caminó pausadamente de Nicea á Nicomedia y á Constantinopla. A los treinta dias de su ensalzamiento, concedió, en uno de los arrabales de aquella ca-

pital (27), el dictado de Augusto á su hermano Valente (A. 364, marzo 28) *(b)*; y conociendo los patricios mas arrojados que su oposicion, sin ser provechosa á la patria, vendria á redundar en su desventura, recibieron la manifestacion de su voluntad absoluta con rendido silencio. Treinta y seis años de edad tenia á la sazon Valente, y no habian asomado sus alcances en cargo alguno militar ó civil, cuanto mas que su índole no infundió á las jentes grandiosas esperanzas. Poseia sin embargo una prenda apreciable para Valentiniano y conservadora de la paz interior del imperio, y era un cariño entrañable y agradecido á su bienhechor, cuya superioridad de señorío y desmpeño reconoció Valente gustosísimo en todos los pasos de su vida (28).

Antes de proceder á la division de las provincias, reformó Valentiniano su administracion. Invitó á los individuos det odas clases para que acudiesen á comprobar sus quejas de cuanto habian padecido en él reinado de Juliano para desagraviarlos. El silencio jeneral atestiguó la integridad ilesa del prefecto Salustio (29), y su solicitud eficaz para lograr su retiro mereció la desaprobacion mas honorífica y amistosa del mismo Valentiniano; mas habia entre los íntimos del emperador difunto quienes, abusando de su credulidad y supersticion, no podian contar con amparo ni aun justicia (30) (A. 364, junio). Fuéronse apeando los ministros del palacio y los gobernadores de las provincias de sus destinos; mas quedó intacto el mérito reconocido de algunos empleados entre la caterva paciente; y á pesar del clamor del partido acalorado y opuesto, parece que los procedimientos de toda la pesquisa siguieron los trámites mas escrupulosos de la sabiduría y de la moderacion (31). Aguóse por una temporada el festejo del nuevo reinado con las dolencias repentinas de entrambos príncipes; mas no bien convalecidos, dejaron á Constantinopla al asomo de la primavera, y plantearon en el castillo de Mediana, á sola una legua de Naiso, la division solemne y terminante del imperio romano (32). Otorgó Valentiniano á Valente la prefectura pingüe del *Oriente*, desde el Bajo Danubio hasta el confin de Persia, reservándose para su gobierno inmediato las prefecturas belicosas (*c*) del *Ilírico*, *Italia* y la *Galia*, desde el estremo de la Grecia hasta la muralla Caledonia, y desde aquel antemural hasta las faldas del Monte Atlas. Quedó la administracion provincial en su antigua planta; pero hubo que duplicar las categorías de jenerales y majistrados para dos consejos y dos cortes, haciendo el reparto segun sus respectivos y justipreciados productos y parajes, creando desde luego siete maestres jenerales, así de caballería como de infantería. Evacuado este negocio fundamental, Valentiniano y Valente se abrazaron por la vez postrera. Planteó el emperador de Occidente en Milan su residencia temporal; y el de Oriente regresó á Constantinopla, para empuñar el gobierno de cincuenta provincias cuyo idioma ignoraba absolutamente (33).

Alteró luego la rebeldía el sosiego del Oriente, y amagaron al solio del Occidente los esfuerzos de un competidor, cuyos merecimientos y cuya culpa se cifraron en su afinidad con el emperador Juliano (34). Encumbrado Procopio atropelladamente de su llana esfera de tribuno y notario á promediar el mando del ejército de Mesopotamia, la opinion pública lo nombraba ya sucesor de un príncipe que carecia de herederos naturales; y sus amigos, ó quizá sus contrarios, fomentaron el rumor de que Juliano, en Carra, y ante el ara de la Luna, habia reservadamente revestido á Procopio con la púrpura imperial (35). Esmeróse en aplacar los zelos de Joviano con su porte siempre ajustado y sumiso, orilló sin réplica su mando militar, y se arrinconó en el cultivo del patrimonio que poseia en Capadocia, con su esposa y su familia. Interrumpió tan inocentes y provechosas tareas la llegada de un oficial con una partida de soldados, quienes, á nombre de sus nuevos soberanos Valentiniano y Valente, iban á llevar al desventurado Procopio á cárcel perpetua ó á muerte afrentosa. Su serenidad le proporcionó dilatar su plazo y cumplirlo con esplendor. Sin propasarse á dificultar el mandato real, pidió un breve rato para despedirse de su familia, y habiendo distraido á la guardia con el agasajo de un banquete, se marchó astutamente á la costa del Euxino, y desde allí á los paises del Bósforo. Permaneció varios meses en aquella rejion recóndita, espuesto á los quebrantos de la soledad, destierro y desamparo; retratándole su índole aprensiva muy al vivo el estremo de su desventura, en medio de bárbaros que, en sabiendo su nombre, escrupulizarian poco en atropellar las leyes de la hospitalidad. Impaciente y desesperado, embárcase Procopio en un bajel mercante que daba la vela para Constantinopla (A. 365, set. 28), y aspira denodadamente á la jerarquía soberana, puesto que no le cabe la seguridad de un súbdito. Encúbrese al pronto por las aldeas de Bitinia, variando de continuo de morada y de disfraz (36), va por grados aventurándose hasta la capital, fia su vida y suerte á la lealtad de dos amigos, un senador y un eunuco, esperanzándole la razon que le dieron del estado de los negocios públicos. Hierve la plebe en descontento, echando menos la justificacion y el desempeño de Salustio, despedido ya de la prefectura del Oriente; menosprecia la índole de Valente, áspera sin fuerza, y endeble sin agrado. Hácese además temible el influjo de su suegro, el patricio Petronio, ministro inhumano y estafador, que anda cobrando irremisiblemente los atrasos de tributos desde el reinado del emperador Aureliano. Propicias son las circunstancias á los intentos de un usurpador, pues las disposiciones hostiles de los Persas requieren la presencia de Valente en Siria: hállanse en movimiento las tropas desde el Danubio hasta el Eufrates, y suele la capital rebosar de soldadesca, que pasa y repasa el Bósforo Tracio. Cohéchanse reservadamente dos co-

hortes de Galos por los emperadores, que prometen un cuantioso donativo, y como respetan todavía la memoria de Juliano, se avienen fácilmente á sostener los derechos hereditarios de su deudo proscrito. Hállanse al amanecer junto á los baños de Anastasia; y Procopio, vestido con su manto de púrpura, mas propio de un comediante que de un monarca, aparece como resucitado en el centro de Constantinopla. Saludan los soldados dispuestos al intento al trémulo príncipe con algazara gozosa y votos de lealtad; refuérzanse con un tropel de toscos campesinos enganchados por el pais inmediato; y Procopio, escudado con las armas de sus allegados, marcha consecutivamente al tribunal, al senado y al palacio. En los primeros momentos del tumulto se asombra y se amedrenta con el silencio pavoroso del pueblo, ajeno del motivo, ú temeroso del paradero. Pero su fuerza militar iba arrollando la resistencia presente; acudian á raudales los descontentos al estandarte de la rebelion; esperánzanse los menesterosos, y se asustan los pudientes con la zozobra de un saqueo jeneral, y la terca credulidad de la muchedumbre se deja llevar por las ventajas halagüeñas de una revolucion. Prenden á los majistrados, quebrantan cárceles y arsenales, ocúpanse las puertas y la embocadura de la bahía, y queda Procopio en pocas horas ensalzado á dueño absoluto, aunque insubsistente, de la ciudad imperial (*d*). Aprovecha el usurpador aquel éxito inesperado con harta maña y valentía, pues va sagazmente fomentando las hablillas y opiniones mas conducentes á su interés, mientras alucina al populacho con dar audiencia á los embajadores frecuentes, pero supuestos, de remotas naciones. Fuéronse contajiando de rebeldía las tropas acantonadas por las ciudades de Tracia y del Bajo Danubio, y los príncipes godos se allanaron á sostener al soberano de Constantinopla con el refuerzo formidable de algunos miles de auxiliares. Atravesaron sus jenerales el Bósforo, y sojuzgaron á su albedrío las provincias ricas é indefensas de Bitinia y Asia. La ciudad é isla de Cízico, tras decorosa resistencia, se rindieron á su poderío; las afamadas lejiones de Jovianos y Herculios, enviadas para arrollar al usurpador, se alistaron en su causa, y como los veteranos se iban siempre reforzando con nuevos reclutas, pudo luego capitanear un ejército cuyo número y esfuerzo no desdecian de la grandiosidad de la contienda. El hijo de Hormisdas (57), mozo de brio y desempeño, se avino á esgrimir su acero contra el emperador lejítimo del Oriente, y el príncipe persa quedó inmediatamente revestido con la potestad antigua y estraordinaria de un procónsul romano. Realzó y afamó la causa del usurpador su enlace con Faustina, viuda del emperador Constancio, quien, al par de la hija, se puso en sus manos. La princesa Constancia, á la sazon de cinco años, seguia en una litera la marcha del ejército. Mostrábanla á la muchedumbre en brazos de su padre adoptivo;

y al ir pasando entre las filas, se enfurecia el cariño de la soldadesca (38), pues recapacitaba los timbres de la casa de Constantino y manifestó con leales aclamaciones que estaba pronta á derramar la postrera gota de su sangre en defensa de la niña real (39).

Sobresaltóse Valentiniano con las revueltas del Oriente (*e*). El compromiso de una guerra ardua en Jermania le precisaba á concentrar sus desvelos en el resguardo de sus propios dominios; y como toda comunicacion estaba atajada ó corrompida, tenia que dar oidos con indecisa zozobra á las voces que estudiadamente cundian participando la derrota y muerte de Valente, y el dominio de sus provincias vinculado todo en Procopio. No habia muerto Valente; mas noticioso de la rebelion en Cesarea, desesperó rastreramente de su vida y suerte, propuso una negociacion con el usurpador y apuntó su propension reservada de orillar la púrpura imperial. Salvóse el medroso monarca de su afrenta y esterminio con la entereza de sus ministros, y su desempeño decidió á favor suyo el paradero de la guerra civil. Habíase Salustio desviado sin reparo de los negocios en la temporada del sosiego; mas luego que peligró la seguridad pública, descolló en la ambicion de mando y riesgo, y el restablecimiento de aquel ministro pundonoroso á la prefectura del Oriente fué el primer paso que indicó el arrepentimiento de Valente y esplayó los ánimos acobardados. Apoyábase al parecer el reinado de Procopio en huestes poderosas y provincias sumisas; pero muchos de los empleados principales militares y civiles, á impulsos de su pundonor ó de su interés, se habian apartado de aquel teatro criminal, ó estaban acechando el punto de vender y abandonar la causa del usurpador. Adelantábase Lupicino á marchas forzadas con las lejiones de Siria en auxilio de Valente. Arinteo, que descollaba sobre todos los campeones de su tiempo en brio, hermosura y denuedo, embistió con fuerzas inferiores á un cuerpo considerable de rebeldes; y al ver los rostros de soldados que habian militado á sus órdenes, les mandó con voz atronadora que afianzasen y le entregasen á su caudillo supuesto; y tal era el predominio de sus prendas, que esta disposicion nunca vista quedó al punto obedecida (40) (A. 366, mayo 28). Arbecion, veterano respetable del gran Constantino, y esclarecido con los honores del consulado, cedió á las instancias de salir de su retiro y acaudillar de nuevo un ejército. En lo mas reñido de la refriega, se desciñó sosegadamente el morrion, mostró sus canas y su ademan venerable, saludó á los soldados de Procopio con los dictados halagüeños de hijos y compañeros, y los exhortó á abandonar la causa desesperada de un tirano despreciable, y á seguir á su antiguo jefe que tantas veces los habia encaminado al blason de la victoria. En las dos refriegas de Tiátira (41) y Nacolia, quedó el desventurado Procopio abandonado de su tropa, sobornada por la persuasiva y el ejemplo de sus oficiales

alevosos. Despues de vagar por las malezas y los riscos de Frijia, desahuciados ya sus secuaces, lo vendieron y llevaron al campamento imperial, donde fué inmediatamente degollado. Cúpole la suerte de todo usurpador desgraciado; pero las crueldades ejecutadas por el vencedor bajo las formalidades legales movieron á ira y compasion á la jeneralidad de las jentes (42).

Tales son á la verdad los frutos naturales del despotismo y de la rebeldía; pero las pesquisas sobre el delito de majia (*f*), que se siguieron rigurosamente bajo el reinado de entrambos hermanos, tanto en Roma como en Antioquía, se interpretaron como señal infausta del enojo del cielo ó de la depravacion de los hombres (43). Alegrémonos de que ya la porcion ilustrada de Europa abolió una preocupacion tan atroz (44), que prevaleció por todos los climas del globo, embebida en todos los sistemas relijiosos (45). Cundió por todas las naciones y sectas del orbe romano, con igual credulidad y aborrecimiento, la realidad de aquella ciencia infernal (46), que alcanzaba á contrarestar el jiro sempiterno de los planetas y la voluntad e la mente humana. Temian la potestad misteriosa de los hechizos y ensalmos, yerbas específicas y ritos execrables, capaces de atajar ó renovar la vida, inflamar pasiones vehementes, ajar las obras de la creacion, y esprimir á los demonios indómitos los arcanos del porvenir. Creian con disparatada inconsecuencia que este predominio sobrenatural en el ambiente, la tierra y el infierno, aborto de vil maldad ó torpe lucro, corria á cargo de brujas arrugadas y hechiceros viandantes, que pasaban su vida arrinconada en el desamparo y menosprecio (47). Condenaban igualmente la majia la opinion pública y las leyes de Roma; mas como halagaba las pasiones predominantes del pecho humano, vedada de continuo, se estaba siempre practicando (48). Causas soñadas acarrean á veces resultados trascendentales y perniciosos; y así, predicciones de la muerte de un emperador ó del triunfo de una conjuracion llevaban consigo el intento de esperanzar la ambicion ó quebrantar los lazos de la lealtad, y se agravaba el delito premeditado de la majia con los atentados positivos de la traicion y el sacrilejio (49). Estas aprensiones tremendas alteraban el sosiego de la sociedad y la dicha individual, y la llama inocente que derretia lentamente una figurilla de cera se enardecia con suma fuerza para el pensamiento asustado del sujeto que malvadamente se suponia representar (50). Desde el cocimiento de aquellas yerbas de soñado influjo y poderío, solo mediaba un paso hasta el uso de eficacísimos venenos; y el devaneo humano solia ser instrumento y disfraz de criminalidades atroces. Estimulado el afan de los delatores por los ministros de Valente y Valentiniano, ya no podian desentenderse de otro achaque, harto jeneral en los delitos domésticos, cargo de jaez mas blando y menos trascendental, por el que Constantino

con rigor piadoso, pero descompasado, acababa de decretar pena de muerte (51). Esta mezcla revuelta y mortal de traicion y majia, de veneno y adulterio, estaba formando una gradacion interminable ó de inocencia, de disculpa ó recargo, que parece se entretejian en aquellos procedimientos por los pechos enojadizos y estragados de los jueces. Echaron luego de ver que su tino y perspicacia se apreciaban en la corte imperial por el número de ajusticiados que iban resultando de sus respectivos tribunales. Haciaseles muy cuesta arriba el pronunciar un fallo de descargo, admitiendo ansiosamente testimonios de perjuros infames, ó acudiendo al tormento para ajenciar culpas inverosímiles en los sujetos mas honrados. El mismo rumbo de las pesquisas acarreaba mas y mas criminalidades: quedábase impune la desfachatez de un delator desmentido; mas la víctima desventurada que venia á descubrir sus cómplices efectivos ó supuestos por maravilla lograba el galardon de su infamia. Asomaban aherrojados mozos y ancianos de los estremos de Italia y Asia en los tribunales de Roma y Antioquía. Espiraban en tormentos atroces y afrentosos senadores, matronas y filósofos. Manifestaban los soldados de guardia en las cárceles, con murmullos de lástima y de ira, que su número era insuficiente para atajar la huida ó arrollar la resistencia de tal muchedumbre de presos. Quedaban desnudas las familias mas opulentas con multas y confiscaciones; temblando estaban los ciudadanos mas honrados por su propia seguridad, y nos cabe formar un concepto harto cabal de lo sumo de este azote, por el estravagante aserto de un escritor antiguo, á saber, que en las provincias mas atropelladas, presos, desterrados y fujitivos venian á componer la mayor parte del vecindario (52).

Al describir Tácito las muertes de aquellos Romanos inocentes y esclarecidos, sacrificados por la crueldad de los primeros Césares, el primor del historiador ó los merecimientos de los pacientes mueven en nuestros pechos las mas vivas sensaciones de terror, pasmo y compasion. El pincel tosco y enmarañado de Amiano ha ido delineando sus figuras sangrientas con esmero fatigoso y desabrido; mas como nuestra atencion no está empeñada por el contraste de libertad y de servidumbre, de la grandiosidad y la miseria, nos desviamos horrorizados de tan repetidas ejecuciones como estuvieron afrentando en Roma y Antioquía el reinado de ambos hermanos (53). Medroso Valente (54), y colérico Valentiniano (55); atento el primero á su propio resguardo, este era el único móvil de su gobierno. Cuando súbdito, adoró con trémulo acatamiento la mano del atropellador; y encumbrado al solio, dió racionalmente por supuesto que la zozobra que avasallara su ánimo le afianzaria el sufrido rendimiento del pueblo. Lograron los privados de Valente con sus regalías de estafa y de confiscacion el caudal que les negara la economía del

emperador (56). Su persuasiva daba por sentado *que*, en materias de traicion, la sospecha equivalia á la prueba; *que* con el poder se da por supuesto el intento del daño; *que* la intencion es tan criminal como el hecho, y *que* un súbdito no merece ya vivir, en amagando su vida la conservacion, ó en alterando el sosiego del soberano. Alucinábase á veces el tino de Valentiniano y se abusaba de su privanza; pero una sonrisa suya imponia silencio, como un flechazo de menosprecio, á cuantos acaso intentasen sobresaltar su fortaleza con muestras de peligro. Celebraban su afan inflexible por la justicia; pero en su desempeño propendia á mirar la clemencia como flaqueza, y sus arrebatos como justicieros. Mientras lidió con sus iguales en la competencia de una vida activa y ambiciosa, pocos le injuriaron á su salvo, y nadie le insultó impunemente; si tachaban su cordura, ensalzaban su brio; y los jenerales mas engreidos y conceptuados se retraian de haberlas con un soldado incontrastable. Olvidó por desgracia en el señorío del mundo que donde no cabe resistencia está de mas el denuedo, y en vez de atenerse á los dictámenes de la relijiosidad magnánima, se arrojaba con los ímpetus de su destemple, cuando eran indecorosos para él, y aciagos para los objetos indefensos de su desagrado. Así en el manejo de su propia casa como en el del imperio, agravios leves y aun imajinarios, una palabra arrebatada, un descuido casual, una tardanza involuntaria, se castigaban inmediatamente con pena de muerte. Las espresiones que solian estar asomadas á los labios del emperador de Occidente eran: «fuera cabeza, quemarlo vivo, apalearlo de muerte (57);» y sus ministros mas íntimos estaban persuadidos de que si osaran temerariamente porfiar, ó suspender la ejecucion de sus mandatos sanguinarios, iban á quedar barajados en el castigo de los reos ó desobedientes. Empedernido el pecho de Valentiniano con el goce de su bravía justicia, no le cabia compasion ni arrepentimiento, y sus arrebatos iban siempre á mas con el ejercicio de su crueldad (58). Complacíase en mirar sosegadamente las agonías del tormento y de la muerte, reservando su privanza para los sirvientes ejecutivos que mas conjeniaban con sus desafueros. El mérito de Maximino, por su matanza de las familias mas esclarecidas de Roma, obtuvo el premio de su aprobacion y la prefectura de las Galias. Dos osos horrendos y ajigantados, que se apellidaban *Inocencia* y *Mica Aurea*, podian únicamente alternar en la privanza con Maximino. Colocábanse siempre las jaulas de estos guardas leales junto al dormitorio de Valentiniano, que solia regalar su vista presenciando el destrozo y el devoramiento de los miembros de algun malhechor que les arrojaban por cebo. Inspeccionaba esmeradamente el mismo emperador su pasto y ejercicios, y apenas cumplió *Inocencia* su servicio en estremo meritorio, se le franqueó de nuevo su independencia por sus nativas selvas (59).

Pero vueltos á veces en sí, Valente de sus zozobras, y Valentiniano de su saña, los tiranos prorumpian en impulsos, ó á lo menos mostraban la conducta de padres de la patria. Cabia en Valentiniano el deslindar despejadamente y desempeñar con acierto así su interés propio como el de su imperio; y el soberano del Oriente, remedador humilde de los ejemplos de su hermano, se dejaba á veces guiar por la sabiduría del prefecto Salustio. Conservaron entrambos en la púrpura la sencillez moderada que los realzó en su vida particular; y nunca en su reinado tuvo que sonrojarse el pueblo ni exhalar un ay por los recreos de la corte. Fueron sucesivamente reformando varios abusos del tiempo de Constancio, plantearon y mejoraron los planes de Juliano y de su sucesor, y manifestaron un lenguaje y un brio en la lejislacion, que debia infundir á la posteridad concepto muy favorable de su índole y su gobierno. No era de esperar en el amo de *Inocencia* tanto esmero por el bienestar de los súbditos que inclinase á Valentiniano á condenar el abandono de los espósitos (60), y á restablecer catorce facultativos, conservados con sus prerogativas y sueldos en los catorce barrios de Roma. La sensatez de un soldado idiota fundó una institucion culta y provechosa para la educacion de la juventud y en apoyo de la ciencia desatendida (61). Era su ánimo que la gramática y la retórica se enseñasen en griego y en latin por todas las provincias en sus respectivas capitales; y como la capacidad y la jerarquía de cada escuela se proporcionaban á la categoría de su ciudad, cabíales particular y fundada preeminencia á las academias de Roma y de Constantinopla. No dan los fragmentos de aquellos edictos de Valentiniano cabal noticia de la escuela de Constantinopla, que logró luego notables mejoras. Componíase el total de treinta y un catedráticos en diversos ramos de literatura. Un filósofo y dos letrados; cinco sofistas y diez gramáticos para el griego; y tres oradores y diez gramáticos para la lengua latina; además siete escribientes, ó como los llamaban entónces, anticuarios, cuyas plumas dilijentes estaban surtiendo la librería pública con hermosos y esmerados ejemplares de los escritores clásicos. El instituto que se planteó para los estudiantes se hace tanto mas curioso, por cuanto está demostrando los primeros rayos de la forma constitutiva de las universidades modernas. Se les exijian certificaciones al intento de los majistrados de sus provincias respectivas, anotando en los rejistros públicos los nombres, profesiones y residencias de cada uno. Vedábase á la juventud estudiosa toda distraccion de funciones y de teatros, y el plazo de su educacion se fijó á los veinte años. Tenia el prefecto de la ciudad á su cargo el castigo de los inaplicados y contumaces con azotes y despido, y tenia que dar anualmente su informe al maestre de los oficios, para que con pleno conocimiento se utilizase para el servicio público el aprovechamiento de los escolares. Contribuyeron las institucio-

nes de Valentiniano para afianzar las ventajas de la paz y la abundancia, y se resguardaron los pueblos con el establecimiento de los *Defensores* (62), elejidos libremente para zelar y abogar por el vecindario, sostener sus derechos, esponer sus agravios ante el tribunal de los majistrados civiles, y aun al pié del solio imperial. Administróse esmeradamente la hacienda por dos príncipes tan avezados á la economía estrecha de la fortuna particular; mas en las entradas y salidas de las rentas, se dejaba ver alguna diferencia entre el gobierno de Oriente y de Occidente. Conceptuaba Valente que la opresion pública es el único manantial de las reales larguezas, y nunca aspiró á lograr el poderío y la prosperidad venidera de su pueblo por medio de estrecheces actuales; y así, en vez de recargar los impuestos que en el espacio de cuarenta años habian venido á duplicarse, cercenó en los primeros años de su reinado la cuarta parte de los tributos del Oriente (63). No manifestó Valentiniano aquel desvelo y afan por aliviar las cargas de su pueblo. Anduvo reformando abusos en el sistema de recaudacion y dispendio, mas no escrupulizó en exijir cuantiosas porciones de la propiedad particular, conceptuando que las rentas dedicadas al lujo de los individuos se emplearian mas ventajosamente en la defensa y mejoras del estado. Vitoreaban los súbditos del Oriente la condescendencia de su príncipe al disfrutarla; mas la jeneracion siguiente reconoció la disposicion sólida, aunque menos esplendorosa, de Valentiniano (64).

Pero la prenda sobresaliente de Valentiniano fué la entereza templada é imparcial que mantuvo inalterablemente en aquella época de contiendas relijiosas. Su tino inculto, pero despejado, se desentendió de altercados teolójicos. Estaba el gobierno de la *Tierra* demandando los desvelos de su ambicion satisfecha; y al recordar que era discípulo de la iglesia, tuvo siempre muy presente que era soberano del clero. Sobresalió con su afan por el Cristianismo en el reinado de un apóstata, y otorgando á los súbditos el idéntico derecho que se habia apropiado, todos debian disfrutar con ensanche y agradecimiento la tolerancia jeneral, concedida por un príncipe arrebatado en su temple, mas incapaz de zozobras y de disfraces (65) (A. 364—375). Paganos y Judíos, y cuantas sectas reconocian la autoridad divina de Cristo vivian al amparo de las leyes contra toda potestad arbitraria ó insulto popular; ni vedó Valentiniano especie alguna de culto, escepto las prácticas recónditas y criminales que abusaban del nombre de relijion para los intentos enmarañados del vicio y del trastorno. Prohibida la majia con mas ahinco, se castigaba tambien con crueldad mas estremada; mas admitió el emperador una distincion formal para resguardar el sistema antiguo de adivinacion que con aprobacion delsenado ejercian los agoreros toscanos. Habia reprobado, con dictámen de los paganos mas atinados, el desenfreno de

los sacrificios nocturnos, pero admitió desde luego la demanda de Pretestato, procónsul de Acaya, quien le representó que los Griegos adolecerian de suma aridez y aburrimiento en la carrera de la vida, si les defraudase de la dicha inestimable de los misterios Eleusinos. La filosofía únicamente puede blasonar (y quizá no es mas que jactancia de la filosofía) de que su diestra suave alcance á arrancar del pecho humano el móvil encubierto y mortal del fanatismo; mas la tregua de doce años que se planteó reciamente por el gobierno ilustrado y eficaz de Valentiniano, conteniendo la repeticion de mutuos agravios, contribuyó á suavizar las costumbres y destruir las preocupaciones de los bandos relijiosos.

El amante de la tolerancia se hallaba por desgracia harto lejano de la escena de las mas reñidas contiendas. Desenlazados ya los Cristianos de Occidente de los lazos del credo de Rímini, se adormecieron de nuevo á su salvo en el catolicismo; y las escasas reliquias del partido arriano que permanecian aun en Sirmio y en Milan podian mas bien conceptuarse como objetos de menosprecio que de encono (A. 367—378). Pero en las provincias del Oriente, desde el Euxino hasta el estremo de la Tebaida, se equilibraban con mas igualdad la fuerza y el número de los contrincantes; y este equilibrio, en vez de inclinarlos á la paz, solo servia para encender mas y mas los estragos de la guerra. Zaheríanse frailes y obispos con argumentos y baldones, cuyo paradero solia ser venir á las manos. Reinaba todavía Atanasio en Alejandría; ocupaban prelados arrianos los solios de Constantinopla y Antioquía; y á cada vacante sobrevenia un nuevo alboroto. Fortaleciéronse los Homoousianos con la reconciliacion de cincuenta y nueve obispos semi-arrianos ó macedonios; mas su repugnancia á avenirse á la divinidad del Espíritu Santo anubló los resplandores del triunfo; y la declaracion de Valente, que en los primeros años de su reinado quiso imitar la conducta imparcial de su hermano, fué una victoria grandiosa para el arrianismo. Habian seguido entrambos su carrera en clase de catecúmenos; mas la relijiosidad de Valente le estimuló á solicitar el sacramento del bautismo, antes de esponer su persona á las continjencias de la guerra gótica. Valióse naturalmente de Eudoxo (66) (*g*), obispo de la ciudad imperial; y si un pastor arriano imbuyó al monarca idiota en los principios de la teolojía herética, su equivocada eleccion le acarreó inevitablemente su desgracia mas bien que su delito. Fuese cual quisiera la determinacion del emperador, no podia menos de lastimar á un bando crecido de sus súbditos cristianos; por cuanto los caudillos homoousianos y arrianos estaban creidos de que, en no reinando, habian de quedar atropellados y oprimidos. Dado este paso, se le hacia ya muy arduo á Valente el conservar ni la prenda ni el concepto de su imparcialidad. Nunca aspiró, como Constancio, á la nombradía de sumo teólogo; mas recibiendo sencilla y respetuosamente las máximas de Eudoxo, puso

Valente su conciencia en manos de sus conductores eclesiásticos, y promovió, con la trascendencia de su autoridad, la reunion de los *herejes atanasios* en el regazo de la iglesia católica. Condolióse al pronto de su ceguedad; se fué por grados airando con su pertinacia, y vino por fin á aborrecer á los mismos que le odiaban (67). Avasallaban los inmediatos el ánimo endeble de Valente, y los favores mas asequibles en una corte despótica son el destierro ú la prision de cualquiera ciudadano. Menudean estas demostraciones sobre los caudillos del bando homoousiano; y achacóse á la maldad inhumana y premeditada del emperador y sus ministros arrianos la desventura de ochenta eclesiásticos de Constantinopla, que se abrasaron, quizás accidentalmente, en un barco. En todo litijio, los católicos (si cabe anticipar este dictado) tenian que pagar la pena de sus propias culpas y de las ajenas. Salia airoso en toda eleccion el candidato arriano; y aun cuando le contrarestase la mayoría del vecindario, mediaba luego á su favor la autoridad del majistrado civil, y aun el temor de la fuerza militar. Intentaron los émulos de Atanasio acibarar los años postreros de su ancianidad venerable y su retirada temporal en el sepulcro de su padre; mereció celebrarse como quinto destierro; mas el afecto de un vecindario crecido, que al vuelo acudió á las armas, acobardó al prefecto, y pudo el arzobispo terminar su vida en paz y en gloria tras un reinado de cuarenta y siete años. La muerte de Atanasio (A. 575, mayo 2) fué la señal de las persecuciones en Ejipto; y el ministro pagano de Valente, que entronizó á viva fuerza al indigno Lucio en el solio arzobispal, compró la privanza con el partido dominante por medio de la sangre y los padecimientos de sus hermanos católicos. Llorábase amargamente la tolerancia de los cultos pagano y judío, como una particularidad que agravaba la desventura de los católicos y el delito del tirano impío del Oriente (68).

El triunfo del partido católico mancilló con el borron de mil tropelías la memoria de Valente; y la índole de un príncipe, cuyos vicios y virtudes se cifraban en su escaso entendimiento y medroso temple, es poco acreedor al trabajo de una apolojía. Mas la veracidad está apuntando razones poderosas para maliciar que los ministros eclesiásticos de Valente se solian propasar de sus órdenes, y aun de su intento, y que se abultaron crecidamente los hechos con las declamaciones vehementes y la credulidad torpe de sus antagonistas (69). 1°. Arguye el silencio de Valentiniano, con suma probabilidad, que las tropelías parciales que se practicaron en nombre y por las provincias de su compañero se redujeron á ciertas demasías contra el sistema jeneral de tolerancia; y el historiador sensato, que elojia la templanza del hermano mayor, no ha tenido que comparar el sosiego del Occidente con la persecucion violenta del Oriente (70). 2°. Por mas crédito que se quiera dar á rumores vagos y remotos, la ín-

dole, ó al menos, el porte de Valente resalta en sus encuentros personales con el elocuente Basilio, arzobispo de Cesarea, sucesor de Atanasio en el manejo de la causa trinitaria (71). Los relatan circunstanciadamente los amigos y celebradores de Basilio; y en desengalanando la narracion de retóricas y milagros, nos asombra la mansedumbre del déspota arriano, que se prendó de su entereza, ó receló un alboroto jeneral en Capadocia, si se valia de medios violentos. Sosteniendo el arzobispo con engreimiento (72) la verdad de sus opiniones y la dignidad de su jerarquía, quedó en posesion absoluta de su conciencia y de su solio. Asistia devotamente el emperador á las solemnidades de la catedral; y en vez de sentenciarlo á destierro, revalidó la donacion de unos estados pingües en beneficio de un hospital que acababa de fundar Basilio en las cercanías de Cesarea (73). 3º. No me ha sido dable descubrir que Valente publicase ley alguna (como la que despues promulgó Teodosio contra los arrianos) contra los secuaces de Atanasio; y el mismo edicto que causó tantos clamores quizás no aparecerá tan estremadamente reprensible. Notó el emperador que muchos súbditos, satisfaciendo su holgazanería con capa de relijion, se habian hermanado con los monjes de Ejipto, y encargó al conde de Oriente que los estrajese de aquellas soledades, y precisase á tales desertores de la sociedad á la alternativa de quedarse sin sus posesiones temporales, ó desempeñar las obligaciones de hombres y ciudadanos (74). Parece que los ministros de Valente se propasaron en la aplicacion de aquella pragmática, tratando de alistar en los ejércitos imperiales á cuantos monjes robustos y hábiles iban encontrando. Salió un destacamento de tres mil hombres de infantería y caballería desde la capital para el desierto inmediato de Nitria (75), poblado con cinco mil monjes. Guiaban la tropa sacerdotes arrianos; y se cuenta que se hizo gran matanza en los monasterios desobedientes á las órdenes de su soberano (76).

El arreglo formalizado por la sabiduría de los lejisladores modernos para contener la codicia exorbitante del clero puede deducirse orijinalmente del ejemplo del emperador Valentiniano. Leyóse públicamente en las iglesias de Roma el edicto (77) encaminado á su obispo Dámaso, en que se prevenia á los monjes y eclesiásticos que no frecuentasen las casas de viudas y doncellas, encargando el castigo de los desobedientes á los jueces civiles. Vedábase á todo padre espiritual el admitir dádiva, legado ú herencia de su llamada hija, declarando nulo é inservible todo testamento en contrario de lo dispuesto, y confiscando la donacion para el erario. Parece que por un reglamento nuevo se estendió la misma disposicion á las monjas y á los obispos, y se inhabilitó á todo eclesiástico para recibir dádiva alguna testamentaria, vinculándolas invariablemente en su órden prescrito y legal. Valentiniano, como celador de las virtudes y dichas domésticas, acudió con aquel remedio á daño ya tan grave. Poseian las da-

mas principales en la capital del imperio sus fincas peculiares y reservadas de mayor cuantía, y muchas profesaban devotamente las doctrinas del Cristianismo, no solo con mero y tibio convencimiento, sino con ardor afectuoso, y aun con el afan de la moda. Sacrificaban el embeleso del traje lujoso, y orillaban, en pos de la castidad, el atractivo del cariño conyugal. Acudian á algun eclesiástico de santidad efectiva ó aparente para norte de su conciencia timorata y entretenimiento de sus ternuras entrañables. Solian entusiastas ó fementidos abusar de la confianza que se les franqueaba, y se abalanzaban desde los estremos del Oriente al teatro esplendoroso que les brindaba con las regalías de su profesion monástica. Granjeábanse con el menosprecio del mundo ventajas en estremo apetecibles; como el cariño vehemente de una beldad jóven, la abundancia esquisita de una casa opulenta, y el acatamiento de esclavos, libertos y clientes de una familia senatoria. Ibanse menoscabando los caudales grandiosos de las damas romanas con limosnas y costosas romerías; y el monje taimado que lograba anteponerse ó vincularse en el testamento de su hija espiritual se adelantaba á declarar con la desfachatez de su hipocresía que venia á ser únicamente un instrumento de caridad y el mayordomo de los menesterosos. Esta logrería tan gananciosa y villana (78) que ejecutaba el clero, defraudando á los herederos naturales, llegó á mover la ira, aun de aquella época supersticiosa; y dos de los padres latinos mas respetables confiesan pundonorosamente que el edicto afrentoso de Valentiniano no era fundado y preciso, y que los sacerdotes cristianos eran merecedores perder un privilejio concedido á farsantes, caleseros y ministros idólatras. Mas por maravilla viene á triunfar la autoridad del lejislador contra las arterías siempre desveladas del interés particular, por mas que Jerónimo y Ambrosio se avinieran llanamente con disposiciones tan justas como infructuosas. Reprimidos los eclesiásticos en su carrera personal de granjería, empleaban su industria mas loable en aumentar las riquezas de la iglesia y cohonestar su codicia con los dictados especiosos de relijiosidad y patriotismo (79).

Precisado Dámaso á tiznar la avaricia de su clero con la publicacion de la ley de Valentiniano, tuvo el tino ú la dicha de comprometer en sus empeños el zelo y la trascendencia del docto Jerónimo; y el santo agradecido elojió el mérito y la pureza de un sujeto equívoco (80) (A. 366—384). Pero el boato vicioso de la iglesia de Roma, bajo los reinados de Valentiniano y Dámaso, notados esmeradamente por el historiador Amiano, aparece imparcialmente retratado en el siguiente espresivo cuadro: « Logró la prefectura de Juvencio paz y abundancia; mas una sedicion del vecindario desenfrenado alteró y ensangrentó el sosiego de su gobierno. El afan de Dámaso y de Ursino para afianzar el asiento episcopal sobrepujó el al ance vulgar de la ambicion humana. Batallaban con la saña de faccio-

sos; se sostuvo la refriega con heridas y muertes de sus secuaces; y el prefecto, incapaz de contrarestar ó aplacar el alboroto, fué á parar con la oleada á los arrabales. Preponderó Dámaso, y la reñida victoria quedó por su bando. Halláronse ciento treinta y siete cadáveres (84) en la *Basílica* de Sicinino (82), donde los Cristianos celebran sus juntas relijiosas, y tardó muchísimo el populacho en recobrar su acostumbrado sosiego. Al considerar la grandiosidad de la capital, ya no estraño que presa tan envidiable esté siempre fogueando los anhelos de todo ambicioso, y que acarree tan reñidas y estremadas contiendas. Puede contar el candidato venturoso con ofrendas de matronas riquísimas (83); con que engalanado con todo esmero y primor, paseará en carroza las calles de Roma (84), y con que ni la suntuosidad de la mesa imperial ha de igualar en esquisita profusion los banquetes finísimos dispuestos por la delicadeza y el tesoro del pontífice romano. ¡Cuánto mas acertado fuera,» continúa el pundonoroso pagano, «para su propia dicha que estos pontífices, en vez de alegar en disculpa de sus costumbres la grandeza de la capital, imitasen la vida ejemplar de algunos obispos de las provincias, cuya templanza y sobriedad, cuyo humilde traje y ademan cabizbajo realzan su acendrado recato, así para con la Divinidad, como para sus verdaderos siervos (85)!» Contúvose el cisma de Dámaso y Ursino con el destierro de este, y la cordura del prefecto Pretestato (86) restableció el sosiego de la ciudad. Era Pretestato un pagano afilosofado, fino, cortés y literato, que encubrió su reconvencion por medio de una chanza, al decir á Dámaso que en pudiendo alcanzar el obispado de Roma, inmediatamente abrazaria la relijion cristiana (87). Este vivo retrato de la riqueza y lujo de los papas en el siglo IV se hace tanto mas curioso, cuanto está representando el escalon intermedio desde el desamparo del pescador apostólico al boato rejio de un príncipe temporal cuyo señorío se esplaya desde el confin de Nápoles hasta las márjenes del Po.

Cuando el voto de los jenerales y del ejército puso en la diestra de Valentiniano el cetro del imperio, su nombradía, su esperiencia y desempeño militar, y su firme apego á la forma y rigor de la disciplina antigua fueron las causas dominantes de la atinada eleccion. La situacion crítica de los negocios públicos abonó el afan de la tropa por el nombramiento de un compañero, y el mismo Valentiniano se hizo cargo de que ni la suma intelijencia del caudillo mas eficaz alcanzaria á resguardar las desviadas fronteras de una monarquía invadida. Desahogados los bárbaros, con la muerte de Juliano, del terror de su nombre, esperanzáronse con saqueos y conquistas las naciones del Oriente, del Norte y del Mediodía. Eran gravosas, y á veces formidables sus correrías; mas en los doce años del reinado de Valentiniano, su entereza desvelada resguardó sus dominios (A. 364—375); y parecia que su númen poderoso estaba entonando

y dirijiendo los débiles consejos de su hermano. Quizás el eslabonamiento de los anales iria demostrando los desvelos diversos de ambos emperadores; mas se distraeria la atencion de los lectores con una alternativa cansada é inconexa; y así la perspectiva separada de los cinco teatros de la guerra, I. Jermania, II. Bretaña, III. Africa, IV. el Oriente, y V. el Danubio, estamparán en el ánimo un cuadro mas cabal del estado militar del imperio en los reinados de Valentiniano y de Valente.

I. Habíanse agraviado los enviados de los Alemanes con la conducta áspera y altanera de Ursacio, maestre de los oficios (88), quien, por un ahorro intempestivo (A. 365), habia rebajado el valor y la cantidad de los regalos á que se hacian acreedores, en virtud de la costumbre ó de los tratados, en el ascenso de todo emperador nuevo. Lastimáronse hondamente, y comunicaron la misma sensacion á todos los demás. Los caudillos, de suyo enojadizos, se airaron con aquellas muestras de menosprecio, y la juventud guerrera acudió al vuelo á sus banderas. Ya estaban ardiendo las aldeas de la Galia antes que Valentiniano tramontase los Alpes; y antes que el jeneral Dagalaifo acudiese al encuentro de los Alemanes, habian ya afianzado cautivos y presas en las selvas de la Jermania. Al principio del año siguiente (A. 366, enero), las fuerzas militares de toda la nacion arrollaron con sus recias columnas la valla del Rin en el rigor de un invierno septentrional. Quedaron derrotados y malheridos los condes romanos, y el estandarte de los Bátavos y los Hérulos cayó en manos de los vencedores, quienes anduvieron tremolando con amenazas y algazara insultante el trofeo de su triunfo. Recobróse el estandarte; mas no se habian rehecho los Bátavos de su desdoro para los ojos del soberano justiciero, pues opinaba Valentiniano que sus soldados tenian que enseñarse á temer á su caudillo antes que al enemigo. Juntó la tropa en formacion; estaban los Bátavos trémulos encajonados en el cuadro del ejército imperial. Sube Valentiniano al solio, y como ajeno de castigar de muerte la cobardía, estampa un borron de afrenta perpetua á los oficiales, cuya torpeza y apocamiento resultó haber sido la causa del vencimiento. Quedan los Bátavos apeados, despojados de sus armas y sentenciados á ser vendidos en pública almoneda. Póstrase hasta el suelo la tropa con tan tremendo fallo, sollozan porque se apiade el soberano, y le protestan que si se digna sacarlos á nuevo ensayo, se mostrarán acreedores al nombre de romanos y de soldados suyos. Aparenta Valentiniano ceder con repugnancia; empuñan los Bátavos sus armas, y con ellas se aferran en lavar su afrenta con sangre alemana (89). Rehusa Dagalaifo el mando en jefe, y aquel jeneral esperimentado, jeneral que tal vez habia manifestado con escesiva cordura lo sumamente arduo de la empresa, padece el sinsabor, antes del fin de la campaña, de ver á su competidor Jovino aprovechar aquellas mismas dificultades en ventaja decisiva sobre las fuerzas despar-

ramadas de los bárbaros. Acaudillando un ejército amaestrado de caballería, infantería y tropas lijeras, se adelanta con cauta velocidad hasta Escarpona (90) *(h)*, en el territorio de Metz, donde sorprende una division grandiosa de Alemanes, antes que tuviesen lugar de acudir á las armas, y envalentonó á su jente con su fácil y barata victoria. Otra division, ó mas bien ejército, del enemigo, despues de talar bárbaramente y á su antojo toda la comarca, estaba descansando en las márjenes sombrías del Mosela. Hecho cargo Jovino, como jeneral, del pormenor del terreno, se acerca silenciosamente por un valle hondo y arbolado, hasta enterarse de la suma confianza de los Jermanos. Unos están bañando sus membrudas corpulencias en el rio; otros peinan sus largas y ondeadas cabelleras, y otros se recrean empinando esquisitos vinos. Oyen de improviso resonar los clarines romanos, ven al enemigo en su campamento; el asombro acarrea desconcierto y luego huida y abatimiento, quedando la muchedumbre revuelta de los mas valientes traspasada por el acero de los lejionarios y auxiliares. Acuden los fujitivos al campamento tercero y mas considerable en las llanuras Catalaunias junto á Chalons en Champaña: convocan atropelladamente sus destacamentos vagarosos á sus estandartes; y los caudillos bárbaros, advertidos y sobresaltados con la suerte de sus compañeros, se están apercibiendo para contrarestar en batalla decisiva á las fuerzas victoriosas del teniente de Valentiniano. Dura la sangrienta y reñidísima refriega todo un dia del estío, con igual teson y alternado éxito. Preponderan por fin los Romanos con la pérdida de mil y doscientos hombres; quedan seis mil Alemanes muertos y cuatro mil heridos; y el valeroso Jovino, despues de arrollar la hueste fujitiva hasta la márjen misma del Rin, regresa á Paris y recibe los agasajos de su soberano con las insignias del Consulado (91). Manchóse á la verdad el triunfo (julio) de los Romanos con el paradero del rey cautivo, á quien colgaron de una horca sin noticia del jeneral pesaroso. Esta demasía afrentosa de crueldad pudo achacarse al enfurecimiento de la tropa; pero siguióle luego la muerte premeditada de Witicab, hijo de Vadomair, príncipe jermano, enfermizo, pero denodado y formidable. Incitaron y protejieron los Romanos al asesino doméstico (92), y al atropellar así las leyes de la humanidad y de la justicia, denotaban la zozobra interior de la flaqueza del imperio. No asoma la daga en las disposiciones gubernativas, mientras se abriga alguna confianza en los filos de la espada.

Abatidos al parecer los Alemanes con tantísimo quebranto, quedó el engreimiento de Valentiniano deslucido con la inesperada sorpresa de Metz ó Mogunciaco, la ciudad principal de la Alta Jermania. Al celebrar los Cristianos descuidadamente una festividad *(i)*, Rando, caudillo denodado y ardidoso, tras larga premeditacion, pasa repentinamente el Rin, entra en la ciudad indefensa y se retira con un sinnúmero de cautivos de

ambos sexos (A. 368). Dispone Valentiniano ejemplar venganza contra la nacion entera; manda al conde Sebastian internarse en el pais, probablemente por la parte de Recia, con los cuerpos de Italia y del Ilírico. Atraviesa el Rin personalmente el emperador, con su hijo Graciano, acaudillando un ejército formidable, sostenido en ambos costados por Jovino y Severo, los dos maestres jenerales de caballería é infantería en el Occidente. Imposibilitados los Alemanes de resguardar sus aldeas, se acampan en una cumbre empinada y casi inaccesible del actual ducado de Wurtemberg, y esperan. Peligra en gran manera la vida de Valentiniano por su empeño en reconocer algun sendero recóndito y mal guardado. Dispárase una gran cuadrilla de bárbaros de su emboscada; y el emperador, espoleando su caballo por un despeñadero, tiene que dejar á la espalda su escudero y su morrion, cuajado todo de oro y de esquisita pedrería. A la señal del asalto, la tropa romana rodea y trepa á la montaña de Solicinio por tres puntos diversos *(j)*. Enardécense mas y mas á cada paso que van dando, y acobardan al enemigo, y encaramados por fin todos en la cumbre, despeñan allá impetuosamente á los bárbaros por el norte, donde el conde Sebastian les ataja la retirada, y tras esta victoria señalada, regresa Valentiniano á su invernadero de Tréveris, donde con juegos rozagantes y triunfales regocija en estremo al público (93). El cuerdo monarca, en vez de empeñarse en conquistar la Jermania, ciñe todo su esmero á la defensa trabajosa é importante de la frontera de las Galias contra un enemigo que iba siempre creciendo con los refuerzos voluntarios que iban acudiendo sin cesar de las tribus mas remotas del Norte (94). Fué eslabonando las márjenes del Rin *(l)*, desde su oríjen hasta el desagüe en el Océano, con fortalezas torneadas, inventando obras y armas con el injenio de quien estaba amaestrado en las artes mecánicas; y sus muchos reclutas, ya romanos, ya bárbaros, se estaban siempre instruyendo con ahinco en los ejercicios de la guerra. Progresaba la obra, contrarestada á veces con representaciones atentas, ó con algunas hostilidades, y quedó afianzado el sosiego de la Galia por los nueve años consecutivos del gobierno de Valentiniano (95).

Aquel emperador sensato, que se esmeraba en practicar las máximas de Diocleciano, ponia sumo ahinco en desavenir y enconar entre sí las tribus de Jermania (A. 371). A mediados del siglo IV, los paises tal vez de Lusacia y Turinjia, por ambas orillas del Elba, estaban ocupados vagamente por los Borgoñones, pueblo crecido y belicoso *(m)*, de ralea vándala (96), cuyo nombre desconocido fué sonando mas y mas con su reino poderoso, que vino por fin á plantearse en una provincia floreciente. Sobresale entre las costumbres antiguas de los Borgoñones la particularidad de diferenciar su constitucion civil de la eclesiástica. Dábase el dictado de *Hendinos* á su rey y caudillo, y el de *Sinisto* al sumo pontífice de la nacion. Era sa-

grada la persona del sacerdote y su dignidad perpetua, mas el gobierno temporal era muy mudable. Si los acontecimientos de la guerra desdecian del desempeño de un rey, quedaba este inmediatamente depuesto, y la sinrazon de su pueblo lo sindicaba por el malogro de la cosecha y el trastorno de las estaciones, lo que al parecer debia mas bien corresponder al sacerdocio (97). La posesion reñida de algunas salinas (98) solia comprometer en contiendas á los Alemanes y Borgoñones; y dejábanse cohechar estos con las instancias reservadas y las ofertas grandiosas del emperador; y su descendencia fabulosa de los soldados romanos que guarnecieron las fortalezas de Druso corria muy valida entre su mutua credulidad, como ventajosa para unos y otros (99). Asomó luego un ejército de ochenta mil Borgoñones por las orillas del Rin, y demandaban el auxilio y las cantidades que les habia prometido Valentiniano; pero se les fué entreteniendo con disculpas y demoras, hasta que, tras una espectativa infructuosa, tuvieron que retirarse. Enfrenaron su fundado enfurecimiento las armas y fortalezas de la línea fronteriza, y la matanza de los cautivos solo sirvió para enconar el odio hereditario de Alemanes y Borgoñones. La insubsistencia de un príncipe cuerdo podrá depender de alguna variacion de circunstancias; y era quizá el intento fundamental de Valentiniano el atemorizar mas bien que destruir, por cuanto se destruia igualmente el equilibrio del poderío con el esterminio de cualquiera de las dos naciones jermanas. Merecíale concepto y odio, entre los Alemanes, Macriano, quien, con el nombre romano, se habia amaestrado en la ciencia militar y en la política. El mismo emperador, con una escolta lijera y desembarazada, se allanó á pasar el Rin é internarse diez y ocho leguas en el pais; y alcanzara el objeto de tanto empeño, si la impaciencia de la tropa no frustrara sus acertadas disposiciones. Fué despues Macriano recibido honoríficamente en una conferencia personal con el emperador, cuyas finezas le constituyeron ya toda la vida amigo sincero y animoso de la república (100).

Quedaba la tierra á buen recaudo con las fortificaciones de Valentiniano; pero las marinas de Galia y Bretaña seguian espuestas á los salteamientos de los Sajones. Nunca llegó á noticia de Tácito aquel decantado nombre, tan íntimo para nosotros; y en los mapas de Tolomeo, apenas asoma en una lengua angosta de la península Címbrica y en tres islillas hácia la embocadura del Elba (101). Territorio tan reducido como es el actual ducado de Silesia, ó tal vez de Holstein, mal podia desembocar aquellos enjambres de Sajones que dominaron el Océano, abarcaron la isla de Bretaña con su idioma, sus leyes y sus colonias, y defendieron por tanto tiempo la independencia del Norte contra las armas de Carlomagno (102). Desátase obviamente esta dificultad con la semejanza de costumbres y la incierta constitucion de los Jermanos, cuyas tribus se mezclaban

en los accidentes de la guerra y de la paz. La situacion de los verdaderos Sajones los predisponia á los arriesgados ejercicios de la pesca y la piratería; y el éxito de sus primeras empresas debia acarrear la competencia de sus valientes, aburridos con las lóbregas soledades de sus selvas y riscos. Cada oleada iba arrollando armadas enteras de canoas, atestadas de asociados robustos y animosos, que ansiaban contemplar la perspectiva inmensa del piélago y disfrutar las riquezas y deleites de mundos desconocidos. Se hace sin embargo probable que los mas de sus numerosos auxiliares se componian de las naciones que poblaban las playas del Báltico. Tenian armas y bajeles, y por tanto entendian el ejercicio de la navegacion y de la guerra marítima; mas la dificultad de desembocar por las columnas hercúleas del Norte (103) (atajadas con hielos largos meses del año) limitaba su intelijencia y denuedo á los ámbitos de su espacioso lago. El eco de los armamentos triunfadores que desembocaron del Elba no podia menos de incitarles á atravesar el ismo estrecho de Sleswig y lanzar sus naves sobre el ancho piélago. Las varias rancherías de piratas y aventureros que peleaban bajo el mismo estandarte vinieron á formar una hermandad ó asociacion permanente, primero de saqueo, y luego de gobierno. La confederacion militar se fué por puntos amoldando en cuerpo nacional por medio de los enlaces y el parentesco; y las demás tribus que ansiaban la alianza admitian el nombre y las leyes de los Sajones. Si el hecho no constase con tanta evidencia, pareceria acaso que abusábamos de la confianza de nuestros lectores, con la descripcion de los bajeles en que los piratas sajones se arriesgaban á surcar las olas del Océano Jermánico, del canal de Bretaña y del golfo de Vizcaya. Componíase la quilla ó asiento de sus barcos chatos y anchos de tablas delgadas; pero las obras esteriores eran solo de mimbres cubiertos y reforzados con cueros (104) En el discurso de sus pausadas y remotas navegaciones, no podian menos de estar siempre espuestos y de naufragar con frecuencia, y los anales sajones forzosamente habian de rebosar de malogros y desastres padecidos por las costas de Bretaña y Galia. Pero el arrojo de los piratas arrostraba peligros por mares y playas; amaestráronse con el ejercicio; el ínfimo marinero estaba ducho en empuñar el remo y el timon y en desplegar una vela; y todo Sajon se enardecia con el asomo de una tormenta que encubria sus intentos y dispersaba las escuadras enemigas (105). Enterados del pormenor de las provincias marítimas del Occidente, fueron ya dilatando el ámbito de sus saqueos, y los sitios mas arrinconados no podian conceptuarse en salvo. Calaban tan poco las embarcaciones sajonas, que se internaban por donde quiera rio arriba, hasta treinta ó cuarenta leguas: su poco peso facilitaba el trasportarlas de un rio á otro, y los mismos piratas que habian entrado por la embocadura del Sena ó del Rin podian bajar con el raudal del Ródano al Mediterráneo. Bajo el reinado de Valen-

tiniano (A. 371), los Sajones anduvieron acosando las provincias marítimas de la Galia; colocóse un conde militar para el resguardo de la costa ó el lindero Armórico, y conceptuándose con escasas fuerzas ó limitado desempeño para el intento, imploró el auxilio de Severo, maestre jeneral de la infantería. Cercados los Sajones y sobrepujados en número, tuvieron que dejar sus despojos, y ceder una porcion selecta de su robusta juventud para refuerzo de los ejércitos imperiales. Pactaron tan solo retirada segura y decorosa, condicion que franqueó sin reparo el jeneral romano, que ideaba una alevosía tan insensata como horrorosa (106), mientras quedase un Sajon vivo y armado para vengar la suerte de sus paisanos. El afan atropellado de la infantería colocada ocultamente en un valle muy hondo manifestó la emboscada, y cayera acaso víctimas de su traicion, á no acudir un cuerpo de coraceros, sobresaltados con el estruendo de la refriega, para desasir á sus compañeros y abrumar á los Sajones irreducibles. Salváronse algunos prisioneros de los filos de la espada para derramar su sangre en el anfiteatro; y se lamenta el orador Símaco de que veinte y nueve de aquellos desesperados irracionales, ahogándose con sus propias manos, defraudasen el recreo público. Mas horrorizáronse los ciudadanos cultos y afilosofados de Roma, cuando supieron que los Sajones consagraban á los dioses el diezmo de sus despojos *humanos*, y que sacaban á la suerte los objetos de tan bárbaro sacrificio (107).

II. Las colonias fabulosas de Ejipcios y Troyanos, de Escandínavos y Españoles, que halagaron el orgullo y embelesaron la credulidad de nuestros antepasados, se fueron disipando á la luz de la filosofía y de la razon (108). El siglo presente se da por satisfecho con el concepto sencillo y obvio de que las islas de la Gran Bretaña é Irlanda se fueron poblando del continente inmediato de la Galia. La memoria de oríjen céltico se conservaba muy patente desde la costa de Kent hasta el estremo del Caitnes y del Ulster, con la semejanza perpetua de idioma, relijion y costumbres; y las índoles diversas de tribus bretonas se pueden obviamente atribuir al influjo de circunstancias locales (109). Quedó la provincia romana reducida al estado de servidumbre civilizada y apacible, conservándose los fueros de independencia bravía únicamente en los estrechos límites de la Caledonia. Dividíanse ya desde el tiempo de Constantino los septentrionales en las dos grandes tribus de Escoceses y Pictos (110), que despues vinieron á esperimentar suerte muy diversa. Zozobró el poderío y casi la memoria de los Pictos á impulsos de sus preponderantes competidores; y los Escoceses, despues de mantener su independencia por largos siglos, han venido á hermanarse voluntariamente y á realzar los timbres de la nombradía inglesa. Naturaleza habia señalado ya la antigua division de unos y otros; pues eran serranos los Escoceses, y avecindados en las lla-

nuras los Pictos. Deben conceptuarse las costas orientales de Caledonia como vegas abundosas, que aun en aquella atrasadísima labranza se cuajaban de mieses; y en el apodo de *cruitnich*, ó centeneros, iba sobreentendido el menosprecio ú la envidia del carnívoro montañés. Debia el cultivo acarrear mayor separacion en las haciendas y el hábito de vida mas sedentaria; pero sobresalia siempre entre los Pictos el afan por las armas y el saqueo; y sus guerreros, batallando sin vestidura, se distinguian para los Romanos por la estrañeza de pintar sus cuerpos desnudos con matices subidos y mamarrachos estrambóticos. La parte occidental de Caledonia se va encumbrando descompasadamente con riscos áridos y montaraces, que escasamente rinden al labrador el pago de sus afanes, y se utilizan algun tanto para la ganadería. Pastoreaban y cazaban por precision los montañeses, y como por maravilla paraban en morada alguna, merecieron el dictado de Escoceses, que parece equivale en su idioma al de *vagos* ó *viandantes*. Los moradores de terreno estéril tenian que acudir á los productos diarios del agua, y como el territorio es pantanoso y recortado de ensenadas, se fueron luego arriesgando á tender sus redes por las oleadas del Océano. La cercanía de las Hébridas, que van ciñendo las costas occidentales de Escocia, cebó su anhelo y perfeccionó su destreza, y fueron amaestrándose en el arte, ó sea en la práctica de manejar sus barquillos en un mar tormentoso, y de guiarse en la lobreguez de la noche por su consumado conocimiento de las estrellas. Los dos como arrojados promontorios de Caledonia están casi tocando á las playas de una isla espaciosa, que mereció, por la lozanía de sus plantas, el dictado de *Verde*; y ha conservado con leve alteracion el nombre de Erin, Ierne, ó Irlanda. Es *probable* que en época remotísima una colonia hambrienta de Escoceses se avecindó por las vegas del Ulster, y que los estranjeros septentrionales que osaron contrarestar á las lejiones fueron tendiendo sus conquistas sobre las naciones cerriles y desaguerridas de una isla solitaria. Es *positivo* que durante la decadencia del imperio romano, habitaban Escoceses la Caledonia, la Irlanda y la isla de Man, y que las tribus allegadas que solian hermanarse para empresas militares padecieron mutuas y violentas vicisitudes. Complaciéronse en estremo con la tradicion muy valida del nombre y oríjen comun; y los misioneros de la isla de los Santos que derramaron el Cristianismo por la Bretaña septentrional arraigaron la opinion equivocada de que sus paisanos los Irlandeses eran los padres nativos y espirituales de la ralea escocesa. El venerable Beda es el conservador de aquella tradicion inconexa y oscura, y el mismo es quien vertió alguna luz por las lobregueces del siglo octavo. Levantóse luego sobre cimientos tan deleznables, por copleros y por monjes, dos jaeces de individuos soñadores, una mole grandiosa de patrañas. La nacion escocesa, con equivocado orgullo, se apropió la alcurnia

irlandesa ; y los anales rebosan de catervas ideales de reyes que engalanó la fantasía de Boecio y luego la elegancia clásica de Buchanan (111).

A los seis años de la muerte de Constantino, se hizo forzoso á su hijo menor, que reinó en el imperio occidental, acudir personalmente á reprimir las algaradas de Pictos y Escoceses. Visitó Constante sus dominios bretones ; mas podemos justipreciar la entidad de sus proezas por los rasgos de un panejirista que ensalza su triunfo sobre los elementos, ó en otros términos, la dicha de un tránsito venturoso del puerto de Bolonia á la bahía de Sandwich (112). Agraváronse los quebrantos de los naturales con la guerra estraña y la tiranía propia, y con la administracion corrompida de los eunucos; y el alivio pasajero que les pudo caber con las prendas de Juliano desapareció con la ausencia y la muerte del bienhechor. El oro y la plata, recojidos trabajosamente, y remitidos puntualmente para el pago de la tropa, paraban en manos de jefes avarientos; vendíanse públicamente exenciones y relevos del servicio militar; el desamparo de los soldados menesterosos, y destituidos del socorro legal é indispensable, acarreaba incesantes deserciones; y relajada la disciplina, se trocaban en gavillas de salteadores por las carreteras (113). Las tropelías con los honrados y la impunidad con los perversos contribuyeron igualmente al descontento y la rebeldía ; y todo ambicioso, todo malhechor vivia muy esperanzado de derribar el gobierno endeble y desencajado de Bretaña. Las tribus enemigas del Norte, que detestaban la soberbia y el poderío del Rey del Mundo, enfrenaron sus enconos domésticos; y los Bárbaros de mar y tierra, Escoceses, Pictos y Sajones, se arrojaron con ímpetu irresistible desde la valla de Antonino hasta las playas de Kent. Artefactos y preciosidades naturales, cuantos regalos y primores cabe ajenciarse en los pueblos civilizados, ajeno todo de los incultos, se habian agolpado en la provincia pingüe de Bretaña (114). Podrá el filósofo llorar las discordias incesantes de la especie humana ; mas no podrá menos de confesar que es mucho mas natural el anhelo de los despojos que la vanagloria de las conquistas. Desde el tiempo de Constantino al de los Plantajenetas prevaleció el espíritu rapaz entre los menesterosos y robustos Caledonios; pero el mismo pueblo cuya humanidad jenerosa descuella en los cantares de Osian adolecia de la atroz ignorancia de las escelencias de la paz y de las leyes de la guerra. Padecieron, y quizás abultaron los salteamientos de los Escoceses y Pictos (115) sus vecinos meridionales; y un testigo ocular tacha á los Atacotes (116), tribu valerosa de Caledonia, enemigos y luego soldados de Valentiniano, de regalarse comiendo carne humana. Al ir cazando por las selvas, dicen que su primer asalto era al pastor, y despues á su manada, y andaban esmeradamente entresacando lo mas delicado y sustancioso en los varones y hembras, para luego guisarlo y servirlo en sus horrendos banquetes (117). Si con efecto en las inmedia-

ciones de la ciudad comerciante y literata de Glasgow vino á existir una ralea de caníbales, podemos ver en la historia de Escocia los estremos opuestos de la vida civilizada y de la irracional. Propenden estas reflexiones á ensanchar nuestras ideas, y á robustecer la esperanza halagüeña de que la Nueva Zelanda puede allá en lo venidero dar á luz el Hume del hemisferio meridional.

Cuantos mensajeros lograban atravesar el canal de Bretaña eran portadores de noticias aciagas y trastornadoras para los oidos de Valentiniano; y luego le constó que dos comandantes militares de la provincia habian fenecido en una sorpresa de los bárbaros. Envió la corte de Tréveris, y lo retiró luego con suma precipitacion, al conde Severo de los domésticos. Las representaciones de Jovino condujeron tan solo para manifestar la gravedad del trance; y tras larga y reflexiva consulta, la defensa, ó mas bien el recobro de la Bretaña, se confió al desempeño del esforzado Teodosio. Esméranse complacidamente los escritores contemporáneos en celebrar las hazañas de aquel jeneral, padre de toda una alcurnia de senadores; pero su mérito efectivo era acreedor á tantas alabanzas; y su nombramiento logró el concepto de presajio positivo de la próxima victoria. Aprovechó la coyuntura mas propicia para la navegacion, y desembarcó á su salvo los cuerpos crecidos y veteranos de Hérulos, Bátavos, Jovianos y Víctores. Fué Teodosio arrollando, en su marcha de Sandwich á Lóndres, varias cuadrillas de bárbaros, rescató un sinnúmero de cautivos, y repartiendo una porcion corta de los despojos, se acreditó de justiciero con la devolucion de los restantes á sus lejítimos dueños. El vecindario de Lóndres, ya casi desesperado, puso patentes sus puertas, y luego que Teodosio logró de la corte de Tréveris el arrimo poderoso de un teniente suyo y un gobernador civil, desempeñó con teson y cordura la ardua tarea del rescate de la Bretaña. Se fueron trayendo á sus estandartes los soldados vagarosos, aquietando toda zozobra y aliviando la aspereza de la disciplina con su propio y jovial ejemplo. No le cupo la gloria de alguna victoria señalada, por la especie de guerra desparramada y salteadora de los bárbaros; pero el tino y la maestría del jeneral romano sobresalieron en dos campañas (A. 368 y 369), que rescataron consecutivamente todos los puntos de la provincia de manos de un enemigo inhumano y robador por esencia. Restableciéronse eficazmente, por el esmero paternal de Teodosio, la brillantez de los pueblos y la seguridad de las fortalezas, arrinconandoá los Caledonios amedrentados hasta el ángulo septentrional de la isla, y perpetuando, con el nombre y el establecimiento de la nueva provincia de *Valencia*, los blasones del reinado de Valentiniano (118). La poesía y los panejíricos podrán quizás añadir con alguna realidad, entonando sus loores, que la sangre de los Pictos tiñó las rejiones de Tule, que los remos de Teodosio azotaron las oleadas del Océano

Hiperboreo, y que las remotas Orcadas presenciaron su victoria naval contra los piratas sajones (119). Dejó la provincia con pura y esplendorosa nombradía; ascendió inmediatamente á maestre jeneral de la caballería con un príncipe que sabia celebrar sin envidia el mérito de sus servidores; y en el apostadero importante del Alto Danubio, el vencedor de Bretaña desbarató los ejércitos alemanes antes que se le nombrase para ir á contrarestar la rebelion del Africa.

III. Todo príncipe que se desentiende de su desempeño como juez enseña al pueblo á conceptuarlo como cómplice de sus ministros. Ejerció largo tiempo su mando militar de Africa el conde Romano con suficiencia adecuada para el cargo; mas como el torpe interés era el único móvil de sus pasos, procedió por lo mas como enemigo de la provincia y compañero de los bárbaros del desierto. Las tres ciudades florecientes de Oca, Séptima y Sabrata, que bajo el nombre de Trípoli se habian hermanado (120), tuvieron por la vez primera que cerrar sus puertas contra una invasion estraña; murieron de sorpresa muchos de sus honrados moradores; aldeas y aun arrabales fueron saqueados, y quedaron cepas y frutales arrancados en aquel pingüe territorio por los malvados salvajes de Jetulia. Acudieron los desventurados naturales al amparo de Romano; mas luego esperimentaron que su gobernador militar no era menos cruel y apresador que los bárbaros (A. 366, etc.). Careciendo de los cuatro mil camellos y del regalo exorbitante que les pedia antes de ponerse en marcha para socorrerlos, aquella demanda equivalia á un desengaño, y así venia á ser el autor del quebranto público. Nombraron en la junta anual de las tres ciudades dos diputados para tributar á las plantas de Valentiniano la ofrenda acostumbrada de una corona de oro, y para acompañar la demostracion de tabla con una queja rendida de que se hallaban acosados por los enemigos y vendidos por el gobernador. Si fuera Valentiniano verdaderamente justiciero, recayera su rigor sobre la cerviz criminal de Romano; pero amaestrado este en cohechos, habia despachado un mensajero dilijente y abonado para afianzar la intimidad venal de Remijio, maestre de los oficios. Mediaron engaños en el consejo imperial, y se embotó luego la indignacion decorosa con la demora. Por fin, evidenciadas las quejas repetidas con nuevas tropelías, envió la corte de Tréveris al notario Paladio para hacerse cargo del estado del Africa y sindicar la conducta de Romano. Amainó luego la entereza imparcial de Paladio; pues se propasó hasta el punto de apropiarse parte de la paga de las tropas que habia sacado del erario, y remordiéndole su bastardía, no pudo ya menos de atestiguar la inocencia y el mérito del conde. Declaróse el cargo de los Tripolinos falso y futil, y volvió de nuevo el mismo Paladio al Africa, comisionado para pesquisar y escarmentar á los inicuos conspiradores contra los representantes de su soberano. Sustanció la pesquisa

con tal maña y éxito, que precisó á los Leptinos, quienes acababan de padecer un sitio de ocho dias, á desdecirse de sus propios decretos y á sindicar la conducta de sus propios diputados. La crueldad temeraria de Valentiniano fulminó sin titubear una sentencia sangrienta; y en su virtud, se ajustició en Utica al presidente de Trípoli, por haber osado condolerse del conflicto de la provincia; acompañáronle cuatro ciudadanos principales por cómplices del soñado engaño, y se les cortaron á otros dos las lenguas por órden espresa. Siguió Romano engreido y airado con el mando militar, hasta que acosados los Africanos por su codicia, acudieron á las banderas del rebelde Moro Firmo (121).

Era su padre Nabal uno de los príncipes moros mas ricos y poderosos de los que estaban reconociendo el poderío de Roma; pero como dejó, así por sus esposas como por sus mancebas, una posteridad crecida, acudieron desaladamente en pos de su herencia opulenta varios aspirantes; y Zama, uno de sus hijos, murió en una contienda doméstica á manos de su hermano Firmo (A. 372). El afan implacable con que Romano se empeñó en castigar legalmente el asesinato podia solo achacarse á móviles de codicia ó de encono personal; mas era en esta situacion justo, y su influjo poderoso; y Firmo echó luego de ver que ó bien tendria que alargar su cerviz al verdugo, ó apelar á su propia espada y al pueblo de la sentencia imperial (122). Mereció aplausos de redentor de su patria, y no bien apareció, cuando Romano, tan solo formidable á una provincia rendida, se vió, como tirano del Africa, menospreciado de estremo á estremo de su jurisdiccion. El desenfreno de los bárbaros en el saqueo, la quema y esterminio de Cesarea, manifestaron á las ciudades opuestas á Firmo el peligro de la resistencia; y así planteó su poderío, á lo menos en las dos provincias de Numidia y Mauritania, quedándole solo la duda de si ceñiria la diadema de rey moro, ó se revestiria la púrpura romana. Mas los ciegos y desventurados Africanos palparon muy pronto que en el temerario intento no se habian parado á computar el alcance de sus propias fuerzas, ó el desempeño de su caudillo. Antes de constarle el nombramiento de jeneral por el emperador y la reunion de toda una escuadra en la embocadura del Ródano, supo repentinamente que el gran Teodosio, con un cuerpo escaso de veteranos, habia desembarcado junto á Ijíljilis ó Jíjeri, en la costa de Africa; y el medroso usurpador se postró ante el predominio de la virtud y de la pericia militar. Aunque dueño de armas y tesoros, desahuciado ya Firmo, acudió á las arterías que en el mismo pais habia practicado el fementido Jugurta. Intentó adormecer con aparente rendimiento los desvelos del jeneral romano, cohechar sus tropas, é ir dilatando la guerra, ajenciando aliados entre las tribus independientes del Africa, ó cuando menos encubridores de su fuga. Imitó Teodosio el ejemplo, y logró el éxito de su antecesor Metelo. Cuando Fir-

mo, en ademan de suplicante, zaheria su propia temeridad é imploraba rendidamente la clemencia del emperador, recibióle el teniente de Valentiniano y lo despidió con un abrazo amistoso; pero en seguida le impuso la entrega de prendas fundamentales para creer en su sincero arrepentimiento; ni se satisfizo con todas sus protestas de paz, esforzando las operaciones de una guerra activa. Penetró la perspicacia de Teodosio una conspiracion recóndita; y dió pábulo sin repugnancia al enfurecimiento público que fomentó reservadamente. Allá entregó, segun costumbre antigua, muchos cómplices de Firmo al desconcierto de una ejecucion militar; y muchos mas con las manos cortadas siguieron horrorizando con su escarmiento; estimulaba la zozobra el odio á los rebeldes, y el temor de los soldados romanos iba acompañado de asombro y respeto. No cabia apresar á Firmo por los páramos de Jetulia y las cañadas del Monte Atlas, y si el usurpador lográba apurar el sufrimiento de su antagonista, ponia en seguridad su persona en sus interminables soledades, esperanzado de una revolucion venidera. Sojuzgóle el teson de Teodosio, quien abrigaba el propósito de terminar la guerra con la muerte del tirano, arrollando en su esterminio á cuantas naciones africanas se le asociasen. Capitaneando una division reducida como de mil y quinientos hombres, el jeneral romano se internaba con varonil cautela, ajena siempre de miedo y de temeridad, por el pais, donde solian asaltarle huestes de veinte mil Moros. El ímpetu de sus avances volcaba á los bárbaros desarreglados; trastornábalos con sus retiradas oportunas y en formacion; burlábales los intentos con mil arbitrios, hijos de su consumada pericia, y todos estaban padeciendo y confesando la superioridad obvia de un caudillo civilizado. Al desembocar Teodosio por los dilatados dominios de Igmazen, rey de los Isaflenses, preguntó el engreido salvaje, en términos retadores, su nombre y el objeto de su espedicion: « Soy, » le contestó desdeñoso el conde, « soy jeneral de Valentiniano, señor del orbe, que me envia para acosar y castigar á un salteador. Ponlo inmediatamente en mis manos, y ten entendido que no cumpliendo el mandato de mi soberano, tú y el pueblo que avasallas vais á quedar esterminados *(n)*. » Enterado Igmazen de que su enemigo tenia fuerza y denuedo para ejecutar el infausto amago, se avino á comprar una paz indispensable con el sacrificio de un reo fujitivo. Desahuciado Firmo, por medio de guardas, de toda huida, embriagado y ajeno de toda aprension, desairó el triunfo insultante de los Romanos, ahorcándose de noche. Su cadáver, único regalo que podia Igmazen tributar á su vencedor, atravesado carniceramente sobre un camello, llegó á Teodosio, quien, conduciendo sus tropas victoriosas á Sitifi, fué aclamado con sincero regocijo (123).

Malograda el Africa con los vicios de Romano, se recobró con los acier-

tos de Teodosio, y no podemos menos de contemplar el diverso recibimiento que merecieron los dos jenerales en la corte imperial (A. 576). Ya quedó suspenso el conde Romano por el maestre jeneral de la caballería, y arrestado con decoroso resguardo hasta el fin de la guerra. Evidenciáronse sus delitos; y ansiaba el público una disposicion justiciera, pero el favor parcial y poderoso de Melobaudes le alentó para recusar á sus lejítimos jueces, para ajenciar incesantes demoras, y con ellas una caterva de testigos favorables, y últimamente encubrir sus procederes criminales con el recargo de dolos y falsías. Por el mismo tiempo el rescatador de Bretaña y de Africa fué degollado en Cartago por sospechas aéreas de que su nombre y servicios descollaban sobre la clase de un súbdito; pues no reinaba ya Valentiniano, y así la muerte de Teodosio como la impunidad de Romano pueden fundadamente achacarse á los amaños de ministros que abusaban de su privanza y descaminaban la inesperiencia de sus hijos (124).

Si por dicha Amiano aplicara su esmero jeográfico á las hazañas de Teodosio en Bretaña, hubiéramos ido delineando con esmero las huellas señaladas de sus pasos; pero la reseña cansada de tribus desconocidas y nada interesantes de Africa puede compendiarse en la advertencia jeneral de que todas correspondian á la ralea atezada de los Moros que habitaban los arrinconados establecimientos de Numidia y Mauritania, la patria, como la apellidaron despues los Arabes, de los dátiles y langostas (125); y que al paso que el poderío romano se iba debilitando en Africa, se angostaba tambien imperceptiblemente el ámbito de las costumbres civilizadas y del terreno cultivado. A la traspuesta de los Moros, el desierto dilatado é inhabitable del Mediodia se esplaya por mas de trescientas leguas hasta las orillas del Nijer. Los antiguos, escasos y descaminados en punto á noticias acerca de la gran península de Africa, solian opinar que la zona tórrida careceria siempre de moradores (126), y á veces embelesaban su idea poblando los espacios vacantes con hombres descabezados ó sean monstruos (127), con sátiros cornudos (128) y con centauros fabulosos (129), y con pigmeos enanos que andaban denodadamente batallando con las grullas (130). Temblara Cartago con la noticia de que allá los paises de entrambos lados del ecuador hervian de naciones que solo en la tez se diferenciaban del aspecto jeneral humano; y los súbditos del imperio romano podian temerse ansiosamente de que los enjambres de bárbaros arrojados del Norte vendrian á estrellarse con otro raudal igualmente bravío y formidable de los salvajes del Mediodía. Amainara su terror, apenas se enteraran de la índole de sus enemigos africanos, pues no procede al parecer la inaccion de los negros de virtud ó miedo. Adolecen de anhelos y pasiones como los demás hombres, y las tribus contiguas suelen hostilizarse á menudo (131); mas nunca su

idiotez llegó á inventar armas pujantes de resguardo ú destruccion; no abarcan planes grandiosos de gobierno ú de conquista, y las naciones de la zona templada están viendo y atropellando aquella patente inferioridad de potencias. Anualmente se embarcan por las costas de Guinea hasta sesenta mil negros para nunca volver á su patria; embárcanlos aherrojados (152), y esta emigracion incesante, que en el espacio de dos siglos pudiera suministrar ejércitos para ir avasallando el orbe, acusa la criminalidad de la Europa y la flaqueza del Africa.

IV. Cumplieron los Romanos puntualmente el tratado afrentoso que salvó el ejército de Joviano; y desentendidos ya de la soberanía y alianza de la Armenia y la Iberia, entrambos reinos tributarios vinieron á quedar sin resguardo contra las armas del monarca persa (153). Entra Sapor en soberanía (A. 365—378), acaudillando una hueste formidable de coraceros, flecheros é infantería asalariada, entabla, segun su práctica invariable, guerra y negociaciones, y se vale de alevosías como instrumentos poderosos de política rejia; aparenta ensalzar el cuerdo comedimiento del rey de Armenia, quien, ajeno de malicias, dobleces ni asechanzas, se pone personalmente en manos de un enemigo perjuro é inhumano. Aherrójanle en medio de un banquete espléndido, con cadenas de plata, como obsequio debido á la sangre de los Arsácidas, y tras breve encierro en la torre del Olvido en Ecbátana, se liberta de las desdichas de la vida por su propio acero ú por el de un asesino (*o*). Queda el reino de Armenia reducido al estado de provincia persa; encabezan su gobierno un sátrapa y un eunuco predilecto, y parte Sapor sobre la marcha para avasallar á los esforzados Iberios. Reinaba en aquel pais, con anuencia de los emperadores, Sauromaces, quien tiene que ceder á fuerzas muy superiores; y como insultando á la majestad de Roma, el rey de los reyes ciñe la diadema en la sien de su rastrero vasallo Aspacuras. Fué la ciudad de Artojerasa (154) la única de Armenia (*p*) que osó contrarestar á su poderío; pero el tesoro depositado en aquella poderosa fortaleza enardecia mas y mas la codicia de Sapor, cuando el peligro de Olimpia, consorte ó viuda del rey armenio, mueve á lástima la nacion y acalora desesperadamente el denuedo de sus súbditos y soldados (*q*). Aciertan los sitiados á rechazar en una salida denodada á los Persas bajo los muros de Artojerasa: mas renovaba y aumentaba Sapor incesantemente sus fuerzas, estaba ya desalentada la guarnicion; asaltáronse las murallas, y el vencedor engreido, tras de esterminar á fuego y sangre una ciudad rebelde, cautivó á la desventurada reina, que en horas mas venturosas se habia destinado para novia del hijo de Constantino (155). Mas si bien quedó Sapor triunfante en la conquista obvia de dos reinos dependientes, esperimentó muy pronto que no se acaba de sojuzgar un pais, mientras el ánimo del pueblo abriga impul-

sos opuestos é irreducibles. Los sátrapas en quienes tuvo que confiar se abalanzaron á la primera coyuntura que se les rodeó de recobrar el afecto de sus conciudadanos y de señalar su encono sempiterno al nombre persa. Desde la conversion de los Armenios y de los Iberios, entrambas naciones conceptuaron á los Cristianos como los allegados, y á los magos como á los enemigos del Sér supremo, estremó á porfia el clero su influjo sobre un pueblo supersticioso por la causa de Roma, y en tanto que los sucesores de Constantino batallaron con los de Artajérjes por las provincias intermedias, los enlaces relijiosos inclinaron decisivamente la balanza á favor del imperio. Un bando crecido y eficaz reconoció á Para, hijo de Tirano, por soberano lejítimo de Armenia, y cuyo título á la corona estaba hondamente arraigado en la sucesion hereditaria de quinientos años. Aunáronse los Iberios en dividir el pais entre los dos príncipes competidores, y Aspacuras, deudor de su diadema á la eleccion de Sapor, tuvo que manifestar que estaba pronto á desentenderse de la Persia, á no mediar sus hijos, que estaban en rehenes afianzados por el tirano. Respetaba el emperador Valente los pactos del tratado, y aunque temia acarrear una guerra muy arriesgada al Oriente, sostuvo pausada y cautelosamente el partido romano en los reinos de Iberia y de Armenia (*r*). Afianzaron doce lejiones la autoridad de Sauromaces en las orillas del Ciro, y quedó el Eufrates resguardado con el teson de Arinteo. Un ejército poderoso, mandado por el conde Trajano y por Valdomair, rey de los Alemanes, sentó sus reales sobre la raya de Armenia. Mas encargóseles encarecidamente que no hostilizasen con el menor intento que se encaminase á quebrantar el tratado: y tan rendida fué la obediencia del jeneral romano, que se retiró con sin igual comedimiento bajo una nube de flechas enemigas, hasta que vió que debia resguardarse y lograr una victoria completa y lejítima; mas pararon al fin estos asomos de guerra en la dilatada languidez de una negociacion cansada é infructuosa. Alegaban las partes opuestas sus demandas con baldones mutuos de ambicion y alevosía, y mediaban sin duda en el tratado fundamental especies enmarañadas, pues acudieron á la apelacion del testimonio parcial de cuantos jenerales intervinieron en el contrato por ambas naciones (136). Las invasiones de Godos y Hunos, que vinieron luego á estremecer los cimientos del imperio romano, patentizaron las provincias asiáticas á las armas de Sapor; mas ya la edad quebrantada y tal vez los achaques del monarca acarrearon máximas nuevas de sosiego y moderacion; y su muerte (A. 380), ocurrida ya en la colmada madurez de setenta años de reinado, mudó al punto la corte y el sistema de la Persia; y sin duda sus desvelos se vincularon en las turbulencias interiores y en el empeño de una guerra en Carmania (137). Trascordáronse agravios tras los logros de la paz; y con la mutua anuencia de ambos

imperios, se franqueó á los reinos de Armenia é Iberia su mal deslindada neutralidad; y en los primeros años del reinado de Teodosio, llegó á Constantinopla una embajada persa para disculpar las demasías del gobierno anterior, y tributar, como prenda de intimidad y aun de respeto, el regalo precioso de pedrería, sedas y elefantes indios (158) (A. 384).

Descuellan las aventuras de Para en el cuadro jeneral de los negocios orientales durante el reinado de Valente. Habia el mozo ilustre atravesado, á impulso de su madre Olimpia, la hueste persa que estaba sitiando á Artojerasa, para implorar el amparo del emperador de Oriente, cuyo medroso comportamiento agasajó y desechó, repuso y vendió á Para. Esperanzáronse á temporadas los Armenios con la presencia de su soberano natural (*s*), y conceptuaban los ministros de Valente que permanecia intacta la fe pública, con tal de que su vasallo no se apellidase ni se coronase rey; mas tuvieron luego que arrepentirse de su temeridad, abochornados por las reconvenciones y amenazas del monarca persa. Tuvieron tambien motivo para maliciar la índole cruel é insubsistente del mismo Para, quien andaba sacrificando, por soñadas sospechas, las vidas de sus servidores mas cabales, y estaba en correspondencia reservada é indecorosa con el asesino de su padre y enemigo de su patria. A pretesto de acordar con el emperador sus mutuos intereses, recabaron fácilmente de Para que bajase de las serranías de Armenia donde estaba su partido armado, y que confiase su salvacion é independencia á discrecion de una corte alevosa. El rey de Armenia, pues como tal estaba conceptuado por sí mismo y por su nacion, lograba dignos obsequios con los gobernadores de las provincias por donde iba pasando, mas atajáronle con varios pretestos el paso en Tarso de Cilicia, acechábansele con desvelado respeto sus pasos, y vino por fin á desengañarse de que se hallaba preso en potestad de los Romanos. Encubre Para sus iras, disimula sus zozobras, y dispuesta ya reservadamente su fuga, cabalga con trescientos secuaces íntimos. Participa inmediatamente la novedad el oficial de guardia en su aposento al consular de Cilicia, que lo alcanza en los arrabales y se esmera infructuosamente en disuadirle de su temerario intento. Marcha toda una lejion en alcance del fujitivo rejio; mas era inhábil la infantería contra un cuerpo de caballería lijera, y á su primera descarga de un diluvio de flechas, se retira aquella precipitadamente hasta las puertas de Tarso. Tras una marcha incesante de dos dias y noches, llegan Para y sus Armenios á las orillas del Eufrates, tropiezan en el tránsito á nado (*t*) con varios estorbos y algun quebranto; alborótase el pais, y ambas carreteras, en el intermedio de una legua, están atajadas con mil flecheros á caballo, á las órdenes de un conde y de un tribuno. Desespera Para, cuando sobreviene un viandante amigo, y le manifiesta el peligro y el rumbo para su salvamento. Un sendero enmarañado y casi intransi-

table conduce y salva al Armenio por la maleza, y allá quedaron en acecho el conde y el tribuno por las carreteras. Volviéronse á la corte imperial para disculpar su torpeza y malogro, y alegaron con toda formalidad que el rey de Armenia, májico de primer órden, les habia pasado por delante con sus secuaces, transfigurados todos en personajes muy ajenos de su propia estampa (*u*). Llegado Para á su reino, siguió profesándose siempre amigo y aliado de los Romanos; pero estos, como ofensores tan violentos, no podian ya indultarle, y su sentencia de muerte quedó firmada en el consejo de Valente. Confióse el desempeño de la bastardía al sagaz conde Trajano, quien logró internarse en la privanza del incauto príncipe para proporcionarse la coyuntura de traspasarle el pecho. Convídanle á un banquete romano, aparatado con todo el boato y la sensualidad del Oriente, resuena música placentera por el salon, acalóranse á competencia con el vino, cuando se retira un instante el conde, esgrime su espada y hace la señal al matador, que era un bárbaro desaforado y robusto; y aunque el rey de Armenia defiende esforzadamente su vida con la primera arma que le vino á la mano, empápase la mesa del caudillo imperial con la rejia sangre de un huésped y un aliado. Tales eran ya las máximas rastreras y malvadas de la administracion romana, que para alcanzar un objeto dudoso de interés político se atropellaban á la faz del mundo las leyes de las naciones y los fueros sagrados de la hospitalidad (A. 374) (139).

V. Por espacio del intermedio pacífico de treinta años, resguardaron los Romanos sus fronteras, y fueron los Godos ensanchando sus dominios. Las victorias del grande Hermanrico (140), rey de los Ostrogodos, el mas esclarecido de la alcurnia de los Amalis, han venido á parangonarse, por el acaloramiento de sus compatricios, con las hazañas de Alejandro; con la estraña, y aun increible diferencia, de que la bizarría del campeon godo, en vez de brotar de la lozana pujanza de la mocedad, descolló con acierto y esplendor en el plazo postrero de la vida humana, entre la edad de ochenta y la de ciento y diez años. Las tribus independientes, por violencia ó persuasiva, tuvieron que reconocer al rey de los Ostrogodos por soberano de la nacion goda; los caudillos de los Visigodos ó Tervinjios, renunciaron el dictado rejio y se avinieron á la denominacion mas comedida de *Jueces*; entre estos, Atanarico, Fritijerno y Alavivo eran los mas descollantes, así por sus prendas personales, como por la cercanía de las provincias romanas. Creció con las conquistas domésticas el poderío de Hermanrico y ensanchó los ámbitos de su ambicion. Invadió las comarcas confinantes del Norte, y arrolló hasta doce naciones considerables, cuyos nombres y estension no cabe ahora deslindar (141). Los Hérulos, avecindados por las orillas pantanosas del lago Meotis, sobresalian por su brio y ajilidad, y se apetecia y se solicitaba

con ahinco el auxilio de su infantería lijera en todas las guerras de los bárbaros ; pero el teson pujante de los Godos dió al través con el ardimiento de los Hérulos , y tras una refriega sangrienta en que feneció el rey , los restos de aquel pueblo belicoso vinieron á reforzar el campamento de Hermanrico. Marchó entónces contra los Venedos, inhábiles en el manejo de las armas , y tan solo formidables por su número , que se esplayaban por las llanuras de la moderna Polonia. Vencieron los Godos, iguales en la muchedumbre y superiores por su ejercicio y disciplina, y rendidos los Venedos , se adelantó el vencedor sin contraste hasta el lindero de los Estios (142), pueblo antiguo , cuyo nombre se conserva todavía en la provincia de Estonia. Vivian aquellos moradores del Báltico de su labranza y del comercio del ámbar , y estaban consagrados por su culto especial de la Madre de los Dioses : pero faltos de hierro, tenian que valerse únicamente de mazas , y atribúyese la reduccion de aquel pais pingüe mas bien á la maña que á las armas de Hermanrico. Estendiéndose su señorío desde el Danubio al Báltico , abarcaba el asiento nativo y las adquisiciones modernas de los Godos , y reinaba en la mayor parte de Jermania y Escitia con la autoridad de un conquistador, y á veces con la crueldad de un tirano ; mas dominaba una porcion del globo incapaz de realzar y perpetuar la gloria del heroismo. Yace casi en el olvido el nombre de Hermanrico ; apenas se alcanzan sus proezas , y aun los mismos Romanos aparecen ajenos de una potencia que iba ya descollando en ademan de avasallar el Norte y desasosegar por el Mediodía el imperio (143).

Vivian los Godos adictos á la casa de Constantino , cuyas repetidas finezas habian disfrutado. Respetaban la paz en jeneral , y si tal cual gavilla osaba á veces hollar el romano lindero , achacábase candorosamente aquella demasía á la índole indómita de toda mocedad bárbara. Su menosprecio de dos príncipes nuevos y rastreros , recien entronizados popularmente , esperanzó grandiosamente á los Godos , y al abrigar el intento de aunarse en confederacion nacional y poderosa (144) , se avinieron desde luego al bando de Procopio , y á fomentar con su auxilio malhadado las discordias civiles de los Romanos. Pactábanse públicamente tan solos diez mil auxiliares ; mas se admitió la oferta tan desaladamente por los caudillos visigodos , que ascendia su ejército , al atravesar el Danubio, á treinta mil hombres (145). Marchaban engreidos de que su denuedo decidiria de la suerte del imperio romano , y las provincias de Tracia jimieron bajo el azote de unos bárbaros que ostentaban el despotismo de dueños y el desenfreno de enemigos. Mas al saciar sus brutales apetitos , entorpecian sus pasos , y aun antes de constarles á los Godos la derrota y muerte de Procopio , estaban viendo por el ademan hostil del pais que el competidor venturoso habia ya recobrado su

potestad civil y militar. Acordonaron los jenerales, y no Valente, con tino fuertes y apostaderos, atajaron el ávance y la retirada, y ante todo la subsistencia á los bárbaros, cuya fiereza amainó con el hambre: rindieron rabiosamente sus armas á las plantas del vencedor, quien les brindó con pasto y coyunda; repartiéronse rebaños de cautivos por las ciudades del Oriente; y el paisanaje, al familiarizarse con su traza bravía, se fué acostumbrando á medir sus fuerzas con aquellos contrarios formidables, á cuyo nombre solia quedarse despavorido. El rey de Escitia (y solo Hermanrico merecia dictado tan altisonante) quedó lastimado con este quebranto nacional. Alborotaron con quejas sus embajadores la corte de Valente por la contravencion á la antigua y solemne alianza que por tanto tiempo habia reinado entre Romanos y Godos. Alegaron que habian cumplido con su calidad de aliados auxiliando al deudo y sucesor del emperador Juliano; exijieron la devolucion inmediata de los gallardos cautivos, y esforzaron la demanda estraña de que los caudillos godos, marchando y hostilizando escuadronados, eran acreedores al carácter sagrado y á las prerogativas de embajadores. Notificó Victor á los bárbaros, como maestre jeneral de la caballería, el desengaño de peticiones tan desatinadas, manifestándoles con brioso señorío las quejas fundadas del emperador de Oriente (146). Rompióse la negociacion, y las amonestaciones varoniles de Valentiniano desacobardaron al medroso hermano para desagraviar la majestad lastimada del imperio (147).

Ensalza un historiador contemporaneo (148) la grandiosidad esplendorosa de esta guerra gótica, cuyos acaecimientos se hacen tan solo acreedores al recuerdo de la posteridad como antecedentes y asomos de la decadencia y ruina del imperio (A. 367—369). En vez de acaudillar las naciones de Jermania y de Escitia á las orillas del Danubio, y aun hasta las puertas de Constantinopla, traspasó el anciano monarca al valeroso Atanarico los riesgos y timbres de una guerra defensiva contra un enemigo qué manejaba con diestra desfallecida el poderío de un estado grandioso. Construyóse un puente de barcas sobre el Danubio; alentaba la presencia de Valente á la tropa, y su impericia militar quedaba compensada con su valentía personal y su cuerdo acatamiento á los dictámenes de Victor y de Arinteo, sus maestres jenerales de caballería é infantería, quienes dispusieron las operaciones de la campaña con sabio tino; mas palparon luego la imposibilidad de desencastillar á los Visigodos de sus cumbres fortificadas, y los mismos Romanos, que asolaron las llanuras, tuvieron que despasar el Danubio á los asomos del invierno. Los aguaceros que hincharon el rio acarrearon una tregua tácita y encerraron al emperador Valente por todo el estío siguiente en sus reales de Marcianópolis. Fué el tercer año de la guerra mas ventajoso para los Romanos é infausto para los Godos. Atajado el comercio, carecian los bárbaros de

renglones de lujo, que se les iban haciendo tan precisos como los mismos abastos, y la tala de un ámbito dilatado de terreno les amagaba ya con la plaga horrorosa del hambre. Tuvo Atanarico que arriesgar en la llanura una batalla que perdió, resultando sangriento el alcance por la crueldad de los jenerales victoriosos, que habian prometido de antemano un premio cuantioso por cada cabeza goda que trajesen al campamento. Aplacaron los bárbaros con su rendimiento la ira de Valente y de su consejo, y el emperador oyó complacido la representacion lisonjera y elocuente del senado de Constantinopla, que alternó por la vez primera en las deliberaciones públicas; y los mismos jenerales Victor y Arinteo, tan certeros en el manejo de la guerra, fueron los encargados para el ajuste de la paz. La franquicia de comercio que habian disfrutado los Godos quedó coartada á dos ciudades sobre el Danubio; escarmentóse la temeridad de los caudillos con la cesacion de sus pensiones y agasajos, y la escepcion pactada á favor de Atanarico fué mas ventajosa que honorífica para el juez de los Visigodos. Atanarico, que en esta coyuntura parece que acudió á su interés personal sin contar con su soberano, mantuvo su decoro en su avistamiento propuesto por los ministros de Valente. Insistió en declarar que vendria á ser un vil perjuro, si ponia los piés jamás en el territorio del imperio; y es muy probable que tanto respeto á la santidad de aquel empeño procedia de los ejemplos torpes y recientes de la alevosía romana. Separaba el Danubio los dominios de entrambas naciones, y se escojió para el punto de la conferencia. El emperador de Oriente y el juez de los Visigodos, con igual escolta por ambas partes, se adelantaron en sus bajeles respectivos hasta el centro del rio. Ratificado el ajuste y entregados los rehenes, volvióse Valente en triunfo á Constantinopla, y permanecieron sosegados por seis años los Godos, hasta que los arrolló sobre el imperio romano una hueste de Escitas que salian al parecer de las rejiones heladas del Norte (149).

Al ceder el emperador de Occidente el mando del Bajo Danubio, reservó para sus propios desvelos la defensa de las provincias Recia é Iliria, que se estendian por cientos de leguas sobre el rio mas caudaloso de Europa. Acudia incesantemente la activa política de Valentiniano á fortificar y resguardar su frontera; pero propasábase en su intento, en términos de enconar fundadamente á los bárbaros. Quejáronse los Cuados de que el solar para una fortaleza ideada se habia señalado en su propio territorio, y espusieron sus motivos tan razonable y comedidamente, que Equicio, maestre jeneral del Ilírico, se avino á suspender la obra, hasta recibir instrucciones mas terminantes de su soberano. El inhumano Maximino, prefecto, ú mas bien tirano de la Galia, se abalanzó á esta coyuntura de dañar á un competidor, y hacer medrar á su hijo. Arrojábase Valentiniano en sus ímpetus sin contraresto, y estuvo

tan crédulo con las seguridades de su privado, que confió á los desvelos de su hijo Marcelino la direccion de la obra, sin que las representaciones desmandadas de los bárbaros llegasen á importunar mas al emperador. Encargóse el mancebo del gobierno de Valeria ; y Jermanos y súbditos de Roma padecieron la arrogancia insultante é indecorosa de quien conceptuaba su repentino ensalzamiento como galardon de sus merecimientos. Aparentó sin embargo atender cortesmente al recurso de Gabinio, rey de los Cuados; pero su artera urbanidad encubria un intento recóndito y horroroso ; y el príncipe condescendiente admitió el convite espresivo de Marcelino. No acierto á variar el pormenor de tanta é idéntica bartardía, ni á referir que en el plazo de un mismo año, pero en sitios remotos del mismo imperio, la mesa alevosa de dos jenerales romanos se empapó en la sangre real de dos huéspedes y aliados, inhumanamente asesinados por su órden y en su presencia. Igual fué la suerte de Gabinio y de Para ; mas la muerte cruel del soberano impresionó en diversos términos la índole rastrera de los Armenios y el temple denodado de los Jermanos. Habian decaido en gran manera los Cuados del poderío formidable que en tiempo de Marco Antonino estremeció de pavor hasta los umbrales de Roma ; pero acompañábanles todavía armas y valor, y rayaba su denuedo en desesperacion, logrando además el arrimo acostumbrado de la caballería de los Sármatas, sus aliados. Tan desacordado estuvo el matador Marcelino, que escojió el trance en que faltaban los veteranos principales por acudir á la rebelion de Firmo; y toda la provincia, con escaso resguardo, quedaba espuesta á la saña de los bárbaros airados. Arrojáronse á la Panonia en la temporada de las mieses ; abrasaron cuanto no podian trasportar y se desentendieron de las fortificaciones ó arrasaron las mal guarnecidas. Salvóse trabajosamente la princesa Constancia, hija del emperador Constancio y nieta del gran Constantino. La señorita rejia, sostenedora inculpable de la rebeldía de Procopio, era á la sazon novia del heredero del imperio occidental. Atravesaba la provincia con un séquito esplendoroso é indefenso; pero el gobernador Mesala evitó con sus activas disposiciones el peligro y el baldon de un tropiezo. Enterado de que cercaban la aldea donde iba á comer, la colocó en su propio carruaje, y corrió á escape hasta llegar á las puertas de Sirmio, que estaba á ocho ú nueve leguas; y aun aquella plaza no le sirviera de resguardo, si el enemigo acudiera ejecutivamente á aprovechar el trance del terror jeneral, mas su tardanza dió lugar á que Probo, el prefecto del pretorio, volviera en si y alentara al vecindario para reparar las fortificaciones y traer una compañía de flecheros en su auxilio. Malogrado su intento contra Sirmio, los bárbaros airados volvieron las armas contra el maestre jeneral de la raya, á quien infundadamente achacaban el asesinato de su rey. Solas dos lejiones pudo

Equicio sacar á campaña, pero contenian las fuerzas veteranas de los cuerpos de Mesia y de Panonia. La terquedad con que compitieron por el desatinado privilejio de precedencia les acarreó su esterminio, pues mientras obraban separadamente cada cual á su albedrío, las sorprendió y acuchilló con su irresistible pujanza la caballería sármata. Estos triunfos fueron estimulando á porfía tribus y tribus confinantes; y quedaba absolutamente desmembrada la provincia de Mesia, si el jóven Teodosio, duque ó caudillo militar de la raya, no descollara, derrotando al enemigo, con aquel númen denodado, digno de su esclarecido padre y de su encumbramiento venidero (150).

Afectó sobremanera el pecho de Valentiniano el quebranto del Ilírico; mas lo atrasado de la estacion suspendió la ejecucion de sus intentos hasta la primavera siguiente (A. 375). Marchó personalmente, con parte considerable de las fuerzas de la Galia, desde las orillas del Mosela; y contestó con ambigüedad á los embajadores sármatas, que le salieron rendidamente al encuentro, que en llegando al sitio de las operaciones, se haria cargo de todo y determinaria. Llegado á Sirmio, oyó á los diputados de las provincias Ilíricas, que prorumpieron en ruidosas aclamaciones sobre su propia dicha, con el propicio gobierno de Probo, su prefecto pretoriano (151). Lisonjeado Valentiniano con aquellas muestras de lealtad y agradecimiento, preguntó indiscretamente al diputado del Epiro, filósofo cínico de osada injenuidad (152) « si le habian enviado los votos de la provincia »—«Envíanme á su pesar con lágrimas y jemidos» (respondió Ificles). Enmudeció el emperador; mas la impunidad de sus ministros arraigó la máxima aciaga de que podia atropellar á los súbditos, sin dañar á sus intereses, pues una pesquisa eficaz de su gobierno remediara el descontento público. Providenciando contra la muerte de Gabinio, restablecia la confianza de los Jermanos y desagraviaba el pundonor del nombre romano: mas no cabia en el engreimiento del monarca la magnanimidad de reconocer un yerro, pues desentendiéndose del provocador, solo se acordó del agravio, y se internó en el pais de los Cuados con una sed insaciable de sangre y de venganza. La estremada asolacion y la matanza á diestro y siniestro de una guerra bravía se sinceraban para el emperador, y quizás para el mundo, con la equidad inhumana de represalias (153); y tal era la disciplina de los Romanos y el terror de los enemigos, que Valentiniano se volvió por el Danubio sin la pérdida de un solo hombre. Empeñado en completar el esterminio de los Cuados en otra campaña, sentó sus reales de invierno en Brejecio, sobre el Danubio, junto á la ciudad húngara de Presburgo. Mientras el temporal imposibilitaba la guerra, intentaron los Cuados rendidamente amainar las iras del vencedor, y á instancia eficaz de Equicio, entraron los embajadores en el consejo imperial. Acercáronse encorvados y des-

pavoridos al trono, y sin osar quejarse de la muerte de su rey, se juramentaron, asegurando que la correría última era demasía de algunos salteadores desmandados, mal vistos y aborrecidos de todo el consejo nacional. Esperanzóles poquísimo la contestacion del emperador, afeándoles destempladamente su vileza, su ingratitud y su insolencia.—Ojos, voz, semblante y ademanes demostraban el ímpetu de su enfurecimiento, y con su arrebato, se le reventó repentinamente una arteria; y Valentiniano cayó sin habla en los brazos de sus inmediatos. Desveláronse por encubrir el caso al jentío; mas al punto agonizó violentamente el emperador de Occidente, vuelto en sí hasta el sumo trance; pero no pudo, por mas que forcejeó sobremanera, manifestar su voluntad á los jenerales y ministros que lo estaban cercando (A. 375, nov. 17). Murió á los cincuenta y cuatro años, faltándole cien dias para completar los doce de su reinado (154).

Atestigua un historiador eclesiástico (155) formalmente la poligamia de Valentiniano. « La emperatriz Severa (voy refiriendo la patraña) admitió á su trato familiar la preciosa Justina, hija de un gobernador italiano. Pasmada al presenciar en el baño sus primores desnudos, los decantó con tan subidas é indiscretas alabanzas, que indujeron al emperador á traerla en segundas nupcias á su lecho, y con edicto público franqueó á todos los súbditos del imperio su privilejio propio y doméstico.» Mas la razon y la historia evidencian que Valentiniano contrajo ambos enlaces de Severa y Justina *sucesivamente*, usando del permiso antiguo del divorcio que concedian las leyes, aunque lo reprobaba la iglesia. Fué Severa madre de Graciano, quien al parecer juntaba cuantos derechos cabian para la sucesion indudable al imperio occidental. Era el primojénito de un monarca cuyo reinado glorioso habia confirmado la eleccion libre y honorífica de sus compañeros El mancebo rejio, antes de los nueve años, recibió de manos del cariñoso padre la púrpura y la diadema con el dictado de Augusto; revalidaron solemne y aclamadamente los ejércitos de la Galia aquella eleccion (156); y en todos los acuerdos legales del gobierno romano se juntó el nombre de Graciano con los de Valentiniano y Valente. Casado con la nieta de Constantino, el hijo de Valentiniano se granjeaba cuantos derechos hereditarios competian á la familia Flavia, santificados, en la serie de tres jeneraciones imperiales, por el tiempo, la relijion y el acatamiento del pueblo. Hallábase de diez y siete años el mozo rejio á la muerte del padre: residia sin zozobra en el palacio de Tréveris, cuando á la distancia de tantísimas leguas falleció repentinamente Valentiniano en los reales de Brejecio. Las pasiones, enfrenadas con la dilatada presencia de un dueño, retoñaron inmediatamente en el consejo imperial; y Melobaudes y Equicio, árbitros del afecto de los cuerpos ilíricos é italianos, ejecutaron mañosamen-

te su intento de reinar á nombre de un niño. Idearon los pretestos mas honrosos para desviar á los caudillos predilectos y á las tropas de la Galia, que pudieran afianzar las pretensiones del sucesor lejítimo; y apuntaron la precision de estinguir la esperanza á todo aspirante estraño ú doméstico con un paso denodado y decisivo. Invitaron á la emperatriz Justina, que se hallaba en un palacio á treinta leguas de Brejecio, para que se sirviese acudir al campamento con el hijo del emperador difunto. Mostraron, á los seis dias de la muerte de Valentiniano, el niño del mismo nombre y de cuatro años, en brazos de la madre, á las lejiones, revistiéndolo y aclamándolo con los dictados é insignias de la potestad militar. La conducta atinada del emperador Graciano precavió oportunamente el peligro inminente de una guerra civil. Aceptó placenteramente la eleccion del ejército, manifestó que siempre conceptuaria como hermano al hijo de Justina, y no en clase de competidor, y aconsejaba á la emperatriz que se avecindase con su hijo Valentiniano en Milan, y en la hermosa y pacífica provincia de Italia, mientras él tomaba á su cargo el mando mas trabajoso de los paises allende los Alpes. Estaba Graciano disimulando su encono hasta poder castigar ó afrentar á su salvo á los autores de la conspiracion, y aunque se mostró siempre atento y cariñoso con el niño compañero, fué siempre hermanando en el desempeño de su réjimen el cargo de ayo con la autoridad de soberano. Ejercíase el gobierno del mundo romano con los nombres juntos de Valente y de los dos sobrinos; mas el apocado emperador del Oriente nunca se granjeó, en medio de gozar ya la jerarquía de su hermano mayor, preponderancia ni influjo en los negocios del Occidente (157).

---

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimo quinto.

(1) Las medallas de Joviano le representan victorioso, con coronas de laurel y cautivos postrados. Ducange, Famil. Byzantin., p. 52. La adulacion es un necio suicidio: se destruye con sus propias manos.

(2) Joviano restituyó á la iglesia τὸν ἀρχαῖον κόσμον; espresion fuerte é intelijible (Filostorjio, l. VIII, c. 5, con las Disertaciones de Gofredo, p. 329. Sozomen, l. VI, c. 3). Sozomen exajera la nueva ley que

condena el rapto ó casamiento de las monjas (Cod. Theod., l. IX, tit. XXV, leg. 2); y supone que una mirada amorosa, el adulterio del corazon, era castigada de muerte por el evanjélico Lejislador.

(3) Compárese á Sócrates, l. III, c. 25, y Filostorjio, l. VIII, c. 6, con las Disertaciones de Gofredo, p. 330.

(4) La palabra *celestial* espresa débilmente la impía y estravagante adulacion del emperador al arzobispo, τῆς πρὸς τὸν θεὸν τῶν ὅλων ὁμοιώσεος. Véase la epístola orijinal en Atanasio, tom. II, p. 33. Gregorio Nazianzeno (Orat. XXI, p. 392) celebra la amistad de Joviano y Atanasio. El viaje del primado fué aconsejado por los monjes ejipcios (Tillemont, Mem. Ecles., tom. VIII, p. 221).

(5) Atanasio, en la corte de Antioquía, está agradablemente representado por La Bleterie (Hist. de Joviano, tom. I, p. 121-148); traduce las conferencias estrañas y orijinales del emperador, el primado de Ejipto, y los diputados arrianos. El abate no está satisfecho con los groseros chistes de Joviano; pero su parcialidad con Atanasio se reviste á sus ojos del carácter de la justicia.

(6) La verdadera era de su muerte se halla envuelta en alguna confusion (Tillemont, Mem. Ecles., tom. VIII, p. 719-723). Pero la fecha (A. D. 373, 2 de mayo) que parece concordar mejor con la historia y la razon está ratificada por su vida auténtica (Maffei, Observaciones literarias, tom. III, p. 81).

(7) Véanse las observaciones de Valesio y Jortin (Observaciones sobre la Historia Eclesiástica, vol. IV, p. 38) sobre la carta orijinal de Atanasio, conservada por Teodoreto (l. IV, c. 3). En algunos manuscritos se halla omitida esta promesa indiscreta, acaso por los Católicos, celosos de la nombradía profética de su caudillo.

(8) Atanasio (apud Teodoreto, l. IV, c. 3) pondera el número de los ortodojos, que componian todo el mundo παρὲξ ὀλίγων τῶν τὰ Ἀρείου φρονούντων. Este aserto se verificó en el espacio de treinta á cuarenta años.

(9) Sócrates, l. III, c. 24. Gregorio Nazianzeno (Orat. IV, p. 131), y Libanio (Orat. Parentalis, c. 148, p. 369) espresan los sentimientos que animan á sus facciones respectivas.

(10) Temistio, Orat. V, p. 63-71. edic. Harduin, Paris, 1684. El abate de la Bleterie observa acertadamente (Hist. de Joviano, tom. I, p. 199) que Sozomen se ha olvidado de la tolerancia jeneral; y Temistio del establecimiento de la relijion católica. Cada uno de ellos apartó la vista del objeto que le repugnaba, y deseó suprimir la parte del edicto que en su juicio hacia menos favor al emperador Joviano.

(11) Οἱ δὲ Ἀντιοχεῖς οὐχ ἡδέως διέκειντο πρὸς αὐτόν· ἀλλ'ἐπέσκωπτον αὐτὸν ᾠδαῖς καὶ παρῳδίαις καὶ τοῖς καλουμένοις φαμώσσεις (*famosis libellis*). Johan. Antiochen.

in Excerp. Valesian., p. 845. Los libelos de Antioquía pueden admitirse como un testimonio muy leve.

(12) Compárese á Amiano (XXV, 10), que omite el nombre de los Bátavos, con Zósimo (l. III, p. 197), que traslada el teatro de la accion de Reims á Sirmio.

(13) Quos capita scholarum ordo castrensis appellat. Amiano, XXV, 10, y Vales. ad locum.

(14) Cujus vagitus, pertinaciter reluctantis, ne in curuli sella veheretur ex more, id quod mox accidit protendebat. Augusto y sus sucesores solicitaron respetuosamente una dispensa de edad para los hijos ó sobrinos á quienes elevaban al consulado. Pero la silla curul del primer Bruto nunca habia sido deshonrada por un niño.

(15) El Itinerario de Antonino fija Dadastana á 125 millas romanas de Niza; 117 de Ancira (Wesseling, Itinerar., p. 142). El peregrino de Burdeos omite algunas paradas, y así reduce todo el espacio de 242 á 181 millas. Wesseling, p. 574 (*).

(16) Véase á Amiano (XXX, 10), Eutropio, (X, 18), que pudiera haberse hallado presente: Jerónimo (tom. I, p. 26, ad Heliodorum), Orosio (VII, 31), Sozomen (l. VI, c. 6), Zósimo (l. III, p. 197, 198), y Zonaras (tom. II, l. XIII, p. 28, 29). No podemos esperar un acuerdo completo y no discutirémos sobre diferencias minuciosas.

(17) Amiano, olvidándose de su candor y sensatez acostumbrada, compara la muerte del inocente Joviano á la del segundo Africano, que habia escitado los temores y resentimientos de la faccion popular.

(18) Crisóstomo, tom. I, p. 336, 344, edic. Montfaucon. El orador cristiano trata de consolar á una viuda con los ejemplos de ilustres desgracias; y observa de que nueve emperadores (incluso el César Galo) que habian reinado en su tiempo, solo dos (Constantino y Constancio) murieron de muerte natural. Tales consuelos nunca han enjugado una sola lágrima.

(19) Diez dias parecen apenas bastantes para la marcha y la eleccion. Pero puede observarse: 1. Que los jenerales podian valerse del medio espeditivo de los correos públicos para sí, sus acompañantes y mensajeros. 2. Que las tropas marchaban en muchas divisiones, para mayor comodidad de las ciudades, y que el frente de la columna podia llegar á Niza, cuando la retaguardia estaba detenida en Ancira.

(20) Amiano, XXVI, 1. Zósimo, l. III, p. 198. Filostorjio, l. VIII, c. 8, y las Disertaciones de Gofredo, p. 334. Filostorjio, que al parecer consiguió algunos informes curiosos y auténticos, atribuye la eleccion

(*) Se supone que Castabat es Dadastana.— M.

de Valentiniano al prefecto Salustio, al maestre jeneral Arinteo, á Dagalaifo, conde de los domésticos, y al patricio Daciano, cuyas vivas recomendaciones desde Ancira fueron de grande influjo en la eleccion.

(21) Amiano (XXX, 7, 9) y Víctor Menor han proporcionado el retrato de Valentiniano, que precede naturalmente é ilustra la historia de su reinado (*).

(*a*) Segun Amiano, escribia elegantemente y era muy hábil en pintura y en hacer bustos. Scribens decore, venusteque pingens et fingens. XXX, 7.—M.

(22) En Antioquía tuvo que acompañar al emperador al templo, é hirió á un sacerdote que habia intentado purificarle con agua lustral (Sozomen, l. VI, c. 6. Teodoreto, l. III, c. 15). Semejante defensa pública fuera propia de Valentiniano; pero no podia dar márjen á la vil delacion del filósofo Máximo, la cual supone alguna ofensa privada mas (Zósimo, l. IV, p. 200, 201).

(23) Sócrates, l. IV. Sozomen (l. VI, c. 6), y Filostorjio (l. VII, c. 7, con las Disertaciones de Gofredo, p. 293) interponen un destierro anterior á Melitene ó Tebaida (el primero fuera posible).

(24) Amiano, en una digresion larguísima y fuera del caso, (XXVI, 1, y Valesio ad locum) supone temerariamente que entiende una cuestion astronómica que sus lectores ignoran. Censorino (de Die Natali, c. 20), y Macrobio (Saturnal., l. I, c. 12-16) la tratan con mas sensatez y propiedad. La apelacion de *Bisiesto*, que indica el año de mal agüero (Augustin ad Januariam, epíst. 119), se deriva de la *repeticion* del *sexto* dia de las calendas de marzo.

(25) El primer discurso de Valentiniano se halla entero en Amiano (XXVI, 2); en Filostorjio es conciso y sentencioso (l. VIII, c. 8).

(26) Si tuos amas, Imperator optime, habes fratrem; si Rempublicam, quære quem vestias. Amiano, XXVI, 4. En la reparticion del imperio, Valentiniano retuvo para sí á este sincero consejero (c. 6).

(27) In suburbano. Amian. XXVI, 4. El célebre *Hebdomon*, ó campo de Marte, estaba distante de Constantinopla de siete estadios ó siete millas. Véase á Valesio y su hermano, ad loc., y Ducange, Const., l. II, p. 140, 141, 172, 173.

(*b*) Símaco elojia la liberalidad de Valentiniano en elevar de golpe á su hermano al puesto de Augusto, sin sujetarlo á la lenta graduacion de

(*) Símaco, en un fragmento de una oracion publicada por M. Mayo, describe á Valentiniano como nacido entre las nieves de Iliria, y acostumbrado á los trabajos militares entre el polvo y el calor de Libia: genitus in frigoribus, educatus in solibus. Sym. Orat. Frag., Edic. Niebuhr, p. 5.—M.

César. Exiqui animi vices munerum partiuntur , tua liberalitas desideriis nihil reliquit. Symm. Orat., p. 7. Edic. Niebuhr. Berlin , 1816, reimpreso de Mayo.—M.

(28) Participem quidem legitimum potestatis ; sed in modum apparitoris morigerum, ut progrediens aperiet textus. Amiano, XXVI, 4.

(29) A pesar del testimonio de Zonaras , Suidas y la Crónica Pascual , M. de Tillemont ( Hist. de los Emperadores , tom. V, p. 671 ) *desea* no creer estos cuentos tan honrosos para un pagano.

(30) Eunapio celebra y exajera los sufrimientos de Máximo ( p. 82, 83 ) ; con todo conviene en que este sofista ó mago, favorito criminal de Juliano y enemigo personal de Valentiniano, fué absuelto habiendo pagado una pequeña multa.

(31) Tillemont pone á descubierto y refuta los asertos sueltos de una desgracia jeneral ( Zósimo, l. IV, p. 201 ) ( Tillemont, tom. V, p. 21 ).

(32) Amiano, XXVI, 5.

*(c)* Ispe supra impacati Rheni semibarbaras ripas raptim vexilla constituens † † Princeps creatus ad difficilem militiam revertisti. Symm. Orat., 81.—M.

(33) Amiano dice en términos jenerales, subagrestis ingenii, nec bellicis nec liberalibus studiis eruditus. Amiano , XXXI , 14. El orador Temistio , con la impertinencia jenuina de un Griego, queria por primera vez hablar en lengua latina, dialecto de su soberano, τὴν διάλεκτον κρατοῦσαν· Orat. VI, p. 71.

(34) El grado incierto de parentesco ó consanguinidad se halla espresado con las palabras ἀνέψιος, cognatus , consobrinus ( véase á Valesio ad Amiano, XXIII , 3 ). La madre de Procopio podia ser hermana de Basilina y del conde Juliano , madre y tio del Apóstata. Ducange, Fam. Byzantin., p. 49.

(35) Amiano, XXIII, 3, XXVI , 6. Refiere esta noticia con mucha perplejidad : susurravit obscurior fama ; nemo enim dicti auctor exstitit verus. Sirve empero para observar que Procopio era pagano , aunque no aparece que su relijion promoviera ó entorpeciera sus pretensiones.

(36) Uno de los sitios que le sirvieron de refujio fué una casa de campo de Eunomio, el hereje. El dueño se hallaba ausente , inocente y nada sabia ; sin embargo muy poco faltó para que fuera sentenciado á muerte, y fué desterrado á los confines de Mauritania ( Filostorjio , l. IX, c. 5, 8 , y las Disertaciones de Gofredo, p. 369-378).

*(d)* Segun un fragmento de Eunapio , puede sospecharse que el partido pagano y filosófico tomó la defensa de Procopio. Heraclio, el Cínico, que habia tenido una controversia filosófica con Juliano , hiriendo la tierra con su palo , le animó á que tuviera valor con el verso de Homero ,

ἄλκιμος ἔσσο·-ἵνα τις σε καὶ ὀψιγόνων εὖ εἴπῃ· Eunapio, Mayo, p. 267, ó en la edicion Niebuhr, p. 73.—M.

(37) Hormisdæ maturo juveni Hormisdæ regalis illius filio, potestatem Proconsulis detulit; et civilia, more veterum, et bella, recturo. Amiano, XXVI, 8. El príncipe persa escapó con honor y seguridad, y fué posteriormente repuesto (A. D. 380) en el mismo cargo estraordinario de procónsul de Bitinia (Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 204). Ignoro si se propagó el linaje de Sasan. Hallo (A. D. 514) un papa llamado Hormisdas; pero era oriundo de Frusino, en Italia (Pagi. Brev. Pontific., tom. I, p. 247).

(38) La niña rebelde fué despues esposa del emperador Graciano, pero murió jóven y sin sucesion. Véase á Ducange, Fam. Byzantin., páj. 48, 59.

(39) Sequimini culminis summi prosapiam, tal era el lenguaje de Procopio, que hacia estudio en despreciar el oscuro oríjen y la eleccion casual del Panonio encumbrado. Amiano, XXVI, 7.

*(e)* Símaco describe su aprieto: « Los Jermanos son los enemigos comunes del estado, Procopio el enemigo privado del emperador; su principal afan debe ser la victoria y despues la venganza. » Symm. Orat., p. 11.—M.

(40) Et dedignatus hominem superare certamine despicabilem, auctoritatis et celsi fiducia corporis, ipsis hostibus jussit, suum vincire rectorem: atque ita turmarum antesignanus umbratilis comprensus suorum manibus. San Basilio celebra la fuerza y hermosura de Arinteo, el nuevo Hércules, y supone que Dios le habia criado como un modelo inimitable de la especie humana. Los pintores y escultores no podian espresar su figura: los historiadores parecian fabulosos cuando referian sus hazañas (Amiano, XXVI, y Vales. ad loc).

(41) Amiano coloca el mismo campo de batalla en Licia, y Zósimo en Tiátira, que están á 150 millas de distancia una de otra. Pero Tiátira alluitur *Lyco* (Plin. Hist. Natur., V, 31. Celario, Jeograf. Antig., tom. II, p. 79); y los copistas podian convertir fácilmente un rio oscuro en una provincia bien conocida (*).

(42) Las aventuras, usurpacion y caida de Procopio se hallan referidas en una serie regular por Amiano (XXVI, 6, 7, 8, 9, 10) y Zósimo (l. IV, p. 203-210). Muchas veces se ilustran uno á otro, y raras veces se contradicen. Temistio (Orat. VII, p. 91, 92) añade algun bajo panejí-

(*) Amiano y Zósimo colocan la última batalla en Nacolia en *Frijia*; el primero omite enteramente la batalla anterior cerca de Tiátira. Procopio se hallaba de marcha (iter tendebat) hácia Licia. Véase la nota de Wagner, in loc.—M.

rico; y Eunapio (p. 83, 84) alguna sátira maliciosa (*).

*(f)* Esta infame investigacion de la hechicería y brujería ha tenido mayor influjo en los negocios humanos de lo que comunmente se supone. Tal fué la furia con que se persiguió á los filósofos y sus bibliotecas, que desde aquel tiempo (A. D. 374) se estinguieron casi los nombres de los filósofos jentiles; y la filosofía y relijion cristiana establecieron su ascendiente, sobretodo en el Oriente. Estraño que Gibbon no haya hecho esta observacion. Heyne. Nota sobre Zósimo, l. IV, 14, p. 637. Además inmensas colecciones de manuscritos fueron destruidas públicamente; en todo el Oriente, los literatos quemaron sus bibliotecas, por temor de que algun volúmen fatal los espusiera á la malicia de los informantes y á las severas penas de la ley. Amian. Marc. XXIX, 11.—M.

(43) Libanio de ulciscend. Julian. nece, c. IX, p. 158, 159. El sofista se lamenta del frenesí público, pero no acusa (despues de sus muertes) la justicia de los emperadores.

(44) Los jurisconsultos franceses é ingleses del siglo actual conceden la *teoría* y niegan la *práctica* de la hechicería (Denisant, Recopilacion de Decisiones de Jurisprudencia, en la palabra *Sorciers (Brujos)*, tom. IV, p. 553. Comentarios de Blackstone, vol. IV, p. 60). Como el juicio particular siempre se adelanta á la sabiduría pública, el presidente Montesquieu (Espíritu de las leyes, l. XII, c. 5, 6) desecha la existencia de la majia.

(45) Véanse las obras de Bayle, tom. III, p. 567-589. El escéptico de Roterdan manifiesta, segun costumbre, una estraña miscelanea de conocimientos sueltos y un vivo injenio.

(46) Los paganos hacian distincion entre la majia buena y la mala, la Teurjia y la Goecia (Hist. de la Academia, etc., tom. VII, p. 25). Pero no hubieran podido defender esta oscura distincion contra la lójica penetrante de Bayle. En el sistema judaico y cristiano, *todos* los demonios son espíritus infernales; y *toda* relacion con ellos es idolatría, apostasía, etc., que merece la muerte y las penas eternas.

(47) La Canidia de Horacio (Carm., l. V, Od. 5, con las aclaraciones de Dacier y Sanadon) es una hechicera vulgar. La Ericteo de Lucano (Farsal., VI, 430-830) es fastidiosa, repugnante, pero á veces sublime. Reconviene á las Furias su dilacion; y amenaza con terrible oscuridad que pronunciará sus verdaderos nombres, revelará el semblante infernal de Hecate, invocará los poderes secretos que están *debajo* del infierno, etc.

(*) Símaco se une á Temistio para elojiar la clemencia de Valente. Sic victoriæ moderatus est, quasi contra se nemo pugnavit. Symm. Orat., p. 12.—M.

(48) Genus hominum potentibus infidum, sperantibus fallax, quod, in civitate nostra et vetabitur semper et retinebitur. Tácit. Hist. , I, 22. Véase Agustin, de Civitate Dei, l. VIII, c. 19, y el Código Teodosiano, l. IX, tit. XVI, con los Comentarios de Gofredo.

(49) La persecucion de Antioquía fué ocasionada por una consulta criminal. Las veinte y cuatro letras del alfabeto estaban colocadas al rededor de una trípode májica; y una rueda de bailarines, colocados en el centro, indicaban las cuatro primeras letras del nombre del futuro emperador, Θ. E. O. Δ. Teodoro fué ejecutado (quizá con otros muchos que reconocieron las sílabas fatales). Teodosio sucedió al solio. Lardner (Testimonios paganos, vol. IV, p. 353-372) ha examinado detenidamente y con maestría este oscuro negocio del reinado de Valente.

(50) Limus ut hic durescit, et hæc ut cera liquescit
Uno eodemque igni.......... Virgil. Bucolic., VIII, 80.
Devovet absentes, simulacraque cerea figit.
Ovid. in Epist. Hypsil. ad Jason, 91.

Estos vanos encantamentos podian afectar el ánimo de Jermánico y aumentar la enfermedad. Tácit. Anal., II, 69.

(51) Véase Heinecio, Antiquitat. Juris Roman., tom. II, p. 353, etc. Código Teodosiano, l. IX, tit 7, con los Comentarios de Gofredo.

(52) La persecucion cruel de Roma y Antioquía se halla descrita y muy probablemente exajerada en Amiano (XXVIII, 1, XXIX, 1, 2) y Zósimo (l. IV, p. 216-218). El filósofo Máximo, con algun fundamento, se vió acusado de majia (Eunapio in Vit. Sophist., p. 88, 89); y el jóven Crisóstomo se creyó perdido porque se le habia hallado casualmente uno de los libros proscritos (Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 340).

(53) Consúltense los seis últimos libros de Amiano, y sobretodo los retratos de los dos hermanos (XXX, 8, 9, XXXI, 14). Tillemont ha recopilado (tom. V, p. 12-18, p. 127-133) de toda la antigüedad sus virtudes y vicios.

(54) Víctor el Menor asegura que era valde timidus; sin embargo, se portó tan bien como cualquiera, y con resolucion á la *cabeza* de un ejército. El mismo historiador trata de probar que su enojo era inocente. Amiano observa con mas candor y sensatez, incidentia crimina ad contemptam vel læsam principis amplitudinem trahens, in sanguinem sæviebat.

(55) Cum esset ad acerbitatem naturæ calore propensior... pænas per ignes augebat et gladios. Amian. XXX, 8. Véase XXVII, 7.

(56) He trasladado la tacha de avaricia de Valente á sus domésticos.

La avaricia es mas propia de los ministros que de los reyes; en quienes esta pasion se halla comunmente apagada por una posesion absoluta.

(57) Algunas veces decretaba una sentencia de muerte con tono de broma: «Abi, Comes, et muta ei caput, qui sibi mutari provinciam cupit.» Un muchacho que habia dejado escapar un perro espartano; un armero, que habia hecho una coraza pulida á la que faltaban algunos granos del peso lejítimo, etc., eran víctimas de su furor.

(58) Los inocentes de Milan eran un ajente y tres porteros á quienes Valentiniano condenó por intimar una citacion legal. Amiano (XXVII, 7) estrañamente supone que los Cristianos adoraban como mártires á todos los que habian sido injustamente ejecutados. Su silencio imparcial no nos permite creer que el gran chambelan Rodano fuese quemado vivo por un acto de opresion (Chron. Paschal., p. 302) (*).

(59) Ut bene meritam in sylvas jussit abire *Innoxiam*. Amian., XXIX, 3, y Valesio ad locum.

(60) Véase el Código de Justiniano, l. VIII, tit. LII, ley. 2. Unusquisque sobolem suam nutriat. Quod si exponendam putaverit animadversioni quæ constituta est subjacebit. Por ahora no entraré en la disputa de Noodt y Binkershoek, hasta qué punto y cuánto tiempo hace que esta prática contraria á la naturaleza ha sido condenada ó abolida por las leyes, la filosofía y el estado mas civilizado de la sociedad.

(61) Estas instituciones saludables se hallan esplicadas en el Código Teodosiano, l. XIII, tit. III. *De Professoribus et Medicis*, y l. XIV, tit. IX, *De Studiis liberalibus Urbis Romæ*. Además de nuestro guia acostumbrado (Gofredo), podemos consultar á Giannone (Historia de Nápoles, tom. I, p. 105,111), quien ha tratado este asunto interesante con el celo y curiosidad de un literato que estudia la historia de su pais.

(62) Cód. Theodos., l. I, tit. IX, con el *Paratitlon* de Gofredo, el cual es un compendio rápido del resto del Código.

(63) Tres renglones de Amiano (XXXI, 14) apoyan toda una oracion de Temistio (VIII, p. 101-120), llena de adulacion, pedantismo y moralidad vulgar. El elocuente M. Thomas (tom. I, p. 366-396) se ha entretenido en celebrar las virtudes é injenio de Temistio, que no era indigno del siglo en que vivió.

(64) Zósimo, l. IV, p. 202. Amiano, XXX, 9. Su reforma de costosos

(*) Amiano no dice que fueron adorados como *mártires*. Quorum memoriam apud Mediolanum colentes nunc usque Christiani, loculos ubi sepulti sunt, ad innocentes appellant. Nota de Wagner in loco. Sin embargo si el párrafo siguiente, que no está muy claro, se refiere á este asunto, Gibbon tiene razon.—M.

abusos pudieran darle derecho al elojio de, in provinciales admodum parcus, tributorum ubique molliens sarcinas. Algunos han llamado avaricia á su frugalidad (Jeron., Cron., p. 186).

(65) Testes sunt leges a me in exordio Imperii mei datæ; quibus unicuique quod animo imbibisset colendi libera facultas tributa est. Cod. Theodos., l. IX, tit. XVI, ley. 9. A esta declaracion de Valentiniano, podemos añadir los diferentes testimonios de Amiano (XXX, 9). Zósimo (l. IV, p. 204) y Sozomen (l. VI, c. 7, 21). Baronio vitupera naturalmente una tolerancia tan racional (Anales Ecles., A. D. 370. N°. 129-132. A. D. 376, N°. 3, 4) (*).

(66) Eudoxo era de carácter suave y tímido. Debia ser muy anciano cuando bautizó á Valente (A. D. 367); porque habia estudiado teolojía cincuenta y cinco años atrás, bajo Luciano, erudito y piadoso mártir. Filostorjio, l. II, c. 14-16, l. IV, c. 4, con Gofredo, p. 82, 206, y Tillemont, Mem. Ecles., tom. V, p. 474-480, etc.

*(g)* Por influjo de su esposa, dicen los escritores eclesiásticos.—M.

(67) Gregorio Nazianzeno (Orat. XXV, p. 432) insulta el espíritu de persecucion de los Arrianos, como síntoma infalible de error y herejía.

(68) Este bosquejo del gobierno eclesiástico de Valente está tomado de Sócrates (l. IV), Sozomen (l. VI), Teodoreto (l. IV), y las inmensas compilaciones de Tillemont (particularmente de los tom. VI, VIII y IX).

(69) El Dr. Jortin (Observaciones sobre la Historia eclesiástica, vol. IV, p. 78) ha concebido la misma sospecha.

(70) Esta reflexion es tan obvia y fuerte, que Orosio (l. VII, c. 32, 33) suspende la persecucion hasta despues de la muerte de Valentiniano. Por otra parte, Sócrates supone (l. III, c. 32) que se aplacó con una oracion filosófica, que Temistio pronunció en el año 374 (Orat. XII, p. 154, en latin solamente). Semejantes contradicciones disminuyen el testimonio, y reducen el término de la persecucion de Valente.

(71) Tillemont, á quien voy siguiendo y compendiando, ha estractado (Mem. Ecles., tom. VIII, p. 153-167) las circunstancias mas auténticas de los Panejíricos de los dos Gregorios; el hermano y el amigo de Basilio. Las cartas mismas de este (Dupin, Biblioteca eclesiástica, tomo II, p. 155-180) no ofrecen la imájen de una persecucion muy activa.

(72) Basilius Cæsariensis episcopus Cappadociæ clarus habetur.... qui multa continentiæ et ingenii bona uno superbiæ malo perdidit. Este pasaje irreverente cuadra perfectamente con el estilo y carácter de San Jerónimo. No se halla en la edicion que Escalíjero hizo de su crónica, pero

(*) Como se habia prescrito no mezclarse en disputas relijiosas, su historia no trata casi de asuntos eclesiásticos. Le Beau, III, 214.—M.

Isaac Vosio lo halló en algunos manuscritos antiguos que no habian sido reformados por los frailes.

(73) Esta noble y caritativa fundacion (que formaba casi una nueva ciudad) aventajaba en mérito, cuando no en grandeza, á las pirámides ó las murallas de Babilonia. Fué principalmente destinada para recojer á los leprosos (Gregorio Nazianzeno, Orat, XX, p. 439).

(74) Cod. Theodos., l. XII, tit. I, ley. 63. Gofredo (tom. IV, p. 409-413) cumple el deber de comentador y abogado. Tillemont (Mem. Ecles., tom. VIII, p. 808) *supone* una segunda ley para disculpar á sus amigos ortodojos, que habian dado otro sentido al edicto de Valente, y suprimido la libertad de la eleccion.

(75) Véase á D'Anville, Descripcion del Ejipto, p. 74. Mas adelante entraré á considerar los institutos monásticos.

(76) Sócrates, l. IV, c. 24, 25. Orosio, l. VII, c. 33. Jerónimo en Cron., p. 189, y tom. II, p. 212. Los monjes del Ejipto ejecutaban muchos milagros, que prueban la verdad de su fe. Convengo en ello, dice Jortin (Observaciones, vol. IV, p. 79), ¿pero cuáles son las pruebas de la verdad de esos milagros?

(77) Cod. Theodos., l. XVI, tit. II, ley. 20. Gofredo (tom. VI, p. 49), á ejemplo de Baronio, recopila imparcialmente todo lo que los padres han dicho con motivo de esta ley importante, cuya mente fué posteriormente resucitada por el emperador Federico II, Eduardo I de Inglaterra, y otros príncipes cristianos que reinaron despues del siglo duodécimo.

(78) Las espresiones de que me he valido son moderadas y débiles, comparadas con las invectivas vehementes de Jerónimo (tom. I, p. 13, 45, 144, etc.). A su vez se le echó en cara el crímen que imputaba á los monjes sus hermanos: y el *Sceleratus*, el *Versipellis*, fué acusado públicamente como amante de la viuda Paula (tom. II, p. 363). No cabe duda que poseia el cariño de madre é hija; pero declara que nunca abusó de su influjo para objeto alguno sensual ó interesado.

(79) Pudet dicere, sacerdotes idolorum, mimi et aurigæ, et scorta, hæreditates capiunt: solis *clericis* ac *monachis* hac lege prohibetur. Et non prohibetur a persecutoribus, sed a principibns Christianis. Nec de lege queror; sed doleo cur *meruerimus* hanc legem. Jerónimo (tom. I, p. 13) discretamente insinúa la política secreta de su protector Dámaso.

(80) Tres palabras de Jerónimo, *sanctæ memoriæ Damasus* (tom. II, p. 109), lavan todas sus manchas y cierran los devotos ojos de Tillemont (Mem. Ecles., tom. VIII, p. 386-424).

(81) Jerónimo mismo tiene que conceder, crudelissimæ interfectiones diversi sexus perpetratæ (in Chron. p. 186). Pero se ha salvado un *libelo*

orijinal ó peticion de dos presbíteros del partido opuesto. Aseguran que se quemaron las puertas de la Basílica, y que el techo estaba sin tejas; que Dámaso marchó al frente de su clero, sepultureros, carreteros y gladiadores pagados; que no murió ninguno de *su* partido, pero que se hallaron ciento y sesenta cadáveres. Esta peticion ha sido publicada por el P. Sirmond, en el primer volúmen de sus obras.

(82) La *Basílica* de Sicinino ó Liberio es probablemente la iglesia de Santa María Mayor en el monte Esquilino. Baronio, A. D. 367, N°. 3; y Donato, Roma Antigua y Nueva, l. IV, c. 3, p. 462.

(83) Los enemigos de Damaso le llamaron *Auriscalpius Matronarum*, rasca-orejas de las damas.

(84) Gregorio Nazianzeno (Orat. XXXII, p. 526) describe el orgullo y lujo de los prelados que reinaban en las ciudades imperiales, su carro dorado, hermosos caballos, numeroso séquito, etc. La muchedumbre se retiraba como delante de una fiera.

(85) Amiano, XXVIII, 3. Perpetuo Numini, *verisque* ejus cultoribus. ¡O flexibilidad sin igual de un politeista!

(86) Amiano, que hace una hermosa relacion de su prefectura (XXVII, 9), le titula præclaræ indolis, gravitatisque senator (XXII, 7, y Vales. ad loc). Una inscripcion curiosa (Gruter MCII, N°. 2) recuerda, en dos columnas, sus honores relijiosos y civiles. En un renglon era Pontífice del Sol y de Vesta, Augur, Quindecenviro, Jerofante, etc., etc. En el otro, 1. Quæstor candidatus; muy probablemente titular. 2. Pretor. 3. Corrector de Toscana y Umbría. 4. Consular de Lusitania. 5. Procónsul de Acaya. 6. Prefecto de Roma. 7. Prefecto pretoriano de Italia. 8. De Ilírico. 9. Cónsul electo, pero falleció antes del principio del año 385. Véase á Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 241, 736.

(87) Tacite me Romanæ urbis episcopum; et ero protinus Christianus (Jerónimo, tom. II, p. 165). Mas que probable es que Dámaso no hubiera comprado su conversion á tal precio.

(88) Amiano, XXVI, 5. Valesio añade una larga y buena nota acerca del maestre de los empleos.

(89) Amiano, XXVII, 1. Zósimo, l. IV, p. 208. La desgracia de los Bátavos se halla suprimida por el soldado contemporáneo, llevado de su miramiento por el honor militar, lo cuàl no podia afectar á un retórico griego del siglo inmediato.

(90) Véase á D'Anville (Noticia acerca de la Galia antigua, p. 587. Mascou (Historia de los antiguos Jermanos, VII, 2), entiende claramente el nombre del Mosela, que no está especificado en Amiano.

*(h)* Charpeine sobre el Mosela.

(91) Amiano (XXVII, 2), y Zósimo (l. IV, p. 209) describen las ba-

tallas; el segundo supone que Valentiniano se hallaba presente.

(92) Studio solicitante nostrorum, occubuit. Amiano, XXVII, 10.

*(i)* Probablemente Pascua. Wagner.—M.

*(j)* Mannert no puede fijar la situacion de Solicinio. Haefelin (in Comm. Acad. Elect. Palat., v. 14) supone que es Schwetzingen, cerca de Heidelberg. Véase la nota de Wagner. San Martin dice que es Sultz en Wurtemberg, cerca del nacimiento del Necker. San Martin, III, 339.—M.

(93) Amiano (XXVII, 10) refiere la espedicion de Valentiniano; y Ausonio la celebra (Mosell., 421, etc.), y supone neciamente que los Romanos no conocian el nacimiento del Danubio.

(94) Immanis enim natio, jam inde ab incunabulis primis varietate casuum imminuta; ita sæpius adolescit, ut fuisse longis sæculis æstimetur intacta. Amiano, XXVIII, 5. El conde de Buat (Hist. de los pueblos de Europa, tom. VI, p. 370) atribuye la fecundidad de los Alemanes á la facilidad con que adoptaban á los estranjeros (*).

(*) «Esta esplicacion, dice M. Malthus, solo desvia un poco la dificultad. Asienta la tierra sobre la tortuga, pero no nos dice en que descansa esta. Además podemos preguntar ¿qué depósito septentrional proporcionaba esta continua corriente de osados aventureros? Con dificultad se admitirá la solucion del problema que da Montesquieu (Grandeza y Decadencia de los Romanos, c. 16, p. 187) ****. Sin embargo, toda la dificultad desaparece de golpe, si aplicamos á las naciones jermánicas, en aquel tiempo, un hecho tan jeneralmente conocido que ocurrió en América, y suponemos que, mientras no tuvieron guerras ó hambres, se aumentaron hasta el punto que su número se duplicó en veinte y cinco ó treinta años. La propiedad y aun necesidad de atribuir este grado de aumento á los habitantes de la antigua Jermania aparecerá mas palpable por el cuadro maestro que nos ha dejado Tácito de sus costumbres (Tac. de Mor. Germ., 16, 20) ***. Con estas costumbres y un hábito de empresa y emigracion, que naturalmente alejaria todo temor en cuanto á proveer á la subsistencia de una familia, difícil es concebir una sociedad con un principio mas fuerte de aumento en sí, y vemos á la vez el oríjen prolijo de ejércitos y colonias, contra las cuales tanto tiempo luchó con trabajo la fuerza del imperio romano, y que al fin precipitaron su ruina. No es probable que en dos períodos seguidos ó aun en uno se duplicase en veinte y cinco años la poblacion dentro de los confines de la Jermania. Sus guerras perpetuas, el estado grosero de la agricultura, y particularmente la estrañísima costumbre adoptada por la mayor parte de las tribus de indicar sus fronteras con dilatados desiertos, impediria un gran aumento actual de jente. En ningun período pudo decirse que el pais estuviese bien poblado, aunque á veces abundó en poblacion***. En vez de entresacar sus bosques, secar sus pantanos y hacer su suelo propio para mantener una estensa poblacion, conjeniaba mas con sus hábitos marciales y disposiciones inquietas elir á otros paises en busca de alimento, botin y gloria.» Malthus sobre la Poblacion, I, p. 128.—G.

*(l)* La orilla del Necker estaba igualmente guardada. El elojio hiperbólico de Símaco asegura que el Necker llegó á ser conocido de los Romanos por las conquistas y fortificaciones de Valentiniano. Nunc primum victoriis tuis externus fluvius publicatur. Gaudeat servitute, captivus innotuit. Symm. Orat., p. 22.—M.

(95) Amiano, XXVIII, 2. Zósimo, l. IV, p. 214. Victor el Menor hace mencion del jenio mecánico de Valentiniano, nova arma meditari: fingere terra seu limo simulacra.

*(m)* Segun la opinion jeneral, los Borgoñones formaban una tribu gótica ó vándala, que desde las orillas del bajo Vístula hicieron incursiones, por una parte hácia la Transilvania, y por otra hácia el centro de Alemania. Todo lo que queda del lenguaje borgoñon es gótico. Nada en sus costumbres indica un oríjen diferente. Malte Brun, Geog., tom. I, p. 396 (edic. 1831).—M.

(96) Bellicosos et pubis immensæ viribus affluentes; et ideo metuendos finitimis universis. Amiano, XXVIII, 5.

(97) Siempre estoy inclinado á sospechar á los historiadores y viajeros de representar los hechos estraordinarios como leyes jenerales. Amiano atribuye igual costumbre al Ejipto, y los Chinos la han imputado al Tatsin ó Imperio romano (De Guignes, Hist. de los Hunos, tom. II, part. I, p. 79).

(98) Salinarum finiumque causa Alemannis sæpe jurgabant. Amiano, XXVIII, 5. Posible es que disputasen la posesion del *Sala*, rio que producia sal y que habia sido objeto de antiguas contiendas. Tacit. Annal., XIII, 57, y Lipsio ad loc.

(99) Jam inde temporibus priscis sobolem se esse Romanam Burgundii sciunt: y la vaga tradicion fué revistiendo gradualmente una forma mas regular (Oros. l. VII, c. 32). Está destruida por la autoridad decisiva de Plinio, que compuso la Historia de Druso, y sirvió en Alemania (Plin. Secund. Epíst. III, 5) sesenta años despues de la muerte del héroe. *Germanorum genera* quinque; Vindili, quorum pars Burgundiones, etc. Hist. Nat. IV, 28.

(100) Las guerras y negociaciones relativas á los Borgoñones y Alemanes están claramente referidas por Amiano Marcelino (XXVIII, 5. XXIX, 4. XXX, 3). Orosio (l. VII, c. 32), y las Crónicas de Jerónimo y Casiodoro fijan algunas fechas y añaden algunas circunstancias.

(101) Ἐπὶ τὸν αὔχενα τῆς Κιμβρικῆς χεῤῥονήσου Σάξονες. Tolomeo coloca el resto de los Cimbrios en el estremo septentrional de la península (el promontorio címbrico de Plinio, IV, 27). Llena el intervalo entre los *Sajones* y los Cimbrios con seis tribus oscuras, que estaban unidas, ya en el siglo sexto, bajo el apelativo nacional de *Dinamarqueses*. Véase Cluver, Antig. Jerman., l. III, c. 21, 22, 23.

(102) M. D'Anville (Establecimiento de los Estados de Europa, etc. p. 19-26) ha señalado los estensos límites de la Sajonia de Carlomagno.

(103) La escuadra de Druso habia visto malograda su tentativa de pasar ó aun acercarse al *Sund* (así llamado, por una semejanza obvia con las columnas de Hércules), y nunca volvió á intentarse la espedicion naval (Tacit. de Moribus German., c. 34). El conocimiento que los Romanos adquirieron de los poderes navales del Báltico (c. 44, 45), lo consiguieron con sus viajes por tierra en busca de ámbar.

(104) Quid et Aremoricus piratam Saxona tractus
Sperabat; cui pelle salum sulcare Britannum
Ludus; et assuto glaucum mare findere lembo.
Sidon. in Panegyr. Avit. 369.

El jénio de César imitó, para un servicio particular, estos groseros, pero lijeros bajeles, que usaban igualmente los naturales de Bretaña (Comment. de Bell. Civil., I, 51, y Guichardt, Nuevas Memorias militares, tom. II, p. 41, 42). Los buques británicos llenarian ahora de pasmo á César.

(105) La mejor relacion orijinal de los piratas sajones se hallará en Sidonio Apolinario (l. VIII, epist. 6, p. 223, edic. Sirmond), y el mejor comentario en el abate du Bos (Hist. Crítica de la Monarquía francesa, etc., tom. I, l. I, c. 16, p. 148-155. Véase igualmente p. 77, 78).

(106) Amiano (XXVIII, 5) justifica esta falta de fe con los piratas y ladrones; y Orosio (l. VII, c. 32) espresa con mas claridad su verdadero crímen; virtute atque agilitate terribiles.

(107) Símaco (l. II, epist. 46) aun pretende mentar los nombres sagrados de Sócrates y filosofía. Sidonio, obispo de Clermont, pudiera condenar (l. VIII, epist. 6) con *menos* inconsistencia los sacrificios humanos de los Sajones.

(108) A principios del siglo último, el sabio Camdem tuvo que minar, con respetuoso escepticismo, el Romance de *Bruto* el Troyano, que ahora está sepultado en silencioso olvido, con *Scota*, hija de Faraon, y su numerosa projenie. Sin embargo, me han informado que aun se hallan entre los naturales oriundos de Irlanda algunos campeones de la *colonia Milesiana*. Un pueblo descontento de su condicion actual se apodera de cualesquiera ensueños de su gloria pasada ó futura.

(109) Tácito, ó mejor, su suegro Agrícola, podia observar la tez alemana ó española de algunas tribus británicas. Pero era su opinion meditada: «In universum tamen æstimanti Gallos vicinum solum occupasse credibile est. Eorum sacra deprehendas... sermo haud multum diversus

(in Vit. Agricol., c. XI). » César habia observado su relijion comun (Comment. de Bello Gallico, VI, 13); y en su tiempo era reciente la emigracion de la Galia belga, ó á lo menos un acontecimiento histórico (v. 10). Camdem, el Estrabon británico, ha averiguado modestamente nuestras antigüedades jenuinas (Britannia, vol. I. Introduccion, p. II, — XXXI).

(110) En las oscuras é inciertas sendas de la antigüedad caledonia, he tomado por guias á dos sabios é injeniosos Escoceses á quienes su nacimiento y educacion habian dotado particularmente para semejante tarea. Véanse las Disertaciones críticas sobre el Oríjen, Antigüedades, etc., de los Caledonios, por el Dr. J. Macpherson, Lóndres, 1768, en 4°.; é Introduccion á la historia de la Gran Bretaña é Irlanda, por Jaime Macpherson, Lóndres, 1773, en 4°., terc. edic. El doctor Macpherson era ministro en la Isla de Sky; y es circunstancia honrosa para el siglo actual, que una obra, llena de erudicion y criterio, haya sido compuesta en la mas desviada de las Hébridas.

(111) El desembarco irlandés de los Escoceses ha sido resuscitado en los postreros momentos de su decadencia y fuertemente sostenido por el Rev. Mr. Whitaker (Hist. de Manchester, vol. I, p. 430, 431; y la Historia jenuina de los Bretones, afirmada, etc., p. 154-293). Sin embargo reconoce, 1. *Que* los Escoceses de Amiano Marcelino, (A. D. 340) estaban ya establecidos en la Caledonia; y que los autores romanos no dan indicio alguno de su emigracion de otro pais. 2. *Que* son enteramente fabulosas todas las relaciones que de semejantes emigraciones han dado y sostenido los bardos irlandeses, los historiadores escoceses ó anticuarios ingleses (Buchanan, Camdem, Usher, Stillingfleet, etc.). 3. *Que* tres de las tribus irlandesas, de que hace mencion Tolomeo (A. D. 150) eran de oríjen caledonio. 4. *Que* una rama menor de los príncipes caledonios de la casa de Fingal adquirió y poseyó la monarquía de Irlanda. Despues de estas concesiones, es minuciosa y oscura la diferencia existente entre Mr. Whitaker y sus adversarios. La *historia jenuina*, que reproduce de un tal Fergo, primo de Osian, que fué trasplantado (A. D. 320) de Irlanda á Caledonia, esta fundada en un suplemento de la poesía ersa y el ténue testimonio de Ricardo de Cirencester, monje del siglo décimo-cuarto. El vivo carácter del sabio é injenioso anticuario le ha inclinado á olvidar la naturaleza de una cuestion, que discute con *tanta vehemencia* y decide de un *modo tan absoluto* (*).

(*) Esta controversia no ha descansado desde el tiempo de Gibbon. Tenemos fuertes abogados del oríjen fenicio de los Irlandeses; y cada una de las teorías antiguas y muchas de las nuevas tienen sus partidarios. Serian necesarias

(112) Hyemæ tumentes ac sævientes undas calcastis Oceani sub remis vestris. .... insperatam imperatoris faciem Britannus expavit. Julio Firmico Materno de Errore Profan , Relig. ; p. 464 , edic. Gronov. ad calcem, Minuc. Fæl. Véase Tillemont (Hist. de los Emperadores , tom. IV, p. 336).

(113) Libanio, Orat. Parent. , c. XXXIX, p. 264. Este curioso pasaje ha escapado á la dilijencia de nuestros anticuarios británicos.

(114) Los Caledonios alababan y codiciaban el oro , caballos, brillo, etc., del *estranjero*. Véase la Disertacion del Dr. Blair sobre Osian, vol. II, p. 343 ; y la Introduccion de Mr. Macpherson, p. 242-286.

(115) Lord Lyttelton ha referido circunstanciadamente (Historia de Henrique II, vol I, p. 182), y Sir David Dalrymple ha mentado lijeramente (Anales de Escocia, vol. I, p. 69 ), una bárbara irrupcion de los Escoceses, en un tiempo (A. D. 1137) cuando las leyes, la relijion y la sociedad debian haber suavizado sus costumbres primitivas.

(116) Attacotti bellicosa hominum natio. Amiano , XXVII, 8. Camden, (Introd., p. CLII) ha restablecido su verdadero nombre en el texto de Jerónimo. Las bandas de Atacotos , que Jerónimo habia visto en la Galia, estaban despues establecidas en Italia é Ilírico ( Noticia, §. VIII, XXXIX, XL ).

(117) Cum ipse adolescentulus in Gallia viderim Attacottos (ó Scotos) gentem Brittannicam humanis vesci carnibus ; et cum per silvas porcorum greges, et armentorum, pecudumque reperiant, pastorum *nates* et feminarum *papillas* soleres abscindere ; et has solas ciborum delicias arbitraria. Tal es el testimonio de Jerónimo (tom. II, p. 75), cuya veracidad no hallo motivo para poner en duda (*).

muchas pájinas para traer la disputa á nuestros dias, y quizá no nos aproximaríamos mas que Gibbon á alguna teoría satisfactoria.—M.

(*) Véanse las obras del Dr. Parr, III , 93, en que no admite la traduccion que Gibbon ha dado á este pasaje. El sabio doctor aprueba la version de un tal Mr. Gaches , quien interpretaba que estos antepasados de la nacion escocesa comian las partes delicadas del ganado vacuno y de cerda. Confieso que no puedo, aun para absolverlos de esta inculpacion, convenir con la nueva version, á mi entender, enteramente opuesta al significado de las palabras y el sentido jeneral del pasaje. Pero haré una objecion, dice Jerónimo, ¿cómo un niño podia acompañar á estos salvajes en sus espediciones y cacerías? Si no los acompañó, ¿cómo podia ser testigo ocular de esta costumbre? Los Atacotos en la Galia deben haber estado al servicio de Roma, y ¿se les permitiria entregarse á esas inclinaciones de caníbales, á espensas, no de los rebaños, sino de los pastores de las provincias? Estos sangrientos trofeos de robo no hubieran podido presentarse públicamente en una ciudad ó un campo romano. Al orgullo hereditario de nuestros vecinos septentrionales debo dejar el exámen de la veracidad de San Jerónimo.

(118) Amiano ha representado concisamente (XX, 1, XXVI, 8, XXVIII, 3) toda la serie de la guerra británica.

(119) Horrescit.... ratibus.... impervia Thule.
Ille..... nec falso nomine Pictos
Edomuit. Scotumque vago mucrone secutus,
Fregit Hyperboreas remis audacibus undas.
Claudiano, III, Cons. Honorii, ver. 53, etc.
Maduerunt Saxone fuso
Orcades: incaluit Pictorum sanguine Thule,
Scotorum cumulos flevit glacialis Ierne.
In IV, Cons. Hon., ver. 31, etc.

Véase tambien á Pacato (in Panegyr. Vet., XII, 5). Pero no es fácil apreciar el valor intrínseco de la lisonja y metáfora. Compárense las victorias británicas de Bolano (Estacio, Silv., v. 2) con su verdadero carácter (Tácito, in Vit. Agricol., c. 16).

(120) Amiano hace frecuente mencion de su concilium annuum, legitimum, etc. Leptis y Sabrata ya hace mucho tiempo que están arruinadas; pero aun florece la ciudad de Oea, patria de Apuleyo, con el nombre provincial de *Trípoli*. Véase á Cellario (Geograph. Antiqua, tom. II, part. II, p. 81), D'Anville (Jeografía antigua, tom. III, p. 71, 72), y Marmol (Africa, tom. II, p. 562).

(121) Amiano, XVIII, 6. Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 25, 676) ha discutido las dificultades cronolójicas de la historia del conde Romano.

(122) La cronolojía de Amiano es desunida y oscura; y Orosio (l. VI, c. 33, p. 551, edic. Havercamp) parece colocar la revuelta de Firmo despues de las muertes de Valentiniano y Valente. Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 691) procura escojer su camino. Puede uno aventurarse en los senderos mas resbaladizos con la sufrida y segura mula de los Alpes.

*(n)* La guerra duró mucho mas tiempo del que pudiéramos suponer por estas palabras; é Igmazen no se rindió sino despues de haber sido derrotado mas de una vez.

(123) Amiano, XXIX, 5. El texto de este largo capítulo (quince pájinas en 4°.) está interrumpido y alterado; y la narracion es incierta por falta de datos cronolójicos y jeográficos.

(124) Amiano, XXVIII, 4, Orosio, l. VII, c. 33, p. 551, 552. Jerónimo en Cron., p. 187.

(125) Leon el Africano (en los Viajes de Ramusio, tom. I, fol. 78-83) ha hecho un cuadro curioso de los habitantes y del pais; que se ha-

llan mas minuciosamente descritos en el Africa de Marmol, tom. III, p. 1-54.

(126) Esta zona inhabitable fué reducida gradualmente, por los adelantos de la jeografía antigua, de cuarenta y cinco á veinte y cuatro y aun á diez y seis grados de latitud. Véase una docta y sensata nota del Dr. Robertson, Hist. de América, vol. I, p. 426.

(127) Intra, si credere libet, vix jam homines et majis semiferi..... Blemmyes, Satyri, etc. Pomponio Mela, 1, 4, p. 26, edic. Voss. en 8º. Plinio esplica *filosóficamente* (VI, 35) las irregularidades de la naturaleza, que habia admitido *crédulamente* (v. 8).

(128) Si el sátiro era el orang-utang, el gran mono humano (Buffon, Hist. Nat., tom. XIV, p. 43, etc.), podia muy bien haberse presentado uno vivo en Alejandría durante el reinado de Constantino. Sin embargo aun queda alguna dificultad acerca de la conversacion que San Antonio tuvo con uno de estos piadosos salvajes, en el desierto de la Tebaida (Jerónimo in Vit. Paul. Eremit., tom. I, p. 238).

(129) San Antonio encontró tambien uno de estos monstruos, cuya existencia afirma gravemente el emperador Claudio. El público se rió; pero su prefecto de Ejipto tuvo la maña de enviar un artificioso preparativo, el cuerpo embalsamado de un *Hipocentauro*, que aun se conservaba un siglo despues en el palacio imperial. Véase á Plinio (Hist. Natur., VII, 3) y las observaciones sensatas de Freret (Memorias de la Academia, tom. VII, p. 321, etc.)

(130) La fábula de los pigmeos es tan antigua como Homero (Ilíada, III, 6). Los pigmeos de la India y Etiopia tenian (trispithami) veinte y siete pulgadas de alto. Cada primavera su caballería (montada en chivos y cabras) marchaba, formada en batalla, á destruir los huevos de las grullas, aliter (dice Plinio) futuris gregibus non resisti. Sus habitaciones estaban construidas de lodo, plumas y cáscaras de huevos. Vease á Plinio (VI, 35, VII, 2), y Estrabon (l. II, p. 121).

(131) El tercero y cuarto volúmen de la escelente Historia de los viajes describen el estado actual de los negros. Las naciones de la costa se han ido civilizando con el trato de los Europeos; y las del interior han adelantado con las colonias moriscas (*).

(132) Historia Filosófica y Política, etc., tom. IV, p. 192.

(*) Las tribus marciales con armadura de cadena, que descubrió Denham, son mahometanas; la gran cuestion acerca de la inferioridad de las tribus africanas en sus facultades mentales probablemente quedará resuelta antes de acabarse este siglo; pero el tráfico de los negros aun sigue y seguirá, hasta que el espíritu de humanidad cristiana someta al de la ganancia.—M.

(133) El testimonio de Amiano es orijinal y decisivo (XXVII, 12). Moisés de Chorene (l. III, c. 17, p. 249, y c. 34, p. 269) y Procopio (de Bell. Persico, l. I, c. 5, p. 17, edic. Louvre), han sido consultados: pero estos historiadores, que confunden hechos distintos, repiten los mismos acontecimientos é introducen estraños cuentos, deben ser seguidos con desconfianza y cautela (*).

(o) Segun M. San Martin, Sapor, aunque sostenido por los dos príncipes armenios apóstatas, Merujan el Ardzroniano y Vahan el Mamigoniano, sufrió una tenaz resistencia de Arsaces y de su animosa, aunque impía consorte Farandsen, siendo derrotadas sus tropas por Vasag, gran condestable del reino (Véase á San Martin). Pero al cabo de cuatro años de valiente defensa de su reino, Arsaces se vió abandonado de sus nobles y obligado á aceptar la pérfida hospitalidad de Sapor. Le sacaron los ojos y encerraron en el «Castillo del Olvido;» su bizarro jeneral Vasag fué desollado vivo, y su pellejo rellenado y colocado junto al rey en su cárcel solitaria. Solo al cabo de muchos años (A. D. 371) se mató á puñaladas, segun la historia novelesca (San Martin, III, 387, 389), en un parasismo de exaltacion al restituirle los honores rejios. San Martin, Adiciones á Le Bean, III, 283, 296.—M.

(134) Acaso Artajera ó Ardis, bajo cuyas murallas fué herido Cayo, nieto de Augusto. Esta fortaleza estaba situada mas arriba de Amida, cerca de una de las fuentes del Tígris. Véase á D'Anville, Jeografía antigua, t. II, p. 106 (**).

(p) Artaxata, Vagharschabad ó Edlchmiadzin, Erovantaschad y otras muchas ciudades, en las que habia una numerosa poblacion judaica, fueron tomadas y destruidas.—M.

(q) Farandsen, y no Olimpia, no queriendo obedecer las órdenes de su esposo cautivo para que se entregara á Sapor, se encerró en Artojerasa. San Martin, III, 293, 302. Se defendió por espacio de catorce meses, hasta que el hambre y las enfermedades dejaron con vida á muy pocos de los 11.000 soldados y 6.000 mujeres que se habian refujiado en la fortaleza. Entónces abrió las puertas por su propia mano. M. S. Martin añade lo que apenas podemos creer, á pesar de los horrores de la guerra oriental, es que Sapor la mandó esponer en un tablado público á la lujuria brutal de sus soldados, y despues empalar, III, 373, etc.—M.

(*) La relacion de Amiano es mas breve y sucinta, pero concuerda con la historia mas complicada, desarrollada por M. San Martin de los escritores armenios y Procopio, que escribió, á lo que dice, segun autoridades armenias. —M.

(**) San Martin conviene con Gibbon en que era la misma fortaleza que Ardis. Nota, p. 373.—M.

(135) Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p, 701) prueba con la cronolojía que Olimpia debe haber sido madre de Para (*).

(*r*) Segun Temistio, á quien cita San Martin, solo se adelantó hasta el Tígris, III, 436.—M.

(136) Amiano (XXVII, 12. XXIX, 1. XXX, 1, 2.) ha descrito, aunque sin citar fechas, los acontecimientos de la guerra de Persia. Moisés de Chorene (Hist. Armen., l. III, c. 28, p. 261, c. 31, p. 266, c. 35, p. 271) proporciona algunos hechos adicionales; pero es sumamente difícil separar lo cierto de lo fabuloso.

(137) Artajérjes fué sucesor y hermano *(primo hermano)* del gran Sapor y tutor de su hijo Sapor III (Agatias, l. IV, p. 136, edicion Louvre). Véase la Historia Universal, vol. XI, p. 86, 161. Los autores de esta obra sin igual han compilado la dinastía sasaniana con erudicion y esmero; pero es arreglo fuera de su lugar dividir en dos historias distintas las relaciones romana y oriental (**).

(138) Pacato in Panegyr. Vet., XII, 22, y Orosio, l. VII, c. 34. Ictumque tum fœdus est, quo universus Oriens usque ad nunc (A. D. 416) tranquillissime fruitur.

(*s*) Acerca de la reconquista de Armenia por Para, ó mas bien por Muschegh, el Mamigoniano, véase San Martin, III, 375, 383.—M.

(*t*) Sobre tablas sostenidas con vejigas.—M.

(*u*) Bastante curioso es que el historiador armenio, Fausto de Bizancio, represente á Para como mago. Su impía madre Farandsen lo habia consagrado á los demonios desde su nacimiento. San Martin, IV, 23.—M.

(139) Véanse en Amiano (XXX, 1) las aventuras de Para. Moisés de Chorene le llama Tirídates; y cuenta una larga anécdota, que no es inverosímil, de su hijo Gnelo; quien llegó á ser despues popular en Armenia y causó zelos al monarca reinante (l. III, c. 21, etc. p. 253, etc. (***).

(140) La relacion concisa del reinado y conquistas de Hermanrico parece ser uno de los fragmentos preciosos que Jornandes (c. 28) tomó de las historias godas de Ablavio ó Casiodoro.

(141) M. de Buat (Hist. de los pueblos de Europa, tom. VI, p. 311 329) busca con mas injenio que acierto las naciones que Hermanrico sometió con sus armas. Niega la existencia de los *Vasinobroncos*, á causa

(*) Este es un error, segun San Martin, 273.—M.

(**) Acerca de la guerra de Sapor contra los Bactrianos, que distrajo su atencion de Armenia, véase San Martin, III, 387.—M.

(***) Esta nota es un tejido de equivocaciones. Tiridates y Para son dos personas enteramente diferentes. Tirídates era padre de Gnelo, primer esposo de Farandsen, madre de Para. San Martin, IV, 27.—M.

del largo desmedido de su nombre. Sin embargo el enviado francés á Ratisbona ó Dresde debe haber atravesado el pais de los *Mediomatricios*.

(142) La edicion de Grocio (Jornandes, p. 642) ofrece el nombre de *Estros*. Pero la sana razon y el manuscrito ambrosiano han restablecido *Estios*, cuyas costumbres y situacion se hallan descritas por el pincel de Tácito (Jermania, c. 45).

(143) Amiano (XXXI, 3) observa, en terminos jenerales: Ermenrichi..... nobilissimi Regis, et per multa variaque fortiter facta, vicinis gentibus formidati, etc.

(144) Valens... docetur relationibus Ducum, gentem Gothorum, ea tempestate intactam ideoque sævissimam, conspirantem in unum, ad pervadenda parari collimitia Thraciarum. Amiano, XXVI, 6.

(145) M. de Buat (Hist. de los Pueblos de Europa, tom. VI, p. 332) ha averiguado el verdadero número de estos auxiliares. Los 3.000 de Amiano y los 10.000 de Zósimo eran solamente las primeras divisiones del ejército godo (*).

(146) En los Fragmentos de Eunapio (Excerpt. Legat., p. 18, edic. Louvre) se hallan descritas la marcha y negociacion subsiguiente. Los provinciales se familiarizaron despues con los bárbaros, hallaron que su fuerza era mas aparente que efectiva. Eran de alta estatura; pero eran mal formados de piernas y estrechos de hombros.

(147) Valens enim, ut consulto placuerat fratri, cujus regebatur arbitrio, arma concussit in Ghotos ratione justa permotus. Amiano sigue describiendo despues (XXII, 4), no el pais de los Godos, sino la pacífica y obediente provincia de Tracia, que no estaba perturbada con la guerra.

(148) Eunapio, in Excerpt. Legat., p. 18, 19. El sofista griego debe haber considerado como *una misma* guerra toda la serie de la historia goda hasta las victorias y paz de Teodosio.

(149) La guerra goda está descrita por Amiano (XXVII, 5). Zósimo (l. IV. p. 211-214), y Temistio (Orac. X, p. 129-141). El senado de Constantinopla envió al orador Temistio para que felicitara al emperador victorioso; y su elocuencia servil compara á Valente sobre el Danubio con Aquíles en el Escamandro. Jornandes se olvida de una guerra propia de los Visigodos y afrentosa al nombre godo (Mascou, Hist. de los Jermanos, VII, 3).

(150) Amiano (XXIX, 6) y Zósimo (l. IV, p. 219, 220) indican cuidadosamente el oríjen y progresos de la guerra cuádica y sarmática.

(151) Amiano (XXX, 5) al paso que reconoce el mérito de Petronio

(*) M. San Martin, III, 246, niega que haya autoridad para estos números. — M.

Probo, censura con la debida severidad su administracion opresiva. Cuando Jerónimo tradujo y continuó la Crónica de Eusebio (A. D. 380. Véase Tillemont, Mem. Ecles., tom. XII, p. 53, 626), espresó la verdad ó á lo menos la opinion pública de su pais, en los términos siguientes: «Probus P. P. Illyrici iniquissimis tributorum exactionibus, ante provincias quas regebat, quam a Barbaris vastarentur, erasit.» Chron., edic. Escalíjero, p. 187. Animadvers., p. 259. El santo contrajo posteriormente íntima y tierna amistad con la viuda de Probo; y en el texto se ha sustituido con menos propiedad, pero sin gran injusticia, el nombre del conde Equicio.

(152) Juliano (Orac. VI, p. 198) representa á su amigo Ificles como un hombre virtuoso y de mérito, que se habia hecho ridículo y desgraciado, adoptando el traje estravagante y las costumbres de las Cínicos.

(153) Amiano, XXX, 5. Jerónimo, que pondera la desgracia de Valentiniano, le niega aun este último consuelo de venganza. Genitali vastato solo, et *inultam* patriam derelinquens (tom. I, p. 26).

(154) Véase, acerca de la muerte de Valentiniano, Amiano (XXX, 6), Zósimo) l. IV, p. 221), Victor (in Epitom.), Sócrates (l. IV, c. 31), y Jerónimo (in Chron., p. 187, y tom. I, p. 26 ad Heliodor.). Hay mucha variedad entre las circunstancias que refieren; y Amiano es tan elocuente, que escribe disparates.

(155) Sócrates (l. IV, c. 31) es el único testigo orijinal de este necio cuento, tan repugnante á las leyes y costumbres de los Romanos, que apenas merece la disertacion formal y estudiada de M. Bonamy (Mem. de la Academia, tom. XXX, p. 394-405). Sin embargo yo conservaria la circunstancia natural del baño, en vez de seguir á Zósimo, quien representa á Justina como una vieja, viuda de Magnencio.

(156) Amiano (XXVII, 6) describe la forma de esta eleccion militar y *augusta* investidura. Al parecer, Valentiniano no consultó ni informó al senado de Roma.

(157) Amiano, XXX, 10. Zósimo, l. IV, p. 222, 223. Tillemont ha probado (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 707-709) que Graciano *reinó* en Italia, Africa é Ilírico. He procurado espresar su autoridad sobre los dominios de su hermano, como él acostumbraba, en un estilo ambiguo.

# CAPITULO XXVI.

*Costumbres de las naciones pastoriles.—Progresos de los Hunos desde la China hasta Europa.—Huida de los Godos.—Atraviesan el Danubio.—Guerra Gótica.—Derrota y muerte de Valente. —Reviste Graciano á Teodosio con el imperio de Oriente.—Sus prendas y sus ventajas.—Paz y establecimiento de los Godos.*

En el año segundo del reinado de Valentiniano y de Valente, á la madrugada del 21 de julio, se conmovió la mayor parte del orbe romano con un terremoto violentísimo y asolador. Comunicóse el ímpetu á las aguas; quedaron en seco las playas del Mediterráneo con la retirada repentina del mar; vararon bajeles grandiosos en los lodazales; cojiéronse á cestos los peces con la mano, y los curiosos (1) embelesaron su vista, ó mas bien su fantasía, con la perspectiva de riscos y barrancos que, desde la formacion del globo, jamás los bañara él sol. Mas revolvió luego la oleada con la mole incontrastable de un diluvio inmenso, que azotó violentamente las costas de Sicilia, Dalmacia, Grecia y Ejipto; barcas grandísimas asomaron encumbradas sobre los techos de las casas ó arrebatadas á una legua de la playa; arrollaron las aguas poblaciones enteras con su vecindario; y la ciudad de Alejandría recordó anualmente el infausto cumpleaños del dia en que cincuenta mil personas quedaron anegadas. Esta catástrofe, abultada de pueblo en pueblo, asombró y aterró á los súbditos de Roma, y su enajenacion despavorida estremó la realidad efectiva del estrago momentáneo. Fueron repasando los terremotos anteriores que volcaron las ciudades de Palestina y de Bitinia, conceptuaban estas plagas horrendas como meros asomos de otras mas pavorosas, y su vanagloria aprensiva hermanaba las muestras de un imperio decaido con un mundo que se estaba hundiendo (2). Corria muy valido entónces atribuir todo acontecimiento abultado á la voluntad especial de la divinidad; enlazaban las novedades naturales por medio de eslabones invisibles con las opiniones morales y metafísicas del entendimiento; y los teólogos perspicaces alcanzaban á divisar, segun el temple de sus respectivas preocupaciones, que el retoño de una herejía estaba ya llamando á un terremoto, y que al ir cundiendo pecados y errores, no podian menos de traer en zaga diluvios. Sin arrojarnos á ventilar la ver-

dad ó el acierto de tan encumbrados puntos, el historiador tiene que ceñirse al reparo que parece acreditar la esperiencia, á saber, que el hombre ha de recelar mucho mas de las pasiones de sus hermanos que de la saña de los elementos (3). Los estragos de un huracan, terremoto, volcan ó diluvio, no guardan proporcion con los quebrantos jenerales de una guerra, aun moderada como ahora con los miramientos y la humanidad de los príncipes de Europa, que entretienen su ocio, ú ceban el denuedo de sus vasallos, con el ejercicio del arte militar. Pero las leyes y costumbres de las naciones modernas resguardan la seguridad y el desahogo del soldado vencido, y pocas veces tiene el pacífico ciudadano motivo para quejarse de que su vida ó sus haberes peligraron en la guerra. En el período azaroso de la ruina del imperio romano, que puede fundadamente fecharse desde el reinado de Valente, asaltábanse la dicha y aun la existencia de cada individuo, y la industria y los trabajos de siglos fueron esterminados bajo las plantas de los bárbaros de Escitia y de Jermania. Volcó la invasion de los Hunos (A. 376) la nacion goda sobre las provincias de Occidente, adelantándose, en menos de cuarenta años, desde el Danubio hasta el Atlántico, y franqueando el rumbo, con el éxito de sus armas, á los embates de tantísima tribu enemiga, mas bravía que ella misma. Encubriase el principio de aquel raudal en los paises recónditos del Norte, y el pararse á contemplar las particularidades de la vida pastoril de los Escitas (4) ó Tártaros (5) sacará á luz la causa oculta de sus emigraciones asoladoras.

Cífranse las diversas índoles que señalan las naciones civilizadas del orbe en el ejercicio ú en el abuso de la racionalidad, que tan diversamente amolda y tan intrincadamente labra las costumbres y opiniones de un Europeo ú de un Chino. Pero es el instinto de suyo mas sencillo y atinado que el discurso, y así se hace mas obvio el investigar los apetitos de un cuadrúpedo que las cavilaciones de un filósofo; y asi las tribus mas montaraces de hombres, por cuanto se desvian menos de la irracionalidad, conservan semejanza mas idéntica entre sí mismas y con las demás. La estabilidad uniforme de sus costumbres es consecuencia natural de la imperfeccion de sus facultades, y con ella todo es semejante; necesidades, anhelos y goces; pues el influjo de alimento y clima, que en estado mas culto se contiene ó se predomina, contribuye eficazmente á labrar ó mantener la índole nacional de los bárbaros. Vagaron en todos tiempos allá por los anchurosos páramos de Tartaria ó Escitia, pastoreando y cazando, tribus enteras, cuya poltronería se desaviene con los afanes de la labranza, y cuya voluntariedad desdeñosa odia todo encierro y vida solitaria. Sonaron en todo tiempo el denuedo y las conquistas arrebatadas de Escitas ó Tártaros, derribando repetidamente los mayorales del Norte tronos en el Asia, y asolando con sus armas y estre-

meciendo con su poderío los ámbitos mas fértiles y belicosos de Europa (6). En esta ocasion, como en otras mil, el historiador tiene que despertar de su halagüeña vision, y confesar, desengañado muy á su pesar, que la vida pastoril, engalanada con los anjélicos atributos de la paz y la inocencia, es mucho mas adecuada para el fiero y sangriento ejercicio de la vida militar. Para despejar este aserto, voy á considerar toda nacion de pastores y guerreros bajo los tres ramos fundamentales de I. Su mantenimiento; II. Su vivienda; y III. Sus ejercicios. Danse la mano las relaciones antiguas con la esperiencia moderna (7), y las orillas del Boristenes, del Volga y del Selinga están ahí ofreciendo la misma perspectiva de costumbres nativas y semejantes (8).

I. Solo con el paciente afan del labrador se cosechan el trigo y el arroz, que son los alimentos jenerales y saludables de los pueblos civilizados. Abastece la naturaleza colmadamente á varios salvajes entre los dos trópicos; mas en los climas del norte, la nacion pastoril está toda vinculada en su ganadería. Los consumados en la práctica de la medicina deslindarán, si cabe, los alcances del alimento animal ó vejetal sobre el temple humano, y si el tachar con la jeneralidad de inhumano á todo viviente carnívoro merece solo conceptuarse como una preocupacion inocente ó quizás benéfica para el hombre (9). Siendo pues positivo que todo impulso de conmiseracion se va amortiguando con la vista y la práctica de la crueldad doméstica, tenemos que advertir cómo disfraza el arte europeo objetos tan horrorosos, y cómo se están ostentando en su desnudez sencilla y repugnante bajo la tienda de un mayoral de Tartaria. Muere el buey, muere la oveja á manos de quien la estuvo alimentando, y los miembros sangrientos se sirven con poca preparacion en la mesa del matador insensible. En la profesion militar, y especialmente en el mando de un ejército crecido, el uso esclusivo del abasto animal parece muy aventajado. El trigo es un jénero abultado y corruptible, y los acopios cuantiosos indispensables para el abasto de la tropa se han de ir trasportando pausadamente con el auxilio de caballerías y de jente. Mas los rebaños que van acompañando las marchas de los Tártaros proporcionan sustento seguro y abundante de carne y leche, por aquellos yermos crece pronta y lozanamente la yerba, y pocos son los parajes tan sumamente estériles, donde la ganadería robusta del Norte no halle suficiente pasto. Cunde el abasto con el apetito voraz y la abstinencia de los Tártaros, pues se alimentan indistintamente de los animales muertos al intento ú de enfermedad. La carne de caballo, vedada en todos tiempos y paises por las naciones civilizadas de Asia y de Europa, los agasaja regaladamente, y este gusto tan estraño facilita sus operaciones militares. Siguen á la caballería dilijentísima de Escitia, en sus correrías mas veloces y lejanas, potradas sobrantes, para emplearlas oportunamen-

te en redoblar su presteza ó en alimentarse. El denuedo y la urjencia lo alcanzan todo. En apurando los Tártaros el pasto inmediato al campamento, matan la mayor parte de su ganado y acecinan la carne al humo ú al sol. En el trance de una marcha atropellada, se proveen de una porcion de bolitas de queso, ú mas bien requeson duro, que van en las ocurrencias desleyendo en agua, y este escaso abasto les mantiene por muchos dias pujantes y animosos. Pero sobreviene á tan suma abstinencia, propia de un estoico ú de un ermitaño, una hartura desenfrenada, con vinos de climas apacibles, cuyo regalo es el mas apreciable de cuantos se pueden ofrecer á un Tártaro, y toda su industria parece que se cifra en estraer de la leche de yegua un licor fermentado que estrema poderosamente su beodez. Los salvajes suelen esperimentar, al par de las fieras, la alternativa opuesta de hambre y abundancia, aviniéndose su estómago á uno y otro sin quebranto.

II. En los siglos de sencillez rústica y guerrera, un pueblo de soldados y labradores se va esplayando por la dilatada estension de un pais cultivado, y debió mediar largo tiempo antes que la juventud guerrera de Grecia é Italia se juntase bajo la misma bandera, ya para resguardar sus confines, ya para entrometerse por los ajenos. Con las manufacturas y el comercio se agolpa el jentío á las ciudades; mas ya los ciudadanos dejan de ser soldados, y las artes civilizadoras, que tanto realzan la sociedad, estragan la propension militar. La vida pastoril de los Escitas hermana al parecer las ventajas de la sencillez y del afeite, pues los individuos de una tribu están á toda hora juntos; pero en un campamento, el denuedo nativo campea mas con la competencia. Las viviendas tártaras se reducen á tiendecillas ovaladas, desabrigadas y sucias para la juventud revuelta de ambos sexos; los alcázares de los ricos son chozas de madera del tamaño proporcionado á sus carruajes anchurosos tirados por diez ó doce yuntas de bueyes. Sus rebaños, despues de pacer todo el dia por las dehesas inmediatas, se acojen al anochecer al resguardo del campamento. La precision de despejar aquella multitud perpetua y arremolinada de hombres é irracionales tiene que establecer método, guardias, y en fin los rudimentos del arte militar. Apurado el pasto de un distrito, marcha la tribu, ó mas bien el ejército pastoril, en busca de otro nuevo, y asi ejercitando su propia vida, se van todos amaestrando en una de las operaciones mas importantes de la guerra. Varian los paraderos segun las estaciones, y así se encaminan en el estío hácia el Norte, y se acampan en alguna ribera, ó á lo menos sobre la corriente de un riachuelo. Revuelven á los asomos del invierno hácia el Mediodía, y se avecindan en alguna solana al resguardo de la tramontana heladora que sopla de la fria Siberia. Costumbres son estas asombrosamente adecuadas para difundir entre las tribus el amor á aquella vida vagarosa y al par conquistadora;

y es tan frájil el enlace del pueblo con su territorio, que se quiebra con el mas leve motivo, pues el campamento, y no el solar, es la verdadera patria del Tártaro jenuino. Abarca el recinto de aquellos reales familias, compañeros y riquezas, y en las marchas mas remotas están presenciando de continuo cuantos objetos les son mas íntimos, apreciables ó familiares. El afan del robo, el recelo ú el pesar de algun agravio, y la antipatía á todo jénero de servidumbre, fueron siempre causas suficientes para estimular al Escita á encaminarse denodadamente hácia paises desconocidos, esperanzado de subsistencia mas abundante, ó de enemigos menos formidables. Pendió mil veces la suerte del Mediodía de las revoluciones del Norte; y en el vaiven de naciones encontradas, vencidos y vencedores arrollaron ó fueron alternativamente arrollados, desde el confin de la China hasta el de Jermania (10). Estas emigraciones grandiosas é increiblemente ejecutivas se facilitaban mas y mas con la calidad especial del clima. Sabido es que se encrudece mas el frio de lo que corresponde al centro de una zona templada, achacándose aquel estremado destemple á la altura de los páramos que se elevan particularmente hácia levante hasta mas de un cuarto de legua sobre el nivel del mar, y al esceso de salitre en que está empapado el suelo (11). Hiélanse en el invierno los rios anchurosos y rápidos que desaguan en el Euxino, en el mar Caspio y en el Glacial; cuaja nevada cubierta los campos, y las tribus victoriosas ó fujitivas pueden ir á su salvo atravesando con familias, carruajes y ganados por la haz lisa y durísima de una llanura inmensa.

III. Holgazana es positivamente la vida pastoril, cotejada con los afanes de la labranza ó de las manufacturas; y como los caudillos de las pastoradas tártaras encargan á sus cautivos el cuidado casero de la ganadería, nada los desvela ó los desaletarga; péro en vez de estar disfrutando aquel ocio en el amor ó en la música, lo emplean provechosamente en el ejercicio violento y sanguinario de la caza. Van relinchando por las llanuras de Tartaria potradas robustas y utilísimas para la guerra y la montería, y siempre se han decantado los Escitas como osados y ajilísimos jinetes, y la práctica incesante los afianza tan firmemente á caballo, que los estranjeros los suponian habituados á desempeñar todos los menesteres de la vida, como beber, comer, y aun dormir, sin apearse. Son diestrísimos lanceros, y su brazo nervudo arma el largo arco tártaro, siendo siempre certero é incontrastable su flechazo. Suelen asestar aquellos arcos contra los animales inocentes del yermo, que crecen y multiplican en ausencia de tan formidables enemigos, como la liebre, la cabra, el corzo, el venado, el ciervo, el alce y el antílope. El ejercicio y fatiga incesante de la caza habilitan mas y mas la pujanza y sufrimiento de hombres y caballos, contribuyendo tanta matanza á la subsistencia y aun al lujo de un campamento tártaro. Mas no ciñe el cazador escita sus proezas á estar

acosando cuadrúpedos medrosos é indefensos, pues arrostra denodadamente al enfurecido jabalí cuando se vuelve contra sus perseguidores, aguijonea la fiereza soñolienta del oso, y provoca al sañudo tigre cuando se adormece por la maleza. Donde asoma peligro resulta gloria, y el método de caza donde mas campea el arrojo se conceptúa remedo y escuela de la guerra. Las cacerías jenerales, recreo y timbre de los príncipes tártaros, forman un ejercicio instructivo para su mucha caballería. Delinéase un cerco de leguas de circuito para acorralar la caza de un terreno dilatado, y suele la tropa que lo compone irse estrechando hácia el centro, donde la fiera encajonada muere á flechazos de los cazadores. En esta marcha, que á veces dura algunos dias, la caballería tiene que ir trepando á las cumbres, nadando por los rios y hundiéndose por los barrancos, sin aportillar el cordon prefijado al intento. Habitúanse á asestar la vista y el avance á cierto punto remoto, conservando las distancias, redoblando ú conteniendo el paso, segun los movimientos de la tropa á derecha é izquierda, y acechando y repitiendo las señales de sus caudillos. Estos van estudiando en aquella escuela práctica la leccion mas importante de la ciencia militar, el tino ejecutivo del terreno, la distancia y el tiempo. El emplear contra el enemigo humano el mismo denuedo y aguante, la propia maña y disciplina es la única variacion que requiere la guerra efectiva, y así el recreo de la caza es un preludio bullicioso para la conquista de un imperio (12).

La sociedad política de los antiguos Jermanos ofrece la apariencia de una alianza voluntaria entre guerreros independientes. Las tribus de Escitia, nombradas modernamente *hordas* ó rancherías, vienen á ser como familias crecidas y redobladas que en el discurso de jeneraciones consecutivas se fueron propagando de la misma cepa fundamental. Hasta el Tártaro ínfimo y mas idiota atesora engreidamente la preciosidad impagable de su alcurnia, y por mas distinciones de jerarquía que hayan ido asomando por la desigualdad en su riqueza pastoril, se respetan mutuamente, y aun á si mismos como ramas entroncadas en la raiz de su fundador. La práctica todavía dominante de adoptar á los cautivos mas leales y valientes fortalece el concepto muy probable de que tan dilatada parentela es en gran parte tan solo legal y supuesta. Mas la preocupacion provechosa, ya sancionada por el tiempo y la opinion, surte el efecto de la realidad; el bárbaro engreido rinde voluntaria y gozosa obediencia á la cabeza de su prosapia, y su caudillo ú *mursa*, como representante de su patriarca, ejerce autoridad de juez en la paz y de adalid en la guerra. En el estado primitivo del mundo pastoril, cada mursa (si podemos seguir usando una denominacion moderna) obraba como caudillo independiente de alcurnia diversa y dilatada, y se fueron deslindando sus territorios particulares por la prepotencia arbitraria ó el mutuo consentimien-

to. La cooperacion de varias causas incesantes motivó el hermanamiento de gavillas vagarosas en hueste nacional á las órdenes de un caudillo supremo. Ansiaba el desvalido un arrimo y el esforzado señorío; la potestad, parto siempre de la union, avasalló y agolpó las fuerzas desparramadas de las tribus vecinas; y aunque alternaba el vencido en los triunfos de la victoria, acudian los caudillos con sus secuaces á las banderas de aquella confederacion formidable. Capitaneaba el príncipe mas preponderante por sus prendas ó su poderío. Aclamábanlo para entronizarlo sus iguales, y el conceptuoso dictado de *Khan* abarca en el idioma del Norte del Asia la plenipotencia rejia. Vinculada estuvo largamente la sucesion en la alcurnia del fundador de la monarquía; y ahora mismo todos los Khanes reinantes, desde la Crimea hasta el murallon de la China, descienden rectamente del afamado Zinjis (15). Pero así como es de instituto imprescindible en todo soberano tártaro el acaudillar personalmente á sus vasallos belicosos, suelen quedar orillados los niños; y algun pariente descollante por su edad y valentía empuña la espada y el cetro de su antecesor. Dos impuestos se cargan á las tribus para el decoro del monarca nacional y del caudillo inmediato, y entrambos salen del diezmo, tanto de las cosechas como de las presas. Goza el soberano tártaro la décima parte de las riquezas de su pueblo; y como su fortuna doméstica de ganadería aumenta en subida proporcion, le cabe acudir al esplendor cerril de su corte, galardonar al mas benemérito ú mas privado de sus secuaces, y lograr con las artes halagüeñas del cohecho la obediencia que se negaria tal vez á los mandatos de la autoridad ceñuda. Las costumbres de unos súbditos, avezados como él mismo á la sangre y al salteamiento, pueden abonar para ellos las tiranías parciales que horrorizarian en todo pueblo civilizado; mas nunca el poderío despótico quedó reconocido por los yermos de Escitia. La jurisdiccion inmediata del Khan está ceñida á su propia tribu, y la institucion antigua de un consejo nacional modera el ejercicio de las regalías. Los Corultai (14), ó sea las Cortes de Tartaria, se suelen celebrar por la primavera ó el otoño en medio de una llanura, donde los príncipes de la familia reinante y los mursas de las respectivas tribus pueden desahogadamente juntarse con sus comitivas guerreras y crecidas; y el monarca ambicioso, al presenciar el poderío, tiene que tantear las propensiones de un pueblo armado. Asoman en la constitucion de las naciones escitas ó tártaras los rudimentos del gobierno feudal; mas el paradero de tantas lides entre ellas ha sido á veces el establecimiento de un imperio despótico y poderoso. El vencedor, enriquecido con el tributo y reforzado con las armas de los reyes subalternos, abarcó con sus conquistas el Asia y la Europa; y los mayorales venturosos del Norte, avenidos con el encierro de artes, leyes, ciudades y el lujo, avasallaron al pueblo y dejaron socavados los cimientos de su trono (15).

No cabe en la ignorancia de los bárbaros y en sus emigraciones lejanas y repetidas conservar por largo tiempo la memoria de los acontecimientos pasados. Ignoran los Tártaros modernos las conquistas de sus antepasados (16); y cuanto sabemos de los Escitas resulta de su roce con las naciones sabias y civilizadas de Griegos, Persas y Chinos. Los Griegos navegantes del Euxino y planteadores de colonias por su costa fueron pausada y escasamente descubriendo la Escitia, desde el Danubio y el confin de Tracia, hasta el helado Meotis, patria sempiterna del invierno, y el Monte Cáucaso, descrito por la poesía como el postrer lindero de la tierra. Encarecieron con crédula sencillez las escelencias de la vida pastoril (17); y opinaron mas atinadamente acerca del número y poderío de los bárbaros belicosos (18), quienes burlaron desdeñosamente el armamento inmenso de Darío, hijo de Histaspes (19). Dilataran ya los monarcas persas sus conquistas occidentales hasta la márjen del Danubio y el confin de la Escitia europea. Quedan sus provincias orientales á merced de los Escitas asiáticos, moradores bravíos allende el Oxo y el Iaxartes, rios caudalosos que se encaminan hácia el mar Caspio. La lid memorable y dilatada de Iran y Turan es todavía anchuroso campo de historias y novelas: la valentía afamada y quizás fabulosa de los héroes persas, Rustan y Asfendiar, descolló en defensa de su patria contra el Afrasiab del Norte (20); y el teson invicto de los mismos bárbaros contrarestó en el mismo sitio las armas de Ciro y de Alejandro (21). Griegos y Persas ceñian la jeografía de Escitia por levante con las sierras de Imao ó Caf; y la ignorancia nublada ó la ficcion enmarañaba la parte estrema é inaccesible del Asia; pero aquellas rejiones inaccesibles son el solar de cierta nacion civilizada y poderosa, que asciende (22), segun tradiciones probables, á mas de cuarenta siglos (23), y que está pronta á comprobar una serie de cerca de dos mil años con el testimonio innegable de historiadores contemporáneos y esmerados (24). Los anales de la China (25) van despejando el estado y las revoluciones de las tribus pastoriles, que cabe diferenciar todavía bajo la denominacion mal deslindada de Escitas ó Tártaros; vasallos, enemigos y á veces conquistadores de un imperio grandioso, cuya política ha estado siempre contrarestando el denuedo ciego y arrebatado de los bárbaros del Norte. Desde la embocadura del Danubio hasta el mar del Japon, lo largo de la Escitia viene á estenderse por ciento y diez grados, que vienen á componer en aquel paralelo cerca de dos mil leguas. Sobre esta lonjitud no cabe deslindar tan cabal y puntualmente la adecuada latitud de tan dilatados yermos; pero desde los cuarenta grados que alcanzan á la muralla de la China, podemos internarnos por mas de trescientas leguas hácia el Norte, hasta que nos ataje el frio irresistible de Siberia. En aquel clima horroroso, en vez del cuadro vividor de un campamento tártaro, la humareda que la tierra, ó mas bien

la nieve desemboca, está señalando la vivienda subterránea del Tongús ó Samoyedo, quien suple á medias la carencia de caballos y bueyes con el uso de renjíferos y de perros enormes; y los conquistadores del orbe van imperceptiblemente dejenerando en una ralea de salvajes enanudos y contrahechos, que se estremecen al retiñido de las armas (26).

Habian los Hunos, que bajo el reinado de Valente amenazaron al imperio de Roma, estremecido mucho antes el de la China (27). Su solar antiguo, y quizás primitivo, fué un territorio seco y estéril, aunque dilatado, á las inmediaciones de la gran muralla por el norte. Pueblan ahora aquel sitio las cuarenta y nueve gavillas ó banderas de los Mongües, nacion pastoril, que se compone de unas doscientas mil familias (28). Mas la pujanza de los Hunos habia ido dilatando su señorío; y sus caudillos cerriles, apellidados *Tanjus*, vinieron á ser conquistadores y soberanos de un imperio formidable. El piélago tan solo pudo atajarlos por el Oriente, y las escasas tribus que se esplayan entre el Amur y el remate de la península de Corea se incorporaron con repugnancia en las banderas de los Hunos. Por el Occidente hácia el oríjen del Irtís y en los valles del Imao, se encontraron con ámbitos mas anchurosos y mas crecidos enemigos. Sojuzgó uno de los tenientes de los Tanjus y en una sola espedicion veinte y seis naciones; los Igúres (29), que sobresalen entre los Tártaros por el uso de las letras, se contaban entre sus vasallos, y por el eslabonamiento estraño de los acontecimientos humanos, la huida de una de aquellas tribus vagarosas retrajo á los Partos victoriosos de la invasion de la Siria (30). Atajó tambien por el norte el Océano á los Hunos. Sin enemigos para contrastar sus progresos, ó testigos para contradecir su vanagloria, en su mano estaba el redondear su conquista efectiva ó soñada de las rejiones heladas de Siberia. Fijó el mar del Norte su imperio; pero el nombre de aquel mar, en cuyas playas el patricio Sovu se avinó á la vida de pastor y desterrado (31), puede trasladarse mas adecuadamente al Baikal, cuenca anchurosa, con mas de cien leguas de largo, que menosprecia la modesta denominacion de lago (32), y que realmente se comunica con los mares del Norte por los larguísimos cauces del Angara, el Tongusca y el Ienisea. Ufanábanse los Tanjus con la rendicion de tantas naciones remotas, mas el denuedo de los Hunos aspiraba al galardon de las riquezas y al lujo del imperio del Mediodía. Tres siglos antes de la era cristiana *(a)*, levantóse allá un murallon de quinientas leguas de largo para el resguardo de la raya de la China contra los embates de los Hunos (33); mas aquella obra asombrosa, que está de manifiesto en el mapa del orbe, jamás alcanzó á afianzar un pueblo desaguerrido. Solia componerse la caballería de los Tanjus de dos á trescientos mil hombres, formidables todos por su maestría en flechar y jinetear, por su incontrastable sufrimiento en las intemperies, y por la velocidad imponderable de

sus marchas, sin que las atajasen raudales, despeñaderos, rios caudalosos ni peñascos encumbrados. Arrollaban de un ímpetu anchurosas comarcas, y su arrebatada rapidez sobrecojia, asombraba y desbarataba la táctica esmerada y formal del ejército chino. El emperador Kaoti (34), campeon encumbrado por su bizarría al trono, acaudilló contra los Hunos las tropas veteranas amaestradas en las guerras civiles del pais; mas los bárbaros lo cercaron, y tras un sitio de siete dias, desahuciado el monarca, tuvo que comprar el rescate con una paz afrentosa. Los sucesores de Kaoti, vinculados en las artes pacíficas ó en el lujo de palacio, se allanaron á desdoro mas permanente. Confesaron desde luego la insuficiencia de armas y fortificaciones; manifestaron que al participar por donde quiera grandiosas llamaradas al asomo de los Hunos, la soldadesca china, que dormia con el yelmo encasquetado y la coraza puesta, quedaba destruida con el afan de las marchas y contramarchas infructuosas (35). Pactóse una paz temporal, precaria y pensionada de dinero y seda; y practicaron á un tiempo los emperadores de la China y de Roma el menguado arbitrio de disfrazar un tributo efectivo bajo el nombre de regalo ú subsidio. Mas quedaba otro artículo, ú renglon de tributo mas infamante y atropellador de los sagrados fueros de la humanidad y de la naturaleza. Las penalidades de la vida montaraz, que acaba desde la niñez á los reciennacidos endebles, desiguala en gran manera el número entre ambos sexos. Son los Tártaros de ralea fiera y contrahecha; y al conceptuar á sus mujeres como meros instrumentos de faenas caseras, anhelan ó mas bien apetecen estampas mas halagüeñas. Tributábase anualmente una porcion selecta de las señoritas mas lindas de la China á los abrazos bestiales de los Hunos (36), y afianzábase la alianza del altanero Tanju por medio de su enlace con las hijas lejítimas de la familia imperial, que intentó en balde desentenderse de tan sacrílega mancilla. Retrata al vivo una princesa china en sus versos la situacion lastimosa de las víctimas desventuradas, lamentándose de hallarse condenada por sus padres á un destierro lejano con un marido bárbaro; llorando de que leche agria es su única bebida, carne cruda su solo alimento, su alcázar único una tienda, y exhalando en raptos de afectuosa sencillez el natural anhelo de trocarse en ave para volverse al vuelo á su patria idolatrada, objeto de su tierno y sempiterno quebranto (37).

Las tribus pastoriles avasallaron dos veces la China; no desdecian sus fuerzas de las de los Mogoles ó los Manchúes, y su ambicion debia esperanzar sumos triunfos. Mas ajó su orgullo y atajó sus ímpetus con la política y las armas Vuti (38), emperador quinto de la poderosa dinastía de Han. En su larguísimo reinado de cincuenta y cuatro años (antes de Cristo 141—87), los bárbaros de las provincias meridionales se avinieron á las leyes y costumbres de la China, y se esplayaron los antiguos límites de

la China, desde el grandioso rio de Kiang hasta el puerto de Canton. En vez de ceñirse al medroso sistema defensivo, internáronse sus tenientes cientos de leguas por el pais de los Hunos. En desiertos tan interminables, donde no cabe proporcionar acopios y se hace dificilísimo el ir trasportando aun los mas escasos abastos, padecieron las huestes de Vuti sumos apuros; y de los ciento y cincuenta mil soldados que salieron contra los bárbaros, tan solos treinta mil volvieron salvos á las plantas de su dueño. Compensaron sin embargo ventajas esclarecidas tan amargos quebrantos, pues los jenerales chinos utilizaron acertadamente la superioridad del temple de sus armas, de sus carros de guerra y del arrimo de sus Tártaros auxiliares. Sorprendieron los reales de Tanju en medio del sueño y de la beodez; y aunque el monarca huno se abrió esforzadamente paso entre las filas enemigas, dejó en el campo de batalla mas de quince mil de los suyos. Mas no contribuyó tanto á la ruina del poderío de los Hunos esta señalada victoria, precedida y seguida de otras refriegas sangrientas, como la política desvelada de libertar á las naciones tributarias de su obediencia (Antes de Cristo 70). Las tribus mas crecidas de Oriente y de Occidente, amedrentadas por las armas, ó atraidas con las promesas de Vuti y los sucesores, se desentendieron del mando del Tanju. Algunas, al reconocerse amigas ó vasallas del imperio, sé enemistaban implacablemente con los Hunos; y la nacion entera de aquella altiva ralea, reducida ya á su primitivo estado, cabria tal vez en el recinto de una de las ciudades crecidas y populosas de la China (39). El desvío de tanto súbdito y las vicisitudes de la guerra civil precisaron al Tanju á desprenderse del timbre de soberano independiente y de la libertad de aquella nacion tan guerrera y engreida (Antes de Cristo 51). Agasajáronle en Sigan, capital de la monarquía, tropas, mandarines, y el emperador en persona con cuanto podia realzar y encubrirle el triunfo de la vanagloria china (40). Se le preparó un grandísimo palacio, se le encabezó sobre todos los príncipes de la familia real, y se apuró el sufrimiento del rey bárbaro en un banquete en que ocho veces se cubrió la mesa, y sonaron nueve solemnes sinfonías. Mas tributó arrodillado rendido homenaje al emperador de la China; pronunció, en su propio nombre y en el de los sucesores, juramento de fidelidad, y aceptó agradecido un sello que simbolizaba su rejia dependencia. Tras este humillante avasallamiento, desviáronse á veces los Tanjus de su feudo, y aprovecharon los trances favorables de guerra y de rapiña; pero ya la monarquía de los Hunos fué por puntos decayendo, hasta que se quebrantó con sus disensiones civiles, dividiéndose en dos reinos enemigos (A. 48). Uno de sus príncipes tuvo que retirarse, por miedo ú ambicion, hácia el Mediodía con ocho rancherías que abarcaban de cuarenta ó cincuenta mil familias. Obtuvo, con el dictado de Tanju, un territorio proporcionado y contiguo á las provin-

cias chinas, y su desempeño puntual en el servicio del imperio estuvo afianzado en su debilidad y en su anhelo de venganza. Desde el punto de su infausta desavenencia, los Hunos del Norte siguieron desfallecidos por espacio de medio siglo, hasta que fueron avasallados por enemigos propios y estraños. La inscripcion orgullosa (41) esculpida en una columna alzada sobre una cumbre eminente estaba pregonando á la posteridad que una hueste china se habia internado á mas de doscientas leguas por el pais. Desagraviáronse por enconos antiguos los Siempos (42), tribu de Tártaros orientales; y tras un reinado de mil y trescientos años, vino á sumirse totalmente el poderío de los Tanjus á fines del primer siglo (A. 93) de la era cristiana (43).

Varió la suerte de los vencidos Hunos segun sus diversos temples y situaciones (44). Mas de cien mil individuos, en estremo pusilánimes y menesterosos, se avinieron á permanecer en su solar, desentenderse de su nombre y oríjen y mezclarse con la nacion vencedora de los Siempos. Cincuenta y ocho rancherías de unos doscientos mil hombres, ansiosos de servidumbre mas decorosa, se marcharon hácia el Mediodía, imploraron el amparo de los emperadores de la China, y se les franqueó el estremo de la provincia de Chansí y el territorio de Orto para su resguardo (A. 100). Pero las tribus guerreras y poderosas de los Hunos conservaron en la adversidad la entereza incontrastable de sus antepasados. Brindábase el mundo occidental á su denuedo, y allá se empeñaron en ir capitaneados por sus caudillos hereditarios á descubrir y avasallar algun pais remoto y ajeno de las armas de los Siempos y de las leyes de la China (45). La carrera de su emigracion los tramontó sobre las sierras de Imao y los linderos de la jeografía china; mas podemos ir rastreando las dos divisiones grandiosas de aquellos desterrados formidables que se encaminaron al Oxo y al Volga. Planteó su dominio la primera de estas colonias en las llanuras fértiles y dilatadas de la Sogdiana, al oriente del mar Caspio, donde conservaron el nombre de Hunos con el dictado de Eutalites ó Neftalites *(b)*. Amenizáronse sus costumbres, y hasta sus facciones se fueron agraciando con la suavidad del clima y su permanencia sosegada en una provincia floreciente (46), que conservaria algun leve rastro de las artes de la Grecia (47). Los Hunos *blancos*, apellidados así por la mejora de su tez, orillaron luego la vida pastoril de la Escitia. Fué Gorgo, que bajo el nombre de Carizme logró luego alguna esplendidez pasajera, la residencia de su rey, quien ejercia autoridad legal sobre un pueblo obediente. Costeaba su lujo el trabajo de los Sogdianos, y el único rasgo de su antigua barbarie era la práctica de obligarse los compañeros, tal vez hasta veinte, agraciados por algun señor acaudalado, á enterrarse vivos en la misma huesa (48). La vecindad de los Hunos á las provincias de Persia les acarreó contiendas repetidas y sangrientas con aquella potencia. Mas res-

petaban en paz la fe de los tratados; y en la guerra, los dictámenes de la humanidad, y sobresalió su moderacion, al par de su denuedo, en la memorable victoria sobre Peroses ó Firuz. Los Hunos de la *segunda* division, internándose mas y mas al noroeste, tuvieron que arrostrar las penalidades de un clima helador y de una marcha trabajosa. Andaban por necesidad trocando pieles de Siberia por sedas de la China; borráronse los asomos de civilizacion, y el natural bravío de los Hunos se fué encrudeciendo por su roce con las tribus montaraces, comparadas, no sin propiedad, con las fieras. Su afan de independencia desechó en breve la sucesion hereditaria de los Tanjus, y al paso que cada ranchería se gobernaba por su Mursa particular, su consejo disponia atumultuadamente de los negocios públicos de la nacion. Atestiguaba, aun en el siglo trece, su residencia pasajera por las orillas del Volga el nombre de Grande Hungría (49). Invernaban pastoreando por la embocadura de aquel caudaloso rio, y veraneaban hasta la latitud de Seratoff, y quizás por la confluencia del Kama. Tales eran al menos los límites de los Calmucos negros (50), que permanecieron como un siglo bajo los auspicios de la Rusia, y que despues regresaron á sus solares antiguos por la raya del imperio chino. La marcha y retorno de aquellos Tártaros vagarosos, cuyo campamento reunido se compone de cincuenta mil tiendas ó familias, despeja un tanto las emigraciones remotas de los antiguos Hunos (51).

No cabe alumbrar la oscuridad que media desde que los Chinos perdieron de vista á los Hunos en el Volga, y antes que se apareciesen á los Romanos. Median sin embargo razones para opinar cuan recio seria el impulso que los espatriaba, y por tanto los arrojaba hasta el confin de Europa. El poderío de los Siempos, sus enemigos implacables, que abarcaba mas de mil leguas de levante á poniente (52), debió arrollarlos con el empuje y el terror de vecindad tan formidable, y las tribus de Escitia debieron tambien agolpárseles huyendo y estrechar en gran manera su territorio. Los apellidos broncos de aquellas tribus lastimarian el oido sin aprovechar al entendimiento de los lectores; mas no puedo menos de manifestar mi concepto muy obvio de que á los Hunos del Norte les cupo un refuerzo cuantioso con la ruina de la dinastía del Sur, que por todo el tercer siglo se avasalló á la China; *que* sus valientes se encaminaron en pos de sus aventureros paisanos, y *que* desviados con la prosperidad, los hermanó de nuevo su azarosa suerte (53). Los Hunos, con sus ganados, mujeres, niños, dependientes y aliados, asomaron al poniente del Volga, y se internaron denodadamente por el pais de los Alanos, nacion pastoril que estaba poblando ú arrasando en parte los ámbitos desiertos de la Escitia. Cubrieron sus tiendas las llanuras intermedias del Volga y el Tanais, y cundió su nombre y al par sus costumbres por todas sus conquistas dilatadas, embebiéndose entre los demás vasallos los Jelonos

y Agatirsos pintados. Internáronse por el norte hasta la helada Siberia, entre los bravíos cazadores, siempre hambrientos y comedores caninos de carne humana; al paso que sus algaradas meridionales se esplayaban hasta la raya de Persia ó de la India. Entreverados de sangre sármata y jermana, desembravecieron los Alanos *(c)* un tanto sus facciones, esclarecieron su denegrida tez y empajizaron sus cabelleras, lo que por maravilla se advierte en la ralea tártara. Eran menos contrahechos y abrutados que los Hunos, mas no les iban en zaga por la bizarría voluntariosa que desechaba hasta el uso de esclavos caseros, y por su apego á las armas, conceptuando la guerra y la rapiña como el regalo y el blason del jénero humano. No acataban mas deidad que una cimitarra desnuda y clavada en el suelo; los craneos de sus enemigos eran las lujosas gualdrapas de sus alazanes, y miraban con menosprecio y compasion á los apocados guerreros que estaban sufridamente esperando los achaques de la edad quebrantada ó los tormentos de una enfermedad angustiosa (54). Llegaron á las manos Hunos y Alanos sobre el Tanais con igual denuedo, pero con éxito muy diverso. Quedó la sangrienta refriega por los Hunos; pereció el rey de los Alanos, y el resto de la nacion desapareció con la alternativa comun de la huida ó el rendimiento (55). Guareciόse una colonia de dispersos por las cumbres del Cáucaso entre el mar Euxino y el Caspio, donde están todavía conservando su nombre y su independencia. Adelantóse otra colonia mas osadamente hácia las playas del Báltico; se hermanó con las tribus septentrionales de Jermania, y terció en los despojos de la Galia y de la España, provincias romanas. Pero lo mas de la nacion alana abrazó la oferta de su enlace honorífico y ventajoso, y los Hunos, apreciadores del valor de sus enemigos menos venturosos, se arrojaron con aquel aumento de número y engreimiento á embestir los límites del imperio gótico.

El grande Hermanrico, cuyo señorío se estendia desde el Báltico hasta el Euxino, estaba disfrutando en edad madura el galardon de tanta victoria y nombradía (A. 575), cuando lo sobresaltó el asomo formidable de una hueste de enemigos desconocidos (56), á los cuales pudieron sus montaraces súbditos apellidar fundadamente bárbaros. Asombrados los Godos, palparon, temieron y abultaron la rapidez y la crueldad implacable de los Hunos, presenciando las llamaradas de sus aldeas y los rios de sangre que las inundaba. Parangonaban aquellos abortos de la Escitia con las alimañas *(d)* (y no era el símil impropio) que apenas aciertan á andar sobre dos piés, y á los figurones ó *Términos* colocados por los antiguos en sus puentes. Diferenciábanse de la especie humana por espaldudos, chatos y oji-hundidos, y siendo barbilampiños, ni los agraciaba la mocedad, ni los autorizaba la madurez (57). Se les suponia, fabulosa, pero dignamente, oriundos de las brujas de Escitia, que arrojadas de la sociedad

por sus maldades, se habian ayuntado por los desiertos con los espíritus infernales, y habian dado á luz aquellos vestiglos (58). Horrorizados los Godos, vinieron crédulamente á creer tan disparatada y pavorosa patraña, que halagando su encono, estremaba sus zozobras, puesto que la posteridad de brujas y demonios podia traer vinculada una prepotencia sobrenatural con la índole malvada de sus padres. Apercibióse Hermanrico para echar el resto de su poderío contra tamaños enemigos; mas luego echó de ver que sus tribus súbditas, airadas con el avasallamiento, estaban mas propensas á auxiliar que á contrarestar la invasion de los Hunos. Habia ya antes uno de los caudillos de los Roxolanos (59) desertado de las banderas de Hermanrico, y el tirano atroz condenó á la esposa inocente del traidor á ser descuartizada por caballos bravos. Aprovecharon los hermanos de aquella desventurada la coyuntura favorable para su venganza. Siguió penando por algunos meses el rey anciano de los Godos con las heridas mortales que le causaron las dagas; y así desfalleció tambien el jiro de la guerra, y mas con la discordia zelosa que desenfrenaba las disposiciones del consejo nacional. Dejó su muerte, atribuida á su propia desesperacion, las riendas del gobierno en manos de Vitimero, quien, al arrimo mal seguro de algunos Escitas asalariados, sostuvo la contienda harto desigual contra Hunos y Alanos, hasta que vino á quedar derrotado y muerto en una batalla decisiva. Rindiéronse los Ostrogodos á su estrella; y la alcurnia real de los Amalis asomará luego entre los súbditos del altanero Atila. Mas el esmero de Alateo y de Safraz puso en salvo á Viterico, todavía niño, conduciendo con sumo arrojo y fidelidad y á marchas muy cautelosas los restos independientes de la nacion ostrogoda hácia el Danasto ú Niester, que en el dia está separando los dominios de Turquía y Rusia. Por sus orillas, el cuerdo Atanarico, mas cuidadoso de su propio resguardo que del ajeno, tenia sentados los reales visigodos, con ánimo de contrarestar á todo trance á los bárbaros victoriosos, á quienes conceptuaba menos acertado el ir á provocar. Entorpeció tanto bagaje y cautivo la velocidad jenial de los Hunos; mas su pericia logró engañar y casi esterminar el ejército de Atanarico. Al contrastar este el tránsito del Niester, se vió cercado y acometido por un destacamento poderoso de caballería, que al claro de la luna habia vadeado el rio, y tuvo que echar el resto de su teson y maestría para poderse guarecer por sierras escabrosas. Habia su denuedo ideado un plan nuevo y certero de guerra defensiva; y la línea fuertísima que iba á zanjar entre la serranía, el Pruth y el Danubio afianzara el territorio dilatado y feraz que hoy se llama Valaquia contra las correrías asoladoras de los Hunos (60); mas todas sus esperanzas y disposiciones vinieron á malograrse con el trémulo desasosiego de sus paisanos acobardados, á quienes su mortal zozobra persuadia que solo el Danubio con su rapidez violenta

podia escudarles contra el veloz alcance y el arrojo incontrastable de los bárbaros de Escitia. Adelantóse atropelladamente, al mando de Fritijerno y Alavivo (61), el globo de la nacion hasta la orilla del gran rio, é imploró el amparo del emperador de Oriente; pero ansioso siempre Atanarico de evitar la nota de perjuro, se retiró con una porcion de secuaces leales á las serranías de Caucaland, donde parece que se resguardó y aun ocultó por las selvas impenetrables de la Transilvania (62) *(e)*.

Valente, zanjada ya la guerra gótica con ciertas apariencias de gloria y éxito, se encaminó hácia sus dominios de Asia (A. 376) y se avecindó por fin en la capital de Siria. Empleó los cinco años (63) que residió en Antioquía en vijilar los intentos hostiles del rey de Persia, conteniendo al mismo tiempo los salteamientos de Sarracenos é Isaurios (64), robusteciendo con argumentos mas eficaces que el raciocinio y la elocuencia el partido de la teolojía arriana, y satisfaciendo sus recelos antojadizos con ajusticiar sin distincion al inocente y al culpado. Mas embargó en gran manera sus desvelos el aviso importante de sus empleados civiles y militares encargados de la defensa del Danubio. Participáronle cómo se estaba nublando el Norte con sañuda tormenta; que al embate de los Hunos, ralea monstruosa y desconocida de salvajes, yacia por el suelo el poderío de los Godos, y que humillada ya aquella nacion guerrera, estaba revuelta en el polvo cubriendo largas leguas por las orillas del rio. Tendian desaladamente los brazos, prorumpian en amargos lamentos, y lloraban sus quebrantos pasados y sus peligros nuevos; reconocian que todas sus esperanzas estaban ya vinculadas en la clemencia del gobierno romano, y protestaban solemnemente que si la liberalidad del emperador se dignaba agraciarlos con el cultivo de los dilatados yermos de Tracia, se considerarian ligados con los lazos mas poderosos de la obligacion y el agradecimiento á obedecer las leyes y resguardar la frontera de la república. Corroboraron personalmente estas protestas los embajadores de los Godos *(f)*, quienes esperaron ansiosamente de boca de Valente la respuesta que habia de zanjar la suerte de sus desventurados paisanos. Carecia el emperador de Oriente de la sabiduría que cupo al hermano, cuya muerte sobrevino á fines del año anterior (A. 375, nov. 17); y como la desgraciada situacion de los Godos estaba clamando por decision ejecutiva y terminante, no tenia cabida el recurso de los endebles y medrosos, que suelen cifrar en la dilacion todo el primor de la maestría mas consumada. Mientras abriguen los hombres unos mismos impulsos é intereses, los puntos de guerra y paz, de justicia y política, ventilados en los consejos de la antigüedad, se rodean idénticamente en las deliberaciones modernas; pero el estadista mas consumado de Europa jamás tuvo que opinar sobre el acierto ú el escollo de admitir ó desechar una oleada descomunal de bárbaros, que arrojan el hambre y la desespera-

cion sobre el territorio de cualquiera nacion civilizada. Atónitos é indecisos, y luego contrapuestos quedaron los ministros de Valente, á propuesta tan trascendental y tan sumamente enlazada con la seguridad pública; mas aviniéronse luego al dictámen lisonjero al parecer para el engreimiento, la poltronería y la codicia de su soberano. Aquellos esclavos condecorados con los dictados de prefectos y jenerales disimularon ó desatendieron el terror de la emigracion nacional, tan esencialmente diversa de las colonias parciales que se habian ido planteando á los postreros confines del imperio; antes bien vitorearon el agasajo de la suerte que les acarreaba desde los mas remotos ámbitos del orbe una hueste estraña é invencible defensora del solio de Valente, que pudiera ahorrar las sumas inmensas que aprontaban las provincias por el descargo de las quintas. Concedióse la plegaria á los Godos; aceptó la corte imperial su servicio, y se mandó inmediatamente á los gobernadores militares y civiles de la diócesis de Tracia que dispusiesen lo necesario para el tránsito y mantenimiento de un gran pueblo, hasta que se proporcionase territorio adecuado y suficiente para su residencia venidera. Agriaba sin embargo el emperador su agasajo con dos pactos violentos é imprescindibles; que podia sincerar la cordura por parte de los Romanos, pero que solo el conflicto alcanzaba á arrancar á los airados Godos. Requirióseles, antes de pasar el Danubio, la entrega de sus armas, y al par la de sus niños, para dispersarlos por las provincias del Asia, donde los civilizase la educacion y sirviesen de rehenes para afianzar la fidelidad de los padres.

Entre las demoras de la negociacion, arrojáronse impacientes los Godos á atravesar temerariamente el Danubio, sin el permiso del gobierno cuyo amparo imploraban. Acechaba desveladamente sus pasos la tropa tendida por la ribera al intento, y sus primeros destacamentos quedaron derrotados con ejemplar escarmiento; mas eran tan medrosos los acuerdos del reinado de Valente, que los valerosos oficiales, leales á su patria en el desempeño de sus cargos, fueron castigados con la pérdida de sus empleos, y aun estuvieron á pique de perder la cabeza. Llega por fin el decreto imperial para el trasporte sobre el Danubio de la nacion gótica en globo (65); mas es faena ardua y trabajosa su ejecucion. Crece el rio, cuyo cauce tiene allí un tercio de legua de anchura (66), y en el tránsito atropellado, el raudal violento arrebata y ahoga á muchísimos. Ajénciase una crecida escuadrilla de bajeles, lanchas y canoas, que van pasando y repasando dia y noche con desalado afan, y se echa el resto por parte de los oficiales de Valente para que ni un solo bárbaro de los destructores venideros de Roma quede en la orilla opuesta. Acuérdase el irlos empadronando; pero los encargados de tarea tan pesada é interminable (67 la dejan asombrados y exánimes, y el historiador principal de aquel tiem-

po afirma formalmente que las huestes portentosas de Dario y de Jerjes, que se estaban graduando de patrañas propias de la crédula y necia antigüedad, quedaban ahora abonadas para la discrecion humana con la evidencia palpable de la realidad. Puntualiza un testimonio probable el número de los guerreros godos en doscientos mil; y si añadimos la proporcion correspondiente de mujeres, niños y esclavos, la mole toda de aquella emigracion formidable vendrá á regularse en un millon de individuos de ambos sexos. Los niños godos, al menos los de cierta jerarquía, se fueron entresacando de la muchedumbre, y conduciendo sin demora á los parajes lejanos señalados para su residencia y educacion; y al ir pasando tan crecida comitiva de rehenes y cautivos por las ciudades con sus vistosos trajes y traza marcial, causaban la estrañeza y envidia de los provinciales *(g)*. Pero el pacto mortal para los Godos y de mayor entidad para los Romanos quedó orillado vergonzosamente. Los bárbaros, que consideraban sus armas como los timbres nacionales y las prendas de su salvamento, se avenian á ofrecer por ellas un precio que la incontinencia y la codicia de los encargados imperiales se manifestaron prontas á admitir. Por conservar sus armas los soberbios guerreros se allanaban, con alguna repugnancia, á prostituir sus mujeres y sus hijas; el atractivo de una niña linda ó de un muchachuelo agraciado afianzaba la condescendencia de los veedores, que solian mirar con anhelo las alfombras guarnecidas y los lienzos esquisitos de sus nuevos aliados (68), ó que desatendian su obligacion por el afan ruin de llenar sus cortijos de rebaños y sus casas de esclavos. Embarcábanse armados los Godos; y reunido ya su poderío á la otra orilla del rio, el campamento inmenso que se esplayaba por las vegas y oteros de la Mesia inferior estaba sobresaliendo y amagando ya hostilmente. Los caudillos ostrogodos Alateo y Safraz, guardas del rey mancebito, asomaron luego á la márjen septentrional del Danubio, y despacharon inmediatamente su embajada á la corte de Antioquía, solicitando, con igual homenaje, las idénticas finezas concedidas á los demandantes Visigodos. La repulsa redonda de Valente atajó sus pasos y manifestó el arrepentimiento, las sospechas y zozobras del consejo imperial.

Nacion indisciplinada y errante de bárbaros debia requerir suma entereza y discreto réjimen. El abasto diario de un millon de bocas estrañas podia solo aprontarse con teson dilijente y atinado, y podia estarse de continuo interrumpiendo por equivocaciones y contratiempos. La insolencia ó la ira de los Godos, si se conceptuaban objetos de zozobra ó de menosprecio, podia desesperarlos, y la suerte del estado venia á estar pendiente de la cordura y de la honradez de los jenerales de Valente. Eran en aquel trance gobernadores de la Tracia Lupicino y Máximo, para cuyo ánimo venal, en mediando asomos de ganancia personal, quedaba pos-

puesta toda ventaja pública, y cuyo único descargo pudiera ser la torpeza de no alcanzar las resultas fatales de su temeridad criminal. En vez de atenerse á la letra de las órdenes superiores, y acudir con decoroso esmero á las urjencias de los Godos, estaban levantando como un impuesto villano y estremado sobre los apuros de los bárbaros hambrientos. El abasto mas ínfimo se vendia á precio exorbitante, y en vez de aprontarlo sano y nutritivo, llenaban los mercados de carne de perros y de otros animales inmundos y muertos de enfermedad. Por una sola libra de pan se desprendian los Godos de un esclavo costoso y preciso, y compraban un escaso alimento con diez libras de un metal precioso, pero inservible (69). Apurados sus haberes, acudieron á sus niños y muchachas, y en medio de su pasion jenial por la libertad, se avinieron á la máxima rastrera de que iban sus hijos mas bien librados viviendo aun en clase de esclavos, que pereciendo en el desamparo de la independencia. La tiranía mas amarga é insufrible es la que aparenta beneficencia y exije agradecimiento por finezas acibaradas con mortales agravios; fué brotando mas y mas la desazon en el campamento de los bárbaros, quienes malograban el merecimiento de su conducta arreglada y sufrida, y prorumpieron por fin en gritos contra la tropelía de sus nuevos aliados Estaban mirando en torno la abundancia colmada de una provincia riquísima, en medio de la cual se morian de hambre por siniestro estudio; y tenian en sus manos el desagravio con los medios que la codicia de los tiranos les habia consentido, pues empuñaban aun sus armas. La vocería de una muchedumbre nunca enseñada á encubrir sus impulsos patentizaba las primeras muestras de contraresto, y sobresaltó los pechos medrosos y criminales de Lupicino y de Máximo. Estos taimados ministros, que intentaban suplir con trazas y arbitrios provisionales las providencias trascendentales de la política grandiosa, trataron de alejar á los Godos de aquel apostadero tan arriesgado sobre la raya del imperio, y acantonarlos y dispersarlos por las provincias interiores. Hechos cargo del ningun respeto y confianza que merecian á los bárbaros, fueron aunando una fuerza militar que pudiera activar la marcha pausada y repugnante de un pueblo que seguia titulándose súbdito y obediente del imperio romano. Mas embargados los jenerales de Valente con los Visigodos descontentos, fueron torpemente desguarneciendo las naves y las fortalezas que constituian la defensa del Danubio. Notaron y utilizaron el aciago desacuerdo Alateo y Safraz, que estaban ansiosamente en acecho de aquella proporcion para evitar el alcance de los Hunos. Ajenciáronse atropelladamente cuantas almadías y barquillos les fué dable, y trasladaron sin contraste su rey y su ejército, planteando osadamente su campamento enemigo é independiente en territorio del imperio (70).

Eran Alavivo y Fritijerno caudillos de los Visigodos en paz y en guerra

bajo el nombre de jueces, y la autoridad que les competia por su nacimiento estaba revalidada con el consentimiento libre de la nacion. En temporadas bonancibles igualárase su poderío al par de su jerarquía; mas acosados sus compatricios por el hambre y la violencia, acudieron al desempeño esclarecido de Fritijerno para el mando militar, que no podia menos de redundar en beneficio público. Anduvo enfrenando los arrebatos de sus Visigodos, hasta que las sumas tropelías é insultos de sus tiranos sincerasen su resistencia para el concepto de las jentes; mas no era propenso á orillar ventajas materiales por el mero lauro de justiciero y comedido. Hecho cargo del resultado grandioso de una combinacion del poderío godo, entabló reservadamente relaciones con los Ostrogodos; y aparentando sumo rendimiento á los jenerales romanos, se adelantó pausadamente hácia Marcianópolis, capital de la Mesia inferior, á cerca de veinte y cinco leguas de las orillas del Danubio. Estalló en aquel aciago solar pavorosamente la llamarada de la discordia. Habia Lupicino convidado á los caudillos godos para un banquete espléndido, y la comitiva marcial se quedó sobre las armas en el atrio del palacio; mas estaban poderosamente guardadas las puertas de la ciudad, y se defraudó á los bárbaros violentamente del mercado abundante al cual se mostraban acreedores á fuer de súbditos y aliados. Rechazáronse sus plegarias humildes con ceño y escarnio; y los Godos, apurado ya el sufrimiento, trabaron contienda violenta de amenazas tremendas y mutuos baldones con la soldadesca y el vecindario. Hubo golpes, se esgrimió la espada, y la primera sangre de aquella riña casual fué el principio de una guerra larga y asoladora. En medio del estruendo y de la beodez, avisan reservadamente á Lupicino la muerte y desarme de varios soldados; y manda temerariamente que se degüelle por represalia la guardia de Fritijerno y Alavivo. La gritería horrenda y los alaridos mortales manifiestan su peligro sumo á Fritijerno; quien con su serenidad heroica se impuso en que estaba perdido, si daba treguas á su injuriador para volver sobre sí. «Parece,» dice el caudillo con entereza y suavidad, «que ha sobrevenido una leve desavenencia entre las dos naciones; mas puede acarrear funestos resultados, á menos que no se aplaque el alboroto inmediatamente con la seguridad de nuestras vidas y la autoridad de nuestra presencia.» A estas palabras desenvainan Fritijerno y compañeros sus espadas; se abren paso sin resistencia por el jentío que cuaja palacio, calles y puertas de Marcianópolis, y montando á caballo, desaparecen ante los atónitos Romanos. Aclama gozosamente el campamento á sus jenerales, decrétase la guerra, y pónese inmediatamente por obra; tremolan sus banderas al estilo de sus antepasados, y rechina el ambiente con el eco bronco y doloroso del clarin de los Godos (71). Marcha Lupicino contra ellos, tras haberlos provocado sin esterminarlos, y aparentando siempre menospreciarlos, recojiendo

en aquel trance cuanta tropa le es dable. Espéranle los bárbaros como á tres leguas de Marcianópolis; y en aquel trance, el desempeño del caudillo se aventajó á las armas y á la disciplina de la tropa instruida. La maestría de Fritijerno capitanea tan atinadamente á los valerosos Godos, que cerrados é impetuosos, arrollan la formacion de las lejiones. Abandona Lupicino en el campo de batalla sus armas, banderas, tribunos y soldados valientes, cuyo teson inservible condujo tan solo para resguardar la huida indecorosa de su caudillo. «Aquel dia venturoso puso un término al quebranto de los bárbaros y á la confianza de los Romanos; desde aquel trance, desenlazados los Godos de su ahogo mortal de estranjeros y desterrados, se encumbraron á la jerarquía de ciudadanos y dueños, aspiraron á su señorío absoluto sobre los hacendados, y conservaron, á fuer de propietarios, las provincias septentrionales del imperio ceñidas por el Danubio.» Tales son las espresiones del historiador godo (72), que encarece con tosca elocuencia la gloria de sus compatricios. Mas ejercitaban los bárbaros aquel predominio para su afan de robo y asolamiento; pues defraudados por los ministros del emperador de los beneficios de la naturaleza y de las comunicaciones corrientes de la vida social, se desagraviaban de aquella sinrazon sobre los súbditos del imperio; y las maldades de Lupicino recayeron sobre los pacíficos labradores de Tracia, abrasando sus aldeas, y matando y cautivando á sus familias inocentes. Sonó luego la victoria gótica por los paises comarcanos; y despavoridos y exánimes los Romanos todos, redoblaron las fuerzas de Fritijerno y los conflictos de la provincia con sus atropellados desacuerdos. Habianse admitido bajo el amparo y al servicio del imperio, poco antes de la emigracion grande, una porcion de Godos al mando de Suérido y Cocias (73). Acampaban junto á los muros de Adrianópolis, y ansiosos los ministros de Valente de trasponerlos allende el Helesponto, lejos de la tentacion espuesta, por la cercanía y las ventajas de sus paisanos, los hallaron atentamente avenidos á emprender su marcha con muestras de lealtad, pidiendo tan solo comedidamente el abasto necesario para el viaje y dos dias únicos de próroga. Mas el primer majistrado de Adrianópolis, airado por ciertos daños cometidos en una quinta suya, se desentendió de aquella concesion, y armando contra ellos á los vecinos y fabricantes de ciudad tan populosa, les intimó con amenazas violentas su partida inmediata. Enmudecieron atónitos los bárbaros, hasta que encolerizados con la gritería insultante y las arrojadizas del populacho, y apurado su menosprecio y sufrimiento, arrollaron á la revuelta muchedumbre, malhiriendo vergonzosamente las espaldas de sus contrarios fujitivos, y despojándolos de las armaduras lujosas que eran indignos de llevar (74). La semejanza de padecimientos y actos juntó en seguida el destacamento victorioso con la nacion visigoda; estuvieron las tro-

pas de Colias y Suérido esperando la llegada del gran Fritijerno, se alistaron bajo sus estandartes, y descollaron con su ardimiento en el sitio de Adrianópolis. Mas la resistencia de la guarnicion enseñó á los bárbaros que para el ataque de fortalezas es inservible el tosco denuedo. Reconoció el caudillo su yerro, y pregonando que estaba en paz con las murallas de piedra (75), se desagravió de su malogro por el pais inmediato. Aceptó gustosísimo el refuerzo provechoso de operarios acostumbrados á las minas de oro de Tracia (76) por la ganancia y bajo el azote de un dueño cruel (77); y estos nuevos socios fueron guiando á los bárbaros por senderos ocultos á los parajes arrinconados donde reservaban los moradores sus ganados y sus acopios de granos. Con estos auxiliares, descubrióse todo; no cabia resistencia ni menos huida, y la rendicion absoluta de la inocencia desvalida por maravilla llegaba á mover la compasion de los bárbaros vencedores. En estas correrías, muchísimos de los niños godos vendidos en cautiverio lograban abrazar de nuevo á sus padres inconsolables; mas estos cariñosos encuentros, en vez de enternecer y humanizar á los interesados, encrudecian su nativa fiereza con estímulos de venganza. Escuchaban desaladamente las quejas de sus niños rescatados de las violencias y tropelías de sus dueños inhumanos ó lujuriosos, y se desagraviaban indignamente de tanta crueldad y vileza con los niños y las muchachas de los Romanos (78).

La inconsideracion de Valente y de sus ministros habia internado en el imperio naciones enteras de enemigos; mas aun cabia congraciarse los Visigodos con la llaneza varonil de confesar los desaciertos, y con el desempeño cabal del primer concierto; y al parecer esta templanza conciliadora debia ser jenial en el medroso soberano de Oriente; mas solo en este trance quiso campear Valente, y este denuedo intempestivo fué sobremanera aciago para él y para los súbditos. Proclamó su intento de ir desde Antioquía á Constantinopla para hollar aquella rebelion perniciosa; y hecho cargo de tamaña empresa, acudió á su sobrino el emperador Graciano, que estaba mandando todas las fuerzas de Occidente (Año 377). Trajéronse aceleradamente los veteranos defensores de Armenia, dejando aquella raya tan trascendental á merced de Sapor; y en ausencia de Valente, quedaron al frente de la guerra gótica sus dos tenientes Trajano y Profuturo, ambos muy soñadamente pagados de su propio desempeño. Llegados á Tracia, se les incorporó Ricomer, conde de los domésticos, y luego los auxiliares del Occidente que marchaban tras sus banderas, compuestos de las lejiones galas, menguadas con la desercion de su fuerza efectiva. Celebróse consejo de guerra, donde con sumo engreimiento y poquísimo acierto se acordó ir en busca de los bárbaros y embestirlos en su campamento por unas praderas lozanas, junto al desembocadero mas meridional de los seis del Danubio (79). Cercaban, se-

gun costumbre, sus reales los carros (80); y los bárbaros, á su salvo en el dilatado cerco, se estaban regalando con el producto de su denuedo y despojos de la provincia; mas en medio de la descompasada algazara, desvelado Fritijerno, estuvo acechando los pasos y penetró el intento de los Romanos. Advirtió que el enemigo se iba reforzando; y hecho cargo de que su ánimo era embestirle la retaguardia en teniendo que descampar por escasez de forrajes, convocó sus guerrillas que andaban salteando la comarca. Descubiertas las llamaradas (81), acudieron desaladamente al llamamiento del caudillo, hervia el campamento con la muchedumbre guerrera; su vocería fogosa clamaba por la refriega, y los caudillos animosos fomentaban y encarecian su animoso ahinco. Avistáronse cerca del anochecer las huestes, y quedó aplazado el trance para la madrugada. Al eco de los clarines se juramentan de nuevo, corroborando su incontrastable denuedo, y al romper la marcha, sus cerriles cantares ensalzando la gloria de sus antepasados alternaban con alaridos desentonados y opuestos á la aclamacion armónica y artificial de las lejiones. Manifestó Fritijerno alguna pericia en apoderarse de un altozano, mas la sangrienta refriega, que empezó y finó con el dia, se sostuvo por ambas partes con el teson personal y porfiado del brio, la valentia y el desembarazo. Acreditaron las lejiones de Armenia su nombradía guerrera; mas acosábalas el esceso de la muchedumbre; y así arrollada el ala izquierda de los Romanos, quedó el campo sembrado de cadáveres lastimosos. Compensaron sin embargo esta derrota parcial triunfos tambien parciales, y cuando entrambos ejércitos se retiraron á sus respectivos reales, ninguno de ellos podia blasonar del timbre ó las resultas de una victoria decisiva. El quebranto mayor fué por parte de los Romanos, á causa de la inferioridad de su número; mas quedaron los Godos tan escarmentados con aquella briosa y tal vez inesperada resistencia, que se acorralaron por siete dias inmobles en su campamento. Tributáronse, en cuanto el tiempo y el lugar lo permitian, relijiosamente los ritos á algunos oficiales de jerarquía; pero el vulgo de los ínfimos vino á yacer insepulto por la campiña. Devoraron su carne las aves de rapiña, que por aquel tiempo solian regalarse con tales y tan deliciosos banquetes; y algunos años despues, los huesos tersos y blancos, tendidos anchamente por las praderas, ofrecieron á la vista de Amianusa una muestra pavorosa de la batalla de Salices (82).

Atajados quedaban los Godos con el éxito dudoso de aquella sangrienta jornada; y los jefes imperiales, cuyo ejército se menoscababa con la repeticion de tales encuentros, se atuvieron al plan mucho mas atinado de ir acosando á los bárbaros con escaseces mas angustiosas, por razon de su propia muchedumbre. Dispusieron acorralar á los Visigodos en la estrechez del rincon entre el Danubio, el desierto de Escitia, y los riscos

del Hemo, hasta que exhaustos y quebrantados, fuesen sucesivamente feneciendo con la urjencia inevitable del hambre. Ibase planteando el proyecto con tino y éxito; apuraban los bárbaros sus propios acopios; y Saturnino, maestre jeneral de la caballería, andaba dilijente en robustecer y encajonar las fortificaciones romanas. Pero sobreviene el susto de haber atravesado ya nuevos enjambres de bárbaros el indefenso Danubio, para sostener el empeño ú imitar el ejemplo de Fritijerno. Temeroso Saturnino de verse cercado y sumido bajo la oleada de naciones desconocidas, tuvo que alejarse del campamento gótico; y sañudos los Visigodos, saciaron desenfrenadamente su hambre y su venganza con sus asolaciones redobladas por la comarca pingüe que se esplaya á mas de cien leguas desde las orillas del Danubio al estrecho del Helesponto (83). Acudió oportunamente el sagaz Fritijerno así á los ímpetus como al interés de sus aliados bárbaros, y el afan del robo y el encono contra Roma se hermanaron y aun se anticiparon á la oratoria de sus embajadores. Afianzó su alianza estrecha y provechosa con el cuerpo de sus paisanos á las órdenes de Alateo y Safraz, guardas del niño rey; cesó la dilatada ojeriza de las tribus competidoras, mediante su interés comun; asocióse la porcion independiente de la nacion bajo un mismo estandarte, y los caudillos ostrogodos parece que se subordinaron á la maestría sobresaliente del jeneral de los Visigodos. Logró el arrimo formidable de los Taifalas *(h)*, cuya nombradía militar estaba tiznada con la hediondez y vileza pública de sus costumbres domésticas. Cada cual desde la mocedad se enlazaba en vínculos de amistad y pasion irracional con algun guerrero de la tribu; ni le cabia el desentenderse de este enlace bestial hasta que se acreditase de valiente, matando á solas algun jabalí descomunal, ó algun oso fiero por la maleza (84). Pero los auxilios mas poderosos de los Godos salieron del campamento de sus desterradores del solar nativo. La indisciplina y el anchuroso dominio de Hunos y Alanos atrasaron las conquistas y desavinieron los dictámenes de aquel pueblo victorioso. Atrajo Fritijerno con sus promesas grandiosas varias de sus rancherías; y la caballería velocísima de Escitia robusteció el empuje de la infantería goda. Los Sármatas, incapaces de perdonar á un sucesor de Valentiniano, acrecian el trastorno jeneral; y luego un avance oportuno de los Alemanes sobre las provincias de la Galia embargó la atencion y distrajo las fuerzas del emperador de Occidente (85).

Uno de los inconvenientes mas espuestos de la incorporacion de los bárbaros en el ejército y el palacio era la correspondencia con sus paisanos enemistados con el imperio, cuya flaqueza les participaban torpe ó maliciosamente. Un soldado de la guardia de Graciano era de nacion aleman y de la tribu de los Lencienses, que moraba allende el lago de Constancia. Ocurriósele un quehacer en su casa; y pidiendo permiso, en la corta

visita que hizo á su familia y amigos, tuvo que contestar á sus curiosas preguntas. La vanagloria del locuaz estranjero le incitó á ostentarse enterado de las interioridades del imperio y los intentos de su amo; y sabedores los Alemanes de que Graciano trataba de acaudillar las huestes de Occidente en auxilio de su tio Valente, acordaron emprender aventajadamente su invasion. Pasaron por via de preliminar el Rin sobre el hielo en el mes de febrero algunos destacamentos lijeros para luego formalizar la guerra. Esperanzados osadamente de robos, y tal vez de conquista, orillaron todo miramiento de zozobra y de lealtad. Desembocaron aldeas y bosques gavillas de osados aventureros, y el ejército grandioso de los Alemanes, que en su asomo aumentó el medroso pueblo hasta cuarenta mil hombres, vino luego á abultarse, con la vanagloria y la lisonja de la corte imperial, hasta el número de setenta mil. Las lejiones que iban á marchar inmediatamente para Panonia tuvieron al punto contraórden, y fueron detenidas para la defensa de la Galia; promedióse el mando militar entre Nanieno y Melobaudes, y el mancebo emperador, aunque respetando la maestría comedida del primero, propendia mas á celebrar y seguir el denuedo fogoso de su compañero, á quien se otorgó el hermanar los dos cargos incompatibles de conde de los domésticos y rey de Francos. Guiaba, ó mas bien atropellaba, el mismo valor arrebatado á Priario, rey de los Alemanes, y por cuanto sus tropas se iban tras el ímpetu de los caudillos, se encontraron, se vieron y se abalanzaron mutuamente, cerca del pueblo de Arjentario ó Colmar (86), por las llanuras de la Alsacia (A. 378). Atribúyese fundadamente el blason de la jornada á las arrojadizas, y á las atinadas evoluciones de los Romanos; los Alemanes, por su larga porfia en conservar su sitio, quedaron acuchillados desapiadadamente, pues solos cinco mil se salvaron por bosques y breñas, y la muerte gloriosa de su rey sobre el campo de batalla lo resguardó del pueblo, siempre propenso á zaherir la justicia ó la política de una guerra malaventurada. Afianzada la paz de la Galia con el triunfo de las armas romanas por medio de victoria tan señalada, se mostró Graciano en ademan de realizar sin demora su espedicion oriental; mas al asomar á la raya de los Alemanes, revolvió repentinamente sobre la izquierda, los sorprendió con su tránsito inesperado del Rin, y se internó denodadamente hasta el corazon del pais. Contrarestáronle los bárbaros con estorbos naturales y valentía propia, y se fueron retirando de cerro en cerro, hasta que desengañados con tanto reencuentro, amainaron ante la prepotencia tenaz de sus enemigos. Admitióseles la sumision, no á fuer de arrepentidos, sino de imposibilitados, y se les exijió una porcion selecta de sus mozos mas gallardos en castigo de su deslealtad y en prenda positiva de comedimiento venidero. Los súbditos del imperio, desengañados de la contumacia indómita y alevosa de los

Alemanes, afianzaban su sosiego en el desempeño de su emperador, cuya mocedad ofrecia un reinado largo y venturoso. Descollaba su denuedo en las primeras filas, al trepar las lejiones á las cumbres y escalar las fortificaciones de los bárbaros, y la armadura de sus guardias apareció acribillada y casi destruida por los golpes recibidos en resguardar esforzada é incesantemente la persona de su soberano. Sobresalia el hijo de Valentiniano á los diez y nueve años en la guerra y en la paz, y sus triunfos personales contra los Alemanes venian á presajiar sus trofeos sobre los Godos (87).

Mientras se hallaba Graciano mereciendo y disfrutando aclamaciones de los súbditos, el emperador Valente, quien por fin movió su corte y ejército de Antioquía, fué recibido por el vecindario de Constantinopla como el autor de la calamidad pública (A. 378, mayo y junio). Sin descansar ni aun diez dias, tuvo que marchar, á impulsos de los gritos del Hipodromo, contra los bárbaros, á quienes habia llamado á sus dominios; y el vecindario, siempre valeroso á larga distancia del peligro, estuvo gallardamente pregonando que en dándole armas, *él solo* tomaba á su cargo el libertar la provincia de la insultante asolacion del enemigo (88). La desatinada reconvencion de una muchedumbre idiota atropelló la ruina del imperio romano; pues provocó la temeridad desesperada de Valente, en quien no cabia sobrellevar con entereza el menosprecio público. Vino luego á conceptuar por algunos aciertos venturosos de sus tenientes como despreciable la pujanza goda, reunida ya por las dilijencias de Fritijerno en las cercanías de Adrianópolis. Habia el valeroso Fricijérido atajado la marcha de los Taifalas, matando á su rey en batalla, y enviando sus cautivos llorosos á cultivar como desterrados las campiñas de Italia, donde se les avecindó por los territorios yermos de Módena y Parma (89). Las hazañas de Sebastian (90), recien entrado en el servicio de Valente y ascendido hasta maestre jeneral de infantería, redundaron en sumo realce suyo y provecho de la república. Se le facilitó el entresacar trescientos soldados de cada lejion; y aquel destacamento se granjeó luego la disciplina entonada y el ejercicio cabal que yacian como olvidados en el gobierno de Valente. Sebastian, con sus disposiciones ejecutivas y atinadas, sorprendió un cuerpo crecido de Godos en su campamento, y los despojos inmensos rescatados de sus manos llenaron la ciudad y el ejido de Adrianópolis. La relacion grandiosa que de sus proezas remitió el jeneral enceló la corte; y aunque insistió cautelosamente en lo arduo de la guerra gótica, se decantó su denuedo y se desechó su dictámen; Valente, engreido con las lisonjas de los eunucos palaciegos, se desalaba en pos de lauro tan obvio y tan infalible. Robustecióse su ejército con un refuerzo crecido de veteranos; y fué su marcha de Constantinopla á Adrianópolis tan maestramente dispuesta, que burló la ac-

tividad de los bárbaros, ansiosos de aposentarse en los desfiladeros intermedios para asaltar á la misma tropa ó á los convoyes de abastos. Fortificó Valente los reales junto á los muros de Adrianópolis, con foso y espaldon á la romana, y se convocó un consejo solemne para decidir de la suerte del emperador y del imperio. Insistió esforzadamente Víctor en el partido de la razon y de la demora, habiendo ya enmendado con los escarmientos sus ímpetus jeniales de sármata; al paso que Sebastian, con su oratoria avenible y obsequiosa de palaciego, tildó toda cautela y toda disposicion que desdijese de la seguridad de una victoria inmediata, como impropia del denuedo y de la majestad de su invencible monarca. Las arterías de Fritijerno y las cuerdas amonestaciones de Graciano atropellaron la ruina de Valente. Se hallaba muy bien impuesto el jeneral de los bárbaros en las ventajas de negociar en medio de la guerra; y envió un eclesiástico, como ministro sacrosanto de paz, con el intento de penetrar y enmarañar los dictámenes del enemigo. Esplayóse oratoriamente el embajador en las cuitas y tropelías de la nacion goda, protestando, en nombre de Fritijerno, que estaba pronto á arrimar las armas, ó emplearlas únicamente en defensa del imperio, con tal que le afianzasen para sus paisanos vagarosos un establecimiento á su salvo por los yermos de Tracia, y un abastecimiento competente de trigo y de ganado; pero secreteó al mismo tiempo confidencialmente que los bárbaros coléricos estaban mal hallados con estas condiciones tan racionales, y que desconfiaba Fritijerno de poder cumplir el tratado, sin el arrimo de un ejército imperial. Volvió por el mismo tiempo de Occidente el conde Ricomero para participar la derrota y el avasallamiento de los Alemanes, y enterar á Valente de que su sobrino se adelantaba acaudillando las lejiones veteranas y victoriosas de la Galia; pero antetodo para amonestar en nombre de Graciano y de la república, que se suspendiese toda disposicion arriesgada y decisiva, hasta que juntos ya los emperadores, afianzasen el éxito de la guerra gótica. Pero el iluso y endeble emperador de Oriente solo obraba á impulsos de orgullo y celos, y así desestimó aquel dictámen incómodo, se desentendió del auxilio indecoroso; comparó secretamente su reinado, si no afrentoso, á lo menos deslucido con la nombradía de un mancebo barbilampiño, y arrojóse Valente á la lid para encumbrar el soñado trofeo antes que la dilijencia de su compañero le usurpase en parte los timbres de la jornada.

En el 9 de agosto (A. 378), dia que por aciago sobresale en el calendario romano (91), el emperador Valente, dejando á buen recaudo su bagaje y el tesoro militar, salió de Adrianópolis en busca de los Godos, acampados á cuatro leguas de la ciudad (92). Por equivocacion de órdenes ó ignorancia del sitio, el ala derecha ó columna de caballería avistó al enemigo, quedando rezagada la izquierda; atropelláronse los soldados

en su marcha violenta, abrasados por la canícula; y mal formada y revuelta la línea de batalla, resultó atraso y desconcierto. Destacada la caballería goda á forrajear por la comarca, acudió Fritijerno á sus mañas jeniales. Anduvo destacando mensajeros de paz, haciendo proposiciones, solicitando rehenes, hasta que los Romanos, espuestos al descampado á los rayos de un sol abrasador, estuvieron acosados de la sed, del hambre y del cansancio. Recabóse del emperador que enviase un plenipotenciario al campamento godo; y mereció aplauso el conde Ricomero por su patriotismo, siendo el único que aceptase aquel encargo; y cuando llegaba, con todo el boato de sus insignias, como á medio camino, tuvo que regresar atropelladamente por el estruendo de la pelea. Dió el avance ejecutiva y desacordadamente el Iberio. Bacurio que mandaba un cuerpo de flecheros y broqueleros, y adelantándose con temeridad, cejó luego con quebranto y desaire. En el mismo trance, los escuadrones volantes de Alateo y de Safraz, cuyo regreso estaba ansiando el jeneral godo, se descolgaron como torbellinos de las cumbres, arrollaron cuanto fueron encontrando, añadiendo nuevo pavor al avance revuelto, pero irresistible, de los bárbaros. El acontecimiento á descalabro de Adrianópolis, tan aciago para Valente y para el imperio, estará retratado en poquísimas palabras: huyó la caballería romana, y la infantería, sin amparo, sin arrimo, quedó acuchillada. Ni maestría de evoluciones ni teson alcanzan á libertar á un cuerpo de á pié cercado en campo raso por un número superior de á caballo; pero la tropa de Valente, acosada por el empuje del enemigo y por su propia zozobra, se arremolinó en en ámbito estrecho, sin arbitrio para escuadronarse, ni aun para hacer uso de sus chuzos y espadas. En medio del alboroto, de la matanza y del desaliento, abandonado ya Valente por su guardia, y herido, segun se creyó, de un flechazo, se acojió á los Lanceros y Maceros, que se mantenian en sus puestos con muestras de entereza. Sus fieles jenerales Trajano y Victor, al verle en aquel conflicto, esclamaron esforzadamente que todo estaba perdido, si no se salvaba la persona del emperador, y á su impulso se rehizo y se adelantó alguna tropa á su socorro; mas no halló sino un sitio ensangrentado y cubierto todo de armas rotas y cadáveres destrozados, sin poder dar con el desventurado príncipe, ni untre los vivos ni con los muertos. Ni cabia descubrirle, si son positivas las circunstancias con que refieren algunos historiadores la muerte de Valente. El esmero de sus acompañantes lo arrebató del campo de batalla á una choza inmediata, donde trataron de vendarle la herida para luego ponerle en salvo; mas el enemigo cercó al punto aquel desdichado albergue, intentó allanar la puerta; y enconado por una descarga de flecheros desde el techo, sin mas demora incendió una porcion de haces, y abrasó la casa con el emperador romano y su comitiva; y un mozo que

se descolgó por una ventana se salvó solo para atestiguar la relacion aciaga y participar á los Godos la presa inestimable que habian malogrado con su precipitacion. Fenecieron en gran número oficiales valerosos y esclarecidos en la batalla de Adrianópolis, que igualó en la pérdida material y sobrepujó en gran manera por sus infaustas consecuencias el descalabro que habia allá padecido Roma en los campos de Canas (93). Dos maestres jenerales de caballería y de infantería, dos palaciegos eminentes, y treinta y cinco tribunos se hallaron entre los muertos; y entre estos, Sebastian, que así vino á desagraviar al mundo, siendo al par el autor y la víctima del quebranto público. Perecieron mas de dos tercios del ejército romano, y se apreció la lobreguez de la noche como circunstancia favorable para encubrir la huida de la muchedumbre y resguardar la retirada de Victor y Ricomero, quienes únicamente, en medio del pavor jeneral, conservaron la ventaja de su teson sereno y de la inalterable disciplina (94).

Despavoridos y traspasados todavía todos, compuso el orador sobresaliente de aquel tiempo la oracion fúnebre del ejército vencido y del príncipe desamado, en cuyo solio estaba ya aposentado un estranjero. «No escasean,» esclama el candoroso Libanio, «los que zahieren la política del emperador, ni los que achacan la desventura pública al desaliento y la indisciplina del ejército. Por mi parte, respeto mas y mas el recuerdo de sus hazañas anteriores; respeto su muerte gloriosa, que arrostraron inmobles batallando en sus filas; respeto el campo mismo de batalla empapado con *su* sangre y con la sangre de los bárbaros. Las lluvias deslavaron ya esas muestras honoríficas: mas el abultado monumento de tantísima osamenta de jenerales, de centuriones y de valerosos guerreros durará por mas dilatado plazo; el mismo rey peleó y cayó en las primeras filas de la refriega. Brindáronle sus acompañantes con los caballos mas veloces de las caballerizas imperiales que muy presto lo arrebataran fuera del alcance enemigo; instáronle en vano á que conservase para el servicio venidero de la república su vida importante. Esclamó mas y mas que no se contemplaba digno de sobrevivir á súbditos tan leales y valerosos, y quedó el monarca esclarecidamente sepultado bajo un monton de cadáveres. Nadie pues sea osado á achacar la victoria de los bárbaros á miedo, cobardía ó torpeza de la tropa; pues la virtud de sus antepasados estaba latiendo en los pechos de caudillos y soldados, igualándose con aquellos en disciplina y arte militar. El afan por la gloria estimulaba competencia tan jenerosa, y les hacia pelear al mismo tiempo contra el calor y la sed, contra el fuego y el acero, y les hacia abalanzar desaladamente á una muerte, como al único refujio contra la huida y la afrenta. La ira de los dioses ha sido la causadora cierta del triunfo del enemigo.» La verdad histórica desdice de tal cual rasgo de

este panejírico, que no concuerda cabalmente con la índole de Valente y las particularidades de la batalla; pero en fin tributemos loores á la elocuencia, y mucho mas á la jenerosidad del sofista de Antioquía (95).

Engriéronse hasta lo sumo los Godos con victoria tan memorable; mas quedó burlada su avaricia con el desengaño de que lo mejor de las preseas imperiales estaba resguardado en el recinto de Adrianópolis. Abalanzáronse al galardon de su denuedo; pero se encontraron con los restos de un ejército vencido, resuelto á sostener desesperadamente el único recurso de su salvacion. Guarneciéronse las murallas de la ciudad y el vallado del campamento con máquinas militares, que disparaban piedras descomunales y asombraban mas á los bárbaros con el estruendo y la rapidez que con sus estragos efectivos. Soldados, vecinos, forasteros, dependientes de palacio, se hermanaban en el peligro y en la defensa; el avance sañudo de los Godos quedó rechazado; patentizáronse sus ardides de cohecho y traicion, y tras una refriega porfiada de largas horas, se retiraron á sus tiendas, desengañados de que les seria mas acertado atenerse al tratado que su caudillo perspicaz tenia tácitamente convenido con las fortificaciones de toda ciudad crecida y populosa. Tras la matanza atropellada y ciega de trescientos desertores, muy en beneficio de la disciplina romana, levantaron los Godos indignadamente el sitio de Adrianópolis. Enmudeció aquel teatro estruendoso de la guerra; desapareció repentinamente la muchedumbre; rastreábanse por los recónditos senderos de malezas y riscos los trémulos fujitivos que iban á refujiarse por las ciudades lejanas de Ilírico y Macedonia; y los leales palaciegos y tesoreros marcharon en busca del emperador, cuya muerte ignoraban todavía. Allá se tendió la oleada de la inundacion gótica desde las murallas de Adrianópolis hasta los arrabales de Constantinopla. Atónitos quedaron los bárbaros al presenciar el boato de la capital del Oriente la altura y estension de sus almenas, las millaradas de ricos y asustados ciudadanos que se agolpaban á la vista, y la grandiosa perspectiva de mar y tierra. Mientras con desesperado anhelo pendian absortos de los primores de Constantinopla, ábrese una de las puertas y se dispara una partida de Arabes (96), alistados afortunadamente por Valente en su servicio; arrollan sus briosos y velocísimos alazanes á la caballería goda; jira y rejira el jinete maestramente en guerrilla; y los bárbaros del Norte se asombran con la inhumana ferocidad de los del Mediodía. Mata de una puñalada un Sarraceno á un soldado godo; y el salvaje desgreñado y desnudo, ajustando sus labios á la herida, le sorbe deleitosamente la sangre al vencido (97). Cargaba la hueste goda con los despojos de los ricos arrabales y del territorio contiguo, se encamina pausadamente desde el Bósforo á la serranía que separa la Tracia por el occidente. Franqueóseles el tránsito importante de Succi por el miedo ú la torpeza

de Mauro ; y los bárbaros, sin zozobra en cuanto á las tropas vencidas y dispersas del Oriente, se esplayaron á su albedrío por los ámbitos amenos y fertilísimos, hasta el confin de Italia y las playas del Adriático (98).

Los Romanos, que tan fria y lacónicamente recuerdan los actos de *justicia* ejercitados por las lejiones (99), vinculan su lastimera oratoria en sus propios padecimientos, cuando quedaron sus provincias invadidas y asoladas por las armas de los bárbaros vencedores. La relacion sencilla y circunstanciada (si es que cabe formarla) del esterminio de una sola ciudad, ó de las desventuras de una sola familia (100), retratarian al vivo las costumbres humanas ; mas la repetion molesta de lamentos jenerales y vagos no puede menos de cansar á los lectores mas sufridos. Adolecen del propio achaque, aunque quizás no en tanto grado, los escritores profanos y los eclesiásticos de aquella época malhadada, con los ánimos acalorados por sus enconos populares y relijiosos, falsificando el tamaño y el temple de cada objeto con su estragada elocuencia. Llorar debia el vehemente Jerónimo (101) los desastres causados por los Godos y demás compañeros en Panonia, su patria, y en el dilatado ámbito que media desde los muros de Constantinopla hasta la falda de los Alpes Julianos ; forzamientos, matanzas, incendios, y antetodo profanaciones de iglesias reducidas á caballerizas, y el menosprecio sumo de las reliquias de los sagrados mártires. Traspasa empero el santo los límites de la historia y de la naturaleza, afirmando « que nada quedaba por aquellos yermos mas que tierra y cielo ; que con el esterminio de ciudades y de hombres, los campos eran malezas y zarzales, y que estaba ya cumplida la asolacion universal, profetizada por Zefanias, en la escasez de fieras, aves y aun peces » Esta lamentacion es de veinte años despues de la muerte de Valente, y las provincias Ilíricas, espuestas de continuo á las invasiones y tránsitos de los bárbaros, siguieron, tras un plazo calamitoso de diez siglos, suministrando materiales para la rapiña y la asolacion. Aun suponiendo absolutamente inculto y despoblado un territorio muy estenso, no fueran tan infaustas las resultas para las producciones ínfimas de la naturaleza. Los animales indefensos y provechosos que alimenta la mano del hombre padecieran y finaran sin ella ; pero las fieras, sus enemigos, y los animales monteses, sus víctimas, procrearian mas y mas en sus soledades pacíficas y desacotadas. Los pobladores del aire y del agua viven todavía mas ajenos de la suerte humana; y es en estremo probable que los peces del Danubio se estremecerian mas y padecerian igualmente al asomo de un róbalo voraz que de las correrías asoladoras de los Godos.

Mas prescindiendo del grado mas ó menos intenso de los infortunios de Europa, eran fundadas las zozobras de iguales quebrantos para el Asia. Habíanse repartido atinadamente los niños godos por las ciudades

de Oriente, y se echó el resto en desembravecer y entonar con la enseñanza su nativo destemple. Habia ido creciendo su número en doce años; y los muchachos que en el primer tránsito traspusieron el Helesponto se habian espigado y robustecido varonilmente (102). No cabia encubrirles el estado de la guerra gótica, y como su denuedo no admitia disimulo, estaban patentizando su voluntad, su ansia y quizá su ánimo, de imitar gloriosamente á sus padres. Parece que el peligro abonaba los recelos de la jeneralidad, y la zozobra equivalió al testimonio de que los Godos del Asia habian fraguado una conspiracion encubierta y espuesta contra la seguridad pública (A. 378—379). Muerto Valente, vacaba el solio del Oriente; y Julio, que estaba ejerciendo el sumo cargo de maestre jeneral de las tropas, y muy conceptuado por su actividad y desempeño, consideró de su obligacion el consultar con el senado de Constantinopla, graduándolo en el interregno de consejo representativo de la nacion. Facultado para obrar á su albedrío en bien de la república, juntó los principales empleados, y acordaron reservadamente las disposiciones mas eficaces para la ejecucion de su intento sanguinario. Pregonóse un decreto, aplazando dia para que toda la juventud goda acudiese á la capital de sus respectivas provincias; y como cundió mañosamente la voz de que se les iba á agraciar con un regalo de dinero y haciendas, esta esperanza mitigó su encono, y aun enfrenó quizás el impulso de la conspiracion. Llegado el dia, agolparon esmeradamente la juventud goda en la plaza ó foro; atajó la tropa romana las calles y embocaderos, cuajando tambien los techos de compañías de flecheros y honderos. Dióse la señal, á la misma hora, de matanza indistinta por todas las ciudades de Oriente; y las provincias de Asia quedaron libres, con la atroz política de Julio, de un enemigo doméstico que en pocos meses pudiera talar á fuego y hierro desde el Helesponto hasta el Eufrates (103). La consideracion urjente de la salvacion pública puede indudablemente disculpar el quebranto de toda ley positiva; pero el punto hasta donde este miramiento ú cualquier otro puede trascender para dar al través con los vínculos naturales de la humanidad y de la justicia es una averiguacion de que mas y mas deseo quedar muy ajeno.

Habíase adelantado ya en su marcha hácia Adrianópolis el emperador Graciano, cuando oyó por voces confusas, y supo luego por noticias individuales de Victor y Ricomero, que su atropellado compañero habia fenecido en la batalla, como tambien dos tercios del ejército romano. Por mas enojo que mereciese la temeridad y la presuncion celosa de su tio, tales impulsos amainan luego en un pecho jeneroso para redundar en lastimoso quebranto, y aun esta compasion tuvo que ceder á la consideracion de sobresalto por el estado de la república. Llegaba tarde Graciano para auxiliar, y se hallaba inhábil para vengar á su desventurado

compañero, y el valeroso y comedido mozo se reconocia desvalido contra el orbe que se le desplomaba. Amagábale una tormenta pavorosa de bárbaros en ademan de estallar sobre las provincias de la Galia, y así su ánimo quedaba embargado y sumido con el desempeño del imperio occidental. En tan crítico trance, el gobierno del Oriente y el manejo de la guerra gótica estaban requiriendo el ahinco absoluto de todo un héroe y estadista. Un súbdito revestido de tan grandioso mando perseverara poco en su lealtad con un bienhechor lejano, y el consejo imperial acordó cuerda y esforzadamente conferir una obligacion antes que sufrir un insulto. Fué el ánimo de Graciano entronizar la virtud; mas apenas cabo en un príncipe criado en la púrpura atinar á los diez y nueve años con la índole de sus ministros y jenerales. Trató de justipreciar desapasionadamente sus diversos merecimientos y nulidades, y al enfrenar los ímpetus del ambicioso, desconfiaba del cauto y desengañado que daba por perdida la república. Mas como toda demora iba apurando por puntos los escasos medios y el poderío del soberano venidero del Oriente, no daba el trance cabida á deliberaciones dilatadas. Promulgó luego Graciano su eleccion á favor de un desterrado, cuyo padre, solos tres años antes, habia padecido con *su* anuencia muerte injusta y afrentosa. El gran Teodosio, nombre decantado y predilecto en la iglesia católica (104), fué llamado á la corte imperial, que sucesivamente se habia ido retirando desde el confin de Tracia hasta el paradero mas resguardado de Sirmio. A los cinco meses de la muerte de Valente, presentó el emperador Graciano á la tropa reunida el compañero *suyo* y el caudillo de *ella*; el cual, tras comedida, y quizás sincera resistencia, tuvo que aceptar, aclamado de todos, la diadema, la púrpura y el dictado por igual de Augusto (105). Cupieron al nuevo emperador las provincias de Tracia, Asia y Ejipto, mandadas por Valente; mas como tomaba con especialidad á su cargo la guerra gótica, se desmembraron de la prefectura Ilírica las dos grandes diócesis de Dacia y Macedonia para añadirlas al imperio oriental (106) (A. 379, enero 19).

La misma provincia y quizá la propia ciudad (107) que dió al trono las virtudes de Trajano y el talento de Adriano fué tambien la cuna de otra familia española, que en tiempos menos venturosos poseyó por cerca de ochenta años el imperio ya decaido de Roma (108). Descolló desde la oscuridad de los cargos municipales con el brio del mayor Teodosio, caudillo cuyas hazañas en Bretaña y Africa vinieron á constituir la porcion tal vez mas sobresaliente de los anales de Valentiniano. El hijo de aquel jeneral, tambien Teodosio, fué educado por ayos habilísimos en los estudios mas cultos de la mocedad; pero se impuso en el arte de la guerra con el cariño entrañable y la disciplina austera de su padre (109). A su norma, encumbróse el jóven Teodosio á la gloria y á la sabiduría

en los teatros mas distantes de los afanes militares ; robusteció su complexion contra climas y estaciones ; sobresalió por su denuedo en mar y tierra, y se enteró del diverso jénero de guerra de Escoceses, Sajones y Moros. Con su mérito y la recomendacion del vencedor de Africa, obtuvo luego mando particular ; y en clase de duque de Mesia, derrotó una hueste de Sármatas, salvó la provincia, entusiasmó á sus soldados, y se acarreó las envidias de la corte (110). Agostóse luego su fortuna con el disfavor y la ejecucion de su afamado padre; y logró Teodosio, como fineza, el permiso de retirarse en clase de particular á su patria. Sobresalió la entereza y templanza de su índole por el desahogo con que se avino á su nueva situacion. Promediaba el tiempo entre la ciudad y el campo; el carácter que animaba su conducta pública se manifestó en el pormenor de la vida social, y la actividad militar vino á concentrarse en las mejoras de su pingüe patrimonio (111), situado entre Valladolid y Segovia, en territorio feraz, célebre aun ahora por su castiza ganadería (112). En menos de cuatro meses vióse Teodosio trasladado de los afanes inocentes y arrinconados de su cortijo al solio imperial de Oriente, y los ámbitos de la historia universal no ofrecen quizás un ejemplar de encumbramiento tan puro y honorífico. Los príncipes que heredan pacíficamente el cetro de sus padres alegan y disfrutan un derecho legal, tanto mas afianzado, cuanto es absolutamente ajeno de sus merecimientos personales. Los súbditos que en monarquías ó en repúblicas se granjean el poderío supremo pueden haberse encumbrado por su númen ó por sus virtudes sobresalientes: mas por maravilla dejan de empañarse sus prendas con el tizne de la ambicion, y sus logros suelen adolecer de la tacha de alguna conspiracion ó guerra civil. Aun en los gobiernos que franquean la potestad de nombrar un compañero, ú bien un sucesor, la eleccion apasionada, aborto de torpes intereses, recae á menudo en los sujetos menos acreedores; pero ni los mas siniestros recelos pudieron maliciar en Teodosio, por sus recónditas soledades de Cauca, las arterías, anhelos ó esperanzas de un estadista ambicioso ; y yaciera tiempo ha en el olvido el nombre de aquel desterrado, á no quedar hondamente impresas en la corte imperial sus prendas tersas y sobresalientes. Desatendiéronle en la prosperidad; mas en el desamparo público, acudieron todos á reconocer su cabal desempeño. Suma seria la confianza de su rectitud, puesto que Graciano pudo suponer que por amor á la república perdonaria aquel hijo escelente el asesinato de su adorado padre ; y sumo seria tambien el concepto de sus circunstancias, cuando se pudo esperanzar que un solo individuo viniese á salvar y restablecer el imperio de Oriente. Revistióse Teodosio la púrpura á los treinta y tres años de edad ; y el vulgo estuvo pasmado mirando la hermosura varonil de su rostro y la agraciada majestad de toda su persona, comparándola

complacidamente con los retratos y medallas del emperador Trajano, al paso que los observadores trascendentales estaban buscando en su ánimo y en su entendimiento semejanza mas sólida con el mejor y mayor de todos los príncipes romanos.

Siento en el alma tener que despedirme de un guia fiel y esmerado que compuso la historia de su tiempo ajeno de los afectos que suelen padecer los contemporáneos. Al terminar Amiano Marcelino su obra provechosa con la derrota y muerte de Valente, recomienda el campo mas esclarecido del reinado siguiente á la pujanza juvenil y á la elocuencia de la jeneracion entrante (113). No propendió esta á aceptar el consejo y seguir su ejemplo (114) (A. 375–382); y en el desempeño de la vida de Teodosio, tenemos que ir realzando la narracion parcial de Zósimo con los escasos apuntes de fragmentos y crónicas, con el lenguaje figurado de poesías y panejíricos, con el arrimo precario de escritores eclesiásticos, quienes, acalorados con sus parcialidades, suelen desentenderse de las virtudes profanas, de la sinceridad y la moderacion. Hecho cargo de estas desventajas, que suelen todavía acompañar una porcion considerable de la decadencia y ruina del imperio romano, voy á continuar con atentados y recelosos pasos. Podemos desde luego afirmar sin rebozo que nunca la batalla de Adrianópolis quedó vengada por victoria alguna señalada y decisiva de Teodosio contra los bárbaros, y que el silencio conceptuoso de sus oradores venales se corrobora con la reflexion del estado y circunstancias de los tiempos. La mole de una potencia grandiosa levantada con el afan de largos siglos no puede ir al través con el desman de una sola jornada, á no ser que aprensiones infaustas y vehementes abulten la grandeza y trascendencia de aquel infortunio. Pronto pudieran reclutarse cuarenta mil Romanos fenecidos en la batalla de Adrianópolis por las ciudades populosas y provincias del Oriente que abarcaban tantos millones de habitantes. La prenda mas vulgar y mas barata del linaje humano es el denuedo del soldado; y en breve pudieran los centuriones restantes habilitar sus bisoños hasta el punto de contrarestar á un enemigo indisciplinado. Si montaban ya los bárbaros caballos romanos, los crecidos criaderos de Capadocia y de España suministrarian nuevos escuadrones de caballería; los tréinta y cuatro parques del imperio estaban atestados de armas ofensivas y defensivas, y las riquezas del Asia costearian desahogadamente la guerra. Mas los resultados de la batalla de Adrianópolis en el ánimo de los bárbaros y de los Romanos engrandecieron la victoria de aquellos y la derrota de estos mucho mas allá de los límites de un solo dia. Prorumpió un caudillo godo con insolente moderacion que por su parte estaba ya cansado de matanza; pero que le asombraba el ver cómo un pueblo que iba huyendo de él como manada de ganado se empeñaba en contrarestarle la posesion de sus tesoros y provincias (115). Aquel terror sumo que habia embargado

á las tribus godas al asomo de los Hunos lo causaba ahora el nombre aterrador de los Godos á los súbditos y soldados del imperio romano (116). Si Teodosio, reuniendo ejecutivamente sus fuerzas desparramadas, saliera al encuentro del enemigo victorioso, quedara el ejército vencido por su propia zozobra, sin que algun viso de feliz éxito disculpara su temeridad. Pero el *Gran* Teodosio, dictado que devengó en coyuntura tan ardua, se portó como caudillo esforzado y cabal de la república. Sentó sus reales en Tesalónica, la capital de la diócesis de Macedonia (117), desde cuya atalaya estuvo acechando los movimientos irregulares de los bárbaros, y dirijiendo las operaciones de sus lugartenientes, desde las puertas de Constantinopla hasta las playas del Adriático. Robusteció fortalezas y guarniciones; y la tropa, ya reorganizada, se alentó con la confianza de su propio resguardo. Desde aquellos alcázares ya se arrestaban á embestir á los bárbaros que plagaban la comarca, y como no se les comprometia sin crecida superioridad de terreno ú de número, solian ser acertadas sus empresas, y fueron luego palpando que podian vencer á sus enemigos *inespugnables*. Vinieron luego á agolparse aquellos destacamentos en divisiones; observóse la misma cautela y combinacion en cuanto á las operaciones mas estensas; cada lance iba infundiendo desahogo y brio á las armas romanas, y la estudiada eficacia del emperador, que iba noticiando relaciones favorables acerca de la guerra, contribuyó para ajar el orgullo de los bárbaros y esperanzar mas y mas á los suyos. Si en vez de tan escaso y apagado bosquejo, pudiéramos rasguear grandiosamente el desempeño de Teodosio en cuatro campañas sucesivas, debemos suponer que lograria aplausos de todo militar intelijente. Fabio con sus demoras habia salvado la república; y mientras los trofeos esplendorosos de Escipion en los campos de Zama embargan el ánimo de la posteridad, los campamentos, marchas y contramarchas del dictador por las serranías de la Campania se hacen acreedores á nombradía mas sólida y personal, vinculada en el caudillo, sin participacion de la suerte ni del soldado. Tal fué igualmente la maestría consumada de Teodosio, sin que sus achaques graves y dilatados quebrantasen su despejo natural, ni distrajesen su atencion del servicio público (118).

Parto fué de la cordura mas que del valor el rescate y pacificacion de las provincias (119); favoreció la suerte al emperador, quien se abalanzaba oportunamente á cuantas circunstancias podian redundarle en provecho. Mientras el númen superior de Fritijerno afianzó la concordia y encaminó los pasos de los bárbaros, abonado era su poderío para la conquista de un imperio dilatado. La muerte de aquel héroe, antecesor y maestro del afamado Alarico, descargó las cervices mal sufridas de la muchedumbre del yugo violento de la disciplina y la arbitrariedad. Los bárbaros, domeñados antes por su autoridad, desenfrenaron sus pasio-

nes veleidosas El ejército de vencedores se destrozó en gavillas de salteadores, y su ciega y desmandada saña se cebó igualmente en sí mismos y en sus enemigos. Aquel ímpetu asolador se estaba viendo en el esterminio de cuanto ni podian trasponer ni acertaban á disfrutar, y su desenfreno loco andaba abrasando mieses y trojes que iban luego á necesitar para su mantenimiento. Desaviniéronse tribus y naciones, unidas solo con alianzas voluntarias y pasajeras. Las tropas de los Hunos y los Alanos zaherian desde luego la huida de los Godos, quienes no trataban de disfrutar comedidamente las finezas de la suerte; no cabia enfrenar ya los zelos añejos de Ostrogodos y Visigodos; y los altaneros caudillos recordaban todavía los agravios é insultos que mutuamente se habian causado ú padecido, mientras la nacion estaba todavía allende el Danubio. Yendo á mas sus indisposiciones domésticas, amainaron sus animosidades nacionales, y los oficiales de Teodosio tuvieron el encargo de comprar con dones y promesas cuantiosas la retirada ó la cooperacion del bando descontento; y habiéndose granjeado á Modar, príncipe de la sangre real de los Amalis, logró la causa de Roma un campeon leal y valeroso. Cupo luego al desertor esclarecido la jerarquía de maestre jeneral con un mando de entidad, sorprendió un ejército de sus paisanos beodos y dormidos, y tras una matanza horrorosa de los Godos atónitos, volvió con cuatro mil carruajes y un despojo inmenso al campamento imperial (120). Los medios mas opuestos suelen acertadamente encaminarse al propio intento en manos de un político mañoso; y la paz del imperio, tan favorecida con las desavenencias, se completó con la hermandad de la nacion goda. Atanarico, que habia presenciado acontecimientos tan estraordinarios, tuvo que desemboscarse de sus recónditas guaridas en Caucalandia, con las vicisitudes de las armas (A. 381, enero 25). Pasa de un ímpetu el Danubio; y gran porcion de los súbditos de Fritijerno, desengañados ya de los quebrantos de la anarquía, se avienen desde luego á reconocer por su rey á un juez godo cuyo nacimiento respetaban y cuyo desempeño habian esperimentado. Mas ya la edad habia ido aflojando el brio de Atanarico; y en vez de acaudillar su jente al campo de batalla y de la victoria, dió cuerdamente oidos á la propuesta decorosa de un tratado honorífico y ventajoso. Hecho cargo Teodosio del mérito y potestad de su nuevo aliado, se allanó á salirle al encuentro á dos ó tres leguas de Constantinopla, y lo agasajó en la ciudad imperial con el desahogo de un amigo y la magnificencia de un monarca. «Anduvo reparando el príncipe bárbaro con solícito ahinco la variedad de objetos que le embelesaban el ánimo, y prorumpió al fin en una esclamacion sincera de asombro. «Estoy viendo, dijo, lo que jamás pude creer, los blasones de esta capital portentosa; y al tender la vista en torno, contemplo con pasmo la situacion dominante de la ciudad, la fortaleza y

hermosura de las murallas y de los edificios públicos, la anchurosa bahía, cuajada de innumerables bajeles, la concurrencia incesante de naciones lejanas, y las armas y disciplina de la tropa. En verdad, continuó Atanarico, que el emperador de los Romanos es un dios sobre la tierra, y el desalmado que se arroje á levantar la mano contra él es reo de muerte (121).» No pudo el rey godo disfrutar largo tiempo tan honorífico y esplendoroso agasajo; pues como su nacion jamás blasonó de su templanza, es de presumir que los deleites y banquetes imperiales le acarrearon su dolencia mortal. Mas acertó la política de Teodosio á beneficiarse mas con la muerte que cuanto le pudiera proporcionar la mas fina lealtad de su aliado. Celebráronse solemnemente las exequias de Atanarico en la capital de Oriente; alzóse un monumento grandioso á su memoria, y toda su hueste, granjeada con los agasajos y el pesar decoroso de Teodosio, se alistó en las banderas del imperio romano (122). Acarreó preciosísimas resultas aquel paso, y dándose la mano el poder, la razon y el cohecho, surtió de dia en dia esta combinacion mayores efectos. Desalábanse los caudillos independientes por lograr su tratado especial, con la zozobra de que el mas rezagado se esponia á padecer en su desamparo la venganza ó la justicia del vencedor. Puede la capitulacion jeneral y terminante de los Godos fecharse de cuatro años, un mes y veinte y cinco dias despues de la derrota y muerte del emperador Valente (123) (A. 382, octubre 3).

Quedaban ya las provincias del Danubio descargadas del peso opresor de los Grutungos ú Ostrogodos, con la retirada voluntaria de Alateo y Safraz, cuya ajitacion jenial los arrojó en busca de campo nuevo para sus salteamientos y su nombradía. Asestaron su carrera asoladora hácia el Occidente, mas tenemos que reducirnos á noticias escasas y confusas de sus varias aventuras (A. 386, octubre). Arrollaron los Ostrogodos varias tribus jermanas sobre la Galia; pactaron y luego quebrantaron un tratado con el emperador Graciano; se internaron hácia el norte, y tras un intermedio de cuatro años, revolvieron con redobladas fuerzas sobre el Danubio Inferior. Constaba su refuerzo de los guerreros mas desaforados de Jermania y Escitia; y los soldados, ó á lo menos los historiadores del imperio, ya no rastreaban los nombres ni la traza de sus primeros enemigos (124). El jeneral que estaba mandando por mar y tierra en la raya de Tracia se hizo luego cargo de que su gran superioridad perjudicaria al bien público, y que los bárbaros, temerosos de tantas fuerzas navales y terrestres, dilatarian el tránsito del rio hasta los asomos del invierno. La maña de los espías entrometidos por el campamento godo atrajo á los bárbaros al deseado lazo. Persuadióseles que por medio de un arrojo lograrian sorprender en la lobreguez silenciosa de la noche el ejército dormido de los Romanos. Embarcóse atropella-

damente la muchedumbre en tres mil canoas (125) ; iban á vanguardia los mas valentones; el centro se componia de soldados y súbditos, y mujeres y niños seguian descuidadamente á retaguardia. Escojieron una noche sin luna para el intento , y tocaban ya á la orilla meridional del Danubio , muy confiados de hallar un desembarcadero sin tropiezo y un campamento desprevenido. Mas quedaron atajados por una valla inesperada ó línea triple de bajeles enlazados , que venian á formar una cadena incontrastable de cerca de una legua sobre el rio. Mientras forcejeaban en contrastar aquel estorbo tan desproporcionado , su ala derecha quedó arrollada por el avance arrebatado de una escuadra de galeras que allá se arrojó á remo y á la corriente rio abajo. La mole y el ímpetu de los bajeles de guerra fueron destrozando , sumerjiendo y dispersando las canoas toscas y frájiles de los bárbaros ; les fué inservible su valentía ; y Alateo , rey ó jeneral de los Ostrogodos, feneció con sus tropas selectas al filo de las espadas romanas, ó en el raudal del Danubio. La última division del convoy desventurado logró recobrar la orilla opuesta ; pero el quebranto y desconcierto de la muchedumbre le imposibilitaban toda empresa y acuerdo , y tuvo luego que implorar la clemencia del enemigo victorioso. No cabe en este punto , como en otros muchos, hermanar las inclinaciones y vulgaridades de los escritores de aquel tiempo. El historiador parcial y siniestro que anda siempre maliciando demasías en aquel reinado afirma que no asomó el emperador por el campo de batalla hasta que estuvieron vencidos los bárbaros por el desempeño de su lugarteniente Promoto (126). El poeta adulador que entonó en la corte de Honorio las glorias del padre y del hijo atribuye la victoria á la proeza personal de Teodosio, y apunta haber muerto á sus manos el rey ostrogodo (127); y quizás la verdad histórica se hallará en un medio entre estos asertos tan contradictorios.

El tratado orijinal que especificaba el establecimiento de los Godos, estipulaba sus privilejios y espresaba sus obligaciones, despejaria la historia de Teodosio y de sus sucesores ; mas el contesto de su historia ha venido á conservar escasamente la minuta ó sustancia de aquel estraño convenio (128) (A. 383—395). Los estragos de la guerra franqueaban territorios feraces, pero yermos, para el uso de los bárbaros que se aviniesen á los afanes de la labranza. Planteóse una colonia crecida de Visigodos en Tracia; arraigáronse los Ostrogodos restantes en Frijia y Lidia, repartiéndoles por el pronto trigo y ganados, y estimulando su industria con la exencion de tributos por cierto plazo. Merecieran los bárbaros padecer las tropelías de la inhumana y alevosa corte imperial, si se avinieran á desparramarse por las provincias ; por tanto pidieron y lograron vinculadamente el goce de las aldeas y distritos señalados para su residencia ; amaron y propagaron sus costumbres é idioma nativo ; afian-

zaron, cercados por el despotismo, la libertad de su gobierno peculiar, y reconocieron la soberanía del emperador, sin allanarse á la jurisdiccion inferior de las leyes y majistrados de Roma. Se permitió á los caudillos de las tribus y familias el seguir mandando á sus parciales en paz y en guerra; mas quedó abolida la dignidad real, y los jenerales godos eran siempre de nombramiento imperial. Manteníase un ejército godo de cuarenta mil hombres para el servicio perpetuo del emperador de Oriente, y aquellas tropas altaneras que tomaron el dictado de *Confederados*, ó sea aliados, disfrutaban además del distintivo de collares de oro, paga subida y anchas prerogativas. Realzóse su denuedo nativo con el uso de las armas y el conocimiento de la disciplina: mientras estaba la república defendida ó amagada con el acero mal seguro de los bárbaros, las postreras pavesas de la llama militar vinieron á quedar totalmente apagadas en los pechos romanos (129). Tuvo Teodosio el arte de persuadir á sus aliados que las condiciones de paz, parto de la cordura y de la necesidad, eran tan solo finezas voluntarias de su afecto á la nacion goda (130). Varióse la apolojía para con el pueblo, que vituperaba á voces tan espuestas y vergonzosas concesiones (131). Retratáronse al vivo los desastres de la guerra, contrapuestos á los síntomas, algun tanto abultados, del arreglo, la abundancia y el desahogo. Afirmaban los defensores de Teodosio, con visos de verdad y de razon, que no era dable el acabar con tantísima tribu guerrera y desesperada con el malogro de su patria, y que florecerian luego las provincias asoladas con aquel nuevo suministro de soldados y labradores. Seguian los bárbaros con su ademan enojadizo y enemistado; pero la esperiencia de tiempos anteriores infundia esperanzas de que se irian habituando á la industria y la obediencia; que sus costumbres vendrian á desembravecerse con los años, la educacion y el influjo del Cristianismo, y que su posteridad emparentaria con el gran cuerpo del pueblo romano (132).

En medio de estos floridos alegatos y de esperanzas tan grandiosas, todo sujeto atinado estaba viendo que los Godos seguirian como enemigos para ser luego los dominadores del imperio romano, pues su conducta bronca é insolente manifestaba su menosprecio de los ciudadanos y moradores, insultándolos á su salvo (133). Debió Teodosio el éxito de sus armas al denuedo y esmero de los bárbaros; mas era su auxilio insubsistente, y con su propension alevosa y variable, abandonaban en el trance mas crítico las banderas. En la guerra civil contra Máximo, catervas desertoras de Godos se arrinconaron por los pantanos de Macedonia, talaron provincias enteras, y precisaron al valeroso monarca á valerse de su poderío para ahogar en su principio la llama de la rebeldía (134). Fomentaba las zozobras jenerales la vehemente sospecha de que tales demasías no procedian de pasiones casuales, sino de intentos recónditos y preme-

ditados. Creian los mas que los Godos habian venido á firmar el tratado de paz por via de acechanza, y que los caudillos se habian comprometido de antemano, bajo juramento, á no guardar jamás fe con los Romanos, y á seguir aparentando afecto y lealtad, acechando siempre la coyuntura del salteamiento, conquista y venganza. Mas como no eran todos los pechos de aquellos bárbaros tan ajenos de agradecimiento que faltasen caudillos godos sinceramente adictos al servicio del imperio, ó á lo menos del emperador, la nacion se fué dividiendo en dos bandos encontrados, que sutilizaban sobremanera en las contiendas y coloquios, parangonando las obligaciones del primer empeño con las del segundo. Acaudillaba á los Godos amantes de la paz, de la justicia y de Roma Fravita, mozo pundonoroso y esforzado, que descollaba entre los suyos por la cultura de sus modales, el señorío de sus sentimientos y las prendas apacibles de la vida social. Pero el bando mayor se arrimaba al desaforado desleal y Priulfo *(i)*, que andaba enardeciendo la independencia de sus belicosos secuaces. En una de las funciones de etiqueta, hallándose los caudillos de ambos partidos á la mesa imperial, se fueron acalorando con el vino, y desentendiéndose de los miramientos regulares del decoro y la reflexion, manifestaron en presencia de Teodosio el secreto fatal de sus contiendas domésticas. El emperador, testigo involuntario de tan estraordinaria reyerta, disimuló su zozobra y su enojo, y despidió luego aquella reunion alborotada. Sobresaltado y enfurecido Fravita con el descaro de su competidor, cuya salida de palacio pudiera ser la señal de una guerra civil, lo siguió denodadamente, y desenvainando la espada, dejó á Priulfo difunto á sus plantas. Abalanzáronse sus compañeros á las armas, y el campeon leal de Roma quedara malparado por fuerzas superiores, á no acudir oportunamente la guardia imperial á escudarlo (155). Tales fueron los lances de saña irracional que mancillaron el alcázar y la mesa del emperador romano; y como solo la entereza de Teodosio pudiera enfrenar la indomitez goda; la salvacion pública estaba al parecer pendiente de la vida y el desempeño de un solo individuo (156).

---

# NOTAS

**correspondientes al capítulo vijésimo sexto.**

(1) Tal es el mal gusto de Amiano (XXVI, 10), que no es fácil distinguir sus hechos de sus metáforas. Sin embargo asegura positivamente

que vió la armazon podrida de un buque, ad *secundum lapidem*, en Metona ó Modon, en el Peloponeso.

(2) Los terremotos é inundaciones se hallan diversamente descritas por Libanio (Orat. de ulciscenda Juliani nece, c. X, in Fabricio Bibl. Græc., tom. VII, p. 158, con una erudita nota de Oleario), Zósimo (l. IV, p. 221), Sozomen (l. VI, c. 2), Cedreno (p. 310-314), y Jerónimo (in Chron., p. 186, y tom. I, p. 250, in Vit. Hilarion). Epidauro hubiera quedado destruida, si los ciudadanos prudentes no hubieran colocado en la playa á San Hilarion, monje ejipcio. Hizo la señal de la cruz; el monte de agua se detuvo, y despues de haberse inclinado, retrocedió.

(3) Dicearco, el Peripatético, compuso un tratado formal para probar esta clara verdad, que no es la que hace mas honor á la especie humana (Ciceron, de Officiis, II, 5).

(4) Los Escitas orijinales de Herodoto (l. IV, c. 47-57, 99-101) estaban encerrados por el Danubio y la Laguna Meotis, en un espacio de 4000 estadios (400 millas romanas). Véase á D'Anville (Mem. de la Academia, tom. XXXV, p. 573-591). Diodoro Sículo (tom. I, lib. II, p. 155, edic. Wesseling) ha indicado el progreso gradual del *nombre* y de la nacion.

(5) Los *Tátaros* ó Tártaros eran una tribu primitiva, rivales y por fin súbditos de los Mogoles (*). En los ejércitos victoriosos de Zinjis Khan y sus sucesores, los Tártaros formaban la vanguardia, y el nombre que llegó primero á oidos de los estranjeros fué dado á toda la nacion (Freret, en la Hist. de la Academia, tom. XVIII, p. 60). Al hablar de todos ó de cualesquiera de los pastores septentrionales de Europa ó Asia, empleo indistintamente los apelativos de *Escitas* ó *Tártaros*.

(6) Imperium Asiæ *ter* quæsivere: ipsi perpetuo ab alieno imperio, aut intacti, mansere. Desde el tiempo de Justino (II, 2) han multiplicado esta cuenta. Voltaire ha compendiado en pocas palabras (tom. X, p. 64. Hist. Jeneral, c. 156) las conquistas tártaras.

Sobre las naciones trémulas distantes, sopló la Escitia la nube de la guerra (**).

(7) El libro cuarto de Herodoto ofrece un cuadro curioso, aunque imperfecto, de los Escitas. Entre los modernos que describen la escena uniforme, el khan de Khowaresm, Abulghazi Bahadur, espresa sus sentimientos patrióticos; y su Historia Jenealójica de los Tártaros ha sido

(*) Los Mogoles, segun M. Klaproth, son una tribu de la nacion tártara. Cuadros Hist. de Asia, p. 154. —M.

(**) Gray.—M.

abundantemente ilustrada por los editores franceses é ingleses. Carpin, Ascelin y Rubruquis (en la Hist. de los Viajes, tom. VII) representan á los Mogoles del siglo décimo-cuarto. A estos guias he añadido Gerbillon y los demás jesuitas (Descripcion de la China por du Halde, t. IV), que examinaron minuciosamente la Tartaria China; y el honrado é intelijente viajero, Bell, de Antermony (dos volúmenes en 4°. Glasgou, 1763) (*).

(8) Los Usbeckes han variado mucho de sus costumbres primitivas; 1. por la profesion de la relijion mahometana; y 2. con la posesion de las ciudades y cosechas de la gran Bucaria.

(9) Es cierto que los comilones de carne son por lo jeneral mas crueles y feroces que los demás hombres. Esta observacion es de todos lugares y de todas épocas; conocida es la barbarie inglesa, etc. Emilio de Rousseau, tom. I, p. 274. Cualquiera que sea nuestro modo de pensar acerca de la observacion jeneral, no concederémos fácilmente la exactitud de su ejemplo. Las quejas bondadosas de Plutarco y los lamentos patéticos de Ovidio seducen nuestra razon, escitando nuestra sensibilidad.

(10) Estas emigraciones tártaras han sido descubiertas por M. de Guignes (Historia de los Hunos, tom. I, II), hábil y laborioso intérprete de la lengua china, quien ha dado á conocer nuevas é importantes escenas en la historia del jénero humano.

(11) Los misioneros hallaron una llanura en la Tartaria china á ochenta leguas de la gran muralla, que estaba á tres mil pasos jeométricos sobre el nivel del mar. Montesquieu, que ha hecho uso y abusado de las relaciones de los viajeros, deduce las revoluciones de Asia de la importante circunstancia que el calor y el frio, la debilidad y la fuerza, se tocan sin una zona templada (Espíritu de las Leyes, l. XVII, c. 3).

(12) Petit de la Croix (Vida de Jenjiskan, l. III, c. 7) representa la gloria entera y la estension de la caza mogol. Los jesuitas Gerbillon y Verbiest acompañaron al emperador Khambi cuando cazaba en Tartaria (Du Halde, Descripcion de la China, tom. IV, p. 81, 290, etc., edic. en folio). Su nieto, Kienlong, que reune la disciplina tártara á las leyes y saber de la China, describe (Elojio de Monkden, p. 273-285), como poeta, los placeres de que habia disfrutado muy á menudo como cazador.

(13) Véase el segundo volúmen de la Historia Jenealójica de los Tár-

(*) Entre las diferentes obras publicadas desde el tiempo de Gibbon, que arrojan luz sobre la poblacion nómade del Asia Central, pueden observarse particularmente los Viajes y Disertaciones de Pallas, y sobre todo la muy curiosa obra de Bergman, Nomadische Streifereyen. Riga, 1805.— M.

taros, y la lista de los Khanes, al fin de la vida de Jenjis ó Zinjis. Bajo el reinado de Timur ó Tamerlan, uno de sus súbditos, descendiente de los Zingis, aun tenia el apelativo rejio de khan; y el conquistador del Asia se contentó con el título de Emir ó Sultan. Abulghazi, part. V, c. 4. D'Herbelot, Biblioteca Oriental, p. 878.

(14) Véanse las Dietas de los antiguos Hunos (de Guignes, tom. II, p. 26), y una curiosa descripcion de las de los Zinjis (Vida de Jenjiskan, l. I, c. 6, l. IV, c. 11). Tales reuniones se hallan mentadas con frecuencia en la historia persa de Timur; solo servian para apoyar las determinaciones de su señor.

(15) Montesquieu se esfuerza en esplicar una diferencia, que no existió, entre la libertad de los Arabes y la esclavitud *perpetua* de los Tártaros (Espíritu de las Leyes, l. XVII, c. 5, l. XVIII, c. 19, etc.).

(16) Abulghasi khan, en las dos primeras partes de su Historia Jenealójica, refiere las miserables fábulas y tradiciones de los Tártaros Usbekes, relativamente á los tiempos que precedieron al reinado de Zinjis (*).

(17) En el libro décimo tercio de la Ilíada, Júpiter vuelve la vista de los sangrientos campos de Troya hácia las llanuras de Tracia y Escitia. Al cambiar de perspectiva, no veria un cuadro mas pacífico é inocente.

(18) Tucidides, l. II, c. 97.

(19) Véase el libro cuarto de Herodoto. Cuando Darío se adelantó en el desierto moldavio, entre el Danubio y el Niester, el rey de los Escitas le envió un raton, una rana, un pájaro y cinco flechas; ¡ tremenda alegoría!

(20) Estas guerras y héroes pueden hallarse bajo sus *títulos* respectivos, en la Biblioteca oriental de Herbelot. Han sido celebrados en un poema épico de sesenta mil versos pareados por Ferdusi (**), el Homero

(*) Las diferencias entre las diversas tribus y naciones pastorales que los antiguos comprendian con el vago nombre de Escitas, y Gibbon con el de Tártaros, ha recibido y aun puede recibir mayor claridad de la comparacion entre sus dialectos y lenguas por los modernos laboriosos.—M.

(**) Ferdusi es muy poco conocido de los lectores europeos. Goerres ha publicado en aleman un estracto de todo el poema, con el título de «das Heldenbuch des Iran.» Mr. Atkinson ha dado á luz en inglés un estracto con traducciones poéticas, bajo los auspicios del Fondo oriental. Pero solo un poeta puede interpretar á otro. La mejor relacion del poema se halla en un artículo por Von Hammer en el Jahrbücher de Viena, 1820; y en un artículo sobresaliente en la Revista estranjera de Cochrane, N.° 1, 1835. Una edicion lujosa y crítica de toda la obra ha sido publicada por un muy sabio orientalista inglés, el capitan Macan, á espensas del rey de Uda. En cuanto al número de 60,000 versos pareados, dice el capitan Macan (Prefacio, páj. 39) que nunca vió manuscrito que contuviera mas de 56,685, inclusos pasajes y episodios dudosos y espúreos.--M.

de Persia. Véase la historia de Nadir Schah, p. 145, 165. El público debe lamentarse de que Mr. Jones haya suspendido el estudio de los conocimientos orientales (*).

(21) El mar Caspio, con sus rios y tribus adyacentes, se halla laboriosamente ilustrado en el Exámen crítico de los Historiadores de Alejandro, que compara la verdadera jeografía y los errores ocasionados por la vanidad ó ignorancia de los Griegos.

(22) El asiento orijinal de la nacion fué al parecer en el Noroeste de China, en las provincias de Chensi y Chansi. Bajo las dos primeras dinastías, la ciudad principal era aun un campamento fácil de trasladar; las aldeas estaban muy diseminadas; habia mas terreno empleado en pastos que en labradío; estaba mandado el ejercicio de la caza para limpiar el pais de fieras; Petchely (en donde se halla Pekin) era un desierto; y las provincias meridionales estaban pobladas de Indios salvajes. La dinastía de *Han* (206 años antes de J. C.) dió al imperio su forma y estension actual.

(23) La era de la monarquía china ha sido fijada con variedad de 2952 á 2132 años antes de Cristo, y por la autoridad del emperador actual, se ha tomado para la época legal el año de 2637. Proviene la diferencia de la duracion incierta de las dos primeras dinastías, y el espacio vacío que existe mas allá de ellas, hasta los tiempos verdaderos ó fabulosos de Fohi ó Hoangti. Sematsien empieza su cronolojía auténtica en el año 841: los treinta y seis eclipses de Confucio (treinta y uno de los cuales se han verificado) fueron observados entre los años 722 y 480 antes de Cristo. El *período histórico* de China no se remonta mas allá de las Olimpíadas griegas.

(24) Despues de muchos siglos de anarquía y despotismo, la dinastía de Han (206 años antes de J. C.) fué la era en que renació el saber. Restauráronse los fragmentos de la literatura antigua, mejoráronse y fijáronse los caractéres, y se aseguró la preservacion futura de los libros con los útiles inventos de la tinta, el papel y la imprenta. Sematsien publicó la primera historia de China, noventa y siete años antes de J. C. Su trabajo fué ilustrado y continuado por una serie de ciento y ochenta historiadores. La sustancia de sus obras se conserva aun; la parte mas importante de ellas se halla depositada en la biblioteca del rey de Francia.

(25) La China ha sido ilustrada por los trabajos de los Franceses, de los misioneros en Pekin y de los Sres. Freret y De Guignes en Paris. La

(*) Los últimos estudios de Sir G. Jones estuvieron mas en armonía con los deseos del público, así espresados por Gibbon.--M.

sustancia de las tres notas anteriores está estractada del *Chu-King*, con el prefacio y notas de M. de Guignes, Paris, 1770: El *Tong-Kien-Kang-Mu*, traducido por el P. de Maill, bajo el nombre de Historia Jeneral de la China, tom. I, p. XLIX.—cc.; las Memorias sobre la China, Paris, 1776, etc., tom. I, p. I, 323, tom. II, p. 5-364; la Historia de los Hunos, tom. I, p. 4-131, tom. V, p. 345-362; y las Memorias de la Academia de las Inscripciones, tom. X, p. 377-402, tom. XV, p. 495-564, tom. XVIII, p. 178-295, tom. XXXVI, p. 164-238.

(26) Véase la Historia Jeneral de los Viajes, tom. XVIII, y la Historia Jenealójica, vol. II, p. 620-664.

(27) M. de Guignes (tom. II, p. 1-124) ha dado la historia orijinal de los antiguos Hiong-nu ó Hunos (*). La jeografía china de su pais (tom. I, part. II, p. LV-LXIII) parece comprender una parte de sus conquistas.

(*) Los escritores modernos desechan en jeneral la teoría de De Guignes sobre la historia temprana de los Hunos. De Guignes no adelantó prueba válida de la identidad de los Hiong-nu de los escritores chinos con los Hunos, escepto la semejanza del nombre.

Schlozer (Allgemeine Nordische Geschichte, p. 252); Klaproth, (Cuadros históricos del Asia, p 246); San Martin, IV, 61, y A. Remusat (Investigaciones sobre las lenguas tártaras, D. P.XLVI, y p. 238; aunque en el último pasaje considera la teoría de De Guignes no desaprobándola enteramente), concurren en considerar á los Hunos como pertenecientes al tronco finlandés, distinto del de los Mogoles, Mandtchúes y Turcos. Segun Klaproth, los Hiong-nu eran Turcos. Un Turco no podia pronunciar los nombres de los jefes hunos, y si hemos de dar crédito al mismo autor, los Hiong-nu, que en chino significa *despreciables esclavos*, fueron dispersados por los Chinos en el año 91 de J. C. y tomaron el nombre de Iue-po y Iue-pan. M. San Martin no mira como imposible que el apelativo de Hiong-nu haya pertenecido á los Hunos. Pero todos convienen en considerar á los Madjar ó Magyar de la Hungría moderna como descendientes de los Hunos. Su lenguaje (compárese á Gibbon, c. LV, n. 22) está relacionado muy de cerca con el laponense y vogul. Las nobles formas de los Húngaros modernos contrastan tanto con la odiosa pintura que hacian los Romanos en su terror y odio de los Hunos, que M. Klaproth da por razon que se mezclaron con otros linajes turcos ó esclavones. El estado actual de la cuestion se halla así fijado en la última edicion de Malte-Brun, sujiriendo una nueva é injeniosa hipótesis para resolver todas las dificultades de la cuestion.

¿Eran los Hunos finlandeses? Esta oscura cuestion no ha sido discutida hasta hace muy poco tiempo, y dista mucho de estar decidida. Somos de parecer que lo será mas adelante del mismo modo que lo fué la de los Escitas. En el retrato de Atila indicarémos una tribu dominante de Mogoles ó Calmucos, con toda la fealdad hereditaria de aquel linaje; pero en la masa del ejército y nacion huna, se reconocerá á los Chunos y Hunos de la Jeografía griega, los Ku-

(28) Véase en Du Halde (tom. IV, p. 18-65) una descripcion circunstanciada y un mapa correcto del pais de los Mongües.

(29) Los Igures ó Vigures estaban divididos en tres ramas; cazadores, pastores y labradores, y la última clase era despreciada por las otras dos, Véase Abulghazi, part. II, c. 7 (*).

(30) Memorias de la Academia de las Inscripciones, tom. XXV, p. 17-33. La vista intelijente de M. de Guignes ha comparado estos acontecimientos distantes.

(31) La fama de Sovu ó So-ou, su mérito y estrañas aventuras son aun célebres en la China. Véase el Elojio de Moukden, p. 30, y notas, p. 241-217; y Memorias acerca de la China, tom. III, p. 317-360.

(32) Véase Isbrando Ives, en la Coleccion de Harris, vol. II, p. 931; los Viajes de Bell, vol. I, p. 247-254; y Gmelin, en la Hist. Jeneral de los Viajes, tom. XVIII, p. 283-329. Todos ellos observan la opinion vulgar, que la *mar santa* se vuelve enojada y borrascosa, si alguno intenta llamarla *lago*. Esta nimiedad gramatical promueve muchas veces una disputa entre la absurda supersticion de los marineros y la absurda obstinacion de los viajeros.

(*a*) 244 años antes de J. C. Fué edificada por Chi-hoang-ti, de la Dinastía Thsin. Tiene veinte ó veinte y cinco piés de alto. Este monumento, tan jigante como impotente, impediria las incursiones de algunos nómades; pero nunca atajó las invasiones de los Turcos, Mogoles y Mandchúes. Abel Remusat, Invest. Asiat., 2ª. serie, vol. I, p. 58.—M.

(33) Du Halde (tom. II, p. 45) y De Guignes (tom. II, p. 59) hablan de la construccion de la muralla de la China.

(34) Véase la Vida de Lieupang ó Kaoti, en la Hist. de la China, publicada en Paris, 1777, etc., tom. I, p. 442-522. Esta obra voluminosa es la traduccion (por el P. de Mailla) del *Tong-Kien-Kang-Mu*, el célebre compendio de la grande Historia de Semakuang (A. D. 1084) y sus continuadores.

(35) Véase un memorial libre y estenso, que presentó un mandarin al emperador Venti (180-157 antes de J. C.), en Du Halde (tom. II, p.

nos de los Húngaros, los Hunos europeos y un linaje íntimamente relacionado con el tronco finlandés. Malte-Brun, VI, p. 94. Esta teoría se halla mas estensa y hábilmente desenvuelta, p. 743. Cualquiera que haya visto la guardia húngara del emperador de Austria, no admitirá fácilmente su descendencia de los Hunos que describe Sidonio Apolinar.--M.

(*) Acerca de los caractéres uigur ó igur véase al obra de M. A. Remusat, sobre las lenguas tártaras. Comprende que el alfabeto uigur compuesto de diez y seis letras fué formado del siriaco é introducido por los Cristianos nestorianos. C. II.--M.

412-426) ; de una coleccion de papeles de estado, señalados con lapiz rojo por Kamhi mismo (p. 384-612). Otro memorial del ministro de la guerra (Kang-Mu, tom, II, p. 555) proporciona algunas circunstancias curiosas de las costumbres de los Hunos.

(36) Se hace mencion de un subsidio de mujeres como artículo acostumbrado de tratado y tributo (Hist. de la Conquista de la China, por los Tártaros Mandchúes, tom. I, p. 186, 187, con la nota del editor).

(37) De Guignes. Hist. de los Hunos, tom. II, p. 62.

(38) Véase el reinado del emperador Vuti, en el Kang-Mu, t. III, p. 1-98. Al parecer, está pintado con mucha imparcialidad su carácter vario é inconsistente.

(39) Esta espresion está empleada en el memorial al emperador Venti (Du Halde, tom. II, p. 417). Sin adoptar las exajeraciones de Marco Polo é Isaac Vosio, podemos conceder razonablemente que Pekin tiene dos millones de habitantes. Las ciudades meridionales, que contienen fábricas de porcelana, son aun mas populosas.

(40) Véase el Kang-Mu, tom. III, p. 150, y los acontecimientosposteriores en los años oportunos. En el Elojio de Mukden se halla celebrada esta fiesta memorable, y tambien esplicada en una nota por el P. Gaubil, p. 89, 90.

(41) Esta inscripcion fué compuesta en aquel sitio por Panku, presidente del tribunal de la historia (Kang-Mu, tom. III, p. 392). En muchas partes de Tartaria se han descubierto monumentos como este (Historia de los Hunos, tom. II, p. 122).

(42) M. de Guignes (tom. I, p. 189) ha insertado una breve relacion de los Siempis.

(43) Los Chinos colocan la era de los Hunos 1210 años antes de J. C. Pero la serie de sus reyes no empieza hasta el año 230 (Hist. de los Hunos, tom. II, p. 21, 123).

(45) En el Kang-Mu, tom. III, p. 88, 91, 95, 139, etc., están referidos los varios sucesos, caida y fuga de los Hunos. El corto número de cada horda puede atribuirse á sus pérdidas y divisiones.

(44) M. de Guignes ha seguido con maestría las huellas de los Hunos en los vastos desiertos de Tartaria (tom. II, p. 123, 277, etc., 325. etc.).

(*b*) Los autores armenios hacen frecuente mencion de este pueblo con el nombre de Hephtal. San Martin opina que el nombre de Nepthalitas es un error de copista. En Procopio son Εφθαλῖτας. San Martin, IV, 254.—M.

(46) Mohamed, sultan de Carizma, reinaba en Sogdiana cuando la invadieron los Zinjis y Mogoles (A. D. 1218). Los historiadores orientales (véase D'Herbelot, Petit de la Croix, etc.) celebran las ciudades po-

pulosas que arruinó y el fértil pais que taló. Al siglo siguiente, Abulfeda describió las mismas provincias de Chorasmia y Mawaralnahr (Hudson, Jeografia para jóvenes, tom. III. En la Historia Jenealójica de los Tártaros puede verse su miseria actual, p. 423-469.

(47) Justino ha dejado un breve compendio de los réyes griegos de Bactriana. A su industria debo atribuir el comercio nuevo y estraordinario, que trasportaba las mercancías de la India á Europa, por el Oxo, el mar Caspio, el Ciro, Fasis y Euxino. Los otros caminos, así por tierra como por mar, estaban en posesion de los Seléucides y Tolomeos (Véase el Espíritu de las Leyes, l. XXI).

(48) Procopio de Bell. Persico, l. I, c. 3, p. 9.

(49) En el siglo décimo tercio el monje Rubruquis (que cruzó la inmensa llanura de Kipzak, en su viaje á la corte del gran Khan) observó el nombre notable de *Hungría*, con los rastros de una lengua y oríjen comun (Hist. de los Viajes, tom, VII, p. 269).

(50) Bell (vol. I, p. 29-34), y los editores de la Historia Jenealójica (p. 539) han descrito los Calmucos del Volga á principios del siglo actual.

(51) Esta gran trasmigracion de 300.000 Calmucos ó Torgute sucedió en el año 1771. Los misioneros de China han traducido (Memorias acerca de la China, tom. I, p. 401-418) la narracion orijinal de Kienlong, emperador reinante de China, destinada para la inscripcion de una columna. El emperador emplea el lenguaje suave y especioso del Hijo del Cielo y del Padre de su pueblo.

(52) El Kang-Mu (tom. III, p. 447) atribuye á sus conquistas un espacio de 14.000 *lis*. Segun los datos actuales, 200 *lis* (ó mas exactamente 193) son iguales á un grado de latitud, y por consiguiente una milla inglesa es mayor que tres millas de China. Pero hay poderosos motivos para creer que el *li* antiguo apenas llegaba á la mitad del moderno. Véanse las laboriosas investigaciones de M. d'Anville, jeógrafo, que no es estraño á ninguna época ó clima del globo (Memorias de la Academia, tom. II, p. 125-502. Medidas Itinerarias, p. 154-167).

(53) Véase la Historia de los Hunos, tom. II, p. 125-144. La historia posterior (p. 145-277) de tres ó cuatro dinastías hunas prueba evidentemente que su espíritu marcial no disminuyó con una larga residencia en China.

(c) Compárense las curiosas especulaciones de M. Klaproth sobre los Alanos. Supone que fué un pueblo conocido de los Chinos, en tiempo de sus primeras espediciones al Occidente, con el nombre de Yath-sai ó A-lan-na, los Alananos de la tradicion persa, segun la conservó Ferdusi; los mismos, si hemos de dar crédito á Amiano que los Masajetas, y

los Albanos. Los restos de la nacion existen aun entre los Osetas del monte Cáucaso. Klaproth; Cuadros históricos del Asia, p. 174.—M.

(54) Utque hominibus quietis et placidis otium est voluptabile, ita illos pericula juvant et bella. Indicatur ibi beatus qui in prælio profuderit animam: senescentes etiam et fortuitis mortibus mundo digressos, ut degeneres et ignavos, conviciis atrocibus insectantur (Amian., XXXI, 11). Debemos formar alto juicio de los conquistadores de *tales* hombres.

(55) Acerca de los Alanos, véase Amiano (XXXI, 2), Jornandes (de Rebus Geticis, c. 24), M. de Guignes (Hist. de los Hunos, tom. II, p. 279), y la Historia Jenealójica de los Tártaros (tom. II, p. 617).

(56) Como poseemos la historia auténtica de los Hunos, fuera impertinente repetir ó refutar las fábulas que dan una falsa interpretacion á su oríjen y adelantos, su paso del fango ú agua de la laguna Meotis, en persecucion de un buey ó un ciervo, las Indias que habian descubierto, etc. (Zósimo, l. IV, p. 224. Sozomen, l. VI, c. 37. Procopio, Hist. Miscel., c. 5. Jornandes, c. 24. Grandeza y Decadencia, etc. de los Romanos, c. 17).

*(d)* El arte añadia á su fealdad natural; verdaderamente es difícil atribuir la porcion debida en las facciones de esta espantosa figura á la naturaleza, á la bárbara destreza con que se desfiguraban á sí mismos, ó al terror y odio de los Romanos. Las nodrizas les aplastaban las narices, se les acuchillaban las mejillas con un instrumento de hierro, para que las cicatrices pareciesen mas horrorosas é impidiesen que les creciese la barba. Jornandes y Sidonio Apolinar:—

Obtundit teneras circumdata fascia nares,
Ut galeis cedant.

Sin embargo añade que eran de forma robusta y varonil, su estatura mediana, pero desproporcionada, con la costumbre de andar á caballo.

Stant pectora vasta,
Insignes humeri, succincta sub ilibus alvus.
Forma quidem pediti media est, procera sed extat
Si cernas equites, sic longi sæpe putantur
Si sedeant.—M.

(57) Prodijiosæ formæ, et pandi; ut bipedes existimes bestias; vel quales in commarginandis pontibus, effigiati stipites dolantur incompte. Amiano, XXXI, 1. Jornandes (c. 24) dibuja una caricatura recargada de un rostro calmuco. Species pavenda nigredine..... quædam deformis

ossa, non facies; habensque magis puncta quam lumina. Véase Buffon, Hist. Natural, tom. III, p. 380.

(58) Este oríjen aborrecible, que Jornandes (c. 24) describe con el rencor de un Godo, pudiera derivarse orijinalmente de una fábula mas agradable de los Griegos (Herodot., l. IV, c. 9, etc.).

(59) Los Roxolanos pueden ser los padres de los Ῥῶς, los Rusos (d'Anville, Imperio Ruso, p. 1-10), cuya residencia (A. D. 862) cerca de Novogrod Veliki no puede estar muy distante de la que el Jeógrafo de Ravena (I, 12, IV, 4, 46, v. 28, 30) fija á los Roxolanos (A. D. 886) (*).

(60) El texto de Amiano parece imperfecto ó corrompido; pero la naturaleza del terreno esplica y casi define la muralla gótica. Memorias de la Academia, etc., tom. XXVIII, p. 442-462.

(61) M. de Buat (Hist. de los Pueblos de Europa, tom. VI, p. 407) ha concebido una idea estraña de que Alavivo era la misma persona que Ulfilas, el obispo godo; y que Ulfilas, nieto de un cautivo capadocio, llegó á ser príncipe temporal de los Godos.

(62) Amiano (XXXI, 3) y Jornandes (de Rebus Geticis, c. 24) describen el trastorno del imperio godo por los Hunos.

*(e)* La opinion mas probable acerca de la situacion de esta tierra es la de Malte-Brun. Cree que Caucalandia es el territorio de los Cacoenses, que Tolomeo coloca, l. III, c. 8, hácia los montes Carpatos, por la parte de la Transilvania actual; y por lo tanto el canton de Cacava, al mediodía de Hermanstadt, capital de este principado. Evidente es que Caucalandia es la forma gótica de estos diferentes nombres. San Martin, IV, 103.—M.

(63) La cronolojía de Amiano es oscura é imperfecta. Tillemont ha trabajado para poner en claro y arreglar los anales de Valente.

64) Zósimo, l. IV, p. 223. Sozomen, l. VI, c. 38. Los Isaurios infestaban cada invierno los caminos del Asia Menor, hasta las inmediaciones de Constantinopla. Basil. Epist. cel. apud Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 106.

*(f)* Sozomen y Filostorjio dicen que el obispo Ulfilas era uno de estos embajadores.—M.

(65) Refieren el paso del Danubio Amiano (XXXI, 3, 4), Zósimo (l. IV, p. 223, 224), Eunapio in Excerpt. Legat. (p. 19, 20), y Jornandes (c. 25, 26). Amiano declara (c. 5) que solo quiere decir, ipsas rerum digerere *summitates*. Pero muchas veces toma una falsa medida de su importancia; y su prolijidad superflua está desagradablemente equilibrada por su brevedad fuera del caso.

(*) Sobre el oríjen de los Rusos, véase Schlozer, Nordische Geschichte, p. 222.—M.

(66) Chishull, curioso viajero, observó el ancho del Danubio que cruzó al sur de Bucarest, cerca de la confluencia del Argish (p. 77). Admira la hermosura y espontánea abundancia de Mesia ó Bulgaria.

(67) Quem si scire velit, Libyci velit yquoris idem
Discere quam multæ Zephœro turbentur arenæ.

Amiano ha insertado en su prosa estos versos de Virjilio (Jeor., l. II, 105) en que el poeta quiso espresar la imposibilidad de enumerar las diferentes clases de cepas. Véase Plin., Hist. Natur., l. XIV.

*(g)* Un pasaje muy curioso, pero oscuro de Eunapio, ha sido mal entendido en mi concepto por M. Mayo, á quien se debe su descubrimiento. La sustancia es la siguiente: — « Los Godos trasportaron á la orilla opuesta del rio sus dioses patrios y sacerdotes de ambos sexos, pero en cuanto á sus ritos, conservaban un silencio profundo y *diamantino*.» Con los Romanos finjian ser jeneralmente cristianos, y colocaban en sus carros ciertas personas que hiciesen de obispos de un modo visible. Y aun habia entre ellos una especie de los llamados monjes, personajes que no era fácil remedar; bastaba vestir traje negro, ser perverso temido, πονηροῖς τε εἶναι καὶ πιστεύεσθαι. Eunapio aborrecia á « *los monjes de traje negro*,» segun aparece en otro pasaje, con el odio cordial de un filósofo pagano. « Así mientras que estaban secretamente adictos á su propia relijion, los Romanos eran tan débiles que los creian perfectos cristianos.» Mayo, 277. Eunapio en Niebuhr, 82.—M.

(68) Eunapio y Zósimo especifican curiosamente estos artículos de riqueza y lujo godo. Sin embargo es de presumir que eran fabricados en las provincias, que los Bárbaros habian adquirido como despojos de guerra, ó presentes y precio de la paz.

(69) *Decem libras*; debe suponerse que está tácita la palabra *plata*. Jornandes manifiesta las pasiones y preocupaciones de un Godo. Los serviles Griegos, Eunapio (*) y Zósimo, disfrazan la opresion romana y maldicen la perfidia de los bárbaros. Amiano, historiador patriota, lijeramente y con repugnancia, trata de este odioso asunto. Jerónimo, que escribió casi en el lugar mismo, se espresa con maestría, aunque de un modo conciso. Per avaritiam Maximi ducis, ad rebellionem fame *coacti* sunt (in Chron.).

(70) Amiano, XXXI, 4, 5.

(71) Vexillis de *more* sublatis, auditisque *triste sonantibus classicis*.

(*) Un pasaje nuevo de la historia de Eunapio se acerca mas á la verdad. Parecióles á nuestros comandantes lejítima fuente de lucro el ser cohechado por los Bárbaros: κέρδος αὐτοῖς ἐδόκει γνήσιον τὸ δωροδοκεῖσθαι παρὰ τῶν πολεμίων.» Edic. Niebuhr, p. 82.--M

Amiano, XXXI, 5. Estos son los *rauca cornua* de Claudiano (en Rufin,. II, 57), las grandes astas del *Uro*, ó toro salvaje; tales como han empleado mas recientemente los cantones suizos de Uri y Underwald (Simler, de Republica Helvet., l. II, p. 201, edic. Fuselin. Tigur. 1734). Su cuerno militar está hábilmente introducido, aunque quizá por casualidad, en una narracion orijinal de la batalla de Nancy (A. D. 1477). «Aguardando el combate, se tocó tres veces dicho cuerno, en cuanto podia durar el aliento del que tocaba; lo cual sorprendió mucho á Monsieur de Borgoña, *porque ya Morat lo habia oido.*» (Véanse los Documentos justificativos en la edicion en 4º. de Felipe de Cominas, tom. III, p. 493).

(72) Jornandes, de Rebus Geticis, c. 26, p. 648, edic. Groc. Estos *splendidi pani* (tales eran comparativamente) están sin duda trascritos de las historias mas grandes de Prisco, Ablavio ó Casiodoro.

(73) Cum populis suis longe ante suscepti. Ignoramos la fecha precisa y las circunstancias de su trasmigracion.

(74) En Adrianópolis habia una fábrica imperial de escudos, etc.; y capitaneaban á la plebe los *Fabricenses* ó trabajadores (Vales. ad Amiano, XXXI, 6).

(75) Pacem sibi esse cum parietibus memorans. Amian., XXXI, 7.

(76) Estas minas se hallaban en el pais de los Besios, en la cordillera, el Rodope, que corre entre Filipi y Filipópolis, dos ciudades macedonias, que derivaban su nombre y oríjen del padre de Alejandro. Recibia anualmente de las minas de Tracia el valor, no el peso, de mil talentos (1,000.000 ps.); renta que pagaba la falanje y corrompia á los oradores de Grecia. Véase Diodor. Sículo, tom. II, l. XVI, p. 88, edicion Wesseling. Comentarios de Gofredo sobre el Código Teodosiano. tom. III, p. 496. Celario, Geograf. Ant., tom. I, p. 676, 857. D'Anville, Jeografía antigua, tom. I, p. 336.

(77) Como estos desgraciados trabajadores se escapaban á menudo, Valente habia publicado severas leyes para que se les sacase de sus escondrijos. Cod. Teodosiano, l. X, tit. XIX, leg. 5, 7.

(78) Véase Amiano, XXXI, 5, 6. El historiador de la guerra goda pierde tiempo y espacio, haciendo una recapitulacion fuera del caso de las antiguas incursiones de los bárbaros.

(79) El Itinerario de Antonino (p. 226, 227, edic. Wesseling) indicala situacion de este lugar á unas sesenta millas al norte de Tomi, destierro de Ovidio, y el nombre de *Salices* (sauces) espresa la naturaleza del terreno.

(80) Este círculo de carros, el *Carrago*, era la fortificacion que acostumbraban los bárbaros (Vejecio, de Re Militari, l. III, c. 10. Valesio

ad Amiano, XXXI, 7). Sus descendientes conservaron la costumbre y el nombre hasta el siglo décimo-quinto. El *Charroy*, que rodeaba á la *Hueste*, es una palabra familiar á los lectores de Froissard ó Comines.

(81) Statim ut accensi malleoli. He usado el sentido literal de verdaderas hachas ó fuegos; pero casi sospecho que es tan solo una de aquellas metáforas redundantes, de aquellos falsos adornos, que desfiguran continuamente el estilo de Amiano.

(82) Indicant nunc usque albentes ossibus campi. Amiano, XXXI, 7. El historiador podia haber visto estas llanuras como soldado ó viajero. Pero su modestia ha callado las aventuras de su vida posteriores á las guerras persas de Constancio y Juliano. Ignoramos en que tiempo dejó el servicio y se retiró á Roma, en donde al parecer compuso la Historia de su época.

(83) Amian., XXXI, 8.

*(h)* Los Taifalas que en aquel tiempo habitaban el pais que ahora forma el principado de Valaquia eran, en mi juicio, los últimos restos de la grande y poderosa nacion de los Dacios (Daci ó Dahæ) que dió su nombre á estas rejiones, sobre las cuales tanto tiempo imperó. Los Taifalas pasaron con los Godos al territorio del imperio. Gran número de ellos se alistó al servicio de los Romanos y pasó de cuartel á diferentes provincias. En la Notitia Imperii se hace mencion de ellos. En el pais de los Píctavos, ahora Poitú, habia una crecida division. Conservaron por mucho tiempo sus costumbres y lenguaje, de modo que se dió el nombre de Theofalgicus pagus al distrito en que habitaban. Tiffanges y La Tiffardiere, dos poblaciones en el departamento de la Vendea, aun conservan rastros evidentes de esta denominacion. San Martin, IV, 116. —M.

(84) Hanc Taifalorum gentem turpem, et obscenæ vitæ flagitiis ita accipimus mersam; ut apud eos nefandi concubitus fædere copulentur mares puberes, ætatis viriditatem in eorum pollutis usibus consumpturi. Porro, si qui jam adultus aprum exceperit solus, vel interemit ursum immanem, colluvione liberatur incesti. Amiano, XXXI, 9. Tambien entre los Griegos, y mas especialmente entre los Cretenses, las santas cuadrillas de la amistad fueron confirmadas y manchadas con un amor no natural.

(85) Amiano, XXXI, 8, 9. Jerónimo (tom. I, p. 26) enumera las naciones é indica un período calamitoso de veinte años. Esta epístola á Heliodoro fué compuesta en el año 397 (Tillemont, Mem. Ecles., t. XII, p. 645).

(86) El campo de batalla, *Argentaria* ó *Argentovaria*, está exactamente fijado por M. D'Anville (Noticia de la Galia antigua, p. 96-99) á

veinte y tres leguas gálicas, ó treinta y cuatro millas romanas y media al sur de Estrasburgo. De sus ruinas se levantó la ciudad inmediata de Colmar (*).

(87) Alguna luz puede recibir la narracion imparcial y completa de Amiano (XXXI, 10) del epítome de Víctor, la Crónica de Jerónimo y la Historia de Orosio (l. VII, c. 33, p. 552, edic. Havercamp).

(88) Moratus paucissimos dies, seditione popularium levium pulsus. Amiano, XXXI, 11. Sócrates (l. IV, c. 38) suple las fechas y algunas circunstancias (**).

(89) Vivosque omnes circa Mutinam, Regiumque, et Parmam, Italica oppida, rura culturos exterminavit. Amiano, XXXI, 9. Estas ciudades y distritos aparecen en un estado muy desastroso, diez años despues de la colonia de los Taifalas. Véase Muratori, Disertaciones acerca de las Antigüedades italianas, tom. I, Disertac. XXI, p. 354.

(90) Amiano, XXXI, 11. Zósimo, l. IV, p. 228-230. El segundo se estiende sobre las hazañas pasajeras de Sebastian, y despacha en pocos renglones la importante batalla de Adrianópolis. Segun los críticos eclesiásticos, que aborrecen á Sebastian, el elojio de Zósimo es una miseria (Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 121). Sus preocupaciones é ignorancia le constituyen un juez de mérito muy dudoso.

(91) Amiano, XXXI, 12, 13, solo describe los consejos y acciones que se terminaron con la fatal batalla de Adrianópolis. Podemos criticar los defectos de su estilo, el desórden é incertidumbre de su narracion; pero ahora tenemos que despedirnos de este historiador imparcial, y acalla las reconvenciones el sentimiento de una pérdida tan irreparable.

(92) La diferencia de las ocho millas de Amiano y las doce de Idacio solo puede ser un tropiezo para aquellos críticos (Valesio ad loc.), que suponen que un grande ejército es un punto matemático, sin espacio ó dimensiones.

(93) Nec ulla annalibus, præter Cannensem pugnam, ita ad internecionem res legitur gesta. Amiano, XXXI, 13. Segun el grave Polibio, solos 370 caballos y 3.000 infantes se salvaron del campo de Canas: 10.000 cayeron prisioneros, y el número de los muertos ascendió á 5.630 caballos y 70.000 infantes (Polibio, l. III, p. 371, edic. Casaubon, 8º.). Livio (XXII, 49) es algo menos sangriento; mata solo 2.700 caballos y 40.000 infantes. El ejército romano constaba al parecer de 87.200 hombres efectivos (XXII, 36).

(*) Mas bien es Horburgo en la orilla derecha del rio Ill, en frente de Colmar. De Schoepflin, Alsacia ilustrada. San Martin, IV, 121.--M.

(**) Compárese el fragmento de Eunapio. Mayo, 272, en Niebuhr, páj. 77.--M.

(94) Alguna débil luz hemos adquirido de Jerónimo (tom. I, p. 26, y en la Crón., p. 188), Víctor (in Epitome), Orosio (l. VII, c. 33, p. 554), Jornandes (c. 27), Zósimo (l. IV, p. 230), Sócrates (l. IV, c. 38), Sozomen (l. VI, c. 40), Idacio (en Cron.) Pero su testimonio reunido es de ningun peso y sin sustancia, comparado con el de Amiano solo.

(95) Libanio de Ulciscend. Julian. Nece. c. 3, in Fabricius, Biblioth. Græc., tom. VII, p. 146-148.

(96) Valente habia ganado ó mas bien comprado la amistad de los Sarracenos, cuyas incursiones opresoras se sentian en las fronteras de Fenicia, Palestina y Ejipto. La fe cristiana habia sido poco antes introducida entre un pueblo, reservado en un siglo futuro, para propagar otra relijion (Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 104, 106, 141. Mem Ecles., tom. VII, p. 593).

(97) Crinitus quidam, nudus omnia præter pubem, subraucum et lugubre strepens. Amiano, XXXI, 16, y Vales. ad loc. Los Arabes peleaban con frecuencia desnudos; costumbre que puede atribuirse á su ardiente clima y á su jactancia de valor. La descripcion de este salvaje desconocido es el vivo retrato de Derar, nombre tan temido de los Cristianos de Siria. Véase la Hist. de los Sarracenos de Ockley, vol. I, p. 72, 84, 87.

(98) Aun puede hallarse la serie de los acontecimientos en las últimas pájinas de Amiano (XXXI, 15, 16). Zósimo l. IV, p. 227, 231), á quien tenemos ahora que apreciar, coloca indebidamente la corrida de los Arabes antes de la muerte de Valente. Eunapio (in Excerpt. Legat., p. 20) elojia la fertilidad de Tracia, Macedonia, etc.

(99) Obsérvese con cuanta indiferencia César refiere, en los Comentarios de la guerra gálica, que mandó dar muerte á todo el senado de los Venetos, que se habia puesto á su merced (III, 16); que trabajó para estirpar toda la nacion de los Eburones (VI, 31); que en Burges fueron degolladas cuarenta mil personas por la justa venganza de sus soldados que no perdonaron edad ni sexo (VII, 27), etc.

(100) Tales son los datos del saqueo de Magdeburgo, por el eclesiástico y el pescador, que Mr. Harte ha trascrito (Hist. de Gustavo Adolfo, vol. I, p. 313-320), con algun recelo de faltar á la *dignidad* de la historia.

(101) Et vastatis urbibus, hominibusque interfectis, solitudinem *et raritatem bestiarum* quoque fieri, *et volatilium, pisciumque:* testis Illyricum est, testis Thracia, testis in quo ortus sum solum (Pannonia), ubi præter cælum et terram, et crescentes vepres, et condensa sylvarum cuncta *perierunt*. Tom. VII, p, 250, ad. 1. Capt. Sophonias; y tom. I, p. 26.

(102) Eunapio (in Excerpt. Legat., p. 20) supone neciamente un desarrollo sobrenatural de los jóvenes Godos, para poder introducir los hombres armados de Cadmo, que salieron de los dientes del dragon, etc. Tal era la elocuencia griega de aquellos tiempos.

(103) Amiano aprueba evidentemente esta ejecucion, efficacia velox et salutaris, con lo cual concluye su obra (XXXI, 16). Zósimo, que es curioso y difuso (l. IV, p. 233-236), equivoca la fecha, y procura hallar el motivo, porque Julio no consultó al emperador Teodosio, que aun no habia subido al trono del Oriente.

(104) En el siglo último se compuso una vida de Teodosio el Grande (Paris, 1679, en 4.°; 1689, en 12.°), para inflamar con celo católico el ánimo del jóven Delfin. Su autor, Flechier, despues obispo de Nimes, era un célebre predicador; y su historia está adornada con la elocuencia del púlpito; pero toma su saber de Baronio, y sus principios de San Ambrosio y San Agustin.

(105) El nacimiento, carácter y elevacion de Teodosio se hallan indicados en Pacato (in Panegyr. Vet., XII, 10, 11, 12), Temistio (Orat. XIV, p. 182), Zósimo, l. IV, p. 231), Agustin (de Civitat. Dei, v. 25), Orosio (l. VII, c. 34), Sozomen (l. VII, c. 2), Sócrates (l. V. c. 2), Teodoreto (l. V, c. 5), Filostorjio (l. IX, c. 17, con Gofredo, p. 393), el Epítome de Víctor, y las Crónicas de Próspero, Idacio y Marcelino, en el Thesaurus Temporum de Escalíjero (*).

(106) Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 716, etc.

(107) *Italica*, fundada por Escipion el Africano para sus veteranos heridos de *Italia*. Aun se encuentran las ruinas, á una legua de Sevilla, pero en la orilla opuesta del rio. Véase la España ilustrada de Nonio; tratado breve aunque precioso, c. XVII, p. 64-67.

(108) Convengo con Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 726) en sospechar el rejio linaje, lo cual fué un secreto hasta la subida de Teodosio. Aun despues de este acontecimiento, el silencio de Pacato es de tanto peso como el testimonio venal de Temistio, Víctor y Claudiano, quienes emparentan á la familia de Teodosio con las de Trajano y Adriano.

(109) Pacato compara y por supuesto prefiere la juventud de Teodosio á la educacion militar de Alejandro, Aníbal y el segundo Africano; que habian servido como él bajo sus padres (XII, 8).

(110) Amiano (XXIX, 6) hace mencion de esta victoria de Teodosius Junior Dux Mæsiæ, prima etiam tum lanugine juvenis, princeps pos-

(*) Añádase un fragmento hostil de Eunapio. Mayo, p. 273; in Niebur, p. 78.-M.

tea perspectissimus. Temistio y Zósimo atestiguan el mismo hecho; pero Teodoreto (l. V, c. 5), que añade algunas circunstancias curiosas, lo aplica de un modo estraño al tiempo del interregno.

(111) Pacato (in Panegyr. Vet., XII, 9) prefiere la vida rústica de Teodosio á la de Cincinato; aquella fué efecto de la eleccion, esta lo fué de la pobreza.

(112) M. D'Anville (Jeografía antigua, tom. I, p. 25) ha fijado la situacion de Cauca ó Coca, en la antigua provincia de Galicia, en donde Zósimo é Idacio han colocado la cuna ó patrimonio de Teodosio.

(113) Oigamos al mismo tiempo á Amiano. Hæc, ut miles quondam et Græcus, a principatu Cæsaris Nervæ exorsus, adusque Valentis interitum, pro virium explicavi mensura: opus veritatem professum nunquam, ut arbitror, sciens, silentio ausus corrumpere vel mendacio. Scribant reliqua potiores ætate, doctrinisque florentes. Quos id, si libuerit agressuros, procudere linguas ad majores moneo stilos. Amiano, XXXI, 16. Se han perdido los trece primeros libros, epítome superficial de doscientos cincuenta y siete años: los diez y ocho últimos, que solo contienen veinte y cinco años, aun conservan la historia detallada y auténtica de su época.

(114) Amiano fué el último súbdito de Roma que compuso una historia profana en lengua latina. El Oriente, en el siglo inmediato, produjo algunos historiadores retóricos, Zósimo, Olimpiodoro, Malco, Cándido, etc. Véase Vosio de Historicis Latinis, l. II, c. 10, etc.

(115) Crisóstomo, tom. I, p. 344, edic. Montfaucon. He verificado y examinado este pasaje: pero nunca hubiera descubierto sin la ayuda de Tillemont (Hist. de los Emper., tom. V, p. 152) una anécdota histórica, en una estraña miscelanea de exhortaciones morales y místicas, que el predicador de Antioquía dirije á una jóven viuda.

(116) Eunapio, in Excerpt. Legation., p. 21.

(117) Véase la Cronolojía de las Leyes de Gofredo. Codex Theodos., tom. I, Prolegomen, p. XCIX-CIV.

(118) La mayor parte de los escritores insisten en la enfermedad y largo descanso de Teodosio en Tesalónica; Zósimo para rebajar su gloria; Jornandes, para favorecer á los Godos, y los escritores eclesiásticos para introducir su bautismo.

(119) Compárese á Temistio (Orac. XIV, p. 181) con Zósimo (l. IV, p. 232), Jornandes (c. XXVII, p. 649) y el Comentario prolijo de M. de Buat (Hist. de los pueblos, etc.; tom. VI, p. 477-552). Las Crónicas de Idacio y Marcelino aluden en términos jenerales á magna certamina, *magna multaque* prælia. Los dos epitetos no se concilian fácilmente.

(120) Zósimo (l. IV, p. 232) le llama Escita, nombre que los Geiegos mas cercanos parecen haber apropiado á los Godos.

(121) El lector se alegrará de ver las palabras orijinales de Jornandes ó del autor que trascribe. Regiam urbem ingressus est, miransque, En, inquit, cerno quod sæpe incredulus audiebam, famam videlicet tantæ urbis. Et huc illuc oculos volvens, nunc situm urbis, commeatumque navium, nunc mænia clara prospectans, miratur: populosque diversarum gentium, quasi fonte in uno è diversis partibus scaturiente unda, sic quoque militem ordinatum aspiciens; Deus, inquit, sine dubio est terrenus Imperator, et quisquis adversus eum manum moverit, ipse sui sanguinis reus existit. Jornandes (c. XXVIII, p. 650) sigue haciendo mencion de su muerte y funeral.

(122) Jornandes, c. XXVIII, p. 650. Hasta Zósimo (l. IV, p. 246) tiene que aprobar la jenerosidad de Teodosio, tan honrosa para él y tan ventajosa para el público.

(123) Las insinuaciones breves, pero auténticas, en los *Fastos* de Idacio (Chron. Scalig., p. 52) están manchadas con las pasiones contemporáneas. La oracion décima-cuarta de Temistio es una felicitacion á la Paz y al cónsul Saturnino (A. D. 383).

(124) Ἔθνος τὸ Σκυθικὸν πᾶσιν ἄγνοστον, Zósimo, l. IV, p. 252.

(125) La razon y el ejemplo me justifican en aplicar este nombre indio á los μονόξυλα de los Bárbaros, los árboles ahuecados en forma de bote, πλήθει μονοξύλων ἐμβιβάσαντες. Zósimo, l. IV. p. 253.

Ausi Danubium quondam tranare Gruthungi
In lintres fregere nemus: ter mille ruebant
Per fluvium plenæ cuneis immanibus alni.
Claudiano, en IV, Cons. Hon. 623.

(126) Zósimo, l. IV, p. 252-255. Descubre con mucha frecuencia, la pobreza de su entendimiento, echando á perder las narraciones mas serias con circunstancias frívolas é increibles.

(127) —Odothæi Regis *opima*
Retulit— Ver. 632.

Los *opima* eran los despojos que el jeneral romano podia ganar tan solo del rey ó jeneral del enemigo á quien habia muerto de su propia mano: y en los tiempos victoriosos de Roma, no se celebraron sino tres ejemplos de esta clase.

(128) Véase Temistio, Orac. XVI, p. 211. Claudiano (en Eutrop., l. II, 152) hace mencion de la colonia frijia:—

—Ostrogothis colitur mistisque Gruthungis
Phryx ager—

y luego sigue nombrando los rios de Lidia, el Pactolo y Hermo.

(129) Compárese á Jornandes (c. XX, 27), quien indica la clase y número de los *Federados* godos, con Zósimo (l. IV, p. 258), quien enumera sus collares de oro; y Pacato (in Panegyr. Vet., XII, 37), que aplaude con falsa ó necia alegría su valor y disciplina.

(130) Amator pacis generisque Gothorum; tal es el elojio que hace el historiador godo (c. XXIX), quien representa á su nacion como jente inocente y pacífica, lenta en enojarse y sufrida en las injurias. Segun Livio, los Romanos conquistaron el mundo en su propia defensa.

(131) Además de las invectivas parciales de Zósimo (siempre descontento con los reinados cristianos), véanse las graves representaciones que Sinesio dirije al emperador Arcadio (de Regno, p. 25, 26, edic. Petav). El obispo de Cirene se hallaba bastante inmediato para poder juzgar; y estaba bastante lejano de la tentacion del miedo ó de la lisonja.

(132) Temistio (Orac. XVI, p. 211, 212) compone una apolojía estudiada y racional, que, sin embargo, no está exenta de las puerilidades de la retórica griega. Orfeo *solo* podia cautivar á las fieras de Tracia; pero Teodosio encontraba á los hombres y mujeres, cuyos antepasados en el mismo pais habian despedazado á Orfeo, etc.

(133) Se privó medio dia á Constantinopla del donativo público del pan, para espiar la muerte de un soldado griego; κινοῦντες τὸ Σκυθικόν, tal era el crímen del pueblo. Libanio, Orac. XII, p. 394, edic. Morel.

(134) Zósimo, l. IV, p. 267-271. Refiere una larga y ridícula historia de este príncipe aventurero, que andaba vagando por el pais con solos cinco jinetes, de un espía á quien descubrieron, azotaron y dieron muerte en la choza de una vieja, etc.

*(i)* Ἐρίουλφος. Eunapio.—M.

(135) Cómpárese á Eunapio (en Excerpt. Legat., p. 21, 22) con Zósimo (l. IV, p. 279). La diferencia de circunstancias y nombres debe sin dudar aplicarse á la misma historia. Fravita ó Travita fué posteriormente cónsul (A. D. 401), y continuó aun sirviendo fielmente al hijo primojénito de Teodosio (Tillemont, Hist. de los Emperadores, tomo V, p. 467).

(136) Los Godos lo arrasaron todo desde el Danubio hasta el Bósforo, esterminaron á Valente y su ejército, y solo volvieron á cruzar el Danubio para abandonar la espantosa soledad que habian causado (Obras de Montesquieu, tom. III, p. 479. Consideraciones sobre las *Causas* de la gran-

deza y Decadencia de los Romanos, c. XVII). El presidente Montesquieu, parece ignorar que los Godos, tras la derrota de Valente, *nunca* abandonaron el territorio romano. Hace treinta años, dice Claudiano (de Bello Getico, 166, etc. A. D. 404),

Ex quo jam patrios gens hæc oblita Triones,
Atque Istrum transvecta semel, vestigia fixit
Threicio funesta solo—

El error no tiene disculpa, pues encubre la causa principal é inmediata de la caida del imperio occidental de Roma.

---

# CAPITULO XXVII.

*Muerte de Graciano.—Ruina del arrianismo.—San Ambrosio.—Primera guerra civil contra Máximo. — Indole, réjimen y penitencia de Teodosio.—Muerte de Valentiniano II.—Segunda guerra civil contra Eujenio.—Muerte de Teodosio.*

La nombradía de Graciano, antes de cumplir veinte años, igualaba á la de los príncipes mas afamados. Su índole blanda y halagüeña prendaba á sus íntimos; la afabilidad agraciada de sus modales cautivaba el afecto del pueblo; disfrutaban los literatos la liberalidad y encarecian el gusto y la elocuencia de su soberano, y conceptuaba el clero la relijiosidad comedida de Graciano como su virtud principal y mas provechosa. Habia la victoria de Colmar libertado el Occidente de una invasion formidable; y agradecidas las provincias de Oriente, atribuian los merecimientos de Teodosio al autor *de su* ensalzamiento y de la seguridad pública. Mas tan solos cuatro años ó cinco sobrevivió Graciano á tan memorables acontecimientos; sobrevivió no obstante á su propio concepto; y antes que viniese á ser víctima de una rebeldía, habia en gran parte malogrado el respeto y aprecio del orbe romano.

La notable variacion de su temple ó conducta no resultó del ambiente lisonjero que halagase su cuna ó su mocedad, ni de las pasiones juveniles, que tampoco le asaltaron. En parándose á estudiar con ahinco la vida de Graciano, atinarémos tal vez con el móvil positivo del malogro de tan halagüeñas esperanzas. Sus prendas vistosas, en vez de ser hijas de la esperiencia y la adversidad, fueron frutos arrebatados y artificiales de su rejia educacion. El afan cariñoso del padre se desalaba á toda hora por

proporcionarle aquellos realces que tal vez apreciaba mas intensamente, por cuanto se reconocia sin ellos; y los maestros mas consumados en ciencias y artes se esmeraron en perfeccionar el cuerpo y el alma del tierno príncipe (1). Se ostentaron y encarecieron profusamente los conocimientos que le fueron comunicando á toda costa. Su natural blando y manejable se impresionó de aquella atinada enseñanza, y la carencia de pasiones suele equivocarse con la fuerza de los alcances. Fueron luego sus ayos ascendiendo á la jerarquía y trascendencia de ministros de estado (2); y por cuanto procuraban encubrir cuerdamente su autoridad íntima, obraba al parecer con entereza, con acierto y con sensatez en los trances sumos de su vida y reinado. Mas aquella instruccion tan afanosa no penetró hasta su interior; y la maestría de los ayos que iba guiando los pasos del alumno rejio no alcanzó á comunicarle la fuerza que requeria su flojedad, y que constituye por móvil el afan de la gloria, tan indispensable para la dicha, y aun para la existencia de un héroe. Desviados con el tiempo y los acasos aquellos fieles consejeros de las gradas del solio, fué el emperador de Occidente menguando hasta su nativo temple; trasladó las riendas del gobierno á manos ambiciosas, y dedicó su ocio á recreos futíles. Abrióse patente almoneda de privanza y de injusticia, en la corte y por las provincias, por los mas villanos ajentes del poderío, de cuyos merecimientos no cabia dudar, so pena de *sacrilejio* (3). Santos y obispos avasallaban la conciencia del crédulo príncipe (4), y lograron un edicto imperial para castigar de muerte el quebrantamiento, la desatencion, y aun la ignorancia de la ley divina (5). Entre los ejercicios que embargaron la mocedad de Graciano, descollaba en jinetear, apuntar la saeta y desembrazar el chuzo, y estas habilidades, utilísimas en un soldado, se envilecian con su afan desatinado por la caza. Acotáronse vedados anchurosos y pobláronse de fieras; y Graciano, desatendiendo sus quehaceres y aun su decoro, desperdiciaba dias enteros por ostentar su destreza y arrojo en las cacerías. El anhelo y engreimiento por sobresalir en un ejercicio donde podia aventajarle el mas ruin esclavo recordaba á la concurrencia los ejemplares de Neron y de Cómodo; pero vivia el casto y comedido Graciano muy ajeno de sus vicios monstruosos, y sus manos solo se manchaban con la sangre de los animales (6).

Los desaciertos de Graciano, que desdecian de su decoro, no falsearan su reinado, á no injuriar particularmente al ejército (A. 383). Mientras se atuvo al dictámen de sus maestros, se profesó amigo y alumno de los soldados; pasaba horas en conversaciones familiares por el campamento, y parecia esmerarse en estremo por la sanidad, los desahogos, los galardones y timbres de sus tropas leales; mas luego que se engolfó en su aficion dominante de cazar y flechar, se hermanó con los mas certeros en su recreo predilecto. Admitió un cuerpo de Alanos para el servicio mili-

tar é interior de palacio ; y la maestría que solian ejercitar por los páramos dilatados de la Escitia tuvo que concentrarse en la estrechez de los cotos y cercas de la Galia. Celebraba Graciano el primor y los usos de su guardia preferente, á la cual únicamente confiaba el resguardo de su persona ; y aun como si tratase de hollar la opinion pública, solia presentarse á la tropa y al paisanaje con el traje, las armas, el arco grandioso, la aljaba resonante y las pellizas de un guerrero escita. Rebosaban las lejiones de pesar y de ira al ver á un príncipe romano despreciar el vestido y las costumbres de su patria (7). Hasta los Jermanos, tan esforzados y formidables en los ejércitos del imperio, se esmeraban en menospreciar la traza estraña y horrorosa de los salvajes del Norte, que en pocos años se habian trasladado de las orillas del Volga á las del Sena. Retumbó un murmullo ronco por los campamentos y guarniciones del Occidente ; y como la flojedad desidiosa de Graciano se desentendió de acudir á la primera llamarada, no tuvo cabida el miedo para suplir la falta de cariño y respeto. Mas siempre es arduo en la apariencia y en la realidad el derribo de un gobierno establecido ; y la costumbre, la ley, la relijion y el equilibrio esmerado que planteó Constantino entre la potestad civil y la militar seguian afianzando el solio de Graciano. No es de entidad el esplicar las causas de la rebelion de Bretaña, pues suelen casualidades enjendrar trastornos, y las semillas de la sublevacion vinieron á caer en el solar de los tiranos y usurpadores (8). Habíanse con efecto señalado las lejiones de aquella isla arrinconada por su arrogancia y engreimiento (9); y la voz unánime y descompasada de la soldadesca y el paisanaje proclamó el nombre de Máximo. Era el emperador, ó el rebelde, pues no habia aun la muerte deslindado esta diferencia, español, paisano, compañero y competidor de Teodosio, cuyo ensalzamiento le habia causado envidia y encono. Habíale su carrera avecindado hacia tiempo en Bretaña ; y celebrara yo el descubrir algun testimonio de su enlace con la hija de un rico hacendado de la provincia de Caernarvon (10). Pero esta jerarquía provincial puede fundadamente conceptuarse como un arrinconado destierro, pues si Máximo estaba empleado en clase alguna, no ejercia el cargo ni de gobernador ni de jeneral (11). Reconocen los escritores contemporáneos su desempeño, y aun su integridad ; y notables serian sus prendas cuando merecen la confesion de sus contrarios, siendo enemigo vencido de Teodosio. Tal vez Máximo, á impulsos de sus desabrimientos, censuró la conducta de su soberano, y sin miras ambiciosas, fomentó el murmullo de la tropa. Mas no quiso, por ardid ó por modestia, encumbrarse al solio, y se dió al parecer algun crédito á su protesta de haberle forzado á recibir el presente peligroso de la púrpura (12).

Era igualmente espuesto el rehusar el imperio ; y una vez desmandado

Máximo, no le cabia esperanzar ni el reino ni la vida, ciñendo su ambicion á la estrechez de la Bretaña. Resolvió pues osada y cuerdamente anticiparse á Graciano; agolpóse la mocedad isleña á su estandarte, invadió la Galia por mar y por tierra, emigrando gran parte de la nacion, como se recordó despues (13) por largo tiempo. Sobresaltóse el emperador en su residencia pacífica de Paris á los asomos del armamento, y sus tiros contra leones y osos pudieran mas provechosa y honoríficamente emplearse con los rebeldes. Sus endebles conatos manifestaban su bastardía y desesperacion, y vino á quedar defraudado del recurso que hallara todavía en el arrimo de los súbditos y de los aliados. Los ejércitos de la Galia, en vez de oponerse á la marcha de Máximo, lo recibieron con gozosas y leales aclamaciones, y el desdoro de la desercion vino á parar en el príncipe. La tropa mas apropiada al servicio de palacio por su destino desamparó las banderas de Graciano al tremolarlas en las cercanías de Paris. El emperador de Occidente huyó á Leon, escoltado tan solo por trescientos caballos, y en cuantas ciudades tenia que atravesar por el camino, donde esperanzaba hallar albergue, ó por lo menos tránsito, fué siempre esperimentando que no hay puerta franca para el desventurado. Pudiera sin embargo llegar salvo á los dominios de su hermano y revolver con las fuerzas de Italia y del Oriente, á no dejarse aciagamente engañar por el gobernador alevoso de la provincia de Leon. Entretuvo á Graciano con protestas de lealtad fementida y esperanzas de auxilio, hasta que la llegada de Andragatio, jeneral de la caballería de Máximo, zanjó tanta suspension. Aquel oficial malvado ejecutó la órden ó el ánimo del usurpador. Pusieron á Graciano, al levantarse de cenar, en manos del asesino; y no quisieron entregar su cadáver á las entrañables y encarecidas súplicas de su hermano Valentiniano (14). Siguió á la muerte del emperador la de su poderoso jeneral Melobaudes, rey de los Francos, quien conservó hasta el postrer momento de su vida el concepto ambiguo, cual corresponde á todo político sutil y encubierto (15). Podian estas ejecuciones ser precisas para la seguridad pública; pero el usurpador venturoso, cuya potestad quedaba ya reconocida por todas las provincias de Occidente, logró la satisfaccion y el realce de blasonar de que, fuera de los fenecidos en los trances de la guerra, no se habia manchado su triunfo con sangre romana (16).

Fué tan atropellada aquella revolucion, que no cupo á Teodosio acudir á la asistencia de su bienhechor, antes de saber su derrota y muerte (A. 383—387). En la corta temporada de pesadumbre entrañable y duelo ostentoso, sobrevínole la llegada del primer camarero de Máximo; y la eleccion de un anciano venerable para un cargo que solian desempeñar los eunucos manifestaba á la corte de Constantinopla el señorío y el comedimiento del usurpador. Esmeróse el embajador en sincerar ó discul-

par el paso de su amo, protestando en términos decorosos que se habia cometido el asesinato de Graciano, sin su anuencia ni noticia, por el atropellamiento ardoroso de la soldadesca; y siguió, revestido de la mayor entereza, ofreciendo á Teodosio la alternativa de la paz ó de la guerra. Concluyó el embajador su razonamiento afirmando que si bien Máximo, como Romano y padre de su pueblo, desearia emplear su poderío en defensa de la república entera, se hallaba armado y dispuesto, si se desairaba aquella atencion, á lidiar en un campo de batalla por el imperio del orbe. Requirióse contestacion pronta y terminante; mas era empeño muy arduo el desahogar Teodosio en aquel trance sus propios impulsos y satisfacer al público. Estaba la voz incontrastable del honor clamando por agradecida venganza, pues la diestra de Graciano le ciñera la diadema imperial, y su avenencia fomentaria la sospecha odiosa de que le impresionaban mas agravios antiguos que finezas recientes, y si aceptaba la oferta, venia á terciar en el asesinato. Hasta los cimientos de la justicia y los vínculos de la sociedad se quebrantaban con el reconocimiento de Máximo; y el ejemplar de una usurpacion triunfadora propendia á volcar la máquina combinada del gobierno, y á reengolfarlo en las atrocidades y desventuras del tiempo anterior; mas así como el agradecimiento y el pundonor han sido siempre la norma para el réjimen de un particular, se atraviesan en el ánimo de un soberano miramientos de mas subida trascendencia; y la justicia y la humanidad podrán tal vez indultar á un reo, si se arriesga con su castigo el bienestar de un pueblo inocente. Habia el asesino de Graciano usurpado, mas estaba á la sazon poseyendo las provincias mas belicosas del imperio; yacia el Oriente quebrantado con los estragos de la guerra gótica, ya próspera, ya adversa; y era en estremo de temer que desangrada la república en contienda dudosa y asoladora, el descarnado vencedor vendria á ser presa de las garras de la barbarie septentrional. Con reparos de tanto peso tuvo Teodosio que encubrir su despecho y aceptar la alianza del tirano; mas fué pactando que Máximo se contentase con la posesion de los paises allende los Alpes. Revalidósele al hermano del emperador difunto afianzadamente la soberanía de Italia, Africa y el Ilírico occidental, insertando en el tratado ciertas particularidades para resguardar la memoria y las leyes de Graciano (17). Las efijies de los tres compañeros imperiales, al estilo de aquel tiempo, se ofrecieron á la veneracion del pueblo; y no es de suponer allá sin fundamento que en el trance de reconciliacion tan solemne abrigase Teodosio reservadamente en el ánimo alevosías y venganzas (18).

Menospreciador Graciano de la soldadesca romana, se estrelló con ella; mas venerador del clero cristiano, halló agradecimiento y aplauso en aquella clase poderosa, aspirante siempre á ser árbitra en franquear honores celestiales y terrestres (19) (A. 380, feb. 28). Lamentáronse los

obispos católicos de aquella muerte y de su pérdida irreparable; mas consoláronse pronto con el descubrimiento de haber Graciano puesto el cetro de Oriente en la diestra de un príncipe cuya fe y zelo fervoroso iban realzados con el brio y el acertado desempeño. La gloria de Teodosio compitió, entre los bienhechores de la iglesia, con la nombradía de Constantino; y si logró Constantino la preeminencia de enarbolar el estandarte de la esrealzó su cruz, émulo hollando la herejía arriana ya boliendo la idolatría en el orbe romano. Fué Teodosio el primer emperador bautizado en la fe ortodoja de la Trinidad. Aunque nacido en alcurnia cristiana, el sistema, ó al menos la práctica de aquel tiempo, le inducia á ir dilatando la ceremonia del sacramento, hasta que le advirtieron la continjencia de tal demora con la dolencia gravísima que amenazó su vida en el primer año ya de su reinado. Antes pues de salir segunda vez contra los Godos, recibió el sagrado bautismo de Acolio (20), obispo católico de Tesalónica (21). Al asomar el emperador rejenerado ya con el manantial sacrosanto, centelleaba su rostro con los sentimientos de rejeneracion, y pregonó con un edicto solemne su propia creencia y la que imponia por norma á todos los súbditos del imperio. «Es nuestra voluntad (así es el lenguaje imperial) que cuantas naciones se gobiernan por nuestra clemencia y moderacion profesen constantemente la relijion enseñada por San Pedro á los Romanos, cual ahora mismo se está profesando por el pontífice Dámaso y por Pedro, obispo de Alejandría, varon de santidad apostólica. Conformándonos pues con la disciplina de los apóstoles y la doctrina del Evanjelio, creamos en la divinidad única del Pádre, el Hijo y el Espíritu Santo, en igual majestad, y en Trinidad sacrosanta. Habilitamos á los secuaces de esta doctrina para apellidarse Católicos Cristianos; y por cuanto conceptuamos á los demás como locos rematados, los tiznamos con el apodo infamante de herejes, declarando que sus zahurdas no han de usurpar ya el nombre respetable de iglesias. Sobre ser condenados por la justicia divina, les cabrá el escarmiento ejemplar que nuestra autoridad, guiada por el norte de la sabiduría celestial, juzgue por conveniente imponerles (22).» Adquirida, y no propia, suele ser la fe del soldado; mas como el emperador tenia siempre clavada la vista en los linderos patentes del catolicismo, que tan cuerdamente habia planteado, nunca su relijion adoleció de textos especiosos, argumentos sutiles ó credos ambiguos de los doctores arrianos. Propendió una sola vez levemente á conversar con el elocuente y erudito Eunomio, que vivia arrinconado por las cercanías de Constantinopla; mas precavió el avistamiento espuesto con sus instancias la emperatriz Flaccila, que estaba temblando por la salvacion del marido, y se robusteció el ánimo de Teodosio con una razon teolójica, acomodada al mas escaso alcance. Acababa de revestir á su primojénito Arcadio con el dictado y los honores de Augusto; y ambos príncipes se os-

tentaron sentados en un solio rejio para recibir el homenaje de los súbditos. Acercóse á las gradas un obispo, Anfiloquio de Iconio, y despues de saludar con el debido respeto la persona de su soberano, se arrimó al mancebo imperial con la misma familiaridad cariñosa que pudiera usar para con un muchacho plebeyo. Airado el monarca con aquella osadía, mandó arrojar de su presencia al clérigo cerril; mas mientras la guardia le iba encaminando á la puerta, el disputante advertido tuvo lugar para conseguir su intento, prorumpiendo en alta voz: « Tal es el tratamiento, ó emperador, que el Rey del cielo tiene dispuesto para los hombres impíos que aparentan reverenciar al Padre, y apean de igual majestad á su Hijo divino.» Abrazó Teodosio inmediatamente al obispo de Iconio, y jamás olvidó la leccion conceptuosa que simbolizaba aquella parábola dramática (23).

Era Constantinopla el solar principal y el alcázar del arrianismo; y en el dilatado plazo de cuarenta años (24) (A. 340–380), la fe de los príncipes y prelados reinantes en la capital de Oriente fué desechada por las escuelas ortodojas de Roma y Alejandría. El solio arzobispal de Macedonio, mancillado con tanta sangre cristiana, se ocupó sucesivamente por Eudoxio y Damafilo, abocándose á su diócesis vicios y errores de todas las provincias del imperio. El empeño de contiendas relijiosas acarreaba nuevos quehaceres á la ociosidad afanada de la metrópoli, y podemos dar asenso á la noticia de un observador atinado, que describe chanceramente las resultas de aquel ahinco tan decidor. «Hierve,» dice, « esta ciudad de menestrales y esclavos, que son todos teólogos de profesion y predicadores de tiendas y calles. Quien tenga que cambiar una moneda se oye esplicar lo mas ó menos que se diferencia el Hijo del Padre; si se pregunta el precio de una hogaza, contestan que el Hijo es inferior al Padre; y á quien se informa de si el baño está ya corriente, se le responde que el Hijo fué criado de la nada (25)». Vivian en paz los herejes de varios títulos bajo el amparo de los arrianos de Constantinopla, quienes se esmeraban en afianzarse aquellas arrinconadas sectas, al paso que estaban abusando con violencia de su victoria contra los secuaces del concilio Niceno. Vedóse el ejercicio público y privado de su relijion á los escasos Homoousianos durante los reinados parciales de Constancio y Valente; y se espresó patéticamente que la grey desparramada quedó sin rabadan, vagando por las malezas y siendo presa de lobos devoradores (26). Mas como su afan, en vez de rendirse, iba al contrario robusteciéndose con las tropelías, allá se abalanzaron al primer ensanche que se les presentó con la muerte de Valente, para congregarse arregladamente bajo el réjimen del pastor episcopal. Dos naturales de Capadocia, Basilio y Gregorio Nazianzeno (27), descollaron sobre todos sus contemporaneos (28) por la hermandad de la elocuencia profana y relijiosidad

católica. Estos oradores, que merecen compararse á veces, ya por sí mismos, ya por el público, con los mas eminentes de la antigua Grecia, vivieron en la mas estrecha intimidad. Habian cultivado con el mismo ahinco los idénticos estudios cultos en las escuelas de Aténas; se habian retirado con igual rapto á la misma soledad por los desiertos del Ponto, sin que asomasen pavesas de competencia ó envidia en los pechos candorosos y sagrados de Gregorio y de Basilio. Mas el ensalzamiento de Basilio al solio arzobispal de Cesarea sacó á luz para todos, y quizás para él mismo, su estremado engreimiento; y la primera fineza que manifestó á su amigo fué recibida, y quizás encaminada como amarguísimo insulto (29). En vez de utilizar la sobresalencia de Gregorio en destino patente y provechoso, entre los cincuenta obispados de su dilatada provincia, el altanero prelado entresacó la aldea desdichada de Sásima (30), sin agua, sin arbolado y sin sociedad, situada allá en la encrucijada de tres carreteras, y acosada del alboroto incesante de carruajeros cerriles y desalmados. Allanóse Gregorio á destierro tan indecoroso sin repugnancia, y se le ordenó obispo de Sásima, pero protestando solemnemente que nunca habia consumado su enlace espiritual con esposa tan desagradable. Avínose despues á encargarse del manejo de su iglesia nativa de Nazianzo (31), en la cual habia su padre obispado por espacio de mas de cuarenta y cinco años. Mas conceptuándose acreedor á otro auditorio y á otro teatro, aceptó con decorosa ambicion la oferta honorífica que le hizo el partido católico de Constantinopla. Llegado Gregorio á la capital, le agasajó y albergó un pariente devoto y caritativo; consagróse el salon mas capaz para el culto relijioso, y se ideó el nombre de *Anastasia* para espresar la resurreccion de la fe Nicena (A. 378, nov.). Trasformóse luego el oratorio en iglesia suntuosísima, y se fué labrando la credulidad de los siglos siguientes para creer en milagros y visiones que atestiguaban la presencia, ó á lo menos el amparo de la Madre de Dios (32). Fué el púlpito de la Anastasia el escenario de los afanes y triunfos de Gregorio Nazianzeno, y en el discurso de dos años esperimentó todas las aventuras espirituales en que se cifran las fortunas prósperas y adversas de un misionero (33). Airados los arrianos con el arrojo de la empresa, anduvieron interpretando su doctrina como si predicase tres Divinidades diversas é iguales, y alborotaron al populacho devoto para echar al través las juntas desusadas de los herejes Anastasios. Desembocó la catedral de Santa Sofía un jentío revuelto « de pordioseros defraudados de sus demandas, de frailes con traza de chivos ó sátiros, y de mujeres mas desaforadas que la misma Jezabel. » Las puertas de la Anastasia se hicieron pedazos; causaron ó intentaron mil estragos con varapalos, piedras y tizones, y habiendo muerto un hombre en la refriega, Gregorio, citado á la madrugada ante el majistrado, logró la satisfaccion de suponer que habia confesado públi-

camente el nombre de Cristo. Libre ya de toda zozobra y peligro de enemigos estraños, facciones intestinas y violentas atropellaron al nacer su iglesia. Un estranjero, con el nombre de Máximo (34), encapotado con el manto de filósofo cínico, se granjeó la privanza de Gregorio, embelesó y torció su concepto favorable, y enlazándose reservadamente con algunos obispos de Ejipto, intentó, por medio de una ordenacion encubierta, derribar á su patrono de la silla episcopal de Constantinopla. Estas desazones tal vez harian al misionero capadocio echar menos su arrinconada soledad; mas quedaban compensados sus quebrantos con el engrandecimiento diario de su nombradía y de su congregacion, y se estuvo complaciendo en reparar que su crecidísimo auditorio se retiraba por lo mas de sus sermones tan satisfecho con la elocuencia del predicador (35) como descontento con la imperfeccion de su propia fe y conducta (36).

Ufanos los católicos de Constantinopla con el bautismo y el edicto de Teodosio, estaban esperando con ansia el resultado de tan grata promesa. Lográronseles luego sus anhelos (A. 380, nov. 26); pues el emperador, terminada la campaña, hizo su entrada pública en la capital acaudillando un ejército victorioso. Á la madrugada llama á Damófilo, y en seguida intima al prelado arriano la cruda alternativa de firmar el credo Niceno ú franquear sin demora el palacio episcopal, la catedral de Santa Sofía, y todas las iglesias de Constantinopla á los creyentes ortodojos. Damófilo, con el teson que se encareciera en un varon católico, se avino sin titubear al destierro y al desamparo (37), y tras su remocion se procedió á purificar la ciudad imperial. Pudieran al parecer querellarse los arrianos con sus visos de fundamento de que una congregacion escasa de sectarios usurpase el centenar de iglesias que no podian frecuentar; al paso que la porcion mayor del pueblo quedaba irremisiblemente escluida de todo lugar en el culto público. Mantúvose Teodosio inexorable; y como los ánjeles, patronos de la causa católica, tan solo se hacian visibles á los ojos de la fe, reforzó cuerdamente las lejiones celestiales con el auxilio mas eficaz de las armas carnales y temporales, ciñendo la iglesia de Santa Sofía con un cuerpo crecido de la guardia imperial. Si el engreimiento lograba cabida en el pecho de Gregorio, no pudo menos de latirle de complacencia al irle acompañando triunfalmente el emperador por las calles, para luego colocarlo con sus propias manos en el solio arzobispal de Constantinopla. Mas el santo, sin perfeccionar su virtud humana, padeció el sinsabor de que su entrada en el redil fuese la de un lobo mas bien que la de un mayoral, de que cuantas armas centelleaban en torno se hiciesen precisas para su seguridad, y de que á él solo se asestasen las imprecaciones de un bando grandioso, compuesto de ciudadanos á quienes no le cabia menospreciar. Estuvo mirando los raudales de jentío de ambos sexos y de todas edades cuajar las calles, rebosar

por ventanas y techumbres; fué oyendo el eco descompasado de saña, pesar, asombro y desesperacion; y confiesa Gregorio sin rebozo que en el dia memorable de su instalacion, la capital del Oriente era el remedo de una ciudad asaltada y en manos de algun vencedor bárbaro (38). Teodosio, á las seis semanas, dió á luz su disposicion de arrojar de todas las iglesias de sus dominios á cuantos obispos y clérigos se negasen á creer, ó á lo menos profesar, la doctrina del concilio Niceno; para lo cual pertrechó á su teniente Sapor (A. 381, enero 10) con la amplia potestad de una ley jeneral, con su encargo al intento y resguardo militar (39); y se adelantó esta revolucion eclesiástica con tanto tino y vigor, que se planteó la relijion del emperador en todas las provincias de Oriente sin sangre ni alboroto. Si se hubiese consentido la existencia (40) de escritos arrianos, contendrian tal vez la relacion lastimera de la persecucion que acosó á la iglesia en el reinado del impío Teodosio, y los padecimientos de sus santos confesores lastimaran á los lectores desapasionados. Hay sin embargo motivo para conceptuar que, no mediando resistencia, no tuvieron cabida las tropelías, abortos del fervor y de la venganza. Parece, por el temple y conducta de las sectas encontradas, que los arrianos, en su adversidad, carecieron del teson anterior de los católicos, durante los reinados de Constancio y Valente; y que el carácter moral y la conducta de las sectas hostiles fueron el resultado de los mismos principios de la naturaleza y la relijion: pero asoma una circunstancia de mayor monta que distinguia las diferencias de su fe teolójica. Entrambos partidos reconocian y reverenciaban la majestad divina de Cristo; y como todos solemos achacar nuestras pasiones y dictámenes á la divinidad, se hacia mas cuerdo y respetuoso el abultar que el disminuir las perfecciones del Hijo de Dios. Blasonaba el discípulo de Atanasio de su privanza con la deidad, al paso que el secuaz de Ario adolecia de la zozobra íntima de incurrir en la culpa de escasear sus alabanzas y escatimar los honores tributados al Juez del Universo. Un ánimo frio y especulativo quedaria pagado con las opiniones del arrianismo; mas la doctrina del credo Niceno, mas apropiada á la fe y la devocion, era tambien mas popularmente adecuada para prosperar en un siglo creyente.

Esperanzado el emperador de que la verdad y la cordura descollarian en las juntas del clero católico, pasó á convocar en Constantinopla un sínodo de ciento y cincuenta obispos, que desde luego procedieron á completar el sistema teolójico planteado en el concilio Niceno (A. 381, mayo). Cifrábanse las acaloradas contiendas del cuarto siglo principalmente en la naturaleza del Hijo de Dios, y las varias opiniones sentadas sobre la *Segunda* persona trascendieron naturalmente á la *Tercera* de la Trinidad (41). Mas los contrarios victoriosos del arrianismo hallaron ó conceptuaron preciso el despejar el lenguaje enmarañado de algunos

doctores respetables, corroborar la fe de los Católicos, y condenar la secta inconsecuente y desconceptuada de los Macedónicos, que hacian sin reparo al Hijo consustancial con el Padre, recelando al mismo tiempo reconocer la existencia de *Tres* Dioses. Sentencióse pues unánime y finalmente la ratificacion de igual Divinidad en el Espíritu Santo: recibióse la doctrina misteriosa por todas las naciones é iglesias del mundo cristiano; y su agradecido acatamiento ha tributado á los obispos de Teodosio el segundo lugar entre los concilios jenerales (42). Pudo aquel conocimiento de la verdad relijiosa haberse conservado con la tradicion, ó comunicádose inspiradamente; mas el testimonio de la historia no dará gran peso á la autoridad personal de los Padres de Constantinopla. Cuando los eclesiásticos bastardeaban escandalosamente respecto de la norma primitiva de la pureza apostólica, el individuo mas ruin y estragado era el trastornador mas puntual y afamado de las juntas episcopales. El conflicto y la fermentacion de tantos intereses opuestos y destemplados enardecian los ímpetus de los obispos, cuya pasion dominante se cifraba toda en el oro y las contiendas. Varios de los mismos prelados que andaban encareciendo el catolicismo ortodojo de Teodosio, habian mudado con cuerda blandura de credos y de opiniones; y en las diversas revoluciones de la iglesia y del estado, era la relijion del soberano la norma de su fe palaciega. En estrañándose el emperador de sus deliberaciones, arrojábase alborotadamente el sínodo á ciegas con los móviles absurdos é interesados del orgullo, el odio y el despique. La muerte de Melecio, sobrevenida en el concilio de Constantinopla, proporcionó el zanjar el cisma de Antioquía, dejando al anciano competidor Paulino acabar sosegadamente sus dias en la silla episcopal. Eran la fe y las virtudes de Paulino irreprensibles; mas sostenian su causa las iglesias occidentales, y acordaron los obispos del sínodo perpetuar los estragos de la discordia, ordenando atropelladamente un candidato perjuro (43), antes que menoscabar la soñada preeminencia del Oriente, esclarecido con el nacimiento y muerte del Hijo de Dios. Procedimientos tan injustos y desconcertados precisaron á los prohombres de la junta á desavenirse y desviarse, y la mayoría vocinglera, dueña ya del campo de batalla, podia solo parangonarse con las avispas y cornejas, con una bandada de grullas, ó una manada de ánsares (44).

Cabe sospechar que tan desairado retrato de los sínodos eclesiásticos es aborto de algun heresiarca apasionado y malicioso, ó de algun infiel mal intencionado. Mas el nombre del historiador candoroso que ha encomendado á la posteridad leccion tan instructiva debe acallar los murmullos desvalidos de la ciega supersticion. Era uno de los obispos mas relijiosos y elocuentes de aquel siglo, santo y doctor de la iglesia, el azote del arrianismo, y la columna de la fe católica, miembro descollan-

te en el concilio de Constantinopla, que presidió desde la muerte de Melecio; en una palabra, el mismo Gregorio Nazianzeno. El tratamiento destemplado y torpe que padeció (45), en vez de menoscabar la verdad de su testimonio, comprueba mas y mas el desentono del sínodo. Habia su voto unánime revalidado las pretensiones que los obispos de Constantinopla entroncaban con la eleccion del pueblo y la aprobacion del emperador; mas luego fué Gregorio víctima de la maldad y de la envidia. Los obispos de Oriente, sus afectos mas sinceros, mal hallados con su moderacion en los negocios de Antioquía, lo abandonaron sin arrimo al bando contrario de los Ejipcios, que contrarestaban la validez de su nombramiento, ateniéndose puntualmente al cánon anticuado que vedaba la práctica desmandada de las traslaciones episcopales. Soslayóse Gregorio, por engreimiento ú por modestia, de contienda tan resbaladiza por sus visos de ambicion ó de codicia, y se ofreció públicamente con raptos de enojo á deponer el réjimen de una iglesia, fruto en gran parte de sus afanes. Aceptaron el sínodo y el emperador su renuncia con mas ahinco del que se habia él figurado; y cuando esperanzaba empaparse en las resultas de su victoria, sentóse allá en su solio el senador Nectario, quien, realzado por dicha con su índole afable y aspecto venerable, tuvo que dilatar la ceremonia de su consagracion, hasta quedar corriente con los ritos de su bautismo (46). Tras este magnánimo desengaño con la ingratitud de príncipes y prelados, retiróse de nuevo Gregorio á su soledad arrinconada de Capadocia, donde se dedicó los ocho años restantes de su vida á la poesía y á la devocion. Hase añadido el dictado de Santo á su nombre, pero la afectuosidad de su pecho (47) y el primor de su númen bañan con mas halagüeño esplendor la memoria de Gregorio Nazianzeno.

No bastaba á Teodosio el volcar el reinado insolente del arrianismo, ni el desagraviar á los Católicos de tantísimo ultraje como habian padecido por el desaforamiento de Constancio y de Valente. Conceptuaba el ortodojo emperador á todo hereje como rebelde contra las potestades del cielo y de la tierra; y cada una de estas ejercia su jurisdiccion peculiar sobre el alma y el cuerpo del reo. Deslindada ya la norma de la fe por los decretos del concilio de Constantinopla, los eclesiásticos, como árbitros de la conciencia de Teodosio, le apuntaron el rumbo ejecutivo de la persecucion. Promulgó en el plazo de quince años á lo menos quince edictos (A. 380--394) contra los herejes (48), y con especialidad contra los desmandados en la doctrina de la Trinidad; y para quitarles toda esperanza, dispuso que si tal cual ley ó rescrito venia á favorecerles, su ceño los daba por apócrifos y fraguados por la maldad. Encaminábase el código penal contra párrocos, juntas y personas de los herejes, y allá se arrojaba el lejislador con ímpetus satíricos y declamadores. I. Los maes-

tros heréticos que estaban usurpando el sagrado blason de obispos y presbíteros, no solo quedaban escluidos de las regalías y sueldos tan profusamente concedidos al clero católico, sino que estaban sujetos á la grave pena de confiscacion y destierro, si tenian la avilantez de predicar la doctrina, ó practicar los ritos de sus *malditas* sectas. Multábase en dos mil duros ó diez libras de oro á cuantos fuesen osados á otorgar, recibir ó fomentar alguna ordenacion herética; y se esperaba con fundamento que esterminada la ralea de los mayorales, su desvalida grey, por ignorancia ó por hambre, tendria que acudir al regazo de la iglesia católica. II. Estendióse la prohibicion de reuniones muy esmeradamente á todas las circunstancias posibles en que pudieran juntarse los herejes con ánimo de adorar á Dios y á Cristo segun los dictámenes de su conciencia. Sus hermandades relijiosas, públicas ó secretas, de dia ó de noche, en ciudades ó campiñas, quedaron igualmente vedadas por los edictos de Teodosio, y todo edificio ú solar apropiado á este intento ilegal se confiscaba para el imperial patrimonio. III. Se daba por supuesto que el error de los herejes podia únicamente proceder de la terquedad de su índole, la que por consiguiente era muy acreedora á reprension y escarmiento. Robustecíanse los anatemas de la iglesia con una especie de escomunion civil, que los desmembraba de sus conciudadanos, tiznándolos peculiarmente; y esta manifestacion del majistrado supremo abonaba, ó por lo menos disculpaba los desafueros de un populacho fanático. Los sectarios fueron quedando sucesivamente inhábiles para empleos honoríficos ó gananciosos; y se conceptuó Teodosio muy justiciero decretando que por cuanto los Eunomios diferenciaban la naturaleza del Hijo de la del Padre, resultaban incapaces de testar y de ser agraciados en disposicion alguna testamentaria. El delito de la herejía maniquea se calificó de tan suma cuantía, que solo podia pagarse con la muerte del culpado, y el mismo castigo capital se imponia á los Audianes ó *Cuartodecimanos* (49), que cometiesen la atrocidad enorme de celebrar la Pascua en un dia ilejítimo. Todo Romano podia fiscalizarlos públicamente; mas el cargo de *Inquisidor* de la fe, dictado tan merecidamente aborrecido, se instituyó primitivamente por Teodosio. Pero consta que por maravilla se efectuaron estas leyes penales, y que el emperador devoto se manifestó menos ansioso de castigar que de retraer ó aterrar á sus súbditos desmandados (50).

Quedó el sistema de la persecucion planteado por Teodosio, cuya justicia y piedad encarecieron los santos; pero su desempeño cabal se reservaba para su competidor y compañero Máximo, el primer príncipe cristiano que derramó la sangre de sus propios súbditos cristianos por causa de opiniones relijiosas (A. 385). El asunto de los Priscilianistas (51), secta nueva de herejes que trastornó las provincias de España, se tras-

ladó en apelacion del sínodo de Burdeos al consistorio imperial de Tréveris; y por fallo del prefecto del pretorio, fueron atormentadas, condenadas y ejecutadas siete personas. El primero de todos fué el mismo Prisciliano (52), obispo de Avila (53) en España, quien realzaba su esclarecido nacimiento y haberes con las prendas de sabiduría y elocuencia. Dos presbíteros y dos diáconos acompañaron á su querido amo al cadalso, conceptuándolo por martirio glorioso; y se acabaló el número de las víctimas con la ejecucion de Latroniano, poeta que competia con los antiguos, y de Eucrocia, noble matrona de Burdeos, viuda del orador Delfidio (54). Dos obispos secuaces de Prisciliano fueron condenados á destierro remoto y horroroso (55), y se usó de benignidad con los reos inferiores que alegaron el descargo de su pronto arrepentimiento. Si merecen crédito confesiones desencajadas por el temor y los dolores, y meras hablillas, abortos de dañado intento, se barajaban con la herejía de Prisciliano abominaciones diversas de majia, impiedad y lujuria (56). Prisciliano, que andaba vagando por el mundo con sus hermanos espirituales, fué sindicado de orar en medio de su congregacion absolutamente desnudo, y aun se añadia positivamente que por medios mucho mas odiosos y criminales se habian atajado las resultas de su cohabitacion infame con la hija de Eucrocia. Pero liquidada la realidad, aparece que si los Priscilianistas contravenian á las leyes naturales, no era por el desenfreno, sino por la austeridad de sus vidas. Vedaban absolutamente el uso del lecho conyugal, alterando el sosiego de las familias con desvios desatinados. Requerian ó recomendaban toda abstinencia de sustento animal; y sus plegarias y ayunos incesantes y desvelados llevaban consigo una devocion estrechísima y consumada. Derivábanse las aprensiones de la secta, acerca de la persona de Cristo y la naturaleza del alma humana, del sistema Gnóstico y Maniqueo; y aquella filosofía soñadora, trasladada del Ejipto á España, era ajena de los entendimientos embotados del Occidente. Los arrinconados discípulos de Prisciliano padecieron, penaron y fueron desapareciendo; sus conceptos no penetraron en el ánimo del clero y del pueblo; pero su muerte dió pábulo á una contienda larga y porfiada, por cuanto unos vituperaban y otros aplaudian el rigor de la sentencia. Causa complacencia el advertir la compasiva inconsecuencia de los santos y obispos mas esclarecidos, Ambrosio de Milan (57) y Martin de Turs (58), que en este caso escudaron la tolerancia. Condoliéronse de aquellos desventurados que fueron ajusticiados en Tréveris; se negaron á asociarse con sus matadores episcopales; y si Martin se desentendió de tan jenerosos sentimientos, fueron laudables sus motivos y ejemplar su arrepentimiento. Sentenciaron desde luego los obispos de Turs y de Milan á los herejes á condenacion sempiterna, mas estrañaron y se estremecieron al sangriento aparato de su eje-

cucion temporal; y los dictámenes honrosos de la naturaleza contrarestaron las preocupaciones sobrepuestas de la teolojía.

Se corroboró la humanidad de Ambrosio y de Martin con la irregularidad escandalosa de los procedimientos contra Prisciliano y sus allegados. Tanto los ministros civiles como los eclesiásticos se habian propasado de sus respectivas jurisdicciones. El juez secular habia osado recibir apelacion y pronunciar sentencia definitiva en materias de fe y de competencia episcopal, y los obispos se habian desdorado fiscalizando en causa criminal. La crueldad de Itacio (59), que presenció los tormentos y anduvo solicitando la muerte de los herejes, airó á las jentes, y sus vicios bastaron para comprobar que el torpe interés era el móvil de su fementido zelo. Desde la muerte de Prisciliano, las embestidas de la persecucion se han entonado decorosamente por el santo Oficio, que deslinda esmeradamente los actos de la potestad secular y los de la eclesiástica. La víctima consagrada se entrega por el sacerdote al majistrado, quien la traspasa luego al sayon, y el fallo inexorable de la iglesia, que manifiesta la culpa espiritual del reo, lleva el baño suave de un lenguaje compasivo y medianero.

Sobresalió entre los prohombres eclesiásticos del reinado de Teodosio Gregorio Nazianzeno, por su desempeño como predicador elocuente; la nombradía del don de milagros añadió peso y señorío á las virtudes monásticas de Martin de Turs (60); pero la palma de entereza y sabiduría episcopal correspondió al denodado Ambrosio (61) (A. 374–397). Descendia de una familia noble de Romanos; habia su padre ejercido el cargo grandioso de prefecto pretoriano de la Galia; y el hijo, despues de seguir la carrera de una educacion culta, alcanzó por la escala natural de ascensos el empleo de consular de la Liguria, que abarcaba en su provincia la residencia imperial de Milan. A los treinta y cuatro años, antes de recibir el sacramento del bautismo, Ambrosio, con suma estrañeza suya y de todos, quedó repentinamente trasformado de gobernador en arzobispo. Dícese que, sin asomo de amaños ni pandillas, el pueblo todo lo saludó con el dictado episcopal; atribuyóse la concordancia y el teson de las aclamaciones á causa sobrenatural; y el majistrado tuvo á su pesar que emprender funciones espirituales, ajenas de sus tareas y ejercicios en su vida anterior. Mas la fuerza de sus alcances le habilitó luego para desempeñar con tino y afan las atenciones de su jurisdiccion eclesiástica, y al orillar placenteramente el vistoso boato de la elevacion temporal, se allanó, por bien de la iglesia, á encargarse de la conciencia de los emperadores y á fiscalizar el réjimen del imperio. Graciano lo amaba y reverenciaba como padre; y el tratado esmeradísimo sobre la fe de la Trinidad se ideó para la instruccion del príncipe. Despues de su trájica muerte, mientras estaba la emperatriz Justina temblando por su propia

existencia y la de su hijo Valentiniano, se encargaron diversas embajadas al arzobispo de Milan para la corte de Tréveris. Desempeñó con igual entereza y maestría la potestad de sus dos papeles político y espiritual; y aun contribuyó tal vez con su prestijio y su elocuencia para enfrenar la ambicion de Máximo y resguardar la paz de Italia (62). Vinculó Ambrosio su vida y su desempeño en servicio de la iglesia. Menospreciaba las riquezas, pues se habia desprendido de su patrimonio y vendió las alhajas consagradas para rescatar cautivos. Clero y pueblo en Milan eran afectuosos á su arzobispo, y merecia el aprecio sin solicitar la privanza ni temer el desagrado de su débil soberano.

El gobierno de Italia y del mancebo emperador vino á recaer naturalmente en su madre Justina, dama tan hermosa como despejada; pero que, en medio de un pueblo católico, adolecia de la flaqueza de profesar la herejía arriana, esmerándose en infundirla á su ternezuelo hijo. Suponia Justina que un emperador romano podia en sus propios dominios practicar públicamente su relijion, y propuso comedidamente al arzobispo que le cediera una sola iglesia, ya en la ciudad, ya en los arrabales de Milan; mas eran muy diversos los móviles de la conducta de Ambrosio (63), pues los alcázares terrestres podian desde luego pertenecer al César, pero las iglesias eran mansiones de Dios (A. 385, abril 5—10); y en el ámbito de su diócesis, él mismo, como lejítimo sucesor de los apóstoles, era el único ministro del Señor. Vinculábanse en los verdaderos creyentes las regalías, así temporales como espirituales, del Cristianismo, y era indudable para Ambrosio que en sus opiniones teolójicas se cifraba la norma de la verdad católica. Se desentendió el arzobispo de toda conferencia ó negociacion con los instrumentos de Satanás, manifestando con entereza su ánimo de morir mártir antes de allanarse al impío sacrilejio; y Justina, airada con aquel desacato ú rebeldía, pasó atropelladamente á echar el resto de la prerogativa imperial de su hijo. Ansiosa de cumplir públicamente con la festividad de la Pascua inmediata, mandó comparecer á Ambrosio ante el consejo. Acudió este al llamamiento con la atencion de súbdito fiel; mas siguióle sin su anuencia un jentío innumerable, que se agolpó desaforadamente sobre las puertas del palacio; y asustados los ministros de Valentiniano, en vez de decretar el destierro del arzobispo de Milan, le amonestaron rendidamente para que mediase y resguardase la persona del emperador, restableciendo el sosiego de la capital; mas las promesas hechas y comunicadas á Ambrosio quedaron luego quebrantadas por una corte alevosa; y en los seis dias solemnes que la relijiosidad cristiana reservaba para el ejercicio de sus devociones, padeció la ciudad las convulsiones del alboroto y el fanatismo. Mandóse á los dependientes de palacio disponer la *Basílica* Porcia primero, y despues la nueva, para el recibimiento inmediato del

emperador y de su madre. Aparatáronse dosel, colgaduras y alfombras, segun costumbre; mas fué preciso resguardar el sólio por guardia competente contra las demasías de la plebe. Los eclesiásticos arrianos que asomaron por las calles espusieron en gran manera sus vidas, y Ambrosio contrajo el esclarecido mérito de rescatar de manos de la enfurecida muchedumbre á sus enemigos personales.

Mas al enfrenar tales ímpetus, el raudal de su patética elocuencia seguia destemplando mas y mas al pueblo sañudo y sedicioso de Milan. Trataba indecorosamente de Eva, de mujer de Job, de Jezabel y de Herodias á la madre del emperador, comparando su afan de lograr una iglesia para los arrianos con las persecuciones mas violentas padecidas por la cristiandad bajo el reinado del paganismo. Daban las disposiciones de la corte mayor cuantía al trastorno. Se impuso una multa de doscientas libras de oro á los gremios de mercaderes y fabricantes. Mandóse á todos los empleados, en nombre del emperador, y aun á los sirvientes ínfimos de los tribunales, que durante aquel trance se mantuviesen encerrados en sus casas; y los ministros de Valentiniano incurriesen en la torpeza de confesar que el vecindario honrado de Milan era afecto al arzobispo. Instósele de nuevo para que sosegase su patria, conformándose á tiempo con la voluntad del soberano. Contestó Ambrosio en los términos mas respetuosos, pero que se podian conceptuar como una declaracion formal de guerra civil, que «su vida y fortuna paraban en manos del emperador; mas que nunca venderia la iglesia de Cristo, ni desdoraria el decoro episcopal; que en el trance, arrostraria denodadamente cuanto la maldad diabólica pudiera asestarle, y que solo anhelaba morir en presencia de su grey, leal y al pié del ara; que no habia enardecido al pueblo, pero que solo estaba en manos de Dios el desenfurecerlo; que oraba para zanjar las escenas sangrientas y trastornadoras que amagaban, y que suplicaba fervorosamente no sobrevivir por no presenciar el esterminio de una ciudad floreciente, y quizás la asolacion de la Italia entera (64).» La ceguedad supersticiosa de Justina arriesgara el imperio de su hijo, si en la contienda con el pueblo y la iglesia de Milan pudiera contar con la obediencia de la guardia palaciega. Habia marchado un cuerpo crecido de Godos á apoderarse de la *Basílica*, que era la manzana de la discordia; y era de esperar, por los principios arrianos y las costumbres bárbaras de aquellos estranjeros asalariados, que no escrupulizarian en llevar á cabo las órdenes mas sanguinarias. Saliólcs al encuentro en el umbral sagrado el arzobispo, quien fulminándoles senténcia de escomunion, les preguntó, en ademan y entonacion de padre y señor, si habian implorado el amparo y logrado el agasajo de la república para asaltar la casa de Dios. Absortos los bárbaros, mediaron horas para entablar negociaciones, y se recabó de la emperatriz,

por dictámen de sus consejeros mas cuerdos, que dejase á los Católicos en posesion de todas las iglesias de Milan, y que disimulase, hasta coyuntura mas oportuna, sus conatos de venganza. Nunca la madre de Valentiniano pudo perdonar el triunfo de Ambrosio, y el jóven rejio prorumpió en la espresion apasionada de que sus propios sirvientes estaban prontos á ponerlo á traicion en manos de un clérigo insolente.

Las leyes del imperio, algunas de las cuales llevan la firma de Valentiniano, seguian condenando la herejía arriana, y disculpaban al parecer la resistencia de los Católicos. Promulgóse, por influjo de Justina, un edicto de tolerancia en todas las provincias sujetas á la corte de Milan; concedióse libre ejercicio de su relijion á cuantos profesaban la fe de Rímini, y declaraba el emperador que todos los contraventores á constitucion tan sagrada y benéfica serian castigados como enemigos del sosiego público (65). La índole y habla del arzobispo de Milan pueden abonar la sospecha de que su conducta dió pié, ó á lo menos un pretesto plausible, á los ministros arrianos, que estaban acechando alguna falta suya en desobediencia de una ley, que tacha de tiránica y sangrienta. Fallóse una sentencia de honroso destierro, que mandaba á Ambrosio salir sin demora de Milan, franqueándole la eleccion del sitio de su destierro y del número de sus acompañantes. Mas la autoridad de los santos que predicaron y anduvieron practicando las máximas de rendida lealtad pareció á Ambrosio menos valedera que el peligro en que se hallaba la iglesia. Desobedeció denodadamente, y se escudó con su amante y unánime pueblo (66). Relevábase este en la guardia de su arzobispo, afianzó poderosamente las puertas de su palacio y de la catedral; y las tropas imperiales, que estaban bloqueando la fortaleza inespugnable, no se arrestaron á empeñar el asalto. El sinnúmero de pordioseros que las liberalidades de Ambrosio habian socorrido acudieron, ansiosos de sobresalir en muestras de fervor y de agradecimiento; y como el aguante de la muchedumbre podia apurarse con la pesadez y uniformidad de las trasnochadas, planteó Ambrosio cuerdamente en la iglesia de Milan la canturia del tono de los salmos. En medio de aquel dilatado trance, quedó enterado por medio de un ensueño del sitio donde yacian los restos de los mártires Jervasio y Protasio (67) hacia tres siglos. Halláronse inmediatamente bajo el pavimento de la iglesia dos esqueletos cabales (68), con las cabezas separadas de los cuerpos, y un gran derramamiento de sangre. Ofreciéronse las sagradas reliquias en solemne pompa á la veneracion del pueblo, y cuadraron asombrosamente todas las circunstancias de aquel acontecimiento venturoso con los intentos de Ambrosio. Huesos, sangre, ropa de los mártires, todo atesoraba virtud curativa; y el influjo sobrenatural se estaba comunicando á los objetos mas remotos sin desmerecer un punto de su eficacia. La curacion estraordinaria de un

ciego (69), y las confesiones á viva fuerza de varios endemoniados comprobaban desde luego la fe y la santidad de Ambrosio; quien, juntamente con su secretario Paulino y su convertido el célebre Agustin, á la sazon catedrático de retórica en Milan, atestigua la verdad de estos milagros. En este desengañado siglo se aprobará tal vez la incredulidad de Justina y de su corte arriana, quienes se mofaban de la farsa representada por invencion y á costa del arzobispo (70). Las resultas sin embargo para el ánimo del pueblo fueron ejecutivas y arrolladoras; y el apocado soberano de Italia se reconoció inhábil para contrarestar al predilecto del cielo. Escudaban tambien á Ambrosio las potestades terrestres, y el dictámen desinteresado de Teodosio era hijo de su relijiosidad amistosa, encubriendo el zelo fervoroso los intentos ambiciosos y encontrados del tirano de la Galia (71).

Pacífica y prósperamente siguiera reinando Máximo, si se contentara con la posesion de tres paises grandiosos, que están ahora constituyendo los tres reinos mas florecientes de la Europa moderna. Mas el usurpador sediento, que ni aun cohonestaba su torpe ambicion con el afan por la gloria guerrera, conceptuaba sus fuerzas habidas como instrumentos para el engrandecimiento venidero, y su éxito anterior vino á causar su esterminio. Las riquezas que atesoró desangrando las provincias de Galia, España y Bretaña (72) fueron para levantar y mantener una hueste formidable de bárbaros, entresacados jeneralmente de las naciones mas bravías de Jermania. Apercebíase muy esperanzado para la conquista de Italia, y estaba ideando la ruina de un mancebo inocente, cuyo gobierno menospreciaban y aborrecian de muerte sus católicos súbditos. Mas como Máximo ansiaba aposentarse anticipadamente en los tránsitos de los Alpes, recibió con fementida sonrisa á Dómino de Siria, embajador de Valentiniano, y le instó para que admitiese el auxilio de un cuerpo crecido de tropa con que acudir á una guerra en Panonia. Descubrió la perspicacia de Ambrosio los lazos enemigos bajo aquella capa de amistad (73); mas los agasajos de la corte de Tréveris cohecharon ó engañaron al Siríaco Dómino; y el consejo de Milan desechó obstinadamente toda zozobra con ciega confianza, hija de apocamiento. El embajador encabezó la marcha de los auxiliares, que se fueron colocando á su salvo en las fortalezas de los Alpes. Mas iba siguiendo sus huellas acelerada y ocultamente el taimado tirano por la retaguardia, y como se esmeró en atajar todo aviso de sus movimientos, el brillo de las lorigas y la polvareda de la caballería fueron el anuncio hostil de un estranjero sobre las mismas puertas de Milan. En aquel trance, Justina y su hijo podian culpar su propia imprudencia y el ardid alevoso de Máximo; pero faltábales ya tiempo, fuerzas y teson para contrarestar á los Galos y Jermanos, así en el campo como en el recinto de una ciudad grandiosa

y desafecta. La huida fué su única esperanza, y su solo refujio Aquileya, pues desembozado ya Máximo, el hermano de Graciano tenia que esperar la misma suerte de manos del idéntico asesino. Entró Máximo triunfalmente en Milan; y si el arzobispo atinado se desentendió de todo enlace espuesto y criminal con el usurpador, pudo contribuir á su triunfo, encargando desde el púlpito la obligacion de resignarse sin asomo de resistencia (74). Llegó la desventurada Justina en salvo á Aquileya; pero desconfiaba de sus fortificaciones, temia el resultado de un sitio, y acordó implorar el amparo del Gran Teodosio, cuyo poderío y virtud se estaban ensalzando por todo el Occidente. Aparejóse reservadamente un bajel para el trasporte de la familia imperial, se embarcó atropelladamente en una de las ensenadas recónditas de Venecia ó Istria, atravesó el mar Adriático y el Jónico, dobló el cabo del Peloponeso, y tras navegacion larga, pero feliz, descansó en el puerto de Tesalónica. Desampararon todos los súbditos á Valentiniano, puesto que huyendo, los descargaba de toda obediencia; y á no arrestarse el pueblecillo de Emona, al confin de Italia, á atajarle la carrera de su desairada victoria, lograra Máximo sin el menor esfuerzo la posesion absoluta del imperio occidental (A. 387, agosto).

En vez de convidar á sus reales huéspedes en el palacio de Constantinopla, tendria Teodosio sus motivos reservados para plantearles su residencia en Tesalónica; mas no mediaba menosprecio ú despego, puesto que pasó allá en dilijencia, acompañado de la mayor parte de su corte y del senado. Tras los primeros agasajos de intimidad y cariño, el relijiosísimo emperador de Oriente apuntó con halago á Justina que el pecado de herejía se solia castigar así en este mundo como en el venidero, y que la profesion pública de la fe Nicena seria el paso mas conducente para el restablecimiento de su hijo, por la complacencia que causaria en el cielo y en la tierra. El negocio predominante de la paz ó la guerra se puso por Teodosio en deliberacion ante su consejo, y las razones pundonorosas y justicieras se robustecian mas y mas despues de la muerte de Graciano. Las tropelías con la familia imperial, autora del engrandecimiento de Teodosio, se agravaban ahora con nuevos desacatos. No enfrenaban tratados ni juramentos la ambicion desaforada de Máximo; y en no providenciando desde luego, esponíase el imperio de Oriente á una invasion enemiga. Los bárbaros de allende el Danubio, recien trocados en súbditos y en soldados, siempre indómitos y bravíos, pero provechosos por su valor, podian ir menguando con la guerra y aliviar las provincias de su opresion inaguantable. En medio de razones tan obvias y tan sólidas, aprobadas ya por la mayoría del consejo, titubeaba todavía Teodosio en blandir el acero en contienda que se haria irreconciliable, sin que en su alma grandiosa cupiesen zozobras torpes, sino las muy na-

turales por el resguardo de sus hijos, aun tiernos, y del pueblo, ya exhausto. En medio de esta ansiosa incertidumbre, mientras la suerte del orbe romano estaba pendiente del albedrío de un solo individuo, abogaron los primores de la princesa Gala por su hermanito Valentiniano (75). Las lágrimas de la hermosura fueron enterneciendo el pecho de Teodosio; prendóse mas y mas de su lozano y candoroso atractivo; manejaron las arterías de Justina los impulsos de la pasion, y los desposorios rejios afianzaron y pregonaron la guerra civil. Los críticos insensibles, que conceptúan toda flaqueza amorosa como un borron para la memoria de un emperador grande y católico, propenden aquí á dudar del testimonio sospechoso del historiador Zósimo. Confieso por mi parte sin rebozo que me enamoran siempre los sentimientos cariñosos de la vida doméstica que voy encontrando por el mundo en los ámbitos de la historia; y en la caterva de los conquistadores puedo distinguir con mucha complacencia un héroe apacible que recibe sus armas de mano del amor. Afianzóse la alianza de Persia con tratados; se recabó de los bárbaros que siguiesen las banderas ó respetasen la raya de un monarca activo y dadivoso, y resonaron de estremo á estremo de los dominios de Teodosio los preparativos militares por mar y tierra. La acertada colocacion de las fuerzas del Oriente aumentaba al parecer su número y desencajaba los planes de Máximo. Hacíasele á este muy de temer que un cuerpo de tropas selectas á las órdenes del valeroso Arbogastes tomaria el rumbo del Danubio, y se internaria denodadamente por la Recia, hasta el corazon de la Galia. Habilitóse una escuadra en las ensenadas de la Grecia y el Epiro, al parecer con el intento de que en franqueando el tránsito con una victoria naval, aportaria Valentiniano por Italia, y se adelantaria sin demora á Roma para sentarse en el solio de la relijion y del imperio. Encaminábase entretanto el mismo Teodosio, acaudillando un ejército valiente y disciplinado, en busca de su desigual competidor, quien, tras el sitio de Emona (*a*), habia sentado sus reales en las cercanías de Siscia, ciudad de Panonia poderosamente fortalecida por la corriente rápida y anchurosa del Sava.

Los veteranos, recordando la dilatada resistencia y redoblados recursos del tirano Magnencio, podian prepararse para arrostrar los afanes de tres campañas sangrientas. Pero la contienda con el sucesor, que habia, como él, usurpado el trono de Occidente, se decidió en el término de dos meses (76) y en el espacio de unas setenta leguas (A. 382, junio, agosto). El desempeño aventajado del emperador de Oriente debia arrollar al débil Máximo, quien se mostró tan ajeno de teson como de pericia militar; pero Teodosio, además de su esclarecida suficiencia, logró la ventaja de su crecida y sobresaliente caballería. Hunos y Alanos, y á su ejemplo hasta los mismos Godos, formaron escuadrones de flecheros,

que pelearon á caballo y acosaron la pujanza de Galos y Jermanos con los movimientos rapidísimos de una guerra tártara. Tras la fatiga de una marcha dilatada en la canícula, espolearon sus caballos sudados á la corriente del Sava, nadaron á presencia del enemigo, y embistieron y derrotaron la tropa que guardaba la orilla opuesta y elevada. Adelantóse Marcelino, hermano de Máximo, á sostenerle con las cohortes mas escojidas y conceptuadas como la esperanza y el nervio del ejército. Anocheció y cesó la refriega; mas renovóse encarnizadamente á la madrugada, y al fin los restos aun vivos de los mejores soldados de Máximo arrojaron las armas á las plantas del vencedor. Sin detenerse Teodosio á recibir aclamaciones de los leales ciudadanos de Emona, se adelantó mas y mas para terminar la guerra con la muerte ó prision del competidor que le iba huyendo en alas de su estremado miedo. Descolgóse de las cumbres de los Alpes Julianos á las llanuras de Italia con tanta velocidad que le anocheció el primer dia en Aquileya; y Máximo, cercado por todas partes, tuvo apenas tiempo para cerrar las puertas de la ciudad. Pero, ¿qué puertas atajarian el ímpetu de un enemigo victorioso, cuando la desesperacion, el desafecto ó la indiferencia de soldados y pueblo atropellaban la ruina del desdichado Máximo? Arrojáronle del trono, despojáronle del manto, diadema y chinelas de púrpura, y arrebatáronle como á un malhechor al campamento y presencia de Teodosio, como á una legua de Aquileya. No trató el emperador de insultarle, y aun se condolió un tanto, pues nunca habia sido su enemigo personal, y habia ya parado en objeto de menosprecio. Nos lastimamos entrañablemente con fracasos que pueden acaecernos; y un competidor, antes engreido, pero ya postrado á sus piés, no podia menos de acarrear cavilaciones íntimas y formales en el ánimo del vencedor. Mas luego quedó contenido aquel impulso involuntario de compasion con sus miramientos justicieros y con la memoria de Graciano, y allá entregó la víctima al zelo desalado de la soldadesca, que lo arrebató de la presencia imperial, y le cercenó inmediatamente la cabeza. Celebróse en estremo, con sinceridad ó con fina apariencia, la noticia de su derrota y muerte; y su hijo Víctor, condecorado ya con el dictado de Augusto, murió de órden, ó quizás de mano del valiente Arbogastes; y así todos los planes militares de Teodosio quedaron colmadamente cumplidos. Terminada ya la guerra civil con menos tropiezos y sangre de lo que podia naturalmente figurarse, dedicó su invernadero de Milan á restablecer el bienestar de aquellas provincias atropelladas; y al asomo de la primavera, hizo, al ejemplo de Constancio, su entrada triunfal en la capital antigua del imperio romano (77).

Todo orador que pueda callar sin riesgo podrá tambien elojiar sin reparo ni repugnancia (78); y la posteridad no puede menos de confesar que en las prendas de Teodosio (79) hay campo anchuroso para su since-

ro panejírico. La sabiduría de sus leyes y el éxito de sus armas constituyeron su gobierno tan respetable para enemigos como para súbditos. Amaba y practicaba las virtudes domésticas que por maravilla suelen asomar en los alcázares soberanos. Era Teodosio de suyo contenido, deleitándose sin demasía con los placeres halagüeños y sociales de la mesa, y sus amores jamás se desviaron de sus lejítimos objetos. Engalanaba sus grandiosos dictados imperiales con los nombres afectuosos de marido fiel y padre cariñoso, y encumbró á su tio á la jerarquía de segundo padre, á impulsos de su fino aprecio. Abrazaba Teodosio como propios á los hijos de sus hermanos, y sus demostraciones de cariño abarcaban á larguísima distancia á toda su crecida parentela. Entresacaba atinadamente para amigos familiares á los sujetos que en la vida privada se le habian franqueado sin rebozo. Conceptuándose íntimamente de mérito superior, menospreciaba el distintivo accidental de la púrpura, y demostró con toda su conducta que daba al olvido agravios anteriores, correspondiendo sinceramente á cuantas finezas y atenciones habia merecido antes de su encumbramiento. Su trato formal ó placentero se atemperaba á la edad, jerarquía ó índole de cuantos alternaban en su sociedad, y sus modales afables estaban retratando al vivo todo su interior. Respetaba Teodosio la sencillez de los buenos y virtuosos. Su atinado desprendimiento premiaba todo arte, toda habilidad provechosa y aun inocente, y fuera de los herejes, á quienes perseguia con encono implacable, sus agasajos eficaces se esplayaban por todo el linaje humano. El gobierno de un imperio grandioso embarga ciertamente todo el tiempo y el desempeño de cualquiera mortal; y en medio de tan sumos afanes, aquel príncipe espedito, sin aspirar á la nombradía impropia de sabio consumado, reservaba siempre algunos ratos de ensanche para el recreo instructivo de la lectura. Privábale la Historia como engrandecedora de la esperiencia. Los anales de Roma, en el plazo larguísimo de mas de mil años, le iban retratando grandiosa y variadamente la vida humana, y se notó la particularidad de que al presenciar en cierto modo las atrocidades de Cina, Mario y Sila, se acaloraba con raptos de indignacion jenerosa contra aquellos enemigos de la humanidad y de la independencia. El concepto equitativo de acontecimientos pasados le servia de norma para sus propios actos, y mereció Teodosio el particular realce de que sus prendas fueron siempre sobresaliendo con su fortuna; comedido en sus prosperidades, fué clemente tras el peligro y el éxito de la guerra civil. Feneció la guardia mora del tirano en el ímpetu de la victoria, y un corto número de los reos mas graves padeció la pena legal; mas esmeróse con otro ahinco el emperador en agraciar al inocente que en escarmentar al malvado. Los acosados súbditos de Occidente, que se dieran por dichosísimos con el recobro de sus fincas, quedaron atónitos al recibir su importe en dinero, y las liberalidades del

vencedor sostuvieron á la madre anciana y educaron á los huérfanos de Máximo (80). Personaje tan acabado pudiera casi disculpar la suposicion estravagante de Pacato de que si el primer Bruto pudiera asomar de nuevo por la tierra, el ceñudo republicano depusiera á las plantas de Teodosio su odio á los reyes, y confesara injenuamente que semejante monarca era el zelador mas leal de la felicidad y el señorío del pueblo romano (81).

Mas la vista perspicaz del fundador de la república desentrañara los lunares trascendentales que quizá le entibiaron su nuevo cariño al despotismo. Solia apoltronarse (82) y á veces encolerizarse (83) el virtuoso Teodosio. Su ardimiento en pos de un objeto de entidad sabia echar el resto de sus fuerzas; mas logrado el intento y arrollado el peligro, se desplomaba aquella heroicidad en desairado sosiego, y trascordando que los ratos de un príncipe son propiedad de su pueblo, se esplayaba en los regalos frívolos, aunque inocentes, de una corte lujosa. El natural de Teodosio era arrebatado y colérico; y desde aquella cumbre irresistible y acarreadora de fatales resultados, se sobresaltaba fundadamente la humanidad del monarca, hecho cargo de su achaque y de su poderío. Esmeróse toda su vida en refrenar aquellos ímpetus, y el éxito de sus conatos realzó su clemencia. Mas la virtud trabajosa que aspira al mérito de la victoria se espone á la derrota, y el reinado de un príncipe cuerdo y compasivo se mancilló con una demasía que aun fuera un borron para los anales de Neron ó de Domiciano. En el plazo tres años, el historiador inconsecuente de Teodosio tiene que referir el indulto jeneroso á los ciudadanos de Antioquía, y la matanza inhumana del pueblo de Tesalónica.

El avieso destemple de los Antioquenos se mostraba siempre mal hallado con la índole y conducta de todos los soberanos. Llorosos los súbditos arrianos de Teodosio con la privacion de sus iglesias por una parte, y por otra compitiendo tres obispos tras el solio de Antioquía, las congregaciones de los dos escluidos en virtud de la sentencia prorumpieron en recios murmullos. La costosísima guerra gótica y los desembolsos que acarreó indispensablemente el ajuste de la paz definitiva precisaron el recargo de impuestos; y las provincias de Asia, como menos acosadas, se manifestaban mas ajenas de acudir al auxilio de Europa. Asomaba el plazo propicio del decenio, funcion mas halagüeña para la soldadesca agraciada con cuantiosos donativos que para los súbditos, cuyas ofertas voluntarias habian siempre redundado en carga intolerable. Los edictos del reparto alteraron el sosiego y los recreos de Antioquía, y se agolpaba el vecindario sobre el tribunal de los majistrados en demanda de alivio, en ademan y lenguaje afectuoso y comedido; pero se fué luego enconando con el despego de sus jefes altaneros, que calificaban sus quejas de resistencia criminal. Su travesura satírica paró en desacatos agudos y violentos, que se fueron encaramando desde los ínfimos dependientes del go-

bierno hasta la persona sagrada del mismo emperador. Enfureciéndose mas y mas con la apocada oposision, se estrellaron (febrero 26) con las efijies de la familia imperial, colocadas en los pasajes públicos como objetos de la veneracion jeneral. Las estatuas de Teodosio, de su padre, de su esposa Flaccila y de sus dos hijos Arcadio y Honorio, derrocadas de sus pedestales, fueron destrozadas ó arrastradas con escarnio por las calles; y los baldones cometidos á las imájenes de la majestad imperial estaban pregonando los anhelos impíos y alevosos de la plebe. Quedó el alboroto prontamente aplacado con la llegada de un cuerpo de ballesteros; y pudo Antioquía recapacitar anchamente la gravedad y resultas de su atentado (84). Remitió el gobernador de la provincia, segun su obligacion, un informe verídico de todo lo sucedido, mientras el vecindario trémulo confió la confesion de su delito y las protestas de su arrepentimiento al ahinco de su obispo Flaviano y á la elocuencia del senador Hilario, íntimo y probablemente discípulo de Libanio, cuyo injenio en este trance fué provechoso á su patria (85). Pero mediaban entre las dos capitales Antioquía y Constantinopla cerca de trescientas leguas; y á pesar de la dilijencia de las postas imperiales, la ciudad culpada estaba ya padeciendo el castigo amargo de tan dilatada incertidumbre. Cualquiera rumor esperanzaba ó estremecia á los Antioquenos; y oyeron despavoridos que su soberano, airado por el desacato cometido con sus estatuas, y mucho mas con las de su amada consorte, tenia dispuesto arrasar la ciudad culpada y degollar, sin distincion de edad ni sexo, á tan criminales habitantes (86), muchos de los cuales, en alas de sus zozobras, se habian enriscado por las montañas de Siria ó engolfado en el desierto inmediato. Por fin, á los veinte y cuatro dias de la asonada, el jeneral Helébico, y Cesario, maestre de los oficios, manifestaron la voluntad del emperador y la sentencia de Antioquía (marzo 22). Aquella engreida capital quedó apeada de la jerarquía de ciudad, despojada de sus fincas, privilejios y rentas, y sujeta, apellidándola indecorosamente aldea, á la jurisdiccion de Laodicea, su competidora (87). Cerráronse circo, teatros y baños, y para atajarle juntamente todo manantial de abundancia y regalo, se abolió el reparto de trigo por encargo terminante de Teodosio. Procedieron luego los comisionados á la pesquisa individual de los reos, de cuantos se habian propasado, y de cuantos no se habian opuesto á la destruccion de las sagradas estatuas. Alzóse en medio del foro el tribunal de Helébico y Cesario, cercado de tropa armada. Aparecieron ante él aherrojados los mas nobles y acaudalados de Antioquia; aplicábase el tormento á sus pesquisas, y arbitraban en sus sentencias para la ejecucion ó el sobreseimiento. Pusiéronse en venta las casas de los reos; mujeres é hijos quedaron reducidos al sumo desamparo, y para los despojados de tanto lujo y regalo se estaba esperando la ejecucion sangrienta de aquel horroroso

dia (88) que el predicador de Antioquía, el elocuente Crisóstomo, encarece como remedo vivo del juicio final del mundo. Pero estaban los ministros de Teodosio desempeñando muy á su despecho tan cruel tarea; condolíanse con rostro lloroso de los quebrantos del pueblo, y oian con respeto las fervorosas instancias de monjes y ermitaños que acudian á enjambres de los riscos (89). Recabóse de Helébico y Cesario la suspension de su sentencia, y se acordó que el primero permaneciese en Antioquía, y que regresase el otro en dilijencia á Constantinopla, para enterarse de nuevo de la voluntad de su soberano. Habia amainado ya el enojo de Teodosio; lograron audiencia favorable el obispo y el orador, diputados del pueblo; y las reconvenciones del emperador pararon en quejas amistosas, sin amagos ceñudos de engreimiento y poderío. Indultóse ampliamente á todos los ciudadanos de Antioquía. Abrense las cárceles, los senadores que desesperaban de sus vidas recobran sus casas y haciendas, y la capital de Oriente descuella de nuevo con todo su decoro y esplendor. Elojia Teodosio cariñosamente al senado de Constantinopla por medianero jeneroso á favor de sus hermanos desvalidos; premia la elocuencia de Hilario con el gobierno de Palestina, y despide al obispo de Antioquía con finísimas atenciones de espresion y agradecimiento. Alzanse mil estatuas nuevas á la clemencia de Teodosio (abril 25); palpita su pecho de complacencia al eco de los aplausos jenerales, y confiesa el emperador que si el desempeño de la justicia es la obligacion diaria, las finezas de la misericordia son el regalo mas esquisito para un soberano (90).

Atribúyese á causa mas vergonzosa la asonada de Tesalónica, y acarreó resultas mas horrorosas (Año 390). Aquella gran ciudad, metrópoli de todas las provincias Ilíricas, se resguardó en la guerra gótica con fortificaciones poderosas y guarnicion crecida. Boterico, jeneral de aquella tropa, y bárbaro, segun su nombre, tenia entre sus esclavos un lindo mancebo, de quien se enamoró uno de los mayorales del circo. Encarceló Boterico al desaforado solicitante, y contrastó ceñudamente el empeño de la muchedumbre, que en un dia de carreras públicas se estuvo lamentando de la falta de su predilecto corredor, cuya habilidad le era mas apreciable que su continencia. Enconóse aquel pesar con ciertas contiendas antecedentes, y debilitada la guarnicion en gran parte para acudir á la guerra de Italia, el escaso resto, disminuido además con deserciones, no pudo rescatar al desventurado caudillo del enfurecimiento jeneral. Fenecieron bárbaramente Boterico y varios de sus inmediatos oficiales, arrastraron sus cadáveres descuartizados por las calles, y se asombró el emperador al saber en Milan la avilantez y la crueldad arrebatada del pueblo de Tesalónica. Un juez imparcial dispusiera un escarmiento ejemplar y equitativo contra los culpados; pero el mérito mismo de Boterico airó mas y mas á su acalorado dueño. El ímpetu de Teodosio holló las forma-

lidades de una pesquisa judicial, y mandó atropelladamente que todo el pueblo criminal pagase con su sangre la del caudillo sacrificado. En medio de sus impulsos compasivos ó violentos, el ahinco de los obispos habia casi recabado á duras penas el indulto; pero el adulador Rufino, su ministro, lo arrebató de nuevo; y enviado ya el decreto de muerte, trató, cuando ya era tarde y sin arbitrio, de revocar lo mandado. Encargóse ciegamente el castigo de una ciudad romana á la espada igualadora de los bárbaros, disponiendo encubiertamente y á fuer de una conspiracion criminal su ejecucion alevosa. Brindóse fementidamente al pueblo de Tesalónica, en nombre del soberano, á los juegos del Circo; y tal era su afan insaciable por tales recreos, que no se dió cabida á la zozobra ni á la sospecha para agolparse el jentío á competencia. Completo ya el concurso, dióse la señal, no de carrera, sino de matanza jeneral, á la soldadesca oculta en la cercanía. Duró por tres horas la carnicería á diestro y siniestro, sin diferencia de naturales ó estraños, de edad ó sexo, de inocencia ó culpa. Por la relacion mas moderada, fueron los muertos siete mil; pero afirman escritores que ascendieron á quince mil las víctimas sacrificadas á los manes de Boterico. Un tratante estranjero que probablemente no intervino en la asonada ofreció su propia vida y todos sus haberes por el rescate de *uno* de sus dos hijos; mas titubeando el padre con los vaivenes de su cariño, sin acertar á escojer, zanjaron los soldados aquella suspension con clavar sus espadas en los pechos de entrambos mancebos indefensos. El alegato de los matadores de tener que presentar el número prescrito de cabezas conduce tan solo para horrorizar mas y mas, manifestando el plan metódico y premeditado, puesto en ejecucion por mandato de Teodosio, cuyas frecuentes y largas estancias en Tesalónica agravaban su atropellamiento. La situacion de la desventurada ciudad, el rumbo y traza de sus calles, y los rostros y trajes de los moradores, le eran familiares y hervian en su pensamiento, y estaba muy enterado del pormenor del pueblo que quiso esterminar (91).

El respeto afectuoso del emperador al clero católico predisponia su animo para reverenciar entrañablemente los atributos de Ambrosio, que descollaba hasta lo sumo con sus virtudes episcopales. Tributábanle rendimientos los amigos y ministros de Teodosio á ejemplo suyo; y tenia el emperador advertido, con estrañeza y sin desagrado, que sus arcanos mas íntimos se traslucian al arzobispo, quien procedia bajo el concepto recomendable de que toda providencia gubernativa se hermanaba con la gloria de Dios y los intereses de la relijion verdadera. Los monjes y la plebe de Calínico *(b)*, pueblecillo arrinconado á la raya de Persia, arrebatados por su propio fanatismo y el de de su obispo, incendiaron una congregacion de Valentinianos y una sinagoga de Judíos. El majistrado de la provincia condenó al prelado sedicioso á reponer la sinagoga y cos-

tear el daño ; y el emperador confirmó esta sentencia tan moderada ; mas reprobóla el arzobispo de Milan (92) y espidió un escrito, mas adecuado por sus cargos y reconvenciones si el emperador se hubiese circuncidado ó renegado de la fe católica. Conceptúa Ambrosio la tolerancia con los Judíos como persecucion de la Cristiandad, manifiesta sin rebozo que él mismo y todo verdadero creyente competiriá desaladamente con el obispo de Calínico por el mérito de aquel rasgo y por la corona del martirio, y se lamenta amargamente de que la ejecucion de la sentencia iba á dañar la nombradía y la salvacion de Teodosio. Quedando esta especie de amonestacion particular sin éxito inmediato, encaróse el arzobispo públicamente desde el púlpito (93) al emperador en su solio (94) ; ni se avino á rendir la ofrenda en el altar, hasta que logró de Teodosio palabra solemne y positiva de que se dejaria en paz al obispo y monjes de Calínico. Desdíjose Teodosio de corazon (95), y mientras permaneció en Milan, fué en aumento su aprecio de Ambrosio con el trato íntimo y familiar que diariamente mediaba.

Estremecióse y horrorizóse Ambrosio con la noticia de la matanza de Tesalónica. Se desvió de Teodosio para desahogar por la campiña el estremo de su quebranto (A. 390) ; mas hecho cargo de que enmudeciendo, venia á terciar en la atrocidad, le representó en carta privada la suma fealdad de su delito, que solo podia borrarse con lágrimas de penitencia. Entreveraba Ambrosio su desenfado episcopal con visos de comedimiento, y así se redujo á intimarle (96) una especie de escomunion indirecta, augurándole que una vision le tenia encargado que no ofrendase en nombre ni en presencia de Teodosio, advirtiéndole tambien que se redujese á orar sin asomar por el ara de Jesucristo, ni recibiese la sagrada Eucaristía con aquellas manos empapadas en tantísima sangre inocente. Afectábanle de suyo al emperador sus propios remordimientos sin las reconvenciones del padre espiritual ; y lloroso con las desastrosas resultas de su indómito enfurecimiento, siguió, segun costumbre, acudiendo á sus devociones en la iglesia mayor de Milan. Detúvole en el pórtico el arzobispo, y con la entonacion y las palabras de un embajador del cielo, voceó á su soberano que una contricion reservada no era suficiente descargo para un delito público, ó para aplacar las iras de la Divinidad agraviada. Contestó rendidamente el culpado que si era homicida, David, querido de Dios, no solo era matador, sino adúltero. «Puesto que sois un David en la culpa, sedlo en el arrepentimiento, » fué la réplica del osado Ambrosio. Aceptáronse las estrechísimas condiciones de paz é indulto ; y la penitencia pública del emperador Teodosio suena en los anales eclesiásticos como uno de sus acontecimientos mas honoríficos. Segun la mayor blandura de tales actos, en la disciplina del siglo cuarto, correspondia al homicidio una penitencia de veinte años (97) ; y como segun el

plazo de la vida humana, no cabia el purgar la redoblada matanza de Tesalónica, quedaba el matador escluido de la comunion hasta el trance de la muerte; mas el arzobispo, abundando en consideraciones relijiosas y políticas, amainó algun tanto por la jerarquía del encumbrado penitente, que rindió hasta el suelo su diadema, y aquella edificacion pública se debia tomar en cuenta para acortar el escarmiento. Harto era que el emperador de los Romanos, depuestas todas sus insignias, asomase en ademan lloroso y suplicante, y que en medio de la iglesia de Milan postradamente demandase con sollozos lastimeros el perdon de sus pecados (98). Valióse Ambrosio, para esta curacion espiritual, de cierta alternativa de rigor y de blandura; y á los ocho meses, quedó Teodosio restablecido en la comunion de los fieles, y el edicto que intercala una demora saludable entre la sentencia y la ejecucion se debe conceptuar como producto atinado de su arrepentimiento (99). Ha encarecido la posteridad la entereza del arzobispo, y el ejemplar de Teodosio está comprobando el influjo benéfico de aquellos principios que doblegan á todo un monarca, ensalzado sobre apocadas zozobras de escarmiento humano, para hacerle acatar leyes y ministros de un juez invisible. «Todo príncipe,» dice Montesquieu, «que abriga esperanzas ó aprensiones relijiosas puede compararse con el leon, obediente tan solo á la voz y á la mano del leonero (100)». Por tanto los movimientos del irracional rejio están colgados de la propension ó el interés del sujeto que tan temiblemente se le sobrepone, y el sacerdote que afianza en su diestra la conciencia de un rey puede enardecer ó enfrenar sus pasiones sanguinarias; y así el idéntico Ambrosio ha favorecido igualmente con pujanza y éxito la causa de la humanidad y las violencias de la persecucion.

Derrotado y muerto el tirano de la Galia, paraba el orbe romano en la diestra de Teodosio. Debia á la eleccion de Graciano su título honorífico á las provincias del Oriente; se granjeó el Occidente por derecho de conquista, y los tres años de su mansion en Italia dedicólos provechosamente al restablecimiento de la autoridad de las leyes y á la enmienda de cuantos abusos habian desenfrenadamente prevalecido bajo la usurpacion de Máximo y la menoría de Valentiniano. Se estaban ya encabezando las actas con el nombre de Valentiniano; pero así la niñez como la fe dudosa del hijo de Justina requerian al parecer el atinado esmero de un ayo católico, cuya ambicion decorosa pudiera sin ahinco escluir airosamente al desventurado mancebo del réjimen, y aun de la herencia del imperio. Si atendiera Teodosio á las máximas predominantes del interés y de la política, desaláranse los amigos por sincerarle; mas su escelsa jenerosidad en este trance ha merecido hasta los aplausos de sus enemigos mas enconados. Sentó á Valentiniano en el solio de Milan, y sin pactar ventaja alguna, ni actual ni venidera, le reintegró en el dominio ab-

soluto de cuantas provincias le habian arrebatado las armas de Máximo, y á tan grandioso patrimonio le añadió el don libre y jeneroso de los paises allende los Alpes que su denuedo victorioso habia recobrado del asesino de Graciano (101) (A. 388-391). Pagado con su blason de vengar la muerte de su bienhechor y libertar el Occidente del yugo de la tiranía, regresó el emperador de Milan á Constantinopla, y en su goce pacífico del Oriente se apoltronó de nuevo en el lujo y la desidia. Descargado de sus compromisos con Valentiniano, se entregó al cariño conyugal de la hermana; y la posteridad, que está todavía encareciendo el timbre puro y sin par de su encumbramiento, no puede menos de vitorear su jenerosidad, igualmente sin par en el uso de su prosperidad.

Sobrevivió poco la emperatriz Justina á su regreso á Italia; y aunque presenció el triunfo de Teodosio, no se le consintió influir en el gobierno de su hijo (102), cuyo apego aciago á la secta arriana, debido al ejemplo y á las instrucciones de la madre, quedó luego desvanecido con las lecciones de otra educacion mas ortodoja. Descollaba con su zelo por la fe nicena y respetaba filialmente las prendas y autoridad de Ambrosio, que embargaba el concepto de los Católicos á favor de las virtudes de su tierno emperador (103). Elojiaban su templanza y su recato, su menosprecio de recreos, su ahinco en los negocios, y su cariño á las dos hermanas, quienes no lo descaminaban hasta el punto de volcar su equidad y sentenciar contra el ínfimo súbdito; pero una traicion palaciega acabó con este precioso mancebo antes de cumplir veinte años, y se reengolfó el imperio en los trastornos de una guerra civil. Arbogastes (104), gallardo guerrero de la nacion de los Francos, se hallaba en el segundo lugar al servicio de Graciano, á cuya muerte se alistó en las banderas de Teodosio, cooperó con su bizarría y su desempeño al derribo del tirano, y fué nombrado, tras la victoria, maestre jeneral de los ejércitos de la Galia. Su mérito efectivo y su lealtad aparente le granjearon la confianza del príncipe y del pueblo; sus liberalidades sin tasa estragaron la subordinacion de la tropa, y mientras la jeneralidad lo conceptuaba la columna del estado, el osado y ardidoso bárbaro estaba reservadamente resuelto á señorear ó trastornar el imperio de Occidente. Los mandos principales del ejército estaban repartidos entre los Francos; promovia Argobastes á sus hechuras á todos los cargos y honores del gobierno civil; iba la conspiracion creciendo y apartando á los leales de la presencia de Valentiniano; y el emperador, desvalido y á ciegas, se aherrojó á fuer de mero cautivo (105). Manifestóse airado, no tanto á impulsos de su mocedad temeraria y acalorada, como por el ímpetu de un príncipe jeneroso, que se conceptuaba acreedor á empuñar el cetro. Ofreció al arzobispo de Milan el encargo de medianero, como prenda de su injenuidad y zelador de su salvamento; se injenió para informar á Teodosio de su desvalimien-

to, manifestándole que si ejecutivamente no acudia á su amparo, intentaria huir del palacio, ú mas bien cárcel, de Viena en la Galia, donde torpemente se habia avecindado en el centro de un bando enemigo; mas esperanzaba poco de tan remoto auxilio, y como se agolpaban diariamente los desacatos, el emperador, sin resguardo ni consejo, determinó atropelladamente una contienda pública con su jeneral poderoso. Recibió en su solio á Arbogastes, y al acercársele con cierto respeto, le entregó un oficio apeándole de todos sus empleos. « Mi autoridad, » contestó Arbogastes con despego insultante, « no está pendiente de la sonrisa ó del ceño de un monarca; » y arrojó el papel al suelo con menosprecio. Airado el emperador, asió la espada á un guardia forcejeando por desenvainarla, y costó trabajo el retraerle del intento de emplearla con su enemigo ó consigo mismo. Pocos dias despues de tan estraña pendencia, en que puso de manifiesto su encono y su flaqueza, el desventurado Valentiniano apareció ahogado en su estancia; y se puso algun ahinco para encubrir el delito patente de Arbogastes (A. 392, mayo 15) y persuadir al mundo que la muerte del jóven emperador habia sido efecto voluntario de su propia desesperacion (106). Trasportóse el cadáver con pompa decorosa al sepulcro de Milan, y el arzobispo dijo el sermon de exequias, retratando su virtud y su desventura (107). En aquel caso, la humanidad de Ambrosio le hizo quebrantar un tanto su sistema teolójico y esplayar á las hermanas llorosas de Valentiniano, asegurándoles terminantemente que su relijioso hermano, si bien no habia recibido el sacramento del bautismo, quedó desde luego aposentado en la bienaventuranza sempiterna (108).

La advertencia de Arbogastes ya tenia preparado el éxito de sus intentos ambiciosos; y los provinciales, cuyos pechos estaban ajenos de todo sentimiento de lealtad, estuvieron mansamente esperando al dueño desconocido que el nombramiento de un Franco pudiera colocar en el solio imperial; pero quedaban rastros de engreimiento y preocupacion que contrarestaban el ensalzamiento del mismo Arbogastes; y el atinado bárbaro conceptuó mas acertado el reinar bajo el nombre de algun Romano paniaguado. Revistió pues la púrpura al retórico Eujenio (109), á quien habia ya elevado de la clase de secretario suyo particular á la jerarquía de maestre de los oficios. Prendóse siempre el conde, por los servicios públicos y privados, del afecto y desempeño de Eujenio. Merecia privanza con el pueblo por su saber, su elocuencia y el señorío de sus modales; y la repugnancia que mostró al subir las gradas del solio infundió concepto favorable de su virtud y moderacion. Despacháronse inmediatamente embajadores del nuevo emperador á la corte de Teodosio, para que fuesen á participarle con pesar aparente la novedad aciaga del fallecimiento de Valentiniano, y sin mentar á Arbogastes, demandar que el monar-

ca de Oriente tuviese á bien abrazar como su compañero lejítimo al ciudadano respetable que habia alcanzado el voto unánime de los ejércitos y provincias de Occidente (110). Airóse en gran manera Teodosio de que la alevosía de un bárbaro echara así al través en un momento los afanes y el fruto de su primera victoria ; y estimulábanle las lágrimas de su amada esposa (111) á vengar la suerte de su desdichado hermano, y desagraviar de nuevo con las armas la majestad mancillada del solio ; mas como la reconquista del Occidente era empeño trabajoso y arriesgado, agasajó con regalos preciosos, dándoles una contestacion dudosa, á los embajadores de Eujenio, consumiendo luego casi dos años en los preparativos de la guerra civil. Ansiaba el devoto emperador, antes de formar acuerdo decisivo, esplorar la voluntad del cielo ; y enmudecidos ya los oráculos de Delfos y de Dodona, consultó con los monjes ejipcios, que atesoraban, en el concepto del siglo, el don de los milagros y el conocimiento de lo venidero. Embarcóse Eutropio, uno de los eunucos predilectos de palacio, para Alejandría, desde donde navegó Nilo arriba, hasta la ciudad de Licópolis, ó de los Lobos, en la lejana Tebaida (112). En la cercanía de aquella ciudad, y en la cumbre de un cerro empinado, habia construido con sus propias manos una escasa celdilla el santo varon Juan (113), morando allí mas de cincuenta años, sin abrir la puerta, sin ver rostro de mujer, ni tomar alimento cocido ú preparado artificialmente. Pasaba cinco dias de la semana en plegarias y meditaciones ; pero en los sábados y domingos abria puntualmente una ventanilla, y daba audiencia á la caterva de suplicantes que acudian como á rebaños de todos los ámbitos de la Cristiandad. Llega el eunuco de Teodosio á la ventana, rinde su acatamiento, pronuncia las preguntas acerca del éxito de la guerra civil, y vuelve en alas de la respuesta propicia del oráculo, que enardeció el denuedo del emperador, asegurándole una victoria sangrienta, pero infalible (114). Esforzóse el cumplimiento de la prediccion con cuantos medios caben en la advertencia humana. Encargóse á los dos intelijentísimos maestres jenerales Estilicon y Timasio reponer el número y restablecer la disciplina de las lejiones romanas. Las tropas formidables de los bárbaros marchaban capitaneadas por sus caudillos nacionales. El Iberio, el Arabe y el Godo, que se estaban mirando con mutuo pasmo, se alistaron al servicio del mismo príncipe *(c)* ; y el afamado Alarico aprendió en la escuela de Teodosio el arte de la guerra, que tan infaustamente estremó despues para la perdicion de Roma (115).

El emperador de Occidente, ó hablando con mas propiedad, su jeneral Arbogastes, se hizo cargo, por el yerro y fracaso de Máximo, de cuan arriesgado era el dilatar en demasía la línea de defensa contra la maestría de un antagonista, dueño de estrechar, contener, escojer ó esplayar el ámbito de sus avances mas ó menos redoblados (116). Apo-

sentóse Arbogastes sobre la raya de Italia (A. 394, set. 6), franqueando á las tropas de Teodosio las provincias de Panonia hasta la falda de los Alpes Julianos; y hasta las gargantas de las serranías quedaron torpe ó estudiadamente desatendidas y á merced del osado invasor. Apeóse Teodosio de las cumbres, y estuvo mirando con pasmo el campamento de Galos y Jermanos, que venia á cuajar la despejada campiña que se esplaya hasta los muros de Aquileya y las orillas del Fríjido (117) ú Rio frio (118). Ambito tan reducido imposibilitaba grandiosas operaciones militares. El engreimiento de Arbogastes se desentendia de indultos; y ansiaba Teodosio coronar su gloria y su venganza ajusticiando á los asesinos de Valentiniano; y así arrollando tropiezos naturales ó sobrepuestos, embistió inmediatamente las fortificaciones enemigas y encargó los puntos mas espuestos á los Godos, abrigando en su interior el anhelo de la mengua en número y en orgullo de los mismos ensangrentados vencedores. Hasta diez mil de aquellos auxiliares, y Bacurio, jeneral de los Iberios, fenecieron esforzadamente en el campo, y aun con tanto sacrificio no se afianzó la victoria, pues conservaron los Galos su ventaja, y los asomos de la noche favorecieron la retirada ó huida deshecha de la tropa de Teodosio, quien acojiéndose á los cerros inmediatos, pasó inconsolablemente la noche desvelado, desprovisto y desesperado (119); pero con el desahogo que en tales trances logra un pecho independiente con el menosprecio de la suerte y de la vida. Se estaba ya vitoreando el triunfo de Eujenio en el regocijado desenfreno de su campamento; mientras el vijilante y eficaz Arbogastes destacaba un cuerpo considerable para atajar los desfiladeros y acorralar la retaguardia del ejército oriental. Amanece, mira Teodosio, y se entera de su estremado peligro; mas cesa su zozobra con el mensaje amistoso de los caudillos de aquella tropa, que se ofrecen á dejar las banderas del tirano. Concédenseles sin reparo los galardones de timbres y regalos con que venden su alevosía, y careciendo de papel y tinta, firma el emperador en su librito reservado la ratificacion del convenio. Revive el brio de sus soldados con refuerzo tan oportuno; marchan luego confiadamente á sorprender los reales de un usurpador cuyos cabos principales descreian la justicia y el éxito de sus armas. En lo recio de la refriega, sobreviene, como suele suceder en los Alpes, una tormenta deshecha de la parte de levante (120). Guarece su situacion al ejército de Teodosio, y el viento dispara una polvareda horrorosa sobre los rostros del enemigo, desbarata sus filas, les arrebata las armas, y desvia ó rechaza sus arrojadizas. Se aprovecha esta proporcion inesperada; la aprension supersticiosa de los Galos les abulta la tempestad, y se postran sin empacho ante las potestades invisibles del cielo, que pelean al parecer por el devoto emperador. Decisiva es la victoria, y la muerte de entrambos competidores se diferencia tan

solo por sus diversas índoles. El retórico Eujenio, á pique de lograr el señorío del orbe, tiene que implorar la conmiseracion del vencedor; y los soldados nada compasivos le cercenan la cabeza al postrarse á las plantas de Teodosio. Arbogastes, perdida la batalla en que su desempeño fué igual como soldado y como caudillo, fué vagando por algunos dias de risco en risco, hasta que por fin, absolutamente desahuciado, el denodado bárbaro remedó á los antiguos Romanos traspasándose el pecho con su propia espada. Zanjóse en un rincon de Italia la suerte del imperio, y el sucesor lejítimo de la casa de Valentiniano abrazó al arzobispo de Milan, y fué recibiendo cariñosamente la sumision de las provincias de Occidente. Adolecian estas provincias de la culpa de su rebeldía, al paso que la entereza de Ambrosio habia por sí sola contrarestado los embates de la usurpacion dominante. Con varonil desenfado, espuesto para cualquiera otro súbdito, desechó las dádivas (*d*) y se desentendió de la correspondencia de Eujenio, ausentándose de Milan para evitar la presencia odiosa del tirano, cuya ruina estuvo prediciendo en oraciones discretas y enmarañadas. Al encarecer el mérito de Ambrosio, afianzaba Teodosio el afecto del pueblo, hermanándose así con la iglesia, y atribuyóse su clemencia á la intercesion caritativa del arzobispo (121).

Derrotado Eujenio, todo el orbe romano reconoció la esclarecida prepotencia de Teodosio. Con su desempeño tan patente esperanzaban todos mil dichas en su reinado venidero, hallándose todavía en la edad de cincuenta años. Su fallecimiento á los cuatro meses de la victoria fué para el pueblo un duelo inesperado y amargo que marchitaba de un soplo tan vehementes anhelos; pero el ensanche y el regalo fueron los causantes de la dolencia (122). No alcanzó la pujanza de Teodosio á sobrellevar el tránsito repentino y violento del palacio á la guerra, y una hidropesía ejecutiva le amagó desde luego con el esterminio de su naturaleza. El concepto, y quizás el interés público, habia revalidado la division de los dos imperios oriental y occidental; y los dos mancebos rejios, Arcadio y Honorio, condecorados por el cariñoso padre con el dictado de Augustos, estaban tambien ya destinados para encumbrarse á entrambos solios de Constantinopla y de Roma. Privóseles del peligro y de la gloria de la guerra civil (123); mas apenas triunfó Teodosio de sus indignos competidores, llamó al hijo menor, Honorio, para gozar del fruto de la victoria y recibir el cetro de la diestra del padre moribundo. Festejóse á Honorio desde su llegada con juegos magníficos en el circo; y el emperador, si bien acosado ya por su enfermedad gravísima, contribuyó con su presencia al regocijo público. Mas logró tan solo postrar sus fuerzas con el ahinco que puso en asistir á la funcion por la mañana. Hizo luego sus veces Honorio en lo restante del dia, y falleció la noche siguiente el gran Teodosio (A. 395, enero 17). En medio de los enconos

todavía recientes de la guerra civil, fué su muerte universalmente llorada. Los bárbaros á quienes habia vencido, y los eclesiásticos que lo dominaron, prorumpieron en altas y entrañables alabanzas de las prendas que respectivamente se les hacian mas apreciables. Quedaron los Romanos despavoridos con las desdichas que les amagaba un réjimen débil y desavenido; y cada infausto trance del infeliz reinado de Honorio y Arcadio les renovó la llaga de su pérdida irreparable.

Al retratar fielmente las prendas de Teodosio, no se han encubierto sus lunares, su arrebato de crueldad, y aquel apoltronamiento que empañó los blasones de uno de los mayores príncipes romanos. Un historiador opuesto siempre á la nombradía de Teodosio abultó sus yerros y sus resultados fatales, afirmando arrojadamente que todos los súbditos dieron en imitar la afeminacion de su soberano, que todo jénero de cohecho anduvo emponzoñando su carrera pública y privada, y que las vallas endebles de arreglo y decoro no alcanzaban á contrarestar la bastardía jeneral, que no se sonrojaba de atropellar obligaciones é intereses por sumerjirse en la desidia y el regalo (124). Las quejas de los escritores contemporaneos, que se lamentan de los estragos del lujo y la depravacion de costumbres, retratan al vivo su índole y situacion. Escasean los observadores que abarquen el pormenor del jiro social y vayan desentrañando los móviles sutíles y encubiertos que impelen por el mismo rumbo las pasiones ciegas y caprichosas de un sinnúmero de individuos. Si cabe con alguna verosimilitud que el lujo de los Romanos fuese mas desvergonzado y disoluto en el reinado de Teodosio que en tiempo de Constantino y quizá de Augusto, no es dable atribuir el trastorno á mejoras benéficas que hubiesen ido acaudalando á la nacion. Tan dilatado plazo de calamidades y quebrantos no podia menos de entorpecer la industria y disminuir la fortuna del pueblo, y aquel estremado lujo debia dimanar de aquella desesperada postracion que disfruta lo presente y se desentiende de lo venidero. La incertidumbre del goce de fincas retraia á los súbditos de Teodosio de todo afan por empresas que requieren desembolsos, y ofrecen tan solo ventajas pausadas y remotas. Los repetidos desengaños de tanta ruina y asolacion los disuadian de ahorros que á cada hora podian ser presa de la codicia de los insaciables Godos; y el malbarato delirante que reina en el trance de un naufrajio ú de un sitío puede esplicar el estado de toda nacion al derrocarse.

Aquel afeminado lujo, emponzoñador de cortes y ciudades, habia ya trascendido con su desenfreno á los campamentos de las lejiones; y su dejeneracion habia sido ya tiznada por la pluma de un escritor militar, que tenia muy estudiados los principios antiguos y fundamentales de la disciplina romana. Advierte Vejecio atinada y conceptuosamente que estuvo la infantería resguardada con su armadura defensiva desde la fun-

dacion de la ciudad hasta el reinado del emperador Graciano. Relajada la disciplina y desusados los ejercicios, quedó el soldado inhábil y desafecto á las fatigas del servicio; quejábase del peso de la armadura que ya no solia llevar, y fué logrando el permiso de orillar corazas y morriones. Las armas pesadas de sus antepasados, la espada corta y el *pilo* formidable, que habian avasallado el mundo, se les fueron desprendiendo de las manos. Como el broquel imposibilita el uso del arco, salian con repugnancia á campaña, y en la disyuntiva de padecer el quebranto de las heridas ó la afrenta de la fuga, solian atenerse al partido mas vergonzoso. Habia ya la caballería de Godos, Hunos y Alanos palpado las ventajas y adoptado el uso de las armas defensivas, y por cuanto eran muy certeros con sus arrojadizas, arrollaban fácilmente las lejiones trémulas y desnudas, cuyas cabezas y pechos servian de blanco indefenso á los tiros de los bárbaros. El esterminio de los ejércitos, la asolacion de los pueblos, y el deshonor del nombre romano estimularon infructuosamente á los sucesores de Graciano para restablecer los morriones y corazas de la infantería; pues la soldadesca quebrantada se desentendió de la defensa pública y la propia, y su flojedad desalentada puede conceptuarse como una de las causas inmediatas de la ruina del imperio (125).

---

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimo séptimo.

(1) Valentiniano puso menos atencion en la relijion de su hijo, ya que confió la educacion de Graciano á Ausonio, pagano manifiesto (Mem. de la Academia de las Inscripciones, tom. XV, p. 125-138). La fama poética de Ausonio es una mengua para el gusto de su siglo.

(2) Ausonio fué promovido sucesivamente á la prefectura pretoriana de Italia (A. D. 377) y de Galia (A. D. 378); y finalmente recibió la investidura del consulado (A. D. 379). Manifestó su agradecimiento en un trozo de adulacion, servil é insípido (Actio Gratiarum, p. 699-736), que ha sobrevivido á mejores producciones.

(3) Disputare de principali judicio non oportet. Sacrilegii enim instar est dubitare, an is dignus sit, quem elegerit imperator. Codex Justinian., l. IX, tit. XXIX, leg. 3. La débil corte de Milan resucitó y promulgó esta ley conveniente, despues de la muerte de Graciano.

(4) Ambrosio compuso para su instruccion un tratado teolójico sobre la fe de la Trinidad: y Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 158, 169) atribuye al arzobispo el mérito de las leyes intolerantes de Graciano.

(5) Qui divinæ legis sanctitatem nesciendo omittunt, aut negligendo violant, et offendunt, sacrilegium committunt. Codex Justinian., l. IX, tit. XXIX, leg. I. A la verdad Teodosio puede reclamar su parte en el mérito de esta ley.

(6) Amiano (XXXI, 10) y Víctor el Menor confiesan las virtudes de Graciano, y acusan ó mas bien se lamentan de su gusto dejenerado. El paralelo odioso de Cómodo está salvado con «licet incruentus;» y quizá Filostorjio (l. X, c. 10, y Gofredo, p. 412) habia guardado con alguna reserva semejante, la comparacion de Neron.

(7) Zósimo (l. IV, p. 247) y Víctor el Menor atribuyen la revolucion al favor de los Alanos, y al descontento de las tropas romanas. Dum exercitum negligeret, et paucos ex Alanis, quos ingenti auro ad se transtulerat, anteferret veteri ac Romano militi.

(8) Britannia fertilis provincia tyrannorum, es una espresion memorable, de que se vale Jerónimo en la controversia pelajiana, y variamente dislocada en las disputas de nuestros anticuarios nacionales. La revolucion del siglo pasado al parecer justifica la imájen del sublime Bossuet, «esta isla mas borrascosa que los mares que la rodean.»

(9) Zósimo dice de los soldados ingleses τῶν ἄλλων ἁπάντων πλέον αὐθαδείᾳ καὶ θυμῷ νικωμένους.

(10) Helena, hija de Euda. Aun se puede ver su capilla en Caer-segont, actualmente Caernarvon (Hist. de Inglaterra, por Carte, vol. I, p. 168 de Mona Antiqua de Rowland). Quizá el lector prudente no quedará satisfecho con este testimonio gaélico.

(11) Camden (vol. I, introduc., p. CI) le titula gobernador de Bretaña, y como de costumbre, la ciega posteridad sigue al padre de nuestras antigüedades. Pacato y Zósimo han procurado evitar este error ó fábula; me pondré á cubierto con estos testimonios decisivos: Regali habitu *exulem* suum, illi exules orbis induerunt (in Panegyr. Vet., XII, 23); y el historiador griego aun de un modo menos equívoco, αὐτὸς (Máximo) δὲ οὐδὲ εἰς ἀρχὴν ἔντιμον ἔτυχε προελθών. l. IV, p. 248).

(12) Sulpicio Severo, Diálog., II, 7. Orosio, l. VII, c. 34, p. 556. Ambos confiesan (el primero habia sido súbdito suyo) su inocencia y

mérito. Bastante estraño es que Máximo fuese tratado menos favorablemente por Zósimo, adversario parcial de su rival.

(13) El arzobispo Usher (Antiquitat. Britan. Ecles., p. 107, 108) ha recopilado con afan las leyendas de la isla y del continente. Toda la emigracion consistia en 30.000 soldados y 100.000 plebeyos, que se establecieron en Bretaña. Sus desposadas, Sta. Ursula con 11.000 vírjenes nobles y 60.000 plebeyas, erraron el camino; desembarcaron en Colonia, y fueron bárbaramente asesinadas por los Hunos. Pero las hermanas plebeyas no disfrutaron de tan alto honor como ellas, y aun Juan Tritemio se atreve á mentar los *hijos* de estas vírjenes inglesas.

(14) Zósimo (l. IV, p. 248, 249) ha trasladado la muerte de Graciano de Lugduno en Galia (Leon) á Singiduno en Mesia. Algunos datos pueden sacarse de las Crónicas; algunas mentiras pueden descubrirse en Sozomen (l. VII, c. 3) y Sócrates (l. V, c. 11). Ambrosio es nuestro testimonio mas auténtico (tom. I Enarrat. in Psalm., LXI, p. 961, tom. II, epist. XXIV, p. 888, etc., y de Obitu Valentinian., Consolat., N°. 28, p. 1182).

(15) Pacato (XII, 28) celebra su fidelidad, al paso que su traicion está indicada en las Crónicas de Próspero, como causa de la ruina de Graciano (*). Ambrosio, que tiene motivo para disculparse, solo culpa la muerte de Valio, fiel doméstico de Graciano (tom. II, epist. XXIV, p. 891, edic. Benedict.) (**).

(16) Protestó, nullum ex adversariis nisi in acie occubuisse. Sulp. Severo in Vit. B. Martin, c. 23. El orador de Teodosio elojia su clemencia con repugnancia y por lo tanto con madurez. Si cui ille, pro ceteris sceleribus suis *minus crudelis* fuisse videtur (Panegyr. Vet., XII, 28).

(17) Ambrosio hace mencion de las leyes de Graciano, quas non abrogavit hostis (tom. II, epist. XVII, p. 827).

(18) Zósimo, l. IV, p. 251, 252. Podemos recusar estas odiosas sospechas; pero no podemos hacerlo del tratado de paz que los amigos de Teodosio han olvidado enteramente, ó del que apenas hacen mencion.

(19) Su oráculo, el arzobispo de Milan, pone á su discípulo Graciano en un lugar alto y respetable en el cielo (tom. II, de Obit. Val. Consol., p. 1193).

(*) Le Beau disputa el pasaje de la Crónica de Próspero en que se apoya esta acusacion. Le Beau, IV, 232.—M.

(**) Segun Pacato, el conde Valio, que mandaba el ejército, fué conducido á Chalons para que le quemaran vivo; pero Máximo, temiendo que se le acusara de crueldad, hizo que los Bretones le ahogasen secretamente. Tambien Macedonio, maestre de los empleos, sufrió la muerte que merecia. Le Beau, IV, 244.—M.

(20) Por lo que toca al bautismo de Teodosio, véase Sozomen (l. VII, c. 4), Sócrates (l. V, c. 6), y Tillemont (Hist. de los Emperadores, t. V, p. 728).

(21) Ascolio ó Acholio fué honrado con la amistad y elojios de Ambrosio, quien le llama murus fidei atque sanctitatis (tom. II, epist. XV, p. 820); y despues celebra su actividad en correr á Constantinopla, Italia, etc. (epist. XVI, p. 822); virtud que no corresponde ni á un *muro*, ni á un obispo.

(22) Codex Theodos., l. XVI, tit. I, leg. 2, con el Comentario de Gofredo, tom. VI, p. 5-9. Semejante edicto mereció los mayores elojios de Baronio, auream sanctionem, edictum pium et salutare. — Sic itur ad astra.

(23) Sozomen, l. VII, c. 6. Teodoreto, l. V, c. 16. Tillemont se enoja (Mem. Ecles., tom. VI, p. 627, 628) con las espresiones de «obispo grosero,» «ciudad oscura.» Sin embargo séame permitido pensar que Anfiloquio é Iconio eran objetos de una importancia muy insignificante en el imperio romano.

(24) Sozomen, l. VII, c. 5. Sócrates, l. V, c. 7. Marcell. in Chron. Los cuarenta años deben contarse desde la eleccion ó intrusion de Eusebio, quien cambió prudentemente el obispado de Nicomedia por el trono de Constantinopla.

(25) Véanse las Observaciones de Jortin sobre la Historia Eclesiástica, vol. IV, p. 71. La Oracion trijésima tercera de Gregorio Nazianzeno sujiere verdaderamente algunas ideas semejantes y algunas aun mas ridículas; pero no he hallado todavía las *palabras* de este pasaje digno de nota, al cual aludo sobre la fe de un literato correcto y liberal.

(26) Véase la Oracion trijésima segunda de Gregorio Nazianzeno y la relacion de su vida, que compuso en 1800 versos yambos. Sin embargo, todo médico está inclinado á ponderar la naturaleza inveterada de la enfermedad que curó.

(27) Confieso que debo mucho á las *dos* vidas de Gregorio Nazianzeno, compuestas con muy diferentes miras, por Tillemont (Mem. Ecles., tom. IX, p. 305-560, 692-731), y Le Clerc (Biblioteca Universal, t. XVIII, p. 1-128).

(28) A menos que Gregorio Nazianzeno se equivocase de treinta años en su edad, habia nacido, como tambien su amigo Basilio, por el año 329. La cronolojía intempestiva de Suidas ha sido bien recibida, porque hace desaparecer el escándalo del padre de Gregorio, tambien santo, que tuvo hijos, despues de ser obispo (Tillemont, Mem. Ecles., tom. IX, p. 693-697).

(29) El poema de Gregorio sobre su Vida contiene algunos hermosos

versos (tom. II, p. 8), que salian del corazon y espresan los quebrantos de la amistad agraviada y perdida:

. . . . πόνοι κοίνοι λόγων,
Ὁμόστεγός τε καὶ συνέστιος βίος,
Νοῦς εἷς ἐν ἀμφοῖν. . . . .
Διεσκέδασται πάντα, κἀῤῥιπται χαμαί,
Αὖραι φέρουσι τὰς παλαιὰς ἐλπίδας.

En el Sueño de una Noche de verano, Helena dirije la misma patética queja á su amiga Hermia :

Is all the counsel that we two have shared,
The sister's vows, etc.

Shakspeare no habia leido nunca los poemas de Gregorio Nazianzeno, é ignoraba la lengua griega ; pero su lengua materna, el idioma de la Naturaleza, es el mismo en Capadocia y en Inglaterra.

(30) Este retrato poco favorable de Sásima está trazado por Gregorio Nazianzeno (tom. II, de Vita sua, p. 7, 8). Su situacion precisa, cuarenta y nueve millas de Arquelais y treinta y dos de Tiana, se halla fijada en el Itinerario de Antonino (p. 144, edic. Wesseling).

(31) Gregorio ha inmortalizado el nombre de Nazianzeno; pero el pueblo de su nacimiento con el título griego ó romano de Diocesarea (Tillemont, Mem. Ecles., tom. IX, p. 692), se halla mentado por Plinio (VI, 3), Tolemeo y Hiérocles (Itinerar. Wesseling, p. 709). Al parecer estaba situado en los lindes de Isauria.

(32) Véase Ducange, Constant. Christiana, l. IV, p. 141, 142. La θεία δύναμις de Sozomen (l. VII, c. 5) se dice que significa la Vírjen María.

(33) Tillemont (Mem. Ecles., tom. IX, p. 432, etc.) recopila con afan, esplaya y esplica las insinuaciones oratorias y poéticas del mismo Gregorio.

(34) Pronunció una oracion (tom. I, Orac. XXIII, p. 409) en elojio suyo; pero despues de su desavenencia, mudó el nombre de Máximo en el de Heron (véase Jerónimo, tom. I, en Catalog. Script. Ecles., p. 301). Trato de paso de estas oscuras desavenencias.

(35) Bajo el modesto emblema de un sueño, Gregorio (tom. II, Carmen IX, p. 78) describe su triunfo con cierta complacencia humana. Sin embargo, aparece de su conversacion familiar con su oyente San Jerónimo (tom. I, Epist. ad Nepotian., p. 14) que el predicador conocia el verdadero valor de los aplausos populares.

(36) Lachrymæ auditorum laudes tuæ sint, es el vivo y sensato consejo de San Jerónimo.

(37) Sócrates (l. V, c. 7) y Sozomen (l. VII, c. 5) refieren las pala-

bras y acciones evanjélicas de Damófilo sin una espresion de aprobacion. Consideraba, dice Sócrates, que es difícil *resistir* á los poderosos, y fácil, al par que provechoso, *someterse.*

(38) Véase Gregorio Nazianzeno, tom. II, de Vita sua, p. 21, 22. En el mes de noviembre, la mañana estaba cubierta, pero el sol rompió por medio de las nubes, cuando la procesion entró en la iglesia. ¡ Vaya un portento !

(39) De los tres historiadores eclesiásticos, solo Teodoreto (l. V, c. 2) hace mencion de este importante encargo de Sapor, que Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 728) acertadamente traslada del reinado de Graciano al de Teodosio.

(40) No hago caso de Filostorjio, aunque habla (l. IX, c. 19) de la espulsion de Damófilo. El historiador eunomiano ha sido cuidadosamente pasado por un cernedor ortodojo.

(41) Le Clerc ha dado un estracto curioso (Biblioteca Universal, tom. XVIII, p. 91-105) de los sermones teolójicos que Gregorio Nazianzeno pronunció en Constantinopla contra los Arrianos, Eunomianos, Macedonios, etc. Dice á los Macedonios que divinizaban al Padre y al Hijo, sin el Espíritu Santo; que lo mismo podia llamárseles *Triteistas* que *Diteistas*. Gregorio mismo era casi triteista, y su monarquía del cielo se parece á una aristocracia bien arreglada.

(42) El primer concilio jeneral de Constantinopla triunfa ahora en el Vaticano; pero los papas habian titubeado mucho tiempo, y su indecision perturba al humilde Tillemont (Mem. Ecles., t. IX, p. 499-500).

(43) Antes de la muerte de Melecio, seis ú ocho de sus eclesiásticos mas populares, entre los cuales se hallaba Flaviano, habian renunciado, en beneficio de la paz, el obispado de Antioquía (Sozomen, l. VII, c. 3, 11. Sócrates, l. V, c. 5). Tillemont cree de su deber no dar crédito á este cuento; pero confieso que hay muchas circunstancias en la vida de Flaviano, que parecen discordar con los elojios de Crisóstomo y el carácter de santo (Mem. Ecles., tom. X, p. 541).

(44) Consúltese á Gregorio Nazianzeno, de Vita sua, tom. II, p. 25-28. Su opinion jeneral y particular del clero y de sus reuniones puede verse en verso y prosa (tom. I, Orac. I, p. 33, Epist. IV, p. 814, tom. II, Cármen X, p. 81). Tales pasajes se hallan débilmente indicados por Tillemont, y reproducidos con maestría por Le Clerc.

(45) Véase Gregorio, tom. II, de Vita sua, p. 28-31. Las Oraciones catorce, veinte y siete y treinta y dos fueron pronunciadas en diferentes períodos de este asunto. La peroracion de la última (tom. I, p. 528) en la que se despide solemnemente de los hombres y ánjeles, de la ciudad y del emperador, del Oriente, Occidente, etc., es patética y casi sublime.

(46) La ordenacion caprichosa de Nectario se halla atestiguada por Sozomen (l. VII, c. 8); pero Tillemont observa (Mem. Ecles., t. IX, p. 719): Al cabo, esta narracion de Sozomen es tan afrentosa para todos los que están comprendidos en ella, y sobretodo para Teodosio, que es preferible destruirla que sostenerla; ¡admirable ejemplo de crítica.

(47) Entiendo que tal era su carácter natural, cuando no estaba endurecido é inflamado con el celo relijioso. Desde su retiro, exhorta á Nectario para que persiga á los herejes de Constantinopla.

(48) Véase el Código Teodosiano, l. XVI, tit. V, leg. 6-23, con el comentario de Gofredo sobre cada ley, y el sumario jeneral ó *Paratitlon* del mismo. tom. IV, p. 104-110.

(49) Siempre observaban su Pascua, como la judaica, el dia catorce de la primera luna despues del equinoccio de primavera, oponiéndose así tenazmente á la iglesia romana y al sínodo niceno, que habia fijado la Pascua en domingo. Antigüedades de Bingham, l. XX, c. 5, vol. II, p. 309, fol. edic.

(50) Sozomen, l. VII, c. 12.

(51) Véase la Historia sagrada de Sulpicio Severo, (l. II, p. 437-452, edic. Lugd. Bat. 1647), escritor correcto y orijinal. El Dr. Lardner (Credibilidad, etc., part. II, vol. IX, p. 256-350) ha trabajado este artículo con pura erudicion, sensatez y moderacion. Tillemont (Mem. Ecles., tom. VIII, páj. 491-527) ha recojido toda la inmundicia de los padres; ¡vaya un útil estercolero!

(52) Severo Sulpicio menta con aprecio y compasion á los arqui-herejes. Fælix profecto, si non pravo studio corrumpisset optimum ingenium: prorsus multa in eo animi et corporis bona cerneres (Hist. Sacra, l. II, p. 439). Aun Jerónimo (tom. I, in Script. Eccles., p. 302) habla con moderacion de Prisciliano y Latroniano.

(53) El obispado situado en Castilla la Vieja vale ahora 20.000 ducados al año (Jeografía de Busching, vol. II, p. 308); y por lo tanto hay mucha menos probabilidad de que sea autor de una nueva herejía.

(54) Exprobrabatur mulieri viduæ nimia religio, et diligentius culta divinitas (Pacat. in Panegyr. Vet. XII, 29). Tal era la idea de un politeista humano, aunque ignorante.

(55) Uno de ellos fué enviado á Sillinam insulam quæ ultra Britanniam est. ¡Cuál debe haber sido el estado antiguo de las rocas de Scilly (Bretaña de Camden, vol. II, p. 1519)?

(56) Las calumnias escandalosas de Agustin, el papa Leon, etc., que Tillemont traga como un niño, y Lardner refuta como un hombre, pueden sujerir algunas cándidas sospechas á favor de los Gnósticos mas antiguos.

(57) Ambros., tom. II, Epist. XXIV, p. 891.

(58) En la Historia sagrada y la Vida de San Martin, Sulpicio Severo obra con alguna cautela; pero se declara mas libremente en los Diálogos (III, 15). Martin fué reconvenido por su conciencia y un ánjel, y en lo sucesivo no pudo ejecutar milagros con tanta facilidad.

(59) El presbítero católico (Sulp. Sever., l. II, p. 448) y el orador pagano (Pacat, in Panegyr. Vet., XII, 29) reprueban con igual indignacion., el carácta y conducter y de Itacio.

(60) La Vida de San Martin y los Diálogos relativos á sus milagros contienen hechos adaptados para la barbarie mas grosera, en un estilo que no es indigno del siglo de Augusto. Tan natural es el enlace entre el buen gusto y la sensatez, que siempre me sorprendo de esta contraposicion.

(61) La Vida breve y superficial de San Ambrosio, escrita por su diácono Paulino (Appendix ad edit. Benedict., p. I-XV), tiene el mérito del testimonio orijinal. Tillemont (Mem. Ecles., tom. X, p. 78-306), y los editores benedictinos (p. XXXI-LXIII) han trabajado con su actividad acostumbrada.

(62) Ambrosio mismo (tom. II, Epíst. XXIV, p. 888-891) hace al emperador una relacion muy animosa de su propia embajada.

(63) Su propia representacion de sus principios y conducta (tom. II, Epist. XX, XXI, XXII, p. 852-880) es uno de los monumentos curiosos de la antigüedad eclesiástica. Contiene dos cartas á su hermana Marcelina, con una peticion á Valentiniano, y el sermon de *Basilicis non tradendis.*

(64) Igual mensaje recibió Retz de la reina, pidiéndole que apaciguara el tumulto de Paris. Esto no estaba ya en su poder, etc. A lo que añadí todo cuanto podeis imajinaros de respeto, dolor, pesar y sumision, etc. (Memorias, tom. I, p. 140). No comparo ciertamente las causas ó los hombres; sin embargo el coadyutor mismo tenia alguna idea (p. 84) de imitar á San Ambrosio.

(65) Sozomen solo (l. VII, c. 13) arroja este hecho luminoso en una narracion oscura y dudosa.

(66) Excubabat pia plebs in ecclesia, mori parata cum episcopo suo... Nos, adhuc frigidi, excitabamur tamen civitate attonita atque turbata. Agustin, Confesion, l. IX, c. 7.

(67) Tillemont, Mem. Ecles., tom. II, p. 78,498. Muchas iglesias en Italia, Galia, etc., estaban dedicadas á estos mártires desconocidos, entre los cuales San Jervasio parece haber sido mas afortunado que su compañero.

(68) Invenimus miræ magnitudinis viros duos, ut prisca ætas ferebat.

Tom. II, Epist. XII, p. 875. El tamaño de estos esqueletos era afortunada ó diestramente adecuado á la preocupacion popular de la disminucion gradual de la estatura humana, que ha predominado en todos los siglos desde el tiempo de Homero.

Grandiaque effossis mirabitur ossa sepulchris.

(69) Ambros., tom. II, Epist. XXII, p. 875. Agustin, Confes., l. IX, c. 7, de Civitat. Dei, l. XXII, c. 8. Paulino, en Vita San Ambros., c. 14, en Apénd. Benedict., p. 4. El ciego se llamaba Severo, tocó el santo vestido, recobró la vista y dedicó el resto de su vida (á lo menos veinte y cinco años) al servicio de la iglesia. Recomendara este milagro á nuestros teólogos, si no probara el culto de las reliquias y la confesion de fe nicena.

(70) Paulino en Vita San Ambros., c. 5, en Apénd. Benedict., p. 5.

(71) Tillemont, Mem. Ecles., tom. X, p. 190, 750. Concede en parte la mediacion de Teodosio, y desecha caprichosamente la de Máximo, aunque está atestiguada por Próspero, Sozomen y Teodoreto.

(72) La modesta crítica de Sulpicio (Diálog. III, 15) hace una herida mucho mas profunda que la débil declamacion de Pacato (XII, 25, 36).

(73) Esto tutior adversus hominem, pacis involucro tegentem: tal era la prudente precaucion de Ambrosio (tom. II, p. 891) á su vuelta de la segunda embajada.

(74) Baronio (A. D. 387, N°. 63) atribuye algunos sermones del arzobispo á esta época de miseria pública.

(75) Zósimo refiere (l. IV, p. 263, 264) la fuga de Valentiniano y el amor de Teodosio á su hermana. Tillemont reproduce algun testimonio débil y ambiguo anterior al segundo casamiento de Teodosio (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 740), y por consiguiente desecha estos cuentos de Zósimo, que serian demasiado contrarios á la piedad de Teodosio.

*(a)* Æmonah, Leibach, Siscia, Sciszek.—M.

(76) Véase la Cronolojía de las leyes, por Gofredo, Cod. Theodos., tom. I, p. CXIX.

(77) Además de los datos que pueden recopilarse de las crónicas y de la historia eclesiástica, Zósimo (l. IV, p. 259-267), Orosio (l. VII, c. 35), y Pacato (en Panegyr. Vet., XII, 30-47) proporcionan los materiales sueltos y escasos de esta guerra civil. Ambrosio (tom. II, Epist. XL, p. 952, 953) alude oscuramente á los acontecimientos bien conocidos de un almacen sorprendido, una accion en Petovio, victoria siciliana, quizá naval, etc. Ausonio (p. 256, edic. Toll.) aplaude el mérito particular y la buena suerte de Aquileya.

(78) Quam promptum laudare principem, tam tutum siluisse de principe (Pacat. en Panegyr. Vet., XII, 2). Latino Pacato Drepanio, oriundo de Galia, pronunció esta oracion en Roma (A. D. 388). Fué posteriormente procónsul de Africa; y su amigo Ausonio le elojia como poeta, que lo cede sino á Virjilio. Véase Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 303.

(79) Véase el hermoso retrato que hace de Teodosio Victor el Menor; las pinceladas son distintas y los colores están mezclados. El elojio de Pacato es demasiado vago, y Claudiano parece temer siempre ensalzar al padre mas que al hijo.

(80) Ambros., tom. II, Epíst. XL, p. 955. Pacato, por falta de habilidad ó de valor, omite esta gloriosa circunstancia.

(81) Pacat. en Panegyr. Vet. XII, 20.

(82) Zósimo, l. IV, p. 271, 272. Su testimonio parcial está revestido de candor y verdad. Observa estas vicisitudes de indolencia y actividad, no como un vicio, sino como una estrañeza, en el carácter de Teodosio.

(83) Víctor confiesa y disculpa su carácter colérico. Sed habes (dice Ambrosio á su soberano, en un lenguaje decente y varonil) naturæ impetum, quem si quis lenire velit, cito vertes ad misericordiam: si quis stimulet, in magis exsuscitas, ut eum revocare vix possis (tom. II, Epist. LI, p. 998). Teodosio (Claud. in IV. Cons. Hon., 266, etc.) exhorta á su hijo á que modere su enojo.

(84) Cristianos y paganos convenian en creer que la sedicion de Antioquía era obra de los demonios. Una mujer colosal (dice Sozomen, l. VII, c. 23) recorria las calles con una hacha en la mano. Un viejo (dice Libanio, Orac. XII, p. 396) se trasformó en un jóven, luego en un muchacho, etc.

(85) Zósimo se equivocó seguramente en su breve y poca injenua relacion, enviando al mismo Libanio á Constantinopla. Las oraciones de este lo fijan en Antioquía.

(86) Libanio (Orac. I, p. 6, edic. Venec.) declara que bajo semejante reinado era infundado y absurdo el temor de un degüello, especialmente en ausencia del emperador; porque su presencia, segun este elocuente esclavo, hubiera sancionado los actos mas sangrientos.

(87) Laodicea, en la costa del mar, á sesenta y cinco millas de Antioquía (véase Epoc. Siro-Maced. por Noris, Disertacion III, p. 230). Ofendiéronse los Antioquenos de que la ciudad dependiente de Seleucia tuviera la presuncion de interceder por ellos.

(88) Como en los dias del tumulto dependen de la fiesta móvil de Pascua, solo pueden determinarse con la fijacion previa del año. Tras una laboriosa investigacion, Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom.

V, p. 741-744), y Montfaucon (Crisóstomo, tom. XIII, p. 105-110) han preferido el año 387.

(89) Crisóstomo opone *su* valor, que no estaba espuesto á grandes riesgos, á la fuga cobarde de los Cínicos.

(90) La sedicion de Antioquía está representada de un modo casi dramático por dos oradores que tenian sus partes respectivas de interés y mérito. Véase Libanio (Orac. XIV, XV, p. 389-420, edic. Morel., Orac. I, p. 1-14, Venec, 1754), y las veinte oraciones de San Juan Crisóstomo, *de Statuis* (tom. II, p. 1-225, edic. Montfaucon). No pretendo estar íntimamente relacionado con Crisóstomo; pero Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 263-283) y Hermant (Vida de San Crisóstomo, tom. I, p. 137-224) lo habian leido con fervorosa curiosidad y afan.

(91) El testimonio orijinal de Ambrosio (tom. II, Epíst. LI, p. 998). Agustin (de Civitat. Dei, v. 26) y Paulino (en Vit. Ambros., c. 24), está espresado con términos confusos de horror y compasion. Está ilustrado con los testimonios posteriores y sin igual de Sozomen (l. VII, c. 25), Teodoreto (l. V, c. 17), Teofanes (Cronograf., p. 62), Cedreno (p. 317) y Zonaras (tom. II, l. XIII, p. 34). Solo Zósimo, enemigo parcial de Teodosio, pasa en silencio la peor de sus acciones.

*(b)* Raca, á orillas del Eufrates.—M.

(92) Véase todo el asunto en Ambrosio (tom. II, Epíst., XL, XLI, p.946-956) y su biógrafo Paulino (c. 23). Bayle y Barbeyrac (Moral de los Padres, c. XVII, p. 325, etc.) han criticado fundadamente al arzobispo.

(93) Su sermon es una estraña alegoría de la vara de Jeremías, de un almendro, y de la mujer que lavó y unjió los piés de Cristo. Pero la peroracion es directa y personal.

(94) Hodie, Episcope, de me proposuisti. Ambrosio lo confesó modestamente; pero reprendió severamente á Timasio, jeneral de la caballería é infantería, quien habia tenido la presuncion de decir que los monjes de Calínico merecian ser castigados.

(95) Sin embargo, cinco años despues, cuando Teodosio se hallaba ausente de su guia espiritual, toleró los Judíos y desaprobó la destruccion de sus sinagogas. Cod. Teodos., l. XVI, tit. VIII, leg. 9, con los Comentarios de Gofredo, tom. VI, p. 225.

(96) Ambros., tom. II, Epíst. LI, p. 997-1001. Su epístola es una miserable rapsodia sobre un asunto noble. Ambrosio obraba mejor de lo que escribia. Sus composiciones carecen de gusto y de injenio sin la agudeza de Tertuliano, la abundante elegancia de Lactancio, la viveza de Jerónimo ó la grave enerjía de Agustin.

(97) Segun la disciplina de San Basilio (Canon. LVI), el homicida voluntario debia pasar *cuatro* años en llanto, *cinco* de oyente, *siete* postrado y *cuatro* en pié. Tengo el orijinal (Beveridge, Pandect., tom. II, p. 47-151) y una traduccion (Chardon, Hist. de los Sacramentos, t. IV, p. 219-277) de las Epístolas canónicas de San Basilio.

(98) Autentizan la penitencia de Teodosio Ambrosio (tom. VI, de Obit. Theodos., c. 34, p. 1207), Agustin (de Civitat. Dei, v. 26) y Paulino (en Vit. Ambros., c. 24). Sócrates es ignorante; Sozomen (l. VII, c. 25) conciso; y la narracion verbosa de Teodoreto (l. V, c. 18) debe seguirse con precaucion.

(99) Codex Theodos., l. IX, tit. XL, leg. 13. La fecha y circunstancias de esta ley están envueltas en dificultades; pero me hallo dispuesto á favorecer los esfuerzos del honrado Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 721), y Pagi (Crítica, tom. I, p. 578).

(100) Un príncipe que ama la relijion y la teme es un leon que cede á la mano que le acaricia ó á la voz que le apacigua. (Espíritu de las Leyes, l. XXIV, c. 2).

(101) Τοῦτο περὶ τοὺς εὐεργέτας καθῆκον ἔδοξεν εἶναι, es el elojio mezquino de Zósimo mismo (l. IV, p. 267). Agustin dice con algun acierto en la espresion, Valentinianum misericordissima veneratione restituit.

(102) Sozomen, l. VII, c. 14. Su cronolojía es muy irregular.

(103) Véase Ambrosio (tom, II, de Obit. Valentinian., c. 15, etc., p. 1178, c. 36, etc., p. 1184). Cuando el jóven emperador daba un convite, ayunaba, rehusaba ver una hermosa actriz, etc. Desde que mandó que matasen sus fieras, anti-jeneroso es en Filostorjio (l. XI, c. 1) echarle en rostro su pasion á este recreo.

(104) Zósimo (l. IV, p. 275) elojia al enemigo de Teodosio; pero Sócrates (l. V, c. 25) y Orosio (l. VII, c. 35) lo detestan.

(105) Gregorio de Turs (l. II, c. 9, p. 165, en el segundo volúmen de los Historiadores de Francia) ha conservado un fragmento curioso de Sulpicio Alejandro, historiador de mucho mayor mérito que él.

(106) Gregorio (Disertat. ad Philostorg., p. 429-434) ha recopilado con afan todas las circunstancias de la muerte de Valentiniano II. Las diverjencias é ignorancia de los escritores contemporaneos prueban que fué secreta.

(107) De Obitu Valentinian., tom. II, p. 1173-1196. Se ve obligado á hablar un lenguaje discreto y oscuro; empero es mucho mas atrevido de lo que hubiera sido cualquier lego ó acaso cualquier otro eclesiástico.

(108) Véase c. 51, p. 1188, c. 75, p. 1193. Dom Chardon (Hist. de los Sacramentos, tom. I, p. 86), que confiesa que San Ambrosio sostiene fuertemente la necesidad *indispensable* del bautismo, procura conciliar la contradiccion.

(109) Quem sibi Germanus famulum delegerat exul, es la espresion de desprecio de Claudiano (IV. Cons. Hon., 74). Eujenio profesaba el Cristianismo; pero es probable en un gramático la adhesion secreta al Paganismo (Sozomen, l. VII, c. 22. Filostorjio, l. IX, c. 2), y que le granjearía la amistad de Zósimo (l. IV, p. 276, 277).

(110) Zósimo (l. IV, p. 278) hace mencion de esta embajada; pero le distrae otro suceso de referir este acontecimiento.

(111) Συνετάραξεν ἡ τούτου γαμετὴ Γάλλα τὰ βασίλεια τῶν ἀδελφῶν φυρομένη. Zósimo, l. IV, p. 277. Despues dice (p. 280) que Gala murió de parto; é indica que la afliccion de su esposo fué escesiva, aunque de corta duracion.

(112) Licópolis es la moderna Siut ú Osiot, ciudad de Said, de la estension de S. Dionisio, que hace un comercio ventajoso con el reino de Senaar, y tiene una escelente fuente, «cujus potu signa virginitatis eripiuntur.» Véase D'Anville, Descripcion del Ejipto, p. 181. Abulfeda, Descript. Ægypt., p. 14, y las curiosas anotaciones, p. 25, 92, de su editor Michaelis.

(113) La vida de Juan de Licópolis se halla descrita por sus dos amigos, Rufino (l. II, c. I, p. 449), y Paladio (Hist. Lausiac., c. 43, p. 738) en la gran Coleccion de las Vitæ Patrum por Rosweyde. Tillemont (Mem. Ecles., tom. X, p. 718, 720) ha arreglado la cronolojía.

(114) Sozomen, l. VII, c. 22. Claudiano (en Eutrop., l. I, 312) hace mencion del viaje del eunuco; pero se mofa de los sueños ejipcios y los oráculos del Nilo.

*(c)* Gibbon ha robustecido los versos pintorescos de Claudiano:—

. . . . . . . . Nec tantis dissona linguis
Turba, nec armorum culta diversior unquam
Confluxit populus: totam pater undique secum
Moverat Auroram; mixtis hic Colchus Iberis,
Hic mitra velatus Arabs, hic crine decoro
Armenius, hic picta Saces, fucataque Medus,
Hic gemmata niger tentoria fixerat Indus.
De Laud. Stil., I, 154.—M.

(115) Zósimo, l. IV, p. 280. Sócrates, l. VII, 10. El mismo Alarico (de Bell. Getico, 324) se detiene con mas satisfaccion en sus primeras hazañas contra los Romanos.

. . . . . . Tot Augustos Hebro qui teste fugavi.

Empero su vanidad difícilmente hubiera podido probar esta turba de emperadores fujitivos.

(116) Claudiano (en IV. Cons. Honor., 77, etc) hace contrastar los planes militares de los usurpadores:—

. . . . . . . . . . . . . Novitas audere priorem
Suadebat; cautumque dabant exempla sequentem.
Hic nova moliri præceps: hic quærere tuta
Providus. Hic fusis; collectis viribus ille.
Hic vagus excurrens; hic intra claustra reductus;
Dissimiles, sed morte pares. . . . . .

(117) El Fríjido, pequeño rio, bastante memorable, en el pais de Goretz, ahora llamado el Vipao, se arroja en el Soncio ó Lisonzo, mas arriba de Aquileya, á algunas millas del Adriático. Véanse los mapas antiguos y modernos de D'Anville y la Italia antigua de Cluverio (tom. I. p. 188).

(118) Los chistes de Claudiano son insufribles: la nieve estaba de color encarnado; el rio frio humeaba; y el cauce se hubiera llenado de esqueletos á no haber crecido la corriente con la sangre.

(119) Asegura Teodoreto que San Juan y San Felipe aparecieron á caballo al emperador que se despertaba ó estaba durmiendo. Este es el primer ejemplo de caballería apostólica, que despues llegó á ser tan popular en España y las Cruzadas.

(120) Te propter gelidis Aquilo de monte procellis
Obruit adversas acies; revolutaque tela
Vertit in auctores, et turbine repulit hastas.
O nimium dilecte Deo, cui fundit ab antris
Æolus armatas hyemes; cui militat Æther,
Et conjurati veniunt ad classica venti.

Estos célebres versos de Claudiano (en III, Cons. Honor., 93, etc. A. D. 396) están citados por sus contemporáneos Agustin y Orosio, quienes suprimen la deidad pagana de Eolo, y añaden algunas circunstancias segun informe de testigos oculares. A los cuatro meses de la victoria, Ambrosio la comparaba á las victorias milagrosas de Moisés y Josué.

*(d)* Arbogastes y su emperador se habian adherido abiertamente al partido pagano, segun Ambrosio y Agustin. Véase Le Beau, v. 40. Beugnot (Historia de la Destruccion del Paganismo) es mas completo, y quizá algo caprichoso, sobre esta notable reaccion á favor del paganismo; pero compárese la p. 116.—M.

(121) Los sucesos de esta guerra civil están recopilados de Ambrosio (tom. II, Epist. LXII, p. 1022), Paulino (en Vit. Ambros., c. 26-34), Agustin (de Civitat. Dei, v. 26), Orosio (l. VII, c. 35), Sozomen

(l. VII, c. 24), Teodoreto (l. V, c. 24), Zósimo (l. IV, p. 281, 282), Claudiano (en III, Cons. Honor., 63-105, en IV, Cons. Honor., 70-117), y las Crónicas publicadas por Escalíjero.

(122) Filostorjio (l. XI. c. 2) atribuye á la pereza é intemperancia la enfermedad que Sócrates (l. V, c. 25) supone ser un efecto de las fátigas de la guerra; por lo cual Fócio le llama un desvergonzado mentiroso (Gofredo, Disert., p. 438).

(123) Zósimo supone que el niño Honorio acompañó á su padre (l, IV, p. 280). Sin embargo el quanto flagrabant pectora voto es todo cuanto la adulacion permitiria á un poeta contemporaneo, que describe claramente la negativa del emperador y el viaje de Honorio, *tras* la victoria (Claudiano, en III, Cons., 78-125).

(124) Zósimo, l, IV, p. 244.

(125) Vejecio, de Re Militari, l. I, c. 10. La serie de calamidades que indica nos obliga á creer que el héroe, á quien dedica su libro, es el último y menos glorioso de los Valentinianos.

---

# CAPITULO XXVIII.

*Destruccion final del Paganismo.—Introduccion del culto de los Santos y las Reliquias entre los Cristianos.*

El esterminio del Paganismo en el siglo de Teodosio es quizá el único ejemplar del total desarraigo de una supersticion popular y antiquísima; y merece por tanto conceptuarse como un acontecimiento singular en la historia del entendimiento humano (A. 378—395). Aveníanse mal los Cristianos, y en especial el clero, con las demoras ajuiciadas de Constantino y con la tolerancia por igual del primer Valentiniano; ni podian dar por segura ni cabal su victoria, mientras fuese lícita á los contrarios la existencia. El predominio que Ambrosio y sus hermanos se habian granjeado sobre la mocedad de Graciano y la relijiosidad de Teodosio se vincularon en infundir la persecucion en los pechos y en los decretos de sus alumnos imperiales. Cohonestóse la jurisprudencia relijiosa con dos principios, de los cuales inferian por conclusion contra los súbditos del imperio adictos aun á las ceremonias de sus antepasados que hasta cierto punto el majistrado resulta reo de cuantos delitos deja de vedar ó castigar, y *que* el culto idólatra de divinidades fabulosas y demonios efectivos es el atentado mas atroz contra la majestad suprema del Criador.

Aplicó el clero atropellada y tal vez equivocadamente las leyes de Moisés y los ejemplares de la historia judía (1) al reinado apacible y universal del Cristianismo (2). Estimulaban el fervor de los emperadores para desagraviar su propio decoro y el de la Divinidad, y los templos del orbe romano quedaron arrasados unos sesenta años despues de la conversion de Constantino.

Conservó Roma desde el tiempo de Numa la sucesion indefectible de los varios colejios del órden sacerdotal hasta el reinado de Graciano (3). Quince PONTIFICES estaban desempeñando su jurisdiccion suprema en todos los puntos y sobre todos los individuos dedicados al servicio de los dioses, y cuantas dudas solian nacer en un sistema anchuroso y tradicional quedaban sujetas al fallo de aquel tribunal sagrado. Estaban quince eruditos y circunspectos AGOREROS rejistrando el aspecto del cielo, y dictaban los pasos de sus campeones, segun el vuelo de las aves. Quince guardianes de los libros Sibilinos (pues su nombre se derivaba del número, QUINDECIMVRO) acudian eventualmente á consultar la historia de lo venidero, y al parecer, de las mismas contingencias. Consagraban seis VESTALES su virjinidad á custodiar el fuego sacrosanto y las prendas recónditas de la duracion de Roma, que á ningun mortal era lícito mirar á su salvo (4). Siete ÉPULOS preparaba la mesa de los dioses, conducian la procesion solemne y arreglaban las ceremonias de la festividad anual. Conceptuábanse los tres FLAMENES como ministros privados de Júpiter, Marte y Quirino, divinidades poderosas que celaban la suerte de Roma y del Universo. El rey de los SACRIFICIOS representaba la persona de Numa y de los sucesores en las funciones relijiosas cuyo desempeño estaba vinculado en las manos reales. Las hermandades de SALIOS, LUPERCALES, etc. andaban practicando ritos disparatados y risibles para el hombre racional, con la viva confianza de alcanzar así los favores de los dioses inmortales. La prepotencia que cupo al sacerdote romano en los consejos de la república fué luego amainando con el establecimiento de la monarquía, y cesó con la traslacion del solio del imperio; pero las leyes y costumbres del pais seguian resguardando su sagrada dignidad, y especialmente el colejio de los pontífices continuó ejerciendo en la capital, y á veces en las provincias, los fueros de su jurisdiccion civil y eclesiástica. Sus ropajes de púrpura, sus carrozas de aparato, y sus espléndidos banquetes embargaban al atónito pueblo; y percibiendo de las tierras consagradas y de las rentas públicas un situado cuantioso, acudian desahogadamente á sostener la brillantez del sacerdocio y todos los gastos del culto relijioso del estado. Como el servicio del altar no desdecia del mando de los ejércitos, aspiraban los Romanos, tras sus consulados y triunfos, al cargo de pontífices y agoreros; ocupaban los asientos de Ciceron y de Pompeyo (5), en el siglo cuarto, los miembros mas esclarecidos del se-

nado, y el esplendor de sus cunas derramaba nuevo realce á su carácter sacerdotal. Descollaban en jerarquía los quince sacerdotes que componian el colejio de los pontífices, como compañeros del soberano; y los emperadores cristianos se avenian á aceptar el ropaje y las insignias apropiadas al cargo de pontífice supremo; mas al subir al trono Graciano, escrupulizó ú se desengañó, desechando ceñudamente símbolos tan profanos (6); adjudicó al servicio del estado ú de la iglesia las rentas de los sacerdotes y las vestales, abolió sus honores y prerogativas, y derribó la antigua mole de la superisticion romana, sostenida por los usos y opiniones de mas de mil años. Era el paganismo todavía la relijion constitucional del senado, y adornaban el salon de sus juntas la estatua y el ara de la Victoria (7), matrona majestuosa, de pié sobre un globo, con ropajes ondeados, alas tendidas, y una corona de laurel en la diestra alzada (8). Juramentábanse los senadores sobre su altar para observar las leyes del emperador y del imperio; el principio de toda deliberacion solia ser una ofrenda de vino y de incienso (9); y el desvio de aquel antiguo monumento fué el único agravio que hizo Constancio á la supersticion romana. Restableció Juliano el ara de la Victoria, la toleró Valentiniano; mas la arrojó de nuevo Graciano por su devocion, conservando sin embargo las estatuas de los dioses colocadas á la veneracion pública (10). Quedaban todavía cuatrocientos veinte y cuatro templos ú adoratorios para exhalar el pueblo sus plegarias, y todos los barrios de Roma estaban lastimando el melindre de los Cristianos con la humareda de idólatras sacrificios (11).

Mas se hallaban los Cristianos de bando menor en el senado de Roma (12); solo por su ausencia les cabia manifestar su desavenencia de las actas profanas, aunque legales, de la mayoría pagana, y el fanatismo inflamó de nuevo momentaneamente las pavesas apagadizas de la libertad. Votáronse sucesivamente cuatro diputaciones respetables á la corte imperial (13) para representar los agravios del sacerdocio y del senado, y solicitar el restablecimiento del ara de la Victoria. El encargado principal de aquel grandioso negocio era el elocuente Símaco (14), esclarecido y acaudalado senador, que hermanaba el carácter sagrado de pontífice y agorero con los cargos civiles de procónsul de Africa y prefecto de la ciudad. Estaba el pecho de Símaco zeloso por la causa del moribundo Paganismo; y sus antagonistas relijiosos se lamentaban de aquel desliz de su númen y de la ineficacia de sus virtudes morales (15). Hecho cargo el orador, cuya demanda al emperador Valentiniano existe todavía, de lo arduo y espuesto de su comision, se va esmeradamente soslayando de cuanto tenga algun roce con la relijion del soberano; se ciñe recatadamente á ruegos y plegarias, sus armas únicas, y se atiene mañosamente á su retórica, prescindiendo de toda filosofía. Trata Símaco de embelesar

la fantasía de un príncipe mozo, esplayándose en los atributos de la diosa de la Victoria; apunta que la confiscacion de las rentas consagradas al servicio de los dioses es disposicion muy ajena de su índole dadivosa y desinteresada, y sienta que menguarán los sacrificios romanos, no celebrándose á espensas y en nombre de la república, de modo que hasta el misme desengaño acude y se pone de parte de la supersticion. El sumo é inesplicable *secreto* del universo burla el ahinco del hombre; donde la razon no tiene cabida, la práctica tiene que ser su norte, y parece cordura en toda nacion el atenerse fielmente á los ritos y opiniones que arraigaron los siglos; y si estos descuellan coronados de gloria y de prosperidad, y si el pueblo devoto logró colmadamente las dichas que estuvo demandando ante las aras de sus dioses, aparecerá mas acertado el atenerse á tan faustas demostraciones, sin arriesgarse á las vicisitudes de las innovaciones. Comprobó la antigüedad con el éxito siempre propicio las ventajas de la relijion de Numa, y se adelanta la misma Roma, ó el númen sobrehumano que encaminaba los pasos de sus ciudadanos, en boca del orador, y aboga por su causa ante el tribunal de los emperadores. « Príncipes invictos, » esclama la matrona venerable, « padres de la patria, compadeced y acatad mi ancianidad, que floreció con incesante carrera de relijiosidad; y puesto que no me cabe el arrepentirme, dejadme acá en la práctica de mis antiguos ritos; y puesto tambien que nací libre, dejadme disfrutar mis instituciones domésticas. Aquellos ritos rechazaron á Aníbal de la ciudad, y á los Galos del Capitolio, y esta relijion avasalló el orbe: ¿ reservábase tan insufrible desdoro para mis canas? Desconozco el nuevo sistema que se me impone; pero estoy muy cierta de que las enmiendas para la ancianidad son un cargo no menos desagradable que afrentoso (16). » Las zozobras del pueblo añadieron cuanto el orador escaseaba cuerdamente, y cuantas desventuras acosaron ó amagaron al decaido imperio se achacaron unánimemente por los paganos á la nueva relijion de Cristo y de Constantino.

Estrellábanse los conatos repetidos de Símaco en la oposicion inespugnable del arzobispo de Milan, que robustecia á los emperadores contra la elocuencia engañosa del celador de Roma. Allánase Ambrosio en esta contienda á filosofar, y pregunta con visos de menosprecio por qué causa conceptúan preciso el apersonarse con una potestad soñada é invisible, como el móvil de aquellas que fueron parto del valor y la disciplina de las lejiones. Se mofa fundadamente de todo aquel rendimiento con la antigüedad, que no podia menos de cortar el vuelo á las artes, y reengolfar á los hombres en su barbarie primitiva. Remontando luego su entonacion á la sublimidad teolójica, pregona que en el Cristianismo solo se cifra la verdad y la salvacion, y que todos los rumbos del politeismo son otros tantos estravíos, cuyo paradero es un abismo de perdicion

sempiterna para todos sus alucinados secuaces (17). Tales argumentos, en boca de un obispo predilecto, lograban contener todo intento de restablecer el ara de la Victoria; mas cobraban las mismas razones otra fuerza en los labios de un vencedor, y los dioses de la antigüedad quedaron hollados bajo las ruedas de la carroza triunfal de Teodosio (18); quien propuso en senado pleno, con las formalidades republicanas, la grandiosa cuestion de si el culto de Júpiter ó de Cristo seria la relijion de los Romanos (*a*). Zozobró la libertad de los votos, que aparentaba conceder, con las esperanzas ó recelos que infundia su presencia; y el destierro arbitrario de Símaco era un aviso reciente de cuan espuesto se hacia el contrarestar los anhelos del monarca. Dividióse segun sus reglas el senado, y quedó Júpiter vencido y apeado por una crecida desigualdad ó mayoria, y aun es de estrañar hubiese miembros tan osados que se atreviesen á declarar en sus votos y arengas que permanecian fieles á los intereses de una divinidad arrinconada (19). La conversion prontísima del senado debe achacarse á motivos ó sobrenaturales ó indecorosos; y muchos de estos reciendeclarados dejaban asomar en las coyunturas su propension recóndita á desprender y arrojar la mascarilla de su odioso disimulo; mas fueron á pausas conformándose con la nueva relijion, al ver ya tan desahuciada la antigua, avasallados por el predominio del emperador, por el raudal de la moda y por las añagazas de esposas y niños (20), embaucados con la clerecía y con los monjes de Ejipto. La nobleza, al remedo arrollador de la familia Anicia, y luego de las Basas, Paulinas y Gracas, abrazó el Cristianismo, y «los luminares del mundo, la reunion venerable de los Catones» (tal es la entonacion poética de Prudencio) «ansiaban orillar sus vestiduras pontificales, desencajarse la piel de la antigua serpiente, revestirse con el nevado ropaje de la inocencia bautismal, y rendir el engreimiento de las haces consulares ante los túmulos de los mártires (21).» Así menestrales como el populacho mantenido á espensas del público cuajaban las iglesias del Laterano y del Vaticano con millaradas de prosélitos devotos. Los decretos del senado que vedaban el culto de los ídolos quedaron ratificados con el consentimiento jeneral de los Romanos (22); empañóse la galana capital, y allá yacieron los templos solitarios, ruinosos y menospreciados (23). Postróse Roma al yugo del Evanjelio, y las provincias vencidas nunca desacataron el nombre y la autoridad de su reina (A. 388, etc.) (*b*).

La relijiosidad filial de los mismos emperadores los movió á proceder con miramiento afectuoso en su reforma de la ciudad sempiterna, desatendiendo en esta parte á los súbditos de provincia; y el afan piadoso, suspendido como por veinte años desde la muerte de Constancio (24), se reentabló esforzadamente y quedó consumado con el fervor de Teodosio (A. 381, etc.). Mientras aquel príncipe guerrero forcejeaba contra los Go-

dos, no ya por el timbre, sino por la salvacion de la república, se propasó á lastimar una porcion crecida de súbditos con actos meritorios á la faz del cielo, mas al parecer, temerarios é intempestivos para los alcances humanos. Ufano con el éxito de sus primeros ataques contra los paganos, redobló y estremó el relijiosísimo emperador sus edictos de proscripcion; y las idénticas leyes que se publicaron desde luego por las provincias del Oriente se fueron promulgando, tras la derrota de Máximo, por todos los ámbitos del imperio occidental, contribuyendo tantas victorias del católico Teodosio al triunfo de la fe cristiana y católica (25). Traspasó la superstición por lo íntimo de su existencia, vedando el uso de los sacrificios y tachándolos de criminales y aun afrentosos; y si los términos de sus edictos condenaban mas encarecidamente el exámen impío de las víctimas (26), todas las aclaraciones subsiguientes abarcaban en la misma culpa la práctica jeneral de la *inmolacion*, que constituia esencialmente la relijion pagana. Construidos los templos con el objeto de los sacrificios, correspondia á un príncipe cariñoso preservar á los súbditos de tentacion tan vehemente de quebrantar sus leyes. Encargóse con especialidad á Cinejio, prefecto del pretorio en Oriente, y luego á los condes Jovio y Gaudencio, dos oficiales de alta graduacion en el Occidente, que cerrasen los templos, recojiesen ó destrozasen los instrumentos de la idolatría, aboliesen las prerogativas del sacerdocio y confiscasen las fincas consagradas á beneficio del emperador, de la iglesia y del ejército (27). Aquí podia hacer alto la saña, y los edificios, desnudos é inservibles ya para la idolatría, merecian resguardo contra sus estragos. Eran muchos de aquellos templos los monumentos mas peregrinos y esplendorosos de la arquitectura griega; y al mismo emperador le interesaba no desadornar sus propias ciudades y desvalorar sus posesiones particulares. Pudieran permanecer tan grandiosos edificios como trofeos duraderos de la victoria de Cristo; y en la decadencia de las artes, cabia convertirlos provechosamente en almacenes, manufacturas ó consistorios de reuniones políticas; ó quizás purificadas ya las paredes de los santuarios con ritos sagrados, el culto de la Divinidad verdadera pudiera servir de espiacion por los delitos antiguos de la idolatría. Pero mientras estaban en pié, seguian los paganos entrañablemente esperanzados de que alguna revolucion venturosa, algun segundo Juliano, pudiera reponer nuevamente las aras de sus dioses; y las veras con que encaminaban sus plegarias al solio (28) estimulaba mas y mas el afan de los Cristianos por dar sin conmiseracion al través y esterminar hasta en sus raices la supersticion. Algunos visos de mansedumbre asoman en las leyes imperiales (29); pero sus disposiciones tibias y apocadas no alcanzaban á enfrenar el raudal del entusiasmo y la rapiña que conducian, ó mas bien arrebataban á los caudillos espirituales de la iglesia. En la Galia,

San Martin, obispo de Turs (30), iba capitaneando sus monjes fieles, y volcando ídolos, templos y árboles consagrados de su dilatada diócesis; y en el desempeño de tan ardua tarea, el lector discreto conceptuará si Martin obraba milagrosamente ó con herramientas palpables. En Siria, el escelente y divino Marcelo (31), como lo apellida Teodoreto, obispo acalorado con fervor apostólico, acordó arrasar los grandiosos templos de la diócesis de Apamea. Contrarestó sus embates la maestría y solidez del santuario de Júpiter, pues encumbrado sobre un cerro, lo sostenian por cada uno de sus cuatro lados quince gruesas columnas de diez y seis piés de circunferencia, y los macizos sillares que las componian estaban afianzados con hierro y plomo. Rechazaba su dureza todo jénero de herramienta, y hubo que socavar los cimientos de las columnas, que se desplomaron al quemar los puntales con que provisionalmente se sostenian; y para ponderar lo arduo de la empresa, se inventó la alegoría de un diablo negro que rezagaba, sin poder imposibilitar, el intento de los injenieros cristianos. Ufano con su victoria, salió Marcelo á campaña contra las potestades de las tinieblas, acaudillando tras sus banderas un tropel crecido, y fué sucesivamente asaltando las aldeas y los templos aislados por la diócesis de Apamea. Al asomo de resistencia ó de peligro, el campeon de la fe, cuya cojera le imposibilitaba la pelea ó la huida, se colocaba á distancia competente fuera del alcance de las arrojadizas, mas esta cautela le acarreó su perdicion, pues le sorprendió y mató una cuadrilla de campesinos airados; y el sínodo de la provincia declaró sin titubear que San Marcelo habia sacrificado su vida por la causa de Dios, en cuyo apoyo descollaban los monjes, acudiendo con atropellada saña de los páramos del desierto. Acarreáronse el encono de los paganos, y muchos de ellos adolecian de achaque de codicia y desenfreno, manifestando la primera en sus robos sagrados y desenfrenándose con el pueblo, que se mostraba neciamente absorto con sus andrajos, canturia desentonada y palidez artificial (32). Vino á quedar un corto número de templos, segun las zozobras, la venalidad, el gusto ú la cordura de los gobernadores civiles y eclesiásticos. El templo de Vénus Celeste en Cartago, cuyo sagrado ámbito abarcaba cerca de una legua, quedó atinadamente convertido en iglesia cristiana (33); é igual consagracion ha logrado conservar intacto el majestuoso cimborio del Panteon en Roma (34). Mas en casi todas las provincias del orbe romano una hueste fanática, sin autoridad ni disciplina, asaltaba á los pacíficos habitantes; y los escombros de las construcciones mas asombrosas de la antigüedad están todavía pregonando el estrago de *aquellos* bárbaros que únicamente tuvieron espacio y afan para ejecutar esterminio tan trabajoso.

En perspectiva tan varia y dilatada de asolacion, fija el curioso su

atencion sobre las ruinas del templo de Serápis en Alejandría (35). No parece Serápis dios ó monstruo nativo, como los que brotaron del suelo fecundo del supersticioso Ejipto (36). Mandó un ensueño al primer Tolomeo que trajese el misterioso estranjero de la costa del Ponto, donde lo habian estado adorando largos años los vecinos de Sínope; mas se entendian tan escasamente sus atributos y su reinado, que se vino á controvertir si representaba el gran luminar del dia, ó el monarca tenebroso de las rejiones subterráneas (37). Los Ejipcios, devotamente imbuidos en la relijion de sus padres, se negaron á admitir divinidades estrañas en el recinto de sus ciudades (38). Pero obsequiosos los sacerdotes cohechados por los Tolomeos, se allanaron buenamente al poderío del dios del Ponto; aprontósele una alcurnia doméstica y honorífica, y el usurpador venturoso se encaramó hasta el solio y lecho de Osiris (39) como esposo de Isis y monarca celestial del Ejipto. Blasonaba Alejandría del sobrenombre de ciudad de Serápis que la apadrinaba. Su templo (40), compitiendo en arrojo y magnificencia con el Capitolio, descollaba sobre la cumbre de un cerro artificial, elevado cien pasos mas que el terreno inmediato de la ciudad; y su cabida interior estaba sostenida con arcos robustos, y repartida en bóvedas y estancias subterráneas. Cercaba el edificio consagrado un pórtico cuadrangular; salones grandiosos y estatuas peregrinas ostentaban los primores de las artes; y los tesoros de la sabiduría antigua se conservaban en la famosa librería Alejandrina, resucitada con esplendoroso auje de sus cenizas (41). Prohibidos ya con los edictos de Teodosio rigurosamente los sacrificios paganos, tolerábanse todavía en la ciudad y templo de Serápis; y esta condescendencia particular se achacaba torpemente al terror supersticioso de los mismos Cristianos, como si temiesen abolir aquellos ritos antiguos que afianzaban privativamente las inundaciones del Nilo, las cosechas del Ejipto y el abasto de Constantinopla (42).

Hallábase á la sazon (43) de arzobispo en Alejandría Teófilo (44), enemigo perpetuo de la paz y de la virtud; hombre atrevido y malvado, que iba alternativamente mancillando sus manos con oro y con sangre (A. 389). Destemplábanle los obsequios tributados á Serápis; y sus desacatos en una capilla antigua de Baco *(c)* dieron á entender á los paganos que estaba ideando empresa de mas entidad y trascendencia. En la movediza capital de Ejipto, el menor tropiezo encendia una guerra civil. Los devotos de Serápis, por número y pujanza, se quedaban muy en zaga de sus antagonistas, y se alborotaron á impulsos del filósofo Olimpio (45), que los acaloró por las aras de sus dioses. Encastilláronse los fanáticos en el templo, ú sea fortaleza de Serápis, rechazaron y arrollaron denodadamente con salidas á los sitiadores, y halagaron su desesperacion estre-

mando su inhumanidad con los prisioneros cristianos. Esmeróse cuerda y provechosamente el majistrado en proporcionar una tregua hasta que la contestacion de Teodosio decidiese la suerte de Serápis. Acudieron ambos partidos desarmados á la plaza principal, y leyóse públicamente el fallo imperial. Al sonar sentenciados á muerte los ídolos de Alejandría, prorumpen los Cristianos en un grito de júbilo y engreimiento, mientras los desventurados paganos, cuyo ímpetu para ya en abatimiento, se retiran mudos y presurosos, evitando con la huida y el arrinconamiento el encono de sus enemigos. Vuela Teófilo á la demolicion del templo, sin mas tropiezo que el de sus macizos y enormes materiales, siendo tan incontrastables, que hubo de contentarse con reducir á escombros lo superior del edificio, cuya porcion se despejó tambien despues para habilitarlo en honor de los mártires cristianos. Quedó tambien saqueada y destruida la preciosa librería Alejandrina, y veinte años despues los estantes vacíos apesadumbraron y enardecieron á cuantos conservaban el ánimo exento de enfurecimiento relijioso (46). Los partos del númen antiguo, tantísimos de los cuales fenecieron irremediablemente, pudieran por cierto eximirse del naufrajio de la idolatría para recreo é instruccion de los siglos posteriores; y el fervor ó la codicia del arzobispo (47) pudiera saciarse con los despojos riquísimos que recompensaron su victoria. Mientras se estaban esmeradamente derritiendo las efijies y vasos de plata y oro, y se destrozaban y arrojaban por las calles con menosprecio los de metales de poco valor, se afanaba Teófilo por demostrar los engaños y vicios de los ministros de la idolatría: su maestría en el manejo de la piedra iman; sus mañas recónditas para encajonar un ajente humano en el hueco de una estatua *(d)*, y el abuso escandaloso de la confianza de maridos devotos y mujeres candorosas (48). Algun asenso merecen estos cargos, pues no son ajenos del temple fementido é interesado de la supersticion; pero esta adolece tambien de la propension á zaherir y calumniar á un enemigo desvalido; y así en esta materia sobreviene la reflexion de que se hace mas obvio el fraguar una patraña que el acertar con el desempeño práctico de un engaño. Cupo á la estatua colosal de Serápis (49) el vuelco de su templo y relijion. Un sinnúmero de chapas de varios metales, artísticamente engastadas, venian á componer la efijie majestuosa de la divinidad, que alcanzaba por ambos lados á las paredes del santuario. Asemejábase en gran manera Serápis en aspecto, en su postura sentada y el cetro que empuñaba con la izquierda, á las imájenes ordinarias de Júpiter. Diferenciábase aquel por el canasto ú celemin que llevaba en la cabeza, y por el monstruo simbólico que traia en la diestra: la cabeza y cuerpo de una sierpe con el retoño de tres colas terminadas con las tres cabezas de perro, leon y lobo. Afirmábase muy confiadamente que si alguna mano impía se propasase á atropellar la majestad del dios, cielo y

tierra se volverian inmediatamente al primitivo cáos. Un soldado valiente trepa por su escala, y aun la concurrencia cristiana estaba con zozobra esperando el paradero del trance (50). Descarga un hachazo brioso en el carrillo de Serápis; va el rostro al suelo; no suena el trueno, y cielo y tierra siguen con su órden y sosiego acostumbrado. Redobla ufano el soldado sus hachazos; el ídolo ajigantado cae y se estrella, y sus miembros corren arrastrados afrentosamente por las calles de Alejandría; quémase el tronco en el anfiteatro al eco de mil aclamaciones del populacho, y se achacó la conversion de varios sujetos al desengaño de aquel desvalimiento de su divinidad tutelar. Toda relijion popular logra la ventaja de hacer palpables los objetos del culto; mas padece el tropiezo de los fracasos que sobrevienen á la idolatría. No cabe reverenciar sinceramente bultos ó reliquias que la mera vista de un profano diferencia apenas de los artefactos ó entes mas comunes; y si falla el milagro en el trance, quedan el objeto, y al par sus secuaces apolojistas, menospreciados y escarnecidos (51). Volcado Serápis, esperanzaban los paganos que el Nilo se desentenderia de su socorro anual con los dueños impíos del Ejipto; y el atraso sumo de la avenida declaraba al parecer el desagrado de su númen; mas quedó la demora compensada con la subida de las aguas. Hincháronse repentinamente hasta una altura desusada, y aun halagaron á los descontentos con los asomos de un diluvio, hasta que el apacible rio vino á reducirse al nivel sabido y fructuoso de diez y seis codos ó treinta y dos piés (52).

Quedaron desiertos y derribados los templos paganos por el imperio; mas injeniosa la supersticion, trató de burlar los decretos de Teodosio que vedaban rigurosísimamente los sacrificios. Los arrinconados campesinos, disfrutando mas ensanche, se juntaban en convites *relijiosos*, apellidándolos de agasajo, y en los dias de sus festividades, se reunian en crecido número bajo la sombra grandiosa de algunos árboles consagrados; mataban reses, y despues de asadas, santificábase el banquete con humaredas de incienso y con himnos entonados en honor de los dioses. Alegaban que no quemándose porcion alguna del animal, no habiendo ara que ensangrentar, ni oblacion previa de tortas saladas, y no coronándose tampoco el agasajo con libaciones, no cabia culpa ni pena como en los sacrificios ilegales (53). Prescindiendo de la realidad de los hechos y del valor de las diferencias (54), arrollóse todo pretesto caviloso con el postrer edicto de Teodosio, que traspasó de muerte la supersticion pagana (55) *(c)* (A. 390); pues aquella ley prohibitiva abarca absolutamente todos los estremos. « Este es mi placer y voluntad,» dice el emperador, « que ningun súbdito nuestro, ora sea majistrado, y ora ciudadano particular, de clase ínfima ó suprema, sea osado, en pueblo ú sitio alguno, á adorar ídolos inanimados con el sacrificio de víctimas inocentes.» El acto de

sacrificar y la práctica de la divinacion se declaran, prescindiendo del objeto de la operacion y de cualesquiera víctimas, atentados de alta traicion contra el estado, y á los culpados reos de muerte. Todo rito pagano, aun cuando no aparezca atroz y sangriento, queda abolido, como injurioso á la verdad y al decoro de la relijion; se especifican y condenan espresamente las libaciones del vino, el incienso, las guirnaldas y las luminarias, y hasta se incluyen en tan rigurosa prohibicion las sencillas ofrendas al númen casero ú á los dioses penates. El delincuente de ceremonias tan profanas é ilegales incurre en la pena de confiscacion de la casa ó sitio donde se hayan practicado; y si estudiadamente se ha valido de posesion ajena para lugar de sus impiedades, tiene que aprontar sobre la marcha la multa crecida de veinte y cinco libras de oro, ú mas de cinco mil duros. Imponíase igual multa al encubridor de los enemigos secretos de la relijion y á los desidiosos que no acudian á descubrir y castigar el delito de idolatría, cada cual segun su esfera. Tales fueron las perseguidoras leyes de Teodosio, revalidadas repetidamente por sus hijos y nietos con aplauso unánime y vocinglero del orbe cristiano (56).

En los reinados de Decio y de Diocleciano, vedóse sangrientamente el Cristianismo, como rebelion contra la relijion antigua y hereditaria del estado; y el maliciar alguna faccion encubierta y aciaga se disculpaba hasta cierto punto con la union inseparable y los progresos rapidísimos de la iglesia católica. Mas no cabe el mismo descargo de zozobra ó ignorancia con los emperadores cristianos, que estaban atropellando los fueros de la humanidad y los preceptos del Evanjelio. Habia el desengaño de siglos evidenciado la flaqueza y el desvarío del paganismo; la luz de la razon y de la fe habian desimpresionado á la jeneralidad del linaje humano de la creencia en los ídolos; y la secta ya menoscabada que seguia con su culto pudiera disfrutar pacífica y arrinconadamente las costumbres relijiosas de sus antepasados. Si los paganos se enfervorizaran tan vehementemente como los primeros creyentes, se ensangrentara en gran manera el triunfo de la iglesia, y los mártires de Júpiter y de Apolo se gozaran en la dicha tan obvia de sacrificar vidas y haberes ante sus aras; mas no se hermanaba el desahogado temple del politeismo con ímpetus tan violentos. Los ataques violentos y repetidos de los príncipes católicos desfallecian al descargar sobre objetos blandos y deleznables; y la obediencia puntual de los paganos los libertó de los quebrantos y penalidades del código Teodosiano (57). En vez de afirmar que la autoridad de los dioses avasallaba al emperador, orillaron con algun murmullo lamentable sus antiguos ritos, condenados ya por su soberano. Si en algun ímpetu, esperanzados del encubrimiento, trataban de reincidir en su predilecta superstición, su rendido arrepentimiento desenojaba al majistrado, aviniéndose por lo mas al escarmiento, y aunque á su pesar, al yugo del

Evanjelio. Agolpábase el jentío ruin, que por motivos temporales se conformaba con la creencia reinante, y mientras rezaban é hincaban devotamente la rodilla al remedo de los fieles, allá en lo íntimo de su conciencia estaban invocando mudamente á los dioses de la antigüedad (58). Impacientábanse los paganos con tanto padecimiento; mas se acobardaban con la precision; y los miles de dispersos que lamentaban el esterminio de sus templos se postraban sin réplica á la prepotencia de sus contrarios. Medió oposicion con alboroto (59); mas enmudeció al nombre y á las disposiciones del emperador. Los paganos, sin contribuir al engrandecimiento de Eujenio, ajaron con su parcialidad el empeño y la persona del usurpador. Anduvo el clero voceando que habia agravado la culpa de su rebeldía apostatando; que se habia restablecido con su anuencia el ara de la Victoria, y que tremolaba los emblemas de Júpiter y de Hércules en campaña contra el estandarte invicto de la Cruz. Desahuciados quedaron los paganos con la derrota de Eujenio, y se acarrearon el encono del emperador, que se afanaba en propiciar al cielo con el esterminio de la idolatría (60).

Nacion esclava está siempre pronta para prorumpir en alabanzas á la clemencia de su dueño, cuando al estremar su poderío, no comete escesivas tropelías. En su mano tenia Teodosio el intimar á los súbditos paganos la alternativa de bautismo ú muerte; y el elocuente Libanio elojia la moderacion de un príncipe que nunca decretó terminantemente que todos sus vasallos abrazasen inmediatamente la relijion de su soberano (61). No fué el cristianismo requisito imprescindible para el goce de los derechos civiles de la sociedad; ni se impusieron penalidades especiales á los sectarios que creian entrañablemente en las fábulas de Ovidio, desechando los milagros del Evanjelio. Palacio, escuelas, ejército y senado, todo rebosaba de paganos manifiestos y devotos, condecorados indistintamente con los blasones civiles y militares del imperio *(f)*. Patentizó Teodosio sus despreocupados miramientos con la virtud y el injenio, concediendo la dignidad consular á Símaco (62), é intimándose personalmente con Libanio (63); y jamás se precisó á los dos elocuentes apolojistas del paganismo á trocar ó encubrir sus opiniones relijiosas. Esplayábanse á todas sus anchuras los paganos de palabra y por escrito; y las obras históricas y filosóficas de Eunapio, Zósimo (64) y los catedráticos acalorados de la escuela de Platon están brotando saña implacable y flechazos agudos contra los dictámenes y la conducta de sus contrarios victoriosos. Si corrian públicamente libelos tan osados, es muy de alabar la sensatez de los príncipes cristianos, que se sonreian con menosprecio al ver las agonías frenéticas de la supersticion desesperada (65); mas observábanse rigurosísimamente las leyes imperiales que vedaban los sacrificios y ceremonias del paganismo, y se iba por puntos destruyendo una relijion sostenida

mas bien por la costumbre que por la razon. Pueden el poeta y el filósofo, con el estudio, la meditacion y la plegaria, dar pábulo á su devocion; mas la publicidad del culto es el quicio de la relijion popular, que se robustece con la imitacion y el ejercicio; cuya interrupcion puede consumar en corto plazo la empresa grandiosa de una revolucion nacional, pues el recuerdo de opiniones teolójicas desfallece sin el arrimo de sacerdotes, aras y libros (66). El vulgo idiota, que adolece á ciegas de esperanzas y zozobras supersticiosas, va luego á parar, tras el impulso de los superiores, á las deidades reinantes, y se imbuye en la nueva doctrina, exhalando mas y mas afan por su propagacion, satisfecha una vez á viva fuerza aquella necesidad espiritual. Fuése incorporando en el gremio de la iglesia la jeneracion que sobrevino á las leyes imperiales; y tan atropellado, aunque suave, fué el vuelco del paganismo, que á los veinte y ocho años de la muerte de Teodosio, sus rastros leves y escasos apenas asomaban á la vista del lejislador (67).

Encarecen los sofistas el fallecimiento de la relijion pagana como un portento terrible y nunca visto que engolfó en lobreguez la tierra y renovó el dominio antiguo del cáos y de la noche. Refieren con grandiosos y vehementes rasgos que los templos quedaron convertidos en sepulcros, y que los sitios sagrados, con todo su realce de estatuas de los dioses, yacieron ruinmente mancillados con las reliquias de los mártires cristianos. «Los monjes (ralea de irracionales inmundos, á quienes Eunapio, á su pesar, apellida hombres) son los fraguadores del nuevo culto, que, en vez de aquellas divinidades ideadas por el entendimiento, ha colocado una grey de la mas ínfima servidumbre. Las cabezas de aquellos forajidos ajusticiados afrentosamente por sus atrocidades, empapadas en salmuera; sus cadáveres, acardenalados todavía con los azotes y con las cicatrices del tormento á que los sentenció el majistrado; tales,» continúa Eunapio, «son los dioses que está ahora abortando la tierra; tales son los mártires, los árbitros supremos de nuestras plegarias y demandas á la Divinidad, y cuyos túmulos se consagran en el dia como objeto de la veneracion del pueblo (68)». Dañado es el intento, pero se hace muy obvio el pasmo del sofista al presenciar la revolucion que encumbró aquellas víctimas rastreras de las leyes romanas á la jerarquía de patronos celestes é invisibles del imperio todo. El acatamiento entrañable de los Cristianos con los mártires de la fe se sublimó con el tiempo y la victoria hasta el punto de adoracion relijiosa; y los santos y profetas mas esclarecidos quedaron dignamente asociados en honores á los mártires. Siglo y medio despues de la muerte gloriosa de San Pedro y San Pablo, el Vaticano y el camino de Ostia lograron el realce de los túmulos, ó mas bien trofeos, de aquellos héroes espirituales (69). En el siglo inmediato á la conversion de Constantino, emperador, cónsules y jenerales de los ejércitos iban devotamente visitando los sepulcros de un fabricante de tiendas y de un

pescador (70); y sus adorables osamentas se depositaron debajo de los altares de Cristo, donde los obispos de la ciudad rejia estaban continuamente ofreciendo el incruento sacrificio (71). La nueva capital del Oriente, careciendo de trofeos antiguos y propios, se acaudalaba con los despojos de las provincias dependientes. Los cuerpos de San Andrés, San Lúcas y San Timoteo habian estado por tres siglos descansando en huesas arrinconadas, de donde se trasladaron solemnemente á la iglesia de los Apóstoles, fundada por la magnificencia de Constantino en la márjen del Bósforo Tracio (72); y á los cincuenta años, la presencia de Samuel, juez y profeta del pueblo israelita, realzó las mismas riberas, pues sus cenizas, depositadas en una urna de oro y cubiertas con un velo de seda, fueron pasando de mano en mano entre los obispos. Recibió el pueblo las reliquias de Samuel con el mismo júbilo y acatamiento que si estuviera vivo; una procesion incesante cuajaba las carreteras desde Palestina hasta las puertas de Constantinopla; y el emperador Arcadio en persona, acaudillando los miembros mas esclarecidos del clero y del senado, se adelantó al encuentro de aquel huésped estraordinario, que siempre mereció y aspiró al homenaje de los reyes (73). El ejemplo de Roma y Constantinopla corroboró la fe y la disciplina del mundo católico. El obsequio á los santos y los mártires, tras algun susurro endeble y desvalido del injenio profano (74), quedó universalmente planteado; y en el siglo de Ambrosio y de Jerónimo, adolecia aun de cierta insuficiencia toda iglesia cristiana, en careciendo del realce de una porcion de reliquias sagradas, que vinculaban y enardecian la devocion de sus feligreses.

En el dilatado plazo de doce siglos que mediaron entre el reinado de Constantino y la reforma de Lutero, el culto de los santos y de las reliquias fué estragando la sencillez pura y cabal del dechado cristiano, y aun se traslucen asomos de bastardear en las primeras jeneraciones que se avinieron á innovacion tan perniciosa.

I. Con el desengaño innegable de que el valor de las santas reliquias se aventajaba en quilates al oro y la pedrería (75), se acaloró mas y mas el clero en atesorarlas; y prescindiendo de realidades y verosimilitudes, inventó nombres para las esqueletos, y luego hechos para los nombres. Las patrañas relijiosas nublaron la nombradía de los apóstoles y de los varones purísimos, sus imitadores. Añadióse á la caterva invicta de jenuinos y primitivos mártires una hueste de héroes soñados, que jamás existieron sino allá en la aprension ó en la doblez de crédulos fabulistas; y hay motivo para maliciar que no fué Turs la única diócesis donde se adoraron (76) los huesos de un salteador en vez de los de algun santo; desbarro supersticioso que fomentó el engaño y oscureció la historia y la racionalidad en el orbe cristiano.

II. Mas la supersticion amainara su vuelo sin el arrimo oportuno de

visiones y milagros para afianzar la lejitimidad y los alcances de las reliquias sospechosas y robustecer la fe vacilante del pueblo. En el reinado de Teodosio el Menor, Luciano (77), presbítero de Jerusalen y párroco en la aldea de Cafargamala, á siete leguas de la ciudad, anduvo refiriendo un ensueño peregrino y repetido, para su cabal desengaño, en tres sábados consecutivos. Apareciósele á deshora de la noche una figura venerable y barbuda, con un ropaje blanco y una varilla de oro; se apellidó á sí mismo Gamaliel, y reveló al atónito oyente que su cadáver, junto con el de su hijo Abibas, su amigo Nicodemo, y el esclarecido Estévan, primer mártir de la fe cristiana, estaban reservadamente enterrados en el campo inmediato. Añadió, con muestras de enfado, que ya era hora de rescatarlos á todos de aquel arrinconado encierro, que su aparicion seria muy provechosa á un mundo tan acongojado, y que habian echado mano de su persona para noticiar al obispo de Jerusalen su paradero y sus anhelos. Acudieron luego nuevas visiones para despejar dudas y allanar los tropiezos que iban rezagando aquel descubrimiento importantísimo; y cavóse el terreno por el obispo en presencia de una muchedumbre innumerable. Halláronse los ataudes de Gamaliel, de su hijo y de su amigo, en estado competente; mas al salir la cuarta caja, que atesoraba los restos de San Estévan, se conmovió la tierra y exhaló una fragancia como del paraiso, que repentinamente sanó á setenta y tres circunstantes de varias dolencias. Quedaron los compañeros de Estévan en su mansion pacífica de Cafargamala; mas trasladáronse las reliquias del primer mártir, en solemnísima procesion, á una iglesia construida sobre el monte Sion en honor suyo; y las astillitas ó raspaduras de sus huesos, ó alguna gotita de sangre (78) se dió por sentado en casi todas las provincias del orbe romano que atesoraban virtudes milagrosas. El circunspecto y erudito Agustin (79), en cuyo entendimiento no cabe disculpa de credulidad, está atestiguando los portentos innumerables obrados en Africa por las reliquias de San Estévan, cuya relacion está embebida en su esmerada obra de la Ciudad de Dios, cuyo contesto debia llevar consigo la prueba terminante de la verdad del Cristianismo. Declara redondamente Agustin que ha entresacado aquellos milagros únicamente que se hallaban certificados con el testimonio de los mismos agraciados ó testigos del poderío del mártir. Quedaron muchos prodijios trascordados; y luego Hipona habia sido menos favorecida que otras ciudades de la provincia. Sin embargo su obispo va relatando mas de setenta milagros, y entre ellos tres muertos resuscitados, en el término de dos años y de su diócesis (80). Si tendemos la vista por todas las diócesis y todos los santos del orbe cristiano, no caben en el cálculo las fábulas y los yerros que brotaron de aquel manantial inagotable; mas es de advertir que un milagro, en aquel tiempo de superstición y credulidad, desmerecia en gran mane-

ra, pues apenas podia conceptuarse un desvio de las leyes corrientes y de la carrera establecida de la naturaleza.

III. El sinnúmero de milagros que diluviaban de las tumbas de los mártires ostentaban al creyente candoroso las interioridades del mundo invisible, y sus cómputos relijiosos estribaban en la base de los hechos y del desengaño. Cualquiera que fuese el paradero de las almas vulgares en el dilatado intermedio del fallecimiento y la resurreccion de sus cuerpos, se hacia evidente que no yacian allá dormidas y mudas torpemente las potencias preeminentes de los santos y los mártires (81). Era pues innegable, sin acertar por eso á fijar el sitio de su morada y el temple de su bienaventuranza, que estaban disfrutando el concepto patente y eficaz de su dicha, su virtud y su poderío, afianzando desde luego la posesion de su recompensa sempiterna. El ensanche de sus alcances sobrepujaba la comprension humana, puesto que tenia ya demostrado la *esperiencia* que se hallaban capaces de oir y entender las varias peticiones de sus muchísimos devotos, quienes, en el mismo punto y á larguísima distancia, invocaban el nombre y el amparo de Estévan ó de Martin (82). Fundábase la confianza de los demandantes en el concepto de que los santos que reinaban con Cristo se condolian de la tierra, que se interesaban entrañablemente en la prosperidad de la iglesia católica, y que los imitadores de su fe y su relijiosidad merecian especialmente sus cariñosas finezas. Mediaban á veces sin embargo consideraciones menos relevantes, pues les merecian privanza la patria, la mansion, la muerte, el entierro ú la posesion de sus reliquias. Indecorosas aparecen las pasiones de orgullo, codicia y venganza para pechos sobrehumanos; mas aveníanse los santos á mostrarse agradecidos á sus devotos dadivosos, y disparaban escarmientos ejemplares contra los desalmados que atropellaban sus riquísimos sagrarios, ó descreian su poderío sobrenatural (83). Atrocidad fuera por cierto y escepticismo sumo el de cuantos, al presenciar la intervencion divina, avasalladora de elementos, vivientes é espíritus invisibles, persistieran en negar su existencia (84). Con el resultado inmediato, y aun instantáneo, de la plegaria ó la culpa, estaban los Cristianos palpando la privanza y autoridad que gozaban los santos en presencia del Dios supremo; y era por demás el pararse á examinar si tenian que estar á toda hora en acecho ante el solio de las gracias, ó si les cabia ejercitar segun los dictámenes de su benevolencia y justicia las franquicias de su esclarecido ministerio. Encumbrada con trabajoso ahinco á la contemplacion y el respeto de la causa universal, la fantasía se abalanzaba á cuantos objetos menores de adoracion se proporcionaban con el bulto á sus torpes alcances. La teolojía sencilla y sublime de los Cristianos se fué estragando; y la Monarquía del cielo, nublada ya con sutilezas metafísicas, vino á desdorarse con el refuerzo de la mitolojía popular que propendia á restablecer el reinado del politeismo (85).

IV. Como los objetos de la relijion se concentraban mas y mas en los ámbitos de la fantasía, se trató luego de introducir ceremonias y ritos para embargar eficazmente los sentidos del vulgo. Si al principio del siglo quinto (86) Tertuliano ó Lactancio (87) se levantaran repentinamente de la huesa para asistir á la festividad de algun santo ó mártir popular (88), miraran con ceñudo asombro el espectáculo profano que habia venido á suceder al culto espiritual y acendrado de una congregacion cristiana. Al abrirse de par en par las puertas, ofendiérales la humareda del incienso, la fragancia de las flores, y el resplandor de lámparas y antorchas que arrojaban una claridad, en medio del dia, centellante, escusada, y aun sacrílega en su concepto. Al acercarse á la barandilla del altar, fueran atravesando por catervas postradas, compuestas por lo mas de forasteros y peregrinos, que acudian la víspera de su fiesta á la ciudad, y que se mostraban ya fanáticos y aun beodos. Besaban desaladamente paredes y pavimento del edificio sagrado, y sus plegarias fervorosas se encaminaban en el idioma de su iglesia á los huesos, las cenizas, ó la sangre del santo, encubierto con un velo á la vista del vulgo. Frecuentaban los Cristianos las tumbas de los mártires, esperanzados con el logro de todo jénero de ventajas espirituales, y ante todo temporales. Andaban implorando la conservacion de su salud, la curacion de sus achaques, la fecundidad de sus esposas estériles, y la robustez y la dicha de sus hijos. Al emprender algun viaje dilatado y espuesto, se empeñaban en que los santos mártires les sirviesen de norte y amparo en el camino; y en regresando sin tropiezo, acudian de nuevo ansiosamente á los mismos túmulos con sus albricias y demostraciones á la memoria y á las reliquias de sus patronos celestiales. Enramábanse las paredes con símbolos de las finezas que les habian merecido; ojos, manos y piés de plata ú oro y cuadros edificantes, que no podian menos de embargar en sí la devocion con raptos de idolatría, representaban la efijie, los atributos y milagros del santo tutelar. Pudo idear por donde quiera la supersticion cavilosa, en siglos y paises remotos, los mismos estremos para embelesar la credulidad y cautivar los sentidos de las jentes (89); mas confesemos sin rebozo que los ministros de la iglesia católica remedaron el dechado profano que ansiaban echar al través. Hiciéronse cargo los obispos mas venerables de que los campesinos idiotas orillarian mas gustosos las supersticiones del paganismo, al ver cierta semejanza y alguna compensacion en el regazo del Cristianismo. Redondeó la relijion de Constantino en menos de un siglo la conquista del imperio romano; pero los mismos vencedores quedaron insensiblemente avasallados con las artes de los vencidos (90) *(g)*.

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimo octavo.

(1) San Ambrosio (tom. II de Obit. Theodos., p. 1208) encomia espresamente y recomienda el celo de Josías en la destruccion de la idolatría. El lenguaje de Julio Fírmico Materno sobre el mismo asunto (de Errore Profan. Relig., p. 467, edic. Gronov.) es piadosamente inhumano. Nec filio jubet (la Ley de Moisés) parci, nec fratri, et per amatam conjugem gladium vindicem ducit, etc.

(2) Bayle (tom. II, p. 406, en su Comentario filosófico) justifica y limita estas leyes intolerantes al reinado temporal de Jehova sobre los Judíos. El objeto es laudable.

(3) Véanse los bosquejos de la jerarquía romana, en Ciceron (de Legibus, II, 7, 8), Livio (I, 20), Dionisio de Halicarnaso (l. II, p. 119-129, edic. Hudson), Beaufort (República romana, tom. I, p. 1-90), y Moyle (vol. I, p. 10-55). Esta última obra es parto de un whig inglés y de un anticuario romano.

(4) Estos símbolos místicos y acaso imajinarios han dado oríjen á varias fábulas y conjeturas. Hay toda probabilidad de que el Paladio era una pequeña estatua de Minerva (de tres codos y medio de alto), con lanza y rueca, que estaba por lo regular, encerrada en una *seria* ó barril; y que al lado de él habia colocado otro igual, para burlar la curiosidad ó el sacrilejio. Véase Mezeriac (Coment. sobre las Epístolas de Ovidio, t. I, p. 60-66), y Lipsio (tom. III, p. 610, de Vesta, etc., c. 10).

(5) Ciceron confiesa francamente (ad Atticum, l. II, Epist. 5), ó indirectamente (ad Familiar., l. XV, Epíst. 4), que el *Augurato* es el objeto supremo de sus deseos. Plinio se envanece de marchar sobre las huellas de Ciceron (l. IV, Epíst. 8), y la cadena de la tradicion pudiera continuarse de la historia y de las inscripciones.

(6) Zósimo, l. IV, p. 249, 250. He suprimido el necio equívoco sobre *Pontifex* y *Maximus*.

(7) Esta estatua fué trasladada desde Tarento á Roma, colocada por César en la *Curia Julia*, y adornada por Augusto con los despojos de Ejipto.

(8) Prudencio (l. II, in initio) ha dibujado un retrato muy estraño de la Victoria; pero el lector curioso se satisfará mas con las Antigüedades de Montfaucon (tom. I, p. 341).

(9) Véase Suetonio (en August., c. 35) y el Exordio del Panejírico de Plinio.

(10) Símaco y Ambrosio conceden mutuamente estos hechos.

(11) La *Notitia Urbis*, mas reciente que Constantino, no halla una iglesia cristiana digna de citarse entre los edificios de la ciudad. Ambrosio (tom. II, Epíst. XVII, p. 825) se lamenta de los escándalos públicos de Roma, que ofendian continuamente la vista, los oidos y olfato de los fieles.

(12) Ambrosio afirma repetidas veces, en contradiccion con el sentido comun (Obras de Moyle, vol. II, p. 147), que los Cristianos tenian la mayoría en el senado.

(13) La *primera* (A. D. 382) á Graciano, quien le rehusó audiencia. La *segunda* (A. D. 384) á Valentiniano, cuando Símaco y Ambrosio se disputaban el campo. La *tercera* (A. D. 388) á Teodosio; y la cuarta (A. D. 392) á Valentiniano. Lardner (Testimonios paganos, vol. IV, p. 372-399) representa con maestría todo el asunto.

(14) Símaco, que estaba revestido de todos los honores civiles y sacerdotales, representó al emperador bajo los dos caractéres de *Pontifex Maximus* y *Princeps Senatus*. Véase la vanidosa inscripcion al frente de sus obras (*).

(15) Como si uno cavara en el lodo, dice Prudencio (en Symmach., I, 639) con un instrumento de oro y marfil. Aun los santos y los amigos de polémica tratan á este adversario con respeto y cortesanía.

(16) Véase la Epístola cincuenta y cuatro del libro décimo de Símaco. En la forma y disposicion de sus diez libros de Epístolas, imitó á Plinio el Jóven, cuyo abundante y florido estilo suponen sus parciales que igualó ú aventajó (Macrob. Saturnal., l. V, c. 1). Pero la lozanía de Símaco consiste en hojas estériles, sin frutas y aun sin flores. Pocos hechos y opiniones pueden sacarse de su correspondencia locuaz.

(17) Véase Ambrosio (tom. II, Epíst. XVII, XVIII, p. 825-833). La primera de estas epístolas es una amonestacion compendiosa; la segunda es una réplica formal á la peticion ó *libelo* de Símaco. En la poesía de Prudencio, si tal puede llamarse, se hallan las mismas ideas mas copiosamente espresadas; este compuso sus dos libros contra Símaco (A. D. 404) en vida del senador. Estraño es que Montesquieu (Consideraciones, etc.,

(*) M. Beugnot ha hecho dudar si Símaco fué mas que Pontifex Major. Destruccion del Paganismo, vol. I, p. 459.—M.

XIX, tom. III, p. 487) no hiciera caso de los dos antagonistas manifiestos de Símaco, y se entretuviera en discurrir sobre las refutaciones mas remotas é indirectas de Orosio, San Agustin y Salviano.

(18) Véase Prudencio (en Symmach., l. I, p. 545, etc.). El Cristiano conviene con el pagano Zósimo (l. IV, p. 283) en colocar esta visita de Teodosio despues de la *segunda* guerra civil, gemini bis victor cæde Tyranni (l. I, p. 410). Pero el tiempo y circunstancias están mas adecuados á su primer triunfo.

*(a)* M. Beugnot (en su Historia de la destruccion del paganismo en el Occidente, I, p. 483-488) pone en duda la veracidad de este dato. Es de notar que Zósimo y Prudencio concurren en asegurar que la cuestion fué solemnemente discutida por el senado, aunque con resultados directamente opuestos. Zósimo declara que la mayoría del congreso se adhirió á la relijion antigua de Roma; Gibbon ha adoptado la autoridad de Prudencio, el cual, como escritor latino, aunque poeta, merece mas crédito que el historiador griego. Ambos concuerdan en colocar esta escena despues del segundo triunfo de Teodosio, pero está casi demostrado (y Gibbon (véase la nota anterior) parece haber reconocido esto) por Pagi y Tillemont que Teodosio no visitó á Roma despues de la derrota de Eujenio. M. Beugnot esfuerza la poca probabilidad de que el emperador cristiano sometiera semejante cuestion al senado, cuya autoridad era casi nula, y que solo se manifestó en una ocasion, que se aclamó casi como una época en la restauracion de sus antiguos privilejios. De notable peso es el silencio de Ambrosio y Jerónimo acerca de un suceso tan sorprendente y que redunda tanto en honor del Cristianismo. M. Beugnot quisiera atribuir toda la escena á la imajinacion poética de Prudencio; pero debo observar que por mucho que se remonte á veces Prudencio por la grandeza de su asunto á un lenguaje animado y elocuente, este vuelo de invencion fuera mas osado y enérjico de lo que acostumbra este poeta, por lo que no puedo menos de suponer la existencia de algun fundamento para la anécdota, aunque haya sido exajerada por el poeta y mal referida por el historiador.—M.

(19) Prudencio, despues de probar que el parecer del senado quedó declarado por una mayoría legal, prosigue diciendo (609, etc.):

Adspice quam pleno subsellia nostra Senatu
Decernant infame Jovis pulvinar, et omne
Idolum longe purgata ex urbe fugandum,
Qua vocat egregii sententia Principis, illuc
Libera, cum pedibus, tuum corde, frequentia transit.

Zósimo atribuye á los padres conscritos un valor pagano que muy pocos de ellos poseyeron.

(20) Jerónimo especifica al pontífice Albino, que estaba rodeado de una numerosa familia de hijos y nietos, que hubieran bastado á convertir á Júpiter mismo; ¡ estraño prosélito! (tom. I, ad Lætam, p. 54).

(21) Exultare Patres videas, pulcherrima mundi
Lumina; Conciliumque senum gestire Catonum
Candidiore toga niveum pietatis amictum
Sumere; et exuvias deponere pontificales.

La victoria acaloró y remontó la imajinacion de Prudencio.

(22) Prudencio, despues de haber descrito la conversion del senado y del pueblo, pregunta con alguna verdad y confianza.

Et dubitamus adhuc Romam, tibi, Christi, dicatam
In leges transisse tuas?

(23) Jerónimo se alboroza de la desolacion del Capitolio y demás templos de Roma (tom. I, p. 54, tom. II, p. 95).

*(b)* M. Beugnot es mas correcto en su evaluacion jeneral de las medidas que tomó Teodosio para la abolicion del Paganismo. Segun Zósimo, se echó sobre los fondos que el público destinaba para gastos de sacrificios. Estos cesaron, no porque estuvieran formalmente prohibidos, sino porque el erario no queria costear los gastos. Continuaron celebrándose los sacrificios públicos y privados en las provincias, que no estaban sujetas á los mismos reglamentos que la capital. En Roma misma, quedaron en plena fuerza muchas ceremonias paganas, en que no se celebraba sacrificio. Invocóse por lo tanto, á los dioses frecuentáronse los templos, los pontificados confirieron, segun antigua costumbre, títulos de honor, y no puede afirmarse que Teodosio destruyó enteramente la idolatría. Véase Beugnot, p. 491.—M.

(24) Libanio (Orat. pro Templis, p. 10, Jeneb. 1634, publicado por Jacobo Gofredo, y ahora sumamente escaso) acusa á Valentiniano y Valente de prohibir los sacrificios. Puede ser que el emperador del Oriente publicase alguna órden parcial; pero la idea de cualquier ley jeneral se halla en contradiccion con el silencio del Código y el testimonio de la historia eclesiástica (*).

(25) Véanse sus leyes en el Código Teodosiano, l. XVI, tit. X, leg. 7-11.

(26) Los sacrificios de Homero no están acompañados de ningun exámen de entrañas (véase Feicio, Antiq. Homer., l. I, c. 10, 16). Los Tuscanos, que presentaron los primeros arúspices, sometieron á los Griegos y Romanos (Cicero, de Divinatione, II, 23).

(*) Véase la edicion de Libanio por Reishe, tom. II, p. 155. Valente prohibió los sacrificios, pero no el ofrecer incienso.—M.

(27) Zósimo, l. IV, p. 245, 249. Teodoreto, l. V, c. 21. Idacio en Cronic. Prosper. Aquitan., l. III, c. 38, apud Baronium, Annal. Eccles., A. D. 389. Nº. 52. Libanio (pro Templis, p. 10) se esfuerza en probar que las órdenes de Teodosio no eran directas ni positivas (*).

(28) Cod.Theodos., l. XVI, tit. X, leg. 8, 18. No hay motivo para creer que este templo de Edesa, que Teodosio deseó salvar para objetos civiles, fuese de allí á poco tiempo un monton de ruinas (Libanio pro Templis, p. 26, 27, y las notas de Gofredo, p. 59).

(29) Véase esta curiosa oracion de Libanio pro Templis, pronunciada ó mas bien compuesta en el año 390. He consultado con aprovechamiento la version y observaciones del Dr. Lardner (Testimonios paganos, vol. IV, p. 135-163).

(30) Véase la Vida de Martin por Sulpicio Severo, c. 9-14. El santo se equivocó una vez (otro tanto hubiera hecho Don Quijote), tomando un entierro por una procesion idólatra, é imprudentemente hizo un milagro.

(31) Compárese á Sozomen (l. VII, c. 15) con Teodoreto (l. V, c. 21). Refieren entre los dos la cruzada y muerte de Marcelo.

(32) Libanio, pro Templis, p. 10-13. Se burla de estos hombres con hábito negro, los monjes cristianos, que comen mas que unos elefantes. ¡Pobres animales, son tan parcos!

(33) Prosper Aquitano, l. III, c. 38, apud Baronium; Annal. Eccles., A. D. 389, Nº. 58, etc. El templo habia estado cerrado durante algun tiempo, y las avenidas estaban cubiertas de maleza.

(34) Donato, Roma Antigua y Nueva, l. IV, c. 4, p. 468. El papa Bonifacio IV ejecutó esta consagracion. Ignoro las circunstancias casuales que habian conservado el Panteon doscientos años despues del reinado de Teodosio.

(35) Sofronio compuso una historia reciente y separada (Jerónimo en Script. Eccles., tom. I, p. 303) que ha proporcionado datos á Sócrates (l. V, c. 16). Teodoreto (l. V, c. 22) y Rufino (l. I, c. 22). Sin em-

(*) Al parecer, Libanio es la mejor autoridad para el Oriente, en donde se ejecutó bajo Teodosio la obra de la destruccion con diferentes grados de violencia, segun el carácter de las autoridades locales y del clero, y sobre todo la inmediacion de los monjes mas fanáticos. Neandro observa con acierto que podia haberse interpretado mal la órden que prohibia los sacrificios, tomándola por un mandato para destruir los edificios en que aquellos se ejecutaban (Geschichte der Christlichen Relijion, II p. 156.) Un abuso de esta clase motivó la oracion notable de Libanio. Sin embargo, Neandro duda con fundamento que esta osada vindicacion, ó á lo menos disculpa del paganismo, fuese entregada antes ó colocada en manos del emperador cristiano.—M.

bargo, el último, que habia estado en Alejandría antes y despues del acontecimiento, merece que se le dé crédito como testigo ocular.

(36) Jerardo Vosio (Opera, tom. V, p. 80, y de Idolatría, l. I, c. 29) se esfuerza en sostener la estraña nocion de los Padres, que el patriarca José fué adorado en Ejipto, como el buey Apis y el dios Serápis (*).

(37) Origo dei nondum nostris celebrata. Ægyptiorum antistites *sic* memorant, etc. Tacit., Hist., IV, 83. Los Griegos, que habian viajado por Ejipto, no tenian tampoco conocimiento de esta nueva deidad.

(38) Macrobio, Saturnal., l. I, c. 7. Este hecho palpable prueba decididamente su estraccion estranjera.

(39) En Roma, Isis y Serápis estaban juntos en el mismo templo. La precedencia de la reina parece descubrir su enlace desigual con el estranjero del Ponto. Pero la superioridad del sexo femenino estaba establecida en Ejipto como un instituto civil y relijioso (Diodor. Sicul., tom. I, l. I, p. 31, edicion Wesseling), y el mismo órden se observa en el Tratado de Isis y *Osiris* de Plutarco, quien identifica al segundo con Serápis.

(40) Amiano (XXII, 16). La Expositio totius Mundia (p. 8, en la Jeografía para jóvenes de Hudson, tom. III), y Rufino (l. II, c. 22), celebran el *Serapeum* como una de las maravillas del mundo.

(41) Véanse las Memorias de la Acad. de las Inscripciones, tom. IX, p. 397-416. La antigua biblioteca de los Tolomeos pereció toda en la guerra de César contra Alejandría. Marco-Antonio dió á Cleopatra toda la coleccion de Pérgamo (200.000 volúmenes) para la fundacion de la *nueva* biblioteca de Alejandría.

(42) Libiano (pro Templis, p. 21) provoca indiscretamente á los Cristianos sus señores con esta observacion insultante.

(43) Podemos escojer entre la fecha de Marcelino (A. D. 389) y la de Próspero (A. D. 391). Tillemont (Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 310, 756) prefiere la primera, y Pagi la segunda.

(44) Tillemont, Mem. Ecles., tom. XI, p. 441-500. La situacion ambigua de Teófilo, un *santo*, como amigo de Jerónimo, y un *diablo*, como enemigo de Crisóstomo, ocasiona una especie de imparcialidad; sin embargo, en conjunto, la balanza se inclina justamente contra él.

*(c)* Sin duda un templo de Osíris. San Martin, IV, 398.—M.

(45) Lardner (Testimonios paganos, vol, IV, p 411) ha citado un hermoso pasaje de Suidas ó mas bien de Damascio, que manifiesta al de-

(*) Consúltese el Dios Serápis y su oríjen por J. D. Guigniaut (traductor del Simbólico de Creuzer), Paris, 1828; y el quinto volúmen de la traduccion de Tácito por Bournouf.—M.

voto y virtuoso Olimpio, no bajo el aspecto de guerrero, sino de profeta.

(46) Nos vidimus armaria librorum, quibus direptis, exinanita ea a nostris hominibus, nostris temporibus memorant. Orosio, l. VI, c. 15, p. 421, edic. Havercamp. Aunque escritor fanático y controversista, Orosio al parecer se ruboriza.

(47) Eunapio, en las Vidas de Antonino y Edesio, maldice los robos sacrílegos de Teófilo. Tillemont (Mem. Ecles., tom. XIII, p. 453) cita una epístola de Isidoro de Pelusia, que echa en rostro al primado el culto *idólatra* del oro, el auri sacra fames.

*(d)* Un viajero inglés, Mr. Wilkinson, ha descubierto el secreto del Memnon vocal. Habia un hueco en el que se ocultaba una persona y heria una piedra que despedia un sonido como el del bronce. Los Arabes que estaban abajo cuando Mr. Wilkinson ejecutó el milagro, describieron el sonido exactamente como el autor del epígrama, ὡς χάλκοιο τυπέντος.—M.

(48) Rufino nombra al sacerdote de Saturno, quien con el nombre de este dios, conversaba familiarmente con muchas piadosas damas de distincion hasta que se descubrió en un momento de entusiasmo, no pudiendo disfrazar su voz. La narracion auténtica é imparcial de Esquines (véase Bayle, Diccionario crítico, ESCAMANDRO), y la aventura de Mundo (Josefo, Antigüed. Jud., l. XVIII, c. 3, p. 877, edic. Havercamp) pueden probar que tales fraudes amorosos se practicaron con éxito.

(49) Véanse las imájenes de Serápis, en Montfaucon (tom. II, p. 297): pero la descripcion de Macrobio (Saturnal., l. I, c. 20) es mucho mas pintoresca y satisfactoria.

(50) Sed fortes tremuere manus, motique verenda
Majestate loci, si robora sacra ferirent
In sua credebant redituras membra secures.

(Lucan., III, 429). «¿Es verdad (le dijo Augusto á un veterano de Italia, en cuya casa estaba cenando) que el hombre que hirió el primer golpe á la estatua de oro de Anaitis, quedó de repente sin vista y muerto?» — «Ese hombre fuí yo,» (respondió el veterano con penetrante vista) «y ahora estais cenando encima de una pierna de la diosa.» Plin., Hist. Natur., XXXIII, 24).

(51) La historia de la Reforma ofrece numerosos ejemplos de un cambio súbito de supersticion en desprecio.

(52) Sozomen, l. VII, c. 20. He suplido la medida. Desde el tiempo de Herodoto ha subsistido uniformemente la inundacion con igual altura. Véase Freret, en las Mem. de la Academia de las Inscripciones, tom. XVI, p. 344-353. Obras Miscelaneas de Greave, vol. I, p. 233.

El codo ejipcio equivale á veinte y dos pulgadas medida inglesa (*).

(53) Libanio (pro Templis, p. 15, 16, 17) aboga por ellas con retórica persuasiva. Desde los tiempos mas remotos, estas fiestas habian regocijado el pais; y las de Baco (Jeorjic., II, 380) habian enjendrado el teatro de Aténas. Véase Gofredo, ad loc. Liban. y Codex Theodos., tom. VI, p. 284.

(54) Honorio toleraba estas fiestas campestres (A. D. 399) « Absque ullo sacrificio, atque ulla superstitione damnabili. » Pero nueve años despues halló necesario reiterar y poner en vigor la misma prohibicion (Codex Theodos., l. XVI, tit. X, leg. 17, 19).

(55) Cod. Theodos., l. XVI, tit. X, leg. 12. Jortin (Observaciones sobre la Hist. Ecles., vol. IV, p. 134) censura con la debida severidad el estilo y sentimientos de esta ley intolerante.

(e) El Paganismo se mantuvo en pié durante mucho tiempo en los distritos rurales. Endelequio, poeta que vivió á principios del siglo quinto, habla de la cruz como

Signum quod perhibent esse crucis Dei,
Magnis qui colitur solus in urbibus.

A mediados del mismo siglo, Máximo, obispo de Turin, escribe contra las divinidades paganas como si aun estuviera su culto en pleno vigor en las inmediaciones de su ciudad. Agustin se queja de que los propietarios paganos fomenten los ritos; y Zenon de Verona, aun posteriormente, reprueba la apatía de los propietarios que consienten este abuso (Compárese Neandro, II, p. 169). M. Beugnot manifiesta que así sucedia en el norte y centro de Italia y Sicilia. Pero ninguno de estos autores ha reparado en un hecho que debe haber contribuido mucho á diferir los progresos del Cristianismo en aquellas partes. La poblacion que cultivaba el terreno era por la mayor parte esclava; y aunque en las ciudades la clase principal de los Cristianos se afanaba en comunicar « la libertad bienaventurada del Evanjelio » á esta clase del jénero humano, y su situacion no podia menos de mejorar con el influjo humano del Cristianismo; sin embargo, jeneralmente hablando, la clase servil seria la menos apta para recibir el Evanjelio, y su propagacion entre ella esperimentaria no pocas dificultades. Segun toda probabilidad, la poblacion rural no estaba enteramente convertida antes del establecimiento jeneral de los institutos monásticos. Compárese la Revista del Trimestre por Beugnot, vol. LVII, p. 52.—M.

(*) Compárese Tébas y Ejipto de Wilkinson, p. 313.—M.

(56) No debiera hacerse semejante cargo lijeramente; pero puede ser justificado con la autoridad de San Agústin, quien se dirije así á los Donatistas: « Quis nostrum, quis vestrum non laudat leges ab Imperatoribus datas aversus sacrificia Paganorum? Et certe longe ibi pæna severior constituta est; illius quippe impietatis capitale supplicium est.» Epíst. XCIII, N°. 10, citada por Le Clerc (Biblioteca selecta, tom. VIII, p. 277), quien añade algunas reflexiones sensatas sobre la intolerancia de los Cristianos vencedores(*).

(57) Orosio, l. VI, c. 28, p. 537. Agustin (Enarrat. in Psalm. CXL, apud Lardner, Testimonios paganos, vol. IV, p. 458) insulta su cobardía. « Quis eorum comprehensus est in sacrificio (cum his legibus ista prohiberentur) et non negavit?»

(58) Libanio (pro Templis, p. 17, 18) refiere, sin crítica, la conformidad casual y farsa teatral de estos hipócritas.

(59) Libanio concluye su apolojía (p. 32) declarando al emperimen que á menos que garantize espresamente la destruccion de los templos, ἴσθι τοὺς τῶν ἀγρῶν δεσπότας, καὶ αὑτοῖς, καὶ τῷ νόμῳ βοηθήσοντας. los propietarios se defenderán á sí mismos y las leyes.

(60) Paulino, in Vit. Ambros., c. 26, Agustin, de Civitat. Dei, l. V, c. 26, Teodoreto, l. V, c. 24.

(61) Libanio sujiere la forma de un edicto perseguidor, que Teodosio pudiera publicar (pro Templis, p. 32): chiste imprudente y esperimento peligroso. Algunos príncipes hubieran seguido su consejo.

*(f)* El ejemplo mas notable de esto en un período posterior se encuentra en la persona de Merobaudes, jeneral y poeta, que floreció en la primera mitad del siglo quinto. En el Foro de Trajano habia una estatua levantada en honor de Merobaudes, cuya inscripcion existe aun. Se han recobrado fragmentos de sus poemas, gracias al celo y penetracion de Niebuhr. En un pasaje, Merobaudes, con el espíritu pagano orijinal, atribuye la ruina del imperio á la abolicion del Paganismo, y casi renueva contra el Cristianismo la inculpacion antigua de ateismo. Personifica á una deidad, probablemente la Discordia, que llama á Belona para que destruya á Roma, y en un discurso lleno de fiera ironía le recomienda, entre otras medidas fatales, que estirpe á los dioses de Roma:—

(*) Sin embargo, Agustin desaprobó con laudable inconsecuencia la demolicion forzosa de los templos. « Estirpemos ante todo la idolatría del corazon de los paganos, y ellos mismos nos invitarán á esta buena obra ó nos anticiparán en su ejecucion, tom. V, s. 62. Compárese á Neandro, II, 169, y en la páj. 155, un hermoso pasaje de Crisóstomo contra todos los medios violentos para la propagacion del Cristianismo. — M.

Roma, ipsique tremant furialia marmora reges.
Jam superos terris atque hospita numina pelle:
*Romanos populare Deos, et nullus in aris*
*Vestæ exoratæ fotus strue palleat ignis.*
His instructa dolis palatia celsa subibo;
Majorum mores, et pectora prisca fugabo
Funditus; atque simul, nullo discrimine rerum,
Spernantur fortes, nec sit reverentia justis.
Attica neglecto pereat facundia Phæbo:
*Indignis contingat honos, et pondera rerum;*
Non virtus sed casus agat, tristisque cupido;
Pectoribus sævi demens furor æstuet ævi;
*Omniaque hæc sine mente Jovis, sine numino summo.*

Merobaudes en la edicion de los Bizantinos por Niebuhr, p. 14.— M.

(62) Denique pro meritis terrestribus æqua rependens
Munera, sacricolis summos impertit honores.
Dux bonus, et certare sinit cum laude suorum
Nec pago implicitos per debita culmina mundi
Ire viros prohibet (*).
Ipse magistratum tibi consulis, ipse tribunal
Contulit.

Prudent. in Symmach., I, p. 617, etc.

(63) Libanio (pro Templis, p. 32) se envanece de que Teodosio distinguiera así á un hombre que aun en su presencia juraba por Júpiter. Sin embargo, esta presencia no parece ser sino una figura de retórica.

(64) Zósimo, que se titula conde y ex-abogado del erario, insulta con fanatismo parcial é indecente á los príncipes cristianos y aun al padre de su soberano. Sin duda su obra circuló privadamente, pues se libró de las invectivas de los historiadores eclesiásticos anteriores á Evagrio (l. III, c. 40—42) de que vivió á fines del siglo sexto (**).

(65) Sin embargo los paganos de Africa se quejaban, de que no les era permitido responder libremente á la Ciudad de Dios, y San Agustin (v. 26.) no niega la acusacion.

(66) Los Moros de España, que conservaron secretamente por mas de un siglo la relijion mahometana bajo la tiranía de la Inquisicion, poseyeron el Coran y el uso peculiar de la lengua arábiga. Véase la curiosa y exacta historia de su espulsion en Geddes (Misceláneas, vol. I, p. 1—198).

(*) He puesto algunos versos que Gibbon omitió.—M.
(**) Heyne, en su Disquisitio in Zosimum ejusque Fidem, coloca á Zósimo á fines del siglo quinto. Zosim. Heynii, p. XVII.—M.

(67) Paganos qui supersunt, quanquam jam nullos esse credamus, etc. Cod. Theodos, l. XVI, tit. X, leg. 22. A. D. 423. Teodosio el Menor se convenció despues de que su juicio habia sido algo prematuro (*).

(68) Véase Eunapio, en la Vida del sofista Edesio; en la de Eustacio, pronostica la ruina del Paganismo, καί τι μυθῶδες, καὶ ἀειδὲς σκότος τυραννήσει τὰ ἐπὶ γῆς κάλλιστα.

(69) Cayo (apud Euseb. Hist., Ecles., l. II, c. 25), presbítero romano, que vivió en tiempo de Zefrino (A. D. 202—219), fué testigo de esta costumbre supersticiosa.

(70) Crisóstomo. Quod Christus sit Deus. Tom. I. nov. edit. N.° 9. Debo esta cita á la pastoral de Benedicto XIV sobre el jubileo del año 1750. Véanse las cartas curiosas y entretenidas de M. Chais, tom. III.

(71) Malefacit ergo Romanus episcopus? qui, super mortuorum hominum, Petri et Pauli, secundum nos, ossa veneranda..... offert Domino sacrificia, et tumulos eorum, Christi arbitratur altaria. Jeron., tom. II, advers. Vijilant., p. 153.

(72) Jerónimo (tom. II, p. 122) se cita como testigo de estas traslaciones, que desprecian los historiadores eclesiásticos. La pasion de San Andrés en Patra se halla descrita en una epístola del clero de Acaya, que Baronio (Anal. Ecles., A. D. 60, N.° 34) quiere creer, y Tillemont se ve obligado á desechar. San Andrés fué adoptado como fundador espiritual de Constantinopla (Mem. Ecles., tom. I, p. 317—323, 588—594).

(73) Jerónimo (tom. II, p. 122) describe pomposamente la traslacion de Samuel, de que hablan todas las crónicas de los tiempos.

(74) El presbítero Vijilancio, el protestante de su siglo, se opuso firmemente, aunque sin efecto, á la supersticion de los monjes, reliquias, santos, ayunos, etc., por la cual Jerónimo le compara con la Hidra, Cerbero, los Centauros, etc., y le considera solamente como el órgano del Demonio (tom. II, p. 120—126). Cualquiera que examine la controversia entre San Jerónimo y Vijilancio y la narracion de San Agustin acerca de los milagros de San Estévan, prontamente se formará alguna idea respecto á la mente de los Padres.

(75) M. de Beausobre (Hist. del Maniqueismo, tom. II, p. 648) ha dado un sentido mundano á la piadosa observacion del clero de Esmirna, que conservó cuidadosamente las reliquias de San Policarpio mártir.

(76) Martin de Turs (véase su Vida, c. 8. por Sulpicio Severo) consi-

(*) El dato de Gibbon está espresado con demasiada fuerza. M. Beugnot ha ido siguiendo con laborioso afan por medio de monumentos é inscripciones las huellas del paganismo en el Occidente, despues de este período. Compárese igualmente la nota sobre los progresos mas lentos del Cristianismo en los distritos rurales.—M.

guió esta confesion de boca del muerto. Se concede que el error fué natural, y se supone que el descubrimiento fué milagroso. ¿Cuál de los dos sucedió con mas frecuencia?

(77) Luciano compuso en griego su narracion orijinal, que tradujo Avito y publicó Baronio (Anal. Ecles., A. D. 415. N.° 7—16). Los editores benedictinos de San Agustin han dado (al fin de la obra de Civitate Dei) dos diferentes copias, con muchas variaciones. Es propia de la falsedad ser flojo é inconsistente. Las partes mas increibles de la leyenda se hallan modificadas por Tillemont (Mem. Ecles., tom. II, p. 9. etc).

(78) Cada año se licuaba en Nápoles una ampolla de la sangre de San Estévan, hasta que San Januario la suprimió (Ruinart, Hist. Persecut. Vandal., p. 529).

(79) Agustin compuso los veinte y dos libros de Civitate Dei en el espacio de trece años. A. D. 413—426. (Tillemont, Mem. Ecles., tom. XIV, p. 608, etc.) Su erudicion es comunmente prestada y sus argumentos jeneralmente propios; pero el conjunto de la obra reclama el mérito de un magnífico proyecto ejecutado con enerjía y no sin destreza.

(80) Véase Agustin, de Civitat. Dei, l. XXII, c. 22, y el Apéndice, que contiene dos libros de los milagros de San Estévan, por Evodio, obispo de Uzalis. Freculfo (apud Basnage, Hist. de los Judíos, tom. VIII, p. 249) ha conservado un proverbio galo ó español: «Miente el que pretenda haber leido todos los milagros de San Estévan.»

(81) Burnet (de Statu Mortuorum, p. 56—84) recopila los pareceres de los Padres, en cuanto aseguran el sueño ó reposo de las almas humanas hasta el dia del juicio final. Luego espone (p. 91, etc.) los inconvenientes que se orijinarian, si tuvieran una existencia mas activa y sensible.

(82) Vijilancio colocaba las almas de los profetas y mártires, ó en el seno de Abraham (in loco refrigerii), ó debajo del altar de Dios. Nec posse suis tumulis et ubi voluerunt adesse presentes. Pero Jerónimo (tom. II, p. 122) refuta severamente esta *blasfemia*. Tu Deo leges pones? Tu Apostolis vincula injicies, ut usque ad diem judicii teneantur custodia, nec siut Domino suo, de quibus scriptum est, Sequuntur Agnum quocunque vadit. Si Agnus ubique, ergo, et hi, qui cum Agno sunt, ubique esse credendi sunt. Et cum diabolus et dæmones toto vagentur in orbe, etc.

(83) Fleury, Discurso sobre la historia Eclesiástica, III, p. 80.

(84) En Menorca, las reliquias de San Estévan convirtieron en ocho dias 540 Judíos; verdad es que fué valiéndose de medios severos, como quemar la sinagoga, reducir á los infieles obstinados á morir de hambre entre las peñas, etc. Véase la carta orijinal de Severo, obispo de Menor-

ca (ad calcem San Agustin, de Civ. Dei), y las observaciones sensatas de Basnage (tom. VIII, p. 245—251).

(85) M. Hume (Ensayos, vol. II, p. 434) observa, como filósofo, el flujo y reflujo natural del politeismo y teismo.

(86) D' Aubigné (véanse sus propias Memorias, p. 156—160) ofreció francamente, con el consentimiento de los ministros hugonotes, que concederia los 400 años primeros como regla de fe. El cardenal du Perron exijió cuarenta años mas, que fueron indiscretamente otorgados. Sin embargo, ni uno ni otro partido hubiera hallado su cuenta en este necio arreglo.

(87) El culto que practicaban é inculcaban Tertuliano, Lactancio, Arnobio, etc. es tan *sumamente* puro y espiritual, que sus declamaciones contra el Pagano á veces se dirijen contra las ceremonias judáicas.

(88) Fausto, el Maniqueo, acusa á los Católicos de idolatría. Vertitis idola in martyres... . quos votis similibus colitis. M. de Beausobre (Hist. crítica del Maniqueismo, tom. II, p. 629—700), protestante, pero filósofo, ha representado con candor y saber la introduccion de la idolatría cristiana en los siglos cuarto y quinto.

(89) Desde el Japon hasta Méjico puede observarse la semejanza de la supersticion, que no podia ser imitada. Warburton se ha apoderado de esta idea, que trastorna, haciéndola demasiado jeneral y absoluta (Legation divina, vol. IV, p. 126, etc.).

(90) La imitacion del Paganismo es el asunto de la agradable carta del Dr. Middleton desde Roma. Las animadversiones de Warburton le obligaroná enlazar (vol. III, p. 120—132) la historia de las dos relijiones y probar la antigüedad de la copia cristiana.

(*g*) Pero siempre existió esta diferencia importante entre el Politeismo cristiano y el pagano. En esto consistia toda la relijion en el Paganismo; y en los siglos mas oscuros del Cristianismo, aunque vagas y confusas, se conservaron en el fondo algunas nociones cristianas de retribucion futura y de vida tras la muerte, y obraron hasta cierto punto en los pensamientos, y á veces en las acciones.—M.

# CAPITULO XXIX.

*Particion absoluta del imperio romano entre los hijos de Teodosio.—Reinado de Arcadio y Honorio.—Gobierno de Rufino y de Estilicon. Rebelion y derrota de Jildon en Africa.*

Falleció el númen de Roma con Teodosio, postrer sucesor de Augusto y de Constantino que acaudilló sus ejércitos, y cuya autoridad avasalló todos los ámbitos del imperio. Seguia sin embargo el eco de sus prendas amparando la mocedad endeble y bisoña de entrambos hijos. Proclamáronse, á la muerte del padre, Arcadio y Honorio, por unánime consentimiento de todos, emperadores lejítimos de Oriente y Occidente (A. 595, en. 17), juramentándose ansiosamente las clases todas del estado, los senadores de la antigua y nueva Roma, el clero, majistrados, tropa y pueblo. Arcadio, que contaba á la sazon diez y ocho años, habia nacido en España y en la morada llana de una familia particular; pero su educacion fué rejia en el palacio de Constantinopla; y su vida arrinconada se encerró en la habitacion imperial, de donde estuvo al parecer reinando sobre las provincias de Tracia, Asia Menor, Siria y Ejipto, desde el Bajo Danubio hasta los confines de Persia y de Etiopia. Encargóse Honorio, á los once años de edad, nominalmente del gobierno de Italia, Africa, España, Galia y Bretaña; y las tropas que resguardaban su imperio confrontaban por una parte con los Caledonios, y por la otra con los Moros. La prefectura grande y belicosa del Ilírico estaba dividida entre ambos príncipes; la defensa y posesion de las provincias de Nórico, Panonia y Dalmacia seguian perteneciendo al imperio occidental; pero las dos anchurosas diócesis de Dacia y Macedonia, encargadas por Graciano al valor de Teodosio, quedaron para siempre incorporadas en el imperio del Oriente. El deslinde venia á ser el mismo que hoy separa la Alemania de la Turquía; y las ventajas respectivas de territorio, riquezas, poblacion y fuerza militar se fueron equilibrando con escrupulosidad en esta disposicion postrera y terminante del imperio romano. El cetro hereditario de los hijos de Teodosio era al parecer un regalo de la naturaleza y del padre; jenerales y ministros se habian ido acostumbrando á idolatrar la majestad de los niños rejios; no se recordó al pueblo ni al ejército su derecho á su potestad, con el ejemplar arriesgado de una eleccion reciente; y ni el desengaño incesante de la flaqueza de Arcadio y de Honorio, ni los quebrantos tan repetidos de su reinado alcanzaron á borrar su íntima

lealtad. Los ciudadanos de Roma, reverenciando siempre las personas, ó mas bien los nombres de sus soberanos, aborrecian á los rebeldes que contrastaban la autoridad del solio, al par que á los ministros que lo estaban estragando.

Habia Teodosio mancillado sus timbres con el encumbramiento de Rufino, privado odioso, que en un siglo de bandos civiles y relijiosos se acarreó de unos y otros el cargo de todo jénero de maldades. Salió, á impulsos de su ambicion y su codicia (1), de su arrinconada patria en la Galia (2), para medrar en la capital del Oriente: su afluencia (3) le dió alas para aspirar á los primeros empleos del estado (A. 386-395). Ascendió por sus pasos hasta el cargo de maestre de los oficios; y en el desempeño de sus varias funciones, enlazadas con todo el sistema del gobierno civil, se fué granjeando la privanza de un, monarca que pronto echó de ver su trascendencia y tino para los negocios, sin calarse el orgullo, la maldad y la avaricia de su temple. Encubria con sumo ahinco y disimulo sus vicios (4), pues sus ímpetus seguian siempre las sendas de las inclinaciones de su dueño; mas en la matanza horrorosa de Tesalónica, el inhumano Rufino enfureció mas y mas á Teodosio, sin imitarle en el arrepentimiento. El ministro, que miraba con suma indiferencia á todo el linaje humano, jamás perdonó ni un asomo de agravio; y en su concepto, sus enemigos personales desmerecian cuanto habian obrado en servicio público. Habia Promoto, maestre jeneral de infantería, salvado el imperio de la invasion de los Ostrogodos; pero le embravecia la preeminencia de un competidor cuya índole y profesion menospreciaba; y en medio de un consejo público, el soldado ardoroso se propasó á escarmentar con un bofeton el descomedido engreimiento del valido. Retratóse esta tropelía al emperador como desacato de castigo imprescindible para la dignidad suprema. Cupo á Promoto desvio y afrenta, enviándole una órden terminante de acudir sin demora á un apostadero sobre el Danubio, y la muerte de aquel jeneral (aunque acaecida en una escaramuza con los bárbaros) se achacó á alguna alevosía de Rufino (5). Desagravióse con el sacrificio de un héroe, se engrió con el realce del consulado; mas no era cabal y duradero su poderío, mientras las prefecturas del Oriente y de Constantinopla parasen en manos de Taciano (6) y de su hijo Próculo, cuya autoridad enlazada contrarestó por algun tiempo la ambicion y la privanza del maestre de los oficios. Se sindicó de rapiña y de cohecho á entrambos prefectos en la administracion de la justicia y de la hacienda, y para procesar á tan esclarecidos reos, nombró el emperador una comision especial; se incluyeron jueces para hacerlos partícipes del cargo y afrenta de la injusticia; mas reservóse aisladamente el derecho de pronunciar la sentencia al presidente, el cual era el mismo Rufino. El padre, depuesto de la prefectura del Oriente, paró en una mazmorra; pero el hijo, hecho cargo de que

no cabe sincerarse ante un juez enemigo, se habia puesto ocultamente en salvo; y Rufino tuviera que contentarse con la víctima menos odiada, si el despotismo no se aviniera á valerse de ardides ruines é indecorosos. Manejóse la causa con tales visos de equidad y comedimiento, que esperanzó á Taciano con éxito favorable; robusteciόse su confianza con protestas solemnes y perjuras, y aun se propasó Rufino á interponer el sagrado nombre del mismo Teodosio; tanto que se llegó á recabar del infeliz padre que llamase por medio de una carta reservada al fujitivo Próculo. Llega, lo prenden, reconvienen, condenan y degüellan en un arrabal de Constantinopla, con tal atropellamiento que frustran la clemencia del emperador. Sin miramiento con la desventura de un senador consular, los jueces inhumanos hicieron que Taciano presenciase la ejecucion de su hijo; y teniendo ya el padre el dogal ceñido al cuello, en el trance de recibir la tal vez deseada muerte, se le permitió estar en su vejez agonizando pobre y desterrado (7). Cabia quizás alguna disculpa en el castigo de ambos prefectos con los tales cuales deslices de su conducta, y pudiera el encono de Rufino cohonestarse con los celosos é insociables arrebatos de un ambicioso; pero allá se arrojó á una venganza tan desatinada como injusta, al degradar á la patria de sus víctimas, la Licia, de la jerarquía de provincia romana, al tiznar á un pueblo inculpable con aquella afrenta, y al declarar que los paisanos de Taciano y Próculo quedaban para siempre inhábiles para ejercer empleo honorífico ú ventajoso en el gobierno imperial (8). El nuevo prefecto de Oriente (pues Rufino inmediatamente reemplazó á su contrario) no tuvo que abandonar sus empeños criminales para acudir á sus obligaciones relijiosas, que se conceptuaban en aquel siglo como esencialísimas para la salvacion. En el arrabal de Calcedonia llamado la *Encina* se habia planteado una quinta ostentosa, á la cual añadió una iglesia grandiosa, consagrada á los apóstoles San Pedro y San Pablo, y santificada á toda hora con plegarias y penitencias y con el acompañamiento incesante de los monjes. Convocóse un crecido número de obispos para celebrar al mismo tiempo la dedicacion de la iglesia y el bautizo del fundador con aquella especie de sínodo jeneral. Sumo fué el boato de entrambas ceremonias, y purificado una vez Rufino en la sagrada fuente de cuantos pecados habia cometido hasta entónces, un ermitaño venerable de Ejipto se ofreció temerariamente como fiador de un ministro engreido y ambicioso (9).

Fuerza le era revestirse de hipocresía y encubrir y aun refrenar sus demasías con un príncipe entronizado en virtud de sus prendas y su desempeño, y por tanto se le hacia espuesto el desadormecerlo de su apoltronamiento (10); pero la ausencia, y luego despues la muerte del emperador, vinieron á robustecer la prepotencia de Rufino en la persona y dominios de Arcadio; endeble mancebo que el prefecto imperioso miraba

como su pupilo, mas bien que su soberano. Menospreciando el concepto público, ningun remordimiento ni contraresto atajaba sus ímpetus, y su ánimo insaciable y malvado se desentendia de impulsos jenerosos que redundasen en realce suyo y á beneficio del pueblo. Su codicia (11), que al parecer predominaba en aquel estragado pecho sobre todas las demás pasiones, iba atesorando todas las riquezas del Oriente con todo jénero de arbitrios mas ó menos estensos ó particulares, desangrando con impuestos, escandalizando con miles de cohechos, multando desenfrenadamente, confiscando á su albedrío, apropiándose herencias y despojando á sus lejítimos dueños, á título de estranjeros ó de hijos de sus enemigos, y vendiendo públicamente la justicia y la privanza en el palacio mismo de Constantinopla. Todo aspirante ambicioso sacrificaba garbosamente lo mejor de su patrimonio en pos de un gobierno principal; y así vidas y haciendas de ciudadanos desventurados se ponian en manos del feriante mas valiente; y solia aplacarse el descontento público castigando á un reo malquisto, cuya pena solia únicamente redundar en ventaja del prefecto del Oriente, su cómplice y su juez. Si la codicia no cegase tan de remate al hombre, merecerian los móviles de Rufino nuestra curiosidad, y nos pararíamos á examinar con que miras andaba así atropellando la humanidad y la justicia, para empeñarse en atesorar caudales inmensos que no le cabia disfrutar cuerdamente, ni poseer sin peligro. Soñaba tal vez que se afanaba por el interés de su hija única, á quien trataba de enlazar con su ahijado rejio, encumbrándola á la jerarquía augusta de emperatriz de Oriente; y así se estaba alucinando con que su codicia seria la fiadora de su ambicion. Se desalaba por colocar su fortuna sobre base propia y segura, al resguardo de los antojos del mancebo emperador; mas no acudió á granjearse el ánimo del pueblo y de la soldadesca con el reparto cuantioso de tantísima riqueza como habia ido hacinando con tanto ahinco y desenfreno. El mezquino porte de Rufino tan solo le acarreó afrenta y envidia por sus demasías, pues ni le amaban sus sirvientes, ni el odio universal reconocia mas contraresto que la ruin zozobra. La suerte de Luciano pregonó al Oriente que el prefecto, ya menos eficaz en su desempeño, conservaba todo su conato y desvelo en el logro de sus venganzas. Luciano, hijo de aquel prefecto Florencio, atropellador de la Galia y enemigo de Juliano, habia dedicado una porcion cuantiosa de su herencia, producto de rapiñas y cohechos, á feriarse la privanza de Rufino y el encumbrado cargo de conde del Oriente. Mas el nuevo majistrado incurrió torpemente en el desacierto de trascordar el sistema palaciego y contemporaneo, de ajar á su bienhechor con la contraposicion de su pundonoroso desempeño, y de desairar á un tio del emperador negándole una injusticia que podia redundar en su beneficio. Recabóse desde luego de Arcadio que se desagraviase del soñado desacato, y el prefec-

to del Oriente se encargó de la venganza cruel y personal que estaba ideando contra aquel ingrato dependiente. Corre en posta por espacio de trescientas leguas desde Constantinopla á Antioquía, entra á deshora de la noche, deja despavorido al vecindario, ajeno de su intento, pero muy enterado de su índole. Arrastran ante el tribunal de Rufino al conde de quince provincias del Oriente como al mas vil malhechor. A pesar de su cabal integridad y sin llegar siquiera á sindicarla, queda Luciano, sin formalidad de proceso, condenado á padecer un castigo cruel y afrentoso. Los satélites del tirano, por su órden y á su presencia, le azotan la cerviz con unas correas cargadas de plomo al estremo; y al desfallecer con aquel tormento, lo arrebatan en una litera cerrada para encubrir su agonía al vecindario indignado. Cumplida aquella ejecucion inhumana, regresa Rufino de su espedicion especial, entre las maldiciones calladas y recónditas del pueblo despavorido, de Antioquía á Constantinopla, atropellando su carrera con la esperanza de celebrar sobre la marcha el desposorio de su hija con el emperador del Oriente (12).

Mas luego Rufino echó de ver que un ministro advertido ha de enlazar á toda hora á su ahijado rejio con los vínculos poderosos, aunque invisibles, de la costumbre, y que todo merecimiento, y mucho mas la privanza del ausente, se va borrando en breve plazo del interior de un soberano endeble y antojadizo. Mientras el prefecto se estaba cebando en su venganza por Antioquía, una conspiracion reservada de los eunucos predilectos, y encabezada por el camarero mayor Eutropio, socavó su poderío palaciego. Le impusieron en que Arcadio desamaba á la hija de Rufino, escojida para su novia sin su propia anuencia, é idearon colocar en lugar suyo á la hermosa Eudoxia, hija de Bauton (13), jeneral de los Francos al servicio de Roma, y educada desde la muerte del padre en la familia de los hijos de Promoto. El jóven emperador, cuya castidad estuvo afianzada con el desvelo de su ayo Arsenio (14), quedó entrañablemente prendado de Eudoxia por la pintura estudiada y halagüeña que le estuvieron haciendo de su atractivo; clavaba ansiosamente la vista en su retrato, y se hizo cargo de la precision de encubrir su intento cariñoso á un ministro interesado capitalmente en contrarestar el logro de sus anhelos. Vuelto Rufino, pregonóse luego el rejio desposorio al vecindario de Constantinopla, que se estaba aparejando para vitorear alevosa y alborotadamente la dicha de aquella hija (A. 395, abril 27). Una comitiva esplendorosa de eunucos y palaciegos desembocó de las puertas del alcázar, ostentando en alto la diadema, galas y atavíos preciosos de la emperatriz venidera. Siguió la solemne procesion su carrera, cuajada toda de jentío y de guirnaldas; mas al llegar á la casa de los hijos de Promoto, entróse en ella con acatamiento el principal eunuco, revistió á la hermosísima Eudoxia con el manto imperial, y la condujo triunfalmente al palacio y

lecho de Arcadio (15). La reserva y éxito con que se manejó la conspiracion contra Rufino lo ridiculizó para siempre, por haberse dejado burlar hallándose en aquella cumbre donde reinan el engaño y el disimulo por escelencia. Estuvo cavilando en medio de su ira y zozobra sobre la victoria del arrojado eunuco, dueño reservadamente de la privanza del soberano, y sobre el ajamiento de su hija, cuyos intereses se hallaban inseparablemente enlazados con los propios, y así quedó lastimado el cariño, ó á lo menos el orgullo del padre. Al lisonjearse de que iba á encabezar una alcurnia de reyes, una mozuela estraña y educada en casa de sus enemigos implacables se internaba en el lecho imperial; y aun luego Eudoxia descolló con su brio y sus alcances, aprovechándose del predominio que debia granjearse en el ánimo de un marido mozo y enamorado. Luego habia de quedar el emperador impuesto en odiar, temer y derribar á un súbdito poderoso y agraciado; y Rufino, hecho cargo de sus demasías, quedaba desahuciado de toda seguridad y consuelo en una vida privada y sombría. Mas tenia aun en su mano medios ejecutivos para resguardar su cargo, y dar quizás al través con sus enemigos. Ejercia, como prefecto, autoridad absoluta sobre el gobierno civil y militar del Oriente; y en arrestándose á echar mano de sus tesoros, hartos instrumentos pudiera proporcionarse para el logro de cuanta bastardía alcanzasen á soñar la soberbia, la ambicion y la venganza de un valido desesperado. Corroboraba al parecer la índole de Rufino los cargos de que estaba conspirando contra la persona de su soberano para entronizarse en su lugar, y de que habia llamado reservadamente á los Hunos y á los Godos para que se internasen por las provincias del imperio para rematar la confusion. El sagaz prefecto, consumado en tramoyas palaciegas, iba contrarestando con armas iguales las arterías del eunuco Eutropio; pero el alma medrosa de Rufino se estremeció á los asomos hostiles de otro competidor mas formidable, el grande Estilicon, jeneral, ó mas bien árbitro del imperio de Occidente (16).

El don sobrehumano que logró Aquíles y envidiaba Alejandro de un poeta digno de vitorear las acciones de los héroes cupo á Estilicon en grado mas eminente del que podia presumirse de la decadencia en que yacian asi el númen como el arte. La musa de Claudiano (17), rendida á su albedrío, estaba siempre pronta para tiznar á sus contrarios, Rufino y Eutropio, con baldon sempiterno, y en ademan de rasguear con espléndidos colores las victorias y las prendas de un bienhechor poderoso. En la reseña de una temporada escasa de materiales auténticos, tenemos que acudir, para historiar el reinado de Honorio, á los vituperios y panejíricos de un escritor contemporáneo; mas como Claudiano disfrutó al parecer á sus anchuras de los derechos de poeta y de palaciego, hay que andar deslindando verdades y patrañas, para reducir los encarecimien-

tos poéticos á la llaneza justiciera de la prosa histórica. Su silencio acerca de la alcurnia de Estilicon nos comprueba que ni era dable ni halagüeño al interesado el blasonar de esclarecidos antepasados; y la mencion de su padre, oficial de la caballería bárbara, parece que apoya la opinion de que el jeneral que mandó largamente las huestes de Roma descendia de la ralea alevosa y bravía de los Vándalos (18). Si careciera Estilicon de la prenda esterior de briosa gallardía, el versista mas adulador no se atreviera, en presencia de infinitos testigos, á sentar que se aventajaba á los semidioses de la antigüedad, y que al pasear engreida y grandiosamente las calles de la capital, el jentío atónito se ladeaba vuelto al estranjero, que aun en su esfera privada ostentaba la majestad augusta de un héroe. Dedicóse desde niño á la carrera de las armas; descolló luego en campaña por su denuedo é intelijencia; los jinetes flecheros del Oriente se asombraban con su maestría, y en toda la escala de sus ascensos, el concepto público anticipaba y aplaudia el tino del soberano. Nombróle Teodosio para ratificar un tratado solemne con el monarca de Persia, y realzó en tan grandiosa embajada el señorío del nombre romano, mereciendo á su regreso el enlace íntimo y honorífico aun con la misma familia imperial. Arcadio, á impulsos de su cariño fraternal, adoptó como propia la hija de su hermano Honorio; la corte obsequiosa encareció á porfía los primores de la linda Española Serena (19); y fué Estilicon el favorecido entre la caterva de los aspirantes á su diestra y á la privanza del padre adoptivo (20). Convencido el emperador de la lealtad del esposo de Serena, el solio, cuya gradería lograba pisar, engrandeció la fortuna y empleó el desempeño del perspicaz y denodado Estilicon. Fué ascendiendo por los grados sucesivos de maestre de la caballería y conde de los domésticos á la suprema categoria de maestre jeneral de toda la caballería é infantería de todo el imperio romano, ú á lo menos el occidental (21); y sus enemigos confesaban que jamás se avino á vender por dinero los galardones del mérito, ni á defraudar al soldado de la paga y de las gratificaciones que devengaba ó pretendia de los agasajos del gobierno (22) (A. 385—408). El denuedo y tino que demostró luego en defensa de Italia contra las armas de Alarico y Radagueso abonan el concepto de sus primeras hazañas; y en un siglo desmandado con las leyes y el pundonor, pudieron los jenerales romanos ceder la preeminencia al predominio de tan sobresaliente desempeño (23). Lloró y vengó el asesinato de Promoto, su competidor y amigo; y la matanza de largos miles de los Bastarnos fujitivos suena en el poeta como un sacrificio sangriento con que ofrendó el Aquiles romano á los manes de otro Pátroclo. Tantas prendas y victorias de Estilicon se hacian acreedoras al encono de Rufino; y sus arterías calumniosas quizás prevalecieran, á no mediar el cariñoso desvelo de Serena para el contraresto de sus enemigos

palaciegos, mientras campeaba su marido en defensa del imperio (24). Siguió Teodosio sosteniendo á ministro tan villano; en cuyas manos espeditas puso el réjimen del palacio y del Oriente; pero al marchar contra Eujenio, se asoció al jeneral pundonoroso para los afanes y blasones de la guerra civil; y en los postreros instantes de su vida, el monarca moribundo recomendó á Estilicon sus conatos por los hijos y por la república (25). Correspondian el ansia y el desempeño de Estilicon á tan sumo encargo, y aspiró á la tutoría de entrambos imperios, durante la menoría de Arcadio y Honorio (26). La primera disposicion de su réjimen, ó mas bien de su reinado, mostró á las naciones la pujanza y la actividad de un pecho acreedor al mando. Tramonta los Alpes en el rigor del invierno, baja por la corriente del Rin desde la fortaleza de Basilea hasta los pantanos de Batavia, revista las guarniciones, enfrena á los Jermanos, y despues de plantear una paz firme y honorífica por aquellas márjenes, regresa con asombrosa velocidad al palacio de Milan (27). Persona y corte de Honorio están avasalladas al maestre jeneral de Occidente; y ejércitos y provincias de Europa obedecen gustosamente á una autoridad arreglada y ejercida en nombre del jóven soberano. Dos competidores tan solo contrarestaban sus pretensiones y estaban provocándole á la venganza. Descollaba en Africa el Moro Jildon tremolando orgullosa y aciaga independencia; y el ministro de Constantinopla seguia reinando con igual predominio sobre el emperador y el imperio de Oriente.

La imparcialidad que Estilicon profesaba como ayo comun de los hermanos rejios le movió á partir por igual armas, joyería, alhajas y alfombras, preciosidades magníficas del difunto emperador (28). Mas la principal herencia se cifraba en las crecidas lejiones, cohortes, y escuadrones romanos ó bárbaros que las ocurrencias de la guerra civil habian venido á poner en manos de Teodosio. Doblegaba un hombre solo la desmandada muchedumbre, tanto en Europa como en Asia, en medio de sus mutuos y violentos enconos, y la disciplina siempre severa de Estilicon estaba resguardando las haciendas del ciudadano contra las demasías de la soldadesca (29). Ansioso sin embargo por desahogar la Italia de aquella hueste formidable, que solo podia redundar en beneficio por la raya del imperio, se avino á la peticion fundada del ministro de Arcadio, y proclamó su ánimo de ir en persona á devolver las tropas de Oriente, y utilizó mañosamente la voz de alboroto entre los Godos para encubrir sus intentos peculiares de ambicion y de venganza (30). Sobresaltóse el pecho culpado de Rufino al asomo de un guerrero y de un competidor, cuya ojeriza se habia acarreado; computaba ya despavorido el escaso plazo de su vida y poderío, y esperanzó únicamente en la mediacion del emperador Arcadio. Estilicon, que marchó al parecer por

la costa del Adriático, no estaba lejos de Tesalónica, cuando se encuentra con un mensaje terminante para llamar toda la tropa del Oriente, declarando que todo paso suyo hácia adelante se conceptuaria por la corte bizantina como un acto de hostilidad. La obediencia pronta é inesperada del jeneral de Occidente desengañó al vulgo acerca de su lealtad y moderacion; y habiendo ya cautivado el afecto de la tropa oriental, encargó á su zelo el desempeño de su plan sangriento, menos espuesto en su ausencia á peligros y á reconvenciones. Entregó Estilicon el mando de las tropas del Oriente al Godo Gainas, en cuya fidelidad descansaba, dando á lo menos por sentado que el empedernido bárbaro no daria cabida en su ejecucion ni á zozobras ni á remordimientos. Llano fué el recabar de los soldados el escarmiento de un enemigo de Estilicon y de Roma, y á tal grado llegaba el encono que se habia acarreado Rufino, que el aciago secreto comunicado á miles de individuos estuvo fielmente reservado en la dilatada marcha de Tesalónica á las puertas de Constantinopla. Acordada su muerte, aviniéronse á lisonjear su engreimiento; cegóse el prefecto ambicioso hasta el punto de creer que tan poderosos auxiliares se cohecharian para ceñirle la diadema; mas cuantos tesoros fué repartiendo á manos llenas, aunque á su pesar, se recibieron á fuer de insulto, y no de dádiva, por la airada muchedumbre. A menos de media legua de la capital, en el campo de Marte y delante del alcázar de Hebdomon, hizo alto la tropa, y así el emperador como el ministro se adelantaron, segun la antigua costumbre, para saludar atentamente al poderío sostenedor del solio. Al ir pasando Rufino por las filas, encubriendo con estudiada cortesanía su nativo orgullo, se arquearon pausadamente las alas por derecha é izquierda, acorralando la víctima sentenciada en el cuadro de sus armas; y antes que pudiera enterarse de su situacion peligrosa, alzó Gainas la señal de su muerte. Un soldado atrevido y resuelto le atravesó el pecho con su espada, y Rufino cayó, jimió y espiró á las plantas del asustado emperador. Si las agonías del trance pudieran resarcir los atentados de la vida entera, ó si pudiésemos apiadarnos de las tropelías cometidas con un cadáver, quizás nuestra humanidad vendria á condolerse de las circunstancias horrorosas que acompañaron la muerte de Rufino. Entregaron su cuerpo casi descuartizado al desenfreno del populacho de ambos sexos, que acudió á caterva de todos los barrios de la ciudad para hollar los restos del ministro altanero, á cuyo ceño temblaba todo el jentío. Cortáronle la mano derecha, la fueron tremolando por las calles de Constantinopla con desaforado escarnio, para exijir contribuciones de parte del tirano codicioso, cuya cabeza mostraron ensartada en la punta de una lanza (31). Segun las máximas irracionales de las repúblicas griegas, debia la familia inocente participar del escarmiento; mas la esposa y la hija

de Rufino debieron su salvamento al influjo de la relijion, cuyo santuario las resguardó contra el rematado enfurecimiento del pueblo, y se les consintió emplear lo restante de su vida en ejercicios cristianos, retiradas pacíficamente en Jerusalen (32) (A. 395, nov. 27).

El cantor servil de Estilicon vitorea aquella horrorosa vileza que al ajusticiar á un reo atropellaba toda ley natural y positiva, profanaba la majestad del príncipe, y venia á renovar los ejemplares en estremo espuestos del desenfreno militar. Claudiano, al contemplar el órden y la armonía universal, quedaba enterado de la existencia de la Divinidad; mas la impudencia de la maldad desmentia al parecer aquellos escelsos atributos; y el derribo de Rufino era el único acontecimiento que pudiera zanjar las dudas relijiosas del poeta (33). Redundaba aquella violencia en desagravio de la Providencia tal vez, mas no en ventaja del pueblo; el cual, en menos de tres meses, pudo enterarse del rumbo que entablaba el nuevo réjimen, con el edicto particular sobre el derecho esclusivo del erario en el despojo de Rufino, y tuvieron que enmudecer los agraviados del imperio oriental con las tropelías del tirano (34). Ni cupo á Estilicon con el asesinato de su competidor el logro que ansiaba; y aunque satisfecha su venganza, se frustró su ambicion. Apocado Arcadio, necesitaba un dueño con el sobrescrito de privado, y propendia de suyo á los rendimientos arteros del eunuco Eutropio, quien vinculaba en sí toda la privanza, horrorizando al emperador los ceñudos ímpetus de un estranjero belicoso. Mientras no desavino la competencia del poderío al valiente Gainas y á la linda Eudoxia, mereció el gran camarero de palacio notable favor al arrimo de entrambos; pero el Godo alevoso, nombrado maestre jeneral del Oriente, no escrupulizó en traicionar á su bienhechor, y la misma tropa que acababa de asesinar al enemigo de Estilicon se comprometió á sostener contra él la independencia del solio de Constantinopla. Los íntimos de Arcadio andaban fomentando una guerra oculta, pero implacable, con el guerrero formidable, empeñado en resguardar entrambos imperios y entrambos hijos de Teodosio. Afanábanse dia y noche con amaños alevosos y recónditos para frustrarle la privanza con el príncipe, el acatamiento del pueblo y la amistad de los bárbaros. Acechanzas continuas de asesinos alquilados andaban amagando la vida de Estilicon, y aun se formalizó un decreto del senado de Constantinopla declarándole enemigo de la república y confiscando sus grandiosas haciendas en las provincias de Oriente. En el momento de ser imprescindibles para contener el inminente naufrajio del nombre romano el mutuo arrimo y la hermandad estrecha de cuantas naciones se le habian ido granjeando, se hacia empeño por Arcadio y Honorio en desviar á sus respectivos súbditos para que se mirasen como estraños y contrarios, se complaciesen con sus opuestos quebrantos y se prenda-

sen, á fuer de aliados leales, de unos bárbaros, estimulándolos á infestar los territorios de sus co-hermanos (35). Aparentaban los Italianos menospreciar á los Griegos rastreros y afeminados de Bizancio, que remedaban el traje y usurpaban el señorío del senado romano (56); y no habian olvidado los Griegos el desvío y el odio que abrigaron siempre sus antepasados á los zafios moradores de Occidente. Deslindados los dos gobiernos, acabaron luego por separarse ambas naciones, y su desvío me precisa á postergar la historia bizantina para historiar seguidamente el afrentoso y memorable reinado de Honorio.

El atinado Estilicon, en vez de persistir en violentar las inclinaciones de un príncipe y de un pueblo que desechaban su gobierno, dejó cuerdamente á Arcadio en las manos villanas de sus privados; y su repugnancia en envolver en la guerra civil á los dos imperios patentizó la moderacion de un ministro que habia sobresalido en la milicia por su bizarría y desempeño; mas si Estilicon se hubiese desentendido de la rebelion de Africa, abandonara el resguardo de la capital y la majestad del emperador de Occidente al desenfreno de un Moro insolente. Jildon, hermano (37) del tirano Firmo, conservó y disfrutó, como premio de su lealtad aparente, el inmenso patrimonio que desmerecia por su traicion; y dilatados y eminentes servicios en los ejércitos romanos lo habian encumbrado á la jerarquía de conde militar, pues la menguada política de la corte de Teodosio se atenia al arbitrio pernicioso de sostener un gobierno legal con los intereses de una familia poderosa, y el hermano de Firmo quedó revestido con el mando de Africa. Apropióse luego su ambicion los ramos de justicia y hacienda sin coto ni residencia, y conservó por espacio de doce años el goce de un empleo, del cual se hacia impracticable desposeerlo sin el peligro de una guerra civil. Por todo aquel plazo quedaron atropelladas las provincias de Africa bajo el azote de un tirano que enconaba su barbarie estranjera con los ímpetus de la parcialidad facciosa. Usurpaba el veneno las formalidades forenses; y si los trémulos convidados á la mesa de Jildon se propasaban á manifestar zozobra, enfurecíase como agraviado y llamaba á gritos á sus sayones. Codicia y lujuria iban alternando en su pecho (58), y eran al par horrorosos sus *dias* para los acaudalados, y sus *noches* para los maridos y los padres. Atropellaba tiránicamente esposas é hijas, entregándolas luego á una gavilla desalmada de bárbaros y asesinos, negros ó atezados monstruos del desierto, á quienes constituyó el malvado por guardas de su trono. Mantúvose altanera y sospechosamente neutral en la guerra de Teodosio con Eujenio, desentendiéndose de auxiliar con tropa ó bajeles á entrambos partidos, colgado de la decision de la suerte y siempre pronto para rendir su homenaje á quien resultase triunfante. Inservibles le fueran tales muestras para con el dueño del imperio romano; pero el

fallecimiento de Teodosio y el apocamiento y la desavenencia de sus hijos consolidaron la potestad del Moro, quien se allanó, en muestra de comedimiento, á desceñirse la diadema, y surtir á Roma con el tributo corriente ó mas bien abasto de trigo. En todas las particiones del imperio, las cinco provincias de Africa correspondian invariablemente á la porcion occidental; y Jildon se avenia á gobernar aquellos dilatados paises á nombre de Honorio; mas sabedor de la índole y de los intentos de Estilicon, se encaminó en busca de arrimo á otro soberano mas endeble y distante. Comprometiéronse los ministros de Arcadio en la causa de un rebelde alevoso; y la soñada esperanza de incorporar tantas ciudades de Africa al imperio oriental los empeñó en una empresa inasequible con la razon y con las armas (39) (A. 386—398).

Despues de contestar con entereza terminante á las pretensiones de la corte bizantina, Estilicon acudió á acusar solemnemente al tirano de Africa ante el tribunal que antes sentenciaba á los reyes y naciones de la tierra, y aquella imájen de la república revivió tras largo plazo bajo el reinado de Honorio. Trasladó el emperador un pormenor esmerado é individual de las quejas de los habitantes y de las demasías de Jildon al senado romano, y se requirió á los miembros de aquella junta venerable á que pronunciasen su condenacion del rebelde. Declaráronle por votos unánimes enemigo de la república; y el decreto del senado vino á sancionar calladamente el movimiento de las armas romanas (40). Un pueblo memorioso todavía de que sus antepasados habian sido dueños del mundo debia vitorear con engreimiento sincero aquel remedo de la libertad antigua, si no estuviese ya avezado á anteponer la seguridad positiva del pan á las ilusiones aéreas de la libertad y grandeza. Cifrábase la subsistencia de Roma en las mieses de Africa, y se hacia palpable que tras la declaracion de la guerra asomaba el hambre. El prefecto Símaco, que estaba presidiendo el senado, apuntó al ministro su fundada zozobra de que, en prohibiendo el Moro vengativo la saca del trigo, el sosiego y quizás la existencia de la capital quedaban amagados por el hambriento desenfreno de una muchedumbre alborotada (41). El tino de Estilicon acudió sobre la marcha á providenciar eficazmente el abasto del pueblo romano. Embarcóse un acopio cuantioso y oportuno de trigo del interior de la Galia, y bajando por la corriente rápida del Ródano, aportó luego en el Tíber. Durante toda la guerra africana, rebosaron las trojes de Roma, y quedó desagraviado su señorío de la dependencia afrentosa, gozando desahogadamente un pueblo inmenso del bonancible logro de la paz y la abundancia (42) (A. 397).

Encargó Estilicon la causa de Roma y el desempeño de la guerra africana á un jeneral eficaz y enardecido con el afan de su desagravio personal sobre la cerviz del tirano. La desavenencia reinante en la casa de

Nabal habia acarreado una contienda mortal entre sus dos hijos, Jildon y Mascezel (43). Iba el usurpador persiguiendo de muerte y á todo trance al hijo menor, cuyo denuedo y alcances le causaban miedo; y Mascezel, acosado por una potestad superior, se guareció en la corte de Milan, donde tuvo luego el aciago aviso de que el tio inhumano acababa de sacrificar á sus dos inocentes y desvalidos niños. Tan solo el ansia vengativa pudo dar vado al desconsuelo del padre. El desvelo de Estilicon iba preparando las fuerzas de todo el imperio occidental, así navales como militares, y tenia acordado, en caso de resistencia de parte del tirano, acudir personalmente á la demanda. Mas como la Italia estaba requiriendo su presencia, y era espuesto el debilitar la defensa de la raya, conceptuó mas acertado encargar el arduo intento á Mascezel á la cabeza de un cuerpo selecto de veteranos galos, que habian servido últimamente bajo las banderas de Eujenio. Estas tropas, á quienes se estimuló á manifestar al mundo que tenian en su mano el volcar ó defender el solio de un usurpador, se componian de las lejiones *Joviana*, *Hercúlea* y *Augustana*, de los auxiliares *Nervios*, de los soldados que tremolaban en sus pendones el símbolo de un *leon*, y de las tropas que sobresalian con los apellidos propicios de *Afortunadas* é *Invencibles*. Mas tan escasas eran estas fuerzas, ó tan sumo el apuro de reclutarlas, que estas *siete* divisiones (44), de gran nota y concepto en el servicio de Roma, venian á reducirse únicamente á cinco mil hombres en efectivo (45). La escuadra de galeras y trasportes dió la vela del puerto de Pisa en Toscana, arribó á la islilla de Capraria, apellidada así por las muchas cabras silvestres, sus primeros pobladores, cuyo solar habitaba entónces una nueva colonia de estraño y montaraz aspecto. «Toda la isla,» dice un viajero agudo de aquellos tiempos, «está llena, ó mas bien enlodada con jente que va huyendo de la luz. Llámanse *Monjes* ó solitarios, por cuanto gustan de vivir solos y sin testigos de sus acciones. Temen los dones de la fortuna, por la zozobra de perderlos, y para no ser desdichados, se vinculan en una vida que es la suma desventura. ¡Desatinada eleccion, y trastornado entendimiento! ¡estar temiendo los quebrantos, sin acertar con los logros de la condicion humana! O este triste desvarío es algun achaque, ó el arrepentimiento de sus maldades está arrebatando á los tales desventurados, hasta empeñarse en aplicar á sus propios cuerpos los tormentos que la justicia impone á los esclavos fujitivos (46).» Tal era el menosprecio de un majistrado profano para con los monjes de Capraria, reverenciados por el devoto Mascezel como siervos escojidos del Señor (47). Recabóse de algunos que se embarcasen en la escuadra, y se cuenta en alabanza del jeneral romano que empleaba dias y noches en plegarias, ayunos y canturia de salmos. El caudillo rezador, que con aquel refuerzo se conceptuaba ya victorioso, evi-

tó los peñascos peligrosos de Córcega, fué bojando la costa oriental de Cerdeña; y afianzó sus naves contra el ímpetu del solano, anclando en la bahía capaz y resguardada de Cáller, á distancia de unas cincuenta leguas de las playas africanas (48).

Preparóse Jildon para contrarestar la empresa con todas las fuerzas del Africa. Esmerábase en afianzar á fuerza de agasajos la lealtad vacilante de los soldados romanos, atrayendo tambien á sus banderas las tribus remotas de Jetulia y Etiopia. Revistó altaneramente una hueste de setenta mil hombres, y se jactó con el engreimiento temerario, precursor del fracaso, de que su grandiosa caballería habia de hollar con sus cascos las tropas de Mascezel, y arremolinar con una polvareda de arenilla abrasadora á los naturales de las rejiones frias de Galia y de Jermania (49). Mas el Moro que acaudillaba las lejiones de Honorio estaba muy enterado de las costumbres de sus paisanos para abrigar zozobras formales acerca de una hueste desnuda y desbaratada de bárbaros, cuyo brazo izquierdo, en vez de broquel, se arrebozaba con una manta, que en desembrazando su chuzo de la derecha, quedaba desarmada, y cuyos caballos nunca se enfrenaban y dirijian concertadamente. Sentó el real de sus cinco mil veteranos á la vista del enemigo muy superior, y á los tres dias dió la señal de jeneral batalla (50). Adelantándose Mascezel al frente, ofreciendo la paz y el indulto, llegó hasta el alférez de la vanguardia enemiga; en vista de su terquedad en rendirse, le echó de una cuchillada el brazo y la bandera al suelo; y al acto mal entendido de rendimiento, lo fueron imitando los demás alféreces de la linea. Con tal muestra las cohortes desafectas aclamaron á su lejítimo soberano; y atónitos los bárbaros con el desvío de los aliados romanos, se dispersaron, segun su costumbre, atropelladamente, logrando Mascezel el timbre de una victoria llana y nada sangrienta (51). Huyó el tirano del campo de batalla á la playa, y se arrojó á un barquichuelo, esperanzado de aportar en algun punto amistoso del imperio oriental; mas el viento tenazmente contrario lo arrolló á la bahía de Tabraca (52), que con toda la provincia habia ya reconocido el señorío de Honorio y la autoridad de su lugarteniente. El vecindario, en muestra de arrepentimiento y lealtad, apresó y empozó en una mazmorra á Jildon, cuya desesperada muerte le libertó del tormento de presenciar el triunfo de su agraviado hermano (53). Pusiéronse cautivos y despojos del Africa á las plantas del emperador; pero Estilicon, cuyo comedimiento descolló mas injenuamente en tan próspera bonanza, aparentando siempre acudir á las leyes de la república, traspasó al senado y pueblo de Roma la sentencia de los reos mas esclarecidos (54). Sus cargos fueron públicos y solemnes; pero los jueces, en el desempeño de aquella jurisdiccion anticuada y pasajera, ansiaban el escarmiento de los majistrados africanos que habian estorbado el abasto

del pueblo romano. Los ministros imperiales acosaron aquella provincia rica y criminal redoblando el número de los cómplices de Jildon, y si bien un edicto de Honorio enfrena al parecer el afan avieso de los delatores, otro posterior de diez años renueva las pesquisas contra los agravios de la temporada revoltosa (55). Los allegados al tirano que se salvaron del enfurecimiento de la soldadesca y de los jueces lograron algun consuelo con el paradero trájico del hermano, que nunca alcanzó indulto con tan estraordinarios servicios como habia hecho. Redondeada aquella guerra tan importante en el breve plazo de un invierno, mereció Mascezel estruendoso agasajo en la corte de Milan; se acarreó celos con visos de agradecimiento (56); y su fallecimiento, quizás accidental, se achacó á maldad de Estilicon. Al pasar por un puente, de pareja con el maestre jeneral de Occidente, el príncipe moro cayó de su caballo al rio; la sonrisa fiera y alevosa de Estilicon atajó el solícito afan de los acompañantes, y con la demora del socorro, quedó irreparablemente ahogado el infeliz Mascezel (57) (A. 398).

Realzóse el júbilo del triunfo africano con los desposorios de Honorio y María, su prima, hija de Estilicon; y tan encumbrado enlace revestia al parecer al poderoso ministro con la autoridad de un padre sobre su rendido ahijado. No enmudeció la musa de Claudiano en tan plausible dia (58), pues entonó en varios y lozanos cantares las dichas de la real pareja y el timbre de un héroe que afianzaba su union y sostenia el solio. El númen poético sacó del olvido las fábulas antiguas de la Grecia, que habian casi desaparecido del culto relijioso. El cuadro de la alameda en Chipre, solar de la armonía y del amor, la carrera triunfadora de Vénus por sus mares nativos, y el halagüeño influjo que su presencia iba derramando por el alcázar de Milan, retratan al vivo y en todos los siglos los sentimientos naturales, en el lenguaje apropiado y embelesante de la ficcion alegórica; mas los ímpetus cariñosos que Claudiano va suponiendo al príncipe mancebo no pudieron menos de mover la sonrisa de la corte (59); y su consorte linda (si realmente lo era) poco tenia que esperar ó temer de los conatos de su amante. Era Honorio de catorce años; Serena, madre de la novia, recabó que se dilatase la consumacion del real desposorio; murió vírjen María, despues de doce años de matrimonio, y el recato del emperador quedaba afianzado con la frialdad ó quizás con la endeblez de su complexion (60). Los súbditos, que estaban estudiando con ahinco la índole de su soberano, echaron de ver que carecia Honorio de afectos, y por consiguiente de alcances, y que su temperamento débil y apocado le inhabilitaba igualmente para el desempeño de su encumbrado cargo y para disfrutar los recreos de la mocedad. Adiestróse algun tanto desde muy temprano en los ejercicios de jinetear y flechear; mas luego se retrajo de tan fatigosos ejercicios, y el recreo

del gallinero embargó mañana y tarde los desvelos del monarca occidental (61), que entregó las riendas del imperio á las manos del eficaz y consumado ayo Estilicon. Corrobora la esperiencia de la historia el concepto de que un príncipe arrullado en la púrpura recibió peor educacion que el ínfimo campesino de sus dominios, y que el ministro ambicioso lo dejó asomar á la madurez sin estimular su valor é ilustrar su entendimiento (62). Acostumbrados estaban los antecesores de Honorio á foguear el denuedo de las lejiones con su ejemplo, ó cuando menos, con su presencia; y las fechas de sus leyes atestiguan la perpetua actividad de sus movimientos por las provincias del orbe romano: pero el hijo de Teodosio fué consumiendo su soñolienta vida encerrado en palacio, estranjero en su patria, y presenciando sufrida y tibiamente el decaimiento del imperio occidental, acometido repetidamente, y derribado al fin por las armas de los bárbaros; pues en la historia tan atropellada de su reinado de veinte y ocho años, asomará por maravilla el nombre del emperador Honorio.

---

# NOTAS

## correspondientes al capítulo vijésimo nono.

(1) Alecto, envidiosa de la felicidad pública, convoca un sínodo infernal, Mejera le recomienda su alumno Rufino y le escita á la maldad, etc. Pero hay tanta diferencia entre el furor de Claudiano y el de Virjilio, como entre los caractéres de Turno y Rufino.

(2) Es evidente (Tillemont, Hist. de los Emp., tom. V, p. 770), aunque de Marca se avergüenza de su paisano, que Rufino nació en Elusa, metrópoli de Novempopulania, ahora aldea de Gascuña (D' Anville, Noticia de la Galia antigua, p. 289).

(3) Filostorjio, l. XI, c. 3. con las Disertac. de Gofredo, p. 440.

(4) Un pasaje de Suidas espresa su profundo disimulo: ϐαθυγνώμων ἄνθρωπος καὶ κρυψίνους.

(5) Zósimo, l. IV, p. 272 ó 273.

(6) Zósimo, que describe la caida de Taciano y de su hijo (l. IV, p. 273, 274), asegura su inocencia: y aun su testimonio puede contrarestar las acusaciones de sus enemigos (Cod. Theod., tom. IV, p. 489), que les imputan la opresion de las *Curiæ*. Las relaciones de Taciano con los

Arrianos, cuando era prefecto de Ejipto (A.D. 373), predisponen á Tillemont para que le crea delincuente de todos los crímenes (Hist. de los Emp., tom. V, p. 360; Mem. Ecles., tom. VI, p. 589).

(7) Juvenum rorantia colla
Ante patrum vultus stricta cecidere securi.
Ibat grandævus nato moriente superstes
Post trabeas exul. In Rufin., I, 248.

Los *hechos* de Zósimo esplican las *alusiones* de Claudiano; pero sus intérpretes clásicos nada sabian acerca del siglo cuarto. Con ayuda de Tillemont, hallé la cuerda fatal, en un sermon de S. Asterio de Amasea.

(8) Esta ley odiosa está citada y rechazada por Arcadio (A. D. 396), en el Código Teodosiano, l. IX, tit. XXXVIII, leg. 9. Su sentido es muy claro, segun lo esplican Claudiano (en Rufin., I, 234), y Gofredo, (tom. III, p. 279).

Excindere cives
Funditus; et nomen gentis delere laborat.

Los escrúpulos de Pagi y Tillemont solo pueden provenir de su celo por la gloria de Teodosio.

(9) Ammonio... Rufinum propriis manibus suscepit sacro fonte inundatum. Véase Vitæ Patrum de Rosweyde, p. 947. Sozomen (l. VIII, c. 17) hace mencion de la iglesia y del monasterio; y Tillemont (Mem. Ecles., tom. IX, p. 593) recuerda este sínodo en el cual San Gregorio de Niza representó un papel distinguido.

(10) Montesquieu (Espíritu de las Leyes, l. XII, c. 12) elojia una de las leyes de Teodosio, dirijida al prefecto Rufino (l. IX, tit. IV, leg. únic.) para mitigar la persecucion de palabras traidoras ó sacrílegas. Un estatuto tiránico prueba siempre la existencia de la tiranía; pero un edicto loable solo puede contener las profesiones especiosas ó los deseos ineficaces del príncipe ó de sus ministros. Me temo que este es un estatuto de crítica justa, aunque mortificante.

(11) —Fluctibus auri
Expleri calor ille nequit.
. . . . . . . . . . . . . . . .
Congestæ cumulantur opes; orbisque rapinas
Accipit una domus.—

Este carácter (Claudiano en Rufin., I, 184-220) se halla confirmado por Jerónimo, testigo desinteresado (dedecus insatiabilis avaritiæ, tom. I, ad Heliodor., p. 26), por Zósimo (l. V, p. 286), y Suidas, que copió la historia de Eunapio.

(12) —Cætera sequis;
Ad facinus velox; penitus regione remotas
Impiger ire vias.

Esta alusion de Claudiano (en Rufino, I, 241) se halla otra vez esplicada por la narracion circunstanciada de Zósimo (l. V, p. 288, 289).

(13) Zósimo (l. IV, p. 243) encomia el valor, prudencia y dignidad de Bauto el Franco. Véase Tillemont, Hist. de los Emperadores, tom. V, p. 771.

(14) Arsenio se escapó del palacio de Constantinopla, y pasó cincuenta y cinco años en rijida penitencia en el monasterio de Ejipto. Véase Tillemont, Mem. Ecles., t. XIV, p. 676-702; y Fleury, Hist. Ecles., tom. V, p. 1, etc.; pero el último, por falta de materiales auténticos, ha dado demasiado crédito á la leyenda de Metafrastes.

(15) Esta narracion (Zósimo, l. V, p. 290) prueba que los ritos antiguos de himeneo eran aun practicados, sin idolatría, por los Cristianos del Oriente; y la novia era llevada *á la fuerza* de casa de sus padres á la de su esposo. Las formas matrimoniales exijen entre nosotros, con menos delicadeza, el consentimiento espreso y público de una vírjen.

(16) Zósimo (l. V, p. 290), Orosio (l. VII, c. 37), y la Crónica de Marcelino Claudiano (en Rufin., II, 7-100) pintan con vivos colores los apuros y el delito del prefecto.

(17) Estilicon, directa ó indirectamente es el tema perpetuo de Claudiano. La juventud y vida privada del héroe se hallan vagamente espresadas en el poema de su primer consulado, 35-140.

(18) Vandalorum, imbellis, avaræ, perfidæ, et dolosæ, gentis, genere editus. Orosio, l. VII, c. 38. Jerónimo (tom. I, ad Gerontiam, p. 93) le llama semi-bárbaro.

(19) Claudiano, en un poema imperfecto, ha trazado un retrato hermoso, y quizás lisonjero de Serena. Esta sobrina favorita de Teodosio habia nacido en España, como tambien su hermana Termancia; desde allí habian sido honoríficamente llevadas en su juventud al palacio de Constantinopla.

(20) Debe tenerse cierta duda en si esta adopcion era legal ó solamente metafórica (véase Ducange, Fam. Byzant., p. 75). En una inscripcion antigua se le da á Estilicon el título estraño de *Progener Divi Theodosii.*

(21) Claudiano (Laus Serena, 190, 193) espresa en lenguaje poético el « dilectus equorum,» y el «gemino mox idem culmine duxit agmina.» La inscripcion añade « conde de los domésticos, » mando importante que Estilicon podia retener prudentemente en medio de su elevacion.

(22) Los hermosos versos de Claudiano (en I, Cons. Stilich., II, 113) manifiestan su injenio; pero la integridad de Estilico n (en la administracion militar) se halla mas firmemente establecida con el testimonio involuntario de Zósimo (l. V, p. 345).

(23) —Si bellica moles
Ingrueret, quamvis annis et jure minori
Codere brandævos equitum peditumque magistros
Adspiceres.—
Claudiano, Laus Seren., p. 196, etc.

Un jeneral moderno juzgaria su sumision como un patriotismo heroico ó un servilismo abyecto.

(24) Compárese el poema acerca del primer consulado (I, 95-115) con el *Laus Serenæ* (227-237, en donde desgraciadamente queda interrumpido). Se conoce la malicia profunda é inveterada de Rufino.

(25) Quem *fratribus* ipse
Discedens, clypeum defensoremque dedisti.

Sin embargo el nombramiento (IV, Cons. Hon., 432) era privado (III, Cons. Hon., 142) cunctas discedere... jubet; y por lo tanto puede sospecharse de él. Zósimo y Suidas les dan á Estilicon y á Rufino el mismo título de Ἐπιτρόποι, tutores ó curadores.

(26) La ley romana distingue dos clases de *minoría*, que espiraban á los catorce y á los veinte y cinco años. Una estaba sujeta al *tutor* de la persona; otra al *curador* ó encargado de los bienes (Heineccio, Antiquitat. Rom. ad Jurisprudent. pertinent., l. I, tit. XXII, XXIII, p. 218-232). Pero estas ideas legales nunca fueron exactamente trasmitidas en la constitucion de una monarquía electiva.

(27) Véase Claudiano (I, Cons. Stilich., I, 188-242): pero ha de conceder mas de quince dias para el viaje de ida y vuelta desde Milan á Leida.

(28) I, Cons. Stilich., II, 88-94. No solo estaban enriquecidas con perlas, esmeraldas y diamantes las túnicas y diademas del emperador difunto, sino tambien los yelmos, empuñaduras de espada, cinturones, corazas, etc.

(29) —Tantoque remoto
Principe, mutatas orbis non sensit habenas.

Pueden justificar los temores del emperador moribundo (de Bell. Gildon., 292-301) esta alta recomendacion (I, Cons. Stilich., I, 149) y la

paz y órden de que se disfrutó despues de su muerte (I, Cons. Stil., I, 150-168).

(30) La marcha de Estilicon y la muerte de Rufino se hallan descritas por Claudiano (en Rufin., l. II, 101-453), Zósimo (l. V, p. 296, 297). Sozomen (l. VIII, c. 1), Sócrates (l. VI, c. 1), Filostorjio (l. XI, c. 3, con Gofredo, p. 441), y la Crónica de Marcelino.

(31) La *diseccion* de Rufino que Claudiano ejecuta con la frialdad de un anatomista (en Rufin., II, 405-415), tambien está especificada por Zósimo y Jerónimo (tom. I, p. 26).

(32) El pagano Zósimo hace mencion de su santuario y peregrinacion. Silvania, hermana de Rufino, que pasó su vida en Jerusalen, es célebre en la historia monástica. 1. La estudiosa vírjen habia consultado repetidas veces con afan á los comentadores de la Biblia, Oríjenes, Gregorio, Basilio, etc., hasta el número de cinco millones de renglones. 2. A los sesenta años podia vanagloriarse de que nunca se habia lavado las manos, el rostro, ni parte alguna de su cuerpo, escepto las yemas de los dedos, para recibir la comunion. Véase las Vitæ Patrum, p. 779, 977.

(33) Véase el hermoso exordio de su invectiva contra Rufino, que está curiosamente discutida por el escéptico Bayle, Diccionario Crítico, Rufino. Nota E.

(34) Véase el Código Teodosiano, l. IX, tit. XLII, leg. 14, 15. Los nuevos ministros trataron, con avaricia inconsistente, de aprovecharse de los despojos de su predecesor y atender á su seguridad futura.

(35) Véase Claudiano (I, Cons. Stilich., l. I, 275, 292, 296, l. II, 83), y Zósimo, l. V, p. 302.

(36) Claudiano saca del consulado del eunuco Eutropio una reflexion nacional (l. II, 134):

—Plaudentem cerne senatum
Et Byzantinos proceres, *Graiosque* Quirites:
O patribus plebes, o digni consule patres.

Curioso es observar los primeros síntomas de zelos y cisma entre Roma antigua y moderna, entre los Griegos y Latinos.

(37) Claudiano puede haber exajerado los vicios de Gildon, pero su oríjen moro, sus acciones notables y las quejas de San Agustin pueden justificar las invectivas del poeta. Baronio (Anal. Ecles., A. D. 398. Nº. 35-56) ha tratado la rebelion africana con destreza y saber.

(38) Instat terribilis vivis, morientibus hæres,
Virginibus raptor, thalamis obscænus adulter.
Nulla quies: oritur præda cessante libido,

Divitibusque dies, et nox metuenda maritis.
—Mauris clarissima quæque
Fastidita datur.—
De Bello Gildonico, 165, 189.

Baronio condena, aun mas severamente, el libertinaje de Jildon; en cuanto su esposa, hija y hermana eran ejemplos de perfecta castidad. Una de las leyes imperiales combate los adulterios de los soldados africanos.

(39) Inque tuam sortem numerosas transtulit urbes.

Claudiano (de Bell. Gildonico, 230-324) ha bosquejado con delicada política las intrigas de la corte bizantina, de las que tambien hace mencion Zósimo (l. V, p. 302).

(40) Símaco (l. IV, epist. 4) espresa las formas judiciales del senado; y Claudiano (I, Cons. Stilich., l. I, 325, etc.) parece sentir el espíritu de un Romano.

(41) Claudiano espresa hermosamente estas quejas de Símaco, en un discurso de la diosa de Roma, ante el trono de Júpiter (de Bell. Gildon, 28-128).

(42) Véase Claudiano (en Eutrop., l. I, 401, etc. I, Cons. Stil., l, I, 306, etc. II, Cons. Stilich., 91, etc.

(43) Era de edad avanzada, pues habia servido anteriormente (A. D. 373) contra su hermano Firmo (Amiano, XXIX, 5). Claudiano, que conocia la corte de Milan, se detiene sobre las injurias mas bien que sobre los méritos de Mascezel (de Bell. Gild., 389-414). La guerra mora no era digna de Honorio ni Estilicon, etc.

(44) Claudiano, Bell. Gild., 415-423. El cambio de disciplina le permitia valerse indistintamente de los nombres de *Lejion*, *Cohorte*, *Manipulo*. Véase la Notitia Imperii, S. 38, 40.

(45) Orosio (l. VII, c. 36, p. 565) califica esta relacion con una espresion de duda (ut aiunt); y apenas coincide con el δυνάμεις ἁδρὰς de Zósimo (l. V, p. 303). Sin embargo, Claudiano, despues de alguna declamacion sobre los soldados de Cadmo, confiesa francamente que Estilicon envió un ejército reducido, por miedo de que los rebeldes huyesen, ne timeare times (I Cons. Stilich., l. I, 314, etc.).

(46) Claud. Rutil. Numatian. Itinerar., I, 439-448. Posteriormente hace mencion (515-526) de un loco relijioso en la isla de Gorgona. Por estas observaciones profanas, Bartio, comentador de Rutilio y de sus cómplices, los llama, rabiosi canes diaboli. Tillemont (Mem. Ecles., t. XII, p. 471) observa con mas calma que el poeta no creyente elojia donde se propone censurar.

(47) Orosio, l. VII, c. 36, p. 564. Agustin encomia á dos de estos santos salvajes de la isla de las Cabras (epist. LXXXI, apud Tillemont, Mem. Ecles., tom. XIII, p. 317, y Baronio, Anal. Ecles., A. D. 398, N°. 51).

(48) Aquí se concluye el libro primero de la guerra Jildónica. Se ha perdido el resto del poema de Claudiano; é ignoramos *cómo* y *en dónde* el ejército efectuó su desembarco en Africa.

(49) Orosio debe ser responsable de la narracion. Claudiano celebra (I Cons. Stilich., l. I, 345-355) la presuncion de Jildon y su séquito vario de Bárbaros.

(50) San Ambrosio, que habia muerto un año antes, reveló en una vision el tiempo y lugar de la victoria. Mascezel refirió despues su sueño á Paulino, biógrafo orijinal del santo, y de aquel pudo fácilmente pasar á Orosio.

(51) Zósimo (l. V, p. 303) supone un reñido combate; pero la narracion de Orosio parece ocultar un hecho positivo bajo el disfraz de un milagro.

(52) Tabraca estaba situada entre los dos Hipos (Celario, tom. II, p. II, p. 112; D'Anville, tom. III, p. 84). Orosio ha nombrado claramente el campo de batalla, pero nuestra ignorancia no puede definir la situacion precisa de él.

(53) Claudiano (I Cons. Stil., l. 357) y sus mejores intérpretes Zósimo y Orosio espresan la muerte de Jildon.

(54) Claudiano (II Cons. Stilich., 99-119) describe su juicio (tremuit quos Africa nuper, cernunt rostra reos), y aplaude la restauracion de la constitucion antigua. Aquí introduce la célebre sentencia, tan familiar á los amigos del despotismo:

—Nunquam libertas gratior exstat
Quam sub rege pio.—

Pero apenas merece este nombre la libertad que depende de la piedad rejia.

(55) Véase el Código Teodosiano, l. IX, tit. XXXIX, leg. 3, tit. XL, leg. 19.

(56) Estilicou, que reclamaba igual parte en todas las victorias de Teodosio y de su hijo, asegura particularmente que se recobró el Africa por la sabiduría de *sus* consejos (véase una inscripcion citada por Baronio).

(57) He suavizado la narracion de Zósimo, quien, en su áspera senci-

llez, casi es increible (l. V, p. 303). Orosio maldice al jeneral victorioso (p. 538) por haber violado los derechos del santuario.

(58) Claudiano, como poeta laureado, compuso un epitalamio grave y estudiado de 340 versos; además algunas alegres Fesceninas, que se cantaron con tono mas licencioso, la noche de la boda.

(59) — Calet obvius ire
Jam principes, tardumque cupit discedere solem.
Nobilis haud aliter *sonipes*.

(de Nuptiis Honor. et Mariæ, 287), y mas libremente en las Fesceninas (112-116.

Dices, *O quoties,* hoc mihi dulcius
Quam flavos *decies* vincere Sarmatas
. . . . . , . . . . . . . . . . .
Tum victor madido prosilias toro
Nocturni referens vulnera præliis.

(60) Véase Zósimo, l. V, p. 333.

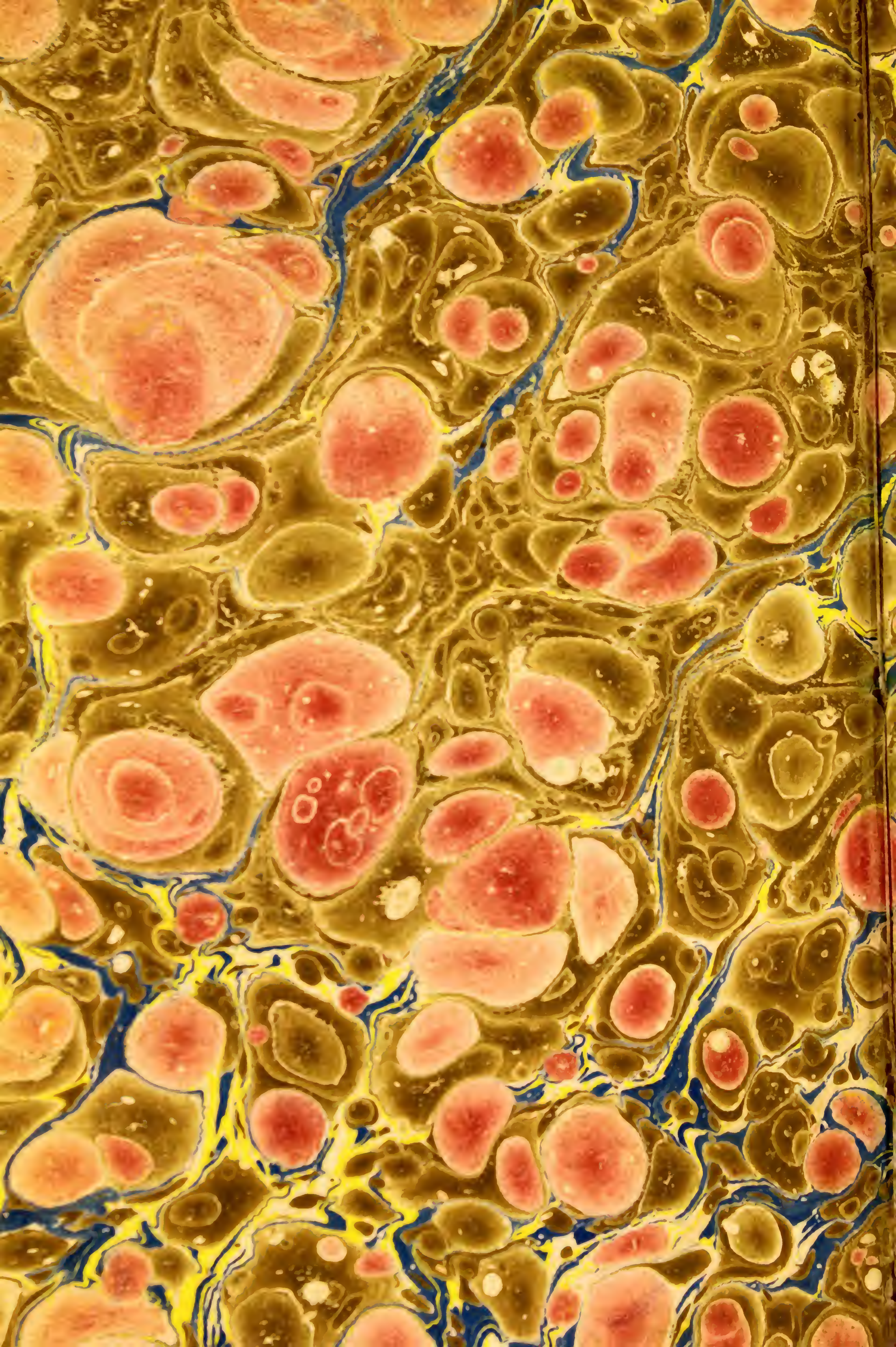
(61) Procopio, de Bell. Gothico, l. I, c. 2. He tomado la ocupacion jeneral de Honorio, sin adoptar el cuento estraño é inverosimil que refiere el historiador griego.

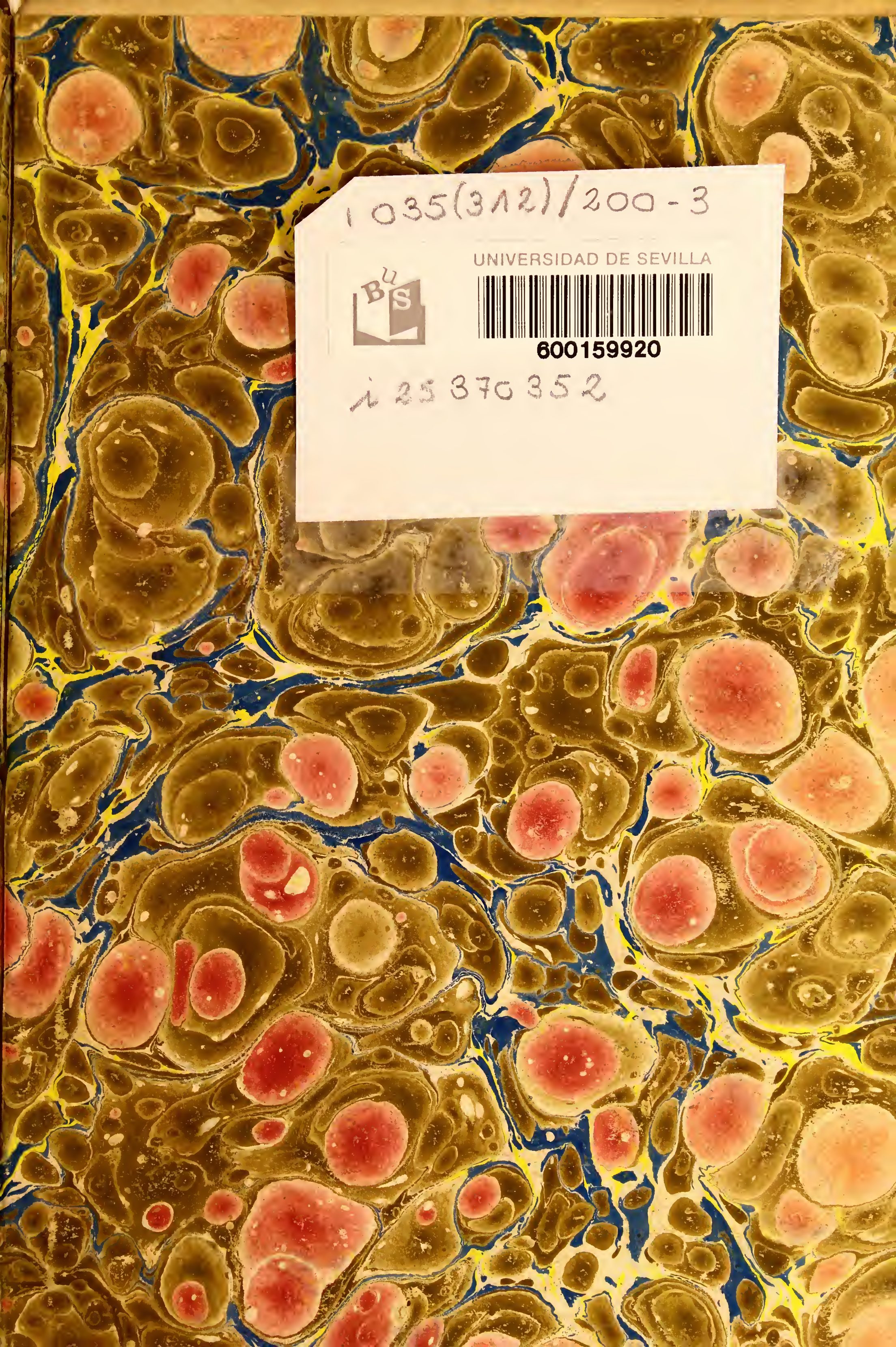
(62) Las lecciones de Teodosio ó de Cladiano (IV, Cons. Honor., 214-418) pudieran formar un hermoso instituto para el príncipe futuro de una nacion grande y libre. Era superior á Honorio y á sus súbditos envilecidos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

# INDICE

## de las materias contenidas en este tomo.




1035(312)/200-3
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600159920
i 25370352